



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

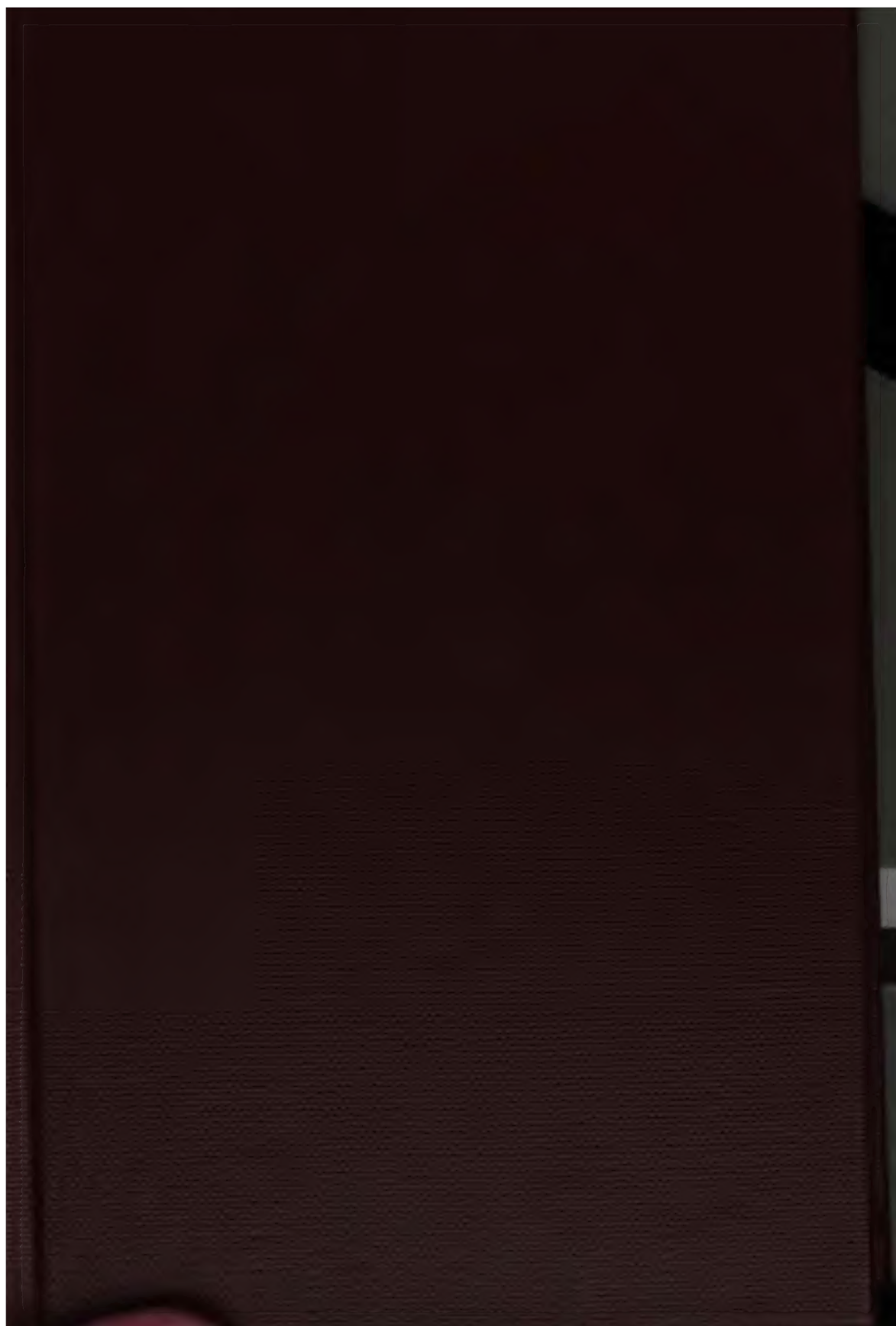
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

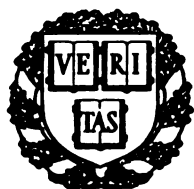
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>





Span 4071.1

HARVARD  
COLLEGE  
LIBRARY



FROM THE  
**Subscription Fund**  
BEGUN IN 1858











**HISTORIA CRÍTICA**

**DE LA**

**LITERATURA ESPAÑOLA.**



# HISTORIA CRÍTICA

DE LA

## LITERATURA ESPAÑOLA,

POR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y NOBLES  
ARTES DE SAN FERNANDO, DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, ETC.

TOMO II.



*e.* MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ, FACTOR, NÚM. 9.

1882.

Span 4071.1



1873, May 23

*Subscription Fund.*

Es propiedad del autor, quien se reserva  
el derecho de traducción y de extracto.

1873, May 23

1873

## ADVERTENCIA.

---

Consignamos en la *Introduccion* las razones que nos forzaban á estudiar, con mayor esmero y cuidado del que han mostrado hasta ahora cuantos trataron de nuestra historia literaria, el largo periodo que media desde el gran desastre del rey don Rodrigo hasta el momento en que empiezan á ser escritas las producciones del arte vulgar en el habla de las regiones centrales de la Península. «Sobre la afrenta del Guadalete (decíamos) se levanta una nueva monarquía, destinada á restituir á España su libertad, su independencia y su poderío en la más tremenda y tenaz lucha que han visto los siglos. Fórmase en esta lucha el pueblo español, propiamente dicho: ella es el campo siempre abierto, donde se fortalecen las creencias, donde nace y florece su patriotismo, donde se crea finalmente su carácter: por eso es la época más interesante de su historia y la que más debe llamar la atención de la crítica» <sup>1</sup>.

Partiendo de este principio, no podíamos menospreciar, sin merecer título de frívolos é inconsecuentes, el glorioso y difícil periodo que se inaugura con el triunfo de Covadonga y se cierra con la conquista de Toledo, la cual tiene por coetánea la más prodigiosa, aunque transitoria, de Valencia. «El exámen de los poetas, filósofos



é historiadores que florecieron en la antigüedad, el estudio de los historiadores y primeros poetas del cristianismo, y el no menos interesante de los claros varones que ilustran los tiempos visigodos (añadimos sobre este punto), nos abrirán el camino para penetrar en la oscuridad de los primeros siglos de la reconquista, donde aprenderemos á quilatar maduramente, y ajenos de arbitrarias teorías ó sistemas preconcebidos, así los elementos que sobreviven á la gran ruina del Guadalete como los que van surgiendo dia tras dia en medio de los grandes conflictos de la sociedad cristiana, ora la consideremos en las libres montañas de Astúrias y Aragon, ora bajo el yugo del Islam á orillas del Bétis. Cuantas investigaciones nazcan y se deriven de este estudio con relacion al arte, serán consideradas por nosotros como cuestiones de orígenes, y caerán por tanto en la primera parte de nuestra *Historia crítica*, ya se refieran á las fuentes de las formas artísticas ó populares de la poesia y de la historia, ya á las de los romances españoles y de la lengua castellana» <sup>1</sup>.

Y era tanto más necesario fijar nuestras miradas en tan poco estudiado período, cuanto que son mayores y más trascendentales los errores, que cunden por desgracia entre los doctos, suponiéndose, ó mejor diciendo, dándose por cosa indubitada que los cristianos acogidos á las montañas de Astúrias; aquellos héroes que salvaban la independencia de España, fundando sobre más anchas y duraderas bases una nueva monarquía; aquellos prelados y sacerdotes que arrojados de sus sillas y de sus hogares, buscaron asilo una y otra vez en los valles de Cangas y en las gargantas del Infiesto, llevando allí, como en sagrado depósito, los tesoros de las ciencias, de las letras y de las artes, tales como habian sido definidas y enseñadas por el grande Isidoro; aquellos reyes, que mientras con ánimo infatigable defendian y ensanchaban el nuevo imperio, mostraban su generosa ilustracion, ora levantando bellas basílicas, en que se reflejaba poderosamente el arte latino-bizantino cultivado en la ciudad de los Concilios, ora fabricando riquísimas preseas para el culto, donde se recogian é incrustaban con plausible celo inextimables reliquias del arte griego y romano, ora acaudalando las basílicas y monasterios, verdaderos centros de ciencia y de cultura, con numerosos libros de literatura profana y sagrada, ó ya en fin excitando á los más doctos al útil cultivo de las letras,... habian caído

en total barbarie, permaneciendo largo tiempo sin artes ni literatura <sup>1</sup>.

Esta aseveracion, desmentida por tantos hechos y monumentos, enteramente desconocidos de los que la han emitido y sustentado, estaban exigiendo saludable correctivo. La tradicion de las letras y de las artes no se interrumpe en el suelo de Astúrias, donde logra salvarse, con la independencia del pueblo español, la civilizacion hispano-latina, representada en Sevilla y Toledo por los Leandros é Isidoros, los Eugenios é Ildefonsos. Demostracion irrecusable de esta verdad hemos presentado ya al mundo artístico en el ensayo histórico-crítico, dado á luz el año último con el título de *El Arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar*: abrigamos ahora, respecto del mundo literario, la esperanza de que suspenderán al menos su juicio los hombres doctos é imparciales, deteniéndose á considerar, en vista de los estudios que en el presente volumen ofrecemos, lo que fué y significó en sus primeros dias bajo todos conceptos, la obra inmortal de la reconquista, y lo que significó y todavia significa en la historia de la civilizacion española.

Y cuando, tras estas consideraciones de orden tan superior, reparábamos en la necesidad, por extremo imperiosa, de seguir paso á paso y reconocer en su vario desenvolvimiento el genio artístico-literario de España, para quilatar debidamente, segun en lugar propio observamos, las leyes internas, á que sujeta su existencia, y las vicisitudes y accidentes que atañen á la realizacion de sus creaciones,—no podíamos ya abrigar duda alguna en que sólo adoptando el método realmente histórico, era hacedero echar durables cimientos á esta parte de nuestra *Historia crítica*, enlazando de una manera indestructible la gran manifestacion latina con la manifestacion que tiene por instrumento el habla de Berceo y del Rey Sabio, de Mena y de Santillana, de Lope y de Cervantes.

La dificultad de llegar felizmente á la meta indicada, parecia ser mayor á medida que se mostraba á nuestra vista más erizada de errores y contradicciones la única senda que á ella conducia: con el anhelo de la verdad y con la firme conviccion de que no serian de todo punto estériles nuestras vigili-  
as, hemos atendido á dar

<sup>1</sup> Enrique Tomás Buckle, *Historia de la civilizacion de Inglaterra*, tomo II, cap. I. Londres, 1861.

# VIII

cima á estas árduas tareas, procurando despojarnos en nuestras investigaciones de toda formal predileccion y de todo espíritu de escuela. A los hombres doctos que buscan la verdad, ajenos de toda preocupacion y exentos de toda idea ó teoria por ellos irreflexivamente halagada, sometemos pues gustosos el resultado de los trabajos comprendidos en este volúmen, sin duda los más improbos por su naturaleza de cuantos puede ofrecer una historia crítica, respecto de cualquiera de las literaturas modernas. Seguros estamos de que, si no aplauden y siguen en toda ocasion nuestros juicios y opiniones, sabrán al menos mirar indulgentes nuestras inadvertencias ó extravíos, en gracia del anhelo y de la buena fé, con que hemos solicitado el acierto.

**HISTORIA CRÍTICA**  
**DE LA**  
**LITERATURA ESPAÑOLA.**

---

**I.ª PARTE.**





## CAPITULO XI.

### ESCRITORES DE LA INVASION MAHOMETANA.

JUAN HISPALENSE.—CIXILA.—ISIDORO PACENSE, etc.

Primeros estragos de la conquista.—Ármanse los judios para oprimir á los españoles.—Esperanzas defraudadas de estos sobre la permanencia de los árabes en España.—Su establecimiento.—Carácter de la invasion mahometana.—Pueblos que vienen á la Península.—Resultado de la conquista.—Capitulaciones.—Su índole y naturaleza especial.—Cristianos reducidos á servidumbre: los mozárabes.—Cristianos independientes: monarquía asturiana.—Su constitucion.—La nobleza.—La potestad real: don Pelayo.—Rápidos progresos de las armas cristianas.—Paralelo entre los mozárabes y los cristianos independientes.—Rechazan unos y otros la influencia musulmica.—Califato de Córdoba.—Abd-er-Rahman.—Carácter de la civilizacion musulmana.—Su ineficacia para infundir su espíritu á la de otros pueblos.—Política de Abd-er-Rahman.—Ingenios españoles del siglo VIII.—Juan Hispalense.—Cixila.—Isidoro Pacense: sus obras.—Carácter de estos escritores.—Conturbacion de la Iglesia.—Elipando.—Etherio y Beato.—Resúmen.

Siete largos siglos habian vivido los españoles en servidumbre, desde la última guerra de Augusto, sin que pudieran dar testimonio de aquel indomable esfuerzo, que obligó á la República romana á decretar su exterminio, para lograr la dominacion de la Península Ibérica. Mas si á costa de su independencia consiguieron las Españas el fruto de la civilizacion del antiguo mundo, y si esta misma civilizacion, modificada y dirigida por el cristianis-

mo á un fin más alto, había templado la barbarie de los visigodos, que suplantaron á Roma en la dominacion de Iberia, rota ahora por el alfange mahometano aquella pesada coyunda, iban á renacer por una parte los antiguos instintos guerreros de los primitivos pobladores, despertando por otra la bravura de aquel pueblo, que había levantado el imperio de su espada sobre el trono de los Césares.

Costosa era sin embargo aquella manera de renacimiento, y triste el espectáculo que presentaba la monarquía, temida antes de las naciones. Sola y odiada en medio de los pueblos que había tiranizado con la fuerza y envilecido con la servidumbre, faltábale en aquel instante supremo sus naturales ayudadores. El no resistido valor de sus guerreros, la generosa magnanimidad de sus caudillos y de sus príncipes, el terror prestigioso de su nombre, que bastó á domar en otro tiempo dilatadas regiones, la doctrina de los obispos católicos, la adhesión fraternal de la grey hispanolatina, la inteligente devoción de los hebreos, la sumisión de los esclavos idólatras, todo le faltaba para afrontar en larga y reñida contienda la pujanza de los mahometanos; y abandonado en mitad de su disipación y de sus crímenes, cayó aquel soberbio imperio que se juzgaba eterno, derribado por el dedo del Altísimo, para ejemplo de pueblos que, olvidadas las virtudes nacidas de la religión y de la moral, se acuestan en los placeres de los vicios, despertando en las angustias de la muerte.

Derramándose por todas las provincias de España, después del triunfo de Jerez [19 de julio 711], no hallaban las escasas huestes de Tariq-ben-Zeyad <sup>1</sup>, enviadas por Muza-ben-Nosayr sólo para tentar nueva fortuna <sup>2</sup>, valladar que refrenara su pujanza: enojado

<sup>1</sup> Según los más autorizados historiadores árabes, componíanse las falanges de Tariq de siete mil combatientes, casi todos africanos, los cuales pasaron el Estrecho en cuatro navios de mercaderes que había facilitado el conde don Julian, desde que animado del espíritu de la rebelión y la venganza, excitó á Muza contra su patria, colocando su nombre en el catálogo de los traidores.

<sup>2</sup> Esta era la segunda tentativa. En 710 había enviado el mismo Muza con cuatrocientos infantes y cien caballos, al valeroso Tarif-Ebn-Zarcá, quienes habiendo dado de rebato sobre Algeciras, saquearon sus contornos, vol-

el walid de África contra su lugarteniente, que se había excedido de sus mandatos tras el éxito de aquella batalla, y envidioso de sus victorias, pasaba también á la Iberia para tomar parte en aquella inesperada conquista [junio de 712]: Córdoba, Écija, Sevilla y Elvira en la Bética; Paz-Augusta y Mérida en la Lusitania; Toledo, Guadalajara y Murcia en la Cartaginense; Braga, Astorga y Lugo en la Gallega; Zaragoza, Huesca y Barcelona en la Tarraconense, cuantas ciudades y fortalezas osaron resistir dentro de la Península el ímpetu de los vencedores, víctimas de la crueldad de Tariq ó de la codicia de Muza, caían bajo el yugo del Islam, reducidas á mísero cautiverio. En vano Teodomiro, á quien apellidaron sus coetáneos amador de las letras y orador admirable, y cuya lanza se había blandido la primera contra los sectarios de Mahoma, buscando asilo en las comarcas, que gobernaba en nombre de Rodrigo, procuraba defender la independencia del suelo español, recordando el valor heroico de sus antepasados: vencido por Abda-l-Áziz en las llanuras de Lorca, encerrábase al fin en Orihuela, y agotadas sus fuerzas en la defensa, sujetábase á la soberanía de los Califas de Damasco, quedando así derribado en las Españas el último baluarte visigodo <sup>1</sup>.

viéndose rápidamente al África. Generalmente confunden nuestros historiadores estas expediciones, haciendo uno de ambos caudillos. El arzobispo don Rodrigo determinó sin embargo perfectamente una y otra empresa: hablando de la primera expedición, después de indicar que el Califa Al-walid (Abulit Amiramomenino Arabum) previno á Muza que enviase á España muy poca gente, para probar las promesas del conde don Julian, decía: «Muza autem misit cum comite Juliano quemdam Tarif nomine, et cognomine Abenzarcha, cum C militibus et CCCC peditibus africanis; et hi in quator navibus transierunt, anno arabum XC primo, Æra DCCL in mense qui dicitur Ramadan. Et iste fuit primus adventus arabum citra mare,» etc. (Lib. III, cap. XVIII). Tratando luego expresamente *De secundo introitu arabum in Hispaniam*, escribía: «Post hæc Muza vocatus Abulit a Miramomenino, ivit in Friquiam, recepto in patriæ principatu Taric Abentiet, qui erat strabo, cui iniunxit, ut Juliano comiti auxilio largiretur, et amicitiam conservaret,» etc. (Id. id., capítulo XIX). Prosigue la narración de la *segunda entrada* de los árabes del modo generalmente recibido, no sin admirar la inesperada fortuna de Tariq-ben-Zeyad, quien traía encargo de hacer solamente lo que en árabe se llama una *gaza* ó *razzia* غزوة.

<sup>1</sup> El convenio entre Teodomiro y Abda-l-Áziz celebrado en Orihuela [Au-

Tres años no cumplidos bastaron á consumir la obra comenzada en las sangrientas jornadas de Guadalete [Guad-al-Lecca]: España, que al decir de los mismos árabes aventajaba la bondad de la Siria en cielo y tierra, la blandura del Yémen en la benignidad de su clima, la dulzura de la India en sus aromas y sus flores, la abundancia del Hegiad en sus frutos y la riqueza del Catay en sus preciosas minas <sup>1</sup>, cruzada sin cesar por las terribles falanges mahometanas, veía saqueadas ó incendiadas sus más nobles ciudades, despojados sus templos, vilipendiadas sus vírgenes, en infamantes suplicios sus ancianos, y en triste esclavitud sus más valientes hijos <sup>2</sup>. Las riquezas en tantos siglos amontonadas

riola] comprendía también las ciudades de Valencia, Alicante, Mula, Bocsara, Ota y Lorca, siendo notable la templanza de las capitulaciones, efecto del valor y la pericia de Teodomiro (Conde, *Domin. de los árabes*, pág. 50 del tomo I). Pueden verse en Casiri (tomo II, pág. 106), donde se inserta el texto, y su extracto en la *Crónica* del Moro Rásis (*Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo VIII, pág. 79). Esta sombra de soberanía duró sólo hasta la venida á España de Abd-er-Rahman I, que procuró destruir cuantos obstáculos se oponían á la unidad de su nuevo imperio. El Pacense, á quien en el texto aludimos, elogia en efecto sobremanera el talento é instruccion de Teodomiro, diciendo: «fuit enim scripturarum amator, eloquentia mirificus, in praeliis expeditus,» etc. (Núm. XXXVIII).

1 Véase el cap. XX del lib. III del arzobispo don Rodrigo, que tuvo presentes los historiadores mahometanos, y el VIII de la *Dominacion de los árabes* por Conde, de quien han tomado esta pintura la mayor parte de los historiadores del presente siglo, si bien cargándole al propio tiempo de acusaciones y dicterios.

2 Hé aquí las dolorosas cláusulas en que Isidoro Pacense, condenada la rapaz codicia de los primeros conquistadores, nos refiere cómo el insaciable Muza, elegidos los más nobles ancianos de España que habían escapado al hierro musulmán, partió en busca del Califa Al-walid, llevando consigo inmensos tesoros: «Muza expletis quindecim mensibus [Set. de 713] a Principis iussu [de Al-walid] praemonitus, Abdallazis filium linquens in locum suum, lectis Hispaniae Senioribus, qui evaserant gladium, cum auro, argento, trapezitarum studio comprobatos, vel insigniorum ornamentorum, etc... Ulit Regio repatriando sese praesentans,» etc. (*Chron.*, Era DCCLI). Uno de los historiadores árabes más digno de respeto, cuyo testimonio tenemos abajo presente, observa, al tocar este punto, que Muza «llevaba consigo cien mil prisioneros entre hombres, mujeres y niños. con cuatrocientos varones de la sangre real de los godos.»

por reyes, prelados y magnates visigodos, hartaban apenas la sed de oro de los conquistadores <sup>1</sup>; y aun las ciudades y los monumentos que las encerraban, derivacion suntuosa de la grandeza romana, daban pábulo á su furor y á su codicia <sup>2</sup>. No parecia

1 Sin el testimonio, no sospechoso, de los historiadores árabes, nos seria hoy de todo punto imposible el formar idea de la riqueza allegada por los visigodos en alcázares (*aulas regias*), palacios episcopales (*atrios*) y basilicas. Ebn Alwardi, en su *Perla de las maravillas*, Bayan-Almogheb, Abdelmelic-Ebn-Habib, Allaitz-Ebn-Sad, Ebn-Hayan, Al-maccari, Aben-Adhari y otros, en sus historias, nos han trasmitido en efecto las más interesantes noticias respecto de los tesoros de Toledo, corte de los reyes visigodos, cuyos maravillosos palacios describen llenos de admiracion y de entusiasmo. Por ellas se confirma ámpliamente cuanto el grande Isidoro nos enseña sobre el fausto y la opulencia de la corte visigoda en su *Libro de las Etimologias*: las preseas y vasos de oro y plata llenaban un aposento del suntuoso alcázar; ciento setenta coronas y diademas de oro, exornadas de piedras preciosas, hallaba Tariq en el referido palacio; y en medio de tanta riqueza brillaba un *Psalterio de David*, escrito en láminas de oro (*bractee*) con caracteres yunanes (griegos) y agua de rubi disuelto, faltando palabras para describir la prodigiosa *Mesa de Salomon*, cuajada de perlas y esmeraldas, incrustada de gruesos rubies, zafiros y topacios, y ornada de tres coronas ó collares de oro, guarnecidos de aljófar. Ni fué menor la magnificencia de las basilicas, donde reyes, prelados y magnates, ofrendaban de continuo coronas, balteos, columbas, cruces, atriles y todo género de vasos para el culto, labrados de oro y enriquecidos de piedras preciosas; todo lo cual han comprobado, con grande y verdadero interés para la historia, los descubrimientos hechos en 1858 y 1859 en las *Huertas de Guarrazar* (partido de Guadamur, provincia de Toledo), que mucho tiempo despues de terminados estos estudios hemos procurado ilustrar en el libro publicado por la Real Academia de San Fernando, bajo el título de *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar* (1861). Dados allí á luz los textos originales, tomados de los historiadores árabes, juzgamos innecesario el reproducirlos en este sitio. De todo resulta que sorprendidos los mahometanos por tantas riquezas, dieron rienda suelta á su codicia, llegando hasta treinta el número de carros de oro, plata y todo linaje de pedreria, como rubies, zafiros, perlas y esmeraldas, que presentó Muza-ben-Nosayr al Califa Al-walid, lo cual no le libertó de las sospechas que le señalaban como ocultador de grandes tesoros.

2 Pintando el arzobispo don Rodrigo el doloroso cuadro de la invasion mahometana, escribia; «Sanctuaría destruuntur, ecclesiae diruuntur; et quae laudabant in cymbalis, provocant in blasphemiiis; lignum salutis a sanctis aueritur. Non est, qui aspiciat, ut salvetur; solemnia penitus cessaverunt, et ecclesiae organa in blasphemiam transierunt. Non est qui iubilet in ecclesiis, et



sino que enviados por la Providencia para castigar las torpezas de aquella sociedad, envejecida por los crímenes y los vicios, duplicaban á sabiendas la dureza, haciendo más sensible el castigo de los que, sin virtud bastante para defender los profanados hogares, traían á la memoria, en medio de su envilecimiento, la libertad y poderío de sus mayores.

Y para colmo de humillacion y de ignominia, no apurada aun la amargura del vencimiento, contemplaban los españoles levantado sobre sus cabezas el azote de una raza, perseguida antes y proscrita, la cual pagaba en un solo momento las ofensas de muchos siglos. Faltos sin duda de presidios para las ciudades vencidas y las que temerosas de mayor estrago les abrieron sus puertas, armaban los árabes á los descendientes de Judáh, confiándoles la custodia de las mismas ciudades, mientras volaban á nuevas conquistas; y aquellos hombres que fueron los primeros á despertar la codicia de los mahometanos, brindándoles con las riquezas de España, no olvidados de las persecuciones de Sisebuto y de Egica, ofreciéronse fácilmente á ser instrumento de opresion, sin reparar en que grabada profundamente esta injuria en la memoria de los cristianos, debia ser terrible la expiacion, transmitida de edad en edad la obligacion de la venganza <sup>1</sup>.

*subsannat confessio Machometi. Defoedat abusio ornamenta, et vasa sancta contaminant alieni: religionem devorant inimici et omnis habitatio desolatur, cum occiditur habitator. Civitates ignominie consumuntur et quaeque viridia succiduntur. Adeo enim pestis invaluit, quod in tota Hispania non remansit civitas cathedralis, quae non fuerit aut incensa aut diruta»* (Lib. III, cap. XXI). Adelante veremos cómo aun en los dias en que los mahometanos aspiran á emular la grandeza de los monumentos españoles, los destruyen para aplicarlos á la construccion de sus mezquitas, alcázares y fortalezas.

<sup>1</sup> Véase lo que sobre la conducta observada por los judios, dice el moro Rásis (II.<sup>a</sup> Parte de su *Crónica*, *Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo VI, pág. 67 y siguientes). El arzobispo don Rodrigo, tratando de la pérdida de Córdoba, escribía: «Iudaeos autem, qui inibi morabantur, cum suis arabibus, ad populationem et custodiam Cordubae dimiserunt (lib. III, capítulo XXII). Y al hablar de la toma de Málaga, Murcia y Granada, añade sobre Sevilla: «Ipse autem, captam Hispalim de iudaeis et arabibus populavit, et inde ivit Beiam et non dispendio simili occupavit» (Id., cap. XXIII). Mencionando por último la conquista de Toledo, observaba: «Taric autem ex arabibus, quos secum duxerat, et iudaeis quos Toleti invenerat, munivit Tole-

Creyeron sin embargo los españoles, al caer sobre las desamparadas provincias las huestes de Tariq y de Muza, que pasando, cual veloz torrente, aquel enjambre de tribus feroces, que todo lo asolaba y destruía, y saciada ya la avaricia de los caudillos que les arrebatava sus tesoros, tornarianse al África los vencedores, pagados de la inaudita presa hecha en las Españas. Alentaba esta esperanza la misma saña y crueldad de los conquistadores, no comprendiéndose que empezaran por esquilmar y destruir el suelo donde intentaban asentar su poderio, los que no se habian mostrado avaros en las capitulaciones otorgadas á los vencidos: confirmaba aquella sospecha el corto número de los combatientes traídos del África, y contribuía por último á darle color la misma necesidad en que los capitanes mahometanos se habian visto, de poner en manos de los hebreos la guarda de las fortalezas, atentos sólo á evitar el alzamiento de los pueblos, que dejaban á las espaldas en sus triunfantes expediciones. Mas cuando aplacado el primer desorden de la conquista, vieron pasar á las costas de la Bética nuevos ejércitos, y supieron los castigos impuestos por los Califas á Muza y Abda-l-aziz, acusado el primero por su rapacidad y perseguido el segundo por atribuírsele el proyecto de coronarse rey de España; cuando tras estos *amires* contemplaron en el gobierno á los *calies* Ayyub-ben-Habib, Al-Horr-ben-Abd-er-Rahman y Assamh-ben-Máleq, los cuales procuraban no solamente afianzar la conquista, dando forma á la administracion pública, sino llevar tambien al otro lado de los Pirineos las armas musulmanas; cuando recibieron, por último, la nueva de que los Califas confirmaban los asientos y capitulaciones, concedidos por sus generales á las ciudades de la Península, perdida ya la última esperanza de salvacion, comprendieron toda la magnitud del infortunio que sobre ellos pesaba, condenados á tan largo como enojoso cautiverio <sup>1</sup>.

tomo (Id., cap. XXIV). R. Dozy, cuya *Historia de los Musulmanes de España* llega á nosotros al imprimir estos capítulos, admite sin contradiccion estos hechos y les atribuye la influencia debida (tomo II, cap. II). Respecto del resultado que produce en los españoles el indiscreto comportamiento de los hebreos, puede consultarse cuanto observamos en el *Ensayo I* de nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judios de España*.

<sup>1</sup> Conveniente juzgamos advertir, y ya queda indicado, que ni el mismo

En efecto: los descendientes del falso profeta, que habian sujetado al carro de sus victorias la mitad del mundo, tenian resuelto enriquecer sus dominios con las celebradas tierras de *Andálus* <sup>1</sup>,

Muza-ben-Nosayr, ni el conde don Julian, ni los hijos de Witiza sospecharon siquiera que pudiese ser fácil la conquista del imperio de Ataulfo. Los magnates visigodos sólo pensaron en vengarse de don Rodrigo, á quien veian como usurpador: Muza, lleno de desconfianza y ajeno del proyecto que por lo comun se le atribuye, temia provocar el enojo de reyes tan poderosos, limitándose una y otra vez á simples expediciones. De los hijos de Witiza dice el arzobispo don Rodrigo, narrado su proyecto de traicion, el cual no pasaba de apoderarse del reino, muerto el hijo de Teodoredo: «Non enim credebant quod possent, vel vellent arabes patriam retinere» (Lib. III, cap. XIX). Importa pues notar, para comprender cómo es posible tan inverosímil catástrofe, que hundido en la corrupcion, que en el anterior volúmen bosquejamos, y perdido el antiguo esfuerzo de sus fundadores, no podia ya el imperio visigodo con su propio peso, y vino á tierra al primer empuje de sus enemigos. Lo inesperado de la invasion y la rapidez de la conquista la presentaban como efímera y pasajera; y sólo al excitar la codicia de los Califas orientales con sus inauditas riquezas, pudo temer España la pérdida de su libertad y la servidumbre de sus hijos.

1 Comun opinion ha sido, aun entre los más doctos, traer el nombre de *Andalucia* de los *Vándalos*, formando la palabra *Vandalosia* y de esta aquella. Así lo creyeron el arzobispo don Rodrigo (*Hist. Wand.*, cap. XXII), Rodrigo Sanchez de Arévalo (*Hist. Hisp.*, I.<sup>a</sup> parte, cap. VII), Antonio de Nebrija (*In praef. Decad.*), Ambrosio de Morales (*Crónica gen.*, lib. XI, cap. XIII), Mariana (*Hist. general*, lib. I, cap. IV), y con ellos los extranjeros Volfango Lazio, Grocio, y otros no menos celebrados por su erudicion en la república de las letras; y así lo indica tambien en nuestros dias el ya citado R. Dozy, estableciendo sin embargo como cierto que nacido aquel nombre entre los musulmanes, debe buscarse en sus historiadores la razon de su existencia. Habiendo pasado al África los vándalos por la antigua *Traducla*, segun expresa Gregorio Turonense, tomó aquella península el nombre de *Andálus*, que conservado hasta el desembarco de Tarif, dió motivo á que se aplicase este nombre á toda España. Dozy acota con El-Razi, Bayan Almoghreb, y el autor del *Ajbar Machmua*, todos escritores árabes (*Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne*, segunda ed., págs. 310 y 311). Muy respetable nos parece la opinion de este orientalista; mas teniendo en cuenta que todos los escritores coetáneos á la invasion y á la permanencia de los vándalos en las regiones meridionales de España, dan á estas constantemente el nombre de *Bética*, y no hallándose ni en los concilios ni en las leyes de los visigodos mencion alguna de aquella peregrina denominacion, que tampoco se encuentra en el Pácense, testigo de vista de la invasion musulimica, no parecerá caprichosa la

consideradas por ellos como las puertas de Europa; y no olvidando el precepto del Koran, que ordenaba la *guerra santa*, creían llegado el momento de someter á su Imperio la otra mitad del Universo.—«Haced guerra (decía Mahoma) á cuantos no crean en Dios, ni en el último día; á cuantos no consideren como verdadero lo que Dios y su apóstol les ha prohibido, y á cuantos no profesen la verdadera religion entre los hombres de las Escrituras. Hacedles guerra hasta que paguen el tributo con sus propias manos y sean enteramente sometidos<sup>1</sup>.» Impulsados por este mandamiento, en que se condenaba igualmente á los idólatras, á los judíos y á los cristianos, habían pues sojuzgado los Califas todos los pueblos, adonde enviaron sus banderas, extendiendo el dominio de su religion con el dominio de su espada.

Mas la misma rapidez de las conquistas, que en menos de un siglo habían acometido y consumado, llegaba á desnaturalizar aquella temible propaganda: faltando brazos para realizar tan grandes empresas y tiempo para que los pueblos dominados aceptaran la religion de Mahoma, viéronse los mismos Califas forzados á componer sus ejércitos de hombres de todas creencias, templado ya el primer vértigo del fanatismo, y un tanto sobrepuesta la dominacion política á la dominacion religiosa. Esto, que había sucedido en el Asia cristiana, donde halló el Islam mayor resis-

cuda que sobre el particular abrigamos, resistiéndose á nuestra razon el que solo se conservara para conocimiento de los árabes el indicado nombre y con él la tradicion de los vándalos, olvidados más hacia de trescientos años. Más natural se ofrece (y este dictámen siguen notables arabistas) que el nombre de *Andalucia* se tomara de la voz arábica *Andálos* ó *Andálus*, *الاندلس*, con que se dice designaron los mahometanos las tierras occidentales del continente europeo, cuya parte postrema era España, que recibió en su totalidad el indicado nombre. (Véase el Xerif-al-Edrisi, apellidado el Nubiense, *Descripcion de España*, climas IV y V, I.<sup>a</sup> Parte, y las *Historias de Al-Andálus* por Aben-Athari, *Descripcion de Al-Andálus* y sus antigüedades, ad init.). Reducido el dominio sarraceno á la Bética, hubo de fijarse por último en ella esta denominacion, vulgar ya en tiempo del arzobispo don Rodrigo. Á esta opinion se inclinaron don Nicolás Antonio en el siglo XVII, y el Maestro Florez y el erudito Casiri en el pasado (*España Sagrada*, tomo IX, trat. XXVIII, cap. IV; *Bibl. Vetús; Bibl. Arabico-Hisp.*).

<sup>1</sup> Sura IX, vers. 29.

tencia que los alfanges agarenos, se reproducía con grandes creces en el África, tierra fecundada con la sangre de los mártires de Cristo y alumbrada por la doctrina de los Tertulianos y Agustinos. Cuando avasallado el Egipto, cayeron las huestes mahometanas sobre aquel extendido continente, para arrebatarse al Imperio bizantino una de las más preciadas joyas de su insegura diadema, y á la monarquía visigoda una de sus más fértiles provincias <sup>1</sup>, no solamente era profesado el cristianismo en las populosas ciudades dominadas por los griegos y los godos, sino que penetrando más allá del Atlas, luchaba contra la idolatría y el judaísmo, desvaneciéndose al par las supersticiones de los adoradores del fuego y de los astros. Los amires del África, que recorrieron victoriosos desde las fronteras de Egipto al Estrecho de Hércules y desde las playas del Mediterráneo á las regiones etiópicas, si lograron no sin dificultad echar sobre la cerviz de tantos pueblos el yugo de los Califas, no pudieron imponerles en un solo día la mentida fé de Mahoma, como que siendo imposible desarraigar las creencias por tantos siglos abrigadas, se hubieran estrellado todos sus esfuerzos en aquella temeraria empresa, aventurando sin duda el fruto de sus victorias <sup>2</sup>.

Así, aunque eran emprendidas todas las guerras en nombre del principio religioso, consignado en el Koran; aunque los que se tenían por verdaderos creyentes clamaban con el entusiasmo de

<sup>1</sup> Señalando el arzobispo don Rodrigo la extensión de la destruida monarquía de Recaredo, escribía respecto de las posesiones visigodas del lado allá del Estrecho: «Et in Africa et una provincia decem civitatum, quae Tingitania dicebatur, ad gothorum dominium pertinebat» (Lib. III, cap. XX). Esta provincia se extendía de mar á mar y era la antigua donación hecha por el emperador Othon, como en su lugar manifestamos con Tácito (tomo I, cap. I, página 27).

<sup>2</sup> No debe olvidarse que la posesión de África costó á los sectarios de Mahoma cinco expediciones, habiéndose menester el espacio de sesenta y siete años para domar las tribus que tenían su asiento en las vertientes del Atlas. Muza, último de los amires que dieron cima á esta conquista, después de haber empleado el terror, logró atraerlos á su dominio, halagando sus antiguas supersticiones de raza y aun afectando sus costumbres (Véase sobre este punto el cap. II del tomo II de la *Historia de España* de Mr. Rossecuw de Saint-Hilaire).

los primeros dias del islamismo ¡el combate! ¡el combate! ¡el paraiso! ¡el paraiso!, ni se ejecutaban ya los grandes proyectos militares de los Califas con la intolerancia religiosa de los que recibieron de Mahoma el legado de extender su falsa predicacion por medio del hierro, ni hubiera sido tampoco realizable, sin trocar el curso natural de las cosas, que ejércitos compuestos en su mayor parte de hombres que abrigaban creencias religiosas contrarias al mismo Koran, aparecieran cual fácil y adecuado instrumento del fanatismo musulman, carácter distintivo de la primitiva propaganda.

Esta inevitable declinacion del fanatismo, que parecia preludiar en cierto modo la ulterior separacion del elemento político y del elemento religioso, habia pues dado un carácter humano á las conquistas de los árabes, quienes fijando la vista en las riquezas materiales de las naciones, pensaron más bien en su despojo que en redimirlos del error en que las suponian. Tal habia acontecido en África, y no otra cosa sucede respecto de las Españas: cuando la venganza ó la perfidia abrieron á las armas mahometanas el Estrecho de Hércules, no solamente era muy reducido el número de los árabes que pasaron á las costas de la Bética <sup>1</sup>, sino que el grueso de los ejércitos de Tariq y de Muza distaba mucho de profesar el culto de Mahoma. Allegados de multitud de gentes, contábanse al propio tiempo en sus filas las reliquias de los wándalos y los bizantinos, los presidios de las ciudades visigodas delitoral tingitano, los idólatras berberiscos de las vertientes del Atlas y los gentiles que habian sobrevivido á los sacudimientos del antiguo mundo; filiándose tambien bajo sus banderas, ganosos de mejor fortuna, los descendientes de Judáh, arrojados á aque-

<sup>1</sup> Dando cuenta Aben-Jaldon de las falanges de que Tariq era caudillo, escribe: «Tariq-ben-Zeyad recibió de Muza el mando de Tanja, donde se instaló con doce mil berberies (africanos) y veintisiete árabes, encargados de enseñar á aquellos neófitos el Koran y la ley.» Estos debieron ser los primeros árabes que pasaron el Estrecho. No puede decirse lo mismo de las falanges de Muza; y sin embargo es lícito asegurar que era por extremo reducido el número de los árabes que se contaron entre los diez y ocho mil combatientes que trajo á España en 712.

llas costas por la espada de Tito <sup>1</sup>. Hombres de tan contrarios orígenes y distintas religiones fueron pues los que derrocaron en tan breve término y con ocasion tan liviana el trono visigodo <sup>2</sup>: ni los traía contra España el fanático ardor de la creencia musulmana ni, apegados naturalmente á las que ellos recibieron de sus padres, hubieran consentido, sin propia exposicion, en arrancar de nuestro suelo el lábaro de Constantino, abrazado por Recaredo y reverenciado por la nacion entera. Arraigado profundamente en esta el catolicismo, tampoco hubieran cometido los amires del África la punible torpeza de comprometer á sabiendas el fruto de sus victorias, deslustrando así á los ojos de los Califas sus merecimientos en la conquista de la envidiada *Andálus*, que parecia compendiar todas las grandezas y maravillas de la tierra. No fué, no pudo ser por tanto el espíritu de la primitiva propaganda el que animaba á las falanges de Tariq, de Muza y de Abda-l-aziz, al someter al poderio de Damasco la España de Rodrigo: su conquista, perdido ya el carácter religioso de aquellas grandes empresas, que habian llenado de consternacion al mundo cristiano,

1 Véase el cap. I de nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España, Ensayo I*. Respecto de los demás pueblos que trajeron los árabes á España, conviene advertir que no solamente los ya mencionados, á que se deben añadir los sirios, egipcios y persas, que seguian sus banderas, sino tambien crecido número de germanos y eslavos cautivos, paganos del norte, y hasta cristianos de Italia y de las costas adriáticas aumentaban sus formidables falanges (Saint-Hilaire, *Hist. de España*, lib. III, capítulo II). Esta contradictoria variedad de razas no podia ser prenda de unidad en la conquista, ni aun siquiera garantia de orden en la posesion del territorio, como adelante advertiremos.

2 El diligente Garibay, aunque desprovisto de los estudios realizados en los ultimos tiempos, decia al narrar la conquista: «Mas quiero advertir á los lectores que no es verosímil, ni yo tengo por cosa verdadera, que estas gentes llamadas *moros*, que de Africa pasaban á España, eran todas ellas seguidores de la secta de Mahoma, sino súbditos y vasallos de los reyes mahometanos» (*Comp. hist.*, lib. VIII, cap. I). Véase pues cómo ha bastado el buen sentido para comprender que no pudo llevarse á cabo la conquista de España, sino con los medios posibles en lo humano; de donde debian derivarse las condiciones naturales de su realizacion en lo social, lo político y lo religioso.

talezas <sup>1</sup>. Eran los primeros conducidos en gran número á la corte de los Califas, como trofeo de las victorias logradas sobre los españoles, y condenados por tanto á expiar en tierra extraña su esfuerzo y patriotismo <sup>2</sup>: los segundos, que formaban la parte principal de la poblacion cristiana, conservaron en cambio sus propiedades, bien que gravadas sucesivamente de excesivos tributos, llevando más adelante el nombre de *mozárabes*, con que los reconoce la historia <sup>3</sup>.

Á estos pobladores cristianos, que se ostentan en mitad de los musulmes, cual únicos depositarios de las tradiciones de la monarquía visigoda, se dirigen todas las miradas del historiador y del filósofo, al contemplar la gran catástrofe de aquel renombrado Imperio. Profanados ó destruidos los principales templos del catolicismo, que ya fueron convertidos en mezquitas, ya prestaron sus

1 Los árabes daban, con efecto, el nombre de *adzimma* [الذمة] y *moahid* [معاقد] á los cristianos que en virtud de las capitulaciones reconocieron su señorío: también los apellidaban *elches* [عليج] infieles; *agemies* [العجمي] bárbaros, *rumies* [الرومي] romanos y *kuttles* [القوطي] godos, dando á conocer de esta manera el diferente origen de una y otra raza. Debe advertirse que el título de romanos fué aplicado desde luego á los cristianos independientes

2 Ya vá indicado arriba: cuando Muza fué llamado á Damasco por el Califa, demás de los inmensos tesoros que habia sacado de España, llevó consigo treinta mil cautivos cristianos, segun afirman los más autorizados historiadores árabes, contándose entre ellos cuatrocientos godos de la primera nobleza, los cuales aparecieron en la corte de los Califas lujosamente ataviados y ornadas las sienes con riquísimas coronas de oro. Este ejemplo de Muza, que recuerda las fastuosas ovaciones de los cónsules y emperadores romanos, no careció de imitaciones, por desdicha de los españoles que aun osaron resistir el ímpetu de la morisma.

3 Mucho se ha disputado para fijar el origen de la palabra *mozárabe* ó *mozárabe*: los latinistas han creído que se componia de las voces *mixtus* y *arab*, de donde salia *mixti-arabes*, y de aquí *mozárabes*, designando así cierta mezcla de árabes y cristianos que rechaza la ortodoxia de estos moradores: los orientalistas la traen del participio *mostarab* [مستعرب], determinando la manera de vasallaje que los cristianos reconocian bajo la dominación musulmana. La voz *mostarabe* significa *arabizado*.



extraordinarios sacudimientos de la anarquía, que devora en breve á los conquistadores, y por el excesivo ardor religioso de los cristianos, pareció consolidarse la obra de Tariq y de Muza, olvidado ya el estrago de los combates y desvanecida toda esperanza de salvacion abrigada por los españoles.

Mas no era igual la suerte que alcanzaba á los cristianos, forzados á sufrir el yugo de los amires: mientras que lloraban en dura esclavitud aquellos desafortunados guerreros, á quienes el furor de los vencedores perdonaba la vida en el trance de las batallas <sup>1</sup>, recibian los títulos de *protegidos* y *confederados* los que se sometian voluntariamente ó capitulaban en sus ciudades y for-

las palabras del arzobispo de Toledo arriba trascritas (pág. 7, nota 2), que desde la invasion mahometana no quedaron en España ni obispos ni santuarios. Á desvanecer este error acudió ya con notable copia de documentos el docto Florez en varios pasajes de la *España Sagrada*, y más de propósito en el tomo V, trat. V, cap. V, donde con la autoridad de irrecusables documentos y el testimonio de Elipando, San Eulogio, Álvaro Cordobés, Samson y otros escritores coetáneos, demostró la verdad del hecho que aseveramos en el texto. De notar es no obstante (y en este punto no reparó Florez) que por efecto de aquella misma organizacion vino á quedar la Iglesia sometida á dolorosa servidumbre. Propio derecho de los reyes habia sido en la monarquía visigoda la convocatoria de los concilios y la aprobacion de los obispos (Concilio XII, cán. VI y otros): reservado este derecho primero por los amires, representantes de los Califas de Oriente, y despues por los Califas de Córdoba, era un verdadero elemento de opresion, que producía con el tiempo los más afrentosos resultados. De ello nos dará tristes ejemplos el capítulo siguiente, pudiendo desde luego asegurarse que si las capitulaciones mahometanas dejaron alguna libertad al culto, avasallaron vergonzosamente á la Iglesia Católica \*.

<sup>1</sup> *España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. V, pág. 307.

\* Largos años despues de terminados estos estudios, llega á nuestras manos la *Historia de los Musulmanes*, dada á luz por R. Dozy (1861): este escritor, nada sospechoso tocante á los cristianos, segun despues veremos, dice respecto del punto aqui tratado lo siguiente: «El culto era libre, pero la Iglesia no lo era» (tomo II, pág. 16), reconociendo y poniendo de relieve la dura y vergonzosa servidumbre, á que se la sujetaba, como resultado del derecho conservado por los Califas, en órden á los concilios y á los obispos. No olvidemos las consecuencias de este hecho, capital en la historia de los mozárabes.

talezas <sup>1</sup>. Eran los primeros conducidos en gran número á la corte de los Califas, como trofeo de las victorias logradas sobre los españoles, y condenados por tanto á expiar en tierra extraña su esfuerzo y patriotismo <sup>2</sup>: los segundos, que formaban la parte principal de la poblacion cristiana, conservaron en cambio sus propiedades, bien que gravadas sucesivamente de excesivos tributos, llevando más adelante el nombre de *mozárabes*, con que los reconoce la historia <sup>3</sup>.

Á estos pobladores cristianos, que se ostentan en mitad de los musulimes, cual únicos depositarios de las tradiciones de la monarquía visigoda, se dirigen todas las miradas del historiador y del filósofo, al contemplar la gran catástrofe de aquel renombrado Imperio. Profanados ó destruidos los principales templos del catolicismo, que ya fueron convertidos en mezquitas, ya prestaron sus

1 Los árabes daban, con efecto, el nombre de *adzimma* [الذمة] y *moahid* [معايد] á los cristianos que en virtud de las capitulaciones reconocieron su señorío: tambien los apellidaban *elches* [علج] infieles; *agentes* [العجمي] bárbaros, *rumies* [الرومي] romanos y *kutles* [القوطي] godos, dando á conocer de esta manera el diferente origen de una y otra raza. Debe advertirse que el título de romanos fué aplicado desde luego á los cristianos independientes.

2 Ya vá indicado arriba: cuando Muza fué llamado á Damasco por el Califa, demás de los inmensos tesoros que habia sacado de España, llevó consigo treinta mil cautivos cristianos, segun afirman los más autorizados historiadores árabes, contándose entre ellos cuatrocientos godos de la primera nobleza, los cuales aparecieron en la corte de los Califas lujosamente ataviados y ornadas las sienes con riquísimas coronas de oro. Este ejemplo de Muza, que recuerda las fastuosas ovaciones de los cónsules y emperadores romanos, no careció de imitaciones, por desdicha de los españoles que aun osaron resistir el ímpetu de la morisina.

3 Mucho se ha disputado para fijar el origen de la palabra *mozárabe* ó *muzárabe*: los latinistas han creído que se componia de las voces *mixtus* y *arabi*, de donde salia *mixti-arabes*, y de aquí *mozárabes*, designando así cierta mezcla de árabes y cristianos que rechaza la ortodoxia de estos moradores: los orientalistas la traen del participio *mostarab* [مستعرب], determinando la manera de vasallaje que los cristianos reconocian bajo la dominacion musulmana. La voz *mostarabe* significa *arabizado*.

despedazadas reliquias para erigir otras nuevas <sup>1</sup>; reducidas al interior de las iglesias las ceremonias del culto, que debían también celebrarse á puertas cerradas; y prohibida por último toda procesion religiosa ó pública muestra de cristianismo <sup>2</sup>, revela

1 La historia de las artes es sin duda una de las más claras fuentes, adonde necesita acudir el verdadero investigador para comprobar á menudo los hechos que se consuman en las esferas sociales y políticas. Examinadas las primitivas mezquitas debidas á la dominacion mahometana, que han llegado felizmente á nuestros días, descubrimos en ellas no solamente la forma general de las basílicas cristianas que preceden á la invasion, sino también los capiteles, basas, columnas, frisos y demás ornamentos que las enriquecieron conforme nos había enseñado el docto Isidoro. Guiados por este estudio, realizado en nuestra *Toledo Pintoresca*, y ampliado al clasificar el *Arte mudéjar* (*Discurso leído ante la Real Academia de San Fernando*, 1859) é ilustrar la historia del *Arte latino-bizantino en España* (*Mem. de la Real Academia* citada 1861), nos es posible comprender de una parte el estrago causado por los invasores en la Península, y de otra la influencia que el arte cristiano, derivacion indubitable del antiguo, ejerce en los mahometanos que dominan nuestro suelo, desde los primeros días de la conquista. «La España visigoda (decíamos) atesoraba grandiosos monumentos de la civilizacion romana; la República y el Imperio la habían enriquecido á porfía con suntuosas construcciones; Córdoba, Mérida, Sevilla, Itálica, Zaragoza y Toledo se engalanaban todavía con sus magníficos anfiteatros y sus circos, con sus alcázares y pretorios, con sus regaladas termas y soberbios arcos de triunfo; Segovia y Tarragona, Évora y Braga ostentaban los magníficos templos y los gigantescos acueductos que desafían aun la saña de los siglos; el Tajo y el Anas en el Bétis y el Ebro veían domada su corriente bajo el peso de inmensas y robustas fábricas, destinadas por la arrogancia de sus autores á permanecer enhiestas *in saecula mundi*. Todo pregonaba á vista de los conquistadores la grandeza y majestad de Roma, heredada y aun exagerada con el ejemplo de Bizancio por los reyes visigodos; todo vino á herir al par su imaginacion lozana y juvenil, naciendo en su pecho el vago anhelo de unir aquellos nuevos tesoros (romano-latino-bizantinos) á los ya recogidos en sus peregrinaciones triunfales del Oriente» (*Discurso sobre el arte y estilo mudéjar*, páginas 10 y 11). Queden pues reconocidos estos hechos, de suma importancia para determinar lo que debió la civilizacion española á los mahometanos en los primeros tiempos de su dominacion, y para nosotros de extremado precio porque se enlazan estrechamente con la historia de las letras. Adelante no será dado explanar estas indicaciones.

2 Uno de los documentos diplomáticos que prueban la exactitud de estos hechos, es sin duda la *escritura ó carta de juzgo*, publicada por Sandoval (en su *Historia de los cinco obispos*, pág. 89) y otorgada en Coimbra en la era 772

sin embargo los mozárabes en la firmeza de sus creencias, en su organizacion, en sus costumbres, en su literatura, el sello característico de aquella civilizacion, que habia producido tan eminentes varones como los Isidoros, Eugenios é Ildefonsos. Llamados á sostener en el campo de la inteligencia, la misma lucha comenzada ya por el hierro de los que proclamaban en las montañas de Asturias su antigua independencia, acrisolábase en ellos, con la contradiccion y la desgracia, el sentimiento religioso hasta provocar el martirio; y celosos de la herencia de sus padres, custodiábanla con esmerada solicitud en medio de los peligros y sobresaltos del cautiverio, para devolverla á sus hermanos, llegado el momento del triunfo.

Pero si importa mucho considerar la peregrina constitucion de los mozárabes bajo la dominacion mahometana, si es de sumo interés seguir todos sus pasos hasta verlos acaudalar en Toledo con las reliquias de las letras visigodas á los cristianos que rescatan aquella famosa ciudad del poder de los mahometanos, y perecer en Córdoba y Sevilla bajo el despiadado alfange de los almoravides<sup>1</sup>, no menos interesante y sorprendente es el contemplar en un rincon de la antigua Cantabria un puñado de hombres, que resueltos á morir antes que doblar el cuello á la coyunda sarraцена, inauguran la más grande y tenaz lucha que refiere la historia del género humano.

Al grito de independencia, que resuena más tarde en la Peña Horadada y en San Juan de Jerusalem, dando nacimiento á dos distintas monarquias, se echaban los cimientos á una constitucion, cuyas bases debian diferir en gran manera de las que ha-

de Cristo [año 147 de la Égira] por Albohacen-ben-Muhamad-Alhamar-ben-Tariq. En este raro escrito, de cuya autenticidad se ha dudado sin el debido fundamento, se decia: «Christiani..... pectent dupliciter quam mauri, et de ecclesis per singulas XXV pesantes de bono argento et per monasteria pectent L pesantes..... Presbyteri non faciant suas missas nisi *portis cerratis*...» Solo á los mozárabes de Córdoba, de quienes hablaremos con mayor detenimiento en el siguiente capítulo, fué concedido el privilegio de convocar á los ~~fieles~~ al toque de campana y conducir públicamente los cadáveres al cementerio.

<sup>1</sup> Véase el capítulo siguiente.

bian servido de fundamento á la monarquía visigoda: acogidos á la asperéza de las montañas corto número de cristianos, á quienes hacia su pobreza más dura é insoportable la opresión musulmanes, mientras permanecían los ricos en las provincias sujetas, gozando de sus bienes bajo el seguro de los pactos echaban allí los firmes cimientos de la nueva sociedad por la que debía tener con el tiempo prodigioso desarrollo, hermanando todos los intereses, antes enemigos ó rivales, y concertadas libertades públicas con la suprema autoridad de los reyes. Aquellos hombres, hijos en su mayor parte de la primitiva raza española

1 Uno de los más doctos investigadores de las antigüedades españolas tratando de las capitulaciones concertadas con los mahometanos, dice así á Toledo: «Muerto ya el rey don Rodrigo, destrozado el ejército y como es natural, la flor de la nobleza de la corte, que era Toledo; todo el reino en confusión y llenándole de terror y espanto los vencedores ¿qué pudo hacer esta ciudad sino capitular la entrega, especialmente cuando en Toledo entonces, como sucede siempre en las cortes, la gente más arraigada en el país, más acostumbrada al regalo y al ocio, y por consiguiente la más débil y afeminada?... Y estas capitulaciones, ¿por qué se otorgarían sino por la primera nobleza goda, para poner á cubierto mujeres, sus hijos, sus casas y haciendas?... Huirían sin duda algunas nobles á otras tierras ásperas y fragosas; mas la mayor parte de estas pobres, que nada abandonaban, singularmente no habiendo ya rey ni señor á quien seguir» (Burriel, *Memorias de las santas Justa y Rufina*, Mss Bibl. Nacional). La servidumbre sarracena pesó en efecto principalmente sobre los que no podían rescatar con el oro la dureza de la opresión; y los pobres y desheredados, demás de la grey esclava, eran en su mayor parte descendientes de la raza hispano-latina, de aquí el que excluidos de las capitulaciones, buscasen alivio á la persecución mahometana en las montañas del Norte, inaccesibles á las falanges sarracenas.

2 Sobre lo que dejamos indicado en la nota anterior, será oportuno dar la forma en que los más granados historiadores refieren el alzamiento de Pelayo. Mariana escribe: «En el valle que hoy se llama Cangas y en Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente libre y desterrada, con esperanza de cobrar la libertad.» etc. (Lib. VII, c. 1). Y hablando de la persecución que dispusieron luego los mahometanos, que al mencionar las ciudades, requeridas y conjuradas por don Pelayo que no faltasen á la causa común: «Los más, por menosprecio del nuevo y por miedo de mayor mal, se quedaron en sus casas: querían más estar ocultos y aconsejarse con el tiempo, que hacerse parte en negocio tan duro»

no podian en efecto admitir por base de su nueva é indispensable organizacion las antiguas leyes, que ponian todas las honras y distinciones en manos de los visigodos; y cuando divulgado su extraordinario heroismo con la fama de Covadonga, acuden los descendientes de Wamba y Recaredo á segundar los generosos esfuerzos de Pelayo, caducada ya la posesion del territorio, que era necesario recobrar al precio de la sangre, ni pudo sostenerse el privilegio de raza, que sobrevive á Receswinto, ni en medio de los conflictos que amenazaban sin tregua á tan alentados guerreros, podian hallar entrada odiosas y deletéreas distinciones.

Siendo una la necesidad apremiante de todos, y uno el pensamiento que los congrega bajo los pendones de Pelayo, uno fué tambien el título de toda honra para lo presente y de todo engrandecimiento para lo futuro: el valor, única prenda que sublimaba entre sí y estrechaba de una manera indestructible los vínculos que unian á aquellos paladines de la religion y de la patria, llegaba á ser el título preferente de toda propiedad y el solo y desembarazado camino de toda nobleza. Así el que era ayer oscuro, pobre y plebeyo, compraba hoy en medio del combate el lustre, la hidalguia y la riqueza, que lo elevaban mañana á la gerarquía de los condes y de los magnates: así el siervo, que siguiendo las huellas de su señor, llegaba al real de los cristianos sujeto todavía á su tutela, conquistaba hoy con el esfuerzo de su corazon la libertad ardientemente deseada, y escribiendo mañana con el hier-

Narrando el peligro de Pelayo, al acercarse al valle de Cangas las huestes de Alcamán, compuestas en no pequeña parte de cristianos visigodos, capitaneados por don Opas, añade: «Fuera locura hácer rostro con aquella gente desarmada y ciscada de miedo, al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenia ganadas» (Id., id., cap. II). Ahora bien: ¿puede aplicarse ninguna de estas calificaciones á la opulenta nobleza visigoda, que proseguia gozando en las ciudades de sus codiciadas riquezas?... Y si no es dado cometer á sabiendas error semejante, ¿cómo se ha de atribuir á la raza visigoda la gloria de haber lanzado el grito de independencia en el valle de Cangas?... Ni ¿cómo se ha de repetir la afortunada frase de Mariana, cuando dice que de la «sepultura de aquella gente nació y se levantó una nueva y santa España», á no reconocer que habia cambiado del todo la base de aquella sociedad, en la forma que vamos estableciendo?



ro de su lanza la ejecutoria de su hidalguía, erigíase tal vez en tronco y raíz de una familia de héroes.

Estos y no otros son, en nuestro juicio, los fundamentos sobre que se levantaba la nueva sociedad, rompiendo todo forzado enlace con la antigua monarquía visigoda.—Todas las tradiciones políticas se habían quebrantado: todos los derechos debían pues emanar de nuevas fuentes; y si en aquella sociedad así reconstituida, donde era el símbolo de la potestad real una espada y el reino un campamento, alcanzaban los descendientes de la nobleza visigoda preponderancia ó valía, debido era exclusivamente á su denuedo personal, y no á la antigüedad y lustre de su linaje. Aquella aureola que ostenta siempre el valor, aquel noble ascendiente que rodea á los varones de levantado corazón y grandes pensamientos, y aquella aura popular que llevan tras sí las empresas difíciles, acometidas y realizadas en bien de todos, eran los únicos fiadores de la gratitud y del respeto con que recibía le muchedumbre los servicios de sus primeros capitanes, colmándolos siempre de larga y segura recompensa. Estos capitanes, ya salidos de la raza hispano-latina, que recobraba al cabo su dignidad y su antigua bravura, ya de la raza propiamente goda que despertaba también de su letargo, formaban la base durable y esclarecida de la nobleza española <sup>1</sup>. Había la visigoda estribado

1 Hé aquí el sentido en que dijimos en el capítulo anterior que había perecido en Guadalete la odiosa ley que no había logrado borrar la generosidad de Receswinto. Este origen inevitable y popular de la nobleza propiamente española, fué reconocido constantemente por los hombres de más alto nacimiento: prescindiendo de las declaraciones del Rey Sabio, hechas en las *Partidas* sobre las fuentes de la hidalguía (Partida II, tit. XXI, ley II), será bien traer á la memoria el juicio que sobre la nobleza *heredada* y la *adquirida* formaron ya en el siglo XV dos personajes tan ilustres como el infante don Pedro de Portugal y Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres. El primero decía en sus celebradas *Coplas del menosprecio et contempto del mundo*, al reprehender el vano orgullo de los nobles:

Todos somos hijos del primero padre;  
 todos trayemos yguale nascimiento;  
 todos avemos á Eva por madre;  
 todos faremos un acabamiento.  
 Todos tenemos bien flaco cimiento;  
 todos seremos en breve só tierra;

PARTE I, CAP. XI. ESCRITORES DE LA INVASION MAHOMETANA. 23

principalmente en la opresion y envilecimiento del pueblo ibero, que al verse por ella despojado de sus riquezas, lloró en vano su orfandad y aniquilamiento <sup>1</sup>: la que se creaba en las montañas de Asturias fundábase por el contrario en la libertad de aquel pueblo, cuyo rescate era la más alta empresa de su valor y el fin supremo de sus deseos y esperanzas. Tenia la primera cerrados todos los caminos á la raza vencida, y conservábase ajena de toda mezcla, escudada en sus inmunidades y privilegios: hija al par la segunda de la estirpe romana y de la visigoda, emanaba de un solo principio, teniendo en consecuencia abiertos todos los senderos al mismo pueblo, de cuyo amor y respeto pendia la sancion de sus legítimos títulos. Este consorcio y pacto espontáneo, que se perpetúa en la duracion de aquella guerra dos veces santa, pues que iba á rescatar la patria y la religion del poderio de los sarracenos, hallaba firme é indestructible apoyo en el pensamiento y necesidad comun, que reunian bajo una misma enseña á los guerreros de Pelayo: *Dios y libertad* eran las palabras misteriosas escritas en la bandera que habia triunfado en Covadonga, y *Dios y libertad* debia ser el símbolo de aquella civilizacion, que se levantaba sobre tan anchos cimientos, iluminando al propio

el proprio noblesçe merescimiento,  
é quien al se piensa, yo pienso que yerra.

El segundo asentaba, al definir la nobleza en sus *Claros varones de España*, poema todavia peregrino entre los eruditos:

Digo que la gloria inata  
é de los padres trayda,  
non es tal nin tan beata,  
como la ques adquerida:  
nin por nuestros padres quiso  
darnos Dios el parayso;  
mas por buena et sancta vida.

La autoridad de estos magnates no puede ser sospechosa, probando que despues de setecientos años estaban abiertas al pueblo las mismas puertas, que le llevaron á las más altas gerarquias del Estado. En efecto, en el siglo XV no se habia operado aun el fatal divorcio de grandes y pequeños, que hundió más tarde la monarquia española en la dolorosa postracion de que no ha podido todavia levantarse. Algunas de estas observaciones han visto antes de ahora la luz pública (*Discursos académicos*, 1860).

<sup>1</sup> Véanse los capítulos VIII y IX del anterior volumen.



tiempo sus creencias, sus costumbres, sus artes y sus letras, y brillando tras largas contradicciones en los vencedores estándares de Isabel y de Fernando, clavados ocho siglos despues en las torres de Granada <sup>1</sup>.

Lograban desde luego estas dos ideas su representacion sensible, coronando aquel edificio la potestad suprema del Estado, que halla su más firme y constante auxiliar en la potestad de la Iglesia. Dado el grito de independencia, necesitábase, para vivir, de un caudillo de acrisolada virtud y de probado esfuerzo, que reflejando el espíritu de todos, encaminara á un solo fin todas las

1 Algunos escritores extranjeros (entre los cuales se cuenta ya el entendido Dozy) observan que la conquista mahometana no fué, generalmente hablando, una gran calamidad, no habiendo echado en España muy profundas raíces la religion cristiana. El hecho puede tener algun valor (y lo tiene en efecto) en cuanto se refiere á los esclavos, perseguidos por los concilios compaganos (V. el cap. VIII del tomo anterior, p. 334) y á los visigodos, lanzado en todo linaje de abusos, escándalos y torpezas, contrarios al espíritu y letra del Evangelio, segun oportunamente demostramos (V. el cap. X del tomo precedente). Pero no puede decirse otro tanto, sin completa injusticia é ignorancia histórica, de la grey de cuyo seno habian salido primero los Yuvencos Prudencios, Draconcios y Orosios, y más adelante los Eutropios, Leandros Isidoros y Eugenios. La raza hispano-latina, que habia realizado la gran transformacion de que fué teatro el tercer concilio de Toledo, á costa de la persecucion y del martirio, no merece en verdad que se dude de la sinceridad y firmeza de sus creencias, confundiéndola con la raza visigoda y la descreida grey de los esclavos. Para ella, firme en la fé que la habia alentado y fortalecido en medio de tantas calamidades, era la conquista mahometana la mayor afrenta que podia afligir al cristianismo; y como le faltaban las riquezas con que saciar la rapacidad de los musulimes, templando la servidumbre, sólo halló remedio á sus males, así religiosos como políticos, bajo aquella bandera, en que resplandecian los nombres de *Dios y libertad*, síntesis veneranda de sus creencias y de sus aspiraciones. La observacion á que nos referimos, declarando impotente á la raza visigoda, cuya corrupcion era causa principal, si no única, de la espantosa decadencia en que se habia aniquilado su imperio, es una prueba eficazísima, aunque indirecta, de que la insurreccion cristiana fué debida á la raza hispano-latina, destinada á consumir en Covadonga, con la transformacion social y política del pueblo español, el triunfo religioso, solemnizado en Toledo por la varonil elocuencia de Leandro. Despues veremos cómo el torrente de los hechos despierta en Córdoba el sentimiento religioso de la raza visigoda, hermanándola con la hispano-latina, cual sucedia ya en Asturias, bien que por causas diferentes, aunque no de otra esfera.

empresas, moderando todos los ímpetus y distribuyendo con mano justa y equitativa las recompensas y los castigos. Renacia la autoridad real, como un hecho espontáneo; y Pelayo, á quien apelidaron los árabes *Belay-el-Rumi*, que habia encendido aquella guerra, que parecia traer su origen de las familias visigodas, en quienes residió siempre el derecho de elegibilidad á la corona <sup>1</sup>, y que era por último tenido por el más digno, vióse investido con dicha potestad, vinculando en sus deudos aquel derecho, gozado antes por la primera nobleza de los godos <sup>2</sup>. Aspirá-

<sup>1</sup> Sobre este punto no existe evidencia histórica: los escritores de la edad media asientan que era Pelayo hijo de Favila, duque (dux, *gobernador*) de Cantabria, y como tal visigodo. Sin embargo el nombre de *Pelagius* es enteramente latino, segun ha observado antes de ahora un distinguido escritor francés de nuestros dias. El referido historiador escribe: «Bien que le nom du duc Favila (*Fafila* dicen los primitivos *Cronicones*), père de Pelayo, soit évidemment gothique, le nom de *Pelagius*, dont les espagnols ont fait *Pelayo*, n'est par moins évidemment romain. Dailleurs le surnom de *el Roumy* (le romain) que les arabes joignent toujours au nom de *Belai* (Pelayo) indique assez qu'il était considéré par les deux nations comme espagnol indigène, titre auquel il due sans doute les sympathies des asturiens et de cantabres» (Saint Hilaire, *Hist. d'Espag.*, lib. IV, cap. I). Estas indicaciones no carecen en verdad de fundamento; y cuando reparamos por una parte en el empeño con que se hizo á San Leandro y á San Isidoro nada menos que descendientes del estrogodo Teodorico (V. el cap. VII del anterior volumen), y consideramos por otra que el primer cronista cristiano que consigna el nombre de Pelayo y señala su ascendencia, florece en la corte de Alfonso el Magno, príncipe que se preciaba de heredar la magnificencia de los reyes visigodos y de restaurar el imperio (V. adelante el cap. XIII), no juzgamos tan probado como ciertos historiadores suponen, el origen *godo de Pelayo*. Como quiera, es bien considerar, aun dada la naturaleza del alzamiento de Cangas, tal como lo dejamos considerado, que no podia ser obstáculo á la exaltacion de Pelayo el llevar *sangre real goda* en sus venas, pues que no es posible borrar en un solo dia el prestigio de tantos siglos; y quilatadas las demás prendas que le daban el primer lugar entre los sublevados de Asturias, no era del todo indiferente aquella circunstancia. Los árabes no le llaman nunca *el kull*, el godo.

<sup>2</sup> El sabio don Alberto Lista, á quien, como vá indicado en otro lugar, debemos no pequeña parte de nuestra educacion literaria, asienta que este cambio se introdujo á imitacion de los francos: «Estas mezquinas y limitadas monarquias, electivas en su principio, aunque dentro de una familia, costumbre que tomaron de los francos, abandonada la libre eleccion de los vi-

base igualmente al triunfo de la religion, cuya cautividad era llo-  
rada por grandes y pequeños; y recogida en el seno de las mon-  
tañas la parte más entusiasta del clero, mientras salvaba en aque-  
llas fraguras sus venerandas tradiciones, con los tesoros de las  
ciencias y de las letras, revestíase de nuevo espíritu, excitando con  
su voz y con su ejemplo el denuedo de aquellos campeones de la  
libertad, cuyas armas bendice en el momento del combate. Her-  
manadas en esta forma la política y la religion; borradas del todo  
las antiguas distinciones de raza, que precipitaron la decadencia  
de los visigodos, y unidos estrechamente por la ley suprema de  
la necesidad cuantos acuden al heróico llamamiento de Pelayo,  
se inaugura pues la grande obra de la reconquista; y los que des-  
preciados por los amires cual foragidos, eran considerados como  
indignos de ejercitar su valor <sup>1</sup>, afianzaban con una y otra victo-

»sigodos, reconocian á la verdad una aristocracia» (*Discurso sobre el carácter del feudalismo en España*). Lista se apoya al emitir esta idea, en la existencia de la ley, en que los francos establecieron esta manera de eleccion, ley citada por los PP. Benedictinos en el tomo IV de sus *Historiens de France*. Pero por grande que sea el respeto, con que pronunciamos siempre el nombre de tan docto escritor, no podemos asentir á esta opinion suya; pues que á nuestra vista aparece y aparecerá siempre como una consecuencia naturalísima del estado de los cristianos que fundan la monarquia asturiana, y de los diferen-tes elementos que se asocian bajo las banderas de Pelayo, el cambio que se introduce en el derecho de eleccion á la corona. No habiendo en la nueva monarquia ninguna familia que pudiera considerarse igual á la del vencedor de Covadonga, y alterada totalmente la constitucion de la nobleza, no solamente es la restriccion de la elegibilidad un hecho espontáneo, sino que sobre ser altamente impolítica, hubiera sido por demás injusta la prosecucion de la cos-tumbre visigoda. La experiencia de los últimos años de aquella monarquia debió ser tambien de gran provecho en tan angustiosos momentos, pues más bien que en disputar sobre derechos que habian naufragado en Guada-lete, se pensaba en asegurar la existencia de todos bajo el mando del más digno.

1 Los historiadores árabes que mencionan estos sucesos, les dan muy poca importancia. Ahmed-el-Mokri, citado por MM. Lembke y Romey decia: «El »primero que acaudilló á los cristianos tras su derrota fué Belay de los Astu-»riches, pueblo de Chaliquiya [*Galicia*], que huyó en tiempo de El-Horr-»ben-Abd-er-Rahman de Córdoba, donde estaba en rehenes» (*Mss. de Gotha*, fól. 586). Ebb-Hhayán-ebn-Ahmed escribia en el siglo XI: «En tiempo de

ria la monarquía asturiana, infundiendo extraordinario aliento á los que en las cordilleras de los Pirineos imitaban su heroísmo, y arrebatando diariamente al dominio mahometano nuevos castillos y fortalezas.

No habian trascurrido cuarenta años desde que *Belay-el-Rumi* sacudió el yugo del Islam, cuando aquellos guerreros, cuyas huestes engrosaban sin cesar cristianos fugitivos, extendian sus talas y correrias hasta las orillas del Duero [*Extrema Durii*], llenando de terror á los agarenos, que despertaban al cabo de su ciega confianza, para caer en mayor asombro, al contemplar el exterminio de los suyos donde quiera que aparecian las enseñas cristianas. Alfonso I, á quien venera la posteridad con el renombre de *Católico*, heredando el generoso espíritu de Pelayo, arrancaba en Galicia al yugo de los sarracenos las ciudades de Tuy, Lugo y Orense; los despojaba más al Occidente de Oporto, Viseo y Braga, y cayendo sobre el centro de la Península, apoderábase con igual fortuna de Astorga, Valladolid, Simancas y Zamora, tomando por asalto á Sepúlveda, Ávila y Segovia, é imponiendo la misma suerte á Lara, Osma y Saldaña. Sobrecogidos de espanto los sarracenos al estruendo de sus victorias, no solamente huían despavoridos delante de sus banderas, sin osar ya resistir su incontrastable ímpetu, sino que apellidándole con supersticioso terror *El hijo de la espada* <sup>1</sup>, dejábanse conducir como rebaños

<sup>1</sup> *Ambiss-ben-Sohhim* apareció en Chaliquiya un caudillo de los infieles, reducido al ámbito de un peñasco, en el cual se ocultó con trescientos hombres. Acosáronle por todas partes los musulimes hasta que pereció su gente de hambre y de cansancio. Quedáronle tan sólo treinta hombres y diez mujeres, que se alimentaban de miel labrada por las abejas en las hendiduras de las peñas. Despreciaron los musulmanes tan escaso número; pues ¿qué podían treinta infieles?... Y sin embargo su número y su pujanza fueron creciendo maravillosamente» (*Mss. de Gotha*, fól. 343). Los demás historiadores que mencionan estos hechos, usan casi del mismo lenguaje, como puede verse en la edic. de Almacari, hecha en Leyden por Mr. Dugat en 1859 (tomo II, pág. 674) y en la del Bayan Almoghreb (ib., II.<sup>a</sup> Parte, pág. 14). Almacari cita á Isa Ebn Ahmed el Razi, y el Bayan se apoya en la relacion de Abdelmelic Ebn Habid, á quien antes mencionamos.

<sup>1</sup> *ابن السيف* Ebn-el-Saif. «Vino despues (escribe el Laguí) Alfonso

á los valles de Asturias, donde pagaban con su esclavitud la servidumbre antes impuesta á los cristianos <sup>1</sup>.

Tal era la situación de España al mediar el siglo VIII, como

»[*Adfunch*] el terrible, el matador de las gentes é hijo de la espada; y abrió villas y castillos y nadie osó afrontarlo. Padecieron por él millares de musulimes el martirio del hierro, quemándoles sus casas, sin que fuera posible fiar en él» (Véase *Borbon*, Cart. XXII, pág. 176, citada también por MM. Romey y Rosseuw Saint Hillaire).

1 Es este un hecho digno de tenerse muy en cuenta, porque contribuye á explicar un acontecimiento posterior, que ha sido un misterio para muchos historiadores: tal es en efecto la *guerra de los siervos*, acaecida en el reinado de Aurelio y mencionada por los primitivos cronistas cristianos (*Cron. Aldeid.*, núm. LIV; *Id. de Sebast.*, núm. XVII). Estos siervos, reducidos á su primera esclavitud por la industria de Aurelio [*eius industria capti in pristina sunt servitute reducti*], son en su mayor parte los cautivos hechos en sus terribles expediciones por Alfonso el Católico, quien hubo sin duda de repartirlos á los capitanes, que le siguen en sus correrías, contra los cuales se sublevaron [*dominis suis contradicentes*]. La generosidad de los cristianos y el noble empeño de extender su religión, dieron lugar á que, abjurada por gran número de estos cautivos la secta de Mahoma, fueran recibidos sus hijos en el sacerdocio cristiano, según se advierte en muchas escrituras de aquel tiempo. Esta manera de esclavitud se renovaba sin cesar con los *cautivos de guerra*, vendidos *sub corona*. De advertir es sin embargo que la servidumbre personal se propagaba á las monarquías cristianas en la forma y con las divisiones que ofrecía durante la visigoda. De siervos fiscales, siervos eclesiásticos y siervos de particulares nos dan razón numerosos documentos de aquellos días, enseñándonos al par que existían hasta cuatro linajes de servidumbre en las clases ya indicadas. Contraíase en efecto la servidumbre personal, demás del *cautiverio de guerra* ya citado, por *nacimiento*, por *imposición de penas* [obnoxiatio, obiurgatio] y por *deudas*. Pero si hizo la monarquía visigoda tan fatal legado á las de Asturias y Leon, robusteciéndose la idea de la esclavitud por la misma condición y ley de la reconquista en sus primeros siglos, arraigando de cada día el sentimiento religioso, fué aflojando naturalmente la servidumbre, multiplicándose los medios de redimirla; y cuando las armas cristianas logran inclinar á su lado la balanza de la guerra y deja de ser la esclavitud triste patrimonio de los vencidos, no solamente se hace llevadera aquella varia *prestación personal*, sino que vá desapareciendo por sí misma, ingresando en el *estado llano* los que de ella se redimían. Observación importantísima es por último en nuestra historia que la servidumbre personal no envilece al hombre, y que obtenida la emancipación, no le inhabilita para los cargos públicos ni los más altos honores de la república; circunstancia que tenía lugar aun entre los cristianos sujetos al yugo sarraceno. Servando, que alcanza por cierto triste ce-

inevitable consecuencia de la conquista llevada á cabo en sus primeros años por los amires de África. Divididos forzosamente los cristianos en dos grandes familias, cuya suerte era de todo punto desemejante, por más que sus deseos y aspiraciones tuviesen un mismo norte, distinto es el carácter que cada cual efrece á la contemplacion de la crítica, y muy diverso el ministerio que iban á desempeñar una y otra en la grande epopeya de la civilizacion española. Velanse los mozárabes dominados por la fuerza; y no abrigando esperanza de labrar con sus propias manos la libertad que ambicionaban, cerrado ante sus ojos todo porvenir de bienandanza ó engrandecimiento, volvíanlos á lo pasado para templar con los recuerdos de sus mayores la ansiedad presente, que tomando así mayores proporciones, exaltaba al par en ellos el sentimiento patriótico y el sentimiento religioso, impulsándolos, tal vez sin advertirlo, en el camino de su perdicion y ruina. Gozaban los cristianos independientes de una libertad cual nunca la habian logrado los españoles, como que tenia por fundamento el peligro comun y la imperiosa necesidad de asegurar con los esfuerzos de todos la salvacion de la monarquia, creada en medio del naufragio universal de la Península. Era su porvenir tan ancho y halagüeño como la esfera á que se levantaban sus esperanzas: pretendian arrojar de toda España á los hijos del desierto, que les tenian usurpadas las más ricas provincias; y en esta colosal empresa, fomentada sin tregua por la religion y el patriotismo, ensanchábase el círculo de sus legítimos deseos á cada paso que adelantaban en la reconquista, siendo mayor el entusiasmo que encendia sus corazones á medida que se aumentaban los obstáculos en su comenzada carrera.

lebridad entre los mozárabes, como despues veremos, siendo hijo de siervos de la iglesia de Córdoba, sube á la dignidad de *Conde de los Cristianos* en la antigua colonia patricia; hecho que contradice, si no destruye, la general creencia de que obtuvieron siempre aquella dignidad los descendientes de la nobleza visigoda. No terminaremos estas indicaciones sin consignar que entre los diferentes géneros de servidumbre, fué la más dura y enojosa la del *cautiverio de guerra*, que era en suma terrible represalia de la que padecian los prisioneros cristianos.

De esta manera, mientras se consumían los mozárabes, aquejados de angustias y sobresaltos; mientras viviendo moralmente en lo pasado dirigían todas las fuerzas de su inteligencia á recoger y conservar las reliquias de la cultura hispano-visigoda, y mientras estudiaban con ardiente solicitud aquella literatura, á que había infundido su generoso aliento el doctor de las Españas, sin romper en modo alguno con las tradiciones populares de la pasada edad, que abriga y fomenta la Iglesia,—viven los cristianos independientes una vida propia, y cambiadas ya fundamentalmente las bases de su constitucion social y política, comunican á su naciente cultura un carácter distinto del que la antigua presentaba. Por eso los mozárabes pueden sólo aparecer en la historia como un pueblo que en triste cautiverio apuntala inútilmente el edificio de su pasada civilizacion, por todas partes desmoronado y reducido á escombros, en tanto que los cristianos independientes abren de nuevo las zanjias del grandioso monumento que debía ser coronado ocho siglos más tarde, tras los esfuerzos y sacrificios de cien generaciones. Los unos caminan inevitablemente á su aniquilamiento: los otros abren cada dia nuevas sendas de prosperidad y de grandeza: aquellos, no pudiendo soportar los males de su precaria existencia, llegan á un momento en que contemplan en su misera realidad las cosas del mundo, y hablan y escriben de ellas con la claridad y enérgica elocuencia de quien tiene abierto ante sus plantas el sepulcro: estos, fija su mente y su corazon en la grande obra por ellos comenzada, sólo ven en la guerra el medio de redimir la religion y la patria de la afrenta en que yacen, y haciendo de la guerra el único ministerio de su vida, constituye el exterminio de los enemigos de su Dios y de su libertad su único y exclusivo pensamiento.

Hé aquí naturalmente explicado el fenómeno moral que durante los siglos VIII y IX ofrecen á la contemplacion de la historia y de la filosofia uno y otro pueblo. Los cristianos independientes, que logran en esta época extender su dominio por la dilatada faja formada por las cordilleras del norte, sin otro pensamiento que la guerra, sin otra idea que la reconquista, ni dan tregua á las armas, ni pueden entregarse al pacífico ejercicio de las letras, faltándoles el tiempo para consignar en breves cláusulas la me-

moria de las grandes empresas llevadas por ellos á feliz término y remate. Animados, sin embargo, de inmensa fé y profunda gratitud, no olvidan que deben á Dios las victorias recibidas de sus manos, ni menos que son dignas de alabanza las proezas de sus caudillos; y en el augusto recogimiento de sus templos, levantados y enriquecidos con los despojos de otras civilizaciones, arrancados tal vez de sus enemigos <sup>1</sup>, y en el movimiento alegre de sus reales, donde brillan al par su valor y su entusiasmo, ya elevan al Hacedor Supremo ardientes himnos de amor, inspirados por el sacerdocio, que fiel á la tradicion católica sostiene y duplica en esta forma el vigor de sus creencias, ya rinden en belicosos

<sup>1</sup> Es de suma importancia para comprender el carácter y espíritu de esta primera edad de la reconquista, el estudio de los monumentos arquitectónicos levantados en los valles y montañas de Asturias por los sucesores de Pelayo. Derivacion de aquel arte que habia producido en Toledo, Mérida, Córdoba y Sevilla las famosas basílicas, las aulas y atrios de reyes, prelados y magnates, en cuyas reliquias aprendemos ahora á quijatar las descripciones debidas á la pluma de Isidoro y sus discípulos, ofrecen á la contemplacion del arqueólogo los templos de Oviedo y de Priesca, de Tuñón y de Valdedios, de Santa Maria de Naranco y de San Miguel de Linio, el sucesivo estado de aquella cultura, que amasándose con los despojos de otras civilizaciones, aspiraba á conquistar legítimos títulos de originalidad para los siglos futuros. La observacion atenta del verdadero arqueólogo descubre en aquellos monumentos, cuya rudeza los hizo despreciables para los criticos de otros dias, y cuya rareza les dió el nombre de *asturianos* (Jovellanos, *Disc. sobre de Ventura Rodriguez*), diversos miembros ornamentales, que no sólo revelan la tradicion del arte latino-bizantino, tal como se cultiva durante la monarquia visigoda, sino que manifiestan claramente haber exornado otros monumentos más antiguos. Tal sucede, entre otras basílicas, con las notabilísimas de *Santillana* en Oviedo y de *Santa Cristina* en Lena, cuyos estudios han comenzado ya á ver la luz pública en los *Monumentos arquitectónicos de España*. El arte, uno siempre en su esencia, aunque vario en sus manifestaciones, presenta en estos monumentos, así como en los que de ellos se derivan, los mismos procedimientos y caracteres que reconocemos en los de la poesia, ora la consideremos bajo las bóvedas del templo, ora en los campamentos cristianos: y bajo esta relacion trascendental, difícil es dar paso alguno en la historia de las letras españolas, sin que nos veamos forzados á establecer juicios comparativos, que probando la unidad de las artes, nos convenzan de la conformidad de sus varias manifestaciones con los elementos que la sociedad entraña y con el sucesivo desarrollo de su cultura.



cantares el tributo de su admiración y su cariño á los denodados guerreros que los guían y alientan en mitad de los combates, dando así vida y nacimiento á aquella espontánea y generosa poesía que en siglos posteriores debía formar la historia heroica del pueblo castellano <sup>1</sup>. Los mozárabes que ven, por el contrario, agotarse toda su vitalidad en la mortífera y angustiosa inacción á que los procura reducir la política de los Califas; que destinados á vivir en el lecho de Procusto, sólo pueden tomar parte en la obra de la reconquista, por ellos envidiada, cuando la espada de sus hermanos rompe su cautiverio, acuden al cultivo de las letras, para hacerlas intérpretes de sus dolores y aflicciones; y dando por este camino inequívoco testimonio de la exasperación á que los llevan la afrenta de su religión y la falta de su independencia, ponen de

1 No de otra manera nos es dado explicar el origen de la poesía popular, que aparece desde su cuna animada de aquellos dos grandes sentimientos, que constituyen la base de la nacionalidad española. Véase el estudio que hacemos en las *Ilustraciones* (núms. I, III y IV) sobre asunto de tanta importancia y no se olvide cuanto llevamos asentado respecto de los himnos cantados por clero y pueblo durante la monarquía visigoda. Oportuno juzgamos añadir también respecto de la significación y origen de los himnos guerreros, cantados antes y después de las batallas, demás de cuanto ya observamos (cap. X, pág. 461 éllust., n.º IX), que esta peregrina costumbre parecía traer su primera derivación de los pueblos germanos, según en Tácito leemos: «Sunt illis (escribía) haec quoque carmina, quorum relatu quem *Baritum* vocant, accendunt animos, futuraeque pugnae fortunam ipso cantu augurantur: terrent enim, trepidantve, prout sonuit acies. Nec tam voces illae, quam virtutis concentus videntur: affectatur precipue asperitas soni, et fractum murmur, obiectis ad os scutis, quo plenior et gravior vox repercussa intumescat» (*De moribus germanorum*, I.ª Parte). Despojado de la superstición que le manchaba, merced á los esfuerzos de la Iglesia, habíase trocado este canto guerrero, cual vemos en el himno *De profectione exercitus*, en ardorosa plegaria dirigida á Jesucristo, árbitro y dispensador supremo de las victorias. La Iglesia, que en tal forma había prohibido aquella bélica costumbre, y que bendiciendo ahora las armas cristianas, absolvía de todos sus pecados al entrar en el combate á los guerreros de la Cruz, alentando pues el heroísmo cristiano, ofrecía ya al pueblo de Pelayo y de Alfonso el Católico el primer molde de aquella poesía, que es hoy uno de los principales títulos de nuestra nacionalidad literaria. Pero no adelantemos ideas que tienen su natural desarrollo en la exposición histórica que vamos haciendo.

relieve la inquietud de su espíritu, aquejado siempre de fundados temores y pronto siempre á exaltarse á la idea de la afrentosa y larga cautividad en que viven.

Tan natural reaccion, que precipitan por una parte los triunfos de los cristianos independientes, y por otra las restricciones y manosa conducta de los sarracenos (erigido ya en Califato el señorío de España), debió infundir á los mozárabes inusitada actividad, que los lleva á demandar el martirio y los arrastra despues á mezclarse en las discordias civiles de los sectarios de Mahoma, labrando al cabo su ruina. Mas no es el valor bélico el título preferente de los mozárabes á la estimacion y estudio de la historia: en sus numerosos escritos, inspirados por el dolor y regados por el llanto, halla la crítica la genuina y clara expresion de los pensamientos, de los deseos y aspiraciones de aquella desventurada raza, que no pudiendo repeler con el hierro, como sus hermanos, el yugo de los musulimes, rechaza como ellos la opresion moral y religiosa, á que se intentaba sujetarlos; laudable empeño vigorosamente revelado en aquella peregrina y agonizante literatura.

Pero no extrañemos esta natural repulsion, principalmente en la época de que tratamos, y huyamos cueradamente del peligro de los que al fijar la vista en la historia de las letras españolas, han dado en ella omnínmoda influencia á los árabes desde que asientan su planta en la Península, por no detenerse á reconocer el estado de nuestra civilizacion en aquellos angustiosos momentos. Que al verificarse la conquista no podia ejercer influjo alguno favorable en nuestra cultura la que se ha designado con el nombre de *arábiga*, queda palmariamente demostrado cuando se repara en el diluvion de pueblos y de razas que destruyen el Imperio visigodo, siendo humanamente imposible que de tan contrarios y heterogéneos elementos hubiera de resultar nada grande ni duradero en el orden moral, así como únicamente se habia obtenido la anarquía en el orden político <sup>1</sup>. Desatadas las rivalidades y antipatías,

<sup>1</sup> El erudito don Juan Francisco de Masdeu, cuyo voto es de gran peso en todo linaje de controversias, cuando no le ciega el estéril espíritu de la duda, afirmaba ya en el siglo pasado que no pudieron los árabes ejercer la influencia que se ha pretendido atribuirles durante los siglos VIII y IX, fun-

que sólo pudo acallar por un instante la gran victoria de Guadalete; encendidos los odios y rencores de cada raza y de cada tribu no bien se había recogido el fruto material de aquel memorable triunfo, hubiera sin duda caducado en España el señorío de los musulmanes antes de echar en ella profundas raíces, si en medio del cáncer que los devoraba, no hubiesen acudido á fundar un imperio independiente del Califato de Damasco, poniendo en aquel trono al único vástago de los Beni-Omeyas, que se había salvado del sangriento furor de los Abbassidas [755]. El ilustrado Abd-er-Rahman, en quien parecían competir el bélico esfuerzo y el amor á las artes, á las ciencias y á las letras, aspiraba generoso á encadenar con una mano el monstruo de la anarquía, mientras echaba con otra la semilla de aquella singular cultura, que había comenzado á fructificar en Damasco. La dominación de los amires ó Califas españoles (que esta denominación les daremos en adelante), se establecía sobre anchos, si no duraderos, cimientos: los ejércitos cristianos, que bajo las banderas de don Alfonso, el Católico, habían esparcido el terror hasta en el centro de la morisma, detenían su marcha triunfadora y volvían á guarecerse en las montañas, rechazados por el alfange de Abd-er-Rahman, quien recordando una á una las ciudades y fortalezas conquistadas por aquel valeroso monarca, derribaba por último el señorío fundado en Orihuela por Teodomiro y sostenido débilmente por Atanagildo <sup>1</sup>.

dándose en la índole y estado de los musulmanes que pasaron á España: «Si quisiese moverse cuestión acerca del primer influjo literario ó de los árabes sobre los españoles ó de estos segundos sobre los primeros, debiera rigurosamente concederse la gloria á los naturales de España, porque nuestra nación por sí misma era culta y letrada, y los árabes que la conquistaron, no lo eran, ni dieron prueba de literatura hasta después de dos siglos,» etc. (*Hist. crít. de Esp.*, tomo XIII, núm. CIX). Aun cuando el último aserto no pueda admitirse sin algún correctivo, nos parece de mucho peso la observación relativa á la falta de cultura de los verdaderos conquistadores de España, quienes, según hemos ya indicado, no pudieron en modo alguno dar á los demás lo que no tenían para sí.

<sup>1</sup> El Pacense dice, después de mencionar á Teodomiro en la forma que dejamos notado arriba: «Athanaïldus post mortem ipsius multi honoris et magnitudinis habetur. Erat enim in omnibus opulentissimus dominus et in ipsis nimium pecuniae dispensator» (Núm. XXXIX). Algun tiempo después

Comenzaba en verdad una nueva Era para los sarracenos: necesitábase amansar con las dulzuras de las artes de la paz la ferocidad de tantas tribus bárbaras como habian inundado la Peninsula Ibérica, y el nieto de Hixem-ben-Abdo-I-Máleq empezaba á instituir escuelas públicas [*madrisas*] para la enseñanza de la juventud, llamaba á su córte los hombres más afamados del Oriente, y acometiendo colosales empresas, que le dieron envidiable nombradía, aspiraba á oscurecer la grandeza del Cairo y de Bagdá en la celebrada *Medina Andálus* [*Corthobáh*], donde tenian ya puesta su silla los amires de España <sup>1</sup>. Coronaba más adelante este edificio la creacion de las famosas academias, emuladas en siglos posteriores por las no menos aplaudidas *yesiboth* de los hebreos <sup>2</sup>; y sin embargo de tanto anhelo de ilustracion, justo nos parece observar que ni podia esta reflejarse en los cristianos independientes, ni ejercer en los mozárabes la extraordinaria influencia que se ha pretendido.

Fijemos por algunos momentos nuestras miradas en punto de tanta importancia como trascendencia.

Cuando se descubre á nuestros ojos el carácter especial que

fueron repartidas entre los soldados de Huzam Abul-chatar, á quien el mismo Pacense llama Alhoozzan las *tierras de Tadmír* (*Conde*, tomo I, cap. III). Atanuido parece haberse mantenido en Orihuela hasta los tiempos de Abd-er-Rahman I.

1 Debe notarse aquí en efecto que antes de este tiempo fué Córdoba designada como silla de los amires de España. Isidoro Pacense, que no llega á mencionar el establecimiento del Califato, como despues advertiremos, dice refiriéndose á la entrada de los mahometanos en España: «Cordubae in sede dudum Patricia, quae semper extitit prae caeteris civitatibus opulentissima et regno Wisigothorum primitivas inferebat delicias, regnum efferum collocante (Núm. XXXVI). Los escritores árabes atribuyen á Ayyub-ben-Habid la traslacion de la córte de Sevilla á Córdoba. Respecto de las escuelas, cuya fundacion se tiene por obra de Abd-er-Rahman, será bien advertir que no todos los escritores estan acordes.—Casiri, que dá á la escuela de Córdoba la supremacia sobre las de Sevilla, Granada, etc., afirma que fué instituida por Al-Hakem, principe que protegió grandemente las letras, las ciencias y las artes (*Biblioth. Arabico-Hisp. Escorial.*, tomo I, pág. 38, col. I).

2 Véase la *Introduccion* á nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*.

esta civilizacion ofrece en la época de que tratamos, y se considera con libre espíritu lo que eran y significaban estos esfuerzos de Abd-er-Rahman; cuando por otra parte se estudia y comprende bajo su verdadero aspecto filosófico el estado de los cristianos, ya independientes, ya sometidos á la dominacion musulmica, fácil nos parece descubrir las razones que explican y convencen de que la influencia ejercida en esta edad, si no de todo punto insignificante, debió ser sobradamente exígua. Fueron la intolerancia religiosa y la intolerancia política los móviles principales de la conquista acometida por Mahoma: embriagados con sus inauditas victorias los primeros Califas, sólo excitaba su entusiasmo la gloria de las armas, que llevaban á todos los confines de la tierra, con la propaganda del Islam, el terror del nombre mahometano. Destruia Abubekir, animado de este ciego furor, cuanto hallaba á su paso en sus devastadoras expediciones: incendiaba Omar, el más feroz y afortunado de los conquistadores modernos, las bibliotecas, por juzgarlas inútiles ó contrarias á su religion y á su pueblo <sup>1</sup>, y no más ilustrado Othman, proseguia con igual saña la obra de la ambicion y del fanatismo. Apoderados entre tanto del Asia Menor, enseñoreados de la Grecia, donde brillaban todavia los suntuosos monumentos de Pericles, hubieron de sentir los árabes por vez primera el estímulo de la civilizacion, á que los inclinaron los moderados instintos de Ali; cuya loable tolerancia abria ante los sectarios de Mahoma las puertas de un mundo desconocido. Aquel pueblo jóven y ardoroso, que tanta sed de gloria habia mostrado en sus rápidas y asombrosas conquistas, dueño ya de la Siria, la Persia, la Mesopotamia, la Fenicia, el Egipto y gran parte del Archipiélago helénico, deslum-

<sup>1</sup> Aludimos al incendio de la Biblioteca de Alejandria. Pero demás de lo que indicamos en el cap. VI, debe recordarse que la biblioteca incendiada por Omar no fué la célebre fundada por Antonio en el templo de Júpiter Serapis, despues de la destruida por César, ni la creada por Augusto y aniquilada por Aurelio en el siglo III, cuyos restos unidos á aquella perecieron en la expedicion de Theofilo. Omar entregó á las llamas la biblioteca formada despues del viaje de Orosio, en los dos siglos que mediaron hasta la conquista musulmana. Era pues debida á la escuela filosófica de Alejandria. Gibbon y otros escritores modernos ponen en duda la autenticidad de este suceso.

brado al contemplar la cultura de los pueblos vencidos, intentó emularlos: carecia de artes, de ciencias y de literatura; y para dar cima á la nueva empresa, á cuyo logro aspiraba, hubo menester pedir al Asia sus leyendas misteriosas, su ciencia y su filosofía á la Grecia, sus artes á todos los pueblos sojuzgados <sup>1</sup>.

Fomentaron y dirigieron esta noble inclinacion, si ya no la despertaron y excitaron, los príncipes Abbassidas: Abu-Djafar-Man-sur, fundador de Bagdá, entregábase al estudio de la astronomia, la filosofía y la medicina, mandando traducir á la lengua del profeta copioso número de libros, trascritos del griego en siríaco y persa; Arun-al-Raschid convocaba en su córte y colmaba de honras y beneficios á cuantos sabios respondian á su ilustrado llamamiento; Abdaláh Mámun [*Almamun*] se declaraba padre de las letras y protector de las ciencias, no perdonando medio alguno para hacerlas familiares á sus vasallos, y estimulando en su cultivo con dones y promesas á los más doctos extranjeros. Los tesoros recogidos en la antigüedad por los indios y los persas, los caldeos y los fenicios, los egipcios y los griegos, fueron pues codiciados y poseidos por los Califas del Oriente, quienes en su sed de ilustracion no repararon tanto en la pureza de los veneros como en su variedad y abundancia. Mas así como, llevados de una fuerza secreta, fijaron sus miradas en los monumentos de Bizancio, después de haber ensayado la imitacion de la arquitectura de las demás naciones, así tambien daban la preferencia á la cultura de los antiguos helenos, cuyas ciencias y letras lanzaban todavia no escasos resplandores. «Gran número de sabios cristianos, arrojados de Constantinopla por las querellas de religion y por las turbulencias del Imperio (escribe un respetable critico), se refugiaron en la córte de los Califas de Bagdá, llevando consigo sus manuscritos. Arun, y sobre todo Almamun, los emplearon en traducir del griego en siríaco y en árabe libros de ciencia y de filosofía» <sup>2</sup>. Aristóteles y Platon, Sócrates y Pitágoras, Euclides y Tolomeo, parecian con efecto renacer con nueva aureola de entre

<sup>1</sup> Véase la *Introduccion* á la II.<sup>a</sup> parte de nuestra *Tole-do pintoresca*, página 217, y la nota 1.<sup>a</sup> de la pág. 48 de este mismo capítulo.

<sup>2</sup> P. L. Ginguené, *Histoire littéraire d'Italie*, tomo I, cap. IV.

las ruinas de la antigua Grecia, compartiendo con Dioscórides Hipócrates y Galeno aquella suerte de dominación intelectual que les concedían los Califas.

Brillante es el espectáculo que nos presenta la corte de aquellos poderosos vicarios de Mahoma; pero si no puede negarse que por este camino llegan á erigirse hasta cierto punto en depositario del saber del antiguo mundo, tampoco es lícito desconocer que al acaudalar su naciente literatura con los apólogos y misteriosas ficciones de la India y de la Persia, al codiciar para sí las ciencias y la filosofía de todas las naciones por ellos dominadas, ni pudo surgir una civilización propia, ni menos aparecer en aquel grado de madurez y originalidad, capaces de imprimir y comunicar de terminado impulso y carácter á la cultura de otros pueblos. En la de los árabes orientales enteramente allegadiza y derivada; si al derramarse por el Asia, el Egipto y la Grecia, habían admirado los monumentos de aquellas naciones, hiriendo todos al por su lozana y juvenil imaginación hasta el punto de aspirar á imitarlos, sorprendidos ante la magnificencia de las soberbias fábricas de Roma, que perdona en España la barbarie de los africanos hubieron sin duda de comprender que no en balde habían llenado la República y el Imperio con la fama de su grandeza la historia de las pasadas edades. La imitación, primera fórmula de las artes, las ciencias y las letras musulmanas, debió hallar pues nuevo incentivo en las tierras de *Andálus*, tan ponderadas de los árabes, no siendo en modo alguno posible que se sustrajera Abd-er-Rahman á esta ley, impuesta al propio tiempo por la índole de su pueblo y por las circunstancias especiales en que aparece. Los medios de que se vale para echar en Córdoba los primeros fundamentos á las famosas escuelas y academias, que perfeccionan sus nietos y cuya celebridad ha deslumbrado á los eruditos, son los empleados ya en Damasco, en el Cairo y Bagdad por los perseguidores de su familia: Abd-er-Rahman no examina el origen de los hombres doctos por él congregados para dar cima á la obra de la ilustración de aquel pueblo, conjunto de razas arrojado por la conquista al suelo de Iberia: tampoco repara en la religión de los arquitectos que trazan gran mezquita, erigida en Córdoba para emular el renombre

templo de la Meca <sup>1</sup>. El norte único, á que encaminaba todos sus esfuerzos, era el de dulcificar y amansar con las artes de la paz la ferocidad de las tribus que componen el nuevo Imperio, cuya prosperidad han puesto en sus manos los walies españoles; y ante esta idea suprema y esencialmente política, desaparecia todo escrúpulo de supersticion ó fanatismo, por más que Abd-er-Rahman, vicario tambien de Mahoma, intentara reanudar respecto de los cristianos las primitivas tradiciones religiosas de los Califas, pensamiento que, segun despues probaremos, tendia igualmente á dar unidad y fuerza á sus Estados.

Si pues la civilizacion de los árabes orientales era una civilizacion derivada; si la que promueve y fomenta Abd-er-Rahman, ya se considere como emulacion de aquella, ya como un simple medio político, ofrece la misma fisonomia, así bajo el aspecto de las artes, como bajo el aspecto de las ciencias; si lejos de ser aquella cultura enérgica y expansiva, apenas tenia fuerzas para absorber los elementos que se acercaban á la órbita artificial en que gira, cómo se ha de admitir que en esta primera edad de imitacion pudiera infundir su espíritu á la literatura cultivada por los mo-

<sup>1</sup> Girault de Prangey, arqueólogo monumental digno de singular estima, dice sobre este punto: «Numerosos embajadores fueron enviados por los emperadores griegos para ofrecer á Abd-er-Rahman los más ricos productos de la industria y de las artes de su país... Los sabios y los artistas corrieron de todas partes á aquellas academias, cuya fama se extendia hasta los últimos confines; y de este modo se explica con el testimonio de la historia y con el examen de los monumentos la introduccion en la arquitectura árabe de aquellos adornos, de aquella decoracion pomposa de los monumentos de Bizancio» (*Essai sur l'architecture des arabes et de mores en Espagne, en Sicile et en Barbarie*, periode byzantine, Paris, 1841). Digno es tambien de consignarse, que así como no repara Abd-er-Rahman en los hombres, tampoco pone escrúpulo en adoptar para la mezquita, que levanta sobre la basilica arrebatada al cabo á los cristianos, aunque bajo ciertas condiciones [784], los elementos arquitectónicos de otras edades. En las construcciones más antiguas de aquella grande aljama se descubren al par fragmentos y miembros decorativos del arte clásico, del arte latino y del arte visigodo (latino-bizantino), confirmandose en consecuencia cuanto arriba expusimos respecto de las influencias que el arte mahometano recibe de la civilizacion latina, en vez de anularla ó avasallarla en nuestro suelo, como vulgarmente se sospecha.



zárabes? Y lamentando al par la confusion de las ideas y la ignorancia de las cosas, ¿cómo no ha de causarnos verdadera extrañeza el hallar tan recibida la opinion de que influyeron desde luego en los cristianos independientes, ministrándoles hasta la primera forma de su más espontánea poesía?...<sup>1</sup> Olvidaron sin duda los que se han dejado llevar de semejantes errores, que de la naturaleza íntima de la cultura mahometana debia lógica y racionalmente deducirse, que no teniendo aquella propio y genuino carácter, mal podia comunicarlo á la desquiciada civilizacion española; y no se mostraron por cierto más atentos al estado de los cristianos, ni á la política observada por Abd-er-Rahman respecto de ellos, durante la primera época de su largo reinado. No cometió este principe el atentado de abolir y derogar abiertamente los pactos y capitulaciones asentadas entre sarracenos y cristiano en el momento de la conquista; mas comprendiendo sin duda que el éxito de las recientes expediciones de don Alfonso, el Católico provenia en gran parte del auxilio que le daban los mozárabes dirigió su empeño á refrenarlos, ensayando las nuevas persecuciones, que debian producir adelante tristísimos frutos. Declara los historiadores musulmanes, al narrar la historia del primer Califa de Córdoba, que derribó este crecido número de templos católicos, quemó los cuerpos de los santos y puso en consternación á los cristianos, quienes para salvar las venerandas reliquias de los antiguos mártires, arrojaron todo linaje de peligros, huyendo á las montañas<sup>2</sup>.

1 Remitimos á nuestros lectores á la *Ilustracion* IV.<sup>a</sup> del presente volumen, dedicada exclusivamente á la investigacion de los orígenes de la poesía popular, significada muy principalmente en los *romances*, que se cantaron propio tiempo en todos los ángulos de la Península Ibérica.

2 El moro Rásis [*Ahmed-ben-Mohammad-ben-Músa-Ar-Rázi*], cuya autenticidad acaba de ser probada por un entendido académico de la Historia, dice sobre este punto: «Et este [Abderrame] nunca allegó en Espanya á buena igitia que non la destruyesse. Et avia en Espanya muchas et buenas del tiempo de los godos et de los romanos. Et este tomava todos los cuerpos de los quos cristianos crehian et adoravan et llamavan sanctos, et quemávalos todo. Et quando esto vieron los cristianos, cada uno como podia fuyr, fuia por las tierras et para los logares fuertes. Et todas las demás de las cosas que Espanya avia honradas, segunt la fée de los cristianos, todas los cristianos

Esta política, que parecia despertar, segun no há mucho insinuamos, la primitiva intolerancia religiosa de los Califas orientales, si fué de efecto en el primer instante, restableciendo el poderio de los musulmes, produjo en los mozárabes profunda animadversion, que procuró borrar con todo empeño el mismo Abder-Rahman en los últimos años de su próspero reinado, y exigió al par entera represalia por parte de los cristianos independientes. Hubo un momento en que, halagados estos por sus prodigiosas victorias, creyeron posible transigir con los enemigos de su Dios, reduciéndolos á esclavitud en la misma forma que lo habian hecho los mahometanos con los españoles que osaron resistir su pujanza, al apoderarse de la Península: desde aquel punto volvió á ser la guerra de muerte y exterminio, no habiendo ya capitulación ni tolerancia posible hasta que, trocado el aspecto de las cosas, tuviéronse los cristianos por seguros, reconociéndose más poderosos que los agarenos <sup>1</sup>.

«llevaron á las sierras et á las montanyas» (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VIII, pág. 93). Este pasaje de Ar-Razi fué traducido al latín por Andrés Resende en carta dirigida á Bartolomé de Quevedo, canónigo de Toledo, y citado por el Maestro Florez (*Obras de Resende*, tomo I, página 50: *Esp. Sag.*, tomo V, trat. V, cap. V).

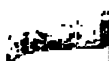
1 Este carácter de la guerra entre musulmes y cristianos era por otra parte consecuencia natural del estado de ambos pueblos. Habian los primeros ocupado con muy poca resistencia las provincias de la monarquía visigoda, cuando cayeron sobre la Península; y siendo de poca monta los sacrificios que hicieron para dominarla, no hallaron, cual vá notado, dificultad en la tolerancia, que partiendo de los principios ya reconocidos, era tambien una necesidad para conservar el nuevo imperio. Los cristianos pelean con un enemigo fuerte, azeado á la guerra y organizado de una manera militar; un enemigo que se robustece con nuevos ejércitos á cada instante, pues que tiene al África enteramente por auxiliar en defensa de la conquista: ganan paso á paso y á costa de diñes y zozobras el territorio, donde se establecen, temiendo perderlo de nuevo como les sucede con frecuencia: para ellos es una cuestion de vida ó muerte cada movimiento, cada empresa acometida por sus armas. Por eso no pueden ser tolerantes, segun lo fueron los árabes al tomar asiento en la Península, ni entra en sus miras el consentir á sus espaldas más población que la compuesta de sus propios padres y hermanos. La seguridad del suelo que se gana adquiriendo y la propia conservacion les aconsejan pues el exterminio de la población musulmana. carácter principal de los primeros siglos de la re-

¿Cómo puede siquiera concebirse en tan áridos y comprometidos momentos, efecto natural del establecimiento del califato en Córdoba, que la civilización árabe, dado que hubiera tenido entonces vitalidad bastante para imprimir su sello á otra cultura, influyese en la cristiana? <sup>1</sup> Lo que enseñan la historia y la filosofía, lo que aparece tan claro como se ha menester para producir probanza histórica, es que lejos de admitir los cristianos independientes elemento alguno de aquella civilización, rechazaron con el mayor empeño cuanto á los musulmanes se refería, no siendo tampoco racional que abdicaran los mozárabes en un día solo de su religión, ni se despojaron de los hábitos engendrados por la misma, fin á que únicamente pudo dirigirse más adelante y desengañada ya de su primer error, la política mahometana <sup>2</sup>. Que este movimiento de repulsión era consecuencia inevitable de tan angustiosas circunstancias, lo prueban las obras que han llegado á nuestros días. Casi todas las del siglo VIII son debidas á los cristianos que viven en la servidumbre mahometana, y todas, así en su número como en su espíritu y su forma, contribuyen á dar auténtico testimonio del doloroso estado de la nación española, cual resultado de la gran perturbación producida por la conquista. Pero en to-

conquista, por más que algun hecho particular parezca contradecirlo. Puede verse sobre el mismo punto la *Histoire des Mores mudéjares et de morisques* del conde Alberto de Circourt, tomo I, cap. XV.

1 Reprobando el erudito Masdeu la peligrosa inclinación, mostrada ya en su tiempo por los que se preciaban de entendidos, decía, procurando reducir la influencia de los árabes á más racionales términos: «Por lo que toca á la literatura de nuestros árabes, ni debemos apocarla tanto como han hecho »Alonso Chacon y Tiraboschi, que contra la evidencia de innumerables documentos, ningún género de letras reconocían en ellos; ni seguir el ejemplo »contrario de otros muchos modernos, como Robertson y don Juan Andrés, »que subiéndola de precio más de lo que deben, hacen agravio á nuestros cristianos de España, representándolos como discípulos de los moros en toda especie de ciencias y bellas letras» (*Hist. crit. de Esp.*, tomo XIII, núm. CVIII). Este escollo no se ha logrado salvar todavía, llegándose por el contrario al extremo que en el presente capítulo combatimos, siendo origen de no pocos errores en el campo de la crítica.

2 Véase el capítulo siguiente, donde procuramos exponer esta segunda faz de la dominación sarracena sobre los mozárabes



das se descubren tambien los más nobles esfuerzos para conservar las tradiciones de sus mayores, así como en medio de tan recias vicisitudes se acrisolaban sus creencias, no sin que del mismo anhelo, con que eran acariciadas y defendidas, dejaran de surgir oscuros nublados, que enturbiaron por un instante su brillo y su pureza.

Al bosquejar el cuadro sombrío de la invasion sarracena, mencionan casi todos los historiadores á un prelado de Sevilla, que florece en tiempo de Alfonso, el Católico, atribuyéndole una traduccion arábica de la Biblia «porque la lengua latina ordinariamente (observan) ni se usaba ni se entendia» <sup>1</sup>. Contradicen, no obstante, distinguidos escritores la antigüedad de este prelado, á quien llamaban los cristianos Juan Hispalense y apellidaron los árabes *Cáied Almatrán* <sup>2</sup>, y le colocan en los primeros años del siglo X <sup>3</sup>. Ni han faltado tampoco eruditos que pongan en duda la existencia de la traduccion referida <sup>4</sup>. Pero cualquiera que sea la reso-

<sup>1</sup> Mariana, *Hist. gen. de España*, lib. VII, cap. III.

<sup>2</sup> Es por extremo curiosa la carta que sobre este título dirigió en 28 de octubre de 1653 al doctor Martin Vazquez Siruela el jesuita Tomás de Leon. Insertó don Nicolás Antonio en su *Bibliot. Vetus* (lib. VI, cap. IX). En ella se aspira á demostrar, con la autoridad de afamados orientalistas, que de las

veces arábigas قسيس المطران (Cacis Almitran) se formó el sobrenombre aplicado de Juan Hispalense, significando el *sacerdote metropolitano* (*arzobispo* de diócesis) y no el *santo arzobispo* ó metropolitano, como Siruela pretendia. Á la verdad lo viciado de la primitiva dición *Cacit*, *Cayet* ó *Caied*, (قايد) da motivo á dudas; pero no así la segunda, que determina perfectamente la dignidad que Juan ejercia, tal como á la sazón se intitulaba y la habian ostentado San Leandro y San Isidoro, sus dignísimos predecesores. De cualquier modo es notable el que los árabes designaran á Juan Hispalense con aquel título de excelencia, si bien tiene la explicacion natural que en el texto indicamos.

<sup>3</sup> Florez, *España Sagrada*, tomo IX, trat. IX, cap. VII.

<sup>4</sup> El diligente P. Burriel, en sus *Memorias de las santas Justa y Rufina*, Ms. de la Biblioteca Nacional, antes citado, apunta la idea de que la traduccion atribuida á Juan Hispalense era tal vez un epitome de la coleccion *canonica Hispano-gótica*, de que poseia Casiri un ejemplar, el cual debieron ambos cotejar con otro latino, que Burriel poseia: «Si en verdad fuere suya [la version de los cánones], acaso será este trabajo el que dió motivo á las expresiones del arzobispo don Rodrigo y no *Comentarios*, ni tampoco tra-

lucion final de estos problemas históricos, sobradamente difíciles de suyo y enmarañados por los eruditos, cúmplenos observar, que admitida la opinion que hace á Juan Hispalense contemporáneo del referido monarca, de lo cual hay no despreciables testimonios<sup>1</sup>, debe forzosamente deducirse todo lo contrario de lo que asientan ciertos historiadores respecto del uso de las lenguas latina y árabe. No era en verdad humanamente posible que al solo aspecto de los mahometanos olvidasen los españoles, cualesquiera que fuesen ya su descomposicion y rudeza, el idioma hablado por tantos siglos, depositario fiel de sus tradiciones y de sus creencias, segun demuestran los estudios que llevamos realizados, y prueban igualmente las obras de los mozárabes, que examinaremos en breve: Juan, que halla así entre los conquistados como entre los conquistadores, multitud de cristianos expuestos á prevaricar en medio de los sectarios de Mahoma, y que sólo debia atender, como prelado católico, al cumplimiento de su sagrado ministerio, ya que no puede libertar á su patria ni rescatar al cristianismo de los males que los afligen, atiende á fortificar la fé de aquellas tribus cristianas, cautivando así el respeto y la simpatia de la muchedumbre, consignados en el título de veneracion con que los mismos conquistadores le saludan.

»duccion en árabe de la Biblia, cosa en que halla gran dificultad el doctor »Thomas de Leon,» etc. El diligente don Rodrigo, hablando del arzobispo Urbano, «qui in urbe regia praesidebat» y de Ovancio, «archidiaconus toletanus, doctrina, sapientia et sanctitate praecepuus,» habia dicho al propósito: «In isto medio fuit apud Hispalim gloriosus, et sanctissimus Ioannes Episcopus, qui ab arabibus Cañit Almatran vocabatur et magna scientia in lingua arabica claruit, multis miraculorum operationibus gloriosus effulsit, qui etiam *Sacras Scripturas* catholicis expositionibus declaravit, quas ad informatione posterum arabice conscriptas reliquit» (Lib. IV, cap. III). Las palabras del arzobispo tienen notabilísima confirmacion en el códice que abajo citamos.

1 En la Biblioteca Escorialense existió un códice con el siguiente título: *Liber Evangeliorum, versus in linguam arabicam a Ioanne, episcopo hispalensi, qui ab arabibus appellatur Zaid Almatrud, tempore Regis Alphonsi Catholici* (don Nicolás Antonio, *Bibliot. Vetus*, tomo I, lib. VI, cap. IX, pág. 487). Perez Bayer lo juzga perdido (Id., id., pág. 487, núm. IV), y en efecto ha sido buscado inútilmente por nosotros en la expresada Biblioteca, donde hemos invertido largos años, estudiando los Mss. que la avaloran

Pudo este generoso pensamiento ser tan fecundo como era meritorio en los primeros años de la conquista mahometana; mas contrariado ya por las discordias civiles de los amires que ensangrientan principalmente el suelo de la antigua Bética, ya por la política de Abd-er-Rhaman que, segun despues explanaremos, tendia naturalmente á quitar á los cristianos toda influencia activa en la república, sólo produjo la triste conviccion de que iba á cambiar muy luego el aspecto de la servidumbre en que los españoles yacian, mostrando al par, que lejos de haber decaido entre los cristianos sometidos al Islam los estudios latinos y el espíritu religioso que los animaba, no olvidaron medio alguno para ensanchar el círculo de sus conocimientos, á fin de propagar y sostener la fé de sus mayores <sup>1</sup>. La traduccion, ó mejor diciendo, la exposicion que este ilustrado obispo hizo de las *Sagradas Escrituras*, no manifiesta pues, como se ha pretendido, que la lengua latina «ni se usaba ni se entendia» á mediados del siglo VIII: prueba sólo que reconocida por él la peligrosa situacion y aun la necesidad religiosa de las tribus cristianas, traídas á España por el torbellino de la conquista, acudió generoso á satisfacerla con los medios más óbvios y sencillos, no

1 Aunque en el capítulo siguiente nos proponemos dejar más ámpliamente demostrado este aserto, no creemos fuera de sazón el observar que la conducta de Juan Hispalense estaba enteramente de acuerdo con el espíritu que habia animado siempre y animó en siglos posteriores al clero católico. Por esta razon no hallamos dificultad en admitir el hecho de la exposicion y aun traduccion de las *Sagradas Escrituras* que se le atribuye: lo notable, lo inconcebible hubiera sido que en mitad del siglo VIII no hubiese existido un obispo que acudiera á satisfacer aquella gran necesidad de la religion, dejando en el caos á tantos millares de cristianos como la ambicion musulímica habia apartado de su patria y de sus primitivos pastores. Hé aqui pues lo noble y digno de la empresa acometida por Juan Hispalense. Ni nos cause maravilla el verle aprender, para llevarla á cumplido término, la lengua comunmente hablada por los conquistadores: los primeros sacerdotes que fueron al Nuevo Mundo, tampoco tenian nocion alguna de los innumerables dialectos de los indios, y al poco tiempo era ya grande el número de los catecismos y doctrinales escritos en las lenguas de Motezuma y Atabaliba (Ataulpa). Véase al propósito el artículo bibliográfico que pusimos al final del tomo IV de la *Historia general y natural de las Indias* del capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo (1855).

perdiendo de vista las tradiciones de la Iglesia, ni olvidando la ciencia debida á su ilustre predecesor San Isidoro. Y si como pretenden algunos escritores, fué este prelado el mismo á quien Álvaro Cordobés (que suponen alcanzó sus últimos días) dá el título de cabeza de la *dialéctica romana*, declarándole docto maestro de las artes liberales, y concediéndole la graciosa facundia de los retóricos y la penetración de los filósofos <sup>1</sup>, no quedaria ya duda de que lejos de haber desaparecido en su tiempo el uso de la *lingua latina*, se cultivaba con singular esmero, siendo en tal caso el mismo Juan Hispalense uno de los que mayor empeño manifestaron en la conservación de aquella literatura, cuyas bellezas le eran tan aceptas y familiares <sup>2</sup>.

1 Álvaro Cordobés decia: «Numquid deest tibi rhetorum faceta facundia, aut dialecticorum, quae ego novi, spineta contorta?... Ubi est liberale illud ingenium quasi tecum cognitum litterarum?... Exciderunt tibi philosophorum praecepta, et a mente elapsa est tot tantaque artium, quae te excoluit disciplina, ut nec iratus forte valeas conceptum intrinsecus levigare furorem?...» (*Epist. II, ad Iohannem*). En la IV le apellida «virum prudentissimum, et romanae dialecticae caput,» añadiendo que era «scientia et liberalibus artibus illustratus.»

2 Así lo afirma, entre otros, don Nicolás Antonio (*Bibl. Vetust.*, lib. VI, capítulo IX, pág. 483), inclinándose á creer que el Juan Hispalense, apellidado *Cadyet Almatrán*, es el amigo de Álvaro Cordobés, por lo cual le coloca después de este docto mozárabe: *non absque fundamento...* placuit post dictum Alvarum viri celeberrimi memoriam hoc loco habere (Id., id., pág. 482). Debemos notar sin embargo que respecto de que este Juan Hispalense sea el mismo de la versión ó exposición arábiga, hecha en tiempo de don Alfonso el Católico, abrigamos grandes dudas, pues que por el contexto de las *Epístolas* que dirige á Álvaro, se deduce que era casado y maestro de *retórica*, no siendo posible que estas circunstancias concurriesen en un obispo de la edad que es necesario suponer para que alcanzara los tiempos de don Alfonso, y más todavía los de Abd-er-Rahman II y Mahommed I, en cuya corte florece Álvaro. Sea como quiera, es digno de repararse, para desvanecer el error de los que explican la traducción ó exposición de las *Sagradas Escrituras* (Sacras Scripturas catholicis expositionibus declaravit), hecha en lengua *arábiga*, por el olvido ó ignorancia de la *latina*, que floreciendo el Juan Hispalense, amigo de Álvaro, del siglo IX al X, lejos de semejante olvido ó ignorancia, suponía el mayor esmero en los hombres doctos para perpetuar, al menos en la esfera de las letras, los tesoros que aquella lengua encerraba, así respecto de la

Iguales deseos abriga Cixila, varon esclarecido, que ocupaba por los años de 744 la silla de Toledo, bajo la dominacion de los musulmes: educado en aquella Iglesia durante los últimos dias de la monarquia visigoda, participaba este obispo del espíritu de los Ildefonsos y Julianes, mereciendo ser calificado por Isidoro Pacense «de erudito en las cosas santas y restaurador de los templos católicos» <sup>1</sup>. Felix, que se asienta en la misma cátedra desde el año 693 al 700, habia escrito la vida de Julian, libertando de esta manera (segun oportunamente advertimos) las obras y la memoria de aquel prelado, de la injuria y oscuridad de los tiempos: Cixila, á quien arrebatava la elocuencia de Ildefonso <sup>2</sup>, y llenaba de respeto la fama de sus virtudes, logrando la fortuna de alcanzar en vida algunos venerables ancianos que admiraron y co-

literatura clásica como de la cristiana propiamente dicha. Pero esta observacion la ampliarán los lectores con los siguientes capítulos.

1 El Maestro Florez pone el pontificado de Cixila de 774 á 783; pero citado por Isidoro Pacense en la Era 782, no es posible admitir esta cronologia, por más que aquel entendido investigador sospeche que ha podido intercalarse en la crónica el párrafo que trata del referido metropolitano. Una circunstancia convence precisamente de lo contrario: en el *Himnario hispano-visigodo* que en el anterior capítulo examinamos, al fól. 34 vto. de la copia de Burriel se encuentran doce versos latinos, que empiezan:

Templum hoc, Domine, Cixila condidit.  
Dignam hic habeat sortem: in aethera  
Cum summis civibus cantica praecinat,  
Gaudens perpetuis saeculis omnibus, etc.

El templo, de que se habla en estos versos, es el de San Tyrso, que existió extramuros de Toledo, segun persuade el docto Burriel. Dando á Cixila el obispo de Paz Augusta el título de restaurador de las iglesias [ecclesiarum restaurator], seria necesario suponer para admitir la insercion que el P. Florez indica, que el aditador conocia los versos del *Himnario*. Mas en este caso no hubiera llamado á Cixila *restaurator*, sino *fundator*, lo cual pudo admitirse en el lenguaje poético, pero no en el histórico. La identidad de la noticia y la disparidad de la forma, no dejan pues duda de que el Pacense es el autor del *Número LXIX* de su *Epitome*; debiendo observar por último que es un expediente fácil, pero no admisible, el suprimir y dar por apócrifo aquello que no acomoda á los intentos del que discute ó narra. Florez conocia estos versos (*Esp. Sag.*, tomo V, pág. 327).

2 Inediam nostram ingenti satiavit eloquio (*Vita Sancti Ildeph.*, num. 1).



nocieron al discípulo de Isidoro, aspiró á consignar en breve tratado la relacion de los milagros que la tradicion popular le atribuia, no sin que recogiera de igual modo la noticia de sus celebradas producciones. Escrita la *Vida de San Ildefonso* con admirable candor, no solamente completó Cixila la obra de Julian, de que tienen ya conocimiento los lectores, sino que fomentando la devocion y cariño con que recordaban los cristianos en medio de la servidumbre la ciencia y la virtud del inspirado defensor de Maria, excitaba su fé, abriendo al propio tiempo el camino á la adoracion que en siglos posteriores le tributan Iglesia y pueblo toledanos <sup>1</sup>.

La piedad de Cixila y su amor á las letras parecian servir de intérpretes en la antigua corte visigoda á la respetada escuela de los Eugenios y Julianes, cuyas preciadas obras eran consideradas en medio de la cautividad como el más rico depósito de las ciencias divinas y humanas. Cixila no es ya elegante y grandilocuo á la manera de Ildefonso; y sin embargo, en los brevísimos rasgos de su pluma que han llegado hasta nosotros, descubrimos aquellas felices dotes que tanto habian resaltado en los ingenios españoles del siglo VII. Empeñado en seguir sus huellas, procuraba tambien dar nuevos quilates á su estilo y lenguaje, imitando los ornamentos, con que habian intentado aquellos engalanarlos: obediendo Valerio á la necesidad de reemplazar en alguna manera las olvidadas armonias de la lengua del Lacio, ó ya fundándose en un precepto del arte, consignado por el doctor de las Españas en el memorable libro de los *Orígenes*, habia admitido en la prosa el poco usado atavio de las rimas <sup>2</sup>. Cixila, autorizado por este ejemplo, que tenia ya en el arte métrica numerosas y frecuentes imitaciones, salpica la narracion de rimas peregrinas, que le comunican extraño y singular colorido; y como Valerio, hace mayor gala de este raro adorno precisamente en aquellos pasajes de más importancia, donde toma la descripcion cierto movimiento poético <sup>3</sup>. En esta forma acogia y respetaba el obispo de

1 Véanse sus himnos en la *Ilustracion I*, núm. XXXV.

2 Véase la *Ilustracion I*, donde tratamos de propósito esta materia.

3 Narrando Cixila la aparicion de Santa Leocadia, dice: «Clamabat inter

Toledo todas las tradiciones científicas y literarias de aquella docta escuela, que personifica en Ildefonso, cuya doctrina brillaba en la Iglesia con la claridad del sol y de la luna <sup>1</sup>. Comprendiendo que en el naufragio común de la nación sólo podía conducir á puerto de bonanza el recuerdo de otras más prósperas edades, muestra á los cristianos la senda seguida por tan ilustres varones, enseñándoles á vivir en lo pasado. Pero agitada la Península por el furor mahometano, no alcanza el noble propósito de Cixila á tranquilizar el ánimo de los suyos, viéndose él mismo forzado á poner en salvo las reliquias de los santos, libertando con ellas del fuego, ya que no de la codicia sarracena, inextimables tesoros de las letras y de las artes, donde aprendemos ahora á fijar los caracteres que al consumarse la perdición de España las distinguían, reconociendo al propio tiempo la incontrastable fuerza de la tradición, que triunfando de la gran catástrofe visigoda, se propaga llena de vida á los siglos futuros <sup>2</sup>.

voces populi velut mugiens, ut aliquod incisorium *deferrent*, unde quod manibus *tenebat* praecideret; et nemo illi *accurreret*, quia Populus vastis ictibus rictibusque *frendebat*. Nam et sancta Virgo quod voluntate *submiserat* ut desideria *crecerent*, violenta *retrahebat*,» etc. Y refiriendo la de la Virgen, escribía: «*Servus Dei Ildefonsus... dum diem Dominae suae... ovans susciperet, et in laudem genitricis Dei... summo cum cordis affecta harmoniae modulatione composita musica appareret, et libellum Virginitatis more synonymiae testimoniis Veteris ac Novi Testamenti plenum compe ederet, et digna facundiae magnificentiam iam praefatae Dominae suae exornaret, dum ante horas matutinas solito more Domino consecraret, diaconus vel subdiaconus atque clerus ante eum cum faculis praecedentes, subito ostia atrii aperientes, et ecclesiam intrantes, atque in splendore coelesti oculos defigentes, lumen quod ferre non valuerunt, cum tremore fugientes, lampades quas manibus tenebant, reliquerunt,*» etc.

1 Cuius doctrina usque hodie fulget Ecclesia ut sol et luna (*Vita S. Ildefonsi*, núm. II).

2 Se ha escrito y se ha dudado mucho sobre la época en que fueron trasladadas á Astúrias las reliquias de los santos, suponiendo unos que sucedió este memorable hecho en el primer momento de la conquista, y defendiendo otros, acaso con mejor criterio, que sólo pudo verificarse con la primera persecucion de Abd-er-Rahman, cuando existia ya un poderoso núcleo y asilo para los cristianos, en la monarquía creada por don Pelayo.—Como quiera, nos es dado hoy asegurar, merced á los estudios arqueológicos que hemos

Pero aquella lamentable situacion de España debia encontrar digno intérprete en la historia, y lo halla, en efecto, en Isidoro

realizado respecto de la *Cámara Santa de Oviedo*, que cualquiera que fuese el momento de la traslacion, no es lícito poner en duda la venerable antigüedad del *Arca de las reliquias*. De ella hemos escrito, fijando la tradicion artistica que tan estrechamente se enlaza con la literaria: «Labrado este precioso monumento en Constantinopla ó Jerusalem, tal vez en el siglo VI del cristianismo, fué trasladado al Occidente durante la primera mitad del VII, despertando la admiracion de los españoles, no solamente el número y la calidad de las reliquias que encerraba, sino tambien su belleza y magnificencia. Agrandada en siglos posteriores, ofrece hoy al estudio del arqueólogo dos artes distintos, bien que no desemejantes ni contrarios en sus elementos constitutivos. Graciosa arqueria, genuinamente bizantina, bajo la cual se cobijan apóstoles, evangelistas y mártires de bello relieve, si bien aparece ya en estado decadente la escultura, decora la parte primitiva: véase en la moderna, añadida en tiempo de Alfonso VI, la tradicional representacion del Salvador en el *Vesica Piscis*, sentado en silla curul, que exornan tres hiladas de arcos a la manera bizantina, y rodeado en el exterior de ángeles que lo sostienen. A igual época pertenece la cubierta, en que se mira grabado el *Calvario*, y de resalto la inscripcion latina relativa á las reliquias allí custodiadas. Completa el monumento peregrina orla que circuye el frente del *Arca*, revelando en los caracteres árabe-mahometanos que la forman, la confluencia de otro arte que en siglos posteriores debia lograr no insignificante desarrollo» (*El Arte latino-bizantino en España*, cap. II, ps. 38 y 39). Es para nosotros indudable que precediendo originariamente tan peregrino y rico monumento á la invasion mahometana, pudo ser y fué trasladado á las Astúrias, como natural consecuencia de las calamidades que afligian al pueblo cristiano, y (lo que aparece de mayor efecto para los presentes estudios) que reconstruido tres siglos más tarde por la magnificencia del debelador de Toledo, revela de una manera luminosa é inequívoca la tradicion vigorosa de las bellas artes, y con ella la prosecucion de las costumbres en trajes, armas y ornamentos. «Aquel manto, que segun la expresion de San Isidoro, cubria sólo las manos» (*quod manus tegat tantum*): aquellas tocas (amiculos) que habian sido entre los antiguos señal de prostitucion, y que eran, al escribir San Isidoro, signo de honestidad (*nunc in Hispania signum honestatis*); aquellas ricas fimbrias (*fimbriae*) que orlaban las túnicas y lacernas (*pallia fimbriarum*); aquellas fibulas que sujetaban los mantos y cingulos de los varones en hombros y espaldas, y las capas de las mujeres (*pallia foeminarum*) sobre el pecho; y finalmente aquellos *trubucos* que cubrian las tibias y sujetaban las bragas (*brachae*) aparecen en el grabado ó graúdo que enriquece la tapa del referido monumento con la representacion del *Calvario*, mostrando que artes y costumbres se conservaron en la tradicion con más vitalidad y fuerza de las que

Pacense <sup>1</sup>, quien bosquejando con tristes pinceladas el cuadro que tenia delante, nos dá el más auténtico testimonio de la zozobra sin egemplo en que vivian los cristianos. Nacido, como Cixila, en

«generalmente se sospechan» (*El Arte latino-bizantino*, cap. II, págs. 41 y 42). Sujetas á esta misma ley y encaminadas constantemente al mismo fin, se ofrecen pues á nuestra contemplacion las letras patrias en medio de las grandes contradicciones que excitan el heroismo de nuestros mayores, segun irán poniendo de manifesto nuestros sucesivos estudios.

1 En el momento de imprimir estos capítulos, hallamos en la *Histoire des Musulmans d'Espagne*, debida al entendido R. Dozy (tomo II,—II), tratado del estado de la Península, y en especial de la situacion del clero, al verificarse la conquista mahometana, estas palabras: «On peut se faire une idée de leur manière de voir, quand on lit la chronique latine, qui a été écrite à Cordoue en 754, et que l'on atribue, mais à tort, à un certain Isidore de Beja.» Dos afirmaciones encierran estas líneas, dignas de repararse: 1.<sup>a</sup> La de que la *Chronica* se escribe en Córdoba: 2.<sup>a</sup> La de que se atribuye con error á Isidoro de Beja, ó Pacense. Pero ¿en qué fundamentos estriban? Hasta ahora ha gozado (que nosotros sepamos) Isidoro Pacense de esta gloria, sin contradiccion manifesta: Sandoval, don Nicolás Antonio, Berganza, don Juan Bautista Perez, Ferreras, Florez y otros muy doctos españoles, con los extranjeros Vaseo, Pagi, Marca, Resende, el continuador de Belarmino, e'c., etc., han reputado á Isidoro Pacense ó de Beja verdadero autor de la *Chronica*, en cuyo exámen entramos: sólo Ambrosio de Morales y el P. Mariana mostraron en algunas notas sueltas que publicó Florez (*Esp. Sag.*, tomo VIII, trat. XXVII, apénd. II, pág. 275 y sigs.) algunas dudas, cayendo en los errores que el mismo Florez desvanece sobre los libros que debian atribuirse á Isidoro; mas sin negar que fuera autor de la *Chronica*, y dando á esta mayor extension de la que realmente tiene, pues que le llegó á añadir Morales la escrita por San Isidoro de Sevilla (Florez, loco cit., pág. 278). Vaseo, nada sospechoso, ni parcial respecto de nuestras cosas, «testifica haber visto el *Chronicon*, de que hablamos, escrito en nombre de Isidoro Pacense»: de modo que «por autoridad del códice, en que segun este docto escritor se leia su nombre, y por la comun persuasion de los autores, así españoles como extranjeros, que le citan como obra del Pacense (escribe el fundador de la *España Sagrada*), insistimos en dar el documento [la *Chronica*] con título del *Pacense*» (ut supra, pág. 270). Ahora bien: si este es el voto general y no contradicho de una manera formal y victoriosa, ¿en qué se apoya R. Dozy para asentar aquellas afirmaciones?... Sin duda escritor tan perspicaz y entendido no se habrá aventurado sin pruebas; pero como no se ha servido exhibirlas, nos es de todo punto imposible el admitirlas ó refutarlas, siguiendo ó desechando las nuevas opiniones que trae al campo de las letras. Como quiera (y esto es de suma importancia para la autoridad y significacion de la *Chronica* que vamos á exa-

los últimos instantes del Imperio visigodo, contempla con profunda amargura su aniquilamiento; mas lleno de admiración y de sorpresa, al considerar la rapidez con que los sectarios de Mahoma habían sometido al yugo del Islam la mitad del mundo, comprende que hay en aquel pueblo algo grande; y procurando reconocer el origen de su poderio, sigue en todas partes sus sangrientas huellas. Su *Chronica*, que abraza desde la Era de 649 á la de 792 [611 á 754], encierra por tanto la historia del pueblo sarraceno desde el momento en que invade la Siria, la Arabia y la Mesopotamia [618] hasta el sétimo de Yusuph, vigésimosegundo y último de los amires que gobernaron la Península en nombre de los Califas de Damasco.

Enlazada la narración de estos hechos con la historia del Imperio bizantino y con la visigoda, no en balde ha merecido el obispo de Paz Augusta que se le tenga por continuador del grande Isidoro: su *Epítome* comienza en el reinado de Heraclio, donde puso fin á sus tareas históricas el docto prelado de Sevilla. Pero al dar el Pacense semejante latitud al cuadro que intentaba desarrollar, fijó principalmente sus miradas en los sucesos que provenían de la invasión sarracena, considerando los acontecimientos anteriores como preludios de la gran calamidad que había caído sobre Iberia, calamidad llorada por él en la misma forma que había llorado Idacio su ruina, al ser despedazada por los bárbaros del Norte. Debe, sin embargo, notarse que en la brevedad con que recorre aquel importante período de la monarquía visigoda, no olvida rendir el homenaje de su admiración á las vivísimas lumbreras que habían iluminado la Iglesia, y con ella la civilización española: el respetado autor de las *Etimologías*, á quien en medio del naufragio universal celebraba Espa-

minar), Dozy reconoce que fué escrita en medio del conflicto producido por la conquista mahometana; y aunque siendo por extremo benévolo con el Islam, no descubre en las cláusulas de Isidoro todo el dolor que nos revelan, y le supone más favorable á los musulmanes que todos los escritores españoles anteriores al siglo XIV, todavía admite que no carece de patriotismo, deplorando «les malheurs de l'Espagne,» y siendo «la domination arabe pour lui la domination des barbares, *efferum imperium*» (loco citado).

ña como claro maestro <sup>1</sup>, despertaba su entusiasmo con la profunda y sazónada doctrina de sus numerosos libros: Bráulio, obispo de Zaragoza, que despues de San Isidoro excedia en ciencia y virtud á todos los obispos de España, le infundia la más alta veneracion con la elocuencia de sus epístolas, admirada por Roma, madre y señora de las ciudades <sup>2</sup>; Tajon, docto en el estudio de las letras profanas, aparecia á su vista como el acendrado intérprete de las Escrituras <sup>3</sup>; Eugenio cautivaba su afecto con la piedad de su alma y la elevacion de su talento; Ildefonso le arrebatava con la pureza y elegancia de su estilo, mereciendo que le apellidase *boca de oro* <sup>4</sup>; Julian excitaba su respeto por la solidez y brillo de sus doctrinas, aceptadas y aplaudidas dentro y fuera de España <sup>5</sup>; Felix, último de aquellos ilustres prelados que resplandecen en los concilios, le ofrecia finalmente en su gravedad y prudencia digno modelo de sacerdotes <sup>6</sup>. Así pues consignaba en su *Epítome* la deuda de amor y de respeto que España tenia contraida con tan esclarecidos varones, perpetuando la fecunda tradicion de su saber y sus virtudes <sup>7</sup>.

Mas si logra divertir un momento con estas apacibles memorias

1 «Isidorum Hispalensem metropolitanum Pontificem, clarum doctorem Hispania celebrat» (Núm. VI).

2 «Braulius Cacsaraugustanus..., cuius eloquentiam Roma, urbium mater et domina, postmodum per epistolare eloquium satis est mirata» (Núm. IX).

3 Ordinis litteraturae imbutus et amicus scripturarum (Núm. XIII).

4 Praemitente tunc Sanctissimo Ildefonso, meliflue ore aureo in libris diversis eloquente, atque *De Virginitate* nostrae Dominae Mariae semper virginis nitido politoque eloquio, ordine synonymiae perflorente, etc. (Núm. XXII).

5 Iulianus... omnibus mundi partibus in doctrina Christi manet praeclarus (Núm. XXIII). Véanse tambien los números XXVI y LXXX del mismo *Epítome*.

6 «Felix, Urbis Regiae Toletanae Sedis episcopus, gravitatis et prudentiae excellentia nimia pollet» (Núm. XXIX).

7 Este hecho es de extraordinaria importancia, pues que basta á desvanecer el vulgar y muy generalizado error de que la invasion mahometana redujo á entera oscuridad la nacion española. Lejos de apagarse toda luz, vive en medio de la servidumbre, bien que no ajena de zozobra, la que había enrendido generoso el grande Isidoro, y se propaga, segun ya indicamos y comprueban los siguientes estudios, á las edades venideras.

la acerbidad de los males que tenía delante, no por eso es lícito olvidar que escribe bajo la dolorosa impresion producida en su ánimo por la invasion mahometana, recordando á menudo, con sus vigorosas y aun hiperbólicas imágenes la elocuencia de los Ildefonsos y Julianes, y augurando las dolorosas lamentaciones del arzobispo don Rodrigo y del Rey Sabio.

Narrando la pérdida de Toledo, exclama, por ejemplo:

XXXVI ...«Así, no solamente la España Ulterior, sino también la Citerior hasta César-Augusta, antiquísima y muy floreciente ciudad, abierta en breve por manifesto juicio de Dios, es des poblada por el hierro, el hambre y el cautiverio. Destruye [Muza], entregándolas al fuego, hermosas ciudades; á los Señores [ancianos] y poderosos del siglo crucifica; despedaza al golpe del puñal á los jóvenes y los niños de pecho; y mientras á todos estimula [á rendirse] con terror semejante, llenas de espanto demandan anhelosas la paz algunas ciudades que permanecían libres, y aconsejando y burlando, con astucia [las] engaña <sup>1</sup>. Ni perdonan la solicitada tardanza: antes bien donde, impetrada la paz, dominados por el miedo se muestran rehacios [en someterse] y huyen de nuevo á las montañas, perecen de hambre y varia muerte...»

XXXVII «¿Quién podrá narrar tantos conflictos? ¿Quién enumerar tan imprevistos naufragios?... Porque si todos los miembros se trocasen en lenguas, todavía no pudiera bastar la naturaleza humana á decir los desastres de España, ni tantos y tales infortunios. Mas para que en breve espacio indique al lector todos los azotes [que la afligen], dejadas las innumerables matanzas del siglo que desde Adam hasta ahora por infinitas regiones y ciudades produjo en el mundo el enemigo impuro; cuanto padeció históricamente la cautiva Troya; cuanto en vil servidumbre agobió á Jerusalem, cumplidas las predicciones de los profetas; cuanto por los dichos de las Escrituras sufrió Babilonia; cuanto llevó, finalmente, á cabo Roma en el martirio, decorada por la

<sup>1</sup> Antes había calificado los pactos concedidos por los mahometanos con el nombre de *pacta fraudifica*, manifestando así la fé que le inspiraban: después veremos hasta qué punto le asistía la razon.

»nobleza de los Apóstoles... todas y tantas cosas experimentó, »así en lo que atañe á la honra como en lo que se refiere á la »afrenta, la desdichada España, otro tiempo deliciosa, misera del »todo ahora <sup>1</sup>.»

Ni le afligen menos profundamente la devastacion que ejecutan los amires en la Península y los estragos de la guerra civil, que, desolando las Españas, asientan á Abd-er-Rahman en el trono de Córdoba. La crueldad y rapacidad de Muza-ben-Nosayr, que despues de entregar al fuego las más hermosas ciudades [civitates decoras], crucificando á los ancianos y á los magnates, y degollando á las jóvenes y á los niños, saca de España inmensos tesoros <sup>2</sup>: la codicia de Al-Horr-ben-Abd-er-Rahman, que persigue, encarcela y atormenta á los africanos, para arrebatárles las riquezas allegadas en el tiempo de la conquista, con lo cual dá principio á las enemistades que ensangrientan despues el suelo de Iberia <sup>3</sup>; la dureza de Assamh-ben-Máleq, que grava el pecho de los cristianos para llevar las armas sarracenas al otro lado de los Pirineos, donde halla su muerte <sup>4</sup>; la inhumanidad con que Ambisa-ben-Sohim-el-Kelbí duplica los tributos que esquilman á los mozárabes, contribuyendo los vivos por los muertos, cual si estos existieran <sup>5</sup>; y finalmente el odio y furor con que los mismos capitanes mahometanos se persiguen, combaten y degüe-

<sup>1</sup> Aunque podamos ser tildados de insistentes, parécenos muy oportuno trasladar las palabras con que el arzobispo don Rodrigo refiere esta dolorosa situacion de las Españas: «Quicquid illa Babylon magna inter regna saeculi a Cyro et Dario subversa pertulit, nisi quod perpetuo exterminio solum a bestiis et serpentibus habitatur: quicquid domina provinciarum Roma ab Alarico, et Athaulpho Gothorum regibus, et Giserico Vandalorum principe est perpressa: quicquid Hierusalem iuxta dominicam prophetiam lapide super lapidem non relicto sustinuit diruta et incensa: quicquid Carthago nobilis a Scipione Romano direptione, et incendio passa fuit, hoc misera Hispania omnium cladium coniectis miseriis [est] experta» (Lib. III, cap. XX). La imitacion no puede ser más terminante: en su dia veremos cómo esta pintura, ya tradicional, se amplia en la pluma del Rey Sábio.

<sup>2</sup> Número XXXVIII.

<sup>3</sup> Número XLIV.

<sup>4</sup> Número XLVIII. •

<sup>5</sup> Número LII.



llan, destruyendo en medio de sus rencores las ciudades y fortalezas que perdonó el acero de Tariq, de Muza y de Abda-l-Áziz, y descargando el azote de su ira sobre los indefensos cristianos... todos estos lamentables accidentes de la primitiva dominación árabe despiertan en el obispo de Paz Augusta honda amargura, que se refleja en cada una de sus páginas, dando á toda la *Chronica* patético y singular colorido.

Sin duda esta circunstancia, no indiferente por cierto cuando se trata de la índole y carácter especial de cada ingenio y de cada obra literaria, ha sido causa de que algunos críticos modernos le tilden de apasionado y por demás declamador, poniendo en tela de juicio su autoridad, y recurriendo á otras fuentes históricas para comprobarla. Pero no se ha considerado, al lanzar esta acusación sobre el único escritor, que en medio de tantas calamidades osó tomar la pluma para transmitir su memoria á los futuros siglos, que aun dadas aquellas dotes características que le hermanan interiormente con los ingenios españoles de todas edades, en la ingenuidad con que reconoce en Abda-l-Áziz las nobles prendas que le costaron la vida, en la solicitud con que elogia la severidad y justicia de Yahya-ben-Zalema, quien obligó á los musulimes á que restituyesen á los cristianos los bienes de que en tiempo de paz los habían despojado, y en la llaneza con que aplaude y ensalza las virtudes de otros capitanes y personajes mahometanos, ofrecia el Pacense claro é irrefragable testimonio de la rectitud de su alma, siendo inevitable el dolor de que aparece esta poseida, al ver la patria bajo el yugo de un pueblo enemigo de su Dios y de su independencia.

No exijamos al obispo de Paz Augusta lo que no es lícito exigir de nadie, humanamente hablando: el tono que dá al *Epítome* que ha llegado á nuestros dias <sup>1</sup>, poniéndonos de relieve sus in-

<sup>1</sup> Isidoro Pacense (á quien, conforme vá indicado, número no despreciable de escritores apellidan de Beja), segun se deduce de sus palabras, escribió otro *Epítome* relativo á las guerras civiles de los mahometanos y á las persecuciones que ejecutaron estos contra el culto católico. De esta obra decia en la Era 780 [año 742]: «Sed quia nequaquam ea ignorat omnis Hispania, ideo illa minime recenseri tam tragica bella ista decrevit historia; quia iam in alia *Epítome*, qualiter cuncta extiterunt gesta, patenter et paginaliter manet *nostro*

timas afecciones y deseos, nos pinta con toda verdad al historiador cristiano del siglo VIII, que vive en pesado cautiverio. Su estilo, ágríamente censurado por los latinistas, aunque apasionado y cargado á veces de epítetos gráficos y pintorescos, no puede ser ya florido y elegante, como el de San Julian, á quien más se semeja entre los discípulos de Isidoro, ni ostentar la ruda sencillez y llaneza de que en más cercanos tiempos se reviste la historia: su lenguaje, puesto que alterado y corrompido por la ignorancia de los trasladadores<sup>1</sup>, hallábase no solamente á incalculable distancia de la antigüedad clásica, sino también de la no lejana Era de los Eugenios é Ildefonsos. Y sin embargo, Isidoro Pacense se precia, como aquellas ilustres lumbreras de la Iglesia y de la civilización españolas, de conocer la historia y las letras de la antigüedad, haciendo oportuno alarde de estas nociones en el *Epítome* que es-

*style conscripta*» (págs. 316 y 317 de la ed. de Florez). Y en la Era 781 añadia: «*Quisquis vero huius rei gesta cupit scire, singula in Epítome temporum legat, quam dudum collegimus, in qua cuncta reperiet enodata; ubi et praelia Maurorum adversus Cultum dimicantium cuncta reperiet scripta, et Hispaniae bella eo tempore imminertia releget annotata*» (págs. 318 y 319 de id.). Debemos notar que don Nicolás Antonio sospecha que puedan ser dos diferentes *Epítomes*: pero atendida la oportunidad de la cita del mismo Pacense y el sentido de sus palabras, no parece caber duda en que se referia á un solo trabajo.

1 Para prueba de las inexactitudes y errores de las copias que han llegado á los tiempos modernos, bastará sólo comparar la edicion de Florez (*Espana Sagrada*, tomo VIII, apénd. II) con la de Sandoval, quien publicó este *Epítome* por vez primera (Pamplona, 1613), ó la de Berganza, que lo incluyó en su *Ferreras convencido* (Madrid, 1729). El Maestro Florez, que tuvo presentes estas circunstancias, no vaciló en declarar que «la mayor culpa de los defectos que al Pacense se atribuyen, provino de los copiantes,» no siendo posible admitir [fuera de los errores que subsana] que un prelado que se cria y educa en la escuela de los Isidoros, Eugenios y Julianes, cayera en tantos extravíos, por más que se suponga adulterada la lengua latina á mediados del siglo VIII. Las obras escritas años adelante convencen sin duda de lo contrario: la del Pacense, de que vamos hablando, se dió últimamente á la estampa con este título: *Epítome Imperatorum vel Arabum Ephemerides, atque Hispaniae Geographia, uno volumine collecta*. Sandoval lo habia impreso con el siguiente: *Isidori Pacensis Episcopi Epítome Imperatorum et Arabum una cum Hispania Chronicon, ex codice gothico complutensi et oxomensi* (*Hist. de los cinco obispos*, pág. 1).

tudiamos, al propio tiempo que refleja el estado de la literatura eclesiástica, revelando sus ya inequívocos caracteres. Como Valerio y Cixila, admite efectivamente en la prosa el ornato de las rimas, y como uno y otro las emplea principalmente en aquellos puntos, donde procura excitar la admiración ó el entusiasmo de sus lectores <sup>1</sup>. Y ya sea esto primor del arte, según queda repetidas veces apuntado, ya efecto de la necesidad de prestar á la adulterada lengua latina algun aliciente extraordinario, ó ambas cosas al par, justo nos parece observar que imprime al estilo y lenguaje del Pacense un carácter especial, conforme han notado antes de ahora diferentes críticos, habiendo dado ocasión á que el diligente Vaseo, que se aprovechó sobremanera del *Epítome*, le tuviera por un verdadero *portento* <sup>2</sup>.

Paguemos pues el tributo de respeto que merece al obispo de Paz Augusta, por haber consignado en sombrío, desconsolador y desapacible cuadro, pero verdadero y enérgico, la funesta situa-

1 La corrupción con que ha llegado á nuestros días el *Epítome* del Pacense, hace todavía más peregrina esta manera de ornato. Al narrar los estragos producidos por los sarracenos, cuando invaden las Españas, escribía: «Dum per supranominatos missos Hispania vastaretur, et nimium solum hostili, verumetiam intestino furore confingeretur, Muza et ipse ut misserrimas adiens gentes per Gaditanum fretum columnas Herculis pertendentes et quasi fumi indicio portus aditus demonstrantes, vel claves in manu transitum Hispaniæ præsentantes, vel reserantes, iam olim male direptam et omnino impie adgressam perditans penetrat.» Y después: «Civitates decoras igne concremando precipitat: seniores et potentes sæculi cruci adiudicat: iuvenes atque lactantes pugionibus trucidat,» etc. (Núm. XXXVI). En todo el *Epítome* se nota el mismo compaseamiento de las frases, el cual prueba, como en Cixila y Valerio, deliberado y constante propósito, si bien no siempre es uno mismo el primor de la rima, conforme al precepto de las *Etimologías*. Véase la *Ilustración* núm. I de este volúmen.

2 Las palabras de Juan Vaseo son: «Portentum potius dixerim quam Chronicon: adeo prodigiose scribit et gothice potius quam latine. Certe mihi tanquam in novo quodam et inaudito idiomate desudandum fuit, ut intelligerem» (*Chron.*, cap. IV). Si este erudito escritor hubiera conocido la edición de Florez, no habría encontrado tanta dificultad para entender al Pacense. Sin embargo, según observa don Nicolás Antonio, copió del referido *Epítome* (desde los años de 612 hasta 747) lo más sustancial de su crónica (*Bibl. Vetus*, lib. IV, cap. III).

cion de España en la primera mitad del siglo VIII, reconociendo al propio tiempo que no en las bellezas de estilo y de lenguaje, sino en la exactitud y veracidad del cuadro estriba su principal mérito. Pero no olvidemos advertir, para ser justos, que como siempre que el sentimiento es verdadero, tal vez se escriba historia, tal vez poesía, halla la expresion más propia y adecuada, resalta en el *Epítome* del Pacense cierta unidad peregrina entre el doloroso fondo de la historia y la forma de que esta aparece revestida. El obispo de Paz Augusta tiene tambien en esto no pequeña semejanza con el prelado de Aguas Flavia: Idacio, sin tiempo ni sosiego para trazar su *Chronicon* sobre la pauta de los antiguos historiadores, ni para imitar siquiera al español Orosio, trunca y quebranta su narracion, como se aniquilaba y derruia el Imperio romano bajo la muchedumbre de los bárbaros: Isidoro, en medio del clamor y duelo universal de los cristianos, oprimidos bajo el yugo del Islam, tampoco alcanza aquella paz del ánimo que habia menester para seguir las huellas del historiador de Wamba, respondiendo en sus oscuras y difíciles cláusulas al lastimoso cáos en que veia sepultada la renombrada monarquia de los visigodos.

Esta tribulacion, que así conmueve y quebranta los fundamentos de la sociedad, debia tambien por desgracia alcanzar á la religion, reflejándose en la esfera del dogma. Cuando se destruye y desaparece lo existente; cuando en mitad del comun naufragio faltan generosos pilotos, que aspirando á un solo fin, lleven de consuno la nave de la Iglesia y del Estado á puerto seguro por entre sirtes y escollos, si no flaquea ni se entibia la fé, que brilla por el contrario con más vivos resplandores, búscanse con estéril afan nuevos caminos de explicar sus misterios, cayendo á menudo en la prevaricacion ó en el abismo. No otra cosa sucede á Elipando, varon nacido de la antigua estirpe visigoda <sup>1</sup>, que sube á la silla de Toledo por los años 782: este prelado, insigne por la austeridad de su vida y celebrado ya por su ingenio y ardiente

<sup>1</sup> Elipandus ex antiqua gothorum gente prognatus erat (Mariana, *Annalium Hispaniae*, lib. VII, cap. VIII).

celo contra los errores de Migecio <sup>1</sup>, cediendo tal vez á las instancias de Felix, obispo urgelitano <sup>2</sup>, dejándose dominar de los extravíos de los cordobeses <sup>3</sup>, ó lo que parece más cierto llevado de la novedad, peligrosa como todas las novedades, del monoteísmo mahometano, no sólo admitió la herética doctrina de que *era Cristo hijo adoptivo de Dios*, renovando así la impiedad de Nestorio <sup>4</sup>, sino que defendiéndola con excesivo

1 Véase la carta que dirigió á este hereje, publicada por el Maestro Florez en el *Apéndice* núm. X del tomo V de la *España Sagrada* (pág. 524), donde trata de la *Historia de Elipando y Egila* (pág. 507 y sigs.). Migecio cayó en los grotescos errores y delirios de afirmar que David era el Padre Eterno; que la segunda persona de la Trinidad no era la engendrada por el Padre, sino la que descendía del linaje de David, y que la tercera era San Pablo, añadiendo que los sacerdotes no debían tenerse por pecadores, y que si lo eran, no podían acercarse al altar; con otras extravagancias de igual jaez y naturaleza. Derramado el error en aquellas mismas comarcas donde había florecido la doctrina de Isidoro [inter Ispalitanos], acudía Elipando á extirparlo, no sin desplegar en la citada epístola grande erudición y ardorosa elocuencia. Pero contaminado ya con la heregia de la *adopción de Cristo*, á que nos referimos, sucedió al metropolitano de Toledo lo que al loco de Cervantes, malogrando su ingenio, su erudición y su elocuencia, bien que alcanzando singular renombre en la historia de las prevaricaciones humanas.

2 El celebrado Jonás Aurelianense, en sus libros *Adversus Claudium Turinensem*, se expresaba del siguiente modo: «Quidam Felix nomine, actu infelix, Urgellitanensis civitatis episcopus..., iuncto scelerato errori Elipando Toletanae urbis Episcopo, secundum humanitatem esse proprium filium Dei, sed adoptivum praedicare ausus est; et hac virulenta doctrina uterque Hispaniam magna ex parte infecit.»

3 El primero que indica esta idea es Alcuino en su epístola al mismo Elipando: «Maxime [dice] origo huius perfidiae de Corduba civitate processit.» Álvaro Cordobés, de quien hablaremos en breve, parece rechazar esta acusación, dando por autor al mismo Elipando, cuando escribe: «Eo tempore quo Elipandi lues vesano furore nostram vastabat provinciam» (*Cart.* IV, núm. 27). Si hubiera tenido en Córdoba nacimiento la herejía, no dijera Álvaro *lues Elipandi*, etc., lo cual parece demostrar que el error vino de fuera, siendo Elipando su propagador por lo menos. Sin embargo, como observa el mismo Álvaro, produjo, hasta ser condenado, no poco daño en aquella provincia.

4 El docto Mariana escribía al propósito: «Del trato y conversacion con los moros, era forzoso se pegasen á los christianos malas opiniones y dañadas. En particular estos dos prelados [Felix y Elipando] despertaron y pu-

calor, pugnó por imponerla á todos los prelados que vivian bajo el dominio de los árabes, aspirando tambien á introducir la en la ya creada monarquía asturiana <sup>1</sup>.

Dobláronse algunos á la autoridad del metropolitano de Toledo; y cundiendo el contagio hasta Sevilla y Braga, al propio tiempo que inficionaba á Ascario, obispo de la última ciudad, excitaba la piedad de Theudula, que tenia su cátedra en la primera, para que movido del celo de las Escrituras, saliese á la defensa de la verdad, comprendiendo cuánto importaba á la sazón conservar la pureza é integridad del dogma católico <sup>2</sup>. Rechazaban igualmente la herejía desde las montañas de Liébana y de Astúrias [783] Beato y Etherio, quienes irritando con su enérgica y abierta contradicción al desvanecido metropolitano, dieron motivo á que fulminase contra ellos agria y punzante censura en una epístola, dirigida al abad Fidel, que fué tal vez el primer prelado de Obona <sup>3</sup>, carta que era mostrada al presbítero y al obispo por el mis-

«blicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del concilio Ephesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas y quemada paseada» (*Hist. gen. de España*, lib. VII, cap. VIII; *Annalium Hispanias*, id., id.).

1 Elipando dirigió sus tiros tan altos que aspiró á contaminar con su error á la reina Adosinda, esposa de Silo. Mariana dice: «En particular pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda, mujer que fuera del rey Silon. «Ella, como prudentísima y muy santa, respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia,» etc. (loco citato). Lo mismo han repetido todos los que trataron hasta ahora de este punto (*España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. V), refiriéndose á las palabras de Etherio y de Beato, que en las notas siguientes transcribimos.

2 El referido Álvaro Cordobés añadía en la carta citada: «Vester nunc requisitus Episcopus Theudula, post multa et varia de proprietate Christi veneranda eloquia, tali fine totius suae dispositionis conclusit *Epitoma*, ut diceret: si quis carnem Christi adoptivam dixerit Patri, anathema sit.»—Tambien hace mención el mismo Álvaro de otro escritor que con el nombre de Basilisco impugnó, aunque incidentalmente, la herejía de Elipando, insertando en la epístola ya citada un breve fragmento de la refutación indicada (Véase el número 24 de la dicha carta, pág. 123 del tomo XI de la *España Sagrada*).

3 Fué el monasterio de Obona fundado por el príncipe Aldelgastro, hijo de Silo, en la Era DCCCVIII (año 770), «regnante principe nostro Silone cum uxore sua Odosinda» (*España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 308).

mo abad en 785. Pero no perdieron estos su entereza por los delitos de Elipando, ni les quitó la injuria recibida la circunspección y templanza que asunto de tanto peso demandaba <sup>1</sup>. Los que unidos por la fe, no habian temido oponer juntos el pecho á herejia, acudieron á pulverizar en un solo escrito la expúria doctrina predicada por Elipando en el centro de España, y sostenida por Felix en aquella parte de Cataluña que la espada de Carlo Magno acababa de arrancar al imperio de los musulimes.

Aplaudido por los hombres doctos, á quienes no habia infundido el error, estimado por extremo en toda la edad media, y respetado en los tiempos modernos, cual precioso monumento á que se refleja una de las más dolorosas aberraciones del ingenio humano, ha llegado felizmente á nuestros dias aquel peregrino escrito, que tuvo el privilegio de salvar nuevamente la pureza de dogma católico, más que nunca adulterado en medio del universal naufragio de las Españas <sup>2</sup>. Declarando que no aspiraban á

<sup>1</sup> Beato y Etherio se quejaban de la torcida conducta de Elipando en esta forma: «Legimus litteras Prudentiae tuae anno praesenti, et non nobis sed Fidei Abbati, mense Octobri in Era DCCCXXIII clam sub sigillo directas: quae ex relatu advenisse audivimus, sed eas usque sexto kalend. Decemb. minimè vidimus. Cumque nos ad fratrem Fidelem, non litterarum illarum compulsi sed recens religiosae Dominae Adosindae perduceret devotio, audivimus ipsum libellum adversum nos et fidem nostram cuncta Asturia publice divulgatum,» etc. (Lib. I *De Adoptione Christi filii Dei*, ad init.). Debe advertirse que Elipando declaraba en la *Epistola* ó libelo, á que Etherio y Beato aluden que eran estos herejes, ignorantes en la fe y discípulos del Antecristo (baetiscos, ignaros fidei, atque Antichristi discipulos).

<sup>2</sup> Morales, Mariana, Gabriel Vazquez, Jacobo Cristero, don Nicolás Antonio, Rodriguez de Castro y otros dieron noticia de este tratado de Etherio Beato, mencionando el antiquísimo códice que guarda la Bibl. Tolet. (magthica scriptum), el cual sin embargo no pasa de principios del siglo XI fines del X, segun notó ya el docto Perez Bayer (*Bib. Vetus*, lib. VI, cap. pág. 443). Lleva la marca Cajon 30, núm. 13, y el título *Liber Etherii adversus Elipandum*, y es en verdad uno de los más preciosos monumentos paleográficos de la indicada época. El tratado se dió á luz diferentes veces, apareciendo (primum ex Bibliotheca Toletana in lucem depromptus) en 1677, formando parte de la *Maxima Bibliotheca Veterum Patrum*, tomo XIII, pág. 3 y siguientes. Don Nicolás Antonio, demás de la edicion de Paris, cita o de MDCXVI (Inglostadii, in 4.º): nosotros nos valemos de la lugdonense in cada.

escribir un *panegrico*, y sí un verdadero *apologetico* <sup>1</sup>, dividian su tratado en dos libros, consagrado el primero á exponer el símbolo de la fé, conforme á las definiciones del concilio de Nicea, y consignando al par el herético dogma de Elipando, y destinado el segundo á tratar de Cristo y de su Iglesia.—«Jesus duerme en la nave (decian al metropolitano de Toledo), y levantado á deshora incontrastable viento, nos vemos arrebatados de un lado á otro por las olas, luchando con la borrasca: ninguna esperanza de salvacion hay para nosotros, si Jesus no despierta; y con el corazón y la palabra necesario es clamar para decirle: *Sálvanos, Señor: que perecemos*. Y entonces se levantó el Señor, que dormia en nuestra nave, porque estábamos con Pedro; y mandó al viento y al mar, y la tormenta se trocó en entero reposo. Desde entonces, por la misericordia de Dios, no se conturba esta que Pedro guia, sino esa que Judas gobierna.»

Fiados en la sinceridad de su doctrina y en la santidad de sus fines; animados de aquel ferviente celo que distinguió en otro tiempo á los Padres de la Iglesia y habia resplandecido en Ildefonso; enérgicos, insistentes, vigorosos, como la verdad que sustentaban, acometen pues Etherio y Beato al metropolitano de Toledo, que en vano intenta guarecerse bajo la autoridad, mañosamente invocada, de Isidoro y Eugenio, de Ildefonso y Julian <sup>2</sup>, ha-

<sup>1</sup> Hé aquí las razones en que se fundan: «*Scripsimus hunc apologeticum non panegyrico more adlocutionis mendacii, nec obscurantibus fumosorum eloquentiae sermonum; sed puris sensibus, ut omnes, qui audierint, intelligere possint. Apologeticum est excusatio, in quo accusantibus respondetur in defensionem sui. Et ideo criminantibus respondimus, et nos ab haeresi purgatos, Deo inluminante, invenimus. Panegyricum et licentiosum et lasciviosum genus dicendi in laudibus regum, in cuius compositione multis mendaciis adulantur. Non enim nos mendacium in apologeticis nostris in laudem cuiuslibet regis terreni componimus; sed fidem veram, quam ab ipsis discipulis Veritatis hausimus*» (Lib. II, ad init.). De suma importancia es para nuestros estudios el advertir que Etherio y Beato, al definir el *apologetico* y el *panegrico*, copiaban al pié de la letra las palabras de Isidoro: este gran maestro habia dicho, definiéndolos: «*Apologeticum est excusatio, in quo solent quidam accusantibus respondere.—Panegiricum est licentiosum et lasciviosum genus dicendi in laudibus regum: in cuius compositione homines multis mendaciis adulantur*» (*Ethim.*, lib. VII, cap. VII, *De generibus opusculorum*).

<sup>2</sup> Elipando se conceptuaba, cual metropolitano de Toledo, heredero de la



ciéndole zozobrar en el piélago de las Santas Escrituras, á que se habia imprudentemente arrojado. Pero si ganaban el lauro por ellos noblemente apetecido, acrisolando en la grey cristiana la creencia católica, preconizada en Nicea por el grande Osio y aclamada en Toledo por el ilustre Leandro; si mostraban una vez más que mientras los errores y peligros de la moral ó del dogma nacian ó hallaban calor en la raza visigoda<sup>1</sup>, tenían escudo y defensa en la hispano-latina todas las verdades que manaban de las purísimas fuentes del Evangelio,—daban tambien en su lenguaje y en su estilo, no insignificante testimonio del doloroso estado á que se veia reducida la antigua cultura de las Españas. Etherio y Beato no carecian por cierto de brillantes dotes literarias, preciándose de seguir las huellas de Isidoro y de sus discípulos; pero si como el Pacense y Cixila, tienen por de legítima ley el peregrino ornato

doctrina de Eugenio, Ildefonso y Julian, cuya fuente hemos reconocido en Isidoro: así se muestra escandalizado de la contradiccion de Etherio y Beato, diciendo á Felix: «Nunquam est auditum ut libanenses toletanos docuissent» (*Esp. Sag.*, ut supra, pág. 536). Hablando de Isidoro en su *Epistola ad Albinum*, le apellidaba «iubar Ecclesiae, sidus Hesperiae, doctor Hispaniae,» pretendiendo cohonestar su error con la autoridad que alcanzaba el libro de la *Etimologías* (Id., pág. 547). De aquí nació, como cuerdamente nota Mariana, «que á los antiguos santos que alegaban los errados [Elipando y Felix], y á cuyos dichos se valian [de Eugenio, Ildefonso y Julian], cargó Carlo-Magno en la carta que escribió á Elipando,» diciendo «que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres» (*Hist. gen. de Esp.*, lib. VII, cap. VIII). En la consideracion literaria importa mucho notar cuán grande era la fuerza de la tradicion, y cuál la autoridad que alcanzaban, aún en medio de la aberracion y el desórden, aquellas grandes lumbreras de la cultura hispano-latina.

1 Véase lo que dejamos advertido en los capítulos IX y X de esta primera parte sobre la corrupcion personal del clero, los atentados de Sigeberto, que le hacen indigno de la cátedra de Toledo (Concil. XVI, 693), y la desatentada conducta de don Oppas, que no sólo escandalizó á sus coetáneos, sino tambien á los siglos futuros (*España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. IV, páginas 297 y 303). No sea esto decir que fué negado á los visigodos el conocimiento de la verdad: los nombres de Massona y Juan de Biclara, que pronunciamos con respeto, al tratar del III concilio toledano, y el mismo de Theudula, citado arriba, prueban que si arraigaron en la raza visigoda los peligros de la heregia y de la prevaricacion, no por eso dejó de iluminar á sus hijos la verdadera luz evangélica.

de las *rimas*, que iba desfigurando cada vez la prosa; si haciendo gala de aquel primor retórico, muestran el imperio que lograba en ellos la tradicion, tambien descubren claramente que era de todo punto imposible el conjurar la ruina de aquella literatura, que siguiendo las leyes generales de la civilizacion, caminaba á una trasformacion completa <sup>1</sup>. Beato daba asimismo insigne prueba de su erudicion en las *Santas Escrituras*, confesada por todos los escritores modernos, al comentar los misteriosos libros del *Apocalypsi* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Hemos notado ya cómo en Cixila y en el Pacense se perpetúa y aun vá tomando creces el ornamento de las *rimas*, que agrupan principalmente en aquellos pasajes de mayor interés é importancia. Etherio y Beato adoptan el mismo sistema, y desde los primeros párrafos de su tratado leemos: «Sed ubi negavit, Christus ligatus tenebatur: ante praesidem stabat: alapis et colaphis caedebatur: conspuebatur. Nox erat, tenebrae erant, in praetorio erat: ancilla ostia ostium clausum tenebat. Adhuc spiritus *santus* plenius Petro non fuerat *detus*. Ubi vero confessus est Christum filium Dei, non erat ligatus. Iesus neque *solus*: sed multitudo sequebatur eum, quorum mortuos suscitabat, caecos illuminabat, leprosos mundabat, daemones effugabat, et diversas infirmitates curabat,» etc. (Lib. I, párr. II). Fácil nos seria presentar otros muchos ejemplos, donde las *rimas* se repiten con la misma insistencia: comprobado el hecho, bástenos dejar reconocido el curso de la tradicion, para obtener en el momento oportuno las legitimas consecuencias que en el texto indicamos.

<sup>2</sup> Menciona, aunque de pasada, don Nicolás Antonio los comentarios *In Apocalypsin*, refiriéndose al docto Mabillon, quien habia expresado el deseo de que se diesen á la estampa, como antes lo hizo el jesuita sevillano Luis de Alcazar (*In Apocalypsin*, pág. 89). El entendido don Jaime Villanueva trae en su *Viaje literario á las Iglesias de España* noticia exacta y un tanto circunstanciada de dos preciosos códices del *Comentario del Apocalypsi de Beato*, existentes en las catedrales de Urgel y de Gerona. El primer Ms. es un vol. fól. en pergamino, exornado de grandes miniaturas, en que se representan todas las visiones de San Juan, y parece de mediados del siglo X (tomo XI, carta LXXXV, págs. 171 y 284): casi iguales condiciones ofrece el segundo, bien que es todavía mayor el número de las miniaturas, y tiene la circunstancia de conservar los nombres del copiante y del pintor, y el año en que se acabó aquel peregrino trabajo. Villanueva dice: «Al fin de la última columna se lee con letras mayúsculas: *Senior presbiter scripsit*. Sobre la Ω (con que termina) hay una línea de mayúsculas que dice: *Dominus Abba liber fieri precepit*. Y en otra, debajo de dicha letra, se lee: *Ende pintrix et Dei aiutrix frater Emeterius et presbiter, inveni portum volumine*, VI feria, II nonas Iulias. In

Hallaba pues el error de Elipando merecido correctivo en mismo suelo en que habia comenzado á hacer tan doloroso estorbo, salvando una vez más la elocuencia cristiana la pureza (dogma católico; pero faltando ya la autoridad suprema de los concilios que habian dado unidad y firmeza á la creencia, si produjera la clara facundia de Etherio y de Beato el saludable efecto á que aspiraba, no por eso abandonaron Felix y Elipando la herejía que cundiendo del lado allá de los Pirineos, llegaba por último escandalizar los oídos del pontífice Adriano, despertando al principio del ilustrado príncipe que iba á ceñir en breve la corona del Imperio. Calificada pues la herejía por Adriano I, reprobada en los concilios de Ratisbona [792], Francfort [794] y Aquisgrán [799], y combatida nuevamente por tan esclarecidos varones como Pedro, obispo de Milan, Paulino de Aquileya, y el renombrado Alcuino, era finalmente condenada en Roma por Leon III, quedando, como natural consecuencia, quebrantada la indómita obstinancia de Felix y de Elipando<sup>1</sup>, y acrisolada de nuevo la verda-

«his diebus erat Fredenando Flagini et Avillas Toleta civitas, ad debellandum Mauritaniae, Era millessima XIII [año 973]» (tomo XII, *Cart.* XCI, páginas 118 y 119). La Real Academia de la Historia ha adquirido en los últimos años otro códice, que perteneció al monasterio de San Millán de la Cogal de letra del siglo XI, y enriquecido de miniaturas é iniciales de colores: fuese escrito «tempore Benedicti, Abbatis VIII Sancti Emiliani, per Albinum monachum eiusdem, in Æra MCCXVI (año 1178). La Biblioteca Nacional posee también un Ms. del *Apocalipsi*, por extremo curioso é interesante, que es mismo examinado por Morales en San Isidoro de Leon, adonde lo hubo ofrendar sin duda Fernando I, quien tanto enriqueció aquella iglesia, y en cuyo tiempo se escribe. Estos dos códices procuró describir don José Eguren en *Memoria de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos*, publicada por la Biblioteca Nacional.—Beato dividió su *Comentario* en doce capítulos, y según advierte en varios pasajes, lo escribió desde 784 en adelante terminada sin duda la controversia de Elipando, y lo dedicó á Etherio, á cuya instancia lo compuso.

1 Felix abjuró una y otra vez la herejía, quedando por último despojado de la silla de Urgel, dependiente de la autoridad de Carlo-Magno. Créase que Elipando reconoció también su error, volviendo al seno del catolicismo (Florez, *Clave Histórica*, siglo VIII).—Los lectores que deseen más pormenor sobre esta tribulación de la Iglesia española, pueden consultar el tomo V de la *España Sagrada*, donde se publican muy importantes documentos inéditos.

dera fe de los Isidoros é Ildefonsos, que iba á ser en breve sellada con la sangre de los mártires.

Lejos pues de haber roto aquella desconsoladora aberracion los vinculos que unian á los cristianos, sólo contribuyó á estrecharlos, exaltando con el triunfo de la verdad su entusiasmo religioso. Mas no porque fueran estériles los esfuerzos de Felix y Elipando para sembrar la cizaña, creyendo acaso hacer el bien, dejan de revelar el miserable estado de la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo VIII. Semejante extravio, que se ha considerado principalmente como una prevaricacion hija de la vanidad y soberbia de los prelados que siguen tan perniciosa doctrina, corresponde en el órden moral á la gran catástrofe que lloraba la nacion entera en el órden político, y advierte al historiador y al filósofo que no era este el único peligro, á que estaba expuesta la fe de los mozárabes, bien que exaltada sin cesar por los males del cautiverio.

Sólo un camino podia conducir por entre innumerables escollos á puerto de salvacion en medio de aquella borrasca y de los nuevos conflictos, con que la sagaz política de los Califas amenazaba á los cristianos sometidos al yugo del Islam; y este camino fué seguido con tan extraordinario aliento, que ni escollos ni abismos pudieron contener á la generosa grey que, oprimida bajo insufrible coyunda, todo lo sacrificaba en aras de la libertad de su conciencia. Ya lo hemos indicado: sin más armas que la fe, ni otro guia que la tradicion recibida de sus mayores, rechazando toda influencia contraria á la religion y á la moral que de ella emanaba,

y se reproducen otros de no menor estima. Entre ellos merecen especial consideracion los *Fragmentos de algunos escritores antiguos extranjeros*, que empiezan á la página 561. El último es un pasaje *De gestis Caroli Magni*, anales escritos en verso por un poeta sajón del siglo IX. Este dá á Felix por autor de la herejia, diciendo:

Celsa Pyrinaei supra iuga condita montis  
Urbs est Orgellis, Praesul cui nomen Felix  
Praefuit. Hic haeresim molitus condere pravam,  
Dogmata tradebat Fidei contraria Sanctae,  
Affirmans, Christus Dominus, quia corpore sumpto  
Est homo dignatus fieri, non proprius ex hoc,  
Sed quod adoptivus sit Filius Omnipotentis, etc.

rando igualmente nuestras miradas del cuadro que presentan los paladines del cristianismo, cuyas conquistas se extendían y afianzaban á principios del siglo IX, así en las regiones del norte occidental como en las vertientes orientales del Pirineo, cúmplenos ahora contemplar de cerca el peregrino espectáculo que en medio de su cautividad ofrece el pueblo mozárabe, despertando con las simpatías de la historia el más vivo interés de la crítica.

Digno es en verdad de alta consideración el lastimoso estado de aquella grey, que despojada de su libertad política, vejada con diarios y gravosos pechos y objeto de la desconfianza, ya que no de la malquerencia, arrostra con el antiguo valor de los mártires la saña de los musulimes; y mientras sella con sangre la fe de sus mayores, procura defenderla y acrisolarla en sus escritos. Pero si notable es sobremanera este doble movimiento de la inteligencia que se opera á mediados del siglo IX, sube de punto la admiración que inspira, cuando se repara en el extraordinario contraste que forma la cultura de los mozárabes con la civilización que ha recibido el nombre de arábiga. La antigua Colonia Patricia, que envió un tiempo á la capital del mundo sus oradores y sus poetas, sus declamadores y sus filósofos, centro ahora del imperio musulmán, iba á ser teatro de aquel drama, en que debían lanzar sus últimos gemidos las ciencias y las letras, patrocinadas dos siglos antes por el doctor de las Españas, cuya gran sombra se proyectaba todavía sobre las reliquias del magnífico edificio, entre cuyas ruinas se descubren las interesantes figuras de Álvaro y de Eulogio. Y mientras se prolongaba aquella dolorosa agonía, desarrollábanse con fuerza desacostumbrada las artes, las ciencias y las letras bajo la protección de los nuevos Califas, mostrando en su precoz desenvolvimiento que, siendo hijos de la imitación, no podían tener tan larga como deslumbrado existencia.

Era pues la celebrada Medina-Andálus teatro y centro al par ambas civilizaciones: abandonada á sus propias fuerzas y perdiendo toda esperanza de prosperidad, parecía postrarse la mozárabe ante el poderío de los sarracenos, para levantarse por un momento con nuevo espíritu, cayendo por último en mortal abatimiento: halagada la arábiga por el poder y las riquezas, extendía á todas pa-

## CAPITULO XII.

### ESCRITORES CRISTIANOS DEL CALIFATO.

ESPERAINDEO, ÁLVARO, EULOGIO, SAMSON, etc.

Política de los Califas respecto de los cristianos mozárabes.—Veda Hixem el uso de la lengua latina y obliga á la juventud á educarse en las escuelas árabigas.—Reaccion del sentimiento católico.—La Iglesia, el culto y la liturgia.—Escuelas mahometanas: escuelas cristianas.—Su ciencia y literatura respectivas: distintos fines de unas y otras.—El abad Esperaindeo: su *Apologético contra Mahoma*.—Nueva exaltacion del sentimiento religioso.—El martirio.—Concilios de Córdoba.—Álvaro y Eulogio.—Su autoridad é influencia respecto de los mozárabes.—Sus obras.—El *Documentum martiriale* y el *Indiculus luminosus*.—Su exámen.—Carácter de la elocuencia de Eulogio y de Álvaro.—Martirio de Eulogio.—Su vida escrita por Álvaro.—El himno en su alabanza.—Poesías de Álvaro.—Efecto de la muerte de Eulogio en la raza mozárabe.—El abad Samson y su *Apologético*.—Cansancio y postracion de los cristianos.—Leovigildo y Cipriano: sus escritos.—Carácterés generales de todas estas obras.—Su identidad con el estado social del pueblo que las produce.—Aversion de las razas árabe y cristiana.—Efectos de la misma.—Expulsion de los mozárabes andaluces: su aniquilamiento, como pueblo, en la Península Ibérica.

Apartando la vista de los disturbios intestinos é interminables rebeliones que alteran la paz del Amirato español, cual testimonio inequívoco de la ferocidad nativa de aquellos guerreros que, después de sacudir el yugo de los Califas de Damasco, no se daban por satisfechos sin tener encendida la tea de la discordia; sepa-

de las razas orientales que seguían el Koram y las razas occidentales que profesaban el Evangelio, union que debía no obstante producir con el tiempo aciagos frutos <sup>1</sup>, aspiraba por una parte hacer más aceptable y duradera la alianza interior entre cristianos y musulimes, y caminaba por otra á debilitar en los primeros todo sentimiento de patriotismo, enlazándolos á su Imperio con los intereses terrenales, y prodigando honras y distinciones á los que, por satisfacer su menguada ambicion, renegaban de la fe de sus abuelos. Esta doble política, ensayada desde los últimos años del primer Califa de Córdoba, sobre estar autorizada por el mismo Koram, era la única que podia convenir á la prosperidad de aquel múltiple Estado, cuyo mayor número de habitantes pertenecía á las razas hispano-latina y visigoda; y mientras aparentaba respetar los pactos y capitulaciones de la conquista, ya tantas veces quebrantados <sup>2</sup>, dirigíase principalmente á introducir la discordia en el seno de los mozárabes, quienes si al verse duramente perseguidos, habian rechazado toda influencia mahometana, lisonjeados ahora por la esperanza de mejor vida, comenzaban prestar oídos á tan mañosas seducciones, encaminadas á labrar su perdicion con el aparente halago de una felicidad transitoria.

cap. VII); y 4.º El de *Publicano* ó arrendador de las referidas rentas. De cualquier modo, lo que importa notar es que desde el momento en que Abd-e Rahman I concibe aquella política de seducción respecto de los mozárabes llamó á su palacio al Conde de los mismos, prodigándole, así como á los Censores y Exceptores, toda suerte de honras y distinciones.

1 La casta de los *muladies*, *mulados* ó *mestizos*, que resultó naturalmente de la union y consorcio de ambas razas, bien que musulmana, según la ley y espíritu del Koram, fué vista por los islamitas ó árabes puros con tal deprecio que, negándoles toda participacion en la gobernacion del Estado, llegó á concebir en cambio contra ellos profundo odio; y cuando se sintió fuerte y numerosa para dar con las armas testimonio de sus ocultos rencores, apeló á la fuerza para protestar de tan injustificado desden, encendiendo aquella feroz y sangrienta lucha, que algunos historiadores apellidan *guerra social*, cual llena con sus terribles peripecias casi todo el siglo IX y parte del siguiente, acarreado por último la decadencia y ruina del Califato.

2 Véase el juicio crítico de la *Chronica* de Isidoro Pacense, donde se notan ya, antes del año 774, las infracciones que los referidos pactos habian sufrido. La relacion de los hechos que vamos á narrar, advertirá del modo como se respetaron en adelante.

Segundaba Hixem y daba mayor ensanche á este sistema, que formaba por cierto singular contraste con la conducta de los antiguos dominadores de España: negándose los romanos á mezclar su sangre con la de los iberos, apenas habia alcanzado la clemencia de Tito á borrar los añejos rencores, engendrados por una guerra de dos siglos: despreciando los visigodos á la raza hispano-latina, cuyo consorcio tenian en menos, tampoco habia sido bastante á constituir una sola familia la tardia ley de Receswinto: más cuerdos, si no más ilustrados, tenian los Califas presente que sólo consistia el engrandecimiento y fuerza del Islam en la fusion y mezcla de tantos pueblos como reconocian su dominio; y fieles á esta respetable tradicion, apoyada igualmente por la religion y la política, comprendieron que únicamente podrian llamarse señores de la Península, cuando extinguido en el suelo que ocupaban, todo espíritu de cristianismo, sólo imperase el interés de una religion en el seno de una sola familia.

Hixem, que inaugura su reinado con la guerra santa para tener á raya á los cristianos de Astúrias y de la Marca Hispánica; que fomenta en Córdoba las artes y las ciencias, ya levantando suntuosos edificios y llevando á cabo la famosa mezquita empezada por Abd-er-Rahman <sup>1</sup>, ya perfeccionando las escuelas públicas y creando otras nuevas; que merece por último ser apellidado en premio á sus virtudes el *bueno* y el *justo*, no solamente hace suyo aquel sistema de dominacion sobre los mozárabes, dadas las leyes del matrimonio y del proselitismo, sino que, siguiendo el mismo impulso, dá un paso agigantado en aquella difícil carrera. El ilus-

<sup>1</sup> Despues de terminada la mezquita por Hixem, tuvo grandes aditamentos: segun afirman los historiadores arábigos, y con especialidad Almaccari, aumentóle Al-Hakem de norte á mediodia ciento cinco codos, y más adelante agrególe Almanzor, regente de Hixem II, otros ochenta á la parte del Este, con lo cual llegó á contar el número de diez y nueve naves, que hoy ostenta á la admiracion y estudio de la posteridad. Véase sobre este punto interesante de la historia de las artes el ensayo sobre la *Architecture des arabes et des mores* por Girault de Prangey, período bizantino (pág. 47 y 48, Paris, 1841), y el tomo de los *Recuerdos y bellezas de España*, en que nuestro entendido compañero don Pedro de Madrazo describe y quilata la grande aljama de Medina-Andálus (Madrid, 1855).



trado Califa, que se tenía por dichoso con promover la cultura del pueblo musulmán, prohibía en todos sus Estados que se hablara y escribiese la lengua latina, y para obtener cumplido logro de este acuerdo, ordenaba por último que acudiesen á las escuelas públicas por él fundadas, los hijos de los cristianos, á fin de que olvidada de todo punto el habla de sus mayores, fuese la lengua árabe la única del Imperio mahometano.

Estas disposiciones, consignadas por los cronistas musulmanes bien que olvidadas á la continua por nuestros historiadores, ó calificadas como una rareza por alguno de los escritores modernos que más se precian de filósofos, ya consideradas como simple efecto de intolerancia religiosa <sup>1</sup>, eran las más importantes y trascendentales de cuantas dicta la sagaz política de los Califas españoles. Funestas debían ser, sin embargo, para los mozárabes, que reducidos al mismo estado en que dos siglos antes se vieron los hebreos bajo el yugo de los visigodos, y forzados por otras leyes aún más tiránicas á la circuncisión, hallábanse en la dura alternativa de provocar la saña de sus dominadores, quedando sumidos en la lastimosa barbarie, ó de entregarles sus hijos para que los educaran en sus escuelas. Era evidente que no sólo había de quebrantarse con leyes semejantes la tradición de los estudios hispánicos latinos, sino que engendrado desde la infancia cierto amor á la

<sup>1</sup> Menciona esta notabilísima ley el historiador Abú-Meruan-Ebn-Hayyan y cítala Conde en el capítulo XXIX del tomo I de la *Historia de la dominación de los árabes*, pág. 229. También la recuerdan en nuestros días MM. Cárlos Romey (*Histoire d'Espagne*, parte II, cap. IX) y Rosseeuw de Saint Hilaire (*Histoire d'Espagne*, lib. IV, cap. III), bien que dándole diversa significación é importancia. El primero la considera como una extravagancia, hablando de ella incidentalmente: el segundo, aunque animado de mejor crítica, halla en ella el medio de explicar el profundo sello que deja en las regiones meridionales de la Península la lengua de los árabes, la vé más bien como un exceso de la piedad musulmana de Hixem que como un premeditado efecto de su política. Lástima es que nuestro amigo y compañero Lafuente no le haya atribuido la importancia que realmente tiene, contentándose con apuntar muy pasada que «dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua árabe: y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina» (*Hist. gen. de Esp.*, parte II, lib. I, capítulo VII).

costumbres orientales, debía resfriarse también el patriotismo de los cristianos, relajados insensiblemente los vínculos de la creencia; y no á otro fin se encaminaba la ley dictada por Hixem y sostenida con todo empeño por los Califas que se asientan después de él en el trono de Córdoba. El pueblo mozárabe, que vivía, según dejamos ya advertido, con el recuerdo de su pasada cultura, y que en medio de las calamidades que le afligen durante el siglo VIII, sólo había encontrado fuerzas para resistirlas en la fe de sus mayores, veíase pues amenazado de lenta pero segura disolución, estrechado por todas partes en el círculo fatal en que lo iba encerrando la política de los mahometanos.

Pero si tan doloroso estrago produce en los mozárabes este sagaz y desorganizador sistema, venciendo con el incentivo de las riquezas y de los privilegios á los que flaqueaban en la fe de sus padres; si mezclada ya la sangre cristiana y sarracena, crecía ilimitadamente el número de los mahometanos <sup>1</sup>, enflaqueciéndose más y más por este camino la grey verdaderamente católica; si se dejaba arrebatar y desvanecer por último la juventud educada en las escuelas arábigas por la novedad de una poesía y literatura que halagaban sobremanera la fantasía, dominando los sentidos, no por esto se había apagado en los dominios musulmanes el santo fuego de la religion cristiana, ni ardía en Córdoba con menos vigor la llama del patriotismo.

Puesta la Iglesia como valladar indestructible en medio de tantos infortunios, estrellábanse á sus plantas, á pesar de su servidumbre, todas las leyes y decretos dirigidos á borrar del Imperio mahometano aquella ofensiva nacionalidad, arraigada profundamente en los mozárabes. Prohijada por ella la lengua del Lacio desde sus primeros dias, había llegado esta al siglo IX

<sup>1</sup> No debe olvidarse que, según dejamos indicado, los hijos habidos en matrimonio de un musulman y una cristiana, ó de un cristiano y una sarracena, debían necesariamente profesar la ley de Mahoma, por determinarse en el Koram que «el niño ha de seguir forzosamente al padre ó á la madre, cuya religion sea verdadera.» Y dicho se está que donde imperaban los sarracenos y el Koram era fuente de legislacion, sólo podía ser considerada como buena y verdadera la religion de Mahoma (Reinaud, *Invas. des Sarrac.*, página 142).

consagrada por la tradicion y la liturgia, siendo depositaria de cuantos elementos de cultura tuvieron desarrollo en el seno del cristianismo. Las Sagradas Escrituras, fuente no enturbiada del dogma; las inmortales obras de los Padres, crisol donde aquel se purificaba y robustecía; los himnos sagrados, emblema del valor heroico y de la inmarcesible gloria de los mártires, y consoladora plegaria que mitigaba los dolores de la grey cristiana; los oficios divinos; las oraciones del rezo, y en una palabra, todo lo que se referia á la creencia católica y á su manifestacion en el culto, se hallaba consignado, interpretado y expuesto en lengua latina, sin que al pasar de las letras sagradas á las profanas hubiera dejado esta de ser único medio de expresion, como lo habia sido en la gloriosa edad de los Isidoros, Eugenios é Ildefonsos. La contradiccion de los Califas sólo debia producir tocante á la Iglesia efecto contrario al empeño que habia inspirado aquellas leyes; y aunque no era dado á esta madre comun oponer resistencia activa á los poderes del mundo, que la sojuzgaban, empleó todas sus fuerzas para conservar ileso el inextimable depósito que le estaba confiado, y reconcentrando en sí toda la vida del pueblo mozárabe, dispúsose á entrar denodadamente en la lucha á que era provocada <sup>1</sup>.

1 Llamamos desde luego muy seriamente la atencion de los lectores sobre este punto, para que fijada, como pide la imparcialidad de la historia y la verdad manda, la respectiva situacion de *mahometanos y mozárabes*, sea posible entrar, libres de toda preocupacion, en el estudio que á continuacion realizamos. Aunque vá ya de vencida la moda de juzgar las grandes transformaciones y catástrofes que la historia nos ofrece, conforme al capricho de las escuelas y á las inspiraciones de las sectas religiosas, es oportuno y de extremada importancia, respecto del sangriento drama que vá á desplegarse á nuestra vista, orillas del Bétis, el reconocer maduramente su exposicion en los preliminares del martirio, á fin de caracterizar perfectamente la lucha moral y religiosa, provocada por los edictos de los Califas. Y llamamos en esta parte atencion de los hombres doctos con tanto mayor empeño, cuanto que al llegar á nuestras manos la *Historia de los musulmanes de España*, debida al erudito R. Dozy, vemos reproducida, no sin sorpresa, la vulgar calificacion hecha en el pasado siglo de los mártires de Córdoba, condenándolos como fanáticos. Á la verdad no se concibe cómo un escritor que empieza reconociendo la servidumbre de la Iglesia (tomo II, pág. 46); que señala terminantemente como causa de la infraccion de los tratados el engrandecimiento de la

Distintos eran en verdad los medios que tenía á sus alcances cada uno de los contendientes. Fomentada la cultura árabiga por el brazo poderoso de los Califas, contaba numerosas escuelas sostenidas con las rentas públicas; acaudalábase con suntuosas bibliotecas, cuya riqueza rayaba en lo fabuloso<sup>1</sup>, y estimulada con los premios y recompensas prodigados por aquellos generosos príncipes, caminaba sin obstáculo alguno á su más completo desarrollo. Contrariada la cristiana por la política de los musulmes,

mahometanos y la seguridad de su dominacion (Id., pág. 48), manifestando con el testimonio de Alcutia que el mismo Abd-er-Rahman había quebrantado los pactos, y que fueron estos modificados ó cambiados á tal punto que durante el siglo IX apenas ofrecían vestigios de lo que fueron, al consumarse la conquista (Id., pág. 50); que asienta repetidamente, llevado de plausible imparcialidad, que los Califas impusieron á los cristianos, á instancia de los *faquies* y ulemas, tantos y tan gravosos impuestos, que ya en el siglo IX se habían empobrecido muchas ciudades y con ellas la misma Córdoba (Id., id. y 109); que declara paladinamente que de dulce y humana al principio se había trocado la dominacion árabiga en despotismo intolerable (Id., página 50); que reconoce en los *faquies* y doctores del Islamismo un verdadero poder del Estado, como lo prueba el reinado de Hacam (Al-Hakem); que no vacila en asegurar que Abd-er-Rahman II estaba dominado por los *faquies* y con ellos por el eunuco Narc, enemigo cruel de los cristianos *con todo el odio de un apóstata* (Id., pág. 96); que halla, más que en la diferencia de religion, en la antipatía de raza las causas principales de la lucha que vamos á estudiar (Id., pág. 108), y que no puede negar finalmente la ciencia ni la virtud de los principales personajes cristianos que en ella intervienen, se deje dominar tan fácilmente de una preocupacion que ha debido combatir su misma ciencia histórica. Notable es por cierto que este entendido escritor, que tanta riqueza de pormenores atesora en su *Historia*, no haya querido levantar sus miradas á una esfera superior, para fijar la verdadera situacion de la raza hispano-latina (*le parti exalté et fanatique*), y más notable todavía que se haya desentendido, al juzgar el drama sangriento del martirio, del valor y efecto de las leyes de los Califas, que tendían á absorberla y aniquilarla. La imparcialidad histórica no ha de ser tal que cobre alas á su sombra la injusticia, ni para historiar los musulmanes conviene tampoco *ponerse el turbante*.

1 Seiscientos mil volúmenes, suma verdaderamente prodigiosa para aquellos tiempos, llegó á contar en el de Al-Hakem I la biblioteca régia de Córdoba, según afirman los historiadores musulmanes. Pero á pesar de que este número sea hiperbólico, todavía dará la misma exageracion, aun reconocida, ventajosa idea de la proteccion sin límites que los Califas dispensaron á las letras.

y tenuta en menos por la muchedumbre de los mozárabes, véase reducida al retiro del claustro ó al modesto albergue de las iglesias parroquiales [basilicae]; y sin más tesoros literarios que los libertados del universal naufragio en que perece la monarquía visigoda; sin más estímulo que la fé, ni otra recompensa que los desdenes del mundo, enardeciase en medio de su forzado aislamiento, y convencida de su propio valer, ni esquivaba ni temía el próximo combate.

Eran no obstante las ciencias cultivadas por los mahometanos tan fastuosas y amigas de lo sobrenatural y maravilloso como sobrias y sencillas las de los mozárabes: transmitida á los primeros la filosofía de Platon y de Aristóteles por incorrectas versiones siríacas, donde apenas se conservaba idea de los originales <sup>1</sup>, habíala plagado ya de oscuros y revesados comentarios, empleándola en defensa del Koran y dando por este camino nacimiento á una teología absurda que, alimentando el espíritu de secta, sólo tenía por norte la fantasía ó el capricho <sup>2</sup>. Igual pendiente seguían la demás ciencias: «El saber de los árabes, dice un respetable escritor, era en aquellos tiempos una selva confusa, en que con estrechez íntima andaban unidas la sofisteria, la superstición, la incultura y la utilidad... Adelantaron notablemente la astronomía, haciéndola servir para vanísimas predicciones. Debióles

1 M. Langlés, á quien siguen respetables críticos del presente siglo, dice sobre este punto: «Todas las traducciones árabes de las obras griegas fueron hechas por muy malas versiones siríacas, y los textos no están en ellos menos desfigurados que los nombres propios. No existe acaso una sola obra traducida inmediatamente del griego en lengua árabe. Todas las traducciones árabes que se conocen, parecen hechas á despecho del sentido común y no pueden dar idea de los autores originales» (Nota Ms., citada por Guicciardini, tomo I, cap. IV de su *Histoire Littéraire d'Italie*).

2 Fuera de los schiítas, y demás sectas heterodoxas, que siguieron las opiniones de Alí, se conocieron entre los sarracenos cuatro sectas ortodoxas de que fueron cabeza Hanbal-Schafey, Abu-Hanifah y Málek-ben-Anas, cuya doctrina trajo á España Said-ben-Abdusch-el-Godeí durante el reinado de Hixem I, y difundió y aseguró en el de Abd-er-Rahman II Yahya-ben Yahya el-Leyty. Aunque estas diferentes escuelas teológicas tenían por base la tradición, de donde tomaron el nombre de *sunnitas*, todavía fueron tan notables diferencias que los separaban, que producían entre ellos verdaderos conflictos.

«medicina admirables aumentos al tiempo mismo que la afeaban con especulaciones imaginarias y monstruosos sistemas. Con nueva y feliz maestría aplicaron la química al auxilio de las dolencias, y la llenaron también de enigmas portentosos y credulidades que animaba la execrable hambre del oro... Tomaron de la docta Grecia [añade] la general noticia de las doctrinas, é interpretando perversamente sus escritores, corrompieron aquello mismo que les sirvió de norma» <sup>1</sup>.

Respetuosos los mozárabes á la memoria de los esclarecidos varones que habían ilustrado en España la ciencia divina y la ciencia humana, seguían por el contrario las huellas del grande Isidoro, y estudiaban en sus *Etimologías* las disciplinas liberales, iniciándose al propio tiempo en las demás ciencias, cuyo conocimiento les ministraba aquel memorable libro <sup>2</sup>; y remontándose á las claras fuentes de Gerónimo y Agustino, de Arnobio y Lactancio, adquirían segura y luminosa enseñanza de la ciencia de Dios, que se acrisolaba en el retiro con las frecuentes contradicciones del siglo. De esta manera conservaban las escuelas cristianas de Córdoba la noción pura de la filosofía aristotélica, tal como había sido aceptada y transmitida por Isidoro <sup>3</sup>, mientras ahogada desde los tiempos de Almamun entre los árabes, bajo la inútil balumba de extraviadas exposiciones, impertinentes apostillas y nebulosos comentarios, apenas daba indicio de sus primitivos orígenes. Así también, respetada la autoridad de los Padres, conservábase en aquellos pacíficos gimnasios de la antigua civilización el lustre de la verdadera teología, no sin que hallaran en ellos merecido culto las bellas letras.

Mas si distaban en gran manera las ciencias de sarracenos y mozárabes, trayendo diferente origen y encaminándose á fin diverso, no mayor semejanza existía entre la literatura de uno y otro pueblo. Ya fuese en odio de la idolatría, según afirman respetables críticos, ya por ignorancia de la lengua helénica, como pre-

<sup>1</sup> Forner, *Mérito literario de España*, pág. 46 y 47.

<sup>2</sup> Véase el exámen de los *Orígenes* hecho en el cap. VIII del anterior volumen.

<sup>3</sup> Id., id., págs. 356 y siguientes.

tenden mostrar entendidos orientalistas, ninguno de los grandes poetas, oradores é historiadores griegos, á excepcion de Plutarco, habia sido traducido á la lengua árábica, siéndoles por tanto conocida la literatura que animó con la gloria de sus creaciones la civilizacion del antiguo mundo <sup>1</sup>. Enriquecida en cambio por la rica imaginacion con las maravillosas creaciones de la India, excitada en todas partes con el espectáculo de la naturaleza, risueña lozania les recordaba en la Península Ibérica los vestigios de Persia y de la Arabia, habian intentado aclimatar en Córdoba aquella poesía, arrebatada siempre en su vuelo, osada hasta la temeridad en el uso de las imágenes, ostentosa y violenta en sus metáforas, exuberante y oscura en los símiles é inclinada á pasar á la grandilocuencia, al fausto y á la hipérbole. Á imitacion de los Califas orientales, habian los de España derramado á raudales llenas honras y distinciones sobre los cultivadores de aquella no menos artificiosa que complicada en su metrificacion <sup>3</sup>.

1 Á favor de la primera opinion milita la autoridad de M. Silvestre de Sacy seguida por M. Elnner, y aceptada en cierto modo por el Instituto de Francia que premió en 1809 la memoria en que el segundo la sostenia (*Des Et. de la Relig. de Mah.*, Paris, 1810, pág. 133). Defiende la segunda M. Larcher, quien dejamos citado respecto de las traducciones árabigas, reconociendo el hecho que en este lugar consignamos el erudito Andrés, cuyo voto, oportunamente observamos (Introd., pág. LXXXI), no puede ser soslayado en cuanto á la cultura árábica se refiere (Ginguené, *Hist. litt. d'Italie*, cap. IV, pág. 197).

2 Al examinar en el cap. XIV de esta I.<sup>a</sup> Parte la *Doctrina clerical* converso Per Alfonso, y al explicar en el siguiente volumen la introduccion apólogo oriental en la literatura ya propiamente castellana, tendremos una ocasión más oportuna de apreciar lo que debió la poesía y literatura árábica á las tradiciones y fábulas de la India.

3 Discordes andan los orientalistas respecto de la métrica árábica: unos la tienen por intrincada y por demás difícil, y supónenla otros fácil y accesible á todo el mundo, al ver el maravilloso número de poetas que escribieron en la lengua de los Califas. Para demostrar de qué parte está la razon en esta controversia, será bien que aun á riesgo de parecer prolijos, demos aquí algunos apuntes sobre la versificacion de los musulimes. Fué el primero que se ocupó de fijar las reglas artísticas de la poesia árabe Abu-Abd-er-Rahman Ebn-Ahmed-el-Farahidi, uno de los hombres más esclarecidos que florecieron en la corte y bajo la proteccion de Arun-al-Raschid (100 á 170 de la H.

ciándose tambien de entendidos poetas. Abd-er-Rahman, Hixem,

Su arte conocido con el título de *Jalílea*, logró suma autoridad entre los poetas y escritores mahometanos, siendo comentado y explicado diferentes veces: la exposicion más importante de su doctrina, fué debida á Abu-Ismael-el-Tograi, bajo el nombre harto caprichoso de *Lamiat-el-acham*, precioso monumento ilustrado, desde Samuel Clerc hasta nuestros dias, por muy doctos orientalistas. Ante todo conviene advertir que la métrica arábica se divide en dos partes, العروض, *alarúdh* (metro) y القافية, *alcafta* (rima). Los versos constaban de pies regulares ó primitivos أصول, *osúl* (raíces) y de irregulares ó secundarios, فروع *foru'* (ramas).

Los pies primitivos no tienen menos de tres sílabas ni pasan de cinco. Sus nombres técnicos y su valor son como sigue:

فولان *fatilon*; bacchio—فعلن *fallon*, epitiro 1.º ó yambo espondeo—مفاعلاتن *mafálaton*, yambo anapesto—فاعلاتن *fadlaton*, epitiro 2.º ó trocheo espondeo—فاعلن *faílon*, anímacro—مستفعلن *mostafilon*, epitiro 3.º ó espondeo-yambo—مفاعلاتن *motafáilon*, anapesto-yambo, y مغولاتن *mafúlatu*, epitiro 4.º ó spondeo-trocheo.

En la composicion de los pies entran seis elementos figurados, que son:

- 1.º تن *tan*: سبب خفيف *sábab jaftf*, ó cuerda ligera.
- 2.º تَنْ *tana*: سبب ثقيل *sábab tzaquil*, ó cuerda grave.
- 3.º تنن *tanán*: وتد مجموع *wátad machmú*, ó palo conjunto.
- 4.º تان *tani*: وتد مفروق *wátad mafrúc*, ó palo disyunto.
- 5.º تنتن *tananan*: فاصلة صغرى *fasila sogra*, ó pequeño tabique (separacion).
- 6.º تنتنن *tanananan*: فاصلة كبرى *fasila cobra*, ó gran tabique.

Es de notar que los árabes llaman al verso بيت *bait* ó tienda de campaña, y comparando su estructura á la de una tienda, han dado á los elementos de su versificación denominaciones tomadas de las partes que compusieron aquella mansion primitiva.

Los ocho pies referidos formaron por efecto de la variedad de su combinacion ó disposicion respectiva, diez y seis metros primitivos, llamados بحر *bahr*, plural, بحور *bohúr*, cuyos nombres técnicos son: 1.º الطويل *el tha-wil* ó el prolongado. 2.º المديد *el madid* ó el extenso. 3.º البسيط *el basith* ó el ámplio. 4.º الوافر *el wáfr* ó el exhuberante. 5.º الكامل *el cá-*  
TOMO II. 6



Al-Hakem, Abd-er-Rahman II y Mahommed, todos habian as

*mil* ó el perfecto. 6.º الهجز el *háchaz* ó el lírico. 7.º الرجز el *ráz* el trémulo. 8.º الرمل el *raml* ó el breve. 9.º السريع el *sari* ó el 10. المنسرح el *monsarih* ó el móvil. 11. الخفيف el *jafif* ó el leve el المضارع el *modhari* ó asimilado. 13. المقتضب el *mochtadhab* ó e ciso. 14. المجتث el *mochtattz* ó el cortado. 15. المتقارب el *mrib* ó conjunto. Y 16. المتدارك el *motadarric* ó el consiguiente. De metros el más fácil y que más se acerca á la prosa y á la versificación medida, es el 7.º, el *ráchaz*, en que se suelen escribir los poemas didác

Los maestros del arte poética árábica han clasificado los diez y seis n primitivos en cinco categorías, llamadas دائرة *daira* ó círculos, com diendo en cada una los que más analogia ofrecen entre si, por el órde guiente:

1.º دائرة المختلق *daira almojtalf* ó círculo del discordante: com de el thawil, madid y basith.

2.º دائرة الموثلق *daira almutalf* ó círculo del consociable: com de el wáfir y cámil.

3.º دائرة المجتلب *daira almochtali* ó círculo del excitante: com de el háchaz, el ráchaz y el raml.

4.º دائرة المشتبه *daira almoztabih* ó círculo del asimilante: compr el sari, monsarih, jafif, modhári, moctadhab y mochtattz.

5.º دائرة المتفق *daira almottaftic* ó círculo del concordante: com de el motacárib y el motadarric.

Bajo cada uno de los metros primitivos se comprende un número mayor menor de metros secundarios, que se consideran como alteraciones del primitivo, modificado relativamente al número de pies de que se componen. modificaciones de los pies consisten en añadirles ó quitarles algunos de seis elementos primitivos, llamados cuerdas, palos ó tabiques. En razón estas modificaciones, comprende cada metro بحر muchas variedades, se dividen en عروض *arúdh* pl., أعاريض *aaridh* y ضرب *dharib* *dhorub*: cada una de las variedades comprendidas bajo el nombre *arúdh*, se determina por el último pié del primer hemistiquio, mado igualmente *arúdh*, y cada una de las que forman el ضرب *dharib*

do á la palma de señalados versificadores <sup>1</sup> y extremados músicos,

determina por el último pié del segundo hemistiquio, al cual pertenece la rima, llamado *dharb*.

Un bait بيت ó verso se compone de dos mitades ó hemistiquios, llamados مصراع *misrá'*, hoja de puerta, ó شطر *xathr*, mitad; y todo él de ocho ó seis pies, partidos igualmente entre los dos hemistiquios.

Por قافية *cafa* ó rima entienden los árabes todo lo que hay entre las dos últimas letras quiescentes del verso, y en ciertos casos hasta las dos letras quiescentes y la vocal que precede á la penúltima quiescente. La rima se divide en cinco especies, segun el número de letras movidas que hay entre las dos últimas quiescentes, que son los límites de ella: la 1.<sup>a</sup> tiene lugar cuando las letras movidas son cuatro; la 2.<sup>a</sup> cuando son tres; la 3.<sup>a</sup> cuando dos; la 4.<sup>a</sup> cuando una, y la 5.<sup>a</sup> cuando el verso acaba en dos quiescentes, como en

la palabra سلطان. Por lo tanto, el verbo puede terminar ó en una vocal (que se supone seguida de la quiescente análoga), ó en una consonante: en

el primer caso se llama مطلق *mothlac* ó suelto, y en el segundo مقيد *mocayed* ó aprisionado (Bibl. Eскур., H. ij, 26). Tales fueron pues los principales elementos y leyes métricas de la poesía arábica, que llegaba á contar, ya con relacion al metro, ya á la rima, multiplicadas combinaciones, probándose, sin otro esfuerzo que el de ver confirmados estos cánones desde los siete madllacat ó poemas, colgados en el templo de la Kaába hasta las obras de Ebn-Abd-r-rabbehí, Ebn-Al-Jaltib, Abú-Ali-Al-kalí, Ebn-Zeydun, Ebn-Jafacha, Ebn-Abdun, y tantos otros como ilustran con sus nombres la historia de las letras arábico-hispanas. Ahora bien: compárese todo este fastuoso aparato con la sencillez de la tradicional metrificación de los hispano-latinos y mozárabes; hágase igualmente con la versificación de nuestras primitivas poesías vulgares, y se comprenderá fácilmente con cuánta ceguedad é injusticia se ha dicho y sostenido que debemos á los árabes las primitivas formas de la poesía castellana. Pero de este punto volveremos á tratar oportunamente, dedicándole además las ilustraciones núms. II, III y IV del presente volumen.

<sup>1</sup> Conde, en su *Dominacion de los árabes*, inserta á menudo, siguiendo la costumbre de los historiadores que compila, poesías debidas á estos soberanos, conservadas en los Mss. de que se valió para extractar su obra. Lástima es que el empeño de traer de estas poesías el origen de la metrificación popular de los castellanos, le obligara á someter todas aquellas composiciones á una misma versificación y sistema. La mayor parte de los historiadores modernos reproducen los expresados cánticos sin más exámen. R. Dozy, al citar algunos de ellos, consulta con buen criterio los originales.

siendo el más estimado ornato de su corte ingenios tan afamados como Ahmer Aben-Djafar, rey de los poetas de su siglo <sup>1</sup>, Aben-Nasih, príncipe de los músicos <sup>2</sup>, Abdaláh-ben-Scamri y Yahya-ben-el-Hakem-el-Gazeli, tenidos por los más doctos varones del Islamismo <sup>3</sup>. Esta decidida proteccion á la poesia, no puede menos de reflejarse en la historia: dados los árabes á las narraciones maravillosas, aficionados á los sucesos sobrenaturales, inclinacion que habia fomentado el éxito prodigioso de sus conquistas, sembraron la historia de fábulas é invenciones extraordinarias, y salpicándola de flores y cantares, cargáronla de prolijas, bien que entretenidas digresiones, sin que atinaran con la sencillez de las formas narrativas, ni alcanzaran tampoco aquella sobriedad y templanza del verdadero historiador, careciendo de los grandes modelos de la antigüedad clásica <sup>4</sup>.

Alentados los mozárabes por la doctrina de Isidoro, quien segun dejamos probado, procuró restaurar las letras con el estudio de los antiguos escritores griegos y latinos, volvian entre tanto la vista á aquellas fuentes del buen gusto, y conocidas por ellos las producciones de Horacio y de Virgilio, de Ciceron y de Quintiliano, de Livio y de Tácito, aspiraban, si bien con infecundo anhelo, á devolver á la lengua y á la poesia su antiguo lustre. Ni dejaban de estudiar al propio tiempo las obras de los filósofos griegos, siguiendo así el ejemplo de los Padres, cuyos libros eran tambien

<sup>1</sup> Conde, tomo I, II.<sup>a</sup> parte, cap. XXIX.

<sup>2</sup> Id., id., cap. XXXVII.

<sup>3</sup> Id., id., cap. XLI; Romey, *Hist. d'Espagne*, II.<sup>a</sup> parte, cap. XIII.

<sup>4</sup> Digno es de notarse, respecto de las formas expositivas de la historia, que obedeciendo los árabes el originario impulso de las literaturas orientales, y dominados por el prestigio de la autoridad, conservaron y transmitieron de siglo en siglo aquella especial manera de narracion que tanto separa á sus historiadores de los griegos y latinos, imitados cual modelos en las literaturas occidentales. Los historiadores mahometanos narran, apoyándose en el ajeno testimonio, de esta suerte: «Dice Isa-Ebn-Ahmed-el-Razi; cuenta Abd-el-Málik-Ebn-Habib; refiere Bayan-Almoghreb,» etc.: por manera que desaparece á la continua la personalidad del historiador, faltando en consecuencia el propio criterio, y quedando reducida la historia á una simple compilacion de hechos, expuestos sin trabazon interior, y por lo tanto sin verdadero arte.

considerados como otros tantos modelos de poesía y de elocuencia <sup>1</sup>. La literatura de los mozárabes, intentando robustecer la no interrumpida tradición de los estudios, lejos pues de mostrarse avasallada por la de los mahometanos, era la más viva y terminante protesta contra la política de los Califas, quienes al despojar á los cristianos de su lengua nativa, obligándoles á estudiar en sus escuelas la lengua y literatura arábica, no advirtieron sin duda que iban á fracasar toda su astucia y poderio contra el inexpugnable baluarte de la Iglesia, último asilo de la conturbada civilización hispano-visigoda. La elocuencia, la poesía y la historia eran en las escuelas cristianas de Córdoba lo que habían sido dos siglos antes en los colegios clericales, instituidos por el IV concilio de Toledo <sup>2</sup>.

Reconcentrados en esta forma el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico, parecían prepararse en secreto á la gran lucha que llena de sangre, á mediados del mismo siglo, la historia del Califato español, no sin que dejara de contribuir á exaltarlos la elocuencia de aquellos ilustres varones, á quienes estaba confiada la guarda de tan caros objetos. El abad Esperaindeo, luz de la Iglesia, oráculo de los sábios, y cuya noble figura se levantaba en medio del clero mozárabe rodeada de la brillante aureola del magisterio <sup>3</sup>, fué el primero que, prefiriendo la salud del cristia-

<sup>1</sup> Véase adelante la nota oportuna: Alvaro Cordobés, de quien trataremos en breve, cita con frecuencia á Platon, Aristóteles, Pitágoras y Orígenes, no siéndole desconocidas las doctrinas de los estoicos y epicúreos, que combate con extremado calor en sus *Epístolas* y principalmente en la IV.<sup>a</sup> y V.<sup>a</sup>, dirigidas á Juan Hispalense (*España Sagrada*, tomo XI, págs. 404 á 429 y siguientes).

<sup>2</sup> En medio de la reacción operada en los últimos tiempos á favor de los árabes, dando á su civilización una influencia tan omnimoda como inverosímil en el desarrollo de la cultura moderna, se ha llegado á tener por incuestionable que les debió Europa, y primero España, la institución de la enseñanza colegiada. Los que esto han dicho dentro y fuera de la Península, no tenían noticia del II concilio toledano, ni del cánón XXIV del tenido en 633, que hemos citado diferentes veces en los capítulos anteriores: sus aseveraciones son por tanto de tan poca autoridad como fundamento, bien que no por esto sea menos conveniente poner correctivo á este error, vulgarizado entre los eruditos.

<sup>3</sup> San Eulogio decía: «Vir dissertissimus. magnum temporibus nostris

nismo á los frágiles intereses de la tierra, acudió á poner rezo en la mortífera gangrena que inficionaba á sus hermanos. Inclínados estos desde la infancia á las cosas de los sarracenos seducidos por las promesas y halagos de la corte, y unidos á grey musulmana por los lazos de la sangre, no solamente vacilaban ya entre el Koram y el Evangelio, sino que avergonzados una vez del nombre cristiano, velábanse cobardemente el rostro cuando asistían á las ceremonias del culto <sup>2</sup>. Para condenar pues extravío de los que abandonaban la ley de Cristo por seguir la Mahoma; para desvanecer los errores de los que dudaban en una y otra; para fortalecer, en fin, el espíritu de los débiles, excitar el entusiasmo de los verdaderos cristianos, escribe Esperaindeo; y recobrando en sus manos la elocuencia sagrada su antigua energía, aparece de nuevo entre las gentes para defender la misma causa, cuyo triunfo habia solemnizado Constantino y confirmado Recaredo. Levantaba Esperaindeo, después de llorar sobre la tumba de los mártires <sup>3</sup>, su autorizada voz contra las supersticiones y torpezas del Koram, animado de tan sublime celo condenando aquel absurdo código contrario á la divinidad de

*Ecclesiae lumen, Speraindeus Abbas*» (*Mem. Sanct.*, lib. I, núm. VII). D. pues: «Senex et magister noster Speraindeus Abbas» (id., lib. II, cap. VI). Álvaro Cordobés escribía: «Qui [Speraindeus] ipso tempore totius Boeticae prudentiae rivulis dulcorabat» (*Vita et Passio S. Eulogii*, núm. II).

1 En esta primera mitad del siglo IX florecieron tambien en Córdoba varones, cuyos nombres deben ser conocidos en la historia de las letras, los que sus obras no hayan llegado á los tiempos modernos. Tales son, entre otros, el doctor Vicente, citado por Álvaro en sus *Epístolas*, y Basiliscio Basilio, á quien el dicho Álvaro menciona, hablando de una impugnación hecha por él mismo contra Elipando (*Esp. Sag.*, tomo XI, págs. 5 y 6; *Epístola* I.<sup>a</sup> y IV.<sup>a</sup> de Álvaro; Mariana, lib. VII, cap. IX; Morales, lib. X cap. XXXI).

2 San Eulogio, *Mem. Sanct.*, lib. II, cap. X. Debe tambien consultarse Florez, *España Sagrada*, tomo X, cap. VII, pág. 269.

3 Consta por declaración de San Eulogio (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. V) que el abad Esperaindeo escribió la *Historia del martirio de Adolfo y Juan*, dos que triunfaron de sus enemigos en 824; y sábese tambien que á ruego de Álvaro, su discípulo, compuso un tratado contra ciertos heresiarcas, de los que hizo gala de su profundo saber y no vulgar talento. Pero desgraciadamente no se conservan, ó no se han descubierto, estas obras.

religion verdadera, ponía de relieve sus falsedades y aberraciones, presentando al par la maravillosa doctrina del Evangelio <sup>1</sup>. No es dable á la posteridad reconocer y admirar hoy toda la fuerza de su lógica, ni todo el arrebató de su elocuencia; pero sí es posible considerar el efecto que este vigoroso *Apologético contra Mahoma* produce, cuando pesadas las circunstancias en que aparece, se lee el único fragmento que afortunadamente ha llegado á nuestros días. Esperaindeo combate la repugnante y monstruosa creencia de que gozaran los musulimes en el Eden la virginidad de las celestiales huríes, y exclama:

«En el futuro siglo [dicen] seremos todos llevados en triunfo al paraíso; porque allí nos serán concedidas por Dios hermosas mujeres, bellísimas sobre la humana naturaleza, y preparadas para nuestro carnal deleite.—De ningún modo alcanzareis en vuestro paraíso el estado de beatitud, si uno y otro sexo se entregan en él al ejercicio de la carnal lujuria. Ni será esto paraíso, sino lujar y obscenísima morada. Cuando el Señor fué preguntado por los fariseos sobre á quién pertenecería en la resurrección aquella mujer que había conocido carnalmente siete hermanos, según la ley de Moisés, respondió: *Errais, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan y son dados en matrimonio: en la resurrección, ni se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como los ángeles del cielo* <sup>2</sup>.

«Callaré el sacrilegio aquel, que debe ser abominado como horrenda maldad por todos los oídos católicos, y que osó profesar contra la beatísima Virgen Maria, reina del mundo, santa y venerable madre de Nuestro Señor y Salvador, el perro impuro [Mahoma]. Se ha declarado en verdad (hablo con entera reverencia de tan excelsa Virgen) que sería por ella misma violada su virginidad en el siglo venidero!... Oh cabeza vacía de sesos y entrañas tiranizadas por Satanás! Oh vaso de perdición y habi-

<sup>1</sup> San Eulogio decia con este propósito: «Ex voce cultorum eius [Corami], objectionem induces, ac deinceps suam proponens sententiam» (*Mem. Sanct.*, lib. I, núm. VII).

<sup>2</sup> Luc., cap. XX, vers. 34 y 35.

«táculo de los espíritus inmundos!... Oh lengua digna de ser com  
 «tada con espada de dos filos! Oh órgano de los demonios y sin  
 «fonia de Belcebú! ¿Qué furor ó qué locura llegaron nunca  
 «mancharse con tantas blasfemias? ¿Quién te privó de los huma  
 «nos sentidos, oh cloaca de inmundicias, abismo de iniquidades  
 «sentina de todos los vicios, para que no ya te bastara haber lle  
 «vado la muerte á tantas naciones, como sedujiste con engaño  
 «doctrina, avasallándolas ahora y siempre con todas las miseria  
 «dolores y obscenidades de la lujuria; sino que osaras tambié  
 «cometer contra el Creador el crimen de suponer, oh impío tem  
 «rario, que el hospicio celeste y morada del Espíritu Santo, in  
 «contaminada, nunca manchada, pura, santa y limpia, había  
 «contaminarse en el siglo futuro con los sacrilegios de tu inmu  
 «dicia?» <sup>1</sup>

Quien de esta manera defendía la verdad y pureza del cristianismo, apostrofando con tan varonil energía al falso profeta, cuya doctrina pulverizaba bajo el peso de las Sagradas Escrituras emulando la arrebatada elocuencia de Ildefonso, seguro estaba promover en el pueblo mozárabe una reacción prodigiosa, que sacándolo del abatimiento en que insensiblemente había caído, restituyera con su antigua fortaleza la acendrada fé de sus padres. El fuego encendido por el abad Esperaindeo prendió, efecto, en el pecho de sus numerosos discípulos, y cundiendo á muchedumbre, salvaba las murallas de Córdoba, dilatábase por las llanuras y las montañas vecinas; y aguardando únicamente sopló indiscreto para brotar en todas partes con igual ímpetu amenazaba envolver con sus llamas el poderoso Imperio de mahometanos.

Y no estaba distante tan angustioso momento: fiados tal como los Califas en el éxito de su política, no sospechaban que en el tiro de las basílicas y monasterios se levantaba aquella sorda tempestad, tomando cuerpo la gran protesta, con que iba el cristianismo á dar solemne testimonio de la servidumbre y abyección que se intentaba aniquilarlo.

Dos acontecimientos, que sin la exaltación extraordinaria de

<sup>1</sup> Véase el núm. VII del lib. I del *Memorial de los Santos*.

lib. I,  
aglo-  
Alvaro  
completo  
tudio op-  
arte dom-  
te, homo  
lras, non  
verbis  
ica, pan-  
no tertio,  
pocamus et  
recolita  
ante ves-  
antes, vul-  
clous elo-  
culum,  
citur, an-  
la. Heraslo  
lasi the-  
lendo, ma-  
tecto  
perien-  
et anterior  
para la-  
que con-  
ludo  
studio et  
strum



tir públicamente la ley de Mahoma; y condenado al último suplicio por sentencia del mismo Abd-er-Rahman II, á quien irrita su valor, acababa su muerte de exaltar al pueblo mozárabe, no habiendo ya valladar ni dique alguno que pudiera contener su entusiasmo. De las ciudades y villas de los contornos, de las aldeas, castillos y alquerías, de los monasterios y ermitas erigidos en los desiertos de los montes Marianos [Sierra-Morena], acudieron pues al abierto palenque numerosos atletas, que presentando sus cuellos á la cuchilla de los musulimes, renovaban con la inflexible firmeza de su fé los primeros tiempos de los mártires.

Este raro egemplo de valor y constancia, en que competían á par los sacerdotes y los soldados, los ancianos y los jóvenes, la matronas y las vírgenes, descubrió á los ojos de los sectarios de Mahoma que habia tropezado su política en el mismo escollo que procuraba evitar con todo empeño; y perdida ya la brújula en mitad de la borrasca, pensaron, cegados por la ira, que era la fuerza el único medio de aplacar aquel desatado piélagó. Ignoraba que en este linaje de contiendas sólo habia para el cristianismo inmarcesibles laureles, y no comprendían que á medida que se ejercitaba el hierro de los verdugos, brotaban de la sangre cien cien paladines, para reparar las gloriosas quiebras de aquella celestial milicia.

Comenzóse pues en el suelo de Córdoba la más terrible persecucion de cuantas habian afligido al cristianismo desde los tiempos de Diocleciano; y dado el impulso por los mismos Califas, venía á la exaltacion de los confesores de Cristo el exasperado fanatismo de los sectarios de Mahoma. Así mientras, al aparecer en público, eran saludados los sacerdotes por el populacho musulma con torpes é impíos cantares, excitando á los muchachos á que lo apedrearan y repitiesen con exagerada licencia la torpeza de sus burlas; mientras pidiendo á Dios que no se apiadara de los cristianos, apuraban las injurias, arrojando inmundo cieno á los que al pagar el último tributo á sus padres y hermanos, los acompañaban á la postrer morada; mientras no era posible convocar lo

tor, de que hablamos en la nota I.<sup>a</sup> del presente capítulo (San Eulogio, *Mex Sanct.*, lib. II, cap. II).

fieles á los ofi cios divinos, sin provocar el escándalo de aterradoras maldiciones; mientras ningun cristiano podia finalmente salir tranquilo de su hogar, ni entrar sin pública deshonra en los barrios de los sarracenos, los cuales se tenian por contaminados con sólo el roce de sus vestidos, destruíales el gobierno las basílicas, gravábalos con nuevos y mensuales tributos, y acosábalos de tal forma, que era menos dolorosa la muerte, cual término de semejantes desdichas, que el laborioso intervalo de aquella misérrima vida <sup>1</sup>.

Pero si en tal manera arreciaba la saña de los musulmes, y á

<sup>1</sup> Tomamos todos estos datos del *Memor. Sanct.* de San Eulogio, lib. I, núm. XIX, y XX, y del *Indic. lumin.* de Álvaro, núm. VI. Uno y otro agiógrafo dan á esta pintura enérgico y doloroso colorido. Las palabras de Álvaro merecen no obstante ser aquí trasladadas, porque forman un cuadro completo de la bárbara persecucion, de que era víctima la grey mozárabe: «Quotidie opprobriis, et mille contumeliarum fascibus obruti..., ut alia taceam, certe dum defunctorum corpora à sacerdotibus vident, ut mos est ecclesiasticus, humo dando portare; nonne apertis vocibus et impurissimis genis dicunt: *Deus, non miserearis illis*; et lapidibus sacerdotes Domini impetentes, ignominiosis verbis populum Domini denotantes, spurcitiarum fimo christicolas transeuntes, paedore infando adspargunt, maiora-minitando ringentes? Et heu iterum, ac tertio, innumere vae nobis!... qui hanc eorum subsannationis derisionem portamus et de persecutione Antichristi tempore dubitamus. Sic itidem et cum sacerdotes Dei, casu quo quem obviant perviantes, lapides testaque arvissima ante vestigia eorum revolventes, ac impropetioso et infami nomine derogantes, vulgali proverbio et cantico inhonestos sugillant, et fidei signum opprobrioso elogio decolorant. Sed cum basilicae signum, hoc est, tinnientis aeris sonitum, qui pro conventu Ecclesiae adunando horis omnibus canonicis percucitur, audiunt; derisioni et contemtui inhiantes, moventes capita, infanda iterando congeminant, et omnem sexum, universumque aetatem, totiusque Christi Domini gregem non uniformi subsannio, sed milleno contumeliarum infamio, maledice impetunt et deridunt» (loco citato). Debemos tambien advertir respecto de las basilicas destruidas, que no solamente lo fueron las edificadas recientemente (nuper constructae) en compensacion, cual vá notado en el anterior capítulo, del templo cedido por los mozárabes á Abd-cr-Rahman I para levantar la mezquita ó grande aljama, sino tambien las torres de las que contaban largos siglos de existencia: «Qua occasione satrapae tenebrarum inde capta, etiam ea templorum culmina subruunt, quae à tempore pacis studio et industria Patrum erecta, pene trecentorum à diebus conditionis suae numerum excedebant annorum» (*Mem. Sanct.*, lib. III, cap. III).

tal extremo llegaban la orfandad y quebranto de los cristianos, no por esto se doblaba un punto su varonil entereza, corriendo diariamente de lejanas ciudades ilustres adalides en demanda del martirio <sup>1</sup>. Al cabo este espectáculo, nunca visto por los sectarios de Mahoma, inquietando sobre manera á Abd-er-Rahman, infundióle el pensamiento de fiar de nuevo á la política el éxito que no había podido lograr la fuerza; y desechando el consejo de los sabios y filósofos de su reino, que proponían el exterminio total de los cristianos <sup>2</sup>, convocaba en Córdoba cierta manera de concii-

1 Los escritores para quienes sucesos de esta naturaleza sólo arguyen ignorancia ó fanatismo, debieran tener muy en cuenta la calidad de los que en el suelo de Córdoba obtuvieron la corona de los mártires. La mayor parte no sólo pertenecían á las clases más acomodadas de la sociedad mozárabe, sino que se habían distinguido en el cultivo de las letras. Isaac, tercero de los que padecen, era *doctus lingua arabica* (*Mem. Sanctor.*, lib. I, cap. II); Pedro y Walabonso habían ido á Córdoba á estudiar las disciplinas liberales (*liberalibus disciplinis traditi sunt*, id., id., cap. IV); Paulo Diácono se distinguía por sus conocimientos en las sagradas letras (*spiritualibus disciplinis*, id., id., capítulo VI); Aurelio, hijo de moro y de cristiana, fué desde la infancia instruido en la literatura arábica (*arabica litteratura erudiendus*, id., id., cap. IX); Cristóbal había sido discípulo de San Eulogio desde la niñez (*à pueritia nostri auditor*, id., id., cap. X); Emila y Jeremias se dedicaron á las letras en la basilica de San Cipriano (*apud Basilicam Sancti Cypriani litteras edocentes*, id., id., cap. XI); Fandila, natural de Acci, vino á las escuelas de Córdoba (*discendi gratia*, id., lib. III, cap. VII); Anastasio se distinguió por su erudición en las artes liberales y en las letras (*disciplinis et litteris eruditus*, id., id., cap. VIII); y Amador de Tucci estudiaba finalmente en Córdoba, adonde había ido con este propósito (*Cordubam discendi gratia advenerat*, id., id., cap. XIII). Si pues eran los hombres más ilustrados de su tiempo los que abrazan la causa del Evangelio contra el Koran, ¿cómo no se han visto por ciertos historiadores en los mártires de Córdoba sino fanáticos é idiotas?... Cuando una idea, que tiene por término el suplicio, se admite, sostiene y sella por hombres dedicados al estudio de las letras y de las ciencias, algo hay de grande y extraordinario en esta idea, que merece ser respetado por la filosofía y la historia. En Córdoba se estaba jugando la suerte de lo porvenir para el pueblo mozárabe, y en esta difícil partida no podían menos de interesarse la religion y el patriotismo, representados por tan beneméritos varones.

2 San Eulogio se expresa en estos términos, al dar noticia de tan bárbaro proyecto: «Omnes (sapientes et philosophi) unanimiter in perniciem conspi-

fin, presidió por Rocafrán, el testimonio de la fécula para que  
cambiarlos por los obispos la ~~representación~~ y a su vez en que  
se ofrecían a la muerte, para que se ~~resumiera~~ ~~resumiera~~ ~~resumiera~~  
la virtud de los mártires. 352.

Después aquellos obispos ~~ingléses~~ por su parte de Minima, ó temerosos de experimentar las terribles consecuencias que le llevaba á tomar aquel insensato camino. Pensaron en conciliar los mandatos de Abé y Jaimón con las órdenes de su ministerio, fiando á la oscuridad y utilidad de la senda que satisficiera de los dos grandes principios que estaban sosteniendo la perniciosa lucha. No repugnaban ni tampoco eran ajenos á la negociacion y heroismo de los mártires, y sin embargo, mezclados con sus ambiguas palabras, negaban las manifestaciones de discordia en el seno de las tribus. Escondían los flacos de espíritu y los de alma de la aguda agremiacion religiosa, para engrosar las filas de sus guerras por el amor de las riquezas (pro vendibilibus numerariis). En semejante desconfianza la saña del Califa, olvidando en su furor las prácticas reli-

rates fidelium, comprehendi etiam et in illis sub altissimis carceribus  
deceverunt,» etc. (Mem. Sanct. 1713, p. 123, X).

1 El mismo Eulogio escribe sobre el martirio: *Itaque per omnes diesque* «Eadem scheda minime decedentem apertum innotuit quod furtive laudatoliter extolleret milites peregrinorum *veritatem carceris edere*, sed a prodentibus adverti non poterat. Non tamen *scriptoris* *non fuisse potius simulationis consultum, quod aliud gratiam et eorum amoris, quasi a discursu martyriali plebem compescere voluerant*. *Mem. Sancti* Lib. II, cap. XIV. Se vé por esta declaración de San Eulogio, hecha pocos años después del concilio, que descaminados andan los que suponen que este concilio abiertamente la espontaneidad del martirio, y citan el canon IX del concilio Iliberitano para justificar la supuesta sentencia. Pero además del error histórico en que incurren, olvidan cuán distinta era la suerte del cristianismo á principios del siglo IV de la que alcanzaba á mediados del IX bajo la coyunda musulmana: los Padres de Iliberi tenían delante un porvenir á todas luces halagüeño, pues que la doctrina de Cristo iba triunfando sobre el gentilismo y su victoria era pacífica: los mozárabes vivían en misera servidumbre, sin esperanza de remedio. ¿Por qué pues buscar analogías donde realmente no existen? Este procedimiento suele conducir con frecuencia al error, y es de suma importancia el evitar sus efectos.

giosas<sup>1</sup>, sino que buscando todos los caminos de cohonestar su conducta, lanzaban contra los no vencidos confesores de Cristo formidables acusaciones.

Era este sin duda el mayor conflicto en que había puesto á los cristianos la política de los Califas, que habiendo hallado en Recafredo fácil instrumento á sus designios, oprimía á los obispos, abades y sacerdotes, que patrocinaban y defendían, con el ejemplo de los primeros siglos de la Iglesia, la espontaneidad del martirio. Mas si cundiendo dolorosamente la cizaña, poníase crecido número de cristianos de parte de los musulimes, no faltaron por cierto denodados adalides, que guiados por la luz de la verdad y revestidos con las armas invencibles de la elocuencia cristiana salieran en defensa del Evangelio, que traído con ignorancia protervia en auxilio del Koran, era diariamente profanado.

Distinguióanse entre estos generosos atletas Eulogio y Álvaro Paulo, varones estrechamente unidos desde la juventud por los lazos de la amistad y de la doctrina, modelos de virtud y de constancia, y personificación verdadera de la piedad y del patriotismo. Hijo el primero de ilustre familia hispano-romana, habíase consagrado en la basilica de San Zoylo al cultivo de las letras latinas: detestando la peligrosa y forzada enseñanza de los mahometanos y apurada allí toda la ciencia de sus maestros, llevóle la fama á Esperaindeo á su docta escuela, donde sobre admirar la superioridad de aquel hombre extraordinario, tuvo también la dicha de conocer á Álvaro, cuya amistad debía perpetuarse mas allá del sepulcro<sup>2</sup>. Recibidas las órdenes sagradas, abrigó el proyecto de peregrinar á Roma, pensamiento de que le disuadió su tierra amigo, temeroso de perderle. Mas al cabo dejaba Eulogio la ciudad nativa, en busca de dos hermanos suyos que comerciaba fuera de España, dirigiéndose con dicho propósito á los Pirineos orientales; y aunque fué en este punto enteramente inútil su viaje, por no consentirle la guerra que Guillermo de Barcelona se-

<sup>1</sup> *Indic. Lum.*, núm. IX.

<sup>2</sup> Álvaro decía con este propósito: «Ibi [in aula Sperandei] eum [Eulogium] primitus videre merui ubi eius amicitiae dulci inhaesi: ibi illi individuum nexus dulcedine» (*Vita B. Mart. Eulog.*, núm. II).

tenia contra el rey Cárlos, penetrar en las Galias, volvió á su patria honrado con la amistad de muy dignos varones, y enriquecido con numerosos códices, entre los cuales se contaban las obras inmortales de Virgilio, Horacio y Juvenal, formando, así como las de Porfirio y Avieno, singular contraste con la *Ciudad de Dios*, debida á la pluma de Agustino, y con los himnos cantados por la Iglesia visigoda y las poesías sagradas de Adhelelmo, tenidas á la sazón en mucha estima [849].

Grande fué el efecto producido en las escuelas mozárabes con la reaparición de estos preciados tesoros; pero mientras se mostraba Eulogio infatigable en promover y llevar á cabo, ayudado de su amigo Álvaro, esta manera de restauración literaria <sup>1</sup>, que tan de cerca tocaba á la religión y al patriotismo, llegó el solemne momento de poner á prueba la ciencia y la virtud en tantos años acaudalados, comenzando desde entonces aquella vida llena de angustias y sobresaltos, en que iban á resplandecer la grandeza y ternura de su alma, compartiendo con su amigo, á quien daba título de *hermano*, las penalidades y trabajos.—Álvaro, que se preciaba de traer su origen de antiquísima estirpe hebrea, honrándose igualmente con llevar en sus venas sangre visigoda <sup>2</sup>,

<sup>1</sup> Álvaro pintaba este noble afán de su amigo, diciendo: «Quae enim illi non patuerunt volumina?... Quae potuerunt eum latere ingenia catholicorum, philosophorum, haeticorum, necnon Gentilium? Ubi libri erant metrici, ubi prosatici, ubi historici, qui eius investigationem efugerent? Ubi versus, quorum illi ignoraret canora? Ubi hymni, vel peregrina opuscula, quae eius non percurreret pulcherrimus oculus? Quotidie enim nova et egregie admiranda quasi à rudibus et fossis effodiens, thesauros elucidabat invisos» (*Vita B. Mari. Eulog.*, núm. VIII). Hablando despues de su viaje á Francia, añadía: «Inde secum librum *Civitalis* Beatissimi Augustini, et *Aeneidos* Virgilli, et *Juvenalis* metricos itidem libros, atque Flacci satyrata poemata, seu Porphyrii depicta opuscula, vel Adhelelmi epigrammatum opera, necnon Avieni fabularum metricas, et *Hymnorum Catholicorum fulgida carmina* (núm. IX). Conveniente creemos observar que estos himnos, de que habla Álvaro, debían ser los comprendidos en el *Himnario-Hispano-latino-gótico*, de que hemos hablado en el cap. X, y á los cuales dedicamos las *Ilustraciones* del primer tomo.

<sup>2</sup> Véase la Epist. XVIII, ad Transgressorem (*España Sagrada*, tomo XI, págs. 10 y sigs.; id., 190 y sigs.). Sobre este punto debe notarse que los contemporáneos de Álvaro, Esperaindeo y San Eulogio, le saludaban con los tí-

había alcanzado en tanto no menor autoridad entre sus contrarios.

Dedicado antes que Eulogio al estudio de la literatura eclesiástica en la escuela de Esperaindeo, descubrió desde su juventud tanta madurez y rectitud de juicio, que no solamente era sultado en toda difícil cuestión por sus condiscípulos, sino bien por su esclarecido maestro <sup>1</sup>. Debió á este sin embargo la claridad de doctrina, aquel ardiente amor al catolicismo, aquella aversión profunda á los errores del Koram, desplegada en el *Apologético contra Mahoma*, prendas que brillaron desde con toda su pureza en las obras de Álvaro; y ya ejercitándose en áridas discusiones literarias, en las cuales sostenía contra Hispalense, que no escribieron los Padres para ostentar solamente bellezas de estilo, ni ilustrar con sus obras el arte del orador <sup>2</sup>; ya defendiendo la verdad evangélica contra los

tulos de *excelso, eximio, serenísimo, ilustre*, y su amigo Juan Hispalense de *Aurelio Flavio*, etc.; lo cual prueba, sobre mostrar la influencia clásica dominaba en las esferas literarias, y la posición ventajosa que alcanzó Álvaro entre los mozárabes, la facilidad con que estos tratamientos se convertían en señal evidente de mortal decadencia. Respecto de su origen visigodo no cabe duda, cuando en la XX.<sup>a</sup> de sus *Epistolas, Transgresori directam*, recordando las palabras de Isidoro, al describir este el pueblo de los visigodos: «Ego sum, ego sum, quem Alexander vitandum pronuntiavit: pertimuit: Caesar exhorruit. De nobis quoque et noster Hieronymus dicitur: *non habet in fronte; longe fuge*» (*España Sagrada*, id., pág. 218; véase tomo I, pág. 368). Notable es por cierto este lenguaje en quien padecía la enfermedad, y señal segura de que no había logrado ahogar la política Califas el noble espíritu de los Ildefonsos y Julianes.

1 El abad Esperaindeo escribía al mismo Álvaro, recordándole que había sido consultado por otros en las más áridas materias, y pidiéndole por consejo: «Me iterum clam instruat, ut olim fecit alios» (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 148).

2 Álvaro, que según veremos después, parecía condenar las leyes retóricas y retóricos, mientras hacía grandes esfuerzos para practicarlos, como se ve en la Epist. I.<sup>a</sup>, dirigida á Juan Hispalense, al celebrado gramático del siglo IV, Elio Donato, maestro de San Agustín, cuyo arte, citado á su vez por San Isidoro en sus *Orígenes*, lograba en España singular aprecio en el siglo XI, así entre los mozárabes como entre los cristianos de Asturias (véase el *Chronicon Abeldense*, núm. V). Pero es lo notable que extracta

jes <sup>1</sup>; ya en fin pulverizando los delirios del apóstata Eleazaro <sup>2</sup>, preparábase para entrar en la memorable Era del martirio, enviando en Eulogio el ministerio del sacerdocio, de que le habían apartado las flaquezas de la carne <sup>3</sup>.

Al inaugurarse pues aquella sorprendente lucha entre el Evangelio y el Koram, saltaron Álvaro y Eulogio en la sangrienta arena, para defender y patrocinar con todas las fuerzas de su corazón y de su inteligencia á los que ofrendaban sus vidas en aras de la religión y del patriotismo. Así los que juntos habían penetrado los misterios de las Santas Escrituras, nutriendo su espíritu con las enseñanzas de los historiadores, oradores y poetas de la antigüedad clásica, y completando su educación literaria con la asidua lectura y discreta imitación de los Padres y de los poetas sagrados <sup>4</sup>; los que empeñados vivamente en el restablecimiento de la

comentado, llegara al siglo XV con igual estima: en los *Capítulos* acordados en 1412 para los estudios generales de Valencia, se lee en el párr. IX, después de tratar de la filosofía, la lógica y la gramática: «Item... dictus magister faciat aliquam utilem declarationem scholaribus de libro, qui dicitur *Parvus Donatus*» (Villan., *Viage liter.*, tomo II, pág. 188). Lo mismo sucedía en las demás universidades, y no otra cosa parece advertirnos, respecto de Italia, el autor de la *Divina Commedia*, cuando en el canto XII del *Paraíso* le pone entre otros varones, ilustres por su saber y santidad, diciendo:

. . . . . e quel Donato,  
Ch' alla prim'arte degnò poner mano.

Petrarca pareció profesarle igual respeto, dedicando á su memoria el libro *De ignorantia sui ipsius et multorum*.

1 Epist. VII de las publicadas por Florez.

2 Epists. XIV, XVI, XVII, XVIII y XX.<sup>a</sup> citadas.

3 Álvaro decía, hablando de Eulogio: «Ille sacerdotii ornatus munere... ego luxurie et voluptatis luto confectus, terra tenus repens hactenus trahor» (*Vita B. Mart. Eulog.*, núm. I).

4 Refiriendo Álvaro estos ejercicios de la juventud, escribía: «Agebamus utrique scripturarum delectabilem lusum et scalnum, in lacu nescientes regere, Euxini maris credebamur fragori. Nam pueriles contentiones pro doctrinis, quibus dividebamur, non odiose, sed delectabiliter epistolatim in invicem egimus, et rhythmicis versibus nos laudibus mulcebamus: et hoc erat exercitium nobis melle suavius, favis iucundius, et in anteriora nos quotidie extendentes, multa inadibilia tentare in Scripturis, pueriles immatura docibilitas coegit. Ita ut volumina conderemus, quae postea aetas mutata abolenda, ne



literatura latino-eclesiástica, habían protestado juntos contra política de los Califas, dirigida á borrar, con el uso de la lengua nativa, la nacionalidad de los mozárabes, y tras ella la religión del Crucificado; oponían juntos su pecho á la incredulidad y á calumnia, y confortándose mutuamente en la árdua y difícilísima carrera por ambos emprendida, brillaban en medio de aquella furiosa tempestad, tanto por la pureza del consejo como por la eficacia del ejemplo.

Dotado Eulogio de la energía de Cipriano y de la perseverancia de Atanasio, mostrábase cariñoso y tierno para con las viudas, respetuoso y humilde para con los ancianos, insinuante digno para con las matronas, ardiente y fogoso para con los jóvenes, sentencioso, exigente y severo para con los sacerdotes; prometiendo á todos la eterna bienandanza en premio á su heroísmo, inculcaba en unos la salvadora doctrina del Evangelio, convertía en otros la nieve de los años en viva llama, enseñaba á otros la senda de sus más altos deberes, y acompañando á todos en el glorioso trance del martirio, recogía después sus despedazados cuerpos para darles sagrado asilo en las basílicas, rodeados de dolos, con su adoración, de la aureola de los santos <sup>1</sup>.

No otro es por cierto el afán y constante anhelo de Eulogio revelados en todas las obras de su mano que han llegado á nuestros tiempos modernos. Ya le consideremos en el *Memorial de los Santos* (*Memoriale Sanctorum*), empezado en medio de los conflictos de la persecución, continuado en la cárcel y en el destierro, y terminado bajo el azote de Mahommed, terrible enemigo del nombre cristiano <sup>2</sup>; ya en la *Enseñanza de mártires* (*Doc-*

in posteris remanerent, decrevit» (*Vita B. Martyris Eulogii*, núm. IV). Llama es que estas producciones, principalmente los versos, fueran víctimas de la modestia de uno y otro.

<sup>1</sup> Álvaro, *Vita vel Passio S. Eulog.*, núms. V y VIII.

<sup>2</sup> Sobre las diferentes épocas, en que San Eulogio escribió el *Memorial de los Santos*, debe consultarse el erudito y razonado estudio que en el tomo de la *España Sagrada*, pág. 440 y siguientes, hizo el Mtro. Florez. Del mismo resulta que el primer libro y los seis primeros capítulos del II estaban terminados en octubre de 834, prosiguiendo la obra desde el año de 833 al 836, cuyos martirios narra en el libro III.

*mentum martyriale*), escrita asimismo en las cárceles de Córdoba para excitar el celo de Flora y de Maria, que debieron á tan pura doctrina la Corona del martirio <sup>1</sup>; ya en la memorable *Epístola á Wilesindo*, obispo de Pamplona, digna de todo elogio por los preciosos pormenores que encierra <sup>2</sup>; ya finalmente en el *Apologético de los Santos* <sup>3</sup>, última produccion de su ardorosa pluma; en todas partes resplandece aquel acendrado amor de la patria que agitaba su alma, al verla presa de innumerables desdichas, aquel sublime anhelo de perfeccion, que ardiendo en su pecho con irresistible fuerza, se propagaba y difundia entre sus discípulos, y aquella elocuencia extraordinaria que avasallando los sentidos, desplegaba á vista de los verdaderos cristianos el apacible cuadro de la felicidad eterna, poniéndoles delante al propio tiempo el afrentoso espectáculo de la esclavitud que los aniquilaba.

«Llenos estan de clérigos los calabozos de las cárceles (exclamaba) y la Iglesia yace despojada del oficio de los prelados y sacerdotes. Horrorizan los divinos tabernáculos con su desaliñada soledad: teje el templo la araña; y duerme todo en profundo silencio... Abandonados los himnos en la congregacion de las canciones celestiales, resuenan los interiores de la cárcel con el santo murmurio de los salmos. No entona ya el cantor en público el cántico divino, ni vibra la voz del salmista en el coro, ni predica el lector en el púlpito, ni evangeliza el levita en el pueblo, ni lleva el sacerdote el incienso á los altares; porque herido el pastor, introdujo el enemigo la dispersion en el rebaño católico, privada enteramente la Iglesia de todo sagrado ministerio...

«Oprimiendo con gravísimo yugo el cuello de los fieles, pretenden arrojar de los confines de su reino la raza cristiana. Y ya haciéndonos ejercer á su antojo y capricho la religion del Salvador; ya obligándonos, cual otros Faraones, á soltar el quilo en inhumana servidumbre; ora sacándonos por fuerza y de un modo intolerable personales tributos [*vectigalem chirographum*];

1 Escrito en 851.

2 En 851.

3 En 857.

«ora imponiendo público censo sobre la cerviz de los miserables  
 «ora en fin despojándonos de los bienes, nos vejan y aniquilen  
 «con ruina de las haciendas. Y fatigando así con vario género  
 «opresion la congregacion cristiana, y afligiendo con diversa man  
 «nera de persecucion á la grey del Señor, juzgan hacer gran  
 «ofrenda á su Dios con nuestra mengua y daño!» <sup>1</sup>.

Tal era el espíritu que animaba la elocuencia de Eulogio.- Pero si consagrado de lleno á la defensa de los mártires, apenas concebía pensamiento alguno que no se encaminara á mantener encendida la hoguera de la fé, en ninguna de sus obras se estudia y reconoce la amarga situacion del pueblo mozárabe como en el *Memorial de los Santos*. Compuestos estos dolorosos fastos en tres distintos libros, que abrazan el sangriento período de la persecucion, descubren en sucesivo y vario panorama la vida civil, moral y religiosa de aquel desafortunado pueblo; y tal vez conduciéndonos al interior de las basílicas y monasterios, donde hec manadas con los ejercicios de la piedad recibian respetuoso culto las ciencias y las letras; tal vez llevándonos á lo más recóndito del hogar doméstico para escuchar, con las valerosas exhortaciones del patriotismo, los saludables avisos de la religion; cuándo guiándonos á las plazas públicas para representarnos la deshonra de los ancianos y el ludibrio de los sacerdotes, maltratados y escarnecidos por el furor de la plebe musulmana; cuándo pintándonos con calurosas tintas las últimas escenas de aquellos patéticos dramas, embellecidos por la fé y la caridad, siempre se muestra el discípulo de Esperaindeo solícito y apasionado del objeto que le preocupa, recogiendo con el tierno afán que le lleva á rendir adoracion á los cadáveres de los mártires, las memorias de sus virtudes.

Mas si varias son y multiplicadas las situaciones que traza en estos peregrinos anales, varia es tambien la entonacion que dá en ellos á su estilo, y distintas las fases que ofrece su elocuencia. Animado del espíritu de controversia, encendido por la pertinacia de los que afeaban el martirio, combate y pulveriza en el primer libro con la autoridad de los Padres y la doctrina del Evangelio

<sup>1</sup> *Documentum Martyriale*, núms. XI y XVIII.

cuantos cargos y acusaciones habian inventado y formulado la pravedad y la codicia; y rechazando con igual brio las groseras calumnias de los mahometanos, aparece en las impugnaciones persistente y vigoroso, bien que flexible y persuasivo, sembrando al par de agresivas y nerviosas apóstrofes sus discursos. Más templado en los dos siguientes libros, procura hablar en ellos el lenguaje de la historia; y atesorando con extremada solicitud interesantes pormenores relativos á la vida de cada uno de los mártires, comunica á la narracion cierto candor y sencillez, que despertando la más viva simpatia, pone de resalto la sensibilidad y ternura de su alma, preciosas dotes que contrastan grandemente con el extraordinario vigor que le alienta y sostiene en mitad de tantos peligros.

Admirador de las grandes obras de la antigüedad, y atento sin duda al egemplo dado por Julian en la *Historia de la rebellion de Paulo*, introduce no obstante en la exposicion histórica frecuentes alocuciones, que sustituyendo á las apóstrofes del primer libro, vienen á dar cierto interés dramático á estas singulares biografías, completando al par los retratos en ellas bosquejados. Este sistema, seguido en todas las obras de Eulogio, sobre declarar el empeño del erudito, que vive en la imitacion de los modelos, aspirando á restaurar los buenos estudios, debia tambien imprimir determinado carácter al estilo y lenguaje de todas ellas, manifestando el vehemente deseo de la cultura, que le seduce, y el excesivo y á veces inútil trabajo, empleado con semejante propósito. Y sin embargo, reconociendo Eulogio que debia preferir «la sencilla verdad á la ruidosa é hinchada pompa de las musas,» mientras protestaba de que «no afectando la hermosura y gracia de la retórica, ni temiendo la modestia de su inculto lenguaje,» <sup>1</sup> acometia la empresa por él llevada á feliz término, hacia gala de no alcanzar y poseer las bellezas de estilo, que en carecia con sobrados elogios su predilecto amigo <sup>2</sup>; y para mayor

1 *Mem. Sanct.*, núm. IV.

2 Álvaro decia al mismo San Eulogio, sobre el *Mem. Sanct.*: «Tibi laetus Livii subditur amnis, tibi dulcis cedet illa saecularis lingua Catonis, fervens quoque Demosthenis ingenium, et dives Ciceronis olim eloquium, floridusque Quintilianus,» etc. (*Epist. ad Eulogium*, *Collec. SS. Patr. Eccl. Tolet.*,

contraste, admitia en la prosa el ornato de la rima, generalizado ya, como vamos demostrando, desde el siglo VII <sup>1</sup>.

La misma contradiccion literaria advertimos en las obras de Álvaro: quien despues de excitar una y otra vez el entusiasmo de los mártires, infundia en Eulogio nuevas fuerzas para dar cima á la meritoria empresa acometida en el *Memorial de los Santos*, y colmaba de alabanzas la *Enseñanza de mártires*, lleno tambien de aquel noble celo que habia inflamado á Esperaindeo, tomaba al fin la pluma para defender el martirio, bien que juzgándose indigno de tan alta empresa.

«Debí (exclamaba) imponer silencio á la connatural rusticidad  
»de mi lengua y no mezclarme, fuera de sazón, entre los hom-  
»bres peritísimos y esclarecidos con el esplendor de la elocuen-  
»cia... Mas yo, pensando escribir, no conforme á la belleza, sino  
»conforme á la verdad, desprecié la alabanza de todos los filóso-  
»fos, no vedando á mis labios la defensa de la justicia con igno-  
»rante lengua. Sublimase la rusticidad provechosa y la desma-  
»ñada impericia, al ensalzar los santos misterios, no manchada  
»en el cieno de la infidelidad, ni hundida aun en sus asperezas y  
»abismos; pero con la humildad y belleza de la verdad, resplan-  
»dece á maravilla. Por tanto, si traté acaso con negligencia al-  
»gunas cosas que repugnan al dogma católico, proviniendo esto  
»no del deseo, sino de la ceguedad del entendimiento, ruego á  
»mis lectores que las borren con lágrimas, las limpien con ruegos  
»y las purifiquen con oraciones: todos los defectos del lenguaje y  
»del estilo, ruégoles por el contrario que los dejen intactos» <sup>2</sup>.

tomo II, pág. 422). Los mismos elogios hizo del *Documentum Martyriale* en la carta, con que lo aprueba, y despues en la *Vida de Eulogio*, núm. V.

<sup>1</sup> Véanse los capítulos anteriores y la Ilustracion I.<sup>a</sup> de este volúmen.

<sup>2</sup> *Indiculus Luminosus*, núm. XX. Es por cierto notable la manera cómo Alvaro condena en el mismo pasaje el furor con que los filósofos y gramáticos se empeñaban en estériles cuestiones de forma: «Agant eructuosas quaestiones philosophi et Donatistae, genis impuri, latratu canum, grunnitu porcorum, fauce rasa et dentibus stridentes, saliva spumosi grammatici ructent. Nos vero evangelici servi Christi discipuli rusticanorum sequipedi,» etc. Sin embargo no es el *Indiculus luminoso*, segun nos proponemos demostrar, una obra accesible á todas las inteligencias y grados de cultura.

Hé aquí el intento que Álvaro manifiesta al escribir el *Indículo luminoso*, impugnación acerba del Koran y elocuente defensa del oprimido cristianismo y de sus confesores. Pero al leer este preciado monumento de las letras españolas en el siglo IX, por más que su autor se afane en exagerar la rudeza y desaliño de su pluma, no es posible olvidar que era Álvaro el escritor condecorado con los títulos de *doctor egregio* y *fuelle caudalosa de la sabiduría*, siendo *celebrada su ciencia en todo el Occidente*<sup>1</sup>. Este juicio de sus coetáneos queda por el contrario plenamente confirmado; y si en sus notabilísimas *Epístolas* le vemos hacer alarde de la erudición clásica, citando con frecuencia á los historiadores y poetas del siglo de oro, y con singular predilección, que le honra por extremo, al sublime cantor mantuano, á quien tomaba cuatro siglos y medio después por guía y maestro el inspirado Dante<sup>2</sup>;

<sup>1</sup> *Mem. Sanct.*, lib. II, cap. IX de la edición de los PP. Toledanos.

<sup>2</sup> No puede menos de llamar la atención de la crítica, cuando animada de investigador y recto espíritu, fija sus miradas en estos escritores, menospreciados generalmente cual rudos é ignorantes, el verlos conservar en medio de la servidumbre mahometana aquel respeto inteligente que, según adelante observaremos, se trueca en Italia durante el siglo X en superstición vergonzosa, respecto del celebrado autor de las *Geórgicas* y de la *Eneida*. Álvaro prueba con oportunos pasajes, que vienen á corroborar sus doctrinas, que le era por extremo familiar la musa de Virgilio, y cuándo le vemos acotar con la *Eneida*, cuándo con las *Églogas*, cuándo con las *Geórgicas*, principalmente en las *Epístolas*, donde, tratando con los hombres más doctos de su tiempo, hace mayor gala de erudición clásica que en los restantes tratados. De advertir es, porque nos dá á conocer, con la dificultad de adquirir los códices, la corrupción á que el texto de los poetas y escritores de la antigüedad se hallaba expuesto, que algunas citas de Álvaro ofrecen notables variantes con las ediciones de Publio Maron, más estimadas entre los latinistas. Dirigiéndose á Eleazaro, cuya protervia y pertinacia condena, le dice (Epíst. XVIII): «Et miror frontis tuæ duritiæ... quæ ut Virgilius ait:

Nec visu facilis, nec auditu affabilis ulli.

Y excitándole en la misma *Epístola* á la controversia, añade: «Qui acuto capite pugnet, hostemque non solum vulneret, sed detruncet; de quibus Virgilius dicit:

Teutonico ritu soliti torquere catillas.

si en el *Libro de las Centellas* [*Liber Scintillarum*] acopia e ilustra la doctrina moral de la Iglesia con suma discrecion y talento, en el *Indículo luminoso* despliega todo el caudal de sus estudios escriturarios, y pone igualmente en contribucion las obras de los Padres, no sin que entre todos contemple, como lumbren y norte, al docto Isidoro de Sevilla <sup>1</sup>.

En las ediciones *ad usum Delphini* se leen ambos versos del siguiente modo:

*Nec visu facilis, nec dictu affabilis ulli.*

(*Æneid.*, lib. III, v. 622).

*Teutonico ritu soliti torquere cateias.*

(*Id.*, lib. VII, v. 741).

Ni debe tampoco perderse de vista que era Virgilio igualmente estudiado de los personajes, á quienes Álvaro se dirigia. El ya citado Eleazaro, que si habia caido en error, no podia ser tachado de ignorante, trae á la discusion aquellos famosos versos de la *Égloga* III (v. 90):

*M. Qui Bavium non odit, amet tui carmina Maevi, etc.*

que veremos adelante recordados por otro cordobés ilustre. Merece pues consignarse esta singular predileccion que logra Virgilio entre los escritores cristianos del siglo IX, porque parece ya predecir su grande influencia en las literaturas meridionales.

<sup>1</sup> «*Beatus et lumen noster Isidorus*» le apellida repetidamente, y otro tanto hacen todos los escritores del siglo IX.—El *Libro de las Centellas* es una compilacion vaciada en el molde del *Libro de las Sentencias* del mismo San Isidoro, que como hemos antes manifestado (cap. IX), habia sido imitado ya por Tajon á fines del siglo VII. Álvaro tuvo presente para este precioso libro, todavia no dado á la estampa, demás de las Sagradas Escrituras, las obras de San Clemente, Orígenes, San Atanasio, San Ambrosio, San Hilario, San Gerónimo, San Agustin, San Gregorio y San Cesario, no perdiendo de vista al gran doctor de las Españas.—Josefo y Eusebio, así como las Vidas de los Padres (*Vitae Patrum*), le ministraron testimonios y enseñanzas históricas que avaloran por extremo tan precioso tratado. Compónese este de ochenta y un capítulos (*España Sagrada*, tomo XI, cap. II), y han llegado felizmente á nuestros dias los dos preciosos códices que con nombre de góticos cita el P. Florez (ut supra), conservado el primero en la Biblioteca Nacional, donde lo examinó aquel ilustrado agustino, y el segundo en la Real Academia de la Historia con los Mss. de San Millan, adquiridos por este sabio cuerpo (*Mem. Hist. Esp.*, tomo II, pág. XI). Tambien se guarda en la Biblioteca Nacional la copia del siglo XIV, citada por Florez (*Id.*, id., pág. 50).

Al considerar pues las fuentes en que Álvaro recoge la doctrina, comprendemos sin dificultad alguna cuán distante se hallaba de aquella ignorancia y rusticidad tan exageradas por su modestia: al examinarle bajo el aspecto meramente literario, advertiremos cuán severo anduvo consigo mismo quien no esquivaba á los demás aplausos y alabanzas. Amaestrado Álvaro en el lenguaje de la controversia, según queda arriba insinuado, abrazaba la causa de los mártires con el mismo ardor con que había pugnado en pró de la verdad y pureza del dogma; y dirigiéndose á probar que la persecucion, llorada por el cristianismo, nacia exclusivamente de la opresion ejercida por los mahometanos, cuya religion era, demás de esto, viva y clara ofensa de la moral enseñada por el Salvador, predicada por los apóstoles y defendida por la Iglesia, bosquejaba el lastimoso cuadro de la sociedad cristiana, despedazada por la ambicion y la ignorancia, y expuesta á los tiros de las artes políticas de los Califas y al escarnio y continua befa del populacho mahometano <sup>1</sup>.

Era el objeto del *Indículo* el mismo propuesto por Eulogio en el *Memorial de los Santos*: uno y otro aspiraban á sacar triunfante del vituperio, con que se intentaba abrumarla, aquella sublime abnegacion de los que, menospreciando las cosas del mundo, sellaban con su sangre la santidad de sus creencias; y sin embargo de esta identidad de fines y de la paridad de los estudios, á que juntos habían dado cima, distintas eran las dotes que resaltaban en ambos escritores. Eulogio, aunque apasionado siempre y fogoso en el instante de la contradiccion, jamás abandonaba la ternura de su alma, anhelando no tanto convencer por medio del raciocinio, como persuadir y avasallar el ánimo por medio de la simpatia: Álvaro, arrebatado siempre, tirante como el arco, á que no dá tregua la mano del ballestero, terrible en el ataque como esforzado y firme en la defensa, dirige á todas partes con igual impetu sus golpes; y despojándose, tal vez sin advertirlo, de aquella flexibilidad y sencillez que imprimen en la frase de Eulogio apacible candor y frescura, produce constantemente

<sup>1</sup> «Solitum est illis christianismum inridere et nobis omnibus chisticolis insultare» (*Indic. Lumin.*, núm. V). Véase también la nota 1.<sup>a</sup> de la pág. 91.



un mismo efecto. Su elocuencia varonil y remontada, á la manera de la elocuencia de los Sénecas, no llora, como la de su amigo, sobre las reliquias de los mártires: admirando su virtud, venerando su memoria, contempla con ojos enjutos y radiantes de místico placer el hacha de los verdugos que trunca sus cabezas; y al ver derramada la sangre de aquellas voluntarias víctimas, vuélvese lleno de santa indignacion á la sociedad entera, para arrojlarla sobre su frente y de sus hijos. Así, la elocuencia de Álvaro no podia en modo alguno producir el resultado de la elocuencia de Eulogio; y mientras logra este dominar al propio tiempo en todas las clases y gerarquias, porque á todos iba dirigida su enseñanza, limitanse los esfuerzos de aquel á los hombres de no escasa instruccion y privilegiado talento, en quienes sólo debia labrar la insólita energia de sus palabras, por más que se preciara de hablar el lenguaje de los rústicos.

Y á pesar de todo, Álvaro sabe, como Eulogio, pintar de mano maestra los males que agobian la grey católica, y dotado tal vez de más profundas miras, señala los orígenes de tantos infortunios en el enervamiento del patriotismo y mengua de la fé, fruto de la astuta política de los Califas. El generoso escritor, que habia comenzado por declarar la rusticidad é ignorancia de su lengua, termina la parte existente del *Indículo luminoso*, echando en cara á los cristianos el olvido de las letras latinas, y lamentando los estragos causados en la juventud por la literatura arábica, que seduciéndola con el fausto y pompa de sus no fáciles bellezas, borraba de este modo la memoria de la lengua nativa. Álvaro prorrumpia en estas elocuentes palabras:

«¿Quién es hoy tan solícito entre nuestros fieles legos, que »dado al estudio de las Santas Escrituras, vuelva la vista á los »libros de cualesquier doctores, escritos en lengua latina? ¿Quién »se inflama ya en el amor evangélico? ¿Quién en el profético? »Quién en el apostólico? Por ventura los jóvenes, hermosos en el »rostro, elocuentes en el habla, de hábito y porte vistosos, insignes en la erudicion musulímica, extremados en la facundia arábica, no buscan con suma avidez los libros de los caldeos, no los »leen atentísimamente, no los interpretan con ardor, y reuniéndolos con eximio cuidado, los divulgan, prodigándoles excesivas

«alabanzas, mientras ignoran la belleza de la literatura eclesiástica y menosprecian, como cosas viles, los rios de la Iglesia, que manan del paraiso!... ¡Ay qué dolor!... No saben los cristianos su ley, y desconocen los latinos su propia lengua, en tal manera que apenas se encontrará uno entre mil en toda la congregacion cristiana que pueda dirigir á su hermano cartas familiares racionalmente escritas. Y en cambio se hallará varia turba sin número, que explique eruditamente las pompas y bellezas de las letras caldeas!» <sup>1</sup>

No eran entre tanto estériles los esfuerzos de Eulogio y de Álvaro: vistas sus obras por los verdaderos cristianos como la apologia del martirio, encendieron más y más la fé de sus corazones, exasperando de nuevo á los mahometanos, quienes, cual vá insinuado, llegaban á pensar formalmente en la completa extirpacion de los mozárabes. La repentina muerte de Abd-er-Rahman, interpretada por estos como un castigo del cielo, parecia prometer algun respiro, esperanza que fué en breve desvanecida por Mahommah, quien irritado de la perseverancia de los cristianos, resolvió vencerla con todas sus fuerzas <sup>2</sup>. Renacia

<sup>1</sup> Álvaro, que en esta forma se dolia del olvido de las letras latinas, no dejaba de reconocer la facundia y sonoridad de la lengua árabe, declarando no obstante, que poseian los sarracenos «el insensible sonido del bien hablar, careciendo del buen sentido de la verdadera elocuencia,» con lo cual «hacian tambien insensible la agradable armonia de su lengua.» «Insensibilem reddentes linguae arabicae plausibilem sonum» (*Ind. Lum.*, núm. XXVII). El *Indiculus luminoso*, que fué escrito en 854, quedó sin terminar, ó no se ha trasmitido á nosotros el libro II, que pensó añadirle Álvaro (Véanse los núms. I, XI y XII). Tambien prometió componer otro libro contra el Koran, cuando al rechazar sus torpezas, decia: «Quae omnia in alio opere enucleatius et limatiori invectione, si Deus vitam concesserit, disseremus» (núm. XXIV).

<sup>2</sup> El primer testimonio que dió Mahommah de la adersion que profesaba á los cristianos, fué el de arrojar de su palacio en el primer dia de su reinado á todos los mozárabes que ejercian en él algun oficio ó ministerio, sujetándolos al censo comun, si no abjuraban del cristianismo.—De esta manera, no sólo los inhabilitaba para ejercer oficios públicos cerca de su persona, sino que los despojaba de los cargos militares, que habian tenido en los anteriores califados. La prevaricacion de unos y la exaltacion de otros fué la primera consecuencia de este acuerdo, contrario en verdad á la politica de los Abd-er-Rahmanes (*Mem. Sanct.*, lib. III, caps. I y II).

de este modo aquella tenaz lucha; y en mitad de los conflictos y vicisitudes que rodeaban á la grey de Cristo, de cuyas filas salían diariamente invencibles atletas, llegó á Eulogio el solemne momento de sellar con su propia sangre la sinceridad de sus predicaciones y la verdad de sus escritos. El infatigable presbítero, á quien el pueblo y clero de Toledo habian ofrecido la cátedra de Eugenio y de Ildefonso, azotado cruelmente y herido el rostro por la envilecida mano de un eunuco, era conducido al suplicio, glorioso término de sus penalidades, por haber patrocinado la fé de Leocricia, llamada por la Providencia á compartir con él los últimos laureles del martirio [859]. Álvaro, en quien esta irreparable pérdida produjo amargo sentimiento, mientras recogian los cristianos con tierno respeto los despojos mortales de su sabio amigo, colocándolos en la basílica de San Zoilo, donde habia profesado el sacerdocio <sup>1</sup>, escribia en breve y doloroso epitome su egemplarísima vida, quilatando dignamente su talento y sus virtudes, y cerrando con su martirio la patética historia, trazada por la pluma del mismo Eulogio <sup>2</sup>. Al pagarle este merecido y cariñoso tributo, recordaba Álvaro que habia cultivado la poesia, y ejercitando de nuevo las reglas métricas, restauradas por Eulogio, entonaba en ardiente himno, que repetian los fieles bajo las bóvedas del templo, las alabanzas de su vida y muerte, coronando estas singulares muestras de su dulce y acrisolada amistad con no menos laudatorio epitáfio, á que añadía, finalmente, sencilla y apasionada súplica, escogiéndole por su intercesor y patrono <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Despues fueron trasportados con el cuerpo de Leocricia á Astúrias por solicitud de Alfonso III, el Magno, quien los mandó poner, dentro de preciosas arcas, al lado del cuerpo de Santa Leocadia, en la *Cripta de la Cámara Santa*, construida junto á la catedral de Oviedo por Alfonso el Casto, y engrandecida despues por Alfonso VI. En 1340 fueron trasladados á la referida Cámara, donde en la actualidad se veneran (*Monumentos Arquitectónicos de España*, Monografía de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, II.ª Parte).

<sup>2</sup> *Vita vel Passio Sancti Eulogii*, auctore Alvaro Cordubensi.

<sup>3</sup> El himno *In diem Sancti Eulogii*, su *Epitaphium* y la *Oratio Alvari*, de que en este lugar hablamos, fueron publicados por Ambrosio de Morales en la edicion de las obras de San Eulogio (Alcalá, 1574), reproducidos despues por

Al llegar á este punto, conviene fijar por un momento la vista en las obras poéticas de Álvaro que han logrado salvarse de la oscuridad de los siglos; porque son el más seguro comprobante del anhelo y respeto con que, en medio de la servidumbre, aceptan y siguen los mozárabes la tradicion de los estudios. Declara Álvaro que restableció Eulogio las leyes de la metrificación, ya olvidadas en su tiempo; y esta declaracion honrosa para su docto amigo, poniéndonos de relieve la infelicidad y postracion á que habian venido los estudios, por la época á que se refiere y por el linaje de tareas en que Eulogio á la sazón se ocupaba, prueba con toda evidencia, que á pesar de ser conocida la doctrina de Isidoro, se hubo menester del egeemplo de los poetas profanos y sagrados para practicarla <sup>1</sup>. Álvaro, que recibe con veneracion y cariño las reglas de Eulogio, juzgando peligroso echarse en brazos de los poetas del siglo de oro de las letras latinas, busca entre los cantores del cristianismo digno modelo, á que amoldar sus

Francisco Escoto (Francfort, 1608), é incluidos con la *Vida del mismo santo* en la magnífica edicion de los PP. Toledanos (tomo II, pág. 394 y sigs.). El P. Florez los insertó asimismo en el Apénd. VI del tomo X de la *España Sagrada*; tomo dedicado exclusivamente, así como el siguiente, que encierra las obras de Álvaro y de Samson, á los mozárabes cordobeses.

1 Las reglas que Álvaro atribuye á Eulogio fueron escritas por este durante su prision: «Ibi (in carcere) metricos, quos adhuc nesciebant sapientes Hispaniae, pedes perfectissime docuit, nobisque post egressionem suam ostendit (*Vita vel Passio*, núm. IV). Pero aunque esta manifestacion es de suma importancia para fijar la época en que Álvaro compuso las poesías que de él se conservan, siendo por tanto posteriores al año 851, no debe entenderse con toda latitud, sólo pena de caer en lamentable contradiccion. Los sabios de España, tales como Esperaindeo, Eulogio, Samson y el mismo Álvaro, conocian todos, estudiaban y citaban con frecuencia la memorable obra de las *Etimologías*; y explicándose en los caps. XV, XVI, XVII y XVIII del lib. I de una manera amplia y satisfactoria cuanto tiene relacion con la métrica latina, no hay razon para suponer que fuera esta desconocida de los eruditos hasta los tiempos, á que Álvaro se refiere. Su testimonio prueba sí, el abandono en que los buenos estudios habian caído por efecto de la política mahometana, y que tal vez no se aplicaba ya la doctrina del doctor de las Españas, á cuya restauracion se dirigieron sin duda los esfuerzos de Eulogio, ampliándola oportunamente y uniendo á la teoria el egeemplo de los antiguos poetas, traídos por él á Córdoba.

inspiraciones; y deteniendo sus miradas en las poesías de Eugenio, acátalas como norma y dechado, y cifra toda su gloria en seguir sus aplaudidos vuelos.

Pero si imitándole en casi todas sus producciones, vá tan adelante que no sólo toma de él los asuntos de que trata, sino que llega á convertirse en mero copista, según enseña el *Carmen Philomenae*<sup>1</sup>, careciendo de la sensibilidad y ternura que habíamos caracterizado al discípulo de Bráulio, no le es posible dar á sus poesías aquel vivo interés y patética entonación, que hemos apreciado en las de Eugenio. Inclinado en esta forma á la imitación como consecuencia natural de sus estudios, mientras reconocía la superioridad de los poetas sagrados de siglos anteriores, y veía

1 Aun á riesgo de ser prolijos, parecemos oportuno citar aquí algunas copias de estas imitaciones. Eugenio había dicho en el *Carmen Philomelicum*

Vos, Philomela, tu cantus edicere cogit  
Inde tu tandem rursus lingua canit  
Vos, Philomela, tu ethera in carmine vivit  
Et cupereat mare: musas habere modo  
Vos, Philomela, tu carcerum commissa pectus,  
Revertit et blandis ante corda sonat, etc.

A su vez escribió:

Vos, Philomela, tu carcerum carmine vivit  
Et cupereat mare: musas habere modo.  
Vos, Philomela, tu dubia super aegre pugnat,  
Caetera non inerte fulgido magno canit.  
Vos, Philomela, tu cupereat ex grotto muros,  
Et ethera vivit suble tot, etc.

No creemos necesario seguir copiando, pero aunque la composición de Alvaro tiene por desgracia no pocas lagunas en la única edición que de sus versos existe, bastan los ya transcritos para cumplida comprobación de nuestro aserto. Respecto de la imitación de los asuntos, será bien advertir que San Eugenio hizo, demás de los versos citados, otras tres composiciones á la *Colendrina*, habiendo cantado las quejas de su enfermedad (*Quarrendis angustidinis proprias*), la venida de su vejez (*De advenia proprias senectutis*) y la brevedad de la vida (*De brevitate huius vitae*). Alvaro compuso las *esplendencias* de sus dolencias (*Ephemerides angustidinis proprias*), su propio lamento (*Lamentum metricum proprium*) y para seguir en todas las huellas de Eugenio, cantó repetidas veces á la *colendrina* (*Colendris*), y tuvo también presentes los versos de *la Biblioteca*, al escribir los que dirige á Leovigildo con el mismo propósito (*la Biblioteca Leovigildi*). La tradición de los estudios no podía ser más eficaz, ni la imitación más directa e inmediata.

ra, á pesar de su ortodoxia, las obras de la antigüedad clásica, admitía en sus metros la rima, prodigada en todos sus escritos <sup>1</sup>, y daba el nombre de *Cintia* al astro de la noche, introduciendo así el uso de la mitología en la poesía cristiana <sup>2</sup>. Y sin embar-

<sup>1</sup> Demás de la *rima* que nacia de la figura *homoteleton*, de que hemos dado noticia (Cap. IX, nota 57), usó ya Álvaro la consonancia tal como la emplearon despues los poetas vulgares, bien que no con la insistencia que en estos se advierte. Al final de la composicion *In laudem Crucis*, se lee:

Perfida discedat turba fuscata dolore:  
Aguina exulset Christi florenti decoro,  
Et sinagoga suo recedat nunc furva colore:  
Ecclesia iubilet clarenti fulva colore,  
Quam Christus pulcro semper sibi iungit amore.

Al terminar los versos *In laudem B. Hyeronimi*, decia:

Optima factura Domini, decus atque figura,  
Deliciis plena paradisi, luxque serena,  
Fulgens fulgore nimio, perfecto decoro:  
Forma vicisti superos, super astra fuisti,  
Cunctis splendorem mirantibus atque decorum  
Effigies prima recidisti lapsus ad ima:  
Te deieicisti, quia te super astra tulisti:  
Gratia fulgoris fuit iultima causa doloris.

Sorprendente parecerá sin duda el hallar á mediados del siglo IX usados ya los versos leoninos que algunos siglos despues se ponen de moda entre los eruditos de toda Europa; pero no es menos cierto. Álvaro se valió tambien del consonante para la prosa, segun de propósito notaremos en la *Ilustracion* número I.

2 Esta contradiccion entre el sentimiento religioso y el respeto á las obras de la antigüedad, es tanto más digna de notarse cuanto más ardiente se habia mostrado Álvaro, al rechazar, dirigiéndose á Juan Hispalense, las galas debidas al arte y aprendidas á la sazón en el célebre libro de Elio Donato.—Quien, presintiendo sin duda lo que habia de ser en siglos posteriores el arte cristiano, aplaudia en Yuvenco, no los aciertos de su musa, sino el gran pensamiento religioso que la habia inspirado (Epist. IV, núm. X), y exclamaba despues: «¿Quid facit cum psalterio Homerus, cum Evangeliiis Horatius, cum Apostolo Cicero?...» (Id., núm. XX), parecia prometer mayor consecuencia con los mismos principios que asentaba. Pero tal es la ley de las cosas humanas: temiendo que Juan Hispalense cayera en la idolatria, por seguir y defender el arte de Donato, que parecia explicar públicamente, le habia dicho: «Nonne scandalizabitur frater, si te viderit in idolio recumbentem?...» y sin embargo Álvaro aspiraba á practicar las leyes de la métrica latina, restauradas por Eulogio, y, lo que es más notable, admitía en sus versos las

inspiraciones; y deteniendo sus miradas en las poesías de Eugenio, acátalas como norma y dechado, y cifra toda su gloria en seguir sus aplaudidos vuelos.

Pero si imitándole en casi todas sus producciones, vá tan adelante que no sólo toma de él los asuntos de que trata, sino que llega á convertirse en mero copista, segun enseña el *Carmen Philomenae*<sup>1</sup>, careciendo de la sensibilidad y ternura que habian caracterizado al discípulo de Bráulio, no le es posible dar á sus poesías aquel vivo interés y patética entonacion, que hemos apreciado en las de Eugenio. Inclinado en esta forma á la imitacion, como consecuencia natural de sus estudios, mientras reconocia la superioridad de los poetas sagrados de siglos anteriores, y vene-

1 Aun á riesgo de ser prolijos, parécenos oportuno citar aquí algun egemplo de estas imitaciones. Eugenio habia dicho en el *Carmen Philomelaicum*:

Vox, Philomela, tua cantus edicere cogit  
Inde tui laudem rustica lingua canit.  
Vox, Philomela, tua citharas in carmine vincit.  
Et superat miris musica flabra modis.  
Vox, Philomela, tua cursum semina pellit,  
Recreat et blandis anxia corda sonis, etc.

Álvaro escribe:

Vox, Philomela, tua metrorum carmina vincit  
Et superat miris flamina magna modis.  
Vox, Philomela, tua dulcis super organa pergit,  
Cantica nam suave fulgide magna canit.  
Vox, Philomela, tua superat sic gutture musas,  
Ut citharas vincat sibilis ter..., etc.

No creemos necesario seguir copiando, pues aunque la composicion de Álvaro tiene por desgracia no pocas lagunas en la única edicion que de sus versos existe, bastan los ya transcritos para cumplida comprobacion de nuestro aserto. Respecto de la imitacion de los asuntos, será bien advertir que San Eugenio hizo, demás de los versos citados, otras tres composiciones á la *Golondrina*, habiendo cantado las quejas de su enfermedad (*Querimenta aegritudinis propriae*), la venida de su vejez (*De adventu propriae senectutis*) y la brevedad de la vida (*De brevitae huius vitae*). Álvaro compuso las *efemérides* de sus dolencias (*Ephemerides aegritudinis propriae*), su propio lamento (*Lamentum metricum proprium*), y para seguir en todo las huellas de Eugenio, cantó repetidas veces á la *golondrina* (*hirundo*), y tuvo tambien presentes los versos *In Bibliothecam*, al escribir los que dirigió á Leovigildo con el mismo propósito (*In Bibliothecam Leovigildi*). La tradicion de los estudios no podia ser más eficaz, ni la imitacion más directa é inmediata.

raba, á pesar de su ortodoxia, las obras de la antigüedad clásica, admitía en sus metros la rima, prodigada en todos sus escritos <sup>1</sup>, y daba el nombre de *Cintia* al astro de la noche, introduciendo así el uso de la mitología en la poesía cristiana <sup>2</sup>. Y sin embar-

<sup>1</sup> Demás de la *rima* que nacia de la figura *homoteleuton*, de que hemos dado noticia (Cap. IX, nota 57), usó ya Álvaro la consonancia tal como la emplearon despues los poetas vulgares, bien que no con la insistencia que en estos se advierte. Al final de la composicion *In laudem Crucis*, se lee:

Perfida discedat turba fuscata dolore:  
Aguina exultet Christi florenti decore,  
Et sinagoga suo recedat nunc furva colore:  
Ecclesia iubilet clarenti fulva colore,  
Quam Christus pulcro semper sibi iungit amore.

Al terminar los versos *In laudem B. Hyeronimi*, decia:

Optima factura Domini, decus atque figura,  
Delictis plena paradisi, luxque serena,  
Fulgens fulgore nimio, perfecto decore:  
Forma vicisti superos, super astra fuisti,  
Cunctis splendorem mirantibus atque decorem  
Effigies prima recidisti lapsus ad ima:  
Te deiecisti, quia te super astra tulisti:  
Gratia fulgoris fuit iultima causa doloris.

Sorprendente parecerá sin duda el hallar á mediados del siglo IX usados ya los versos leoninos que algunos siglos despues se ponen de moda entre los eruditos de toda Europa; pero no es menos cierto. Álvaro se valió tambien del consonante para la prosa, segun de propósito notaremos en la *Ilustracion* número 1.

<sup>2</sup> Esta contradiccion entre el sentimiento religioso y el respeto á las obras de la antigüedad, es tanto más digna de notarse cuanto más ardiente se habia mostrado Álvaro, al rechazar, dirigiéndose á Juan Hispalense, las galas debidas al arte y aprendidas á la sazón en el célebre libro de Elio Donato.—Quien, presintiendo sin duda lo que habia de ser en siglos posteriores el arte cristiano, aplaudia en Yuvenco, no los aciertos de su musa, sino el gran pensamiento religioso que la habia inspirado (Epist. IV, núm. X), y exclamaba despues: «¿Quid facit cum psalterio Homerus, cum Evangeliiis Horatius, cum Apostolo Cicero?...» (Id., núm. XX), parecia prometer mayor consecuencia con los mismos principios que asentaba. Pero tal es la ley de las cosas humanas: temiendo que Juan Hispalense cayera en la idolatria, por seguir y defender el arte de Donato, que parecia explicar públicamente, le habia dicho: «Nonne scandalizabitur frater, si te viderit in idolio recumbentem?...» y sin embargo Álvaro aspiraba á practicar las leyes de la métrica latina, resaturadas por Eulogio, y, lo que es más notable, admitia en sus versos las



go, cuando agitado por el sentimiento religioso consagra su mus á cantar la majestad y omnipotencia divina [*Versus laudis, et precis*]; cuando rendido ante el sublime símbolo de la redencion ensalza sus excelencias y misterios [*In laudem Crucis*]; y cuando lleno por último de profunda admiracion, recuerda la ciencia la virtud de Gerónimo [*In laudem Beati Hyeronimi*], no solamente hace alarde de aquella singular espontaneidad y varonil energia, que hemos reconocido en su elocuencia, sino que aparece digno del envidiado galardón de los poetas.

Esta manera de vacilacion entre el instinto de la propia libertad y el respeto á la autoridad, que triunfa al cabo en las obras de Álvaro, siendo, como era, la necesidad suprema de todos los estudios, pinta en él, no menos que en Eulogio, el estado de incertidumbre y de angustia, á que se hallaba reducida la raza mozárabe, y enaltece al propio tiempo el decidido empeño con que, cediendo al imperio de la tradicion, acuden uno y otro á restablecer la literatura hispano-latina, á despecho de la política de los Califas, vigorosamente combatida por ellos en el terreno de la religion y del patriotismo <sup>1</sup>.

deidades de la teogonia greco-romana, y como hemos ya advertido, se mostraba grandemente apasionado de Virgilio, y docto en el conocimiento de otros muchos poetas latinos, tales como Horacio, Persio, Marcial y Juvenal cuyos versos cita con oportunidad y no mal gusto.

<sup>1</sup> No es lícito pasar adelante sin advertir que la mayor parte de los escritores que se han referido á las obras de Álvaro Cordobés, para apreciar el estado de las letras, durante el siglo IX, han dado muestra de conocer únicamente el pasaje que se refiere al olvido de la lengua latina, citado desde el siglo XV por el doctor Aldrete en sus *Orígenes de la española*. El detenido estudio de las obras del mismo Álvaro y de su amigo Eulogio persuade hasta la evidencia de que, si lamentaron estos ilustres varones el fatal efecto producido en la grey cristiana por las leyes y la política de los Califas, aspiraron á restaurar con sus esfuerzos intelectuales el empañado brillo de las letras latinas, manteniendo así vivo el espíritu de aquella nacionalidad, cuya destruccion ambicionaban los descendientes de Abd-er-Rahman I. Los escritores que tanto en España como fuera de ella, han tenido por único fundamento de sus juicios respecto al estado de la cultura mozárabe, el pasaje aislado de Álvaro Cordobés, no han podido abarcar el conjunto de aquella misma cultura, desconociendo enteramente las causas de las quejas de Álvaro y de la terrible lucha que tiene por última fórmula el martirio.

que es más cierto, dictólos la necedad, siendo maestro el propio corazón?... Si la oscura niebla de la ignorancia (añadía, apostrofando al mismo Hostegesis), ocultando los géneros de los nombres, pronombres y participios, escondió las personas y tiempos de los verbos, debieras imponer silencio á la trompeta de tu articulada voz, con el candado de los dientes, y no mandar á los siglos futuros tus irrisorias cartas, cuajadas de vanidades. Porque, créeme: estas tinieblas de la ignorancia se disiparán algún día, y volverá aun á España el conocimiento del arte gramático; y entonces será ya á todos patente de cuántos errores eres esclavo tú, que juzgas hoy ser conocidas las letras por los hombres estúpidos!... Ni es ya agradable reprender á cada paso su rusticidad (exclamaba por último, dirigiéndose á los lectores), cuando es público que él ó pocas ó ningunas cosas escribe sacadas de la raíz de la ciencia, sino al ciego acaso. Porque el que no acertó á guardarse de los vicios, tampoco alcanza á poseer la pureza de la lengua romana. De donde debe decirse con Virgilio:

«Ame de Mevio el verso desabrido  
Quien de Bavio no odia la poesía:  
Las raposas ayunte en el egido  
Y ordeñe los javatos á porfia <sup>1</sup>.»

Era en verdad el *Apologético* el más cumplido proceso, así de la protervia de Hostegesis contra el abad Samson y los cristianos,

<sup>1</sup> *Apolog.*, lib. II, cap. VII.—Debemos notar aquí que estas impugnaciones literarias son muy frecuentes en el *Apologético*, obra de que sólo se conservan los dos primeros libros, si ya es que llegó á escribirse el tercero, como prometió el mismo Samson. Este, según previnimos arriba, cita la *Égloga* III de Virgilio, versos 90 y 91, que dicen:

*Mæn.* Qui Davium non odit, amet tua carmina, Mævi.  
Atque idem iungat vulpes et mulgeat hircos.

La version que ponemos de estos versos, está tomada de *Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en verso castellano*, por don Felix Maria Hidalgo (Sevilla, 1829). De observar es, respecto del abad Samson, el empeño que pone en conservar la pureza de la lengua y la majestad de la elocuencia romana, cuya posesion niega á Hostegesis, manifestando así que se conceptuaba como heredero de la tradicion literaria, que hemos visto personificada en Eulogio y Álvaro.

como de su ignorancia literaria y de los errores é impiedades por él propalados: defendía el obispo, y creíanlo eficazmente sus prosélitos, que tenía el Hacedor Supremo figura humana; y colocándole en lo más alto del cielo, desde donde contemplaba todas las cosas fuera de ellas, añadía que estaba al par dentro de las mismas por sutilidad [per subtilitatem]; cúmulo de absurdos que hallaba digna corona en la grosera suposición de que no en las purísimas entrañas de la Virgen, sino en su corazón había Dios tomado carne, al descender entre los hombres <sup>1</sup>. Contra estos delirios obtenía pues insigne triunfo el abad de Peñamelaria, ayudándole por una parte la misma verdad que defendía, y dándole por otra segura victoria la extraordinaria superioridad de sus conocimientos literarios. Pero escudado en la dignidad que indigna y torcidamente ejercía, y sostenido por la corte mahometana, cuyas miras políticas halagaba la discordia de los cristianos, lejos de rendirse Hostegesis á la luz del Evangelio, respetando las venerandas decisiones de la Iglesia, obstinábase más y más en sus extravíos, buscándoles nueva manera de defensa.

Consumíanse en esta forma las fuerzas que debieran dirigirse al sostenimiento de la causa común; y trocado en odio irreconciliable el primer desvío de los contendientes, ofrecíanse en lastimoso espectáculo á sus naturales enemigos, quienes, si no lograron recoger todo el fruto de su política, veían sin duda con placer agotarse en semejantes lides aquel sublime espíritu, que había revestido de indomable heroísmo el pecho de los mártires. La Era del combate había, sin embargo, ya pasado; y si en mitad del cansancio y postración de los mozárabes ardía aun la llama del patriotismo; si era la historia del martirio padrón eterno que debía fomentar en secreto la animadversión de ambas razas, haciendo de todo punto irrealizable la total fusión intentada por los Califas <sup>2</sup>, ni fué posible que triunfara la idea católica en la

<sup>1</sup> *Apolog.*, lib. II.

<sup>2</sup> Desde este momento podía predecirse la suerte final de los mozárabes. Los mahometanos no guardaron ya género alguno de consideración con aquella desventurada grey, siendo en verdad digno de notarse que aun los escritores más dispuestos á disculpar el intolerable despotismo de los Califas, acusando el supuesto *fanatismo* de los mártires, se vean forzados á reconocer

corte de los Abd-er-Rahmanes, ni que produjera aquella angustiosa y misera situacion hombres del temple superior de Álvaro y de Eulogio, ni que tuviese por último en el terreno de las letras otros intérpretes que los que realmente la representaban.

El impulso dado por aquellos señalados varones respecto de los estudios clásicos habia, no obstante, despertado el amor á la literatura latina; y al lado del abad Samson, que sobre obtener el lauro de teólogo, anheló tambien la gloria de poeta, distinguiéronse á mediados y fines del siglo IX el presbítero Leovigildo, arriba citado, y el archipreste Cipriano, celebrados ambos de sus coetáneos. Distintas son no obstante las obras de uno y otro que han llegado á nuestros dias: Leovigildo, que alcanza la terrible persecucion ejecutada en los cristianos, y que se duele acaso de que oculten los sacerdotes las insignias de su noble ministerio, escribe bajo el título *De Habitu Clericorum* un erudito libro, explicando con multiplicados textos de la Sagrada Escritura la significacion mistica del traje sacerdotal: Cipriano consagra sus versos, como el abad Samson, á derramar algunas flores sobre la tumba de sus hermanos. Habia el rector de San Zoilo celebrado sobre sus sepulcros las virtudes de los abades Ofilon y Atanagildo y del presbítero Valentiniano <sup>1</sup>: Cipriano paga igual tributo á Samson, que fallece en 890:

Quis quantusve fuit Samson clarissimus abba,

esta verdad. El ya citado R. Dozy escribe al propósito, reconocido el efecto de aquella tirania que hunde en la miseria á la grey cristiana: «Dès le IX<sup>e</sup> siècle, les conquérants de la Péninsule suivaient à la lettre le conseil du Calife Omar, qui avait dit assez crûment: «Nous devons *manger* les chrétiens et nos descendants doivent manger les leurs tant que durera l'islamisme» (*Hist. de s. Musulmans d'Espagne*, tomo II, pág. 50).

<sup>1</sup> No creemos fuera de sazón el trasladar aquí alguna de estas poesías, á fin de que sea algun tanto conocida la musa de Samson, quien se preciaba de cultivar esmeradamente, como vá notado, las letras latinas. Hé aquí el epíteto de Ofilon (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 527):

Ofilo hic tenui versus in pulvere dormit,  
Fallentem mundum olim qui mente subegit:  
Flagrantes dapes tenuit, et pocula fulva,  
Infestum virgo malens vitare celidrum.  
Laudetur talis multorum lingua sacerdos:  
Optetur illi, et caeli portio dari.

Cuius in urna manent hac sacra membra in aula,  
 Personat Hesperia illius fame fota.  
 Flecte Deum precibus, lector, nunc flecte peroro,  
 Aethera ut culpæ valeat conscendere tersis.  
 Discessit longe notos plenusque dierum <sup>1</sup>.

Llorando asimismo sobre las reliquias de la virgen He-  
 recuerda la firmeza de Juan, segundo de los mártires de Cór-  
 que ilustran aquella edad calamitosa:

Carceres, et dira Ioannes ferrea vincla  
 Christi amore tulit: hac functus in aula quiescit <sup>2</sup>.

Pero al propio tiempo que así parece heredar el espíritu  
 gioso de los varones esclarecidos que le preceden,—rin-  
 gracias al Conde Adolfo por haber dado á la basílica de Sar-  
 clo una costosa biblioteca, don por extremopreciado, m-  
 acaso en demasia á las frivolidades del mundo, pidiendo al  
 Guifredo que regale á la Condesa Guisinda un precioso a-  
 [flabellum], al cual se dirige, ya en manos de aquella ilust-  
 trona, del siguiente modo:

Guisindis dextram illustris adorna, flabelle,  
 Praebe licet falsos ventos, ut temperet aestum,  
 Tempore aestivo defluxa membra refovens,  
 Pansus et officium implens per omnia tuum <sup>3</sup>.

1 Núm. VI de los *Epigramas, España Sagrada*, tomo XI, pág. 52

2 Núm. VIII id., id., id.; Morales, Notas al *Memorial de los Santos*.  
 Eulogio; Nicolás Antonio, *Bibliot. Vetus*, tomo I, pág. 471.

3 Ut supra, núm. V, pág. 526; Morales, *Crónica*, lib. XV, cap. X  
 poesías de Cipriano fueron publicadas con las de Samson en el tomo  
*España Sagrada*, pág. 524 y siguientes: debe advertirse que los ep-  
 igramas que atribuye Tamayo de Salazar á Samson, no existen en el  
 toledano que sirvió de texto al erudito Florez, por lo cual las rechaz-  
 apócrifas. Las composiciones al *Abanico ó ventalle* de Guisinda llevar-  
 vá notado, en Florez los núms. IV y V, faltando los dos himnos que  
 colás Antonio dice haber escrito Cipriano para la festividad de Santa  
 dia (*Bibl. Vetus*, lib. VI, cap. VII). Digna de elogio es la solicitud,  
 este docto investigador examina los epigramas que á Cipriano atrib-  
 Tamayo de Salazar y sus iguales, abriendo el camino, con atinada  
 para que sólo puedan tenerse por suyos los versos que recogió Flore-  
 lugares citados (Véase todo el indicado capítulo de la *Bibliot. Vetus*).

Las letras latinas reflejaban pues en el suelo de Córdoba las diferentes fases, por donde habia pasado la raza mozárabe en el siglo IX bajo el Imperio de los Califas. Cuando amenazada de lenta disolucion, há menester aquella desafortunada grey reconcentrar todas sus fuerzas intelectuales, y con ellas toda su fé y su patriotismo, á fin de esquivar los tiros de la política musulmana, suena el noble y respetado acento del abad Esperaindeo para rechazar todas las seducciones del mahometismo; y combatido el Koram por su elocuencia, aparece á los ojos de los cristianos, firmes en la fé de sus mayores, como sentina de iniquidad y fuente de impudicia, renaciendo en ellos el antiguo fervor religioso con tan desusada violencia que ni lo entibia la persecucion, ni lo quebranta el martirio. Cuando trabada ya aquella sangrienta y sorprendente lucha, acuden los mahometanos á todos los caminos para obtener la deseada victoria, la voz sublime y simpática de Eulogio se escucha y vibra con mágico efecto en los oidos de los fieles, segundada por la viril y nerviosa elocuencia de Álvaro, que infunde en todos los pechos sin igual aliento; y multiplicando los triunfos del Evangelio, advierte á los Califas de que no era fácil empresa la de borrar de los españoles ni las creencias de sus padres, ni el sentimiento de nacionalidad, con tanto empeño comprimido. Cuando huérfanos y desacaudillados, con la muerte de estos ilustres agiógrafos, caen los mozárabes en doloroso abatimiento, y vejados por la crueldad de Servando, derama entre ellos la maldad de Hostegesis la ponzoña de la herejía, llamado á la liza por el grito de la verdad, empuña el abad Samson las armas de la controversia y de la sátira; y fiado en la santidad de la causa que defiende, ni perdona diligencia, ni omite sacrificio para alcanzar el vencimiento de sus enemigos. Cuando pasadas finalmente aquellas grandes vicisitudes, parece someterse á la necesidad de los tiempos, si bien no le es dado renunciar á la tradicion que la sostiene y fortifica en el cantiverio, desposeida ya la raza hispano-goda de aquellos formidables atletas del cristianismo, sólo tiene fuerzas para producir las obras de Leovigildo y Cipriano, mostrando así la cohesion y enlace intimo de las letras y de la sociedad que las cultiva.

En todas estas situaciones, que hemos procurado bosquejar con

su más propio colorido, se hermana el esfuerzo hecho por los zarábes en nombre de la religion con el esfuerzo propiamente literario, como que uno y otro caminaban al mismo fin, protegido con igual energia de la política mahometana. Así, mientras contemplamos á Eulogio y Álvaro, amamantados en la escuela de Esperaindeo, excitar el entusiasmo de los fieles, vemoslos tan afanarse en la restauracion de los estudios, y apoyados por el ejemplo de Isidoro y de sus discípulos, acudir á las fuentes de la literatura romana, para alcanzar tan importante objeto: mientras el rector de San Zoilo pugnaba por exterminar la idolatría de Hostegesis, á quien daba el nombre de *Hostis-Iesu*, preciábase de conocer los escritores del siglo de Augusto, haciendo alarde de ser solicitado por los Califas para escribir en lengua latina la correspondencia dirigida por estos á los príncipes cristianos<sup>2</sup>; y así por último, mientras el mismo Samson y desde el archipreste Cipriano empleaban la poesía con poca fortuna en asuntos ligeros y alguna vez triviales, tenían á gala el practicar las leyes métricas, resucitadas por Eulogio durante su pontificado [854], y ensayadas por Álvaro en la imitacion de los poetas de otros siglos.

Mas á pesar de esta constante aspiracion á la antigüedad, el abad Esperaindeo, primer móvil de aquella suerte de renacimiento, ni sus dos celebérrimos discípulos, que lo realizan con tanto esfuerzo, ni el abad Samson, que se precia de seguir de cerca sus huellas, logran salvarse de la decadencia en que se arrastran las letras latinas, cundiendo en sus obras todos los vicios de fondo y de estilo que hemos señalado en las producciones de los últimos tiempos. Y no salian en verdad mejor librados fuera de la gramática, ya alterándose la construccion sintáctica de las frases, ya desnaturalizándose y perdiendo su forma primitiva las raices y partículas, ya variándose arbitrariamente el significado de las palabras<sup>3</sup>. Pero el mérito literario de

1 *Ostegesis*, qui melius *Hostis Iesu* potest appellari (*Apologeticus*, libro in prohemio).

2 Id., id., núm. IX.

3 Los defectos más característicos del estilo y lenguaje de estos escritores.

peraindeo, Álvaro y Eulogio estaba subordinado á la grande idea que habia agitado sus plumas, al promover y alentar sin tregua ni descanso el entusiasmo de sus compatriotas, debiendo desaparecer ante la arrebatada entonacion de su elocuencia toda otra consideracion de la crítica. Por eso Álvaro, que demás del *Indículo luminoso*, escribe otras producciones ajenas al martirio, aunque apura toda su erudicion, no alcanza en ellas el digno lauro que aquella obra le conquista: por eso el *Apologético* de Samson, que puede por su origen ser considerado como la primera consecuencia de la muerte de Eulogio, aunque nutrido y vigoroso, carece ya de la espontaneidad que admiramos en la historia y defensa de los mártires; y por eso, en fin, aparecen faltos de calor y de vida los escritos de Leovigildo y Cipriano, distantes de aque-

res consisten: 1.º En usar los verbos deponentes como activos y suponer activos los deponentes con harta frecuencia, como se nota, por egemplo, en *delector*, *opinor*, *sequor*, etc., y en *narro*, *laudo*, *expecto*, etc. 2.º En apocopar ó sincopar las palabras, como en *anathemo*, *anathematus*, *conicio*, *adicio*, etc. 3.º En trocar la significacion de las voces, como *impetro* por *effugio*, *præcideo* por *finio*, etc. 4.º En alterar el uso de las partículas y el movimiento sintáctico de los verbos, como en *coelo tenus*, *terra tenus*, por *usque ad celum*, *usque ad terram*, etc., y en *visionem frueri* por *visione frueri*, *mihi attinet* por *me attinet*, etc. 5.º En concertar los plurales neutros con verbos en singular, como en *saecula recurrit*, *membra est*, *vaticinia cecinit*, *tartara servit*, etc. 6.º En adulterar la terminacion de los nombres, como en *acucia* por *acumen*, *infamium* por *infamia*, *contumelium* por *contumelia*, etc. 7.º En atribuir á los nombres de la cuarta declinacion las desinencias de los de la segunda, como en *censos*, *actos*, *aestos*, etc. 8.º En usar la particula *in* en las voces, á que se prefixa, sin modificacion alguna, como en *intumino* por *illumino*, *inrideo* por *irrideo*, *inludo* por *illudo*, *inreparabilis* por *irreparabilis*; y 9.º En hacer frecuente alarde de los hispanismos *quanti sacerdotes*, *quanti partibus* por *quot sacerdotes*, *quot partibus*, etc. Á estos defectos, que por su repeticion imprimen ya un sello especialisimo en las obras de los mozárabes cordobeses, pueden añadirse otros no tan comunes, aunque de la misma importancia: tal sucede con la alteracion de los géneros en las voces *claustra*, *desima*, *divitia*, *valva*, etc., que consideran no pocas veces como femeninas, cambiando las terminaciones de la primera declinacion; lo cual, unido á la singular ortografia, y á la admision de voces de origen griego, que han perdido ya su primitiva forma, completa la fisonomia exterior de estas peregrinas obras. Esto último sucede con frecuencia en los epitáfios.



lla inmensa hoguera, que habia iluminado con sus inmortal andores la época de la persecucion mahometana <sup>1</sup>.

Daban pues las letras claro testimonio del sucesivo es los cristianos desde los primeros hasta los últimos días glo IX, habiendo ostentado el triste privilegio de brillar c yor fuerza, precisamente cuando más proxima estaba su r Pero si resfriado, ya que no ahogado del todo, aquel sent de dignidad é independencia que habia engendrado el m apenas quedaban entre los mozárabes señales del pasado ei mo patriótico y religioso, justo es repetir que no por es perezido en ellos el noble instinto de la nacionalidad, siend este el principal fruto obtenido de aquella formidable lucha: trábese semejante antipatia en las guerras civiles, que por mo tiempo estallaron entre las diversas razas que poblaban paña árabe, guerras que llenando por largos años de luto l populosas ciudades, debian trasmitir los odios de mozárab ladias y mahometanos á las generaciones futuras. Y cuan rocado el Califato de Córdoba con la muerte de Almanz hammed-ben-Abdaláh], escudo y guarda del trono de Hi difunden las terribles correrias del Cid y los triunfos de so VI inusitado pavor entre los reyezuelos que habian re entre sí la herencia de los Abd-er-Rahmanes; cuando para del continuo peligro en que vivian, llaman estos en su a los almoravides, abriéndoles el Estrecho de Hércules,—ex dos por las eternas violencias y vejaciones, y envidiando la

1 No debemos pasar en silencio que á principios del siglo X [921 Córdoba á ser teatro de la entereza y abnegacion cristiana con el del niño Pelagio, cuya sobrenatural heroicidad dió aliento al presbíte para escribir su peregrina historia (*España Sagrada*, tomo XXIII, ce IV). En ella pareció recobrarse por un instante el espíritu de Eulo Álvaro, que salvando el Pirineo fué á buscar asilo, mediado ya aqu en el monasterio de Gandersheim, inspirando á la monja Hrotsuith: sus más estimadas producciones (Ed. prim. de Nuremberg, 1504, f rado Celtes). El martirio de Pelagio, así como el de Dominico Si acaecido años adelante, no tuvo sin embargo influencia alguna en l rabes, pues que uno y otro eran cautivos cristianos, y no vasallos de yes de Córdoba.

de sus hermanos de Toledo y Zaragoza, hacen los mozárabes desesperado esfuerzo para sacudir el yugo de sus nuevos y más crueles opresores, aventurándose á impetrar el auxilio de los príncipes cristianos, á quienes auguran éxito feliz en aquella osada empresa.

Oyólos Alfonso I de Aragon, é inflamado su bélico esfuerzo por la grandeza de la hazaña, movió sus huestes contra la morisma, que enervada algun tanto su primitiva ferocidad, gozaba los deleites de la Bética en sus encantados verjeles: los temidos estandartes del cristianismo pasearon en son triunfal las comarcas de Valencia, Granada y Córdoba, sin que osaran los africanos afrontar en campo abierto aquellas numerosas huestes. Mas aunque engrosadas estas con diez mil combatientes mozárabes, vióse por último el rey Alfonso forzado á restituirse á su reino, sin otro efecto que el de seguirle doce mil familias cristianas, dejando la gran masa de la poblacion expuesta al bárbaro, bien que motivado, encono de los almoravides.

Grande, terrible como nunca fué la persecucion que estos ejecutaron en los desvalidos: degollados ó muertos en espantosos suplicios los más principales, sobre quienes recaía la sospecha de aquella gran conspiracion que puso en tan grave conflicto el poderio del Islam; y decretada por el vengativo Alt-ben-Yuzeph la extirpacion de *la mala simiente*, fueron declarados esclavos cuantos infundian recelo á su opresora política, y conducidos violentamente al África [1124], donde los estaban esperando mayores desdichas <sup>1</sup>. Derramados los restantes en el interior de la morisma, para borrar del todo en ellos la idea de la nacionalidad, mi-

<sup>1</sup> Los *Anales primeros Toledanos* dicen, despues de referir con enojosa brevedad la expedicion del rey don Alonso I de Aragon, en la Era MCLXI: «Passaron los mozárabes á Marruecos ambidos (por fuerza), Era MCLXII.» Orderico Vidal, que dió algunos pormenores de aquella régia correria, puso la expulsion de los mozárabes en 1125, y por tanto un año despues de los *anales toledanos*: pero el testimonio doméstico nos parece digno de mayor crédito que el aserto de este diligente extranjeró, si bien no dejaremos de observar que el ya citado Conde refirió dicho acontecimiento al año 519 de la Hégira, que equivale al señalado por Orderico (*Dominac. de los drabes*, III.<sup>a</sup> Parte, cap. XXIX).

rabán á poco andar arrancados sus hijos de sus nuevos hogares para formar la guardia de sus propios tiranos <sup>1</sup>, mientras arrebatados en el aluvion de pueblos que lanzan los almohades sobre España, al comenzar del siglo XIII, se veian forzadas las tristes reliquias de los desterrados de África á pasar de nuevo el Estrecho de Hércules, para ofrecer en las gargantas de Murad el holocausto de su sangre en pró de sus fieros dominadores <sup>2</sup>.

Tan desastrada y miserable suerte alcanzaba pues á la grey mozárabe, tras tantas vicisitudes y calamidades como en el espacio de largos siglos la habian afligido: y así desaparecia de la Península Ibérica aquella nacionalidad que al mediar la IX.<sup>a</sup> centuria habia despertado la admiracion del mundo católico con la

1 En 1144 formaban parte de la guardia de Yusuf-ben-Tashfin cuatro mil mancebos cristianos de las familias andaluzas que habia perdonado la saña de Alí: el bárbaro, obedeciendo los consejos de su padre, los condujo al África para oponerlos á los almohades, cuyas oleadas empezaban á inundar el imperio de Marruecos (Conde, *Dominac. de los árabes*, III.<sup>a</sup> Parte, cap. XXXVI).

2 Demás de las razones, nacidas de la misma naturaleza de los ejércitos que trajo á España Mahommed-el-Nassir en 1210, los cuales se componian de «octoginta millia militum,» siendo innumerables los peones (Don Rodrigo, lib. VIII, cap. IX), ó como otros quieren de tres cuerpos, fuerte cada cual de ciento sesenta mil combatientes (Fauriel, *Hist. de la poes. proven.*, tomo II, cap. XX, pág. 153), nos persuade de este hecho un testimonio, todavia no aducido por la critica histórica. Nos referimos á la enérgica cuanto bella *precizanza* que Givaudan el Viejo dirige á los príncipes cruzados que bajo las enseñas de Castilla vienen á combatir el amenazador poderio de los almohades. En ella leemos, despues de apostrofar á los indicados príncipes (Raynouard, tomo IV, pág. 85 del *Choix de Poesies*):

Per que manda 'l reys de Maroc  
Qu' ab totz los reys de Crestias  
Se combatra ab sos trefas  
Andolositz et Arabitz  
Contra la fé de Crist garnitz.  
Totz los Alcavis a mandatz,  
Masmutz, Maurs, Gotz è Barbaris,  
E no y reman gras ni mesquis,  
Que totz no 'ls ayon ajostatz, etc.

Hablando Givaudan primero de andaluces y árabes, y mencionando despues á los *godos* entre las tribus masamudas [*muzmolos* dicen las crónicas], mauritanas y berberiscas, no cabe dudar que alude á los descendientes de los mozárabes, arrojados por el alfange de Alí á las playas africanas.

pureza de sus creencias, la energia de sus sentimientos y la claridad de su ingenio, excitando ahora profunda simpatia en cuantos, libres del ciego espíritu de las sectas filosóficas ó religiosas, contemplan con el desinteresado anhelo de la verdad aquel doloroso espectáculo <sup>1</sup>.—Cuando las vencedoras falanges de Fernando III sometieron al señorío de Castilla la mayor parte del Andalucía, si existian algunas familias cristianas en el territorio arrebatado á la morisma, no halló aquel piadoso monarca en las ciudades de Jaen, Córdoba y Sevilla verdadera grey mozárabe que recordara en ellas la existencia de las razas hispano-latina y visigoda <sup>2</sup>. Agotadas

1 Dimos á conocer en la *Revista española de ambos mundos* (noviembre de 1854) estos estudios en los históricos que sacamos á luz bajo el título de *Mozárabes, mudéjares y moriscos*: un año despues publicaba nuestro entendido amigo don Pedro de Madrazo el tomo de los *Recuerdos y Bellezas de España* relativo á Córdoba, y estudiando allí las artes del Califato, planteaba la cuestion del martirio en términos muy semejantes á los empleados por nosotros. Para este docto académico no es la heroicidad de los mozárabes hija del fanatismo, ni indigna del respeto de los historiadores ilustrados (cap. II, págs. 124, 133 y 140): el sacrificio voluntario de los mártires es el inevitable resultado de la política de los mahometanos, y representa, como para nosotros, la protesta del sentimiento patriótico y del espíritu de raza contra la opresion llorada por Álvaro y Eulogio.—Cuando preparamos estos capítulos para la prensa, llegan á nuestras manos dos *Discursos, leídos ante el claustro de la Universidad de Granada*, debidos á los profesores de la Facultad de filosofia y letras, don Manuel de Góngora y don Francisco Fernandez Gonzalez, nuestro amado discípulo, en los cuales se vindica igualmente la memoria de los mártires con erudicion abundante y selecta (1861): la Real Academia de la Historia abre al propio tiempo concurso sobre la *de los mozárabes*, manifestando así cuán interesante y digna del estudio juzga la suerte de aquella grey desventurada, á quien ha perseguido por último la ojeriza de las sectas con el injusto fallo que rechazamos en esta parte de nuestra *Historia crítica*. Felicitémonos por no haber sido los postreros en tomar parte en esta revindicacion histórica, recordando para terminar, que ya en 1860 expusimos ante la citada Real Academia de la Historia estas mismas doctrinas (*Discurso de contestacion*, leído en la recepcion de don Tomás Muñoz y Romero).

2 Ambrosio de Morales, *Corónica general*, lib. XVII, cap. XII, asegura que no halló San Fernando en Andalucía ninguna familia mozárabe, si bien en algunos pasajes de la misma *Corónica* habia dejado entrever lo contrario: tal sucede, por exemplo, cuando al dar razon de los libros y monumentos que habia tenido presentes para oscribirla, menciona el código de las

sus fuerzas, despedazadas y aventadas las miseras reliquias de godos y romanos, se perdian por último entre los musulmanes para la historia y para la civilizacion los tesoros literarios tradicionalmente guardados por los discípulos de Esperaindeo, mientras consentia la Providencia que hallaran asilo en las montañas de Astúrias las doctrinas de los sucesores del grande Isidoro, destinadas á fructificar en el seno del cristianismo durante la edad media.

Prosigamos tan interesante estudio en el capítulo siguiente.

obras de Álvaro «conservado allí [en Córdoba] desde los cristianos mozárabes »que lo escribieron» (Proe. al lib. XI); y no otra cosa pudiera deducirse al verle copiar algunas inscripciones que adelante mencionaremos, para demostrar que prosiguió en la Colonia Patricia de los romanos el culto cristiano, y que «desde el tiempo de los godos existió su iglesia» (lib. III, cap. VIII). Sin embargo, son dignas de tenerse en cuenta las palabras del arzobispo don Rodrigo, cuando refiere cómo fué repoblada Córdoba por los cristianos: «Tanta est Urbis illius abundantia, amoenitas, et ubertas, quod audito praeconio tantae urbis ex omnibus Hispaniae partibus habitatores et futuri incolae, relictis natalibus sedibus, quasi ad regales nuptias cucurrerunt, et *sic incolis continuo est repleta*, quod domus habitatoribus, non habitatores domibus defecerunt» (lib. IX, cap. XVII). Don Rodrigo no menciona pues á los mozárabes entre los nuevos pobladores. Ni tampoco el rey don Alfonso el Sabio en la *Estoria de Espanna*, donde narra detenidamente estos hechos y los relativos á la conquista de Sevilla, cuyo repartimiento ejecuta por mandamiento de su padre, los nombra una sola vez; lo cual nos convence de que, si podia existir en Andalucia alguna familia, en que se conservase aun sangre mozárabe, ninguna importancia ni significacion tenia ya, como pueblo, aquella grey desventurada. Ni vale acotar, para probar lo contrario, con el testimonio del autor del *Carthay*, cuando dice que cercada Córdoba por Fernando III, le dieron los cristianos que estaban en la Axarquía, entrada en la ciudad (pág. 183 del texto árabe, ed. de Tornberg, y 302 de la trad. portug. de Moura); pues que el referido historiador habla en efecto de los cristianos que habiéndose apoderado de la Axarquía por la torre oriental, que lleva aun nombre del *Colodro*, tomado de su escalador, sufrieron allí heroicamente largo asedio hasta que los socorrió San Fernando, quien por la distancia (pues se hallaba en Benavente) y por la crudeza del invierno (que fué de grandes nieves y aguas) tardó mucho más de lo que deseaba. Los cristianos referidos permanecieron en la Axarquía, y la tuvieron por suya desde ocho de enero hasta «la fiesta de los apóstoles Sant Pedro et Sant Pablo,» 29 de junio de 1226 (*Estoria de Espanna*, ó *Crónica General*. ed. de Ocampo, Zamora, 1541).

## CAPITULO XIII.

### PRIMEROS HISTORIADORES DE LA RECONQUISTA.

---

SEBASTIAN, SAMPIRO, PELAYO, EL SILENSE, etc.

Los cristianos independientes.—Progresos de la reconquista.—Alfonso II.—La corte de Oviedo.—Alfonso el Magno.—Primeros ensayos históricos.—Sebastian de Salamanca.—Su *Chronicon*: exámen del mismo.—La *Chronica Albeldense*.—Su exposicion histórica y crítica.—Sampiro: su *Chronica*. Juicio literario de la misma.—Don Pelayo de Oviedo y el monje de Silos.—Análisis y juicio crítico de ambas *Chronicas*.—Conquista de Toledo.—Influencia de este suceso en la civilizacion española.—*Chronicas* latinas del siglo XII.—La *Gesta Roderici Campidocti*.—La *Historia compostelana* y la *Chronica Adephonsi Imperatoris*.—Historiadores religiosos: Grimaldo, Renallo, Rodulfo y Juan Diácono.—Observaciones generales sobre el desarrollo de la historia en estas remotas edades.

Dejamos bosquejado el lastimoso cuadro que ofrece al historiador y al filósofo la raza hispano-goda, sometida al yugo del Islam, justificando con este interesante estudio cuantas observaciones llevamos hechas, respecto de la excesiva influencia que en los últimos tiempos se ha pretendido dar á los árabes en la civilizacion española desde el momento de la conquista. Córdoba, asiento de los Califas, se ha mostrado á nuestros ojos como centro y teatro de ambas culturas: allí hemos contemplado la gran lucha que se trava y sostiene entre el mundo moral de Oriente y el mundo moral de Occidente, entre el Koran y el Evangelio; y combatida

por la astucia y despedazada por la fuerza la nave, generosa y virilmente defendida por los Eulogios y los Álvamos, la hemos visto finalmente arrojada tras largas tempestades á las abrasadas arenas del África, donde no habia ya amparo ni salvacion para aquellos desventurados náufragos, que abrazados á la cruz, resistieron con tal constancia el furioso embate de enemigas olas. La raza mozárabe se extingue y desaparece por efecto del edicto de Ali-ben-Yuzeph <sup>1</sup>, como tres siglos y medio adelante desaparece el pueblo hebreo de la Península Ibérica, y como ciento diez y ocho años más tarde se extingue la grey musulmana, vencida y postrada del todo en los últimos dias del siglo XV por la espada de los Reyes Católicos.

Pero si en tan porfiada contienda sucumbe bajo el imperio de los musulmes esta parte tan desdichada como noble de los antiguos pobladores de España, sin que le sea dado recabar con las armas la independendencia de sus mayores, ni ose en medio de los disturbios, á que la arrastran las discordias sarracenas, capitanear ninguna insurreccion, prueba evidente de la postracion material en que vivia <sup>2</sup>, no por eso fueron estériles su abnegacion y

1 Para completar en lo posible los documentos relativos á este hecho importantísimo en la historia de la civilizacion española, parécenos bien recordar aquí el testimonio de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, en que Ali (Rex Hali) aconseja á su hijo Yusuf (Texuflnus) algun tiempo despues del referido edicto, que cuantos cristianos pudiera aprehender, los enviase al África: «Viros bellatores christianorum et mancipia, et pueros et mulieres honestas, et puellas quascunque ceperis, mitte trans mare» (Lib. II, núm. V, XLII de la *Chronica*). Tras estos notabilísimos hechos, que descubren la política de Ali, encaminada al exterminio del cristianismo, narra la *Chronica* la venida á España de los *muzmotos*, y consignados los estragos que ejecutan en Sevilla y otras ciudades fuertes (civitates munitas) y poblaciones de la Bética, dice: «Et occiderunt nobiles eius et christianos, quos vocabant *muzárabes*..., qui ibi erant ex antiquis temporibus, et acceperunt sibi uxores eorum, et domos et divitias» (Id., núm. CI). Refiriéndose por último á los cristianos llevados por Ali y su hijo al África, observa: «Quo tempore (1147) multa millia militum et peditum christianorum, cum suo episcopo et cum magna parte clericorum, qui fuerant de domo Regis Hali et filii eius Texuflni, transierunt mare, et venerunt Toletum.» La poblacion cristiana huia pues de las regiones andaluzas, donde era ya imposible su existencia.

2 El docto Mr. Rosseuw de Saint Hilaire observa sobre este punto: «Dans

su patriotismo, excitando la memoria de su esclavitud y la fama de sus infortunios el ya probado esfuerzo de aquellos incansables guerreros, que iban palmo á palmo reconquistando el perdido territorio de la Península.

Grandes habian sido, en efecto, los pasos dados por los cristianos independientes durante aquel largo período de tribulacion, de prueba y de agonía para los mozárabes. Desquiciado en Guadalete el trono de Ataulfo, y despedazada la púrpura de Recaredo en los hombros del rey don Rodrigo, cuya progenie visigoda ha sido puesta en duda <sup>1</sup>, ni hallan respiro los que responden al grito salvador de Pelayo en la apremiante necesidad de la guerra, ni logran tampoco en aquellos supremos instantes tregua ni descanso, para proseguir cultivando las artes de la paz, lejanas siempre de los campamentos. Habíanse recogido sin embargo en las enriscadas montañas de Astúrias, con las reliquias de los santos y las preseas de los templos, las inmortales obras de Isidoro y de sus discípulos; y si no era posible en medio de tantos azares y peligros volver tranquilamente la vista á los estudios de las letras, que sólo debían reanudarse de lleno, cuando, constituida ya la nueva república, hallaran aquellas verdadero asilo en el retiro de los claustros, conservábase allí con plausible anhelo la vididora semilla, que debía fructificar en breve, como fructificó dos siglos antes en los Padres de la Iglesia española.

toute l'histoire de l'Emirat nous ne trouvons pas l'exemple d'une population mozarabe, qui ait su conquérir son indépendance. Il leur faut, pour remonter au rang de peuple libre, l'appui de la conquête chrétienne» (*Histoire d'Espagne*, lib. V, cap. I).

<sup>1</sup> Estas dudas trascienden á los historiadores árabes. El celebrado Almacari, tantas veces citado, aludiendo al libro de Aben Hayyan que lleva por título *Al-Muctabís*, escribe en el *Kitab-Násh-Attyb*: «Refieren que Ruderic (ó «Luderic») no fué de los hijos de los reyes, ni de puro linaje del pueblo godo» (lib II). Aben-Adhari, en las *Historias de Al-Andalus*, cuya traduccion dá á luz en Granada nuestro amado discípulo don Francisco Fernandez y Gonzalez, añade: «Y en los libros agemíes [romanos ó latinos] se lee que Rodrigo no era «de casa real, sino ambicioso usurpador,» etc. (pág. 11). Ni el Pacense, ni despues de él don Rodrigo, hacen sin embargo alusion alguna á este origen de Rodrigo, manifestando unánimes que ciñó la corona, *hortante Senatu* (Isid. núm. XXXIV; Rodrig. lib. III, cap. XXVII).



Pero si no es posible en el tumulto de las armas proseguir con entero reposo las meritorias tareas de los Eugenios é Ildefonsos, de los Bráulios y los Paulos, cuando pelagra el dogma católico en manos de Elipando y de Felix (ya lo hemos demostrado), resuena desde las montañas de Liébana y de Astúrias, para defender su pureza, la fogosa elocuencia de Etherio y de Beato; y aquellos entendidos escritores, que destruyen con la fuerza de su palabra la herejía del metropolitano de Toledo, muestran por una parte que no yacia en olvido la enseñanza de las Sagradas Escrituras, y descubren por otra que no les eran peregrinas las obras de los filósofos, oradores y gramáticos de la antigüedad clásica, conservando fidelísimamente la tradición isidoriana <sup>1</sup>.

Ni enmudeció tampoco la docta musa del cristianismo en los momentos en que hubo menester de ella la piedad de los reyes para legar á la posteridad la memoria de las nuevas basílicas erigidas al Salvador y consagradas por los obispos desterrados de sus provincias; y si no brilló entonces con aquella claridad que habia ostentado en las producciones de Eugenio y de Ildefonso, guardó al menos solícita las formas, de que se habia revestido, enseñando así que aun en medio de los conflictos y sobresaltos que la rodeaban, no le era dado abdicar de aquella preciosa conquista, que debia transmitir, más ó menos adulterada, á los siglos venideros <sup>2</sup>.

No se ahogaban por cierto en medio de tantos afanes los gér-

<sup>1</sup> Hemos notado ya respecto de Isidoro cómo los impugnadores de Elipando siguen estrictamente su doctrina, copiando las definiciones literarias de las *Etimologías*: notable es lo que el mismo Beato escribe respecto de los filósofos, oradores y gramáticos de la antigüedad y de las letras profanas (seculares litterae), refiriéndose á los misterios del cristianismo: «Hoc Plato doctus nescivit; hoc Tullius eloquens ignoravit: hoc fervens Demosthenes nunquam penitus indagavit. Aristotelica hoc non continet pineta contorta; Crisippi hoc non retinet acumina flexuosa. Non Donati ars artis regulis indagata nec totius grammaticorum oliva disciplina.» Claro y evidente parece que quien de esta manera califica á los escritores de la antigüedad, ya por autoridad propia, ya siguiendo la de Eucherio, á quien menciona, debia conocerlos y estudiarlos (*España Sagrada*, tomo IX, pág. 133).

<sup>2</sup> Véase el siguiente capítulo, y para mayor amplitud la Ilustración I.<sup>a</sup> de este volumen.

menes de las ciencias ni de las letras, ni menos llegaba á quebrantarse la veneranda tradicion de los estudios; pero dominados los cristianos independientes por la fuerza de los sucesos y por la necesidad constante de asegurar su existencia, ensanchando los límites de la naciente monarquía, sólo fué y debió ser la guerra su ocupacion diaria y preferente ministerio, causándonos verdadera maravilla el espectáculo que presenta la difícil obra de la reconquista en aquel trabajoso y largo período. Conveniente es consignarlo desde luego: si los ejércitos de Pelayo y de Alfonso el Católico hallan á los mahometanos divididos por el fuego de la anarquía, logrando á merced de sus discordias echar los cimientos al nuevo imperio,—instituido ya el Califato, que ostenta una série de príncipes, á quienes no puede negar la historia el galardón de los repúblicos ni el lauro de los guerreros, crecen, con las angustias de los cristianos, las dificultades de la colosal empresa, que animados de la más alta esperanza habian acometido, siendo por tanto más dignas y meritorias la fé y la perseverancia que en medio de tantos peligros los alientan y sostienen. Y es todavía mayor la gloria de aquellos esforzados paladines de la religion y de la libertad, cuando se considera que durante la época más floreciente del Imperio árabe-español se afirman y ensanchan por todas partes los dominios cristianos; é impotentes para reprimir sus progresos, miran los Califas levantarse sucesivamente nuevos Estados, que robustecidos por una y otra victoria, van cercenando de día en día el territorio de sus provincias, repeliéndolos de mar á mar sobre las regiones meridionales.

Hay, sin embargo, un momento, en que los heróicos esfuerzos de Abi-er-Rahman III y las cien victorias de Mahommad-ben-Abdallah, valeroso caudillo que restaura y mantiene sobre sus hercúleos hombros el Imperio de los árabes, reducen á los cristianos al último extremo. Pero al cabo la mano invisible y omnipotente que pelea en Covadonga por la salud de Pelayo y de los suyos, derrocaba en la colina de los Buitres (Calat-al-Nazor) al coloso del Mediodía; y mientras herido por el hierro cristiano expiraba Almanzor en Medinaceli, era la corte de los Califas presa de horribles convulsiones, en que se desvanecian, como el humo, la cultura y gloria de los Abi-er-Rahmanes. Eclipsado el astro

del Califato en el punto mismo en que parecía más radiante y esplendoroso, caía pues desplomado el señorío de los Omíadas, cuando amenazaba aherrojar de nuevo la Península entera al carro de sus triunfos; y perdido ya todo equilibrio entre el cristianismo y el Islam, eran diariamente despojados los sarracenos de extendidas comarcas, volando por último los estandartes de Alfonso VI sobre los muros de Toledo.

Extraordinaria fué la importancia de tan memorable acontecimiento en la historia de las armas españolas, y no menor efecto produjo en la historia de la civilización, modificando hasta cierto punto cuantos elementos de cultura abrigaban los cristianos independientes. Mas ¿cuál había sido hasta darle cima, la suerte de las letras en aquellos Estados, que habían llevado tan laboriosa existencia?—Los que se han propuesto escribir sobre los orígenes de la literatura castellana, propiamente hablando, sólo han visto oscuridad y tinieblas en aquel largo período de la restauración cristiana, sólo han tenido lástima ó desden para las obras dadas á luz en medio de tantos conflictos; y sin embargo en ninguna parte se veía bosquejada con más propio colorido la sociedad que las produce. Porque debe tenerse muy en cuenta: así como en las creaciones de las artes se vá reconociendo por ventura que no se interrumpe en modo alguno la tradición de los antiguos tiempos <sup>1</sup>, así también en los frutos de las letras ha debido descubrirse esa misma filiación y procedencia, y que alterados por la fuerza de los hechos los elementos externos que las constituyen, van de

<sup>1</sup> Conocidos son, cuando damos á la prensa estos capítulos, los estudios que hemos realizado respecto de las artes visigodas en el libro del *Arte latino-bizantino en España*, ya antes citado; mas para que no se juzgue que apelamos sólo á la propia autoridad, trasladaremos aquí las palabras del respetable historiador de la *Arquitectura española*: «Los naturales del norte de la Península (dice) y los que á su lado buscaron un asilo contra la persecución de los árabes, al emplear este género de arquitectura (el de los primeros templos edificados por los reyes de Asturias) no hicieron una nueva adquisición: conservaron sólo la herencia de sus padres, que les había sido directamente transmitida: la poseían sin interrupción, sin que el tiempo, ni la distancia hubieran podido alterarla» (Caveda, *Ensayo Hist. sobre la Arquitectura española*, cap. IV).

dia en dia modificándose sus caractéres, hasta producirse, respecto de los medios expositivos, una trasformacion completa, que reflejando todavia con mayor fidelidad la cultura cristiana, personificara en la esfera de la inteligencia los repetidos triunfos alcanzados en el campo de batalla.

Mas los que han tenido en poco las producciones de aquellas lejanas edades, no repararon por cierto en que, sobre no alegar mayores títulos de cultura literaria las demás naciones de Europa, que recibian por el contrario no extigua enseñanza de la Península <sup>1</sup>, desde el momento mismo en que le proporcionan sus victorias algun respiro, comienza á germinar de nuevo la semilla de las letras y de las artes en el suelo de Astúrias, recogándose al abrigo de los monasterios erigidos por la piedad de aquellos reyes y caudillos, que sin desceñir el hierro ni arrimar la espada, ambicionaron tambien la gloria pacífica, que debia immortalizar sus nombres, no menos que sus heroicas proezas <sup>2</sup>. Así Alfonso I, terror de los mahometanos, mientras arrebatava al poder del Islam numerosas ciudades y comarcas, restituia á sus desiertas sillas los obispos, y dotaba sus iglesias de preseas y libros para el culto, ganando con justicia, no sólo el nombre de *Vencedor*, mas

1 Véase el cap. XV del presente volumen. No se olvide entre tanto que comprendiendo el Imperio visigodo del lado allá del Pirineo toda la Galia Narbonense, echó allí profundas raices, como en toda España, la civilizacion que personifican Isidoro y sus discipulos, y que no destruidas por la conquista sarracena las instituciones debidas al IV concilio toledano, debieron fructificar los gérmenes de cultura que encerraban, en aquellas venturosas comarcas que iba á immortalizar en breve la musa de los trovadores.

2 Hemos notado en el anterior capítulo que el principe Aldelgastro fundó el célebre monasterio de Obona en el año de 780 (Era 818): en el testamento ó escritura de fundacion, despues de dar razon de los bienes que le adjudica, leemos: «Damus... et lectionarium, et responsorium, et duos psalterios et uno Dialogorum (son los de San Gregorio), et passionarium, et una Regula de ordine Sancti Benedicti» (*España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 308). Antes habia hecho Alfonso el Católico análogas donaciones, al fundar el monasterio de Covadonga (año 740, Era 778), mencionando otros monasterios, tales como el de San Miguel y el de San Vicente mártir (Id., id., págs. 303, etc.). Como veremos luego, estas fundaciones, por el estado general de la civilizacion y por la significacion de la regla de San Benito, tenian extremada importancia en el fomento de la cultura.

también el de *Católico*, que le enlazaba directamente con la civilización representada por Leandro é Isidoro: así Alfonso II, halagado igualmente por sus numerosos triunfos, mientras congrega Carlo-Magno en su corte á los más distinguidos varones de su tiempo, dando vida á aquella especie de renacimiento literario que apenas deja huellas despues de su muerte <sup>1</sup>; mientras Al-Hakem y Abd-er-Rahman II engrandecen con suntuosas fábricas de maravillosa arquitectura la ciudad de Córdoba, prosiguiendo respecto de las letras y las ciencias la obra inaugurada por el primer Califa <sup>2</sup>,—atiende con extremada solicitud á exornar de palacios, baños y acueductos su nueva corte de Oviedo; y al paso que restaura con extraordinaria magnificencia el templo de San Salvador, levantado por Fruela, su padre, erige á su alrededor otras no menos celebradas basílicas <sup>3</sup>, congregando en su corte cuantos prelados buscaban asilo en los valles de Astúrias, huyendo de la persecucion mahometana. Oviedo, que segun la expresion de los Padres del concilio celebrado en 844, se alzaba en lugar

1 «Les lettres encouragées et renouvelées en France par Charle-Magne, mais trop exclusivement consacrées á un seul objet, n'eurent pas le temps de jeter des racines: elles ne produisirent presque aucun fruit: elles se retrouvèrent apres ce grand effort, telles qu'elles etaient auparavant, et dans le même etat d'inertie et de nullité» (Ginguené, *Hist. Litt. d'Italie*, lib. II, cap. I).

2 San Eulogio escribia, hablando de Abd-er-Rahman: «Cordubam vero quae olim Patricia dicebatur, nunc sessione sua Urbem regiam appellatam, summo apice extulit, honoribus sublimavit, gloria dilatavit, divitiis cumulavit, cunctarumque deliciarum mundi affluentia (ultra quam credi vel dici fas est) vehementius ampliavit» (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. I).

3 Puede consultarse al propósito, demás del *Ensayo histórico de la Arquitectura española* de Caveda, y el tomo de Astúrias de los *Recuerdos y Bellezas de España*, la Monografía de la *Cámara santa de la catedral de Oviedo*, que damos á luz en los *Monumentos arquitectónicos de España*. El estudio arqueológico de todos estos monumentos manifiesta cuán aventuradamente, cediendo al propósito de hacernos del todo tributarios de la Francia, ha asentado un muy docto escritor de nuestros dias, como prueba decisiva de sus asertos, que no se halla en España vestigio alguno de una iglesia anterior al siglo XII (Damás-Hinard, Introd. al *Poeme du Cid*, Paris, 1858). Remitimos también á este sabio escritor al *Arte latino-bizantino en España*, donde hallará testimonios abundantes de lo contrario (Madrid, 1864).

de Toledo como cabeza de la España cristiana <sup>1</sup>, veía también renacer con la gloria de las artes los estudios eclesiásticos; y enriquecidas sus iglesias con los preciados tesoros de la literatura hispano-visigoda [libros gothicos], que merecía con entera exactitud título de isidoriana, constituíase naturalmente en centro intelectual de la nueva monarquía, así como era ya cabeza de sus dominios <sup>2</sup>.

Animado de igual celo acude á fomentar la renaciente cultura del pueblo cristiano el esclarecido príncipe que merece por vez primera el título de *Magno* entre los reyes españoles; y ya edificando nuevas basílicas, consagradas por los obispos que lloran en la cautividad sus propias iglesias <sup>3</sup>, ya levantando monasterios,

<sup>1</sup> Simili etiam modo Toletus totius Hispaniae antea caput extitit, nunc vero Dei iudicio cecidit, cuius loco Ovetum surrexit.» Algunos escritores nacionales han negado la autenticidad de este concilio: el erudito Risco, oponiéndose al sentir de Florez, la dejó no obstante comprobada (*España Sagrada*, tomo XXXVII, págs. 166 y sigs.).

<sup>2</sup> Tal debía ser naturalmente la fuerza de los sucesos: de los libros donados á la iglesia de Oviedo por Fruela I, menciona Ambrosio de Morales un *Sanctoral*, que existía en su tiempo, donde se leía en diversos principios de capítulos: «Froylani principis liber» (*Coron. Gen.*, lib. XIII, cap. XVIII). En el testamento de su hijo don Alfonso el Casto se lee, después de especificar las preces y ornamentos que dejaba á dicha iglesia: «Et librorum bibliotheca» (*Esp. Sag.*, tomo XXXVII, apénd. VII). Del mismo escribía el Silense: «Ecclesias... auro, argento, lapidibus preciosis, ac sacrae legis libris ornare devote studuit» (núm. XXVI). El rey don Alonso, el Magno, de quien á continuación hablamos, decía también en su testamento: «Concedimus in primis ex facultatibus nostris praefatae ovetensi ecclesiae ornamenta aurea, argentea, eboracea, auro texta: pallia et sirga plurima: *libros etiam divinae paginae plurimos*» (*España Sagrada*, loc. cit., apénd. XI). Curioso es examinar sobre este punto las escrituras de fundación de los monasterios, donde, como nos prueba la de Aldelgastro, uno de los principales objetos de su dotación eran las bibliotecas, enriquecidas luego con el incesante trabajo de los monjes, á quienes cabía el oficio de *antiquarios*, conocido ya de los lectores.

<sup>3</sup> Uno de los hechos históricos más dignos de tenerse en cuenta para fijar el estado de la cultura cristiana en esta primera edad de la reconquista y las relaciones que la nueva monarquía de Pelayo guardaba con el resto de la Península, sometida al yugo del Islam, es la existencia en Asturias de los obispos de diferentes diócesis, situadas á larga distancia de aquellos valles

donde hallaban seguro asilo las ciencias y las letras <sup>1</sup>, ya honra-  
do con su amistad y cariño á los prelados y sacerdotes que:

Levantada por Alfonso el Casto la basílica de San Salvador de Oviedo, esta consagrada por los obispos de Braga, Iria, Leon, Salamanca, Oren (Calahorra) (802), celebrado el concilio de Oviedo nueve años después, nacian entre los obispos de Asturias y Galicia, no solamente los de las diócesis de Portugal no rescatadas, tales como Viseo, Lamego y Porto, sino bien los de Astorga, Leon, Palencia, Segovia, Ouma, Avila y Salamanca consagrar Alfonso III la basílica de Santiago en Compostela (876), se eban hasta diez y seis obispos, nueve de los cuales tenían sus sillas en Salamanca, Coria, Coimbra, Lamego, Viseo, Braga, Oporto y Zaragoza (do el referido principe edifica por último la iglesia de Valdedios (892), la sagran al culto los obispos de Dumio, Coimbra, Iria, Astorga, Lamego, y Zaragoza. Es pues innegable que refugiendo a las montañas asturianas escivamente los prelados de las más apartadas comarcas, para buscar en asilo a las persecuciones mahometanas, eran frecuentes las relaciones de cristianos independientes y los mozárabes, acaudalándose cada día la lengua asturiana, así con la ciencia de aquellos respetables varones, como los tesoros literarios que lograban rescatar del cautiverio.

El Piamonte aquí seriamente la atención de los lectores respecto de lo que significaba en esta edad y en siglos posteriores hasta la creación de los *Indios Generales* (de que en su día trataremos) la fundación de los monasterios. Siguiendo el espíritu de la *Regla de San Benito*, en otro lugar exacto (cap. VII, pag. 299 y siguientes del tomo II), equivalía la institución de cada uno de estas casas a la creación de una doble escuela, donde no solamente hallaban enseñanza lo que seguían el clero, sino también los de los príncipes y de los nobles. Solo de esta manera se comprende en aquellos tiempos la organización de los estados, que propagándose deপুরa iglesias catedrales, llegan por último a secularizarse con la creación de universidades literarias (Vase el cap. V del siguiente volumen), no ya en misterio, sino históricamente, las relaciones que habían y en las erencias correspondientes a la educación de los hijos de los reyes y magnates. El doctor romano, e no obstante la utilidad significaba su importancia de estos escritos. Aunque Benedictino mismo escriba: Sed hoc publicum erant, a venditum erant etiam a viciis aristocratis et institutis. En los monasterios se creaban escuelas para enseñar a los nobles, aunque phisicamente presentantes el vicio, el humanismo de *Puerorum Institutione*. El cap. II. Así pues, siempre que en estos tiempos se trata de la fundación de un monasterio se habla de un centro de instrucción y de cultura, siendo también una de las causas de la creación de los *Institutos de segunda enseñanza*, y de la latente república en estos últimos años.

se distinguian por su saber y talento, dirigiase el tercer Alfonso á refrescar, robustecer y perpetuar las tradiciones de su pueblo con el auxilio de la historia. Reducida esta en el retiro de los monasterios y baslicas á los fugaces, breves ó incompletos apuntes de los *Cartularios*, *Necrologios*, *Leccionarios*, *Calendarios* y *Santorales*, sólo habian podido ser consignados de una manera tan incoherente como fortuita, ora los grandes desastres, ora las prodigiosas victorias de las armas asturianas, dando así claras señales de la tribulacion y ansiedad, en que se habia vivido durante los primeros dias de la reconquista. Desde este momento se iba pues á reanudar la tradicion de los estudios históricos, hallando benévola acogida en el episcopado aquel generoso pensamiento, que tres siglos y medio despues debia tener cumplido desarrollo en la corte de otro Alfonso, á quien saluda la posteridad con el renombre de *Sabio*. Mas si procuraba tan celebrado monarca despertar en su pueblo el amor á las letras, recordándole al par las proezas que llenaban el gran período trascurrido desde la invasion sarracena, resonando tambien su noble acento en el fondo de los monasterios, renacia en ellos aquel levantado espíritu que habia inflamado en Córdoba la pluma de Eulogio, llegando á ser el heroismo y la virtud, la religion y la guerra únicos objetos de la historia, así como lo eran ya sin duda de los cantos populares.

Esta manera de poemas que celebraban las hazañas de los héroes cristianos, rudos como la muchedumbre que los entonaba, vagos y pasajeros como el medio con que tendian á perpetuarse, no podian satisfacer sin embargo los ilustrados deseos del tercer Alfonso: conociendo la historia de los antiguos reyes visigodos que le habia presentado por medio del presbítero Dulcidio el obispo Sebastian de Salamanca, sentia nacer en su pecho el anhelo de que fuesen dignamente consignados los gloriosos hechos de sus predecesores, condenados al silencio por la pereza de otros dias; y formulando el pensamiento, que sobre tal punto abrigaba, en una carta dirigida al referido Sebastian, pontale delante el ejemplo de Isidoro de Sevilla, para que conforme á las memorias conservadas por los ancianos, se reanudase la historia de los godos desde el tiempo en que tan esclarecido varon habia dado fin



donde hallaban seguro asilo las ciencias y las letras <sup>1</sup>, ya honrando con su amistad y cariño á los prelados y sacerdotes que más

Levantada por Alfonso el Casto la basílica de San Salvador de Oviedo, era esta consagrada por los obispos de Braga, Iria, Leon, Salamanca, Orense y Calahorra (802); celebrado el concilio de Oviedo nueve años despues, aparecian entre los obispos de Astúrias y Galicia, no solamente los de las diócesis de Portugal no rescatadas, tales como Viseo, Lamego y Porto, sino tambien los de Astorga, Leon, Palencia, Segovia, Osma, Ávila y Salamanca: al consagrar Alfonso III la basílica de Santiago en Compostela (876), se contaban hasta diez y seis obispos, nueve de los cuales tenian sus sillas en Auea, Salamanca, Coria, Coimbra, Lamego, Viseo, Braga, Oporto y Zaragoza: cuando el referido príncipe edifica por último la iglesia de Valdedios (892), la consagran al culto los obispos de Dumio, Coimbra, Iria, Astorga, Lamego, Lugo y Zaragoza. Es pues innegable que refluyendo á las montañas asturianas sucesivamente los prelados de las más apartadas comarcas, para buscar en ellas asilo á las persecuciones mahometanas, eran frecuentes las relaciones de los cristianos independientes y los mozárabes, acaudalándose cada dia la monarquía asturiana, así con la ciencia de aquellos respetables varones, como con los tesoros literarios que lograban rescatar del cautiverio.

1 Llamamos aquí sériamente la atencion de los lectores respecto de lo que significaba en esta edad y en siglos posteriores hasta la creacion de los *Estudios Generales* (de que en su dia trataremos) la fundacion de los monasterios. Siguiendo el espíritu de la *Regla de San Benito*, en otro lugar examinada (cap. VII, pág. 299 y siguientes del tomo I), equivalia la institucion de cada una de estas casas á la creacion de una doble escuela, donde no solamente hallaban enseñanza los que seguian el clericato, sino tambien los hijos de los príncipes y de los nobles. Sólo de esta manera se comprende en aquellos tiempos la organizacion de los estudios, que propagándose despues á las iglesias catedrales, llegan por último á secularizarse con la creacion de las universidades literarias (Véase el cap. V del siguiente volumen); no siendo ya un misterio histórico las relaciones que hallamos en las crónicas coetáneas respecto de la educacion de los hijos de los reyes y magnates. El docto Mariana, considerando la utilidad, significacion é importancia de estas escuelas, escribia: «Antiqua Benedictinorum coenobia Scholae publicae erant, ad iuventutem erudiendam a viris sanctissimis constitutae. Ex his monasteriis, velut ex arce sapientiae innumeri viri prodierunt, utriusque philosophiae cognitioni praestantes divinae et humanae» (*De Puerorum Institutione*, lib. I, cap. I). Así pues, siempre que en estos tiempos se trata de la fundacion de un monasterio, se habla de un centro de ilustracion y de cultura, siendo obra tan meritoria como la creacion de los *Institutos de segunda enseñanza*, abiertos á la juventud española en estos últimos años.

se distinguian por su saber y talento, dirigiase el tercer Alfonso á refrescar, robustecer y perpetuar las tradiciones de su pueblo con el auxilio de la historia. Reducida esta en el retiro de los monasterios y basílicas á los fugaces, breves ó incompletos apuntes de los *Cartularios*, *Necrologios*, *Leccionarios*, *Calendarios* y *Santorales*, sólo habian podido ser consignados de una manera tan incoherente como fortuita, ora los grandes desastres, ora las prodigiosas victorias de las armas asturianas, dando así claras señales de la tribulacion y ansiedad, en que se habia vivido durante los primeros dias de la reconquista. Desde este momento se iba pues á reanudar la tradicion de los estudios históricos, hallando benévola acogida en el episcopado aquel generoso pensamiento, que tres siglos y medio despues debia tener cumplido desarrollo en la corte de otro Alfonso, á quien saluda la posteridad con el renombre de *Sabio*. Mas si procuraba tan celebrado monarca despertar en su pueblo el amor á las letras, recordándole al par las proezas que llenaban el gran periodo transcurrido desde la invasion sarracena, resonando tambien su noble acento en el fondo de los monasterios, renacia en ellos aquel levantado espíritu que habia inflamado en Córdoba la pluma de Eulogio, llegando á ser el heroismo y la virtud, la religion y la guerra únicos objetos de la historia, así como lo eran ya sin duda de los cantos populares.

Esta manera de poemas que celebraban las hazañas de los héroes cristianos, rudos como la muchedumbre que los entonaba, vagos y pasajeros como el medio con que tendian á perpetuarse, no podian satisfacer sin embargo los ilustrados deseos del tercer Alfonso: conociendo la historia de los antiguos reyes visigodos que le habia presentado por medio del presbítero Dulcidio el obispo Sebastian de Salamanca, sentia nacer en su pecho el anhelo de que fuesen dignamente consignados los gloriosos hechos de sus predecesores, condenados al silencio por la pereza de otros dias: y formulando el pensamiento, que sobre tal punto abrigaba, en una carta dirigida al referido Sebastian, pontale delante el ejemplo de Isidoro de Sevilla, para que conforme á las memorias conservadas por los ancianos, se reanudase la historia de los godos desde el tiempo en que tan esclarecido varon habia dado fin

á la suya <sup>1</sup>. No podía en verdad ser más explícito el empeño rey por enlazar la monarquía de Ataulfo con la de Pelayo, canizando en esta forma cuantos esfuerzos había hecho Alfonso para restaurar la antigua pompa y grandeza de los visigodos ya procediera él mismo á realizar aquella idea, ya la encomendara al mencionado obispo, que despojado en el flujo y reflujo de la conquista de la silla de su episcopado, era uno de los principales ornamentos de la corte <sup>2</sup>, digno es de notarse cómo se lleva á c

1 Conveniente nos parece advertir que padeció el rey de Asturias not error, cuando dijo: «Gothorum Chronica usque ad tempora gloriosi Wbani regis Isidorus, Hispalensis sedis episcopus, plenissime edocuit.» La *Chronica* de San Isidoro, conforme dejamos en su lugar manifestado, sólo alza hasta el año quinto del reinado de Suinthila (626), pareciendo indudable que en la época de don Alfonso se hubiera suplido el período, que m entre aquel monarca y el rey Wamba, por algun códice del Pacense, ú escrito antes de la invasion sarracena. De esto nos persuade el comen<sup>z</sup> *Chronica* de que tratamos, con el reinado de Wamba, tomado, como en expresa, de la *Historia de la rebelion de Paulo*, debida á San Julian, y e ferirse el Silense á la *Historia* de San Isidoro en los mismos términos q el rey don Alfonso. Acaso en la compilacion de don Pelayo, de que despue blaremos, se conserva dicha *Chronica* en la forma, con que fué conocid aquellos tiempos. De cualquier modo, creemos que el aditamento, á que de Alfonso el Magno, no fué obra de San Julian, como pareció indicar el dito Florez, pues que sólo consta que San Julian escribió la *Historia de la belion de Paulo*, y no los reinados anteriores á Wamba desde el año qu del reinado de Suinthila.

2 Mucho se ha disputado sobre si es debida esta *Chronica* al rey de Asturias ó al obispo de Salamanca. Los más antiguos escritores, fundados e autoridad de Pelayo, aceptable en esta parte, la tuvieron por obra del seg do: así opinaron Ocampo, Morales, Sandoval y otros. Mariana, Pellicer, N dejar, don Nicolás Antonio, Pagi y Ferreras la han atribuido al primero, dándose en las palabras que el rey pone en la carta á Sebastian, la cual s de proemio á la *Chronica*.—El erudito Florez trató fundamentalmente cuestion (*España Sagrada*, tomo IV, pág. 200 y sigs, y tomo XIII, a dice VII); y aunque no con tanta claridad como fuera de apetecer, rebati argumentos en que se apoyan los que juzgan dicha obra parto del tercer onso, rehabilitando la opinion de Sandoval, de Ocampo y de Morales. cualquier modo conviene observar que no es menor la gloria de Alfonso mo promovedor de los estudios históricos que como autor de la *Chronica* cuyo exámen entramos. Al mencionarla, nos valdrémos, sin embargo, nombre del obispo.

aquel doble propósito del orgullo monárquico y del patriotismo, halagadas por las letras las pretensiones de la política.

El *Chronicon* referido, que empieza en el reinado de Wamba y termina en el fallecimiento de Ordoño I [672 á 866], no solamente parecía encaminarse á salvar el abismo que las jornadas de Guadalete habian puesto entre la España visigoda y la de Alfonso el Magno, sino que tenia tambien el visible objeto de confirmar las creencias del pueblo cristiano respecto de los maravillosos acontecimientos de la reconquista. Bosquejado así el reinado de Wamba, en que sigue la autoridad de San Julian, celebrando al par su *Historia de la rebelion de Paulo* <sup>1</sup>; expuestos en breves rasgos el crimen de Ervigio y la católica piedad de Egica, deducida del estudio de los concilios <sup>2</sup>, y condenadas las torpezas de Witiza y de Rodrigo, exageradas ya sin duda por la animadversion que perseguia sus nombres, entraba Sebastian en el verdadero campo de su historia.

Pintada la exaltacion de Pelayo en medio de la gran catástrofe que lloraba España, detentase á referir sus inauditas proezas, á que daba principio con el triunfo de Covadonga, donde, lleno de santo respeto, miraba patente la proteccion divina. La magnitud de aquel terrible y sobrenatural suceso, en que desgajado el Auseva (Amosa) sobre el Deva, arrojaba en las aguas del mismo y sepultaba bajo las desquiciadas rocas al fugitivo ejército sarraceno, le hacia prorumpir de este modo: «No tengais este milagro por cosa liviana ó fabulosa; sino recordad que quien sumergió en el mar Rojo á los egipcios que perseguian al pueblo de Israel, el mismo oprimió con la inmensa mole del monte á estos árabes, que perseguian la Iglesia del Señor» <sup>3</sup>.

Contadas son las palabras que dedica á Fávila, como quien nada habia hecho digno de la historia (*nihil historiae dignum*). Pero

<sup>1</sup> Al hablar de la rebelion de Paulo, escribe: «Beatum Iulianum metropolitanum legito, qui historiam huius temporis liquidissime contextuit» (*Chron. Sebastiani*, núm. II).

<sup>2</sup> Synoda [dice] saepissime congregavit, sicut canonica instituta evidenter declarant (Id., núm. V).

<sup>3</sup> Id., núm. X.

Tal es la extensión é importancia de la primera historia, escrita por los cristianos independientes en el último tercio del siglo IX <sup>1</sup>. El obispo de Paz Augusta, que había contemplado la perdición de España, habíase propuesto únicamente transmitir á la posteridad la memoria de las vicisitudes que afligian á sus compatriotas bajo el yugo de los mahometanos: Sebastian, que admira los rápidos progresos de las armas asturianas, pasando con suma rapidez por tan dolorosos acontecimientos, atiende principalmente á señalar los pasos de aquella monarquía, madre de tantos héroes, en el espacio de siglo y medio, procurando al par enlazarla con el Imperio visigodo, según dejamos ya advertido. El uno llora sobre la tumba de un gran pueblo, sin que le sea dado descubrir en el horizonte un solo rayo de esperanza que temple sus infortunios: el otro, halagado por el magnífico aunque dudoso porvenir del pueblo cristiano, echa la primera piedra al edificio de la historia nacional, empresa á que le invitaba el mismo príncipe que más laureles había arrebatado á los sarracenos. Ambos se fundan en el recuerdo é imitación de las obras de la edad pasada, tributando á sus autores merecidos elogios; pero ni el Pacense logra, á pesar de sus visibles esfuerzos, el fin que se propone, conforme en su lugar probamos, ni el obispo de Salamanca puede dar á su *Chronica* la estima y valor que anhela.

Digno es de observarse: así como eran á los ojos de Sebastian verdaderas maravillas, superiores á toda descripción, las basílicas erigidas por Alfonso II y Ramiro I <sup>2</sup>, obras donde halla la crítica reflejadas vivamente, con la decadencia y apocamiento de las bellas artes, al imitar los antiguos templos latino-bizantinos, la rudeza y tosquedad de las costumbres; así también, aunque siguiendo á ejemplo de Julian la antigua escuela histórica y admitiendo las arengas ó conciones, tan usadas de los clásicos, como singulares primores del arte,—en la estructura y forma de su *Chroni-*

1 Ocupa en el tomo XIII de la *España Sagrada* desde la pág. 477 á la 492, ambas inclusive.

2 Hablando de la *basílica de San Tirso*, inmediata á la de San Salvador, había escrito: «Cuius operis pulchritudinem plus praesens potest mirari quam eruditus scriba laudare» (Núm. XXI).

con, en su desaliñado estilo y peregrino lenguaje, y hasta en el fatigoso anhelo con que procura exornar sus difíciles cláusulas de uniformes *rimas* <sup>1</sup>, aparece palpable la infeliz postracion de las letras, que guardando estrecha consonancia con las artes, ponian de relieve la vida entera de aquella sociedad, vacilante aun entre el temor y la esperanza.

Casi al mismo tiempo que verificaba Sebastian este laborioso ensayo, dábase á luz otra *Chronica*, que ha llegado á nuestros dias con el título de *Albeldense*, cuyo autor es todavia un misterio en la historia de las letras españolas, si bien ha sido alguna vez publicada con el nombre de Dulcidio <sup>2</sup>. Este *Chronicon*, que un respetable investigador de las antigüedades patrias supone anterior al de Sebastian, consta sin embargo de dos partes, terminada la primera y principal de 881 á 883, y escrita la segunda en 976 por Vigila, monje de Albelda <sup>3</sup>. Precede á toda la

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, el número VIII de esta peregrina *Chronica*, donde se hallan las siguientes rimas verbales al final de sus compasadas cláusulas: «*persolverunt, elegerunt, firmaverunt, perierunt, remanserunt, petierunt, intraverunt, elegerunt, cognoverunt, perierunt y miserunt.*» Debe advertirse que estos once consonantes se leen en trece líneas.

<sup>2</sup> Tal sucedió en efecto con la primera edicion, debida al erudito Pellicer, la cual apareció con este título: *Chronica de España de Dulcidio, Presbytero de Toledo, obispo de Salamanca* (Barcelona, 1663). Pero este visible error de Pellicer, nacido de no haber logrado un Ms. completo, queda desvanecido plenamente, cuando al final de la misma Crónica se lee, tratando de las treguas otorgadas por Alfonso Magno al Califa de Córdoba, «Pro quo etiam et Rex noster legatum, nomine Dulcidium, toletanae urbis presbyterum, cum epistolis ad Cordobensem regem direxit septembrio mense: unde adhucque non est reversus, novembrio discurrente» (Núm. LXXIV). Si pues Dulcidio estaba en Córdoba, cuando se escribía la *Chronica*, ¿cómo podía ser autor de ella?

<sup>3</sup> El erudito Mtro. Florez, cuyos trabajos serán siempre de gran provecho en estas materias, juzga en efecto la primera parte anterior á la de Sebastian: pero así como hemos seguido su autoridad en otros muchos puntos, lícito nos parece apartarnos de ella, cuando no se ajusta á las severas leyes de la critica. La mayor prueba contra el sentir del P. Florez la deducimos de esta observacion, debida á su pluma. Apunta el docto agustino, al hablar del epitafio de Alfonso el Casto, que el autor de la *Chronica Albeldense* escribió acaso en la misma ciudad de Oviedo, donde estaba el rey sepultado: «pues esto [escribe] parece dan á entender las expresiones, con que habiendo hablado

obra cierta manera de preámbulos geográfico-cronológicos, que siguiendo las huellas de los antiguos cronistas, se transcriben y copian las noticias dadas por el doctor de las Españas en *Chronicon del Mundo*, y sin olvidar las *seis edades* de San Julián, ajústase después á la *Historia de los godos* del metropolitano de Sevilla, haciendo de ella riguroso extracto, bien que alargando notablemente el método expositivo.

Como es fácil de suponer, tratándose de una obra escrita á fines del siglo IX, comienza el verdadero interés de la *Crónica Albeldense* con la Era de la reconquista, trabada ya aquella «eterna lid sostenida día y noche contra los sarracenos, á quienes sin tregua combatían los cristianos hasta que la Providencia» (praedestinatio divina) consintiera arrojarlos del suelo ibero». Necesario es observar, no obstante, que si el obispo de Salamanca se detiene algún tanto, al mencionar los reinados de Pelayo y!

«en lo inmediatamente precedente de cosas de Galicia, dice ahora *haec altare hic tumulatus* (Núm. 58 de la Chron.). Estos altares y este túmulo denotan Oviedo, y si el autor no escribiera allí, no dijera con propiedad: *Aquí está enterrado*, sino que fué sepultado en Oviedo» (*Esp. Sagrada*, tomo XIII, página 431). De esta fundada observación de Florez debe deducirse: 1.º Que haberse escrito esta *Chronica* por persona que asistía á la corte de Alfonso no hubiera dejado de llegar á manos de aquel rey, que tan amante se mostró de los estudios históricos: 2.º Que dado este caso, inevitable sin duda en época de que se trata, no hubiera podido con justicia acusar el mismo Alfonso, en su carta á Sebastian, la pereza y silencio de los suyos en esta materia. Si pues ninguna mención se hace en dicho documento, claro es evidente que no existía la *Chronica Albeldense*, al escribirlo el referido obispo, sin que sean bastantes á debilitar esta legítima conclusión las razones que el mismo Florez alega para sostener el indicado aserto.—Digno es también de notarse en este sitio que gran número de nuestros escritores, y á su ejemplo algunos extranjeros, citan la primera parte de este monumento histórico bajo el título de *El Monje de Albelda*, en lo cual se comete un error tan notable como fácil de desvanecer, cuando se considera que la *Chronica* fué escrita en 883 y el monasterio de Albelda no existió hasta 924, en que lo fundó Sancho Abarca.—El nombre de *Albeldense*, que lleva dicha historia, no proviene de ser escrita por un monje de aquella casa, sino de haber sido conservada en ella y añadida por Vigila casi un siglo después de haberse dado á luz. Lo mismo ha podido apellidarse *Emilianense*, etc. Don Nicolás Antonio indicó la idea harto racional, de ser debida á algún obispo del siglo IX.

1 Núm. XLVI.

fonso el Católico, dando aun mayor extension á los de Alfonso, el Casto, Ramiro <sup>1</sup> y Ordoño, el autor de la *Albeldense*, bien que no olvidando los sucesos de más bulto, pasa someramente por todas estas épocas, fijando sus miradas en el próspero y glorioso reinado de Alfonso el Magno, en cuya córte parecia escribir su libro <sup>2</sup>.

Todo cuanto precede á esta parte del *Chronicon*, parece en efecto escrito para servir de introduccion y fundamento á la historia del tercer Alfonso. Asoendido este al trono en 866, cuando sólo contaba diez y ocho años de edad, fué despojado de la corona por Fruela, conde de Galicia, refugiándose en las ciudades nuevamente pobladas en el territorio de Castilla. Sacóle de allí, con muerte del usurpador, la lealtad de sus naturales; y émulo de las proezas de sus mayores, pareció desde entonces llevar atada á sus estandartes la victoria <sup>3</sup>. Vencida y humillada por dos veces la ferocidad de los vascones, salia despues al encuentro de los ejércitos mahometanos, que acaudillados por el príncipe Almondhir (Abulmundar), penetraban en las tierras de Leon; y dándoles recia batalla, quebrantaba allí la arrogancia de tan valeroso capitán, quien hallaba única salvacion en la fuga. Igual fortuna cabia á otro ejército de musulmanes que se habia internado hasta el Bierzo (Vergidum), quedando enteramente destruido; y alentado Alfonso por tan señalados triunfos, rompía luego por las regiones occidentales sujetas á los Califas de Córdoba, cayendo en su poder Deza, Atienza, Coimbra, Braga, Porto, Auca, Viseo y Lamego [876]. «Creció en su tiempo la Iglesia y ensan-  
chóse el reinado,» exclama el cronista, al referir tantas victorias, que se multiplicaban en breve por la nueva irrupcion hecha

<sup>1</sup> Al mencionar el reinado de Ramiro, á quien dá nombre de *Virga iustitiae*, observa que persiguió á los magos que infestaban su reino (*magis per ignem fuem imposuit*, núm. LIX), circunstancia que debe ser consignada, para reconocer como se perpetúan entre los cristianos las artes góticas, severamente condenadas por San Isidoro, con no poca influencia en los cantos populares (Véase el cap. X, págs. 447 y siguientes del anterior volumen).

<sup>2</sup> Véase la nota 3 de la pág. 143.

<sup>3</sup> El cronista dice: «Qui ab initio regni super inimicos favorem victoria-  
rum habet semper» (Núm. LXI)



en la Lusitania, sometiendo á su imperio abundante número de ciudades fronterizas, entre las cuales se contaban Coca y Egitanía, y yerrando y destruyendo desde las campiñas de Mérida hasta las playas del Océano. Alfonso coronaba todas estas empresas, desbaratando en los confines de Galicia las falanges agarenas, capitaneadas por Abul-Walid (Abuhalit), consejero de Mahommad y general de las fronteras [consul Spaniae], apresándole en el campo de batalla y llevándole cautivo á su córte [877].

Ofendido el Califa de tantos descalabros enviaba contra el reino de Astúrias nuevos ejércitos, conducidos por Almondhir, quien llegando sin obstáculo á las comarcas de Astorga y de Leon, avistaba en Polvoraria, orillas del Órbigo, las huestes del rey Alfonso. Trece mil musulmanes quedaron tendidos en el campo de batalla, dejando semejante matanza tan profunda huella en el ánimo de Almondhir que dirigiéndose algun tiempo despues á Sublancia, torcia velozmente el camino hácia la frontera sarracena en medio de la noche (ante lucentem diem), al saber que le aguardaba en dicho castro el rey de Astúrias. Entre tanto pedía y obtenía Mahommad, por medio de Abul-Walid, tregua de tres años; mas no bien expiraba este plazo, entraba Alfonso en los dominios agarenos por la Lusitania, y pasando el Tajo, llegaba á los contornos de Mérida, atravesando el Guadiana á diez millas de aquella ciudad, sin detener su curso victorioso hasta los Montes Marianos (Oxiferium montem), donde ningun príncipe cristiano habia osado penetrar hasta entonces.—Alfonso volvía á su córte (sedem regiam) cargado de riquezas y coronado de laureles; siendo esta la última expedicion referida por el cronista hasta el año de 881, en que pareció poner término á su obra con cierto número de versos, donde despues de ilustrar la historia eclesiástica, dando á conocer los obispados que tenia á la sazón el reino de Astúrias, compendia las glorias de Alfonso con no poca utilidad de la historia literaria, por señalar de una manera inequívoca el estado del arte en aquellos días. En esta forma concluía aquella especie de epílogo:

Rex quoque clarus omni mundo factus  
Iam suprafatus Adefonsus vocatus,  
Regni culmine datus, belli titulo aptus,



Clarus in astures, fortis in vascones,  
Ulciscens arabes, et protegens cives.  
Cui principi sacra sit victoria data,  
Christo duce iuvatus, semper clarificatus.  
Polleat victor saeculo, fulgeat ipso caelo:  
Deditus hic triumpho, praeditus ibi regno <sup>1</sup>.

Nuevos sucesos, acaecidos en los dos siguientes años, volvian á poner la pluma en la mano al cronista de Alfonsó III; y ya apuntando las infructuosas expediciones de Almondhir y de Abul-Walid contra Zaragoza y Tudela, donde imperaban los Beni-Lopez con entera independendencia de los Califas; ya refriendo con excesiva brevedad las entradas hechas poco tiempo despues en el territorio de Álava y Castilla por los mismos capitanes, cuyas correrias refrena desde Leon la fama de que salia á su encuentro el rey de Astúrias, halla oportuna ocasion para terminar el bosquejo de aquel insigne príncipe, cuya ilustracion igualaba á su piedad y su largueza <sup>2</sup>.

Ni olvida el cronista las disensiones intestinas, que como efecto de estas algaras, estallaron en el seno mismo de los descendientes del renegado Muza, empeñados unos en la defensa de sus dominios y puestos otros de parte de los Califas, si bien aguijados por el deseo de su propio engrandecimiento.—Al cabo Abdalláh-ben-Lopia (Ababdella, filius Iuph), que lograba señorear en Zaragoza, rota la antigua obligacion, con que se reconocia amigo y tributario de Alfonso, era vencido en Celorico por los Condes de

<sup>1</sup> El Mtro. Enrique Florez colocó estos versos entre los preliminares del Chronicon, si bien advirtió que en el códice de Pellicer y en el de la Biblioteca Nacional (entonces Real) se hallaban despues del año 884, al terminar el número LXV de su edicion. Esta observacion, confirmada por nosotros con el exámen del último Ms., determina la fecha en que fueron escritos dichos versos: dato á la verdad no escaso de interés para los estudios que vamos haciendo.

<sup>2</sup> «Ab hoc principe omnia templa Domini restaurantur, et civitas in Oveto cum regis aulis aedificatur: statque *sciencia clarus*, vultu, et habitu, staturaque placidus» (Núm. LXV). Este elogio dá mayor consistencia á cuanto dejamos dicho respecto del lugar y época, en que se escribió la *Crónica*, puesto que viene precisamente despues de manifestar que el rey don Alfonso habia vuelto victorioso á su córte de Oviedo.

Álava y Castilla, pidiendo una y otra vez, aunque sin fruto, renovacion de la pasada alianza. Contra él salian de Córdoba en 883 <sup>1</sup> el valeroso Almondhir y el experto Abul-Walid, gases de castigar su veleidad é inconstancia; pero no más afortunados que contra Ismael-ben-Muza, volvian sus armas sobre dominios cristianos; y rechazados en Celorico y Pancorbo, por esfuerzo de los Condes Vigila Jimenez y Diego Rodriguez, se rigian por tercera vez á las comarcas de Leon, para esquivar nuevo la presencia de Alfonso. Tan viva estaba en el ánimo príncipe musulman la memoria de Polvoraria!... Abul-Walid piraba, entre tanto, con todas sus fuerzas á obtener treguas duras del rey de Asturias, quien accediendo á sus reiteradas mandas (verba plura), enviaba en setiembre del mismo año Califa de Córdoba por mensajero el presbítero Dulcidio, cuya vuelta no se habia verificado aun en el mes de noviembre, en que suspendia el cronista sus tareas. Abdallád solicitaba una y otra vez, y siempre sin éxito, la perdida amistad de Alfonso.

Esta breve exposicion convence de que fué el principal intento del cronista bosquejar el reinado de Alfonso III, atendiendo así á fijar, bien que con brevedad excesiva, los grandes acontecimientos que celebraba el cristianismo. Añadió á esta parte, sin embargo, algunas breves observaciones sobre la venida de los sarracenos á España; y colocando despues el catálogo de los capitanes que gobernaron en nombre de los Califas Orientales y de los Amiratos independientes, insertaba las generaciones de los mismos, tomadas desde Abraham, á la manera bíblica, y daba término al *Chronicon*, señalando el origen de los godos, conforme á la doctrina de Isidoro, no sin apuntar que era debida á los crímenes de aquella gente la perdicion de España <sup>2</sup>. Vigila, que habia añadido al catálogo de los reyes asturianos los nombres de los que sucedieron á Alfonso el Magno hasta Ramiro III <sup>3</sup>, cerraba todo el *Chronicon*.

1 Era DCCCCXXI quae est praesenti anno» dice el cronista (núm. LXXI).

2 «In qua [Spania] Ismaelitae propter delicta gentis gothicae ingressi sunt et eos gladio conciderunt atque tributarios sibi fecerunt» (Número LXXXVI).

3 Números XLVIII y XLIX.

con una breve aunque importante noticia de los monarcas de Navarra (reino á que habia dado nacimiento la magnificencia de Alfonso), comprendiendo desde Sancho Garcia, apellidado *Abarca* en las historias posteriores, hasta Sancho II, que debia ser conocido adelante con el renombre de *Mayor*. Vigila, que sólo atiende, cual vasallo de los reyes de Navarra, á ilustrar la historia de esta naciente monarquía, cuyos orígenes deja no obstante envueltos en tinieblas, escribia dichos apuntamientos en la Era de 1014 (año 976), segun arriba dejamos ya manifestado.

La importancia de esta obra corresponde bajo el aspecto literario á su utilidad histórica <sup>1</sup>, cuando bosqueja la noble figura de aquel rey, que tan prodigioso impulso habia dado á la reconquista, cuyo espíritu se comunica tambien á la pluma del historiógrafo. Animado de aquel generoso celo de la religion y de la patria, que excitaba su entusiasmo, al ver diariamente acrecentados los dominios de Astúrias y restaurados en ellos, ó fundados de nuevo los templos del cristianismo, parecia compendiar todos los deseos y esperanzas de sus compatriotas, exclamando al mencionar por última vez las proezas de Alfonso: «De aquí adelante, humillado y nunca ensalzado el nombre de los ismaelitas, «arrójelos sin tardanza la divina clemencia de nuestras provincias «del lado allá de los mares, y conceda su reino á los fieles de «Cristo, para que sea perpétuamente poseido» <sup>2</sup>. Mas si acertó el autor de este raro monumento á imprimirle el sello de sus creencias, que eran las de su pueblo, dándole así levantado precio en la estimacion de la critica, no le fué dado, comunicar belleza ni aun correccion á su estilo y lenguaje <sup>3</sup>, por más que haciendo cier-

<sup>1</sup> Contiénese en el ya citado tomo XIII de la *España Sagrada* desde la página 433 á la 466, ambas inclusive. Florez dá en los preliminares de esta edición noticia de las que se habian hecho antes, en 1663, 1721, 1727 y 1744 por Pellicer, Berganza, Ferreras y Saz, y de los códices que le sirvieron de pauta en la suya.

<sup>2</sup> Número LXXXIII.

<sup>3</sup> El docto Mariana decia sobre este punto: «Chronicon... confectum rudistylis ac pene barbaris: nimirum inter arma, et captivitatis mala, studia litterarum silebant» (*España Sagrada*, tomo XIII, pág. 425). Debemos notar sin embargo que sólo habian enmudecido los estudios bajo el aspecto de la forma

to alarde de los nombres más celebrados de la antigüedad latina, y de la edad dorada de la literatura hispano-eclesiástica, mostrase, como los retóricos de Córdoba y Sevilla, que no le era peregrino el arte de Donato <sup>1</sup>. Cortado, desaliñado y rudo en los preliminares del *Chronicon*, tomaba sin embargo su estilo nueva fisonomía al llegar á los acontecimientos de la reconquista; y aunque salpicado de *rimas verbales*, que uniforman y embarazan el movimiento de la frase, prestándole excesiva monotonía, manifestaba entonces en su lenguaje el deliberado propósito de aspirar a verdadero tono de la historia. La dicción, más adulterada y corrompida que nunca, hallábase no obstante á no corta distancia de la empleada en el suelo de Córdoba por Eulogio y Álvaro prueba irrecusable de que iba precipitándose de día en día la corrupción de la lengua latina, siendo de todo punto estériles cuanto esfuerzos hacían los eruditos para sostener su ya olvidada pureza en medio de aquella sociedad, que sin repudiar la antigua cultura estaba realizando una trasformación, á que debían forzosamente someterse todos los elementos que abrigaban aun alguna vida.

Un siglo entero transcurre dolorosamente sin que halle la crítica otro monumento sobre que fijar su atención, por más que sea inverosímil que en aquel largo período quedase reducida la historia á profundo silencio <sup>2</sup>. Sampiro, notario real de Leon y más adelante obispo de Astorga, cuya silla ocupa por el espacio de veinte

y del gusto; pues que en absoluto no puede admitirse, como vamos probando la aseveración de Mariana, la cual nos llevaria de nuevo al error y á la ignorancia de la historia literaria, con el desprecio de estos estimables monumentos. La forma es una gran cosa respecto del arte; pero, según dejamos notado, no lo es todo.

1 Hablando en el *Chronicon* de este famoso gramático decia: «Donatus qui grammaticae artes Roma claruit, eodem tempore passus est» (Núm. V)

2 Esta consideración se halla robustecida por el examen de algunos pasajes de la misma *Chronica* de Sampiro, de que á continuación hablamos. Refiriéndose al reinado de Fruela II, emplea el referido escritor las frases «*autumant, ut dicunt*», para apoyar la narración de los hechos al expresado rey atribuidos; y aunque pudiera suponerse que únicamente aludía á la tradición oral, por mediar sólo cincuenta y ocho años desde la época de Fruela á la en que se escribe la *Chronica* [924 á 982]; todavía nos parece de algún peso la observación expuesta.

años [1020 á 1040], acudia á reanudar aquellos estudios, escribiendo el *Chronicon*, que ha llegado afortunadamente á nuestros días con su nombre. Abrazando en él desde el reinado de Alfonso el Magno hasta la muerte de Ramiro III [866 á 982], al paso que indicaba desconocer la *Chronica Albeldense*, con la cual no guarda entera concordancia, parecia proponerse continuar la de Sebastian, quien segun han visto ya los lectores, habia dejado la pluma, al dar noticia de la muerte de Ordoño I. Con mayor brevedad que el autor de la *Albeldense* refiere Sampiro los hechos relativos al tercer Alfonso, anteriores al año 883, y no se detiene más por cierto al narrar lo restante de su gloriosa vida. Llegado á la indicada época, preséntale sin embargo poblando las ciudades conquistadas por sus mayores en los campos góticos, y fortificando con singular preferencia á Zamora, Simancas, Toro y Dueñas. De este modo aseguraba aquel ilustrado príncipe las fronteras de su reino, gozando de los bienes de la paz, cuando allegado por los sarracenos numeroso ejército, rompian por los dominios asturianos, poniendo sus reales sobre Zamora [901]: encontrálos allí Alfonso y ayudado por la clemencia divina (cooperante divina clementia), hacia en ellos horrible matanza, dejando tendido en el campo de batalla á Ahmed-ben-Alchamáh, su caudillo <sup>1</sup>. Tomaba Alfonso poco tiempo despues la ofensiva, y dirigiéndose sobre Toledo, imponia á tan poderosa ciudad copiosos tributos, destruyendo á la vuelta algunos castillos, y encaminándose á sus Estados cargado de opulentos despojos. Pero lejos de gozar tranquilo del lauro conquistado en tantas lides, veíase forzado á castigar la traicion de sus magnates, y víctima de la deslealtad ó codicia de sus propios hijos, abandonado de sus pueblos, solo en mitad de sus victorias, era al cabo despojado de la corona <sup>2</sup>. Invadido el territorio cristiano, vestia de nuevo el sexagenario príncipe la loriga; y obtenida la venia de Garcia, su hijo,

<sup>1</sup> El cronista le dá el título de profeta, diciendo: «Etiam Alchaman, qui propheta eorum dicebatur, ibidem corruit, et quievit terra» (núm. XIV). Es importante esta observacion para comprender cómo consideraban los cristianos á los sarracenos en estos tiempos.

<sup>2</sup> Este hecho que todos los historiadores mencionan con cierta admira-

ahuyentaba á los musulimes del suelo tantas veces defendido por su espada, haciendo en las huestes agarenas terrible estrago (multas

cion, sin detenerse á determinar sus verdaderas causas, es de alta trascendencia en la historia de la civilizacion española y por tanto de las letras patrias. ¿Cómo un príncipe, siempre vencedor (*qui favorem victoriarum habet semper*); por quien crecía la Iglesia y se ensanchaba el reino (*Ecclesia crescit et regnum ampliatur*); á quien inspiraba siempre Dios para que rigiese piadosamente á sus pueblos (*infectatque Dominus eius semper animum ut pie regat populum*); para quien deseaban los cronistas que narran sus victorias la eterna bienandanza, tras largo principado (*post longum principatus imperium de regno terrae ad regnum transeat caeli*); que engrandece á Oviedo y edifica numerosos templos, castillos y palacios (*omnia templa restaurantur et civitas in Oveto cum regis aulis aedificatur*); que convoca y celebra en su corte renombrados concilios, amparando á los obispos fugitivos de distantes comarcas (véase la nota 3 de la pág. 135); que puebla crecido número de ciudades, fuera de Asturias, extendiendo prodigiosamente el dominio cristiano; un rey, en fin, que brilla tanto por su generosidad, su ilustracion y su magnificencia como por su levantado esfuerzo, pudo verse abandonado, sin que ni un magnate ni un obispo, ni una ciudad, ni un castillo, ni un soldado siquiera saliese á su defensa contra hijos desnaturalizados que le arrojaban tan impiamente del trono? Difícil es concebir tanta maldad, y tan negra ingratitud en aquella sociedad, para quien lo eran todo precisamente las mismas virtudes que en don Alfonso resplandecian; y sin fijar la vista en alguna de esas causas internas, que naciendo acaso de pequeños accidentes, cunden con extraordinaria rapidez y se apoderan de los ánimos, preparándolos, tal vez indeliberadamente, á grandes protestas y terribles manifestaciones, es imposible explicar aquel doloroso y aterrador escarmiento. Alfonso el Magno, sublimado por la fortuna, llegaba á juzgarse heredero de la grandeza visigoda: en su alcázar, en su corte, excediendo á todos sus predecesores, incluso Alfonso el Casto, que habia aspirado á resucitar las antiguas dignidades palatinas, mostraba tal magnificencia que oscurecía á los pasados héroes, cuya noble sencillez tenia perenne aplauso en la nacion entera. Acaso esta inclinacion á las antiguas costumbres visigodas trasciende á la política, amenazando alterar, con odiosos y ya caducados privilegios de raza, aquella constitucion tan popular como generosa, espontánea y fecunda, que habia servido de indestructible base á la obra acometida por Pelayo en Covadonga; y aquel rey, verdaderamente grande, que tantos beneficios habia derramado sobre los cristianos, víctima de este error, recibia en la universal indiferencia de sus pueblos el único, pero terrible castigo, que podian estos imponer á quien los exponia de nuevo á los odios y conflictos, que habian hallado tumba en Guadalete. Los cronistas coetáneos no alcanzan por desdicha á narrar este hecho: Sampiro, primero que lo menciona, nos llena de enojo con su excesiva brevedad; la inclinacion

strages). Alfonso moria en Zamora, verdes aun en su frente los últimos laureles del triunfo [910].

Tras este largo y hazañoso reinado, menciona Sampiro el brevísimo de García, inaugurado con nuevas victorias. Sucédele Ordoño II, varon belicoso y de ánimo levantado, quien volando al encuentro de las huestes de Abd-er-Rahman III, que se habian entrado hasta San Esteban de Gormaz, castillo asentado orillas del Duero, quebrantaba allí su arrogancia, volviendo triunfante á Leon, nueva córte de su reino. Pagaba su piedad tributo al Dios de los ejércitos, donando al obispo Fruminio su palacio real, antiguas termas de gentiles, para que pusiera en él la silla de su diócesi, cuando invadidas por el mismo Abd-er-Rahman las tierras cristianas, acudia Ordoño á rechazarle, siendo derrotado en Mindonia con gran pérdida de los suyos. El desastre de Val-de-Junquera, que alcanzaba igualmente á García de Navarra, moviale despues á tomar cumplida enmienda de aquellos descalabros; y penetrando de improviso en la Bética (Sintilia) por las gargantas de Muradal, sólo detenía su aterradora marcha á una jornada de Córdoba, yermando, quemando y destruyendo cuantos pueblos y fortalezas hallaba á su paso. Sampiro cierra el reinado de Ordoño con el castigo de los condes de Castilla, y la expedicion contra Nájera y Vecaria, ciudades que habian dado calor á los magnates rebeldes [924]; y comprendiendo en ligeros rasgos los breves é insignificantes de Fruela II y Alfonso IV, llega á la época de Ramiro II, para mostrar que no habian renunciado los cristianos á la empresa de la reconquista, ni olvidado tampoco la heroica defensa del territorio.

El asalto de Madrid y la batalla de Osma, en que veia Sampiro manifesta la proteccion del cielo, advirtieron en efecto al Califa

del rey á todo lo visigodo se declara en cuantos monumentos han llegado á nuestros días; los indicados cronistas dan á sus dominios el nombre de *regnum gothorum*, intitulan la historia con el de *Chronica Wisogothorum*, y establecen la sucesion de los reyes bajo la denominacion de *ordo gothorum ovetensium regum*: ¿qué mucho pues que, en medio de las tinieblas, veamos en estos hechos alguna luz, al fijar nuestras miradas en el inverosímil destronamiento de Alfonso el Magno, recordando la verdadera ley y base fundamental de la reconquista?...



de que habia renacido en Ramiro el antiguo valor de los Alfonsos, mientras bajando el rey de Leon con formidable hueste por las orillas del Ebro, sentaba sus reales delante de Zaragoza, cuyo astuto walid conjuraba la ruina de aquella ciudad, confesándosele tributario. Movido Abd-er-Rahman por el deseo de la venganza, enviaba sus ejércitos al centro del cristianismo, y satisfecho del éxito de sus armas en la empresa de Sotos-Covas <sup>1</sup>, poníase al frente de sus falanges; y salvando la frontera, no reparaba hasta dar vista á Simancas, donde destrozado su ejército, preso el walid de Zaragoza y herido el mismo Abd-er-Rahman, dejaba en poder de Ramiro innumerables riquezas, y (lo que era de mayor importancia) veía desvanecidos todos sus belicosos proyectos. El rey de Leon poblaba poco tiempo despues (post duos menses) las ciudades y fortalezas de Salamanca, Ledesma, Rivas, los Baños, Alhondiga y Peñaranda, y fortificando otras muchas ya por sí, ya por medio de sus condes, daba un paso agigantado en la obra de reconquista, á que aplacadas las sediciones de Fernan Gonzalez y Diego Muñoz, pensó añadir con nueva gloria de su nombre la ciudad fronteriza de Talavera, ya en los postreros dias de su vida.

No pudo Sampiro tributar iguales alabanzas á Ordoño III, Sancho I y Ramiro III, últimos soberanos mencionados en su *Chronica*. Contrariado el primero por su hermano don Sancho, á quien favorecian el rey de Navarra y el conde Fernan Gonzalez, si logró desbaratar sus intentos y domeñar (volens nolens) al referido prócer, llevando al par sus armas hasta las bocas del Tajo, con daño y mengua de Lisboa (Olisbona), preludiando así otras felices empresas—, sorprendióle la muerte en su más entera juventud, dejando en flor tan fundadas esperanzas. Aquejado Sancho de extraordinaria obesidad, buscaba en Córdoba remedio á semejante dolencia, habiendo menester la proteccion de los Califas para re-

<sup>1</sup> Sampiro no puede ser más parco, al narrar estos hechos: «Et iterum venerunt sarraceni et frugerunt Soutus-Covas» (Núm. XXII). Los musulmes llegaron hasta las puertas de Leon, conforme se deduce de un poema arábigo, mencionado por Casiri (*Bibl. Arabico-Hisp.*, arts. Abu-Bekir-Alkadib, y Abu Abdalláh ben-Alkhatib).

cobrar, con desdoro del cristianismo, el reino, de que le había despojado entre tanto Ordoño el Malo, muriendo al cabo emponzoñado por la alevosia de Gonzalo, duque de Galicia. Todavía en la infancia al ceñir la corona, veía Ramiro llegar las hordas normandas hasta los montes del Cebro (Alpes montes Ecebrariū); y vencedor más tarde del alevoso duque, desplegaba tanta altanería, mendacidad é ignorancia, que haciéndose insoportable á los condes de Galicia, Leon y Castilla, perdía al fin la corona [982]. Entre tanto corrían los sarracenos impunemente las tierras cristianas, siendo necesarios nuevos prodigios para salvarlas de entera perdición y ruina <sup>1</sup>.

Ciento diez y seis años abraza pues este curioso monumento, tan digno de respeto bajo el aspecto histórico como de apreciación y estudio bajo el literario <sup>2</sup>. Brillando en él aquel mismo espíritu que anima la *Chronica* de Sebastian, mostrábase no obstante encerrado y constreñido en la rudeza de las formas, que á pesar del visible y constante empeño de los eruditos por conservar la tradición de los estudios, iban de día en día degenerando bajo el poderoso influjo de los nuevos y más enérgicos elementos, que habían surgido del seno mismo de la sociedad, para aspirar en instante no lejano al más decisivo triunfo. Pero si esta creciente degeneración es notable respecto del estilo, por demás desaliñado y pobre, aparece todavía más sensible respecto del lenguaje, donde si no abundan las rimas tanto como en las *Chronicas* anteriores, apenas se encuentran ya vestigios del elegante hiperbaton que tanta majestad había dado á la lengua de Cicerón y de Tácito. Todo manifiesta y prueba, al examinar el *Chronicon* de Sampiro, que si en el de Sebastian y el Albeldense

<sup>1</sup> Rex noster coelestis misit in agarenos infirmitatem ventris, et nemo ex his vivus remansit, qui rediret in patriam, unde venerat (Núm. XXIX y último).

<sup>2</sup> Ocupa en el tomo XIV de la *España Sagrada* de la pág. 452 á la 472 inclusive. Como lo había hecho respecto de las anteriores da el CL. Florez noticia (págs. 438 y sigs.) de las ediciones de Sampiro, hechas en los años de 1615, 1727, 1729 por Sandoval (Pamplona), Ferreras (Madrid) y Berganza (Madrid), así como de los Mss. que le sirvieron para rectificarlas.

sentimos palpar bajo la rudeza latina un nuevo idioma, á que ambos historiadores aluden con frecuencia <sup>1</sup>, es ya á fines del siglo X un hecho demostrado la existencia de aquel *romance*, que engendrado en medio de los conflictos y penalidades de otros dias, revelaba en la lentitud de su formacion y desarrollo la inmensa fuerza y majestad de la prodigiosa cultura, que habia dado su lengua á todas las naciones. Pero si con tanta claridad enseña este primitivo monumento de la historia nacional que, así como se habia transformado moral y políticamente la sociedad española, iban cambiando hasta los medios de lenguaje (el cual debia ostentar en breve diferentes, bien que análogos caracteres, en las distintas comarcas de la Península), no por eso dejaba de ser el latin la lengua escrita, gozando el envidiable privilegio de interpretar, aun en los últimos instantes de su imperio, los dolores y alegrías de aquel pueblo, no salido aun de la primera infancia de su regeneracion en la vida de azares y peligros que atravesaba.

Dos historias, escritas á principios del siglo XII, venian á mostrar que se habia consumado en España el acontecimiento de más bulto y trascendencia de cuantos influyeron hasta entonces en el progreso de la reconquista cristiana. La primera, debida á Pelayo, obispo de Oviedo, estaba destinada á proseguir la obra de Sampiro, comenzando en el reinado de Bermudo II y terminando con el fallecimiento de Alfonso VI, conquistador de Toledo: la segunda, compuesta por un monje de Silos, cuyo nombre no ha llegado por desgracia á la posteridad, tenia por objeto la vida y hazañas de aquel esclarecido monarca <sup>2</sup>. Pero si tomaba el último la

1 Como en lugar oportuno veremos, tanto el *Chronicon* de Sebastian como el *Abeldense* ofrecen repetidos y claros testimonios de esta observacion critica, y el de Sampiro los presenta inequívocos desde las primeras líneas. La progresion se hace más sensible en los *Chronicones* posteriores, segun oportunamente iremos notando.

2 Demás de estas dos *Crónicas*, escritas despues de la muerte de Alfonso VI, cita Sandoval la de un don Pedro, obispo de Leon, autor que historiaba tambien la vida del mismo soberano (*Chronica de Alfonso VI*, año 1106). Pellicer y don Nicolás Antonio creyeron que este don Pedro era el monje de Silos (*Anales*, pág. 173; *Bibliot. Vet.*, lib. VII, núm. XXXVIII). Pero no es posible admitir semejante opinion, pues siendo don Pedro obispo de Leona

pluma para celebrar los triunfos del afortunado príncipe que había sometido á su imperio la antigua córte de los visigodos, llevado Pelayo de un pensamiento más general, ó vencido acaso del empeño de recobrar la preponderancia, perdida por Oviedo á medida que se había ido ensanchando el territorio cristiano, no sólo abarcaba el espacio mencionado, sino que atendiendo á formar un cuerpo de historia con los *Chronicones* de Isidoro, Sebastian y Sampiro, osaba adulterarlos, introduciendo en ellos sucesos más ó menos verdaderos, bien que favorables siempre al referido propósito.

Causa ha sido semejante conducta de que los hombres más doctos en el estudio de la historia no hayan vacilado en dar á este obispo el título de *fabuloso*<sup>1</sup>; pero si no puede menos de ser

ya en tiempo del rey don Alfonso, lo cual comprueba la *Chronica* de don Pelayo (Núm. XIII), y apareciendo el autor de la *Silense* como tal monje, pasada toda la vida del rey (toto vitae suae curriculo), época en que la *Chronica* se compone, no es dable convenir en la hipótesis de estos escritores, por ser contraria á la verdad histórica.—Observando por el contrario que el entendido sevillano Pero de Mexia, en su *Silva de varia leccion*, manifestó haber visto una *Chronica de Alfonso VI*, debida á don Pedro, obispo de Leon (Partel.<sup>3</sup>, cap. VIII); y unido esto á los asertos de Sandoval, no queda duda de que ha existido una obra diferente de la del monje de Silos, relativa al reinado del vencedor de Toledo, y atribuida al obispo de Leon, su coetáneo. Cúmpenos declarar por último que han sido estériles todos nuestros esfuerzos para lograr esta *Chronica*, si bien en algunos momentos hemos abrigado grandes esperanzas. El error de Pellicer y de don Nicolás Antonio, que proviene sin duda de haber dado demasiada fé á don Lorenzo Padilla y al P. Higuera, parecia apoyarse en la identidad del objeto de la *Chronica* del Silense y de la inscrita al obispo referido.

1 El erudito Mariana decia, en testimonio publicado por el Mtro. Florez, respecto del obispo don Pelayo: «Qui ubi Sampirus finem fecit, ipse initio sumpto ad obitum Alfonsi VI, qui Toletum cepit, Chronicum perduxit, fabulis foedum, unde *fabulosus* vulgo est dictus» (*España Sagrada*, tomo XIV, pág. 440). Las fábulas de que habla aquí Mariana, se refieren principalmente, según notamos en el texto, á los tiempos primitivos de la reconquista, cuyos *Chronicones* adulteró de una manera lastimosa. De esto hallamos palmaria prueba en el códice F. 134 de la Biblioteca Nacional, donde se contiene la obra de don Pelayo bajo este título: «*Liber Chronicorum ab exordio mundi usque Era MCLXX.*» El referido Ms., que lo está en grueso pergamino, fol. m á dos columnas y letra al parecer del siglo XIII, despues de la Era

condenado por la crítica, aun reconocido en él cierto buen deseo, justo es también considerar que no existiendo el mismo empeño

de la consagración de Pelayo y de la oración que hace por su alma, mencionada por Florez en el tomo IV de la *España Sagrada*, encierra los tratados siguientes:

1.º El prólogo de Pelayo, en que da cuenta de su colección, atribuyendo al Pacense el *Chronicon* de San Isidoro de Sevilla, y asegurando que San Julian, metropolitano de Toledo, se acogió á Asturias con don Pelayo, llevando consigo la famosa arca de las reliquias: «qui archam cum sanctorum pignoribus, que nunc Ovetensis ecclesia gloriatur, cum rege Pelagio secum in Asturiis transtulit» (fól. I).

2.º *Orthographia Iunioris Isidori* (fól. 4 al 8 v.).

3.º *Liber Chronicorum gentis romanorum brevem temporum per generationes et regna* [Está fuera de su sitio] (fól. 8 al 18 v.).

4.º *Historia Iob.; Generationes Moysi; De Salomonis penitentia, etc.* (fól. 18 al 23 v.).

5.º *Ordo annorum mundi brevi collectus a Beato Iuliano Pomerio, Tolitanæ sedis archiepiscopo* (fól. 18 al 24 v.).

6.º *Chronica vandalorum regum* (al fól. 26 v.).

7.º *Suevorum Chronica* (al fól. 28 v.).

8.º *Chronica regum gothorum a Beato Isidoro, Hispalensis ecclesiæ episcopo, ab Athanarico rege gothorum primo usque ad Catholicum regem Bambanum scripta* (al fól 42 v.). Aquí aparece ya añadida la parte á que aludió sin duda don Alfonso el Magno, en su carta á Sebastian, que termina con la división de los obispados atribuida á Wamba, obra sin duda alterada por Pelayo, según nos revela la nomenclatura geográfica, en que se nota ya la formación del romance.

9.º El *Chronicon* de Sebastian, sin título (que empieza con el reinado de Ervigio), donde intercala la escritura de las reliquias de los santos y otras noticias y documentos de no mayor autenticidad histórica (fól 42 v. al fól. 48).

10. El *Chronicon* de Sampiro, donde introduce todo lo relativo al primer concilio de Oviedo, en que supone la creación de aquella iglesia en metropolitana, dando ocasión á que se haya negado la autenticidad de dicho concilio (fól. 54 al 64).

11. El *Chronicon* de Pelayo en la forma en que lo dió á luz el Mtro. Florez (*España Sagrada*, tomo IV, pág. 480): comprende desde el fól. 64 al 69 v.

Terminado este *Chronicon* se leen varias bulas de Urbano II; el *Chronicon turonense* (fól 72 al 101 v.); algunos decretos de Fernando I; los capítulos *De regularibus canonicis*, remitidos por Guillermo, obispo de Jerusalem, al mismo Pelayo; la historia *De arcae Sanctæ translatione*, que publicó el P. Risco en el tomo XXXVII de la *España Sagrada*, pág. 352, con el nombre del re-

respecto de los sucesos cercanos á la época en que florece, es digno en ellos de mayor consideracion y crédito.

Bermudo II aparece no obstante á sus ojos como un rey impio, sacrilego, incestuoso y tirano, imputándole atrocidades y crímenes que, ó nunca sucedieron, ó habían acontecido un siglo antes de su reinado <sup>1</sup>. Para castigo de estos crímenes (*propter peccata principis Veremundi*) consentia Dios las victorias de Almanzor (á quien dá Pelayo el título de rey), llenando de luto y desolacion á los cristianos, que en medio de su orfandad salvaban de nuevo en las montañas de Astúrias las reliquias de los santos y los cadáveres de sus reyes. Leon, Astorga y Coyanza eran destruidas por el hierro del mahometano, y devastadas todas las regiones circunvecinas, resistiendo únicamente aquella deshecha borrasca los castillos de Gordon, Alba y Luna. Sólo ponía término la piedad divina á tantos estragos con daño y muerte de los sarracenos, que agitados de intestinos disturbios, comenzaron á venir en decadencia. Con tanta rapidez y oscuridad exponia Pelayo los multiplicados triunfos de Mahommad-Ebn-Abi-Amer-Almanzor, última gloria y sosten del Califato de Córdoba, sin ofrecer otra más cabal idea de aquellas terribles expediciones, que conturbaron por el espacio de veinticinco años [977 á 1002] la España cristiana.

Breves líneas encierran los reinados de Alfonso V, en que era derribado aquel terrible coloso, y de Bermudo III, en que tomaba consistencia el señorío de Castilla, centro futuro del imperio y de la nacionalidad de los españoles.—Las hazañas de Fernando I, apellidado el *Magno*, detienen algun tanto las miradas de Pelayo, calificándole de «hombre bueno y temeroso de Dios,» y presentando como tributarios suyos á los régulos mahometanos, que se

ferido prelado; y el testamento de don Alonso el Casto. Todo el código consta de 117 fols., con preciosas viñetas en los principios de los capítulos ó crónicas, muy interesantes en verdad para nuestra historia indumentaria.

<sup>1</sup> Tal sucede en efecto con la anécdota relativa á Ataúlfo, obispo de Santiago, á quien supone haber castigado Bermudo, soltando contra él un toro bravo, suceso que los autores de la *Historia Compostelana* (lib. I, cap. II) cuentan en la Era de DCCCCIV, 116 años antes del en que empezó á reinar el referido Bermudo

habian levantado sobre las ruinas del Califato; circunstancia que deja sin embargo en absoluto olvido. No mayor extension dá el obispo de Oviedo á los demás acontecimientos que ilustran aquel largo reinado: la restauracion de Lamego, Viseo, Coimbra y otras muchas ciudades y castillos de la antigua Lusitania; la desastrosa muerte de Garcia de Navarra; la traslacion del cuerpo de San Isidoro de Sevilla á la ciudad de Leon, suceso notable bajo muchos conceptos en la historia de la civilizacion española; y la division del reino entre Sancho, Alfonso y Garcia, son los puntos principales que menciona Pelayo, quien tocando con igual rapididad la guerra civil, que tiene incremento en las batallas de Llantada y Vulpillera (Plantata y Golpiliera) y termina con la tragedia de Zamora, llega por último á la segunda época del reinado de Alfonso VI.

Dueño este príncipe de los reinos de sus hermanos, presentó Pelayo enviando á Roma sus embajadores, á fin de impetrar de Gregorio VII la introduccion del rito romano (*romanum missarium*); error tanto más digno de censura, cuanta mayor pudo ser la intervencion del obispo de Oviedo en el concilio de Búrgos, donde con ofensa de la ortodoxia española, fué impuesto el mismo presado rito á los reinos de Leon y de Castilla <sup>1</sup>. Congregados entre tanto numerosos ejércitos (*multa agmina*), renovaba Alfores las victorias de su padre, y despues de diferentes campañas de feliz éxito, hacia tributarios á los reyes mahometanos, coronando todas sus empresas la conquista de Toledo, la cual ponía bajo dominacion las comarcas que se extienden desde Atienza y Melanceli hasta el Tajo, y las que abrazando no pequeña parte de Extremadura lusitana se dilatan desde Ciudad-Rodrigo, Coria y Plasencia hasta la antigua córte visigoda. Pelayo enumera las ciudades, villas y fortalezas de más nombradía, que vinieron entonces á poder de Alfonso; y dando incompleta y vaga idea de la entrada de los almoravides, se detiene breves instantes á ensalzar la piedad y justicia de aquel soberano, que procura pintar con estos rasgos: «Fué (dice) tanta la paz de su reinado, que un

<sup>1</sup> Véase el capítulo II del siguiente volumen, donde volveremos á tratar este asunto con mayor detenimiento.

«sola mujer podia llevar oro ó plata en la mano por toda España, así habitada como inhabitada y tanto por los montes como por los campos, sin que hallase quien la tocara ni hiciese daño alguno.»

La última dolencia del conquistador de Toledo, á que une Pelayo el milagro de San Isidoro de Leon, en que aparece como testigo y actor al propio tiempo; la noticia genealógica de los hijos del rey; su muerte y entierro, cierran pues la *Chronica* del obispo de Oviedo <sup>1</sup>, quien en la arbitraria manera de exponer é interpretar los acontecimientos que abraza; en la oscuridad, en que deja envueltos los más importantes pasos de la reconquista, y en la parcialidad, con que absuelve ó condena á los reyes que menciona, está manifestando que no le animaba el sencillo anhelo de la verdad, ni tenia por único fin de sus tareas el verdadero engrandecimiento del pueblo cristiano, cuya prosperidad ó desgracia no eran ya exclusivo norte de sus vigili as. Pero estos defectos capitales, que daban á la historia un carácter distinto del que hasta entonces habia ostentado, no aparecian en modo alguno compensados por las dotes literarias de Pelayo, si bien no puede negársele cierto linaje de inventiva, de que hubieron de sacar harto provecho otros escritores de más cercanos días <sup>2</sup>. Ni el es-

<sup>1</sup> Este *Chronicon* ocupa en el tomo XIV de la *España Sagrada* desde la pág. 480 á la 490, ambas inclusas. Como respecto de los ya referidos, dá Florez curiosas noticias de las ediciones que hasta su tiempo se habian hecho, corrigiendo los errores en que el autor cae, ya á sabiendas, ya inadvertidamente.

<sup>2</sup> Prescindiendo de las fábulas de que plagó los *Chronicones*, propagadas á los narradores de otros siglos, existe un libro atribuido al mismo Pelayo, el cual tiene por objeto la historia de Ávila, y fué traducido al castellano en 1353. No se conserva, que sepamos, el original; pero sí la version, de que en la Biblioteca Nacional se guarda copia del siglo XVII, sacada en Ávila por Luis Pacheco, regidor de la misma ciudad. El Ms. indicado tiene por título *Historia antigua de Ávila*, y empieza en esta forma: «En el nombre de Jesu Christo, Amen. Aquí se façe rrelasion de la primera fundacion de la Cibdad de Ávila et de los nobles barones que la vinieron á poblar, et cómo vino á ella el sancto home Segundo et en qué tiempos arrivó ende, et cómo este sancto home fue compañero del bienaventurado Sant-Iago, cabdiello de las Españas.» Dando noticia en seguida de la repoblacion hecha por don Al-



tilo ni el lenguaje del obispo de Oviedo (que escribiendo su *Chronicon* por los años de 1119 y preciándose de entendido, debía aspirar á competir con los monjes de Cluny en el cultivo de las letras latinas), se levantan de la humilde postracion en que estaban, vencidas ya en el aprecio de la muchedumbre por los nuevos idiomas que habian surgido de sus respetables ruinas, reclamando cierta representacion literaria.

Alfonso VI y de los privilegios que le otorga, menciona los caballeros que en diversas partes envió con aquel objeto dicho rey, los cuales hallan junto á Arévalo al obispo don Pelayo, que se encaminaba á Toledo, comen en su compañía y le suplican «*les fablasse de Ércoles et de sa facienda et façaines de su fijo Alcides.*» El obispo dá principio á esta tarea con la historia de los famosos Geriones, narra despues los amores de Hércules con la *fermosa Ávila* causa de la fundacion de aquella ciudad, que toma su nombre, y expone los hechos memorables de los hijos de la misma poblacion, sembrando en parte de maravillosos sucesos, y terminándola con la muerte del noble Blanco Jimeno, ejecutada por mandado de don Alfonso de Aragon; donde se vé atestada la cronología aun de la misma *leyenda*, título que se dá á toda la obra. Al final de ella se encuentra una legalizacion autorizada por Fernán Blasquez, notario de puridad, en que consta estar bien y fielmente sacada la copia del original, que se guardaba en el archivo del Concejo, añadiéndose: «*Al qual leyenda fué corregida et emendada á fin del mes de Febrero de mill e trescientos et cinquenta et tres años, et finca escrita et pendolada en setenta et ocho fojas de pliego de pergamino con sello e señal de nuestro señor rey en plomo á la redonda, pendiente de cuerda de sirgo vermejo con el qual es senal de ell noble et honrrado Fernán Blasquez.*» En otra nota se lee: «*Acavóse describir en la dicha ciudad de Ávila, sábado víspera de Pascua del espíritu Sancto en veynte dias del mes de Mayo año de mill e seiscientos años, para mí Luis Pacheco, regidor de la ciudad de Ávila.*» Tiene el código referido la marca G. 113, y encierra además un tratado sobre el modo de armar caballeros, y varias noticias de la Orden de la Vanda, en 11 títulos. Si, como se pretende, dicho libro fuese parto de don Pelayo, no puede quedar más justificado el título de *fabuloso*, con que se le distingue.—El P. Ariz, en su *Historia de las Grandezas de Ávila*, insertó esta leyenda con el título siguiente: «*De la poblacion de Ávila segun la contó el obispo don Pelayo de Oviedo, en lenguaje antiguo, á los que iban á poblarla, e á Arévalo.*» Sin embargo de invocarla como autoridad histórica, lo cual abonaba su crítica, suprimió el P. Ariz la introduccion novelesca del Ms., que adicionó y enmendó á veces á su capricho.—La catedral de Oviedo guarda un precioso Ms., designado con el título de *Libro Gótico*, muy digno de estimacion bajo su aspecto arqueológico; pero no libre de los atrevimientos históricos del buen obispo, como prueba el exámen que de él hemos hecho.

Más docto en los estudios de la antigüedad, más esmerado en el uso de la lengua latina, y más sano y abundante en el acopio y exposicion de los hechos, se muestra á la contemplacion de la crítica el monje de Silos, bien que dominado por el ardor de las creencias religiosas, se incline tal vez en demasia á lo extraordinario y maravilloso, en que interviene la Omnipotencia divina. No logra la posteridad por completo la *Chronica* de este respetable varon, careciendo precisamente de la vida de Alfonso VI, objeto capital de sus tareas <sup>1</sup>; mas la parte que existe, aunque destinada á servir de meros preliminares, tejiendo la genealogia de aquel celebrado monarca, no sólo es digna de exámen por ofrecer claro testimonio de la direccion que iban tomando los estudios, sino que merece tambien singular estima por haber contribuido á restablecer los *Chronicones*, adulterados en su tiempo por el obispo don Pelayo, y muy especialmente el de Sampiro, que insertaba integro en su historia <sup>2</sup>. Doliéndose de la total decadencia de las artes liberales con la invasion sarracena, en que desaparecieron estudio y doctrina, faltando escritores y quedando ignoradas las hazañas dignas de eterna memoria, tomaba el Silense por guia á San Isidoro de Sevilla <sup>3</sup>, y mencionando la dominacion de los visigodos, á quienes limpiaba Leandro de la impiedad arriana, ensalzaba el valor y la fé de Recaredo y de Wamba, que postorando la ferocidad de los frances, llevaban al colmo de su grandeza aquella monarquia, humillada y corrompida más tarde por las torpezas de Witiza y de Rodrigo. «Consentia la Providencia» (exclama) que inundaran los bárbaros africanos las Españas, como en tiempo de Noé inundó el diluvio la tierra, para que reservados unos pocos cristianos, no se manchara de nuevo toda la grey en la antigua piscina» <sup>4</sup>.

Tras estas manifestaciones, procura el Silense quilatar los obs-

<sup>1</sup> El mismo autor dice: «Statui rex gestas Domini Aldephonsi orthodoxi Hispaniae Imperatoris, vitamque eiusdem carptim prescribere,» etc. (Número VII de la *Chron.*).

<sup>2</sup> Compréndese desde el núm. XLVIII al LXVI, ambos inclusive.

<sup>3</sup> Véase el núm. II de la *Chronica*.

<sup>4</sup> Núm. VI.

táculos que opuso al reinado de Alfonso VI una guerra fra de ocho años, la cual tiene desastroso fin ante los muros mora; y para tejer la historia de la extirpe de aquel mo vuelve á tomar los acontecimientos desde los tiempos de W de Rodrigo, principales causadores de la perdicion de E. Puede así abarcar en su *Chronica* todo el interés de la quista, siguiendo las huellas de Sebastian y de Sampiro, y giendo de la tradicion oral aquellos sucesos más cercanc época en que escribe, siendo esta indudablemente la part útil de sus trabajos <sup>1</sup>.

Y no sea esto decir que, flándose ciegamente de los *Chr nes* referidos no dé el Silense paso alguno en la investigac los hechos que refiere: provisto en el retiro del claustro de sos apuntamientos, debidos sin duda á los monjes que e preceden, logra ilustrar con peregrinas noticias reinados t curos como los de Garcia y Ordoño II, ampliando en todos do mayor bulto á ciertos sucesos que siendo claro indicio proteccion del cielo, podian contribuir á exaltar el entusias pueblo cristiano. Singular es por cierto que llegado á la ép que debe á la relacion de sus padres el conocimiento de l chos, presente á Bermudo II como un príncipe prudente, e cordioso y justo, mientras salia de la pluma de Pelayo carg afrentosos dictérios y nefandos crímenes. El Silense, que e lugar repite los reinados de Ramiro III y del indicado Ber bosqueja con mayor exactitud, ya que no con entera cla las calamidades que afligieron al cristianismo durante la gloriosa para los sarracenos, del renombrado Almanzor <sup>2</sup>; y tando en pocas palabras las expediciones de Alfonso V, que la muerte en una flecha musulmana lanzada de los muros c seo, pasa á la historia de Navarra para buscar en aquella m

1 El Silense dice con frecuencia, al tratar de los personajes y s coetáneos: «Experimento magis quam opinione didicimus (Núm. XII): terno relatu didicimus» (Núm. LXX). Y al narrar la invencion milagro cuerpo de San Isidoro, añade: «Stupenda loquor, ab his tamen qui int re, prolata» (Núm. XCVI).

2 Núm. LXVIII y sigs.

quia la ascendencia paterna de Alfonso VI, constante meta adonde se encamina <sup>1</sup>.

Ligeros son los rasgos de su pluma hasta llegar á Fernando I de Castilla, hijo de Sancho el Mayor, dejando rodeado de tinieblas el origen del reino pirenaico, como habia sucedido siglo y medio antes al monje Vigila. Próximo á su héroe, pone todo empeño en ilustrar la historia de aquel memorable principe; y reconociendo las causas de la guerra civil, que estalla entre sus hermanos, en la indiscreta division del territorio hecha por don Sancho, division que daba nacimiento al reino de Aragon en el bastardo Ramiro [1035], refiere las discordias que arrebataron á Bermudo III el cetro y la vida en el valle de Tamara (Tamarón), uniendo en las sienes de Fernando las coronas de Leon y de Castilla. Fué desde este momento el rey más poderoso de toda España, despertando su prosperidad la envidia de Garcia, su hermano, que halla en Atapuerca término á su ambicion y á su arrogancia.

Pero desembarazado al fin de las discordias intestinas, volvia Fernando sus armas contra los mahometanos, llevando á cabo las más granadas empresas.—Viseo, Lamego y Coimbra tornaban por su esfuerzo á poder del cristianismo en las comarcas Lusitanas; San Esteban de Gormaz, Berlanga, Aguilera, Güermos, Alcalá y otras muchas fortalezas y castillos eran expugnados ó abrian las puertas á sus ejércitos victoriosos en las regiones centrales de la Península; y talados ó incendiados los campos de la Bética, acudia Abenhabet, rey de Sevilla, con grandes presentes á conjurar la ruina de sus pueblos, obteniendo la deseada paz en cambio del venerable cuerpo de San Isidoro, descubierto no sin extraño prodigio por Alvito, obispo de Leon, enviado con Ordoño de Astorga y el conde don Munio á reclamar del rey sarraceno las reliquias de Santa Justa <sup>2</sup>. Dá el Silense á todos estos sucesos amplitud desacostumbrada con notable superioridad sobre don Pe-

<sup>1</sup> Ceterum patefacta Aldefonsi nostri Imperatoris materna prosapia, ut quoque eiusdem patris nobilis origo patefiat, paulisper sermo versatur (Número LXXIV).

<sup>2</sup> Num. XCV.

layo; y mencionada la fatal desmembración de aquel poderoso Estado, bien que rendidos á Fernando los más señalados elogios por la templanza de su carácter y la protección que dispensa á la Iglesia y sus ministros, apunta su última expedición á las regiones Celtibéricas (*Celtiberiae provinciae*), de donde vuelve á Leon afligido de mortal dolencia, pasando de esta vida en el vigésimo-sétimo año de su reinado [1065].

En este punto termina pues el *Chronicon* del monje de Silos <sup>1</sup>, habiendo sido hasta ahora inútiles cuantos esfuerzos se han hecho para descubrir la vida de Alfonso VI. Mas si dolorosa es esta pérdida, así respecto de los estudios históricos como de los literarios, basta la parte que dejamos analizada para confirmar el juicio arriba expuesto, reconociéndose en cada página el vehemente deseo que animaba al autor por restaurar las disciplinas liberales, cuyo olvido era por él lamentado. El Silense, que siguiendo las huellas del grande Isidoro, al cultivar la historia patria, no vacilaba en celebrar su facundia y su ciencia <sup>2</sup>, buscaba los caminos del saber en las Sagradas Escrituras y en las obras de los Santos Padres, y familiarizado con los doctos *diálogos* de San Gregorio <sup>3</sup>, volvía al propio tiempo sus miradas al estudio de la antigüedad, que hallaba duradero albergue en el retiro del claustro, de donde lo sacan al mundo los que, llevados á aquellas venerables escuelas por el amor de la ciencia, vuelven á la sociedad ilustrados ya con su fructuosa enseñanza.

Sólo de esta manera puede en verdad comprenderse cómo un monje, educado en la segunda mitad del siglo XI, no solamente aspira á dar á la narración histórica un tono y estilo á la sazón inusitados, sembrándola de sentencias morales y políticas <sup>4</sup>, sino que haciendo afectado alarde de conocer la antigua geografía de

<sup>1</sup> Abraza este *Chronicon* desde la pág. 226 á la 323 del tomo XVII de la *España Sagrada*, lo cual advierte desde luego su mayor extensión sobre los anteriores.

<sup>2</sup> Totam Hispaniam suo opere decoravit et verbo (núm. XCIX).

<sup>3</sup> Véase el número III del *Chronicon*.

<sup>4</sup> En el número VIII se lee: «Sociis in regno nunquam pax diuturna fuit;» en el XVIII: «Bellatrix Hispania duro, non togato, milite concueitur;» en el LXXXII: «Habent sese regum avidae mentes,» etc., etc.

las Españas, á que ajusta la relacion de los sucesos <sup>1</sup>, lleva su erudicion al punto de comparar á un rey de Astúrias con el *leon lático*, atribuyéndole el valor de *Marle*, y pinta la venida del nuevo dia, presentando la imágen de *Titan*, que se levanta de las ondas <sup>2</sup>. Y es lo notable, al hacer esta importante observacion, que llamado á la vida austera del claustro en la flor de su juventud <sup>3</sup>, y avezado en ella á las contemplaciones ascéticas, admite este escritor en todos los acontecimientos de mayor bulto é importancia, cual va ya insinuado, la intervencion divina, fomentando de este modo aquellas mismas creencias, que iban infundiendo vida y color á la poesia popular, cuyas primicias debian en breve recogerse por los eruditos <sup>4</sup>.

Pero ya queda asentado: esta peregrina contradiccion, que hemos reconocido tambien en los mozárabes de Córdoba, al juzgar las obras de Eulogio y de Álvaro, si llama en el estudio del Silense la atencion de la critica por los caracteres con que en su *Chronicon* aparece, no era por cierto un hecho aislado: más ó menos vigorosa y decisiva, proyéctase en todas partes la sombra del gran coloso de la antigüedad, revelando así la activa influencia que debia ejercer en las literaturas vulgares aquel prodigioso arte, cu-

<sup>1</sup> El Silense dá en su *Chronicon* los nombres de *Betica*, *Lusitania*, *Hispania Cartaginense*, *Celtiberia*, etc., á las diferentes regiones, que en la antigüedad se distinguieron con estos nombres.

<sup>2</sup> Narrando las hazañas de Ordoño II, pintaba así su bravura: «Non aliter miserum pecudum gregem *Lybicus Leo* quam *Mavortius Rex* turbam maurorum invadit» (núm. XLVII). Téngase en cuenta que el Silense usó aquella poética voz en la misma acepcion que Virgilio, cuando dijo:

Quin et avo comitem sese Mavortius addet  
Romulus, etc.

(*Æneid.*, lib. VI, v. 777).

Al contar la malhadada batalla de Atapuerca, escribia: «Mane itaque facto, quum primo Titan emergeretur undis (núm. LXXXIV); y al referir la aparicion de San Isidoro al obispo *Alvito*, pintaba el anochecer de este modo. «Iamque die tertia, emenso *Olimpo*, sol occubuerat,» etc. (núm. XCVII).

<sup>3</sup> Ego itaque ab ipso juvenili flore colla pio Christi iugo subnectens... habitum monacalem suscepí (núm. VII)

<sup>4</sup> Véanse los primeros capitulos de la segunda parte, y las *Ilustraciones* número I, IV y V del presente volumen.

yas grandes bellezas eran más bien tradicionalmente respetadas que artística ó críticamente comprendidas.

Esta inclinacion de los eruditos, que los llevaba á ostentar en sus obras las imperfectas nociones de la antigüedad clásica, adquiridas en las escuelas monacales y fomentadas con la no sazónada lectura de los poetas é historiadores latinos, mostrándose constantemente en los primitivos monumentos de la historia nacional que hemos analizado, iba á recibir nuevo impulso durante el siglo XII, como natural consecuencia de los memorables acontecimientos que ilustran el feliz reinado del conquistador de Toledo. Era el rescate de esta ciudad y de las dilatadas comarcas que reconocian su dominio, el suceso más trascendental de la guerra contra los mahometanos desde los tiempos de Pelayo: la más noble, la más grande y ardiente aspiracion de la reconquista se habia consumado; la ciudad de los Concilios, silla de los Eugénios, Ildefonsos y Julianes, veia volar sobre los propugnáculos, levantados por los Beni-Dhi-n-num, los gloriosos estandartes de Castilla, que no hallaban ya en la Península Ibérica quien contrastara su poderio. Con la conciencia del predominio que le daba aquel hecho en la futura suerte de las Españas, con el vivo anhelo del propio engrandecimiento y mayor cultura, disponíase el pueblo de los Alfonsos y Ramiros, al verse dueño de la régia ciudad, á templar los heredados odios contra los enemigos de su Dios y de su patria, encaminando la civilizacion española por nuevos y más anchos senderos.

Imitando el nobilísimo ejemplo dado por el fundador del reino de Castilla en las regiones occidentales, que arranca denodado á la pujanza de los mahometanos [Sena, 1038], dejaban estos por segunda vez de ser vendidos como esclavos *sub corona* al sucumbir vencidos, entrando con la antigua raza mozárabe á formar parte de los vasallos de los reyes; y respetadas su religion, sus leyes y sus costumbres, eran designados con el título de *mudejares*, trasmitido á nuestros días por la historia <sup>1</sup>. Prueba irrecusa-

<sup>1</sup> El nombre de *mudejar* fué dado á los moros sometidos por los independientes, como título de escarnio y deshonor: «Los mudejares, son los que quedaron en España en los lugares rendidos por vasallos de los reyes cristianos,

ble de que habian cesado ya los grandes peligros del cristianismo, y de que desvanecido en la grey cristiana el temor de caer en nueva servidumbre, comenzaban á despojarse aquellas civilizaciones que se simbolizan en el Koran y en el Evangelio, del carácter repulsivo que hasta entonces las distinguia, siendo entre ambos pueblos medianera la grey mozárabel Acaudalaba esta al propio tiempo á sus libertadores con los tesoros de la antigua cultura latino-visigoda, solícitamente conservados y acrecentados dos siglos antes por los nobles esfuerzos de Álvaro y de Eulogio, para quienes no habian sido vanos nombres las obras de la antigüedad clásica <sup>1</sup>.

Pero al mismo tiempo que la política de Alfonso VI, siguiendo las generosas inspiraciones de su padre Fernando I, cambiaba el aspecto de la guerra, suceso que iba á producir bienes sin cuento á sarracenos y cristianos; al mismo tiempo que recibian estos en Toledo, cual legítima herencia de sus mayores, los frutos de las letras visigodas y mozárabes, cediendo el victorioso monarca á las reiteradas demandas de Alejandro II y Gregorio VII, á que se habia doblado ya Sancho de Aragon, empeñábase en la no fácil empresa de borrar de sus Estados el antiguo rito, instituido por el IV concilio de Toledo, quebrantando así todas las tradiciones

rá los cuales, porque servian y hacian guerra contra los otros moros, los llamaron por oprobio *mudegelim*, nombre tomado de *degel*, que es en arábigo «Antecristo» (Mármol, *Hist. de la Rebel. y cast. de los moris.*, lib. II, cap. I).

<sup>1</sup> Remitimos á los lectores á las notas 1 y 2 de las págs. 95 y 103 del anterior capítulo. Las obras de San Eulogio fueron conocidas en vida del mismo santo por los cristianos de Toledo, quienes le ofrecieron, en premio á su saber y virtud, la mitra de dicha metrópoli. No se olvide que el celebrado códice del rico *Himnario hispano-latino*, que en su lugar propio examinamos (cap. X, pág. 457, *Ilustraciones* del anterior volúmen) fué escrito durante el siglo X, ó en la primera mitad del XI, en la ciudad de Toledo, dominada á la sazón por la dinastía de los Beni-Dhi-n-num. Compuesto el prólogo, al tiempo de trasladarse el Himnario, por el mozárabe Máurico, á ruego de Veroniano, pruébase que se proseguia cultivando en la ciudad de los Concilios la poesia latina de la misma suerte que lo habian hecho los discipulos de Isidoro, y sobre todo teniendo muy presente su doctrina, como dejamos ya comprobado (pág. 475 y 476 de las citadas *Ilustraciones*). La Biblioteca Capitular de Toledo posee otros códices litúrgicos de igual época, que producen el mismo convencimiento.



de la liturgia española, é intentando condenar en consecuencia á doloroso olvido cuantos monumentos habian producido la literatura y la poesía religiosa de las edades precedentes. Dominaba á la corte romana el gran pensamiento de uniformar el culto católico en todos los pueblos occidentales; y firme Gregorio VII en este propósito, lograba por último reducir á los muros de la ciudad, donde habia nacido, aquel venerando rito, que fué otro tiempo respetado desde Narbona á Cádiz y desde Lisboa á Barcelona <sup>1</sup>.— Triunfante de la repugnancia de los españoles, que segun advertiremos al estudiar la edad primera de la poesía castellana, se manifestaba con singular energia en los cantos populares, no solamente poblaba el cluniacense Gregorio de monjes de su propia congregacion numerosas iglesias de la Península, sino, lo que era más trascendental para su cultura, lograba tambien que fuese abolida en los dominios de Alfonso VI la letra hispano-latina, conocida universalmente, así como el rito igualmente desterrado, con el título de *toledana* ó *isidoriana* <sup>2</sup>.

1 Véanse el capítulo X y las *Ilustraciones* del tomo I.

2 El arzobispo don Rodrigo parece inclinarse á creer que la letra *isidoriana* ó *toledana* es la misma inventada por el obispo Ulfilas ó Gúdila, cuando escribia, al mencionar la conversion de los godos: «Ecclesias construxerunt et sacerdotes evangelicos habuere specialesque litteras, quas eis cum lege Gúdila, eorum episcopus, tradiderat, habuerunt, quae in antiquis Hispaniarum et Galliarum libris adhuc hodie superextant; *et est littera, quae dicitur toletana*» [*Rerum Hisp. Gest. chr.*, lib. II, 'cap. 1]. Debemos observar, sin embargo, para desvanecer el error en que han caído, siguiendo estas palabras, notables historiadores de nuestros dias, que la letra de que se valian los escritores de la época visigoda era la *latina*, segun prueban todos los monumentos litológicos de aquella edad y persuaden las palabras de San Eugenio, cuando en el epigrama *De Inventoribus litterarum* decia:

Quas Latini scriptitamus edidit Nicostrata.

Á pesar de esto, es comun entre los eruditos dar el nombre de *gótica* ó *ulfiliana* á la letra de la edad referida, que en la del arzobispo don Rodrigo llevaba todavia el título de *toletana*. San Eugenio mencionaba estos caracteres, diciendo:

Gulfilia prompsit Getarum quas videmus ultimas.

Este verso no prueba que semejantes caracteres se empleasen por los escri

Que estos extraordinarios sucesos debian ejercer alguna influencia en la civilizacion española, no hay para qué dudarlo cuando se repara en la universalidad y trascendencia de semejantes disposiciones. Reflejáronse estas sin duda en las esferas literarias: acaudalábanse con nuevas producciones los estudios sagrados, y tal vez recibian nuevo incremento los clásicos, nunca olvidados en el suelo español, segun queda históricamente comprobado: cobraban acaso las escuelas clericales mayor importancia con el ejemplo de aquellos monjes, que obedeciendo los mandatos de la Santa Sede, traian á Castilla con el predominio de la curia romana, la ciencia atesorada en sus celebrados monasterios. Pero si por este camino se generalizaba algun tanto el conocimiento de las artes liberales, estimulando á nuestros prelados en el cultivo de la filosofia y de la elocuencia <sup>1</sup>, si secundaba en cierto modo la solicitud de los cluniacenses las enseñanzas difundidas por Isidoro en el libro inmortal de las *Etimologias*, no podia cundir esta influencia más allá de la esfera de los eruditos, mientras preludiaba claramente el primer divorcio entre doctos y vulgares; divorcio á que daba no pequeño impulso el extraordinario conjunto de circunstancias, asociadas á la conquista de Toledo.

Reflejábanse estas más directamente en las esferas de la política, y trascendian no sin algun efecto á las de la lengua hablada por la muchedumbre, cuya existencia aparecia ya desde siglos anteriores como un hecho indudable, conforme nos han demostrado en el terreno de la erudicion los monumentos históricos <sup>2</sup>.

tores hispano-latinos: lo que manifiesta claramente es que la letra *ulflana* aparecia la última en el órden cronológico. Al investigar los orígenes y formacion de los *romances* hablados en la Península, tocaremos este punto con mayor espacio (*Ilust.* II).

<sup>1</sup> Entre otras pruebas que pudiéramos alegar, citaremos las palabras con que Xuaño Alfonso, uno de los autores de la *Historia* ó Registro compostelano, refiere el establecimiento de la escuela en que él mismo se educa, debido al obispo don Diego Gelmirez: «Clericos... alios a diversis partibus colligens, locato de doctrina eloquentiae magistro et de ea quae discernendi facultatem plenius administrat, ut nos ab infantiae subtraheret rudimentis, suo nos commendavit imperio» (lib. I, cap. XX). Esta escuela se planteaba en 1105.

<sup>2</sup> En su lugar hallarán los lectores todos estos datos, por extremo eficaces

Al grueso de los ejércitos de Alfonso VI, compuestos de gallegos, leoneses, astures, alaveses y castellanos, habia reunido la fama de aquella bélica empresa crecido número de aventureros navarros, aragoneses y catalanes, pasando los Pirineos con igual propósito no escasas compañías de francos, gascones y provenzales, con quienes habian tomado plaza algunos alemanes, italianos y griegos, ganosos tambien de señalarse en tan meritoria cruzada.—Al caer el reino de Toledo en poder del rey de Castilla, recibian, ya dentro de la ciudad, ya en las villas y pueblos del contorno, heredades y privilegios todos aquellos guerreros; y hermanados con los mozárabes, que obtenian el gobierno de la ciudad, y puestos en comunicacion con los judios y sarracenos, que conservaron en la misma su religion, sus leyes y sus antiguas propiedades, natural parecia que trayendo al habla comun alguna parte de sus respectivos idiomas, cobrase aquella nueva fisonomia, muy principalmente en la corte de Castilla, asentada ya, como dejamos advertido, en la antigua ciudad de los Concilios <sup>1</sup>.

Mas si el vulgar romance español, hablado al propio tiempo por astures, leoneses, castellanos, aragoneses y navarros, con los matices que en su lugar notaremos, pudo acaudalarse algun tanto al ponerse en contacto con los romances de los ultramontanos, lo cual ha dado origen á muy aventuradas hipótesis <sup>2</sup>; si es conveniente

para estudiar el desarrollo de la lengua vulgar, unidos á otros testimonios no menos fehacientes (Ilustr. II.<sup>a</sup> de este volúmen).

1 El erudito don Pedro José Pidal parece opinar, con el autor de la *Poetografía Española*, que tuvo nacimiento el habla castellana en la ciudad de Toledo (*Recuerdos de un viaje á Toledo, Revista de Madrid*); pero con sólo tener presentes los testimonios que dejamos expuestos y en su lugar ampliaremos, se demuestra que el idioma vulgar existia en siglos anteriores. Lo que pudo suceder, al reunirse dentro de los muros de Toledo tan diferentes pueblos, fué que se desarrollara y enriqueciera aquel naciente idioma, tomando ya caracteres más fijos y determinados y preparándose á dejar la rusticidad con que habia nacido, segun antes de ahora observamos (*Est. hist., pol. y lit. sobre los judios de España*, Introd.).

2 Cuando trazamos estas líneas, no podiamos sospechar que las indicaciones históricas del P. Burriel, dadas á luz por Terreros, podian producir la teoria que el docto Damás-Hinard anuncia y explana en la Introduccion á su *Poeme du Cid* (Paris, 1858). Excediendo de los justos limites, no sola-

el seguir desde aquel momento con singular cuidado todos los pasos que dá, y reconocer todos los obstáculos que vence hasta que dotado de mayores brios pugna por erigirse en lengua literaria; si son por último dignos de maduro estudio los esfuerzos que hace para conquistar la consideracion de los eruditos, que lo vieron en su cuna con entero desprecio é indiferencia, adictos siempre al uso de la lengua latina, no podia esta ser tan fácilmente despojada de la posesion de todos los conocimientos humanos, en que habia estado por tantos siglos, ni desechada tampoco por la Iglesia, que la reconocia como único intérprete del culto.—Activo, grande y poderoso el influjo del clero en las costumbres de la sociedad española, conservaba por el contrario el latin su antiguo ascendiente; y restaurado en parte con la doctrina de los monjes de Cluny, ofrecia nueva resistencia al triunfo decisivo de las hablas romances, que se habian levantado á un mismo tiempo de sus ruinas <sup>1</sup>. Así, mientras disputaba á las últimas el dominio de

mente hace derivado y tributario del francés el arte español, y por tanto hijo de la literatura ultramontana el *Poema del Cid*, sino que pone tambien en la lengua española el sello de la francesa; y no contento con tan amplia conquista, extiende á toda nuestra civilizacion ese derecho de paternidad, no perdonadas las artes ni las costumbres. La pretension es tal y tan excesiva, que por más ingenio, por más erudicion, por más ciencia que el entendido Lamás-Hinard despliegue para legitimarla «l'histoire et la logique seront les plus fortes» contra ella, valiéndonos de sus propias palabras. Por de pronto, conviene fijar la vista en los estudios que dejamos realizados, para que comprendida la fuerza indestructible de la tradicion respecto de todos los elementos de cultura, atesorados en nuestro suelo desde el momento en que empieza la obra de la reconquista, no concedamos tan fácilmente su anulacion ante cualquiera influencia extraña. Tampoco nos llevará este convencimiento, nacido al propio tiempo de la historia y de la filosofia, á rechazar ciegamente toda influencia por el estéril placer de negar la verdad, ni por la indiscreta satisfaccion de un patriotismo exagerado. Concedemos, ó mejor dicho, hallamos al declinar del siglo XI y principiar del XII, esa influencia francesa en el suelo de Castilla: la vemos reflejarse en las esferas de la ciencia y del arte erudito; pero de aquí á convenir en las conclusiones obtenidas por el doctor Lamás-Hinard, hay muchas millas de distancia, y contra ellas protestan, no solamente los estudios realizados, sino cuantos adelante exponemos. Véanse en efecto los capítulos siguientes, con todas las ilustraciones del presente volumen, y los primeros capítulos de nuestra II.<sup>a</sup> Parte.

1 Véase la Ilustracion II.<sup>a</sup> del presente volumen.

los cantos populares, en la forma que demostraremos en breve, era empleado por los doctos en la interpretacion de las Sagradas Escrituras y en los estudios morales, siendo único instrumento de la historia, cuyo dominio conserva hasta los primeros dias del siglo XIII, y revelándonos con entera claridad el empeño que ponía en sostener el disputado imperio de la inteligencia.

Varias son las obras históricas, pertenecientes á esta edad, que han llegado á la moderna: entre todas ocupan sin embargo lugar preferente por su extension é importancia literaria las señaladas con los títulos de *Gesta Roderici Campidocti*, *Historia Compostelana* y *Chronica Aldephonsi Imperatoris*. Escrita la primera tal vez en vida del conquistador de Toledo, no excede la segunda de la mitad del siglo XII, apareciendo la tercera partido ya el mismo siglo. Todas encierran interés extraordinario; y sin embargo, merece la primera fijar con preferencia las miradas de la crítica, no solamente por ser el primer libro histórico en que se toma por héroe un caudillo particular de la reconquista, sino porque es este héroe el más popular, ya que no el más amado del pueblo español, bastando su nombre y sus hazañas á despertar en todas edades el valor y el patriotismo, é inspirando siempre á la musa de Castilla nobles y varoniles acentos <sup>1</sup>.

Pero el Rodrigo Campeador de la *Gesta* latina, si no es contrario ni desemejante al Cid de la tradicion poética de los castellanos, apareciendo en aquel libro peregrino como el primer guerrero de su tiempo, único digno de hombrearse con los reyes, y llevando á cabo con sus propias fuerzas empresas tales que los mismos reyes no osaban imaginar, justifica plenamente el amor y la admiracion que el pueblo español le profesa, revelándonos al par las causas que le mueven á personificar en él, así sus esperanzas y sus deseos, como sus odios y sus protestas. La *Gesta Roderici Campidocti* tiene todo el valor y el carácter de un monumento histórico <sup>2</sup>. No conocemos por desgracia el nombre de

<sup>1</sup> Véanse los caps. II, III, IV, XI, XX y XXIII de la II.<sup>a</sup> parte de esta *Historia* y en la III.<sup>a</sup> el exámen del teatro español.

<sup>2</sup> Fué descubierto este precioso libro por el erudito Mtro. Fray Manuel Risco, continuador de la *España Sagrada*, en la biblioteca de San Isidro de

su autor, ni es posible ya determinarlo: escribe, porque cayendo las cosas temporales fácilmente en olvido, merced á la prodigiosa inestabilidad de los años, pueden sólo conservarse en la memoria las guerras llevadas á cabo por Rodrigo Diaz, bajo la luz de las letras <sup>1</sup>; y realizado ya su propósito, declara con meritoria ingenuidad que si es exigua su ciencia, rudo su estilo, y breve su narracion, le anima el noble celo de la verdad, al tejer la historia del héroe siempre vencedor y nunca vencido <sup>2</sup>.

Era pues la *Gesta Roderici Campidocti* el primer libro en que se recogian las relaciones palpitantes de aquellas grandes hazañas, que iban á revestirse en breve con las galas de la idealizacion, acariciadas por la fogosa fantasia de los castellanos. Hijo y sucesor de Diego Lainez, que ilustra la sangre de Lain Calvo,

Leon, en un cód. 4.º, escrito en vitela durante el siglo XII, que encerraba las obras siguientes: 1.º *Historia a B. Isidoro Iunioris Hispalensi edita*; 2.º *Prologus Isidori ex libris cronice breviter adnotatis*; 3.º *Historia Galliae, quae temporibus divae memoriae Principis Bambae a domino Iuliano, Toletanus sedis episcopo, edita est*; y 4.º *Gesta Roderici Campidocti*. Este interesantísimo Ms., desconocido de los escritores que florecieron en España desde el siglo XIII, conforme advierte el mismo Risco (Prol. p. VII), ha tenido hasta nuestros días varia fortuna: negado por Masdeu, á quien los canónigos reglares de San Isidro no quisieron mostrarlo, fué tenido en grande estima hasta la supresion de las Órdenes religiosas, en que vino á poder del doctor Guillermo G. Heine, que visitaba nuestras provincias: este lo llevó consigo á Lisboa y de allí á Berlin, su patria. Muerto el doctor á principios de 1848, y llegada á noticia de la Real Academia de la Historia la del paradero de tan estimable joya histórica, puso tanta diligencia en su adquisicion que logró al cabo rescatarlo, cabiendo al ilustrado jóven don Antonio Cavanilles la honra de traerlo á España en 1852. Guárdase pues en tan rico depósito, que poseia ya una estimable copia, hecha en el siglo XV, la cual ofrece al fól. 86 v. la citada *Gesta Roderici Campidocti* (Est. 3, gr. 4.ª, G. I.).

1 Las palabras textuales son: «Quoniam rerum temporalium gesta immensa annorum volubilitate praetereuntia, nisi sub notificationis speculo denotentur, oblivioni proculdubio traduntur, idcirco Roderici Didaci nobilissimi, ac bellatoris viri prosapiam, et bella ab eodem viriliter peracta, sub scripti luce contineri, atque haberi decrevimus» (núm. I).

2 «Quod nostrae scientiae parvitas valuit, eiusdem gesta sub brevitate, et certissima veritate stylo rudi exaravit. Dum autem in hoc saeculo vixit, semper de adversariis secum bello dimicantibus triumphum nobilem obtinuit, et nunquam ab aliquo devictus fuit» (núm. penúlt).

conquistando á los navarros los castros de Ouberna y de Ulver y venciéndolos en campo abierto, criase Rodrigo bajo los auspicios de don Sancho, rey de toda Castilla y dominador de España, cuya mano le ciñe el cingulo de la milicia, iniciándole en la guerra con el triunfo obtenido en Grados contra el rey don Ramiro de Aragon, muerto en tan memorable batalla. Creciendo el amor del rey y las virtudes bélicas de Rodrigo, institutale don Sancho caudillo de su ejército (*principem super omnem militiam*), confiándole en Llantada y Vulpillera el régio pendon, que excediendo á todos sacaba una y otra vez triunfante, y vetale pelear en Zamora contra quince caballeros, no sin lograr la victoria, como la alcanzaba en breve sobre Ximeno Garcés, uno de los más generosos varones de Pamplona, y sobre el régulo de Medinaceli, á quien costaba la vida aquella empresa.

Muerto don Sancho, recíbelo Alfonso VI por vasallo con extremado amor, y desposándolo con Ximena, su prima, hija de Diego, conde de Oviedo, envíale á Sevilla para recoger las parias que el rey moro de aquella ciudad le tributaba y defenderle del rey de Granada, que aun auxiliado de los condes Garcia Ordoñez, Lope Sanchez y Diego Perez, era derrotado por Rodrigo, cayendo en su poder los referidos próceres, á quienes pasados tres dias, concede la libertad, pero no las riquezas ganadas en el combate. Cargado de cristianos y sarracenos despojos, rico con los tributos y los dones del rey de Sevilla, restitútase á Búrgos el hijo de Diego Lainez, á tiempo que el rey don Alfonso partia con poderoso ejército contra las tierras de la morisma. Con envidia, que iba á tener grandes creces en lo venidero, contemplaron los cortesanos sus victorias: doliente Rodrigo, permanecia no obstante en Castilla, bien que no sin provecho y gloria de su patria, pues que invadido el territorio cristiano por el rey de Zaragoza y expugnado el castro de Gormaz, cerria luego en su ayuda, y rechazados los moros, revolvía sobre las tierras de Toledo y hechos allí hasta siete mil cautivos, tornábase á sus hogares, ennoblecido con el aplauso de los castellanos. Mas no así de los palaciegos (*curiales regis*), quienes sabedores del nuevo triunfo, atribuian á Rodrigo depravados intentos, logrando malquistarle con el rey, hasta el punto de arrojarle este de sus Estados.

Comenzaba desde aquel momento la vida de azares y aventuras que iba á encontrar digna corona en la conquista y posesion de Valencia. No sin tristeza de sus amigos, salia Rodrigo de Castilla, y dirigiéndose á Barcelona y de allí á Zaragoza, hallaba en esta ciudad honrosa acogida en el rey moro Almuctamir, quien muerto á poco, partia su reino entre Almuctaman y Alfagib, sus hijos, divididos muy luego por terrible discordia. Don Sancho de Aragon y el conde Berenguer de Barcelona favorecian á Alfagib, rey de Denia: Rodrigo Diaz ayudaba á Almuctaman, rey de Zaragoza. La guerra estalla, las empresas, algaras y rebatos se suceden con rapidez, hasta que venidos á las manos ambos ejércitos ante los muros de Almenara, derrota Rodrigo con gran mortandad y riquísima presa al rey de Denia y sus aliados, aprisionando al conde Berenguer, á quien pasados cinco dias restituye la libertad, mientras él recibe en Zaragoza los honores del triunfo. Colmado de riquezas por Almuctaman, considerado como escudo y señor de todo el reino (*dominator totius regni*), no olvidaba Rodrigo lo que debia á su patria, ambicionando volver á Castilla. Juzgó cumplidos sus deseos al avistarse ante los muros de Rueda con Alfonso VI, á quien Albofalac, su alcaide, habia traído engañado con la promesa de entregarle aquel castillo; mas dudando de la sinceridad del Emperador <sup>1</sup>, mientras acometia este y daba feliz remate á la conquista de Toledo, tornaba Rodrigo á Zaragoza, y llevando nuevamente sus armas contra Alfagib, assolaba y destruia las montañosas comarcas de Morella. Unidos segunda vez los reyes de Aragon y de Denia, salian en busca del castellano, encontrándole orillas del Ebro, donde trabado el combate, caia en manos de Rodrigo la flor de la nobleza aragonesa, que era conducida á Zaragoza como trofeo de tan gran victoria <sup>2</sup>.

1 Debe advertirse que tanto en la *Crónica* del Silense como en la *Gesta Roderici Campidocti*, monumentos coetáneos y escritos sin duda antes de 1126, en que Alfonso VII toma nombre de *Emperador*, es designado Alfonso VI con el indicado titulo, que hubieron de darle sus vasallos, conquistada Toledo. No consta sin embargo que se ungiese, como lo hizo su nieto.

2 El autor de la *Gesta* determina los nombres de estos personajes, fijando al par su naturaleza y condicion con circunstancias especialísimas (Pág. XXV de la ed. de Risco). Sin hallarse muy inmediato á los hechos, y muy bien in-



Muerto entre tanto Almuctaman, sucédele su hijo Almuzahem, en cuya corte vive Rodrigo Diaz, siendo objeto de gran veneracion, por el espacio de nueve años. Al cabo vuelve á Castilla, donde es recibido honrosa y alegremente (honorifice et hilari vultu) por don Alfonso, quien para asegurarle de su afecto, le daba hasta seis castros fronterizos <sup>1</sup>, concediéndole formalmente la propiedad de cuantas fortalezas y tierras rescatase en adelante del poder mahometano <sup>2</sup>.

Contábase á la sazón la Era de 1127 (año 1089): mientras Alfonso partía á combatir los dominios del Islam, puestos al mediodía de la Península, tornaba Rodrigo á sus correrías en tierras de Valencia, y esparciendo por todas partes el terror de su nombre, hacia en breve su tributario al rey de aquella ciudad, suerte que igualmente cabía al régulo de Murviedro (Muro vetulo). Cercado entre tanto por Yuzeph, príncipe de los almoravides, el castillo de Aledo (Halageth), resolvíase á socorrerlo el Emperador, mandando á Rodrigo que acudiese también con los suyos á la empresa: por mala inteligencia llegó el Campeador á deshora, circunstancia que aprovechada por los envidiosos (invidentes) para acusarle de malo y traidor (traditor et malus), daba por resultado la confiscación de todos sus bienes, con la prisión de su esposa é hijos, cruelmente ejecutada <sup>3</sup>. En vano Rodrigo envía á la corte de Alfonso uno de sus guerreros (quemdam militem suorum) para explicar su conducta, y en vano protesta con formal juramento hasta cuatro veces de su lealtad, retando á sus acusa-

formado de testigos presenciales, no era posible tanta exactitud y fidelidad.

1 Gormaz, Ibia, Campos, Eguña, Briviesca (Bervesca) y Langa (quæ est in extremis locis).

2 Es de notarse que al mencionar el autor esta concesión, observa que fué *sigillo scriptam et confirmatam*, manifestando por tanto que se cumplieron todas las formalidades de la ley y de la costumbre. En 28 de julio de 1075 había obtenido Rodrigo Diaz análogo privilegio, respecto de sus bienes patrimoniales.

3 Iussit ei auferre castella, villas, et omnem honorem, quem de illo tenebat. Necnon mandavit intrare suam propriam hæreditatem et, quod deterius est, suam uxorem et liberos in custodia illaqueatos crudeliter retrudi; et aurum, et argentum, et cuncta, quæ de suis facultatibus invenire potuit, omnia accipere mandavit (pág. XXIX de la ed. de Risco).

dores: el rey es inflexible á tan nobles disculpas, consintiendo únicamente en que su mujer y sus hijos pudiesen acompañarle en el destierro <sup>1</sup>.

La fortuna le habia hecho á la sazón dueño de inmensas riquezas, hallada orillas del mar (Pelope) una cueva llena de oro, plata y ricos paños de seda: con tal auxilio emprendia nueva série de hazañas, que ganándole la obligada amistad de los reyes de Denia y de Valencia y haciéndole señor de numerosas fortalezas y castillos, forzaban por segunda vez al temeroso Alfagib á solicitar la proteccion y alianza del rey de Aragon y del conde de Barcelona. Obtenia en efecto la del conde, no exceptuado esta vez de la liga el rey de Zaragoza, deseoso como aquellos de alejar de sus tierras huesped tan enojoso y molesto, y demandado al par, aunque inútilmente, el concurso del mismo rey de Castilla. Junto á Calamocha (Calamoxa) se avistan ambos campos: el conde Berenguer, ya valiéndose de Almuzahem, ya directamente, injuria y desafia á Rodrigo, quien pagando denuesto por denuesto, termina su gallarda réplica con estas palabras: «Ven, no tardes: recibirás de mí la soldada que suelo darte» <sup>2</sup>. La lid se traba al cabo: Rodrigo es herido en lo más recio del combate; pero indomable como siempre, vence y destruye al conde y sus protegidos, cayendo en sus manos el mismo Berenguer y hasta cinco mil de los suyos: humillado el altivo conde, concédele el Campeador la libertad, y negándose á recibir el rescate de sus caballeros, envíalos también agasajados y contentos á sus tierras, haciendo por último duraderas paces con el señor de Barcelona.

Noticioso Rodrigo, por cartas de la reina de Castilla, de que se disponia Alfonso á partir contra la Bética, obedece la invitacion de aquella augusta señora, y camina á su encuentro desde

<sup>1</sup> Verumtamen et uxores et liberos ad eum redire permisit (id., id., página XXX).

<sup>2</sup> Estas cartas de duelo son fehaciente testimonio del estado de la lengua castellana en el siglo XI, y dan á conocer perfectamente las costumbres militares de aquella apartada edad, en que tanta y tan decisiva influencia alcanzaba la representacion personal de cada caudillo. Adelante (Ilustr. II.<sup>a</sup>) volveremos á tenerlas presentes bajo el primer concepto, no olvidándolas tampoco bajo el segundo, al examinar el *Poema del Cid* (II.<sup>a</sup> Parte, cap. III y IV).

Liria, hallándole en Martos: el rey tenía asentado su real en la parte de la sierra; Rodrigo lo pone en la llanura, lo cual irrita por extremo á don Alfonso, quien pasado el peligro y de vuelta ya para Toledo, maltrata en Ubeda con airadas palabras al Campeador, quien oyéndole silencioso y recordando las artes de sus enemigos, abandonaba los reales en medio de la noche, dirigiéndose á más andar á tierras de Valencia. Fatigando las villas y castillos, imponiendo tributos á las ciudades y su amistad á los reyes cristianos y sarracenos de aquellas comarcas; haciendo terribles entradas por tierras de Calahorra y Nájera para tomar venganza del conde Garcia Ordoñez, y apoderándose donde quiera de panes y vendimias, preparábase Rodrigo para la grande empresa de Valencia, ciudad que habia caído en poder de los almoravides (*barbarae gentes*). Las dificultades parecían invencibles; mas apoderándose uno tras otro de los castillos circunvecinos, que fortifica contra la ciudad, logra al cabo estrecharla á tal punto que mueven los cercados tratos de rendicion, fijando un plazo para verificarla, si no eran socorridos. Los ejércitos almoravides, que acuden en su ayuda, esquivan la lid; el plazo cumple y no rendidos los sitiados, resuélvese Rodrigo á tomar la ciudad á viva fuerza. Tiene el castellano en el hambre efficacísima ayudadora; y llegado el momento de dar el asalto, nada resiste á la pujanza de sus soldados, quienes entran á saco la ciudad, postrando á los piés del Campeador inmensas riquezas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Algunos escritores que se precian de haber leído la *Gesta Roderici*, asientan que habiendo pedido capitulación los valencianos, les concedió el Campeador condiciones generosas, entrando en la ciudad al mediar julio de 1094. La *Gesta*, antes de contar la rendicion, y hablando del plazo señalado al efecto por Rodrigo, plazo que alcanzaba *usque ad mensem Augustum*, dice: «Transacto igitur mense augusto», etc.; y dada despues á conocer la situación de Valencia, aquejada por el hambre, y el socorro inútil de los almoravides, que retardó la entrega *non modico tempore*, añade: «Valentiam solito more fortius ac robustius ex omni parte debellavit, camque expugnatam tandem gladio viriliter cepit: captamque continuo deprædatus est» (Pág. L de la ed. de Risco). Enumeradas las riquezas recogidas en el saco de la ciudad, observa: «Tantum igitur, et tam practiosissimam in urbe hac adquisivit pecuniam, quod ipse et universi sui facti sunt divites, et locupletes ultra quam dici potest».

El ruido de aquella grande empresa, que inmortaliza el nombre de Rodrigo, encendia la ira de Yuzeph, rey de los almoravides, quien enviaba á Valencia al frente de infinita muchedumbre á su sobrino Mahommad, para que apoderado del Campeador, lo llevase vencido y en cadenas á su presencia. La victoria coronó de nuevo los estandartes de Rodrigo, y destruido ante los muros de la ciudad del Túria el ejército africano, gozó tranquilo por el espacio de cinco años [1094 á 1099] de su envidiada conquista, aumentándola cada dia con la de otros castillos, entre los cuales tuvo en mucho los de Almenara y Murviedro. Tres años defendió Ximena del poder de la morisma la ciudad de Valencia, muerto Rodrigo, mostrándose digna esposa del Campeador y acendrado modelo de las heroínas castellanas: estrechada al cabo por duro asedio de siete meses, demandaba al rey de Castilla pronto socorro con el obispo de la ciudad; y aquel príncipe, que habia mirado siempre á Rodrigo con no disimulada ojeriza, acudia rápidamente (veloci cursu) á salvar á sus hijos y á su viuda de la esclavitud ó de la deshonra, siendo recibido por Ximena con extremado gozo y alto reconocimiento (pedes osculans). No hallando Alfonso entre sus caudillos ninguno capaz de conservar la conquista del Campeador, desalojaba la ciudad, entregándola á las llamas, en tanto que Ximena llevaba en fúnebre cortejo el cuerpo de Rodrigo á San Pedro de Cardeña.

Hé aqui en rápido sumario la *Gesta Roderici Campidocti*. En ella, aunque abrigando la conviccion de que no encierra todas las hazañas del héroe <sup>1</sup>, aprendemos á conocer aquella insólita bravura que venciendo lo imposible, vibra enérgicamente en el

Insistimos en notar estas circunstancias, para desvanecer todo error, nacido de una lectura precipitada.

1 El autor decia al acercarse á la Era MCXXVII: «Bella autem et opiniones bellorum, quae fecit Rodericus cum militibus suis, et sociis, non sunt omnia scripta in hoc libro» (pág. XXVI de la ed. de Risco). Al llegar á la muerte del héroe, añadia: «Univerſa autem bella, quae Rodericus cum sociis suis fecit, et ex eis triumphum obtinuit, et quot villas, et vicos dextera validissima cum gladiis, et cunctis armorum generibus deprædatus est, atque omnino destruxit, seriatim narrare perlongum esse videretur, et forsitan legentibus in fastidium verteretur» (id. pág. LIX).

pecho castellano, despertando su entusiasmo é impulsándolo á las más altas empresas. Narracion tan sencilla como pobre é ingenua, por más que anhele su autor dar brillo á su lenguaje y embellecer su estilo con el ornato de las *rimas*, tanpreciado á la sazón por los eruditos <sup>1</sup>, es sin embargo la *Gesta* uno de los monumentos más estimables del siglo XII. Revelándonos á Rodrigo Díaz de Vivar, tal como le concebían los hombres doctos, no marchitados aun los laureles de Valencia, muéstranos ya todos los gérmenes poéticos que, al bosquejar la noble figura del *Cid*, iba á desarrollar en vario campo la musa popular de Castilla, como depositaria de sus sentimientos y de sus creencias <sup>2</sup>. Sin la *Gesta Roderici*, monumento realmente histórico, seríanos imposible quilar las verdaderas creaciones del arte castellano, tal como en breve lo realizaremos, y más todavía penetrar los arcanos que ofrece en aquellos apartados siglos la historia de España.

1 Debe advertirse que, á pesar del manifiesto empeño que pone el autor de la *Gesta* por aparecer elegante en el estilo y fiel á la tradicion latina en el lenguaje, no puede sustraerse al universal influjo que iban alcanzando las hablas vulgares, cundiendo esta influencia no solamente á la frase y al sentido de las palabras, sino á la estructura misma de la diction, principalmente en cuanto se refiere á los nombres geográficos. En orden á las *rimas*, puede asegurarse sin recelo, que es la *Gesta* el libro en que mayor ostentacion se hace de este ornato durante el siglo XII, no habiendo párrafo donde no abunden, en la forma que en las *Ilustraciones* consignaremos.

2 El Rodrigo de la *Gesta* se halla en efecto animado de los altos sentimientos que idealiza en breve la musa castellana: sus triunfos y victorias vienen siempre de la mano de Dios (triumphum et victoriam sibi a Deo collatam); sus votos y de los suyos, lograda la victoria, se vuelven siempre á Dios (de victoria eisdem a Deo collata, Deum tota mentis devotione glorificaverunt): apoderado de las villas, ciudades ó castillos, purifica y consagra las mezquitas al culto cristiano, ó construye otras nuevas, con suntuosidad de verdadero príncipe (ibidem sancti Ioannis Ecclesiam miro construi opere fecit; Ecclesiam Sanctae Mariae Virginis ad honorem eiusdem Redemptoris nostri Genitricis, miro et decoro opere construxit): su fidelidad para con Alfonso le lleva al punto de jurar hasta cuatro veces su inocencia, y su respeto al de oír sus denuestos (iratis et non blandis verbis), sin desplegar los labios. En breve comprenderemos cómo estas dotes tienen su apoteosis en los cantares del pueblo, no sin dejar aquí notado que la *Gesta* no emplea una vez siquiera el nombre de *Mío Cid*, tan familiar en el *Poema*. De este hecho obtendremos despues sus legítimas consecuencias.

Ni son de menor efecto en este punto la *Historia Compostelana* y la *Chronica Aldephonsi*: escrita la primera por mandado del célebre don Diego Gelmirez, que logra excesiva influencia en la suerte del Estado, durante las disensiones de Urraca y de Alfonso de Aragon, fué debida á Munio Alfonso, Hugo y Giraldo, canónigos de aquella iglesia, actores y testigos de los sucesos, criados y devotos del obispo, y como tales tildados, no sin justicia, de parcialidad en la apreciacion de los acontecimientos por ellos narrados <sup>1</sup>. Redactada la segunda conforme al testimonio de los que presenciaron los hechos, ofrece interés más general, como que tiene por objeto el reinado del esclarecido príncipe, á quien dan su poderio y sus victorias título de *Emperador de las Españas* <sup>2</sup>.

Es la *Historia Compostelana* á nuestros ojos, el espejo de todas las inconsecuencias, torpezas y afrentas de la hija del conquistador de Toledo, y de las pretensiones desmedidas, los conflictos y persecuciones del primer arzobispo de Santiago: presenta la *Chronica* al joven soberano cauterizando con mano poderosa las heridas de la anarquía, extendiendo los límites de su floreciente imperio y preparándose á nuevas empresas, que debían llevar la gloria de su nombre más allá de los mares.—La una abraza en rápido compendio las vidas de los más famosos prelados de la iglesia compostelana; y llegando á los tiempos del referido Gelmir-

<sup>1</sup> Reconociéndolo así el Mtro. Florez, al dar á luz este importante monumento, decia: «Sobre esto debe tenerse presente el fin de la misma obra, que fué referir los hechos del prelado, que actualmente vivia; y para realzar á uno, es cosa muy regular (frecuente debió decir) y casi inevitable tirar á desairar al contrario, ó dar á sus lugares más viveza de la que, fuera de la contraposición, correspondia» (*España Sagrada*, tomo XX). Aunque no es posible admitir estos principios de crítica histórica, basta la declaración de Florez, para manifestar, ya que no lo enseñara la lectura y estudio de la *Historia*, que no fueron sus autores tan imparciales como el interés de la verdad demandaba. Munio Alfonso y Hugo fueron elevados, sin duda en premio á sus tareas y verdadero mérito, á la dignidad de obispos, el primero de Mondoñedo y el segundo de Oporto [1113]: Giraldo, que continuó la *Historia*, siguió como canónigo, en la iglesia de Santiago.

<sup>2</sup> El autor dice: «Sicut ab illis qui viderunt, didici et audiui, describere ratus sum» (*In prohemio*). Despues procuraremos fijar el momento en que esta *Chronica* fué escrita.

rez, cuenta menudamente en tres voluminosos libros los acaecimientos más notables, en que intervino, ya como obispo, ya como dignatario del Estado, terminando en 1139, poco antes de su muerte. La otra comienza en 1126, en que fallece doña Urraca, y alcanza en dos libros hasta la renombrada empresa de Almería, puesta en verso por el autor, á fin de evitar el cansancio de la prosa <sup>1</sup>; peregrino poema que procuraremos examinar en el siguiente capítulo. No carece la *Historia Compostelana* de ciertas pretensiones de estilo y de lenguaje, hijas sin duda de la especial situación de sus autores, dos de los cuales habían recibido la enseñanza literaria del lado allá de los Pirineos <sup>2</sup>; pero si se hace en ella cierto alarde de elocuencia, más declamatoria que sólida y verdadera, con frecuente gala de conocer las obras de la antigüedad clásica <sup>3</sup>, no acertaron aquellos á darle la regularidad y sen-

1 Nunc ad maiora conscendentes, versibus, ad removendum variatione carminis taedium... dicere... disposuimus (núm. II).

2 Hugo y Giraldo, si bien parece haber pasado muy en su juventud á España. Véase la *Noticia Prévía* que puso el Mtro. Florez á la *Hist. Compost.*

3 En el libro I, escrito por Munio Alfonso y Hugo, hablando de los mareantes genoveses y pisanos, se dice: «Ibi namque optimi navium artifices, nautaeque peritissimi *qui Palinuro* Aeneae naturae non cederent, habebantur» (cap. CIII). Nadie ignora que Palinuro era el piloto de Eneas.—En el libro II, debido ya á Giraldo, escribe este, narrando su propia embajada al pontífice romano: «Tam difficile, tamque periculosum erat per regnum regis Aragonensis, immo per medium Scyllae atque Caribdis transire» (cap. X). Más adelante, pintando el júbilo, con que el pueblo de Santiago recibió al obispo Gelmirez, vuelto de la prision en que doña Urraca le tenía, exclama: «Quantum tamen gaudium, quanta laetitia in universis fuerit, Maronis sacunda referendo, succumberet... Gaudet tota civitas et quasi superato Caribdis fragio, tripudiat» (cap. XLII). Y reprobando en el mismo libro (cap. LIII), la veleidat de dicha reina, observaba, citando á Horacio: «Nempe verum illud poeticum:

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem  
testa diu.

(*Epist. lib., epist. II, v. 89 y 60*).

En el libro III, condenando la codicia que supone en Alfonso VII, prosuma el mismo Giraldo: «Idem Imperator, non minus aestuans amore pecuniae quam Crasus, *Dictator Romanus*, cuius erat conditio quoscunque captos pecunia extorquere et iustitiam pro auro et argento venundare, etc.» (cap. LIII). Se vé pues en estos y otros pasajes que pudiéramos acumular, que

cillez de plan que advertimos en la *Chronica*; prendas que compensan con usura la llaneza y humildad de su incorrecto lenguaje y poco atildado estilo. Uno y otro monumento exceden no obstante á cuantas *Chronicas* se escribieron hasta la época del arzobispo don Rodrigo, en cuyas manos, segun adelante veremos, cobran los estudios históricos extraordinario vuelo <sup>1</sup>.

Hé aqui pues el camino que llevaba hecho desde qué abandonando los *Necrologios*, *Cartularios* y *Santorales*, empieza la historia á ser cultivada por los cristianos independientes bajo los auspicios de Alfonso el Magno. Pero si despierta vivamente la atencion de la crítica el exámen de todos estos primitivos monumentos, porque nos descubren en su ruda ingenuidad los temores, deseos y esperanzas abrigados por los españoles respecto de la reconquista, no olvidemos que ligada estrechamente la vida de nuestros padres con la vida religiosa, debia rendir la historia el mismo culto á la virtud pacífica de los claustros que al heroismo de los campamentos. Llevado de este noble impulso, escribe Grimaldo, al declinar el siglo XI, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, á quien admira y venera en el retiro del monasterio, como era admirado el conquistador de Valencia en el tumulto y tráfago

lamente la poesía, sino tambien la mitología y la historia antigua eran familiares á los autores de la *Historia Compostelana*.

† Entre los demás Cronicones, escritos desde el siglo XI á principios del XIII, y por tanto anteriores á las historias del arzobispo don Rodrigo, merecen citarse el compostelano, que llega á 1126; el Iriense, compuesto en los últimos dias del siglo XI; los Anales complutenses que abrazan hasta el año de 1126; el *Burgense* que alcanza hasta 1212; el *Lusitano*, escrito después de la batalla de las Navas, en el cual se usan por vez primera las voces *Andalucia* y *andaluces* [*Endalucia* y *endeluces*]; los *Anales Compostelanos*, que se adelantan hasta la toma de Sevilla [1248]; y el *Coimbricense*, añadido hasta principios del siglo XV, todos los cuales dió á luz el erudito Florez, principalmente en el tomo XXIII de la *España Sagrada*. Tambien el diligente Villanueva recogió en su *Viaje literario* otros monumentos de este género, debidos á tan lejanas edades, y relativos á la historia de Aragon y Cataluña. Posteriores á dichos cronicones y aun coetáneos suyos, se encuentran algunos ensayos castellanos, eslabon que ata las ya examinadas con las primitivas crónicas vulgares. De ellos trataremos oportunamente, al estudiar en el siguiente volumen el segundo desarrollo que ofrece el cultivo de la historia.



del mundo: Grimaldo recoge las tradiciones palpitantes de sus hechos y milagros, que debía inspirar siglo y medio adelante la simpática y erudita musa de Berceo <sup>1</sup>, como acopiaba el autor de la *Gesta Roderici* las inmortales hazañas, cuyo relato inflama á la musa popular de Castilla.

Inducido de igual propósito, traza Renallo Gramático, por los años de 1106, la *Vida y Pasion de Santa Eulalia*, renovando la memoria de su invencible fortaleza en medio de los tormentos del martirio <sup>2</sup>. Rodulfo, monje de Carrion, movido de hondo respeto, recoge al comenzar el segundo tercio del mismo siglo, la devota relacion de *Algunos milagros de San Zoylo*, patrono de su monasterio <sup>3</sup>; y Juan, diácono de Leon, compendia por último la *Vida de San Froilan*, celebrado obispo de aquella diócesi <sup>4</sup>. De esta manera fortalece aquella sociedad, que vivia por la patria y por la religion, tan altos sentimientos en medio de los azares y conflictos de una lucha sin verdadera tregua; azares y conflictos que si no la apremiaban ya y reducian al extremo de otras edades, eran sin embargo suficientes para tener exaltado el entusiasmo bélico de la muchedumbre, excitado al propio tiempo por el autorizado egemplo del sacerdocio.

1 Con el título de *Vita Beati Domincti confessoris Christi*, fué publicada esta obra en 1736 por fray Sebastian de Vergara, precedida del poema castellano de Gonzalo de Berceo que tiene igual objeto, y de los *Miráculos romanizados* del mismo santo, escritos por Pero Martin á fines del siglo XIII. De estas producciones trataremos en lugar oportuno, señalando entonces lo que debió Berceo á la historia de Grimaldo. Tambien se conserva de este erudito monje otra obra histórica con este título: «*Translatio corporis Sancti Felicia ex Castro Bilibiensi in percelebre monasterium S. AEmiliani Cucullatin*» (*España Sagrada*, tomo XXXIII, apénd. VIII). Cita esta obra don Nicolás Antonio (*Bibl. Vet.*, lib. VII, cap. I), manifestando no conocer la vida de Santo Domingo.

2 Vita vel Passio Sanctae Eulaliae (*España Sagrada*, tomo XXIX, apéndice III). Recuérdese el himno que Prudencio le consagra, dado á conocer por nosotros en lugar oportuno (tomo I, pág. 233).

3 *Quaedam miracula Gloriosissimi Martyris Beati Zeyli...*, a Rodulfo eiusdem monasterii monacho scripta (*España Sagrada*, tomo X, apénd. IV).

4 *Vita Sancti Froylani, Episcopi Legionensis* (*España Sagrada*, t. XXXIV, Apénd. VIII). En el archivo de la catedral de Leon se custodia una excelente Biblia, escrita por este mismo Diácono, donde existe la expresada vida entre los libros de Job y de Tobias, lo cual depone de la autenticidad del Ms.

Bajo dos aspectos se habia mostrado no obstante la historia en el largo período que dejamos recorrido: renaciendo en mitad de los prodigios del valor y del heroismo de los cristianos, cuyas hazañas tenian cumplido logro con la ayuda del Dios por ellos defendido, ostentábase desde esta nueva infancia sencilla, candorosa, crédula, como la poesía popular, que se mece en la misma cuna, y amante, como ella, de lo sobrenatural y maravilloso; pero sóbria, leal y circunspecta, si cree lo que la religion le consiente y le aconseja el patriotismo, ni se complace en la invencion de hechos inverosímiles ó absurdos, ni los adultera y tuerce á sabiendas para lograr particulares é interesados fines. Mas no distante aun de su primitivo cauce, extraviase ya al impulso de la pasión, que la tuerce y amolda á sus parciales miras, quebrantando deliberadamente la verdad con grave ofensa de su noble ministerio y no despreciable daño de los elevados sentimientos, que á pesar de semejante adulteracion, la alientan y caracterizan.

Los ensayos de Sebastian, del autor de la crónica llamada *Albeldense*, de Vigila y de Sampiro, habian tenito por norte único la gloria comun de la patria, que era en suma la gloria de la verdad, tal como les fué dado comprenderla: Pelayo, primer transfuga de aquella ingénua cohorte de historiadores, sólo tiene delante el engrandecimiento especial de su diócesi; y á esta idea, hija sin duda de un sentimiento generoso, todo lo sacrifica sin escrúpulo, como si pudiera cohonestarse tan reprehensible proceder con la pretendida rectitud de su empresa. Confundidas ó supuestas las fuentes de los acontecimientos por él ingeridos en la historia, viciada la cronologia, ¿qué fé podia darse á los trabajos de Pelayo, quien llevaba su osadía hasta el punto de atribuir á los veraces cronistas que le preceden, sus peligrosas invenciones? Poco debió ser el efecto de estas en su tiempo, cuando entre las crónicas generales, únicas sobre que podia reflejarse, no trascendieron á la del Silense; y sin embargo, acogidas más tarde por el obispo de Tuy, que no mostró por desgracia mayor conciencia histórica, se propagaban á los futuros siglos, dando finalmente por resultado la escuela de los Higuera, Ramirez de Prado y Tamayos de Salazar, que plagaron de fábulas y patrañas los gloriosos anales de la reconquista.

Con estos esenciales peligros, que llegan á imprimir cierto llo á las crónicas españolas, aun en la edad de oro de las mismas, revélanse otros caracteres, que refiriéndose principalmente á la expresion literaria, debian tambien perpetuarse y dar en nosotros determinada fisonomia á la manifestacion histórica. En el plausible ensayo de Sebastian, mostróse esta adicta forma dramática, que derivada de la antigüedad clásica, consiguió la sancion de los sabios; y procurando por este medio poner de realce los personajes, cuyas hazañas bosquejaba, y engalanada de arengas y conciones á manos de los cronistas anteriores, llegando con el trascurso de los tiempos á ostentar en la pluma de Mariana, Mendoza y Melo este antiquísimo ornato, como una de sus más preciadas joyas <sup>1</sup>. Semejante anhelo por conservar en medio de la inexperta rudeza de aquellos dias la degradada herencia de otras edades, aparecia con no menor fuerza respecto de las formas de lenguaje, segun hemos apuntado en el exámen de cada una de aquellas venerandas crónicas, cuyo estudio es bajo este aspecto de suma importancia; porque abriendo nuestros ojos la verdadera senda de nuestra olvidada cultura aparta de ella toda idea de imitacion, extraña á los elementos que habian podido desarrollarse en el seno del cristianismo, durante el largo y difícil periodo por nosotros examinado.

Pero este constante afan por ennoblecerse con los recuerdos despojos de un arte, cuya verdadera grandeza no podia ser comprendida en el tumulto del hierro que agitaba la sociedad española, contrasta sobremanera con los medios de expresion, encontrados en el seno de la misma, ó desenvueltos por las sucesivas circunstancias en que se halla colocada. Al lado de aquellos alarde de erudicion clásica, hácese casi siempre larga muestra de accimientos bíblicos, apareciendo, cual vá repetidamente notamos y otros revestidos de caprichosas rimas, ornato que, muy frecuente en los últimos cronicones, si se exceptúa la *Gesta derici Campiducti*, contribuye tambien á revelarnos la dirección que iban tomando los estudios. Porque necesario es reconocer

<sup>1</sup> Esta observacion quedará plenamente comprobada con el exámen casivo de la forma histórica, cuyos primeros pasos dejamos señalados.

el gran coloso de la antigüedad, si llega á oscurecerse entre las tinieblas de la edad media, no se revela de nuevo á las naciones modernas en un solo momento, cual sin justo criterio se ha pretendido: su reaparicion es lenta y gradual, como lo es el progreso de la civilizacion, que vá de nuevo iluminando con sus inmortales resplandores. Mas estas observaciones, que por una parte comprueban cuanto expusimos al hacer el paralelo entre los cristianos independientes y los *mozárabes*, tienen por otra su más seguro comprobante en el estudio de los monumentos poéticos de los siglos VIII, IX, X, XI y XII, libertados por fortuna de las tinieblas del tiempo y de los peligros de la incuria ó de la ignorancia; difícil, pero no infecunda tarea, á que dedicamos el siguiente capítulo.



## CAPITULO XIV.

### POETAS Y ESCRITORES DEL SIGLO IX AL XII.

---

SALVO, GRIMALDO, etc.;—PERO ALFONSO, PEDRO COMPOSTELANO, etc.

La historia y la poesía.—Relacion de esta con las costumbres.—Poesía sagrada: himnos religiosos.—Salvo, Grimaldo, Philipo Oscense.—Sus obras.—Caractéres fundamentales de la poesía religiosa.—Su popularidad.—Poesía heróico-religiosa.—Poesía heróico-histórica.—Exámen de los principales monumentos trasmitidos á nuestros dias.—Canto elegiaco de Borrel III.—Fragmento del poema de la conquista de Toledo.—Cantar de Rodrigo Diaz.—Versos laudatorios á Berenguer IV.—Poema de Almeria.—Poesía vulgar: memorias históricas de su existencia.—Separacion de la poesía latino-erudita y de la meramente popular.—Epitáfios latinos.—Sus caractéres.—Algunos autores de los mismos.—Su influencia en los cantos populares.—Los refranes: su importancia y su forma.—Doble direccion de los estudios clericales.—El himno *Ad Pueros*.—El poema *De Musica* del monje Oliva.—Aparicion del elemento oriental en la literatura latino-eclésiastica: el converso Pero Alfonso.—Su *Disciplina Clericalis*.—Pedro Compostelano.—Su tratado *De Consolatione Rationis*.—Exposicion de su argumento.—Diferente senda seguida por doctos y vulgares.—La poesía popular aparece dotada de vida propia.

La historia, cultivada por el pueblo que se congrega en Astúrias á la voz de Pelayo, ha aparecido á nuestros ojos como un himno de guerra, que interrumpido á intervalos por grandes calamidades y conflictos, se alza con nuevo ardor y mayor entusiasmo hasta preconizar la victoria. Dos grandes sentimientos le han servido de

base y norte á un mismo tiempo: la religion y la libertad se ha ostentado para ella, cual doble y sagrado emblema, animando á la sociedad cristiana, vencedora de la morisma en el oriente, el norte y el ocaso; emblema que apareciendo igualmente consignado en los cantos populares, era el más vivo reflejo de las creencias y esperanzas de la nacion entera.

Necesario es dejarlo asentado desde luego: la historia que aliena en aquellos dias la obra de la reconquista, canonizando al par los prodigiosas hazañas de reyes y magnates, vive en estrecho matrimonio con la poesía; porque traída la nacion al estado de pueblo primitivo en medio de la gran catástrofe que la despedaza, mientras busca el sacerdocio en el recuerdo de lo pasado consuelo á las tribulaciones presentes, há menester alrededor de su cuna generosos cantores, que adormeciendo sus pesares, despierten su virilidad y enciendan su fé y su patriotismo. Presentaba la España cristiana en toda la extension de sus Estados el mismo espectáculo, ofrecido por los pueblos de la antigüedad en sus primeras edades: cantando ó escribiendo, inspirándose en lo presente volviendo la vista á lo pasado, eran sus cantares y sus crónicas incentivo poderoso al heroismo; y ya bosquejando simplemente la verdad, ya rodeándola de maravillosas ficciones, en que resplandecen aquellas dotes internas que hemos reconocido una y otra vez en el genio poético de las Españas, parecia recordar en unos la infancia de las letras griegas y latinas, trayendo también á la memoria las peregrinas costumbres de otros pueblos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Más adelante tendremos ocasion de reconocer la influencia recíproca que ejercen la poesía y la historia en el desarrollo de nuestra cultura: por ahora sólo observaremos que este mútuo influjo se opera de la misma manera en todos los pueblos: desde los cantares de *las guerras eternas* (לחמה) (אלהים) y el himno de Lamec, cuyos vestigios hallamos en los primeros capítulos del Génesis, hasta los *areitos* de América, de que nos dan cumplida noticia los historiadores primitivos del Nuevo Mundo (Oviedo, *Historia Natural y general de las Indias*, saepe); desde los libros de Hesiodo hasta los cantos heroicos de los bardos, ó las poéticas tradiciones de Odino, en todas partes descubre la critica ese estrecho matrimonio de la poesía y la historia, que sólo puede debilitarse ó romperse, cuando han hecho ya los pueblos largo camino por las vías de la civilizacion. Insistir más sobre punto tan ilustrado nos parece en consecuencia ocioso y por demás innecesario.

Sólo eran entonces posibles dos géneros de cultivadores de las letras humanas, destinados unos y otros á lograr el mismo propósito, bien que siguiendo diferente camino: «retraian» los primeros, valiéndonos de la oportuna expresion de la ley de *Partida*, los hechos dignos de imitacion y de alabanza <sup>1</sup>: versificaban los segundos los extraordinarios sucesos que excitaban la universal admiracion, y rindiendo este digno tributo al valor ó á la virtud de los vivos, legaban á la posteridad el más laudable y fructuoso egemplo.—Historiadores y poetas abarcaban pues en sus producciones, rudas y sencillas, la guerra y la religion, hablando en diverso tono á las diferentes clases de la sociedad un mismo lenguaje.

En esta doble y simultánea manifestacion del arte, que por un lado se apoyaba en el lejano recuerdo de su pasado esplendor, y aspiraba por otro á nueva vida, así en los valles de Astúrias y Leon como en las vertientes orientales del Pirineo, situacion que debe ser profundamente meditada para apreciarla en todo lo que significa y vale respecto del estado intelectual del pueblo cristiano, mostrábase la poesía en relacion estrecha con las costumbres; y mientras, atesorando cada dia nuevos elementos, servia de intérprete dentro y fuera del templo al sentimiento religioso, excitaba el bélico esfuerzo de los campeones de la cruz, ó ya penetrando en el hogar doméstico, revelaba las flaquezas del espíritu en los errores lastimosos y vanas supersticiones, que afeaban y tal vez extraviaban la creencia.

Observacion es digna de todo estudio: la Iglesia, que durante el Imperio visigodo procuró desterrar del pueblo católico las reprobadas prácticas del gentilismo, limpiándole al propio tiempo de las torpes é inmundas aberraciones, á que le arrastraban los magos, encantadores, sortilegos y adivinos, que plagaban la nacion española <sup>2</sup>, vióse forzada á condenar una y otra vez tamaños abusos, trasmitidos de edad en edad con el auxilio de los cantos populares.

<sup>1</sup> Partida II, tit. XXI, ley XX.<sup>a</sup>—De esta ley volveremos á tratar oportunamente.

<sup>2</sup> Véase el cap. X. de esta I.<sup>a</sup> Parte, págs. 147 y sigs.



Depositaria de la doctrina evangélica; fortalecida con los es—  
critos de Isidoro, donde se retrataban todos aquellos extravíos —  
prácticas gentílicas con vivísimo colorido; alentada por el nobl—  
egemplo de Etherio y de Beato, propugnadores afortunados de la  
herejía y de la superstición, no podía la Iglesia consentir qu  
arraigase entre la grey de Pelayo aquella vil cizaña; y si, al inan—  
gurarse la reconquista, acudió benéfica y celosa á evitar sus pro—  
gresos en medio de los campamentos, luego que pudo levantar su  
voz, y ser oída y respetada en los concilios, dirigióse con decidido  
empeño á exterminarla. No otra cosa nos advierten los sínodos  
de Leon [4012], de Santiago [1031 y 1036], y de Oviedo [1050],  
en que doliéndose de los estragos, producidos en la moral por las  
artes goéticas, ya vedan severamente á los cristianos los Padres  
congregados en aquellos concilios el hacer ó tomar parte en cual—  
quier linaje de augurios ó encantamientos; ya les prohíben dar  
crédito á los adivinos que explicaban en misteriosos cantares, por  
el curso y aspecto de los astros, las cosas futuras; ya amonestan  
y mandan al clero que llame á la penitencia á los que se ejercita—  
ban en semejantes engaños <sup>1</sup>.

Y no se manifestaba menos celosa para extirpar las costum—  
bres gentílicas arraigadas siglos antes, cual ya sabemos, en el  
suelo de la Península: mas dominado del prestigio que llevaba  
tras sí cuanto procedía de la antigüedad clásica que tan poder—  
oso influjo venia ejerciendo en las esferas de las letras, las ar—  
tes y las costumbres, por una contradicción harto notable en el  
constante estado de exaltación religiosa, en que vivía el pueblo  
cristiano, llevábale su propia credulidad á dar valor y acceso á

1 Entre estas disposiciones merecen singular mención el cánón V del con—  
cilio de Santiago, y el VI del de Oviedo. En aquel se lee: «Item interdicimus  
ut nullus christianus auguria et incantationes faciat, nec pro luna, nec pro so—  
mina, nec animalia immunda, nec mulierculas ad tetas alia suspendere, quae  
omnia cuncta idolatria est» (Aguirre, tomo III, pág. 200 y 220). En este:  
«Statuimus ut omnes archidiaconi et presbyteri... vocent ad poenitentiam  
adulteros, incestuosos, sanguine mixtos, fures, homicidas, *maleficos* et qui  
cum animalibus se inquinant» (Id., id., pág. 210). Es notable la categoría en  
que están colocados los magos (*malefici*), que según ya sabemos, ejercían las  
artes goéticas, por medio de misteriosos y horribles cantares.

los delirios y torcidas imaginaciones de los que, alentados sin duda por el nocivo ejemplo de los judíos y aun de los árabes, se tenían por magos y encantadores <sup>1</sup>. Doloroso es reconocerlo: aquellas mismas supersticiones, prácticas y ritos paganos, anatematizados ya en tiempo de Recaredo, eran por esta senda transmitidos en fatal presente á las generaciones futuras, causándonos verdadera sorpresa, ora el hallar, andados largos siglos, condenado como execrable abuso el llanto y lúgubre ruido, con que hombres y mujeres corrían á las iglesias para solemnizar, no sin público escándalo, los funerales de sus deudos <sup>2</sup>; ora el ver reproducida la terrible sentencia de excomunión, tantas veces lanzada contra los sortilegos, magos, encantadores y adivinos, y contra los que, llevados de ciega ignorancia, demandaban el auxilio de aquella arte ignominiosa <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Estos extravíos eran inevitables; pero no por eso resaltará menos el celo de la Iglesia, contrastando la doctrina que procura sostener y difundir con la admitida sobre estas materias por los filósofos árabes. Un escritor de aquella misma edad y nación, cuya obra era traducida al latín en el siglo XIII, escribía, al dar noticia de las escuelas cordobesas: «Tunc erant septem magistri de grammaticalibus, qui legebant quotidie Cordubae; et erant quinque de logicalibus, continue legentes; et tres de naturalibus, qui similiter quotidie legebant; et duo erant *magistri astrologie qui legebant* quotidie de astrologia; et unus magister legebat de geometria; et tres magistri legebant de phisycas; et duo magistri legebant de musica (de ista arte quae dicitur organum); et tres *magistri legebant de Nigromantia et de Pyromantia et de Geomancia. Et unus magister legebat de arte notoria*, quae est ars et sciencia sancta» (*Virgili Cordubensis Philosophia*, Bibl. Tolet., plut. XVII, núm. IV). Se ve por tanto que admitidas por la filosofía árabe la astrología, la nigromancia, la pyromancia y la geomancia como otras tantas disciplinas, difería absolutamente de la filosofía cristiana, que conservando la tradición de San Isidoro, condenaba y proscribía, como superstición lo que en las escuelas cordobesas se enseñaba como ciencia. A fines del siglo XI y principios del XII comenzaron á viciarse algún tanto las nociones puras de la filosofía aristotélica, según hemos observado ya (cap. VIII, pág. 356, nota 2 y pág. 362, nota 2) y esplanaremos en lugar oportuno.

<sup>2</sup> Concilio de Toledo, celebrado en 1323: véase el cap. XXIII de la II.ª Parte, tomo IV.

<sup>3</sup> Concilio Complutense de 1335.—«Concilium petere vel eandem ignominiosam artem quomodolibet exercere» (Véase el cap. XXIII de la II.ª Parte).

Mas si ofrece el más alto interés para toda crítica trascenden—  
tal, cuando estudiamos las relaciones que en tan lejanas edades—  
descubrimos entre la poesía y las costumbres populares, el reco—  
nocer la existencia y trasmision sucesiva de tales extravios; si es  
por lo mismo en gran manera sensible el que no se haya perpe—  
tuado hasta los tiempos modernos ninguno de los cantos que los  
acompañaban, justo y de señalada importancia es tambien declarar  
que no comprendian ya los concilios, como en siglos anteriores, al  
clero en sus anatemas, mereciendo por el contrario singular ala—  
banza la entereza con que reprobaba agüeros y supersticiones, aun  
en los mismos soberanos <sup>1</sup>. Y no sea esto decir que fuera el clero  
esencialmente ilustrado en la época, de que vamos hablando: las  
mismas sínodos arriba citadas, nos enseñan en la solicitud con  
que atienden los obispos á prevenir que no pudiera ceñirse mitra  
abacial quien no supiese explicar *felmente el misterio de la Tri-*  
*nidad*, ni fuese entendido en *cánones y Sagradas Escrituras*,  
que al mediar ya el siglo XI, dominado tal vez por los abusos de  
la fuerza, no consideraba el monacato las sillas de los Eutropios,  
Fructuosos y Valerios como premio y galardón de las ciencias y  
las letras, por más que fuera todavia único depositario de letras y  
de ciencias: las mismas sínodos nos avisan, al prescribir que no  
fueran investidos con las órdenes sacerdotales los que ignorasen  
el salterio, los himnos, los cánticos, las Epístolas, las oraciones y  
los Evangelios, de que habia caído en doloroso desuso el estudio  
de estas interesantísimas partes de la liturgia, siendo indispensa—  
ble el restaurarlo <sup>2</sup>. Adormíanse en verdad ambos cleros en el cul—  
tivo de las letras sagradas hasta el extremo de despertar el noble

<sup>1</sup> Los autores de la *Historia Compostelana* decian, hablando de Alfonso de Aragon: «Ipse nimirum mente sacrilegio polutus nulla discretionis ratione formatus, auguriis confidens et divinationibus, corvos et cornices posse nocere irrationabiliter arbitrat<sup>us</sup>, etc.» (Ib. I, cap. 64). La condenacion no puede ser más terminante.

<sup>2</sup> El concilio de Santiago ordenaba que los monjes aprendieran perfecta—  
mente «totum psalterium canticorum et himnorum, partem et officium de  
martyribus» (cán. II). Lo mismo prescribia el cán. V del concilio de Oviedo,  
y no otra cosa vemos despues en el cán. V del de Coyanza: «Archidiaconi  
totum psalterium, himnos et cantica sciant» (Aguirre, tomo III, pág. 210).

celo de los concilios; pero la misma solicitud de los Padres mostraba claramente que no decaída un sólo punto su ardiente fé religiosa, ni anublada la pureza de sus doctrinas por sombra alguna de herejía, aparecía como legítimo representante de aquella contrastada cultura, cuyo desarrollo y progreso debía fomentar precisamente con los mismos estudios que se le recordaban é imponían, para ejercer su alto ministerio.

Eran los salmos fuente inagotable de grandes pensamientos, y encerraban los himnos, segun demostramos antes de ahora, la sublime historia del martirio, precioso tesoro aumentado sin cesar por la piedad y devocion de los católicos: cantados los primeros diariamente, y entonados los segundos todos los domingos por clero y pueblo, conforme al rito que llevaba el nombre de *toledano*<sup>1</sup>, familiarizábanse cada vez más pueblo y clero con aquellas elevadas ideas y altos pensamientos; y enriquecida con ellos su memoria, mientras se ejercitaba el segundo en el cultivo de las disciplinas liberales, para interpretar y transmitir aquellas fecundas enseñanzas, arraigábase en el primero, con la veneracion tributada á estos caros objetos, el vivo deseo de hacer prácticamente suyas tan peregrinas armonías. Fortificado en tal manera aquel comercio intelectual, establecido por la Iglesia visigoda, había pues dado el clero insignes pruebas de su amor á las letras, antes y despues de los concilios de Santiago y de Oviedo, hallando en él la poesta religiosa señalados intérpretes que trasmitían á la posteridad en páginas de mármol la pureza y vigor de sus creencias. No son numerosos por desgracia los monumentos de este género que han burlado las injurias de los siglos; pero en la inscripcion con que don Fruela exornó el templo de Santa Cruz, erigido por él en Cangas; en los títulos *de admirable composicion*, con que el rey Casto decoró la basílica de San Salvador, y más adelante las de San Julian (Santullano) y Santa Basilisa; en los versos, con que recuerda la Iglesia de Leon la munificencia de

<sup>1</sup> El cánón III del referido concilio de Santiago disponia que se cantaran «omnibus diebus dominicis omnes himnos» y esta determinacion era conforme á lo dispuesto por los concilios visigodos, como pueden ver los lectores en las ilustraciones y cap. X del anterior volumen.

Ordoño II, y en otras muchas leyendas de igual antigüedad é interés, recogidas por nuestros historiadores eclesiásticos <sup>1</sup>, puede apreciar la crítica los pasos que fueron dando las letras y la poesía sagrada en medio de la forzada oscuridad é ignorancia de aquellos siglos, teniendo siempre encendido el fuego de la tradición, que vivifica todos los demás elementos de cultura, siendo también el alma de los estudios clericales.

Mas al lado de estos monumentos de ignorados autores, conserva la historia ya respecto de los valles de Asturias, ya de las vertientes centrales del Pirineo, ó ya de las comarcas orientales, los peregrinos nombres de algunos poetas sagrados, no indiferentes por cierto en la de las letras patrias. Lícito creemos mencionar entre ellos á Romano, prior del monasterio de San Millán, que florece por los años de 871, á Salvo, abad del Albeldense, que pasa de esta vida en los primeros días del siglo XI, á Grimaldo, monje de Silos, que vive y muere en la segunda mitad de la misma centuria; y á Philipo Oscense, conocido en aquella edad con el codiciado título de *Gramático*. Sólo puede sin embargo consignar la historia que escribió Romano y compuso sus poesías sobre la pauta de los salmos, y que dotado Salvo de rara erudición, logró dar á sus himnos y demás versos por él compuestos, singular é inusitada elegancia <sup>2</sup>. Con más fortuna respecto de Grimaldo y de Philipo,

1 Véanse los núms. III, IV y V de la Ilustración I.<sup>a</sup> El Silense escribía, hablando de don Alfonso el Casto: «Aedificavit etiam spacio unius stadii ab Ecclesia Sancti Salvatoris templum Sancti Iuliani et Basilisae, adnectens hinc et inde titulos, *mirabili compositione togatos*» (*Chron.*, núm. XXVIII). Sobre este mismo punto pueden verse Yepes, Sandoval, Sigüenza, Dávila, Berganza, Florez y otros varios historiadores de arzobispados é iglesias particulares que seria largo enumerar en este sitio.

2 *España Sagrada*, tomo III, pág. 331. Aguirre incluyó en el tomo III de los concilios la vida de este celebrado abad de Albelda, en la cual se asegura que era «vir lingua nitidus et sciencia eruditus, elegans sententiis, ornatus verbis. Scripsit (añádese) sacris virginibus regularem libellum, et eloquio nitidum et rei veritate perspicuum. Cuius oratio nempe in himnis, orationibus, versibus, ac missis, quas illustri ipse sermone composuit, plurimam cordis compunctionem et magnam suaviloquentiam legentibus, audientibusque tribuit.» Este elogio fué también inserto por Mireo en su tratado *De Scripturis*

si no es dable quilatar ahora todos los himnos debidos á su piadosa musa, lógranse en la *Vida de Santo Domingo Manso* algunas de sus producciones, donde brillando la fé que los animaba, ponian de manifesto las no vulgares virtudes poéticas que les granjearon en su tiempo el título de elocuentes y la estimacion de los que se preciaban de entendidos. Es la más importante de las composiciones debidas á Grimaldo cierta manera de himno, con que termina el proemio de la citada *Vida*, himno en que compendiando las alabanzas de Santo Domingo, acaba por invocar el favor de Cristo, único principio y norte de la felicidad humana. Oigamos estos peregrinos acentos, que descubren tambien á nuestra vista los primores de forma, con que el arte se iba sucesivamente enalanando. Grimaldo cantaba así las perfecciones del restaurador de Silos:

In nostris tenebris . oritur spes maxima lucis:  
 Actus Dominico . nostros recreante beato:  
 Qui fulsit factis . ut lucifer ortus in astris;  
 Ecclesie speculum . fons vivus scema virorum:  
 Ingenio clarus . cuncto moderamine comptus:  
 Nobilis iratus . virtutum culmine celsus:  
 Prospera despexit . nec non adversa subegit.  
 Solers versutis . simplex pietate benignis:  
 Gratuito castus . previso famive cautus.  
 Imperio cassas . oppressit demonis iras.

Y celebradas las maravillas, obradas por su intercesion, se dirigia al Salvador de esta manera:

Tu Deus es noster . similis non noscitur alter:  
 Et nos ingentes . es dignum reddere grates,  
 Quod nos dignaris multis decorare triumphis  
 Ac vitae portas . non nobis pandere cessas.  
 Laus tibi necne decus . maneat pragmatica virtus.  
 Gloria sit perpes . mundane iure superstes:  
 Agnis nos misce . venialia crimina dele.  
 Tecum mansuros . fac nos regnare beatos.  
 Detersis lacrimis . cantemus cantica laudis,

*ecclesiasticis*, pág. 102, con este título: *Vita Salvi, abbatis albeldensis (al. al-baidensis)*, incerto auctore.

Quae dum fine *carent* . caelestia gaudia *complant*,  
His precibus *nostris*. Iesu placabilis *adsis*.

A estas poesías, escritas sin duda realizada ya la conquista de Toledo <sup>1</sup>, hubieron de preceder los himnos compuestos para la canonización del mismo santo [1076], y conservados más adelante en su propio rezo. Es entre todos digno de especial mención el último, compuesto por Philipo Oscense <sup>2</sup>. Escrito en versos trocáicos y dímetros yámbicos, esto es, de ocho y siete sílabas, ofrece ya en el cruzamiento de sus rimas singular ejemplo de la forma en que la poesía vulgar tal vez empleaba á la sazón, y debía emplear en siglos posteriores, estos ornamentos tanpreciados en la edad media. Hecha la invocación y ensalzadas las raras virtudes del celeberrimo prior de Silos, eleva al Salvador la siguiente súplica:

Ipsum, Christe, te precamur,  
Patronum da miseris,  
Per quem cuncta restinguamus  
Incentiva sceleris,  
Atque laeti conscendamus  
Celsi plagas etheris.

Y volviéndose despues á Santo Domingo, añade:

O sacerdos gloriose,  
Gemma Christo placita,  
Hac in die pater pie  
Gregem tuum visita;

<sup>1</sup> Así parece deducirse de los datos siguientes. Grimaldo pasó de esta vida en 1090, segun afirma el editor de su *Vita Beati Dominici*, y en 1085 se conquistó la ciudad de Toledo. Diciéndose en el cap. XXV del libro II de dicha *Vida* que Pedro de Llantada, libertado por el santo de las cadenas en que los moros le tenían en Murcia, llegó á la ciudad régia en el espacio de doce días (prospere duodecimo die Toletum, regiam urbem, pervenit), se vé claro que alcanzó Pedro la libertad despues de reconquistada la corte de los visigodos, y que se escribió esta anecdota de 1085 á 1090, época en que pudo componerse tambien la *Vida de Santo Domingo*: por manera que si los versos que terminan el proemio se escribieron, como parece probable, despues de acabado todo el libro, la demostración no puede ser más satisfactoria.

<sup>2</sup> Véase el núm. XVIII de la I.<sup>a</sup> Ilustración.

Neque in ea perturbetur,  
 Tua canens merita.  
 Solvat nexus delictorum  
 Tua supplicatio:  
 Tergat sordes viciorum  
 Frequens intercessio,  
 Quae nos tandem dignos reddat  
 Superno palatio.  
 Quo caelestis Ierusalem  
 Mirantes insignia,  
 Semper Christo digna laudum  
 Solvamus preconia,  
 Cuius iure dilatatur  
 Orbe toto gloria.

Desarrollábase por este camino la poesía sagrada dentro del templo, aumentando cada día sus tesoros las mismas circunstancias en que se vió la Iglesia española desde las jornadas de Guadalete. Sometida la liturgia á la más estricta unidad por el IV concilio de Toledo, habia sido uniforme el canto religioso en todos los dominios visigodos, no pudiendo ser alterado, bajo pena de excomunion, sin el acuerdo y expreso mandamiento de los Padres <sup>1</sup>.

Mas fraccionado el territorio con la invasion sarracena, si logró salvarse el dogma en medio de tamaño conflicto, por más que la Iglesia se mantuviese fiel y devota á sus antiguas tradiciones, no le fué dable guardar del todo ilesas las ceremonias del culto, perdido ya aquel luminoso centro de doctrina: excitados la devoción y el entusiasmo religioso por los grandes sucesos, posteriores á la conquista, en que intervenia el favor del cielo; adherida la adoración de la muchedumbre á nuevos objetos en cada uno de los Estados que iban surgiendo del universal naufragio de la monarquía visigoda; y canonizados por el amor y respeto de cada localidad aquellos varones, cuyas virtudes refluían en bien de la patria, ya por robustecer las creencias religiosas, ya por contribuir con su abnegación á tener encendida la hoguera del heroísmo, abriéronse á la poesía sagrada otros tantos veneros, consagrando la

<sup>1</sup> Véanse las ilustraciones del tomo precedente, donde hemos tratado de propósito estas materias.



profundidad y candor de sus creencias en cien y cien himnos la gratitud y admiración de los pueblos cristianos. Quebrantada así, como inevitable consecuencia de los grandes hechos de la reconquista, la antigua unidad del canto religioso, cundía á tal punto la libertad en esta parte de la liturgia, que además del primitivo *Hispano-latino-visigodo*, en todas partes respetado, poseyó cada diócesi y cada ciudad, cada parroquia y cada monasterio, desde las vertientes orientales del Pirineo á las postreras costas de Galicia, diverso himnario, que enriquecido por las más varias inspiraciones, reflejaba como en clarísimo espejo, revelando vivamente las creencias y las esperanzas, acariciadas en una y otra comarca, aquel estado de incertidumbre y de angustia, en que sólo predomina el esfuerzo individual, que precediendo á la conquista de Toledo, tenía significativa personificación en los fueros municipales <sup>1</sup>.

Dos ideas fundamentales servían no obstante de vínculo á la poesía sagrada, como servían de indestructible lazo á la política, estableciendo su unidad sobre más sólidas bases que la prescripción material del IV concilio: gemía la Península bajo el yugo del

<sup>1</sup> Digno es de advertirse que por una singular coincidencia, nacida del mismo proceso de la reconquista, existe entre los *fueros municipales* y los *himnos locales* la más estrecha semejanza de fines, representando bajo diverso aspecto el mismo estado de cultura. Hijos los *fueros* del extraordinario progreso de la reconquista, al extenderse desde principios del siglo X en dilatadas comarcas, de Oriente á Occidente, acuden á satisfacer parcialmente la necesidad de la defensa del territorio que se vá nuevamente poblando, respondiendo á la necesidad superior de la defensa de la patria: fruto los *himnos locales* de aquel necesario fraccionamiento, interpretan y satisfacen los sentimientos que evoca la devoción á cada paso de la reconquista, al hallar consagrados, con una tradición piadosa ó una maravillosa aparición, los mismos lugares que rescata el acero y reivindica el patriotismo, correspondiendo al universal, y cada día más poderoso sentimiento de la religión, que constituía uno de los más firmes polos de la civilización española. No es pues maravilla que al fijar nuestras miradas en lo que son y representan los expresados himnos, descubramos claramente relación tan importante con los indicados fueros, que tan estrecha armonía determinan entre los elementos sociales y los elementos de cultura intelectual, atesorados y elaborados en nuestro suelo.

había lanzado para sacudirlo noble grito de guerra en de la religion y de la patria; y dominada por este doble into, segun dejamos ya advertido, ningun elemento de lia abrigar la sociedad española que no se encaminara al de una y otra. Alimentáronse pues los himnos religiosos l mismo espíritu; y fecundando en medio de su prodigiosa l tan elevadas ideas, buscaron en el cielo dos poderosos ores, que vinieran al mundo á personificarlas. La idea pa- consoladora de la religion, acogióse á la Madre de Jesus, nagotable de piedad y símbolo de amor inefable; y toman- pacibles formas, ensalzó en innumerables cánticos el nom- Maria: la idea de la patria, encendida por los grandes pe- victorias del pueblo cristiano, fijóse en el antiguo patron 'spañas, cuyo sepulcro era venerado en Compostela desde do de don Alfonso el Casto; y mientras le tomaban los s por capitan y adalid contra la morisma <sup>1</sup>, celebrábase la en multiplicados himnos, en que pintando sus milagrosas nes, mostrábase animada de aquel mismo ardor bélico, plandecia en medio de los campamentos.

de suma importancia para comprender el profundo respeto y la acen- con que los cristianos aceptaban la mediacion de Santiago en los y empresas guerreras, el recordar entre otros pasajes de los primi- nicones, la relacion del milagro, acaecido á tiempo en que Fernan- a cercada á Coimbra. Venido á Compostela un peregrino griego (gre- edo, dice el Silense), é iniciado algun tanto en el habla vulgar, oyó á ales apellidar al apóstol patron y caudillo de sus huestes. Negó el pe- no sólo que Santiago hubiera sido militar (equitem), sino que hubiese lo; pero llegada la noche, y con ella la hora de la oracion, «peregrino in extasi raptus, ei apostolus Iacobus, velut quasdam claves in nens apparuit, eumque alacri vultu alloquens, ait: «Heri, pia vota um deridens, credebas me strenuissimum militem nunquam fuisse;» dicens, allatus est magnae staturae equus splendidissimus ante fores e, cuius nivea claritas totam, apertis portis, perlustrabat Ecclesiam. ostolus ascendens, ostentis clavibus, peregrino innotuit Conimbriam a Fernando Regi in christianum circa tertiam horam se daturam» XXXIX). Coimbra se entregó á Fernando I, el peregrino vió con vencida su incredulidad, y el pueblo cristiano se fortaleció con este en la devocion de Santiago, que personificaba por último en el grito a nacional, trasmitido hasta nuestros dias.

Eran ambas manifestaciones de la poesía sagrada generales en los dominios de la Cruz, como que recibían en todos igual culto la inmaculada pureza de María y la protectora intercesión de Santiago; pero si en todas partes resonaba el templo con aquellas alabanzas, que parecían coronar el edificio de la piedad cristiana, en todas ofrecían también el más peregrino contraste los himnos consagrados á uno y otro objeto, contraste hijo en verdad de la diferente naturaleza que los inspiraba. Apacibles, dulces y delicados los unos, elevaban el espíritu por senda matizada de flores á las consoladoras regiones de la esperanza: ardientes, vigorosos y arrebatados los otros, exaltaban el patriotismo de la muchedumbre con el fuego de la creencia, y santificaban el valor heroico que abatía en cien combates los estandartes sarracenos. Medianera entre Dios y los hombres, veía la Iglesia á la Virgen María como efficacísima abogada, y llena de fé en su maternal protección, saludábala con estos ó análogos acentos:

Tu parui et magni,  
Leonis et agni,  
Saluatoris Xristi  
Templum excicisti,  
Sed Virgo intacta.

Tu roris et floris,  
Panis et pastoris,  
Virginum regina,  
Rosa sine spina,  
Genitrix est facta.


Tu ciuitas regis iusticie,  
Tu mater es misericordie;  
De lacu fecis et miserie  
Teophilum reformas gracie.

Te celestis collaudat curia.  
Que es Dei mater et filia:  
Per te reis donatur uenia,  
Per te bonis fulget gloria.

Virgo, maris stella,  
Verbi Dei cella,  
Et solis aurora:  
Paradisi porta,  
Ex qua lux est orta,  
Natum tuum ora.

Esta dulcísima plegaria, mil y mil veces entonada ante los altares <sup>1</sup>, iba á resonar en la lira de los poetas de Castilla, transmitiéndose de generacion en generacion á las edades modernas: Gonzalo de Berceo y don Alfonso el Sabio en el siglo XIII, Juan Ruiz y Pero Lopez de Ayala en el XIV, Alfonso Alvarez de Villasandino, el Marqués de Santillana y Fernan Perez de Guzman en el XV, repetian en el mundo aquellos simpáticos y amorosos cantares, que hallaban misterioso eco en el pecho de fray Luis de Leon y de San Juan de la Cruz, conmoviendo la musa varonil de Calderon y derramando paz y consuelo en medio de las tribulaciones que afligieron á nuestros padres y todavia nos afligen. Faro constante de amor y de esperanza, amparo y refugio de tristes y menesterosos, fué pues la dulce Madre del Salvador inagotable fuente de inspiraciones, descubierta á la grey cristiana por la cariñosa solicitud de la Iglesia, quien al mismo tiempo que hacia resonar las bóvedas del templo con aquellas tiernas plegarias, enseñaba á modular los heróicos acentos, con que solemnizaba la intervencion del Apóstol en las victoriosas lides contra los mahometanos. Dirigiendo su voz al pueblo español, exclamaba:

Gaude, felix Hispania,  
Laetis exultans mentibus,  
Tui ducis solemnía  
Dignis cantando laudibus.  
Hic est ille magnificus  
Miles, potens certamine;  
Primus palma glorificus  
Apostolorum agmine <sup>2</sup>, etc.

<sup>1</sup> Los himnos á la Virgen son innumerables: hemos preferido este por la dulzura, con que está escrito, y por su autenticidad respetable. Véase por completo en la Ilustracion I.<sup>a</sup> núm. XXVIII y en la oportuna lámina su exactísimo csimile.

<sup>2</sup> Tambien son muchos los himnos de Santiago, y todos animados del mismo pensamiento. Tamayo de Salazar, cuya crítica sobradamente crédula ha desautorizado su *Martyrologium Hispanum*, inserta algunos de estos cánticos, sobre cuya antigüedad no queda duda alguna, así por su espíritu como por la forma poética de que se revisten. Véase su tomo VI, pág. 610 y siguientes. Los que insertó Arévalo en su *Hymnodia* (págs. 244, 302 y 303) nos parecen más modernos.—Pero no solamente fué en España el apóstol

Personificados, dentro del templo, los dos sentimientos fundamentales del pueblo cristiano en aquellos multiplicados cánticos, donde reconoce la crítica los naturales progresos de las formas poéticas, tales como se iban derivando de siglo en siglo, ya respecto de la metrificación, ya de las rimas, hubo de ejercer este saludable egemplo fuera del sagrado recinto la más activa y fructuosa influencia. El pueblo, á quien las no interrumpidas tradiciones de la Iglesia habian acostumbrado á tomar no pequeña parte en las ceremonias del culto <sup>1</sup>; y que acrisolado en la fe de sus mayores por tantas calamidades, atribuía siempre las victorias alcanzadas sobre los musulmanes á la Clemencia divina, y miraba todos sus desastres cual merecido castigo <sup>2</sup>, así como pro-

Santiago objeto de la poesía popular latina: extendida en toda la cristiandad la devocion que su sepulcro inspiraba, venian de todos los pueblos gran número de peregrinos á Compostela, los cuales alimentaban su entusiasmo con himnos de amor y de respeto, dirigidos al patron de España. Entre los que se conservan, debe citarse el *Canto de ultreya* (de peregrinacion) conservado en la *Histoire littéraire de France* (tomo XXI): comienza así:

Ad honorem regis summi,  
Qui condidit omnia,  
Venerantes iuvilemus  
Iacobi magnalia:  
De quo gaudent caeli cives  
In supreme curia,  
Cuius festa gloriosa  
Meminit Ecclesia, etc.

Como notarán los lectores, tiene este himno el mismo movimiento que la mayor parte de los compuestos en aquellos siglos, constando de versos trocáicos y dímetros-yámbicos; observacion que no conviene olvidar en los estudios que vamos haciendo.

1 Véase el cap. X, último del anterior volúmen, y sus Ilustraciones.

2 Ya hemos visto repetidamente cómo toda victoria viene de la mano de Dios: comun es tambien, al narrarse en los cronicones coetáneos los desastres sufridos por los cristianos, el hallar la frase *peccatis exigentibus*, así como la de *volente divina Clementia*, para anunciar los triunfos. En la *Crónica latina* de Alfonso VII se dá más cuerpo á esta creencia, diciéndose por egemplo, al referir la rota de Fraga, donde quedó muerto Alfonso el Batallador [1136]: «Peccatis exigentibus, orationes eorum non sunt exaudita ante Deum, quia Gabriel Archangelus, summus Nuntius Dei, non tulit eas ante tribunal Christi; neque Michael, Princeps militiae caelestis, missus est a Deo ut eos adiuva-

entrar en los combates, purificarse de sus pecados por la penitencia, así también entonaba, obtenido ya el fervoroso himno de gratitud, dictado exclusivamente por el espíritu religioso.

Este hecho causarnos maravilla, cuando se repara en el fin santo de aquella guerra, y se comprende la especial orden de los ejércitos cristianos: llamado el clero á bendecir á los paladines de la Cruz y á pelear también contra los ejércitos de Mahoma, no solamente compartía con grandes y pequeños los trabajos y fatigas de los campamentos, sino que se valoraba su valor en mitad de las batallas, enalteciéndose y consagrando con la autoridad de la religión su propia gloria, y la gloria del cristianismo. Así, los que al salir de sus fortalezas contra los pendones sarracenos, llevaban de sus huestes las cruces de sus preladados, como segura señal de victoria, tornaban á sus hogares, precedidos de aquellas alabanzas, cantando al par las alabanzas del Hacedor, é inflamando á cuantos los escuchaban con el más noble entusiasmo patriótico: así, estrechados con nuevos vínculos

» (núm. XXII). Y narrando los fracasos que en 1139 experimentaron los almorávides, escribe: «Ter contigit eis ista, quia in suis viribus, non in Domino Deo, et ideo male perierunt» (núm. LV). Lo mismo, antes y después, en todo género de documentos relativos á la

historia de Alfonso VII todos estos asertos con la relación de los hechos: hablando de la victoria de Almonte (Almont), escribe: «Christiani aurum multum et argentum et equos et mulos, et camellos, et conversi venerunt Toletum et dicebant hymnum» (número 1139). Anotando el castillo de Aurelia (Oreja) en 1139, dice: «Omnis exercitus et duces reversi sunt, unusquisque in sua [domo], canentes Deum: quia facta est magna victoria in manu pueri sui Aldefonsi» (núm. LXXI). Y al contar el triunfo alcanzado por Munio Almodovar del Campo (de Tendras) el año 1142, añade: «Regum iussit Munius Aldefonsus involvi in pannis sericis opusculum in quodam campo viridi, et reliquit cum eis sarracenos, ut usque inde tollerentur: et conversi in castris, hymnum canentes» (núm. LXXIX). Fácil fuera aducir otros rasgos de esta peregrina costumbre: tanta influencia debió ejercer en el nacimiento y desarrollo de la

los dos grandes sentimientos que hemos reconocido ya como las bases fundamentales de la reconquista, daba la poesía sagrada su múltiples formas, heredadas de la antigüedad, á la poesía heroica, imprimiéndole al salir al mundo, el mismo carácter que habia ostentado dentro de las misteriosas basílicas asturianas.

Llegaban por esta senda á ser dos veces populares los elementos poéticos, que sobrevivieron á la catástrofe del rey don Rodrigo; y los *cantares bélicos*, que celebraban las proezas de los paladines de la patria, se hacian comunes á clero y pueblo, así como lo eran tambien los *himnos* que ensalzaban las virtudes de los Santos. Este singular maridaje, que estrechaban grandemente el general y constante peligro de la república y las victorias logradas en su nombre, explicaba y determinaba al par aquella fisonomía especial que ostentan los cantos heroicos en la edad de que tratamos, cuyo sello hemos hallado igualmente en los monumentos de la historia. ¿Ni qué otra cosa podia significar en las poesías latino-populares el no interrumpido recuerdo de las formas y el frecuente uso de la erudicion clásica, ajena de todo punto á la muchedumbre, para quien aquellas se escribian?

Semejante fenómeno, visto con absoluta indiferencia, ó más bien no quilatado cual merece, por cuantos han tratado hasta ahora de los orígenes de las letras españolas, debió mostrarles que no habiéndose eclipsado del todo el astro de la antigüedad durante los tiempos medios, hubiera bastado el estudio de aquellos documentos poéticos para resolver numerosas cuestiones, suscitadas por la vanidad ó el capricho, y sostenidas y enmarañadas por la más injustificable indolencia. Y es lo más notable que esta influencia de la literatura clásica, por más lejana que á nuestros ojos aparece tiene sobrada fuerza, no sólo para comunicar determinado movimiento á los estudios eruditos, segun adelante probaremos, sin para dar tambien singular impulso á la poesía latino-popular en el instante mismo en que se estaban formando las lenguas vulgares y aun largo tiempo despues de constituidas.

poesía heroico-vulgar, desde los tiempos primitivos de la reconquista; pero creemos suficientes los alegados para demostracion de nuestras observaciones en este punto.

Escaso es desgraciadamente el número de estos monumentos que se han trasmitido á nuestros días, causándonos verdadero dolor el que no todos los que poseemos se conserven tales como en aquella apartada edad debieron cantarse ó escribirse. Pero aunque escasas é incompletas, revelan estas poesías, propiamente históricas, los sentimientos abrigados por la nacion entera; y ya perpetuando la memoria de grandes proezas, ya consagrando la justa celebridad de predilectos caudillos, parecen destinadas á mostrarnos el sendero recorrido por el arte desde el punto en que saliendo de los monasterios y basílicas, celebra los triunfos de la cruz, hasta que nacida ya la poesía vulgar y logrado su imperio en la muchedumbre, tornan á ser exclusivo patrimonio de los doctos las letras latinas. Compuestos ó escritos estos cantares en el momento de alcanzar una victoria ó de experimentar una desgracia, que afecte de igual modo á grandes y pequeños, cuándo aparecen de uno á otro confín de los dominios cristianos, animados por el movimiento arrebatado de la oda; cuándo aspiran al tono grave y severo de la epopeya; y cuándo repiten finalmente el melancólico lamento de la elegía. Así al bajar á la tumba Borrell III, restaurador de Barcelona [1018], riégala el doloroso llanto de sus pueblos, que pierden en él su protector y padre, y recordadas, como un bien ya perdido, sus virtudes bélicas y su piedad cristiana, se oye por último el acento de las musas, que viene á solemnizar aquel lastimoso cuadro, fecundando con sus patéticas inspiraciones la descarnada relacion de la historia. Participando el poeta de la pena que aflige á sus compatriotas, mientras desechando en parte el atavio de las rimas <sup>1</sup>, aspiraba á dar á sus versos cierta elegancia, hija sin duda de la imitacion clásica, elegancia apreciada aun por los que sólo han visto en estas producciones del arte meras antiguallas <sup>2</sup>, dirigiase á los vasallos del valeroso conde, exclamando:

Ad carmen populi flebile cuncti

<sup>1</sup> Decimos en parte, porque á pesar del empeño que el autor puso en evitarlas, se vió forzado á usar las rimas en algunas estrofas, como puede verse en el núm. XI de la *Ilustracion* I.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> El erudito cuanto descontentadizo Masdeu, que cediendo al exclusivismo TOMO II.



Aures nunc animo ferte benigno,  
 Quot pangit meritis vivere laudes  
 Raimundi próceris patris et almi.

Y celebrada su ilustre prosapia, aclamábale despues pa todos, añadiendo:

Effulsit fidei luce fidelis  
 Princeps egregius semper in orbe;  
 Iustus iudicio, fame verus,  
 Hosti falsiloquo hic erat acer.  
 Fultus praesidio numinis alii,  
 Ducens castra sibi fortia Christi,  
 Stravit barbariem, fanaque trivit,  
 Culturaeque Dei templa dicavit.  
 Gestis praeposuit cuncta potenter,  
 Sic pulsus tenebris orbe prophanis,  
 Struxit Christicolis castra salutis:  
 Barchinona potens, te renovavit.

Terminando el justo elogio de Borrel, en que renueva la de sus mayores, procura el poeta pintar en esta forma el de los pueblos:

Se dant praecipites vulnera cordis;  
 Pars scindunt facies flebile visu,  
 Dant luctus variae millia plebis  
 Et clamore truci sidera pulsan.  
 . . . . .  
 Vae tellus tenebris mersa doloris!...  
 Te liquit patriae gloria fulgens!...  
 . . . . .  
 Sero mane pium plange patronem,  
 Barchinona potens, urbsque Gerunda,  
 Usque Ausona, simul Urgella tellus,

mo de escuela, nada halló en aquella edad digno de estima, asegura s bargo, aludiendo á esta composicion, que era tolerable. Sus palabras so »el siglo oncenno hubo tambien muchos escritores de epitáfios en malos »ni sé que floreciese fuera de estos ningun poeta, sino en Barcelona u »nimo, de quien nos queda una poesía tolerable en elogio del conde do »mundo, hijo de Borello» (tomo XIII, núm. CXXII, pág. 197).

Hinc quadrata fleant climata mundi.

La poesía que en tal manera enaltece á los héroes de la España oriental, regando de amigas lágrimas sus cenizas <sup>1</sup>, enardeciase en las comarcas de Leon y Castilla al aspecto de las hazañas de reyes y magnates; y al paso que lloraba tambien sobre sus sepulcros <sup>2</sup>, trasmitia á la posteridad, con el aplauso de las gentes, su respetada memoria. De grande efecto habia sido, cual vá indicado, la conquista de Toledo en la suerte de las armas cristianas, y no pequeña la gloria del monarca que dió cima á tan alta empresa: la magnitud de aquella hazaña, que no daba á los castellanos lugar para temer las innovaciones que en breve intenta y realiza Alfonso VI, halló admiradores en los poetas doctos, quienes juzgaban todavia digno instrumento de los sentimientos populares la lengua latina, perpetuando en la estimacion de las clases elevadas de la sociedad la memoria de aquel envidiado triunfo. Desgracia es en verdad que sólo gocemos un fragmento del poema

<sup>1</sup> El diligente Du Meril, colector de las *Poesies populaires latines* (Paris, 1847), inserta al publicar la *Cancion del Cid*, de que en breve hablaremos, un fragmento de otra poesia elegiaca en honor acaso de Ramon Berenguer IV, á quien la musa latino-popular colmó en vida de elogios. Parece principiar asi:

. . . . .  
Meum meum laedit dolor,  
Magnas, inquam, coines ille,  
Qui destruxit seras mille  
Mahumeti coedo gentis  
Genu nobis iam flectentis:  
Sesit Lorcha virum tantum.....  
. . . . .

<sup>2</sup> Uno de los testimonios más notables que pudieran alegarse respecto del ministerio que siguió ejerciendo la poesía en los funerales, es el que dá el obispo don Pelayo en el último número de su Crónica, al narrar la lloradísima muerte de Alfonso VI. Sus palabras son: «Tunc comites et milites nobiles et inobiles, sive et cives, decalvatis capitibus, scisis vestibibus, rupta facie mulierum, aspero cinere cum magno gemitu et dolore cordis dabant voces usque ad caelos. Post XX autem dies deduxerunt eum in territorium Ceiae et omnes episcopi atque archiepiscopi, tam ecclesiasticus ordo quam saecularis, sepelierunt praedictum regem in ecclesia Sanctorum Facundi et Primitivi *cum laudibus et hymnis*.» Véase tambien sobre los entierros durante toda la edad media la nota 5 de la pág. 452 del tomo I, y el cap. XXIII de la II.<sup>a</sup> Parte.

latino consagrado á este asunto, donde aun bajo la rudeza de las formas y con el aparato de una difícil nomenclatura geográfica sorprende la crítica el más vigoroso y patriótico sentimiento. El poeta que al dirigir su voz al debelador de Toledo, exclama:

Aldephonse, tui resonent super astra triumphi,

no era por cierto indigno de que la posteridad conociera sus versos, no menos interesantes como documento histórico, que como documento literario <sup>1</sup>. Mas si no es dado apreciar en todo su valor estos vestigios de un arte, cuya existencia ha sido puesta en duda por los que se precian de eruditos; si únicamente podemos ofrecer hoy al estudio de la crítica un breve fragmento del *Poema de la conquista de Toledo*, compuesto sin duda en el momento de llevarse esta á feliz remate,—más afortunados respecto de aquel héroe popular de Castilla, que mientras Alfonso triunfa de la antigua corte visigoda, realiza en la España oriental las más altas empresas, coronándolas con la portentosa conquista de Valencia <sup>2</sup>, poseemos, bien que no por completo, un peregrino Can-

<sup>1</sup> Hé aquí el fragmento, de que hablamos, conservado por el arzobispo don Rodrigo en su *Chronica Rerum gestarum*, lib. VI, cap. XXII.

○ Obsedit secura suum Castella Toletum,  
 ☞ Castra sibi septena parans, aditumque recludens  
 ☞ Rupibus, alta licet amploque situ populosa,  
 — Circumdante Tago rerum virtute referta,  
 ○ Victu victa carens, invicto se dedit hosti.  
 ☞ Huic Medina-Coelum, Talavera, Conimbria plaudat,  
 ○ Abula, Secobia, Salmantica, Publica Septem,  
 ☞ Cauria, Cauca, Colar, Iscar, Medina, Canales,  
 ☞ Ulmus, et Ulmetum, Magerit, Atentio, Ripa,  
 ☞ Osoma cum fluvio lapidum, Valcranica, Maura,  
 ☞ Ascalons, Fita, Consocra, Maqueda, Butracum  
 Victori, siue fine, suo modulantur ovantes.  
 Aldephonse, tui resonent super astra triumphi.

El arzobispo don Rodrigo guarda silencio sobre el origen de estos versos; pero por la forma de la cita y por la inscripcion lateral que conservan, no menos que por lo inusitado de estos documentos en sus historias, nos persuade de que el *Poema* de donde los tomó, era en su tiempo todavia muy familiar entre los eruditos.

<sup>2</sup> Véase el exámen de la *Gesta Roderici Campidocti*, hecho en el anterior capítulo.

tar, en que se compendia su heróica historia; obra escrita sin duda, como la *Gesta* latina, en los primeros años del siglo XII, y que en sus formas artísticas recordaba vivamente la antigua tradición de los himnos religiosos, cantados en las basílicas españolas por clero y pueblo católicos <sup>1</sup>.

«Sin exceptuar ni aun la crónica de Leon (dice un entendido crítico que publicó esta poesía en 1847) es acaso la más antigua de todas las fuentes [que se refieren al Cid]; y su lengua erudita, menos accesible á las invenciones del pueblo, la sencillez de su estilo, su espíritu genuino y verdaderamente histórico, la constituyen seguramente en uno de los documentos más preciosos que han llegado á los tiempos modernos» <sup>2</sup>. La tradición que le dá vida, es en efecto tan inmediata á los hechos, como la que sirve de base á la ya citada *Gesta*, con la cual se conforma por extremo, manifestando sin duda que, como ella, precede al *Poema del Cid*, y acaso á la misma *Leyenda*, de que trataremos en los primeros capítulos del siguiente volumen:

<sup>1</sup> Es en efecto digno de tenerse muy presente que abundan en el *Himnario hispano-latino ó visigodo*, de que dimos cuenta en el tomo anterior (capítulo X é *Ilustraciones*), los himnos escritos en versos sáficos y adónicos. Entre los generales que incluimos en las *Ilustraciones* (núm. III), se hallan hasta cinco, los cuales con mayor ó menor exactitud ofrecen las referidas formas; tales son: *In Sacratione Baselicæ*; *In Aniversario Sacrationis Baselicæ*; *De profectiõne exercitus*; *De Nubentibus* y *De Infirmis*. La tradición en este, como en todos los puntos que vamos tocando, no puede ser más respetada ni vigorosa.

<sup>2</sup> Du Meril, *Poesies populaires latines*, pág. 286.—Este erudito declara que el códice donde con otras veintisiete piezas, algunas de ellas poéticas, se contiene la *Cancion* latina del Cid, perteneció al monasterio de Ripoll, siendo tal vez escrito por sus monjes en el siglo XIII. Perteneció á Baluzio, secretario de Pedro de la Marca, y se custodia en la Biblioteca Imperial de Paris con el núm. 5132. Du Meril dió á conocer en el análisis que hace de este Ms., las principales poesías que contiene, tales como el canto de la toma de Jerusalem, que empieza:

Hierusalem, lætare;  
Quare flebas tam amare, etc...;

un himno medio borrado; reglas en verso sobre el horóscopo; á la muerte de un gran capitán, terror de la morisma (véase la nota 1 de la pág. 211); y un poema de que sólo existen fragmentos.

Rodrigo <sup>1</sup>, que recibe en su juventud el título de Campeador (Campi-doctor), llena con la fama de sus proezas toda España, ni los reyes mahometanos, ni los condes y magnates del cristianismo son bastantes á contrastar su pujanza, que excitando la ardiente veneración del pueblo, enciende también el entusiasmo del poeta. Era en verdad el autor del *Cantar* referido un erudito pero inspirado por un sentimiento esencialmente popular, y escribiendo para la muchedumbre, si respetada la tradición artística atesorada por la Iglesia, y no olvidaba las nociones clásicas adquiridas en las escuelas, recordando los héroes y poetas de la antigüedad <sup>2</sup>, prefería á las de los primeros las hazañas del Campeador, y declaraba que no cabían en mil libros, cantándolas e mismo Homero: al cabo, aunque confesándose impotente para tal alto asunto, daba al viento las velas, como temeroso navegante apostrofando así al mismo pueblo, para quien no habían sido estériles los triunfos de Rodrigo:

Eia!... laetando, populi catervae,  
Campi-doctoris hoc carmen audite:  
Magis qui eius estis ope,

20 Cuncti venite!...

Esta notabilísima estrofa que basta á caracterizar tan peregrino

<sup>1</sup> Conveniente juzgamos notar que tampoco es designado en este *Cantar* el hijo de Diego Lainez con el sobrenombre del *Cid*, que le distingue en *Poema* y en los *Romances*, constituyendo su más glorioso título para el pueblo castellano: como en la *Gesta*, se le designa únicamente con el nombre Rodrigo y el aditamento de *Campeador* (Campi-doctor); circunstancias que tendremos muy presentes al estudiar la *Leyenda* y el *Poema*, para determinar el momento en que cada cual aparece en la república de las letras.

<sup>2</sup> La *Cancion* principia de este modo:

Eia!... gestorum possumus referre  
Paris et Pirrhi nec non et AEnae,  
Multi poetae plurimum in laude  
Quae conscribere.  
Sed paganorum quid iuvabunt acta,  
Dum iam villescant vetustate multa? etc.

Véase lo restante en la Ilustración I.<sup>a</sup>, núm. XXI, y nótese entre tanto cómo se refleja aun en esta poesía popular la tradición de los estudios clásicos que tanta fuerza y prestigio conservan entre los eruditos durante los siglos que vamos recorriendo.

poesia, determinando el objeto popular que la inspiraba, señala perfectamente la época y el país en que fué compuesta; pues que suponiendo vivos á los que le conocieron y fueron favorecidos por el Campeador, parece no dejar duda de que no estaba muy distante la llorada muerte de aquel héroe<sup>1</sup>. Dada á conocer su ju-

<sup>1</sup> Esto teníamos escrito, acordes con el docto Du Meril, cuando llegó á nuestras manos el erudito opúsculo, que con el título de *Observaciones sobre la poesia popular* dió á luz don Manuel Milá y Fontanals en 1853. El distinguido catedrático de Barcelona, opinando que la *Cancion del Cid* fué escrita en Cataluña, tal como existe, supone que es en parte resumen y en parte traducción de otra poesia más popular, probablemente castellana (pág. 62 y 63). Á la verdad no alega ninguna razon concluyente; y lo sentimos, porque habiéramos deseado que labrasen en nosotros sus conjeturas entero convencimiento. Respecto del primer punto se apoya «ya en razon del Ms., en que [el *Cantar*] se halla, ya en la innecesaria mencion que hace de las huestes de Lérida, ya principalmente en el sentido de tierra de moros (y no de Castilla como cree Du Meril) que se dá á la palabra *Hispania*, segun el uso de Cataluña, y en los dictados honoríficos con que se menciona al conde de Barcelona, inoportunos al parecer en una cancion en que se trata de celebrar á su enemigo.» En primer lugar conviene advertir que el argumento del códice nada prueba: en Castilla y aun en Andalucia se conservan y aun se escribieron muchos libros en lengua lemosina, cuyos originales son visiblemente catalanes, cosa que nadie ha puesto en duda; y siendo el Campeador personaje tan celebre que salvó la fama de sus proezas el Pirineo, nada absolutamente tiene de particular que generalizada la *Cancion* en los dominios cristianos, se escribiese tambien por un monje de Ripoll en el siglo XIII. La mencion de la hueste de Lérida no es, en nuestro concepto, innecesaria: Alfigib rey de Denia, lo era igualmente de Lérida y de Tortosa, como nos enseña la *Gesta Roderici* (Alfigib Leridae et Tortosae rex); y en este caso no era ni podia ser noticia peregrina esta mencion, tratándose de los ejércitos de Alfigib y de Berenguer, cuando otro tanto sucedia en Castilla con todas las ciudades populosas que, como Lérida, acudian con su hueste y pendon á los reales de los reyes. El poeta quiso pintar aquí la grandeza y poderio de los enemigos del Campeador para realzar su victoria; y á la verdad que fué parco, porque sobre dominar Alfigib en muchas ciudades poderosas, era Ramon Berenguer señor de otros muchos condes, que no se hubieran pasado en silencio por un poeta catalan, y de que hace, al narrar estos hechos, especial mérito la *Gesta* latina. La observacion relativa al nombre de *Hispania*, no tiene ya fuerza á principios del siglo XII: en los primeros dias de la reconquista, cuando el territorio cristiano estaba reducido por una parte á la antigua provincia de Galicia, en que se comprendian las Astúrias, y por otra á la Marca ó Septi-

ventud, ponderada la predileccion con que le veia el  
 Sancho, que le concedia *principatum primas cohortis*, y  
 nada la envidia de los cortesanos [compares aulae] que l

mania, se dió en efecto el título de Hispania (*Spania*) á las regiones  
 das por los sarracenos, lo cual dejamos comprobado con el exáme  
*Cronicones*; pero luego que las victorias de los reyes cristianos arranc  
 morisma gran parte del territorio, comenzaron á llamarse natura  
 ñores de España, siendo este dictado muy corriente y admitido tant  
 to de los cristianos como de los sarracenos, en la época en que el *C*  
*Campeador* hubo de escribirse. Así leemos en las *Chronicas* de  
 layo y del Silense que fué Alfonso VI protector de las iglesias e  
 [Ecclesiarum Hispaniensium], y que llevó el título de emperador d  
 [Hispaniae Imperator], habiéndose apellidado su padre por excelenci  
*español* [Hispanus Rex] despues de las grandes victorias que le hicie  
 tro de la Península: así en la ya citada *Gesta Roderici* se apellida al  
 Sancho *Rex totius Castellae et dominator Hispaniae*, llamando á los r  
 hometanos que auxilian á Juzeph, principe de los almoravides, *regi*  
*narium*, *reges Hispaniae* indistintamente. Lo mismo hallamos en l  
 latina de Alfonso VII, donde se le dan constantemente los nombres c  
*los españoles* [Rex Hispanorum] y emperador de las Españas [Imper  
 paniarum]; siendo evidente que no sólo la tierra de moros, sino tam  
 cristianos, y en especial la dominada por castellanos y leoneses, era a  
*Hispania*, al escribirse la *Cancion del Cid*.—En cuanto á los *dictados* h  
 sólo se dice en la poesia que rendian tributo al conde de Barcelona  
 dianitas, denominacion con que las crónicas coetáneas, principal  
*Gesta Roderici*, señalan constantemente á los almoravides; y este he  
 ralmente conocido, ni pone ni quita honra en la cancion á Ramon B  
 siendo además *muy oportuna* su mencion para pintar al principe, con  
 iba á pelear Rodrigo, y de quien la *Gesta*, el *Poema* y las *Crónicas*  
 vencedor. La victoria lograda sobre el débil, no es verdadera victori  
 de enaltecer, humilla á los héroes.—Manifestado que no son bastant  
 gumentos, en que el docto Milá se funda para suponer escrito en Ca  
*Cantar del Campeador*, pierde gran parte de su fuerza la observaci  
 sea resúmen y traduccion de otro escrito en castellano, aunque no lo  
 mos imposible dentro de la misma Castilla. Ni asentimos tampoco á  
 vacion que el entendido profesor de Barcelona deduce de estos versos

Caesaraugustae obsidebant castrum.  
 Quod adhuc Mauri vocant Almenarum.

manifestando que el poeta habla de los hechos como acaecidos en  
 algo lejanos (Id., id., pág. 63). El poeta se refiere aquí al castillo  
 nara, situado entre el Segre y el Cinga, perteneciente á Almuctama;



quistan con Alfonso VI hasta el punto de lanzarle de sus dominios, refiérense las proezas que lleva á cabo Rodrigo en el destierro, cuya fama enciende nuevamente el enojo del rey, quien grandemente airado [nimis iratus], ordena que sea degollado, luego que vencido por sus condes, caiga en manos de sus huestes.

Praecipiendo quod, si foret captus,  
Sit iugulatus.

Alfonso envia con este propósito al conde don Garcia para que le combata, punto en que no estan acordes el *Cantar* y la *Gesta*; pero la victoria queda cual siempre por el Campeador, quien apoderándose del castillo de Cabra, hace prisionero al soberbio magnate [comitem superbum], acrecentando al par su nombradía entre todos los reyes de España, que le temen y le rinden tributo:

Unde, per cunctas Hispaniarum partes  
90 Celebre nomen eius inter omnes  
Reges habetur, pariter timentes,  
Numus solventes.

Cercado por último el castillo de Almenara por el conde de Barcelona, aliado de Alfagib, rey de Denia y señor de Lérida y Tortosa, enviales Rodrigo mensajeros para que desistan de aquella empresa; mas negada semejante demanda, apréstase á combatirlos, ordenando que se armen sin más tardanza sus soldados. Hé aquí como pinta el poeta la figura del Campeador:

Zaragoza, asediado por Alfagib y Berenguer y socorrido por Rodrigo: de manera que habiendo sido conquistado este Castro y asegurada su posesion, con todo el pais aledaño, por Alfonso el Batallador de 1118 á 1133, y diciéndose en los citados versos que hasta ahora (*adhuc*, cuando se escriben) le daban los moros nombre de *Almenara*, indicando así que ó lo poseian ó no se hallaban muy distantes de él, lejos de hablar el poeta de hechos lejanos, los debería tener muy inmediatos, no excediendo acaso su narracion de los treinta y cuatro años que siguen al fallecimiento del Cid, observacion que en lugar oportuno veremos robustecida por otras nuevas. Constando por último, que los soldados del Campeador fueron, como él castellanos, no hay razon plausible para suponer que el *populi catervae* se refiere á otro pueblo que el de Castilla, favorecido principalmente por el héroe de Vivar. Así las observaciones del digno profesor de la universidad de Barcelona, lejos de modificar, han venido á robustecer nuestros asertos.



- Primus et ipse indutus lorica,  
 110 Nec meliorem homo vidit illa;  
 Romphaea cinctus, auro fabrefacta  
 Manu magistra,  
 Accipit hastam mirifice factam,  
 Nobilis silvae fraxino dolatam,  
 115 Quam ferro forti fecerat limatam,  
 Cuspide rectam.  
 Clypeum gestat brachio sinistro,  
 Qui totus erat figuratus auro;  
 In quo depictus ferus erat draco  
 120 Lucido modo.  
 Caput munivit galea fulgenti,  
 Quam decoravit laminis argenti  
 Faber, et opus aptavit electri  
 Giro circinní.  
 125 Equum ascendit, quem trans mare vexit  
 Barbarus quidam, nec ne commutavit  
 Aureis mille, qui plus vento currit,  
 Plus cervo sallit.

Como habrán advertido sin duda los lectores, tiene toda esta descripción, que es por otra parte riquísimo documento indumentario, cierto sabor clásico y un tanto caballeresco, resaltando en ella no pocas pinceladas, que muestran nuevamente los estudios de la antigüedad hechos por el poeta. La última estrofa dice:

- Talibus armis ornatus et equo,  
 130 Paris vel Hector meliores illo  
 Nunquam fuerunt in troiano bello,  
 Sunt neque modo.

Doloroso es por cierto que cese en este punto el *Cantar del Campeador*, no comprendido siquiera en el Ms. el término de la facción, á que Rodrigo se preparaba; y no menos sensible el que no se conserve la relación de sus maravillosas expediciones en las comarcas de Zaragoza y de Valencia, que como la *Gesta* nos advierte, hallan corona en la conquista de la última ciudad, una de las más grandes hazañas de la edad media. El espíritu, altamente castellano, que se refleja en los versos existentes; el amor que el poeta parece profesar al héroe, trocado ya en admiración casi religiosa, no menos que la singular correspondencia y concordia que entre el *Cantar* y la *Gesta* resaltan, sobre manifestar que

ambos autores se inspiraron en unas mismas fuentes, cercanos ambos á los hechos que procuran perpetuar, hace más lastimosa la pérdida indicada, no siendo ya posible formar el juicio comparativo, á que sin duda hubieran convidado estos monumentos, con los poemas castellanos que en breve examinaremos.

Pero la mala suerte del *Cantar del Campeador* cupo tambien á otras poesías históricas del mismo siglo, entre las cuales no es lícito olvidar la *Cancion* escrita en elogio de Ramon Berenguer IV [1139 á 1162], ni mucho menos la obra designada generalmente con el título de *Poema de Almería*. Escrita la primera en la España oriental, sólo ha llegado á nuestros días su introducción, donde brillando el más vivo entusiasmo, se descubre la veneración que supo aquel príncipe infundir en sus vasallos, merced á sus virtuosas y loables acciones. Oigamos las estrofas con que empieza.

Fulgent nova per orbem gaudia,  
Nova mundum replet laetitia,  
Unde Christo Regi sit gloria.  
Novus solis emicat radius,  
Nitens omni sidere clarius,  
Cui non est similis aliis <sup>1</sup>, etc.

Debida á la España central la segunda, es muy distinto el tono que nos ofrece, como que tenia diferente objeto, no escribiéndose ya para ser cantada, bien que se dirigiera á narrar una de las más altas, difíciles y aplaudidas empresas de las armas cristianas. Asiento y guarida de piratas, que llevaban el terror á todas las regiones del Mediterráneo, infestando asimismo las costas del Atlántico, era Almería una de las ciudades más poderosas y temidas de la morisma, cuando movidos de los frecuentes rebatos, con que los inquietaban, enviaron los genoveses al rey de Leon

1 Descubrió esta especie de oda el diligente académico Villanueva entre los pocos, pero preciosos códices, conservados en la Biblioteca de Rueda. Contiénese en un volumen, que encierra los tres libros de San Isidoro *De Summo Bono*, los *Soliloquios* de San Agustín, y un opúsculo *De vitiis et virtutibus*. Lástima es que sólo hallara Villanueva el fragmento, que transcribimos en la Ilustración 1.<sup>a</sup> núm. XXIII y publicó en el tomo XV, pág. 173 del *Viaje literario*.

y Castilla sus embajadores, para suplicarle que destruyera aquel nido de corsarios. Halagado Alfonso por la grandeza de la hazaña, á que prometían acudir los genoveses con hombres, armas, naves, ingenios y dinero, congregaba bajo sus banderas á los reyes de Aragón y Navarra y á los condes de Barcelona y Monte Pesulano, y penetraba con poderoso ejército en los dominios sarracenos, poniendo cerco á la temida ciudad, que venia por último á poder de sus huestes. Tal era el asunto que el autor de la *Crónica latina de Alfonso VII* se propuso tratar en verso, para divertir el hastio de sus lectores, y mostrarse acepto á los ojos del Emperador <sup>1</sup>, siendo en verdad no poco sensible el que no se haya conservado íntegro tan peregrino poema <sup>2</sup>. El largo fragmento, publicado por nuestros anticuarios, contiene sin embargo la enumeración de los ejércitos, y la pintura de los caudillos, que tomaron parte en tan gloriosa conquista; manifestando que si al referir, como simple historiador, usó acaso excesiva llaneza de estilo, dejándose dominar con sobrada frecuencia del influjo que ejercía la lengua vulgar en el desaliñado latín de los eruditos,

1 El poeta dice en el prefacio á este propósito:

Scribere nos nostri debemus et Imperatoris  
Praelia famosa, quoniam non sunt traediosa.  
Optima scriptori, si complacet Imperatori.  
Reddantur iura, quod scribat bella futura.  
Dextra laborantis sperat pia dona Tonantis,  
Et Bellatoris donum petit omnibus horis.

Es evidente que estos versos, y por tanto toda la *Chronica*, se escriben en vida del mismo Emperador, ó lo que es lo mismo antes de 1157: téngase en cuenta esta notable circunstancia, que es de mucho efecto para los estudios que después hacemos.

2 Algunos eruditos que le citan, suponen que sólo tenía por objeto este poema la descripción de los caudillos que tomaron parte en la empresa de Almería, fundándose en las palabras que pone el autor antes del prefacio: «Versibus... qui duces vel francorum, vel hispanorum ad praedictam obsidionem venere, dicere hoc modo disposuimus.» Mas narrándose ya en lo que se conserva la toma de Andújar (vers. 284 y siguientes), y refiriéndose igualmente la primera tala hecha en los campos sarracenos (vers. 288 y siguientes), y la rendición de diferentes castillos (vers. 304 y siguientes), parece indudable que se prosiguiera en lo perdido la historia del asedio y conquista de Almería, á la cual se refieren cuantos dan este título al indicado poema.

ndose ya á cosas mayores [ad maiora conscendens], no ol-  
a el cronista que debia hablar el lenguaje del poeta. Sin du-  
rprenderá esta observacion á los que sepan con cuánto des-  
ian tratado nuestros doctos este poema, y que siguiendo la  
idad de don Nicolás Antonio han calificado de bárbaro á su  
, añadiendo que habla con boca de hierro <sup>1</sup>; pero libres  
ros, hasta donde nuestra razon alcanza, de estas preocupa-  
s de escuela, que sólo tinieblas han derramado en el campo  
crítica, y atentos principalmente á quilatar con el espíritu  
siglos las virtudes intrínsecas del ingenio español, no va-  
os en afirmar que bajo esta ponderada rudeza de la metrifi-  
n y del lenguaje, propia y característica de la edad que his-  
nos, resaltan aquellas mismas dotes poéticas que forman de  
uo la verdadera fisonomia de nuestros vates, abundando al  
as pinceladas que revelan su ingénita osadia, y aun su exal-  
n hiperbólica. Brillan estas sobremanera, tanto en las com-  
iones como en la descripcion de los personajes, poseyendo el  
el difícil arte, precioso en todos tiempos y literaturas, de  
r con breves, pero vibrados rasgos, una figura completa.—  
egemplo de lo primero; será nos lícito citar los siguientes  
s, en que pinta el afan de los cristianos por medir sus armas  
os musulmes:

36     A canibus cervus velut in silvis agitatus  
Desiderat fontes, dimittens undique montes,  
Plebs hispanorum sic praelia sarracenorum  
Exoptans aeque, non dormit nocte dieque.

estos, en que hiperbólicamente dá á conocer la muchedum-  
e los cristianos:

Si caeli stellae, turbati vel maris undae,  
Si pluviae guttae, camporum necnon et herbae,  
155     Ordine quis nosset, populum numerare valeret.

Don Nicolás Antonio decia: «Id certe monumentum est quovis pretio  
m barbari quantumlibet, et si artem quaeras, ferrei oris poetastri» (*Bi-  
Vet.*, lib. VII, cap. IV, núm. LXXVII). Siguiéndole al pié de la letra,  
lorez: «Su estilo es duro y áspero, como de poeta bárbaro y de boca de  
o» (*España Sagrada*, tomo XXI, pág. 319).

Para prueba de lo segundo, traeremos aquí el retrato que h  
del conde don Ramiro, capitán de los leoneses:

Forma praeclarus, natus de semine regum,  
90 Est Christo charus, servans moderamine legum.  
. . . . .  
Flos erat florum, munitus arte honorum;  
Armis edoctus, plenus dulcedine totus, etc.

Ó este de Pedro Alfonso, caudillo de los asturianos:

115 Nulli moestus, in cunctis extat honestus,  
Fulget honestate, superatque pares probitate:  
Pulcher ut Absalon, virtute potens sicut Samson,  
Instructusque bonis, documenta tenet Salomonis.

Y no es menos notable la pintura de Martín Fernández de H  
á quien siguen sus propios vasallos:

146 In vultu niveus, membris et corpore largus,  
Formosus, fortis, probus est, et cura cohortis:  
Diffugiunt mauri, cum vox tonat, pavefacti.

Pero si estos afortunados rasgos fueron desdeñados por los c  
intolerantes por demás con las genealogías pasadas ó esclavo  
las formas exteriores, tan duramente trataron al autor del *Po  
de Almería*, no más razón tuvieron para olvidar las pintore  
descripciones de las huestes de cada reino ó provincia, desc  
ciones en que sobresalen grandemente las cualidades caracter  
cas de cada una. Al mencionar la gente de Galicia leemos:

Mille micant scuta, sunt arma potenter acuta,  
55 Et plebs armata, nam cuncta manet galeata:  
Ferri tinnitus, equorum nempe rugitus  
Surdescunt montes, exsiccant undique fontes,  
Amittit tellus, pascendo, florida vellus, etc.

Así habla después de los leoneses:

70 Eius iudicio patriae leges moderantur;  
Illius auxilio fortissima bella parantur:  
Ut leo devincit animalia, utque decore,  
Sic cunctas urbes hoc vinxit prorsus honore.

Y más adelante de los asturianos:

Irruit in terra, non ultimus, impiger astur:

Haec gens *exosa* nulli manet, aut taediosa;  
 Tellus atque mare nunquam valet hos superare;  
 Viribus est *fortis*, trepidans non pocula mortis:  
 105 Aspectu *pulchra*, spernit suprema sepulchra;  
 Venandi facilis, venando nec minus apta,  
 Rimatur *montes*, agnoscit et ordine *fontes*  
 Vitare *glebas*, ac ponti despicit undas;  
 Vincitur a nullo quidquid cernit superando, etc.

De los castellanos decia:

125 Post haec Castellae procedunt spicula mille,  
 Famosi cives per saecula longa potentes,  
 Illorum *castra* fulgent caeli velut *astra*:  
 Auro fulgebant, argentea vasa ferebant;  
 Non est *paupertas* in eis, sed magna facultas,  
 130 Nullus mendic*us* atque debilis, nec male tardus;  
 Sunt fortes cuncti, sunt in certamine tuti.  
 . . . . .  
 Armorum *tanta* stellarum lumina *quanta*.

Y para terminar esta pintura, añadia finalmente:

Illorum lingua resonat quasi timpano tuba.

Prolijos sertamos si prosiguiéramos citando pasajes, donde como en los ya transcritos, resplandecen las virtudes poéticas, que debe la sana crítica reconocer en el autor del *Poema de Almería*, por más que los medios artísticos de que se vale, no aparezcan ni puedan aparecer en sus manos cual dóciles instrumentos. Justo nos parece sin embargo añadir, que aun en medio de la lucha en que le contemplamos, conserva y hace gala de las nociones clásicas, recibidas en las escuelas, mezclando en peregrino consorcio la erudicion gentilica con la erudicion escrituraria <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Respecto de la influencia romana, que en todas partes nos ofrece el más profundo sello, conviene advertir, que así en la *Crónica de Alfonso VII* como en el *Poema de Almería*, llevó el autor su respeto á la antigüedad hasta el punto de usar, para designar á los condes ó gobernadores de las provincias, los títulos dados por la República y despues por el Imperio á los que señalaba el Senado para el mando. Así leemos, hablando de los gallegos:

Strenuus hanc sequitur turham Consul Ferdinandus.

Al enumerar las huestes de Extremadura, cuya gente

Oppedit... terram velut innumerata locusta,

caracterizaba en esta forma al conde don Ponce, su caudillo:

Virtus Samsonis erat hic et gladius Gedeonis;  
165 Compar erat Ionathae, praeclarus Iesu Nave.  
Gentis erat rector, sicut fortissimus Hector;  
Dapsilis et verax, velut insuperabilis Ajax,  
Non cuiquam cedit, nusquam bellando recedit.

No de otro modo se reflejaba constantemente en las obras del arte la luz de la antigua civilización; fenómeno importante que se opera también en las demás naciones neo-latinas, ejerciendo sobre sus literaturas igual ó muy análoga influencia <sup>1</sup>, y que tiende

Y tratando de don Ramiro de Guzmán, á quien apellida *flos florum*, llamamos:

Consule cum tanto, Legio bella requirit.

Al mencionar á Pedro Alfonso, caudillo de los asturianos:

Nondum Consul erat, meritis tamen omnibus est par.

Y refiriéndose á su vuelta, después de la empresa de Almería:

In reditu factus Consul, sic Consulis actus  
Obtinuit meritis...

Mencionando al conde don Ponce, decía el autor por último:

Pontius hic Consul fieri, etc.

Es pues evidente el empeño de conservar y transmitir, no sólo la memoria de los héroes griegos y latinos, atesorada en los libros poéticos, sino la de los antiguos oficios mencionados en las historias, por más distantes que estuvieran realmente de representar las dignidades, derivadas de la monarquía visigoda ó nacidas de las necesidades de la reconquista. Lo mismo nos enseñan otros monumentos anteriores y posteriores.

1. Entre otros muchos testimonios dignos de consideración, citaremos el *Cantar de Gesta*, escrito en el primer tercio del siglo X (924) y entonado por los modeneses contra los húngaros, que los asediaban. Esta canción conservada por Muratori (*De Rerum Italicarum Scriptores*, XL) y cuyas rimas compara Sismondi á las asonancias españolas (*Hist. de la litt. du Midi de l'Europe*, tomo I, cap. I), comienza así:

O tu, qui servas armis ista moenia

festarse en nuestro suelo así en las obras escritas para los preciaban de doctos, como en las canciones destinadas á hedumbre. Pruebas irrecusables de uno y otro hemos enlo en el *Cantar del Campeador* y en este *Poema de la sta de Almería*; pero al lado de esta influencia general y ra, considerada por toda crítica filosófica, bajo multiplicapectos, cual ley superior de las civilizaciones meridionales, nos observar que descubrimos en el último poema cierto de noble y generosa emulacion, establecida por el poeta os caudillos españoles y los héroes de los pueblos que haasado los Pirineos, para segundar la empresa de Almería; nion que descubriendo la influencia accidentalmente ejercida esferas eruditas, iba á trocarse muy luego en ingénua y ica protesta, al reflejarse en los cantos populares <sup>1</sup>. El emr don Alfonso iguala con sus hechos la fama de Carlo-

- 5      *Facta sequens Caroli, cui competit acquiparari:*  
*Gentes fuere pares, armorum vi cosequales.*  
*Gloria bellorum gestorum par fuit horum.*

*Noli dormire, moneo, sed vigila!...*  
*Dum Hector vigil extitit in Troia.*  
*Non eam cepit fraudulenta Græcia.*  
*Prima quiete dormiente Troia,*  
*Laxavit Sinon fallax claustra perfida, etc.*

adicion se propaga, como en España, á los siguientes siglos, y así veel *Pantheon* de Godofredo de Viterbo, recogido tambien por Muratoo VII, pág. 462) que al mencionar á Conrado III dice:

*Dextera Conradi gladio conformis Achilli,*  
*Signifero veniente Duels caput amputat illi.*  
*.....*  
*Multimoda tuæ cæde data, sumptoque trophæo,*  
*Conradus virtute datar maior Machabeo.*  
*.....*  
*Consilio Seneca, specie Paris, Hector in armis, etc.*

nismo hallamos en las canciones franco-latinas de estos tiempos, siendo apresa el amontonar las citas.

léanse los primeros capítulos del siguiente volúmen, donde procuramos r el efecto producido en el pueblo castellano por la política de Al-



Si Alvar Fañez, prez del nombre toledano, á quien p Cid sobre todos sus guerreros, hubiese vivido en tiempo veros y Roldan, aun cuando tuviera el tercer lugar entre ellos campeones, no habrian resistido los agarenos el yugo francos:

215      Tempore Roldani, si tertius Alvarus esset,  
Post *Oliverum*, fateor sine crimine *rerum*,  
Sub iuga francorum fuerat gens agarenorum.

Y mientras era la guerra contra los sarracenos noche ambicionada por el pueblo español, cual alimento de los juveniles florida dote de las ancianas, norte de los adolescentes, luz sacerdotes y rocío vivificador de los varones, y era costumbre pelear y larga cruz y gloria al par de los cristianos el combate sin amenguar el valor de los francos, para quienes es la [lis francis pax est], establecia el poeta la diferencia que n entre ellos y los españoles, al tomar parte en las cruzadas, do con exactitud histórica:

46      Francorum sors et, maurorum pessima mors est.

Pero si no parece lícito al estudiar la literatura latino-del siglo XII, desconocer que siguiendo las leyes de su propia naturaleza, aspiraba, como en todas edades, á reflejar en sí sus adquisiciones, más ó menos difícilmente logradas por los siglos, necesario es repetir, al señalar sus caracteres en la literatura de cada centuria, que domina en ella sobre toda influencia de la antigüedad clásica, por más que aparezca modificado este superior impulso por la acción constante de la guerra, terrible azote de aquellos tiempos. Mas aunque min el ejemplo de los vates griegos y latinos varios y repetidos cuerdos á los cantores ó *yoglares de péñola* (que con este nombre comenzaban á ser designados en la lengua del vulgo los eruditos), aunque no se habia interrumpido ni un solo eslabón de la cadena de la tradicion, no bastaba esta á restablecer las verdaderas leyes del buen gusto ni alcanzaba á revelar las verdaderas bellezas del arte clásico, siendo uno y otra ineficaces para substituir á las formas su antigua majestad y lozanía, forzaba

letras á seguir el natural sendero de la civilizacion que representaban.

Formaban, digámoslo así, estos cantos latino-populares la línea divisoria entre la verdadera poesía erudita y la poesía tradicional, que anidaba en el seno del pueblo; y multiplicados ya y divididos en gran manera los intereses que antes mantuvieron unidas todas las clases del Estado, comenzaban estas á expresar sus afectos en diferentes lenguajes, inclinándose más de día en día á opuestos y aun contrarios campos. Tal se advierte sobre todo en el *Poema de Almería*: popular por su objeto y más aun por el espíritu que le anima, no sólo se halla escrito en una lengua que no era ya la hablada por el vulgo, sino que destinado exclusivamente á la lectura, ostenta mayor número de ornatos, debidos sin duda al estudio de las letras y al conocimiento de la historia <sup>1</sup>. La separación de uno y otro elemento, se estaba pues, consumando ó había más bien tenido ya efecto, al darse á luz el poema, que celebraba la más ilustre hazaña de Alfonso VII, recogiendo así la muchedumbre el fruto de los nobles esfuerzos hechos por la Iglesia para guardar y transmitir de edad en edad las venerables reliquias de la civilizacion del antiguo mundo. Aquel arte, prohiado en los himnos religiosos y fecundado sin interrupcion por las creencias universales de pueblo, milicia y sacerdocio, había trascendido á todas las clases y gerarquias del Estado, enseñando á las gentes de humilde condicion á modular sus cantos en los nuevos idiomas, mientras que apegados los eruditos á los hábitos contraídos en su

<sup>1</sup> Respecto del pensamiento que resalta en todo el *Poema*, sólo nos cumple observar que las huestes cristianas se convocan á la voz de los prelados y sacerdotes, quienes

Crimina persolvunt, voces ad sidera tollunt.

30 Mercedem vitæ spondent cunctis utriusque,

Parándolas despues para entrar en el combate de esta manera:

366 Pax sit et in terris genti Domino famulanti.

Nunc opus ut quisque bene confiteatur et aequè,

Et dulces portas Paradisi noscat apertas.

Credite, quæso, Deo... etc.

Sobre la erudicion histórica del autor del *Poema*, pueden verse los versos 243 y siguientes, que tendremos ocasion de alegar más adelante.

:

educacion, basada en el estudio de la lengua latina, continuaba cultivándola con más esmero que fortuna, alentados al propio tiempo por las necesidades del culto y la liturgia, no menos que por las exigencias de la legislacion y de la teologia.

Sensible es por más de un concepto que no podamos hoy quitar las primeras producciones de la poesia esencialmente popular que habia tenido nacimiento en medio de tantas contradicciones dando esto ocasion á no pocos errores de críticos nacionales y extranjeros <sup>1</sup>. Mas ya que no los monumentos (porque no llegaron tal vez á escribirse), hállanse numerosos datos históricos que elaborándose de un modo indestructible, bastan á probar la existencia de aquellos cantares, nacidos para solemnizar las diferentes situaciones de la vida, segun dejamos comprobado al tratar de poesia popular durante la monarquia visigoda. Bodas, coronaciones, triunfos militares, recibimientos de príncipes y magnates por sus pueblos, en una palabra, todo acto público, memorado en las crónicas latinas ó vulgares relativas á época tan remota proseguia siendo celebrado con fastuosos festejos, donde alternando con los ejercicios de la milicia y otros espectáculos populares se oia la voz de *yoglares é histriones*, acompañada de dulces variados instrumentos. Tal aprendemos en efecto, cuando reconocida la bélica y religiosa costumbre de elevar á Dios himnos de alabanza en mitad de los campamentos, leemos por ejemplo en las referidas historias la relacion de las bodas de las hijas del Cid, con los infantes de Carrion, ya con los de Aragon y Navarra, recibiendo en ellas los juglares «muchos paños é sillas é muchos nobles guarnimientos» <sup>2</sup>: ni hallamos otra cosa, al mencionar matrimonio de las tres hijas de Alfonso VI, celebrado en un mismo día con los condes francos [1075], fiesta en que se contar muchas «maneras de *yoglares assi de boca como de péñola*» <sup>3</sup>.

1 Véase la *Ilustracion* núm. IV.

2 *Crónica General*, folios 343 y 358 de la edicion de Ocampo; *Crónica del Cid*, cap. 228 de la impresa.

3 La *Crónica de Castilla*, escrita en 1340, de que en su día daremos copiosa noticia, dice contando las bodas de doña Urraca, doña Elvira y doña Teresa, que fueron «muchos trebeios fechos de iustar et alanzar á tablad».

no se festejaron con menor pompa las nupcias de la infanta doña Urraca, hija del Emperador Alfonso VII, y don Garcia de Navarra [1144], rodeando el tálamo numerosa turba de histriones, mujeres y doncellas, que al son de los órganos, flautas, cítaras y salterios cantaban las alabanzas de ambos esposos<sup>1</sup>, mientras agasajados por condes, duques, príncipes y prelados, alegraban con su presencia los juegos bélicos, en que mostraba la juventud leonesa y castellana su valor y pericia.

Grandes fueron también los regocijos con que se solemnizó en Santiago la primera coronación del mismo Alfonso, como rey de Galicia [1110], «pasando todo aquel día entre himnos de gozo y cánticos de cánticos,» según la bella expresión de la *Historia compostelana*<sup>2</sup>; pero si los gallegos saludaron su advenimiento al trono con tan general alborozo, no le recibieron los aragoneses con menor entusiasmo, cuando, muerto el Batallador, ponía Alfonso bajo su patrocinio la ciudad de Zaragoza [1134]: todos los príncipes de la ciudad, el pueblo entero corría á su encuentro, al acercarse á los muros de la misma; y contemplándole como su libertador, le aclamaba en mil cantares, llenando el viento de armonía los tímpanos, cítaras y salterios<sup>3</sup>. Mas ninguna de estas manifestaciones populares excedía al recibimiento que hizo Toledo al mismo soberano, al volver triunfante de los moros de Aurelia [1137]: con todo linaje de músicos é instrumentos y segui-

«otras muchas cosas que pertenesçen facer á los caballeros. Et otrosi (añade) «fueron en aquellas bodas muchas maneras de yoglares así de boca como de «pénola.»

1 Thalamus vero conlocatus in palatiis regalibus, quae sunt in Sancto Pelagio ab Infante donna Sanctia; et in circuito thalami maxima turba histrionum. et mulierum et puellarum canentium in organis et tibiis et citaris et psalteriis et omni genere musicorum (*Crónica de Alfonso VII*, núm. XXXVII). La voz *histrionum* pudiera dar motivo á sospechar que se hicieron también en estas bodas algunos juegos mímicos.

2 Dice de este modo: «Dies illa, in himnis iubilationis et canticorum canticis peracta, pertransit» (lib. I, cap. LVI).

3 En la *Crónica de Alfonso VII* se lee: «Cum omnis populus audivisset, Rex Legionis veniret in Caesaraugustam, omnes principes civitatis et tota plebs exierunt obviam ei, cum tympanis et citharis et psalteriis et cum omni genere musicorum, canentes,» etc. (núm. XXV).

dos de inmenso gentio, salieron al saber su llegada, largo trecho de la ciudad los próceres de los cristianos, de los árabes y de los hebreos, y colmándole de bendiciones y alabanzas, tornaban con él á su corte, completando aquella espontánea y magnífica ovación los himnos de gratitud, con que loaban y glorificaban al Hacedor Supremo, que prosperaba en tal forma las empresas de Alfonso <sup>1</sup>.

Y no se nos arguya diciendo que todas estas poesías así cantadas pudieron componerse en lengua latina; pues aunque no hubieran perdido la condición de populares por semejante circunstancia, sobran fundamentos para creer que lo fueron por el contrario en los idiomas vulgares, cuya existencia no puede en modo alguno desconocerse en siglos anteriores <sup>2</sup>. Persuádolo así, además de la ocasión, objeto é índole de estos cantos, la expresa mención que hace la *Crónica de Alfonso VII* de las diversas lenguas en que saludaron los toledanos al referido rey, manifestando que judíos, sarracenos y cristianos cantaban cada cual en su habla nativa <sup>3</sup>; y no es menos seguro comprobante la relación que hace la misma historia de la manera en que la emperatriz doña Berenguela se mostró al ejército de los almorávides desde el alcázar de Toledo [1138]: apareció esta esclarecida princesa vista de los africanos magníficamente exornada y rodeada de gran número de honestas mujeres, que cantaban al son de los tímpanos, cítaras, címbalos y salterios; siendo evidente que habiéndose en la corte de Castilla, como en todas las comarcas de su imperio, el romance que se perpetúa con aquel nombre, habiendo sido menester repetidas leyes canónicas para que conservara el clero la lengua latina, no en esta, sino en la vulga

1 Cum populus audisset quod Imperator venisset Toletum, omnes principes Christianorum, sarracenorum et iudaeorum et tota plebs civitatis longe a civitate exierunt obviam, et cum tympanis et cytharis et psalteriis et omni genere musicorum... laudantes et glorificantes Deum, quia prosperabat omnis actus Imperatoris (núm. LXXII).

2 Véanse, demás de cuanto llevamos observado, las *Ilustraciones* del presente volumen.

3 Hé aquí las palabras de la *Crónica*: «Unusquisque eorum secundam linguam suam» (ut supra).

de todos entendida, debieron componerse tales canciones <sup>1</sup>. Mas si todavía se abrigase algun linaje de dudas, quedarían del todo desvanecidas, al leer en la *Historia compostelana* los ruidosos regocijos con que el pueblo gallego acogió al obispo don Diego Gelmirez, libertado ya del castillo, en que algunos próceres le tenían encerrado [1110]: todos los moradores de Santiago con innumerables turbas de jóvenes y muchachos, no solamente salieron á recibirle á gran distancia de la ciudad, sino que acompañándole hasta la misma iglesia, entonando himnos y cantares, poblaban el espacio de tantos raudales de armonía que no alcanzaban los testigos oculares á describir tan jubiloso recibimiento <sup>2</sup>. Claro es por tanto que en una ciudad, donde tan difícilmente logra restablecer el mismo obispo los estudios de las letras latinas, no era ya posible ni verosímil siquiera que fuesen estas patrimonio de la muchedumbre, avezada ya, según testifica la misma *Historia*, al dialecto gallego <sup>3</sup>.

Había tomado así cuerpo la poesía vulgar en todas las regiones de la Península, llegado sin duda el ambicionado bien que incierto día en que hubieron de comenzar á escribirse sus producciones <sup>4</sup>; momento retardado por los esfuerzos de los eru-

1 No otra cosa se deduce, cuando se lee que apareció á vista de Teschim (Texuño): «In solio regali... et ornata tamquam uxorem Imperatoris, et in circuitu eius magna turba honestarum mulierum, cantantes in tympanis, et cytharis et cymbalis et psalteriis» (núm. LXIX).

2 La narración referida dice: «Omnis compostellanorum turba cum tympanis et citharis et diversis musicorum instrumentis cantantes atque recepti pastore in columitate supernae pietatis laudis praefatione persolventes ei obviam exivit: innumera namque iuvenum caterva tanto exultationis iubilo concinebant, quod si exprimere vellet in describendo nostri eloquii ratio tanto labori succumberet. Caetera denique adolescentum multitudo cum luminis atque dulcifluis armoniae melodiis eius optatae praesentiae congaudentes usque ad compostellanam Ecclesiam cum eo, cantando, perveniunt» (lib. I, capítulo LXII).

3 Véase la nota 1 de la pág. 171 del anterior capítulo, y la *Ilustración* núm. II, donde aparecen comprobados ambos extremos.

4 Respecto de la poesía castellana tendremos ocasión de ilustrarla, en cuanto alcancen nuestras fuerzas, con el examen de los primeros monumentos escritos que reservamos para la II.<sup>a</sup> Parte de esta *Historia crítica*: respecto de

ditos (empeñados en sostener la antigua supremacía de la lengua latina) más de lo que parecía consentir el estado intelectual de las diferentes monarquías, levantadas sobre los escombros de la visigoda. Pero semejante contradicción del clero, apoyándose al par en los hábitos de la juventud y de la edad madura, no sólo se expresaba respecto de la poesía vulgar, por él absolutamente desdeñada, sino que tenía más decidida significación respecto de los monumentos escritos, destinados á ejercer en la muchedumbre cierta manera de influencia. Habían sido los epitafios desde los tiempos más remotos brevísimo epitome de la vida y costumbres de los personajes, cuya memoria consignaban <sup>1</sup>; y dueño el clero de los templos, donde hallaban sepultura reyes, prelados, próceres y caballeros, hubiera tenido por desdoro propio y profanación del sagrado recinto el permitir que se esculpiera inscripción alguna en lengua extraña á la empleada por la Iglesia <sup>2</sup>. Vinculaba por esta causa la poesía ele-

la catalana y gallega que brotan á la par, recordaremos la canción ó leyenda, cuyo principio fué descubierto y transmitido por Mr. Fauchet, y el canto de Gonzalo Hermiguez, que los historiadores portugueses presentan como el documento más antiguo de su lengua y literatura. Una y otra composición, tales como han llegado á nuestros días, van en las *Ilustraciones*, núm. XXXV y XXVI de la I.<sup>a</sup>

1 San Isidoro definía así este linaje de composiciones: «*Est enim titulus mortuorum, qui in dormitione eorum fit qui iam defuncti sunt. Scribantur enim ibi vita et mores et aetas eorum*» (*Ethym.*, lib. I, cap. XXXVIII).

2 El diligente marqués de Llió, en las *Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* (tomo I, pág. 575), inserta un epitafio, que supone escrito tres días después de la muerte del conde Bernardo [844] sobre su mismo sepulcro. El indicado documento dice así:

Assi joy lo comte Bernard,  
Fisel credeire al sang sagrat,  
Que sempre prud'hom es estat.  
Freguem la divina bondat  
Qu' aquela fi que lo tuat,  
Postua son anima auer salvat.

Ninguno de los epitafios, cuya autenticidad es incontestable, fué sin embargo escrito en dialecto catalán, ni entonces, ni mucho tiempo después, como puede verse en la *Ilustración* I.<sup>a</sup> Los escritores catalanes que más celosos se muestran de su lengua y poesía, ponen por otra parte los primeros

giaco-monumental las formas adoptadas ya de largas edades, y trasmítase á las futuras, sin más alteraciones que las producidas por el desarrollo material de las rimas que la exornaban; pero sometida naturalmente á las mismas leyes que dominaban el arte en manos de los *gramáticos* (que así eran llamados por antonomasia los cultivadores de las letras), ofrecia el notable contraste de cobijar bajo las bóvedas de las basílicas y monasterios los nombres y recuerdos consagrados por la civilización del antiguo mundo, comparando los defensores de la Cruz á los héroes del arte clásico, así como habia sucedido ya en los cantos guerreros, y aun en la misma historia.

Hic, Wielme, iaces, Paris alter, et alter Achilles,  
Non impar specie, non probitate minor, etc.,

escribia el celo de los monjes de san Miguel del Fay en el epitáfio de Guillermo Berenguer, hijo de Berenguer el Curvo [1057]; y no de modo distinto empezaba el primitivo lucillo de don Sancho el Fuerte, puesto en el sepulcro de este malhadado soberano [1072]:

Sanctius, forma Paris, et ferox Hector in armis,  
Clauditur hac tumba, iam factus pulvis et umbra<sup>1</sup>.

monumentos escritos á mediados del siglo XII, lo cual convence de la poca autoridad de este epitáfio. En Castilla y sus dominios tampoco existen ni podían existir documentos de esta especie de la fecha atribuida al lucillo del conde Bernardo: Ambrosio de Morales sólo menciona varias inscripciones sepulcrales, escritas en gallego y castellano, á mediados del siglo XIII (*Crónica General*, tomo III, apénd., fól. 128 vuelto), que son acaso de las primeras que se pusieron en sepulcros. Desde esta edad comienzan ya á encontrarse algunos epitáfios en verso castellano, siendo notables entre todos el que existe en la capilla de San Eugenio de la catedral de Toledo en memoria de don Fernan Gudiel [1276] y el de Ruy Garcia [1297], que se conservó hasta fines del siglo pasado en la parroquia de Santa Leocadia de la misma ciudad.

<sup>1</sup> Se ha dudado de la autenticidad de este epitáfio; pero tanto por las formas de lenguaje y de metrificacion, como por la tradicion que conserva respecto de la persona del rey don Sancho, puede y debe tenerse por muy poco posterior á la catástrofe de Zamora. El obispo don Pelayo, que sin duda conoció al indicado rey, decia de su figura: «Sanctius Rex.... fuit homo formosus nimis et miles strenuus» (Núm. 9).



Los ejemplos en el mismo sentido pueden fácilmente multiplicarse. Seguía, pues, esta poesía el lento impulso de los estudios, que mientras más lejanos aparecían del verdadero arte clásico, se inclinaban más decididamente al conocimiento de la antigüedad; y fruto de los hombres doctos, contribuía á dar cabal idea del progresivo estado de la inteligencia, señalando de una manera clara y terminante aquel primer divorcio, operado entre vulgares y eruditos, por el menosprecio con que miraban estos las ingenuas y sencillas producciones del arte popular que iba poco á poco ensanchando la órbita de sus conquistas. Honrados con el favor de reyes y prelados, ó ya consignando sus propios nombres en los mismos túmulos que ilustraban, ha llegado á nuestros días la memoria de algunos de estos poetas: fueron los más distinguidos Oliva, abad de Ripoll y obispo de Ausona (Vich), autor de un poema histórico en alabanza de aquel monasterio <sup>1</sup>; Alon ó Alfon Gramático, á quien no sin fundamento pudiera atribuirse el *Cantar de Gesta* sobre la conquista de Toledo, escrito en honra de Alfonso VI, en cuya corte florece <sup>2</sup>; Arnaldo, docto en el arte de hacer versos <sup>3</sup>, y Pedro, monje de Santiago de Peñalva, celebrado por su saber y doctrina <sup>4</sup>. Las obras que poseemos de estos ingenios,

1 Publicóse este peregrino monumento en el tomo VI, pág. 306 y siguientes del *Viaje literario* de Villanueva, copiado del cód. núm. 57 de la seccion XI de la Biblioteca del indicado monasterio. En el mismo existió un *Necrologio*, debido en su mayor parte al obispo Oliva, de donde sacó Bofarull casi todos los epitáfios, insertos en el primer tomo de sus *Condes de Barcelona vindicados*. Véanse las *Ilustraciones*.

2 De este poeta son los cuatro epitáfios de la reina Costanza, que van en las *Ilustraciones*, bajo el número XXIX de la I.<sup>a</sup>: don Rafael Floranes en unos *Apuntamientos Ms. sobre la poesia vulgar* indica que Alon Gramático fué obispo de Astorga de 1121 á 1132, y Florez dá en efecto noticia en dichos años de un prelado de aquella diócesis, con el nombre de *Alon (España Sagrada*, tomo XVI, pág. 198).

3 Villanueva cita una escritura otorgada en 1088, donde aparece el nombre de Arnaldo en esta forma (tomo XIII, pág. 115):

Scripsit Arnaldus, componere carmina doctus.

4 Véase el epitáfio de Estevan, abad del monasterio de Santiago de Peñalva, *Ilustraciones*, núm. XXII de la I.<sup>a</sup>.

aunque reducidas al círculo en que el arte se agitaba, muestran de una manera clara y positiva, en el largo espacio que abrazan, el itinerario de las formas poéticas y el completo desarrollo de las rimas, cuyos orígenes respecto de las modernas literaturas han llenado los discretos de sombras y misterios <sup>1</sup>.

Pero si estos y los demás monumentos de igual naturaleza son de mucho efecto para completar en cierto sentido la historia de la poesía latino-erudita, contribuyendo poderosamente á esclarecer la civil, política y eclesiástica, no de menor interés nos parecen respecto de la poesía vulgar, cuyo desenvolvimiento fomentan, bien que de una manera indirecta. Eran los epitafios en algun modo la consagración dada por la Iglesia ya al valor de generosos caudillos, que ofrendaban sus vidas en aras de la patria, ya á la virtud y ciencia de egregios prelados y humildes ascetas, ya finalmente á la munificencia y magnánimidad de los reyes: expuestos á la contemplación constante de los fieles que al templo concurrían, ofrecíanse á todos como objeto de alta veneración; y avivando en los que aspiraban á cierta cultura el instinto de la imitación, despertado y fomentado sin cesar por los cantos religiosos, contribuían á fijar la idea de las formas, siendo reputados cual perfectos modelos. Fueron por tanto estos breves poemas, verdaderos panegíricos de los varones más señalados por sus virtudes, una vía más por donde llegaron á ser familiares á la muchedumbre las desfiguradas reliquias del arte antiguo, cumpliéndose en tal concepto y aun á pesar de la repugnancia ó indiferencia del clero, aquella ley providencial que le había conducido siempre á generalizar y hacer populares todas sus conquistas.

Ni dejaron tampoco de trascender á los vulgares las formas poéticas de la literatura latino-eclesiástica por medio de otros elementos de cultura, que como las inscripciones, los cantos del rezo y los epitafios, debían ministrarles no estéril enseñanza. Tal sucedió en efecto con los proloquios, adagios, refranes, palabras ó retraeres (que de todas artes eran apellidados), maduro fruto de la experiencia y primera fórmula de la filosofía de todos los pueblos. Expresadas estas máximas, ora relativas á la religión y á la

<sup>1</sup> Remitimos á nuestros lectores á las *Ilustraciones* I.<sup>a</sup> y III.<sup>a</sup>

moral, ora á la política y á la guerra, y ora en fin á las ciencias y á las letras en la lengua y metrificación empleadas por los doctos; repetidas frecuentemente por estos, y aprendidas sin esfuerzo alguno por la muchedumbre, natural era que diesen crecido aumento al caudal de las formas, de que iba á disponer la poesía popular, vertidas al cabo á las lenguas romances en igual linaje de metros <sup>1</sup>.

Con semejantes y análogos tributos contribuía pues el clero á la exornación exterior de aquel arte, cuyo nacimiento era debido al gran cúmulo de circunstancias que iban imprimiendo determinados caracteres á la civilización española en cada una de las comarcas, en que se hallaba dividido el cristianismo. Mas no porque la literatura latino-eclesiástica le prestara sus armas, renunciaba esta á su propia vitalidad, reconcentrándose por el contrario y robusteciéndose con el estudio de los poetas, historiadores y filósofos del antiguo mundo, cuyas obras eran consideradas como uno de los más preciosos ornamentos de las bibliotecas <sup>2</sup>. Y no recibían menor cultivo las disciplinas liberales, alentadas siempre por el ejemplo de las *Etimologías*, cuya enseñanza, lejos de interrumpirse, habíase fortificado con el trascurso de los tiempos, honradas las escuelas clericales y monacales con la asistencia de prin-

<sup>1</sup> Á esta importantísima parte de los orígenes de la literatura vulgar consagramos exclusivamente la *Ilustración* núm. V.

<sup>2</sup> Era este movimiento tan general en los dominios cristianos, que basta examinar los índices de las bibliotecas de aquella edad que han llegado á nuestros días, para adquirir entero convencimiento. Entre otros muchos citaremos el catálogo de la del monasterio de Ripoll, publicado por Villanueva (tomo IV del *Viaje Literario*, apénd. IV, pág. 216), donde se hallan comprendidas las obras de Virgilio, Juvenal, Plutarco, Macrobio, Boecio y Donato (en varios ejemplares), así como las de Aristóteles, á que parecían servir de complemento las de San Isidoro y del venerable Beda. Las poesías de Arator y Sedulio, cantores cristianos, y los himnos de la iglesia visigoda servían también de enlace al arte que reconocía aquellos orígenes. La iglesia de Rueda poseía del mismo modo numerosos volúmenes de la antigüedad, en que se contaban las obras de Horacio, las comedias de Terencio, comentadas y explicadas, y abundantes fragmentos de los poemas de Homero (Villanueva, tomo XV, pág. 171).

cipes y magnates <sup>1</sup>, y obtenidas por los escolares no pocas prerogativas y privilegios <sup>2</sup>. No podían en verdad ser infecundos estos esfuerzos; y aunque sin discernimiento, ni crítica bastante para saborear las bellezas que aquellos autores atesoraban, procuró revestirse de sus galas la poesía erudita, alejándose más y más de los cantos vulgares, que encaminados á distinta meta, parecían preludiar en sus rudas y desusadas armonías un porvenir espléndido y majestuoso. Mas sólo alcanzaron los doctos á consignar en sus obras, con el amor que profesaban á las del arte greco-latino, su impotencia para imitarlas, si bien, fijando su vista en la juventud, que se dedicaba á las letras, atendieron con todo empeño

1 El Silense escribía, tratando de Bermudo el diácono: «*Is ab ipsis puerilibus annis iussione Patris litterarum studiis traditus, ubi adoluit, potius caeleste quam terrenum sibi regnum affectavit*» (núm. XXXII). Y hablando después de Fernando I y de sus hijos, decía: «*Rex vero Fernandus filios suos et filias ita censuit instruere, ut primo liberalibus disciplinis, quibus et ipse studium dederat, erudientur. Deinde ubi aetas patiebatur, more Hispanorum, equos cursare, armis et venationibus filios exercere fecit,*» etc. (núm. LXXXI). Y de que proseguían siendo las escuelas monacales centros de pública enseñanza, nos dá inequívoco testimonio el privilegio otorgado por Alfonso V en la Era 1045 (año 1007) al monasterio de San Pedro de Rocas (Galicia), confirmando otros de Alfonso III, en que hablando de un incendio, acaecido en dicho monasterio, leemos: «*Per negligentiam puerorum qui ibi in schola adhuc degentes litteras legebant, domus ipsa [Sancti Petri de Rocas] ab igne de nocte est succensa.*»

Más adelante veremos cómo aquella respetable inclinación de los príncipes al estudio, se regulariza y extiende á los próceres y caballeros, desmintiendo la vulgarísima creencia de que se opusieron ó fueron indiferentes en la Península Ibérica al cultivo de las letras.

2 Tenemos la comprobación de este aserto en los fueros y cartas pueblas: en el fuero de Carcastillo (Navarra), dado por Alfonso el Batallador en 1129, se lee por ejemplo: «*Escolano non prengat posada abirto en casa de cavallero: in casa de pedon III noctes.*» En el de Uclés, más conocido, se dice: «*Posadas non prenda scolano á forcia in casa de clerigo nin de cauallero.*» Fué otorgado por el maestro de Santiago don Pedro Fernandez en 1195. De estos datos, que pudieran multiplicarse fácilmente, se deduce que, así en Castilla como en Navarra y aun Aragón, gozaban los escolares de ciertos privilegios, siendo en verdad sensible que no se hayan publicado ó acaso transmitido á nuestros días las cartas, cédulas ó fueros en que más ampliamente se consignaban.

á cimentar en ella el mismo respeto. Tienen estos asertos confirmacion, entre otros documentos de aquella edad, en cierta nera de himno, cantado sin duda por los mismos escolares, y caminado á despertar en ellos el amor de ciencias y letras. peregrina cancion, intitulada *Ad pueros*, y no conocida tod en la república literaria, comienza de este modo:

Fistula, pange melos puero, meditante camena;  
Regia Pipino, fistula, pange melos.  
Optime carpe, puer, salicis de frondibus ubas:  
Celica dona libens optime carpe, puer.

Y repitiendo á cada verso esta especie de bordon, dice al blar de las letras:

Pervigil oro legas cecinit quod Musa Maronis:  
Quaeque Sophia docet optime carpe, puer.  
15 Cerne libens sonipedes, volucresque, canesque, ferasque:  
Celica dona libens, optime carpe, puer.  
Neglige ne iuvenis relegas pia facta Catonis:  
Quaeque Sophia docet optime disce, puer <sup>1</sup>.

Al exponerse estos celebrados nombres á la admiracion de juventud, aludiendo indudablemente á la obra inmortal de *Geórgicas* y al libro de preceptos morales, conocido en toda edad media con el título de *Disticha Catonis* <sup>2</sup>, no-se olvida los estudios sagrados, observándose:

Omnia disce, canens, cecinit quod carmine psalmum:

1 Esta cancion, que reproducimos por completo en las *Ilustraciones* encuentra en uno de los códices, recogidos por la Real Academia de la Historia en los últimos años, perteneciente al monasterio de San Millán de la Cilla. Está escrito todo él de letra isidoriana en el siglo XI, y contiene un verso *Vocabulario latino*, con varias piezas misceláneas. La cancion, cuyo facsile acompañamos, se halla asimismo escrita en letra isidoriana; y de tinta negra, bien que en el mismo carácter, tiene al final la Era ICLX, que equivale al año 1122. Téngase presente este hecho para en adelante.

2 En la Biblioteca Toledana se custodia un excelente códice del siglo XI, que contiene entre otras muchas obras, debidas á los poetas religiosos de los siglos IV, V y VI de la Era cristiana, y aun de tiempos más rec

Quaeque Sophia docet, optime carpe, puer.

Pueden añadirse á estos plausibles esfuerzos, desde mediados del siglo XI, en que el referido himno se escribía, otros ensayos que encaminaban y presentan la imitacion con un fin verdaderamente didáctico. Entre varios egemplos que pudiéramos traer, bastará sin duda el poema *De Musica*, escrito por Oliva, monje del monasterio de Ripoll, coetáneo del obispo del mismo nombre <sup>1</sup>: proponíase este por modelo el apreciable tratado de Boecio sobre la indicada arte, exornado ya por él con cierta manera de prólogo á suplicacion de otro monje, llamado Pedro <sup>2</sup>; y

Rimans cum studio quid musicet eufona Clio,

segun dice del prelado su homónimo, atendia á explicar las principales reglas de dicho arte, poniendo de relieve el afan que le animaba por hermanar los acordes y melodias de la música con las inspiraciones de la poesia. Pero á pesar de todas estas manifestaciones, que así fijaban el derrotero de la inteligencia, no fué posible á los eruditos libertarse de los vicios, en que el arte habia caido: con la hinchazon y oscuridad hiperbólica del estilo y lenguaje (defecto característico de los ingenios españoles, conforme dejamos repetidas veces insinuado), trasmitíase á esta edad y pro-

tes, los celebrados *Disticos de Caton*, que empiezan de este modo: *Marci Catonis ad filium*:

Si Deus est animus nobis, ut carmina dicunt,  
Hic tibi praecipue sit pura mente colendus, etc.

Los disticos (que sólo conservaban el nombre de Caton) se imprimieron desde mediados del siglo XV, repitiéndose las ediciones en 1475, 1498, 1538, habiendo gozado antes y despues singular aplauso de los doctos. En los capitulos, acordados para el régimen de los estudios de la Universidad de Valencia [1442] se leia, hablando de los gramaticales: «Item, post construat [magister] illis [scholaribus] aliquem librum poetalem, ut *Catonem*,» etc. Y el docto Luis Vives recomendaba su lectura en el siglo XVI, diciendo, al tratar de los autores que debian consultarse: «Simul cum his discis Cathonis disticha» (Epist. *De ratione studiorum*).

<sup>1</sup> Villanueva, *Viaje Literario*, tomo VIII, pág. 53 y sigs.

<sup>2</sup> Así se expresa el mismo Oliva:

Iam nunc, Petre, tibi placeant versus monicordii,  
Quos prece multimoda monachus fecit Oliva.

pagábase á las siguientes el vano y pueril aparato de los *cos*, *laberintos*, *logogrifos* y otros despreciables juguetes, sólo para señalar el extravío de la razón y la maleable co del gusto; é inveteradas ya estas dolencias en la literatur siástica, conservó con grande empeño y teson semejantes rias, aun á riesgo de oscurecer sus verdaderas conquistas

Y no fueron por cierto insignificantes las que á principi siglo XII hacia en otro terreno, no fecundado todavía en la civilización española: distinguidos ya desde el siglo ante descendientes de Judáh en el cultivo de las ciencias y de tras <sup>2</sup>, comenzaban á ser honrados por los reyes cristianos llos rabinos que abjurando los errores del judaismo, abraz verdad evangélica. Seguía en 1106 este noble impulso Moséh, uno de los más sábios varones de toda España, qu drinado, al recibir las aguas de vida, por don Alfonso el El dor, y admitido al gremio de los fieles el día de San Pedro Pablo, tomaba el nombre de Pero Alfonso <sup>3</sup>. Probado su c

1 Véanse el núm. IV de la *Ilustración* I.<sup>a</sup> y su correspondiente n los Mss. coetáneos y aun posteriores á esta edad abundan á tal pun juegos, ya en los principios de tratados, ya de capítulos, que caracte parte las producciones de la literatura latino-eclesiástica, la cual los h mitido desde los primeros tiempos del cristianismo. Los *acrósticos* fu embargo de alguna utilidad, por conservar los nombres de los autori trasladadores, con otras circunstancias históricas, segun vemos por e en los versos de Vigila y Sarracino, publicados en el tomo XXXIII d *paña Sagrada*.

2 *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de Espa* sayo II, cap. I.

3 Hay dudas sobre si fué Pero Alfonso aragonés ó castellano. Perez de Guzman, que le cita con mucho elogio en sus *Claros Varones* 405 y nota á la misma) decia así en su *Mar de Historias*: «Fué en est »po Pero Alfonso, que primero fué judío é llamado Moysés, natural »tilla, é dejó el judaismo é convirtióse á la fee de Jesu-cristo» (Ca fól. 46).—El señor de Batres añade, traduciendo las palabras del mis onso, que fué bautizado por el obispo Estevan en la ciudad de Osma dice por el contrario que lo fué en la de Huesca (Anal. lib. I, cap. 31 diversidad de pareceres ha sido tambien causa de que unos crean q Alfonso VI el padrino de pila de Rabbí Moséh, mientras otros afirm ejerció este ministerio Alfonso, el Batallador. La solución no es tan fác

tólico en los celebrados *Diálogos* contra los errores de hebreos y sarracenos <sup>1</sup>, y acepto ya á los ojos de los cristianos, procuraba el antiguo rabbi acaudalar la literatura latino-eclesiástica con los tesoros recogidos durante su juventud en el campo de las letras orientales, poniendo al propio tiempo en contribucion las obras de los filósofos para perfeccionar la educacion de los doctos <sup>2</sup>. Dos libros producía este empeño de Pero Alfonso: designaba el primero con el título *De Scientia et philosophia*, y daba al segundo el de *Disciplina Clericalis*, encargando á los que aspiraban al renombre de entendidos su asidua é inteligente lectura <sup>3</sup>. Era el libro *De Scientia et philosophia* meramente especulativo, tratándose en él todas las cuestiones metafísicas bajo el punto de vista católico, lo cual daba sin duda origen á otro tratado, escrito por Rabbi Jehudah ha Levi ben Saul con el título de *Sepher ha-Cuza-ri* [ספר הכוזרי], encaminado á contrastar por medio de la doctrina rabínica el éxito alcanzado por la obra de Alfonso <sup>4</sup>. Análogo obje-

se ha supuesto, fiándola principalmente en el título de *Emperador* que ambos Alfonsos llevaron; pero si se atiende á que en 1106 lo usaba únicamente el rey de Castilla, como prueban los cronistas coetáneos y hemos consignado repetidamente, no se tendrá por aventurada la afirmacion de Perez de Guzman, ni por erróneas las opiniones que en la misma se fundan. Por lo demás, aunque la cuestion pudiera apurarse, no es tan importante que le hayamos de dar extension desproporcionada.

<sup>1</sup> *Dialogi lectu dignissimi, in quibus impiae iudeorum opiniones evidenter cum naturalis, tum caelestis philosophiae argumentis confutantur, quaedamque prophetarum abstrusiora loca explicantur* (Bibliot. Pat., tomo XXI, pág. 172 y siguientes). Refutaron este tratado R. ben Jacob ben Reuben en sus *Guerras del Señor* [מלחמות השם], y R. Sem Tob ben Isahak ben Sproh de Tudela en su *Piedra de toque* [אבן בדוק].

<sup>2</sup> Pero Alfonso dice: «Propterea libellum compegi, partim ex proverbiiis philosophorum et suis castigationibus arabicis, et fabulis et versibus, partim ex animalium et volucrum similitudinibus» (Pág. 6 de la edicion de Paris, 1824).

<sup>3</sup> «Subtiliori oculo iterum et iterum relegere moneo» (Id. id.).

<sup>4</sup> El tratado *De Scientia et philosophia* es muy poco conocido de los eruditos, y no se ha dado á luz que nosotros sepamos. Sólo nos ha sido posible examinar la version catalana, hecha sin duda en el siglo XIII, que se conserva con la de la *Disciplina clericalis*, entre los numerosos Mss. de la Biblioteca Nacional de esta corte.



to tenía la *Disciplina Clericalis*: mas imitando en ella los antiguos libros de la India, traídos á España por los árabes, y no olvidando la tradición bíblica, tan respetada de los hebreos, presentaba enseñanza de un modo didáctico, explanándola despues y haciéndola sensible con el auxilio de fábulas, cuentos y apólogos. Como en los famosos libros del *Pantcha-Tantra* y de *Sendabad*, rodeábanse todos estos ornatos al tronco y principal asunto de la obra en que siguiendo los *Proverbios de Salomon*, personificaba á un anciano lleno de saber y de experiencia, que aconsejando á su hijo preparábase á evitar cueradamente todos los peligros y asechanzas del mundo. Daba Pero Alfonso á aquel padre el nombre de Balaam, llamado Lucaman en lengua arábiga <sup>1</sup>; y haciéndole desplegar ante el inexperto y sencillo garzon el variado cuadro de la vida humana, exponiéndole la idea de la amistad con sus verdaderos placeres y mentidas promesas; pintábase luego las travesuras y enredos del amor, punto en que exajeraba acaso con licenciosos ejemplos, más propios del genio oriental que de la literatura cristiana, la astucia y suspicaz ingenio de las mujeres; y derramándose despues en meditaciones, máximas y sentencias morales sobre la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, llamábase por último á la contemplacion de la eterna bienandanza, amonestándole que no olvidara las cosas del cielo por las transitorias y deleznales de la tierra.

Tal es la estructura y no otro el espíritu de la *Disciplina Clericalis*, libro que trayendo por vez primera la forma simbólica oriental á la literatura latino-eclesiástica, hubo menester hacer cristiano para lograr algun éxito entre los eruditos (clérigos), quienes principalmente se dirigia <sup>2</sup>. Escrito con este propósito, decae frecuentemente su estilo y se hace por demás llano su lenguaje, abundando en todos los vicios característicos de aquellos dias, muéstrase á menudo enriquecido con verdaderas joyas poéticas, y dotado de cierto movimiento y nervio que descubren

<sup>1</sup> «Balaam, qui in lingua arabica vocatur Lucaman». Adviértase que el Lockman, á quien en su dia mencionaremos con mayor espacio.

<sup>2</sup> Huic libello nomen iniunges et est ex re, id est. *Clericalis Disciplina*. Reddit enim clericum disciplinatum (pág. 6).

su autor no comunes virtudes <sup>1</sup>. Fué por tanto la obra de Pero Alfonso en la historia del arte una verdadera aparicion, que re- cabándole la estima y el respeto de los hombres ilustrados, debía asegurarle distinguido lugar no solamente en el suelo de España, sino tambien en las naciones extranjeras <sup>2</sup>. Reducida no obstante su influencia en los momentos en que se dió á luz, al círculo es-

<sup>1</sup> Per Alfonso se distinguió tambien como poeta latino. En el capítulo ó fábula XXXIII, última de la *Disciplina Clericalis*, se halla el epitáfio si- guiente, muy superior por cierto á la mayor parte de las poesías del siglo XII:

Tu prope qui transis, nec dicis aveto, resiste;  
Auribus in cordis haec mea nerva tene:  
Sum quod eris, quod es ipse fui, derisor amare  
Mortis dum licuit, pace iuvante frui.  
Sed veniente nece, postquam sum raptus amicis  
Atque meis famulis orba parente domus,  
Me contexit humo deploravitque iacentem,  
Inque meos cineres ultima dona dedit,  
Inde mei vultus corrodit terra nitorem,  
Quaeque fuit formae gloria magna, cadit;  
Neque fuisse virum nequeas agnoscere, si iam  
Ad visum fuero forte reiectus humo.  
Ergo Deum pro me cum pura mente precare,  
Quatinus aeterna det mihi pace frui,  
Et quicumque rogat pro me, comportet id animum,  
Ut mecum maneat in regione poli.

(Ed. de Paris, 1824, págs. 196 y 198.)

<sup>2</sup> Solamente en lengua francesa conocemos tres versiones de la *Disciplina Clericalis*: dos en verso y una en prosa. Data esta del siglo XV, siendo atribuida por Mr. Meon á Jean Miellot: las poéticas fueron publicadas, una en 1760 por el erudito Barbazan, reimprimiéndose en 1808 con notables adicio- nes: otra en 1824 por la Sociedad Bibliográfica francesa, con el original lati- no (tomo II). En la primera no consta el nombre del autor; pero sí en la se- gunda repetidas veces, leyéndose por último:

Pierres Anfors qui fist le livre  
Mostra qu'il deveit escrire.

(Pág. 5.)

Barbazan halló el Ms. de que se vale, en la abadia de San German. Citaron y aplaudieron desde los siglos medios este peregrino libro de Per Alfonso muy doctos extranjeros, entre los cuales es digno de mencionarse Vicente Beau- vais, quien en su *Speculum historiale* copió diversos pasajes de la *Disciplina* (pág. 119 á 139); y celebráronla asimismo otros más modernos, tales como Bartoluccio, Wolfio é Hyde en sus *Bibliotecas*, y Tritemio en su libro *De scriptoribus ecclesiasticis*.

trecho de los eruditos, pasó todo el siglo XII, sin que fructificara aquella semilla, destinada á florecer más tarde en el campo de las literaturas vulgares, segundado ya el feliz ensayo del sábio rabi-no por otros no menos meritorios y fecundos. Preciosas son la mayor parte de las fábulas y apólogos que exornan la *Disciplina Clericalis*, formando peregrino tejido con las máximas, proverbios y sentencias, que constituyen el fondo de la doctrina; pero no teniendo la forma simbólica su natural desarrollo en la época de que vamos tratando, parécenos oportuno dejar para aquel instante la exposicion y juicio de las diversas trasformaciones que experimenta hasta tomar plaza en la historia de las letras vulgares. Quede sin embargo asentado que es Pero Alfonso el primer escritor hasta hoy conocido, que intenta dotarlas del elemento oriental, independiente de los libros bíblicos, y que es su *Disciplina Clericalis* la primera obra que le abre camino para penetrar en las literaturas modernas, refrescando, digámoslo así, la ya vieja sávia de los estudios eclesiásticos.

Con propósito muy semejante, bien que adoptando distinta forma literaria, se escribía, al mediar del referido siglo XII, un interesante tratado con el título *Consolatione Rationis*, en que recordando sin duda el libro *De Synonimis*, debido á San Isidoro, segulanse con mayor exactitud las huellas de Boecio, repetidas veces imitado por los eruditos. Era autor de esta obra, compuesta de dos diferentes libros en que alternan verso y prosa, Pedro Compostelano, quien dedicándola á Berenguer, arzobispo de Santiago <sup>1</sup>, intitulábase en ella maestro, y declaraba que se habia consagrado desde sus tiernos años [a teneris annis] al estudio de la

<sup>1</sup> Berenguer, obispo de Salamanca desde 1137, subió á la metrópoli de Compostela algunos años adelante, elegido «ab omni clero, ab omni populo» y gobernó aquella iglesia durante el reinado del Emperador Alfonso VII. En la Era 1200 (año 1162) habia ya fallecido su sucesor don Pedro Elias (Dávila, *Teatro ecles.*, tomo I, pág. 50): por manera que dado que este prelado ocupara la silla sólo cinco años, podria fijarse la muerte de Berenguer en el de 1157, con lo cual no salía del reinado de Alfonso. Si esta deducción parece fundada, no admitiria ya duda que el libro de *Consolatione Rationis* fue escrito de 1140 á 1157, confirmandose así la indicacion que en el texto hacemos á este propósito.

ramática, la lógica y la retórica <sup>1</sup>. Como Boecio y San Isidoro, supone Pedro que se le aparecen en sueños, bajo la forma de hermosas jóvenes, el *Mundo* y la *Naturaleza*, invitándole la segunda á los goces y placeres, con que brinda al hombre el primero, y pintándole la grandeza de los elementos, la variedad casi infinita de los animales y yerbas que produce y nutre la tierra, y aun menos maravillosa multitud de aves que surcan el espacio. No terminada esta poética enumeración, en que se reconoce ya, así como en los libros de Pero Alfonso, cierto influjo de la filosofía árabe <sup>2</sup>, introdúcese en la escena la *Razon*, virgen mucho

<sup>1</sup> El códice original, lleva en la Biblioteca del Escorial la marca R. ij.—14, contiene, demás de este peregrino tratado; 1.º *In Moysen V libri Beati Isidori Ispalensi* (incompleto); 2.º varios capítulos del libro *Ihesu Nave* (al folio 25 v.); 3.º varios fragmentos de tratados teológicos, como *De abhominanda superbia*; *De tristi memoria dampnatorum*, *De divino iudicio*, etc. (al fol. 30 y 33 v.); 4.º otros fragmentos de análogas materias (al fol. 72 v.); 5.º *Liber redicandi arte magistri Alani*; 6.º un sermonario. Todos estos opúsculos están escritos de letra de los siglos XI y XII. Los libros de Pedro Compostelano comienzan al fol. 34 v., extendiéndose hasta el 54: la letra no es ya isidoriana, y nuestro concepto pertenece á la segunda mitad del siglo XII ó principios del III, si bien aparecen retocados algunos pasajes, en especial los versos, durante el siglo XIV, lo cual ha dado motivo al error de Perez Bayer, adoptado por Rodriguez de Castro, suponiendo que se escribió en dicha época. Tienen siguiente encabezamiento: «Incipit [liber] Magistri Petri Compostelani in honorem domini Archiepiscopi Compostelani»:

Compostelle, presul belle, uideris honestum.  
Berengarii, mente pari, reprobos inhonestum.  
Nobilis es, bene diuidis, es probus ex probitate.  
Nomen habes, uitiorum labes fit procul a te, etc.

Las composiciones poéticas que el tratado *De Consolatione* encierra, son en número de diez y nueve, en la forma y con los títulos siguientes: 1.º *Retiratio mundi* (34 versos); 2.º *Caro* (28 vs.); 3.º *Grammatica, Logica et Rethorica* (4 vs.); 4.º *Aritmetica, Musica et Geometria* (98 vs.); 5.º *Plantus Rationis* (0 vs.); 6.º *Ratio* (24 vs.); 7.º *Luxuria, Temperantia, Avaritia, et Gula* (48 vs.); 8.º *Ratio* (34 vs.); 9.º *Plantus carnis* (34 vs.); 10.º *Conversio carnis* (52 vs.); 11.º *Plantus Mundi* (47 vs.); 12.º *Ratio* (36 vs.); 13.º *Laus Dei* (28 vs.); 14.º *Laus Rationis* (36 vs.); 15.º *Conditio Paradisi* (44 vs.); 16.º *Laus virginis* (38 vs.); 17.º *Modus Conceptionis* (38 vs.); 18.º *Conditio naturae humanae* (40 vs.); 19.º *Conditio inferni* (40 vs.).

<sup>2</sup> Véase la nota 2 de la pág. 356 del tomo I, en que examinando el *trivium*

más bella y modesta, que mirando con torvo ceño [torve] á las dos anteriores, las apostrofa duramente, apellidándolas meretrices de cabaña, artífices de adulacion, alfareros de falsedad y cazadores de corazones sencillos, que con la melodía de las sirenas arrastraban á la ruina de la muerte. Dirigiéndose despues al mismo autor, aféale el que haya dado oídos á sus mentidos halagos, y recordándole las enseñanzas de las siete artes liberales, que son personificadas en otras tantas vírgenes <sup>1</sup>, recomiéndale como único principio y norte de la felicidad humana, el culto de las virtudes teologales y cardinales, dándoles tambien la figura de hermosísimas y castas doncellas. Duélese Pedro de que se le obligue á abandonar absolutamente al *Mundo* y á la *Naturaleza*, cuyos deleites eran gratos á todo hombre; y manifestándole la *Razon* que era esta felicidad semejante á la belleza de los sepulcros blanqueados, exclama al fin de este modo:

O iuvenis, captusque catenis carnis obesae  
Te laesae ¿cor habes?... Tabes scis quod morieris?  
Et Superis cariturus eris, si verba Puellae  
Bellae corde tuo fatuo sectaveris... Illa

y el *quadriuvio*, tales como los considera San Isidoro, manifestamos las diferencias que existían entre las artes liberales cultivadas por los cristianos y las disciplinas que admitían los árabes, segun el mismo Pero Alfonso. Las observaciones expuestas, al indicar en el presente capítulo el carácter supersticioso que habían tomado en Córdoba los expresados estudios, conforme á las declaraciones de Virgilio (pág. 195 nota 1), nos advierten no obstante que no podían los escritores cristianos, sin exponerse á las censuras justísimas de la Iglesia, aceptar de lleno las artes profesadas por los mahometanos, ni aun recibir sin reserva los *Comentarios* de Averroes, que floreció ya el siglo XII. Sobre este punto tendremos ocasion de llamar repetidamente la atencion de los lectores en todo el proceso de la *Historia crítica*.

1 Debe notarse aquí que en vez de la *Astronomía* tenia ya lugar en el *cuadrivio* la *Astrología*, lo cual prueba la influencia que las preocupaciones orientales iban alcanzando en la sociedad cristiana y principalmente en la que se preciaban de doctos. Véase sobre esta materia lo que dijimos en el capítulo VIII, págs. 358 y 360. Sin embargo, todavía no se habían admitido ni llegan tampoco á admitirse en las escuelas clericales las ciencias que segun el testimonio, no sospechoso y ya arriba alegado, de Virgilio Cordobés, se enseñaban en Córdoba.

*Stilla manu, quamvis pravis blanditur ocellis,  
Cum mellis calice, inversa vico, dando venenum,  
Sirenum modulis rapiens, capiens cor, etc.*

Árvese de paso la especial y complicadísima disposición de nas. La *Razon* prosigue dando al autor saludables avisos; despertándose de repente la *Carne* y con ella la *Lujuria*, la *Gula* y los demás vicios que pervierten la humanidad, van vencer en cruda contienda á las virtudes, apareciendo arbitra la misma *Razon*, que sin abandonar un punto á Pele alienta y conforta, inclinándole á la contemplación de las celestiales. La descripción de los goces del paraíso, en queuerdan algunos felices rasgos de Draconcio<sup>1</sup>, y la pintura de actitud de los santos, las alabanzas de Dios y de su Madre y explicación de los principales misterios del cristianismo, ocupan pequeña parte de la obra en que, tratando la *Razon* las más cuestiones filosóficas y teológicas, tales como las del libre albedrío, la santidad; el pecado original, la concepción de la Virginitaria y la unión hipostática, produce y labra entera conciencia en el ánimo del hombre, que desligado así del amor terrenal sólo cura ya de la felicidad eterna.

En esta breve exposición del argumento se comprenderá cómo el Compostelano justificó el título de su obra y hasta qué modo imitó el tratado de San Isidoro, que dejamos oportunamente analizado<sup>2</sup>. Los medios empleados en el *De Consolatione Ratio-*son no obstante más amplios, haciéndose gala de una erudi-

Para prueba de esta observación, notaremos que después de dar á conocer la pureza del paraíso, asegurando que:

*Non Venus incedit, non membra libidine nota  
Luxuriantur; ei munda manent dulcedine feta,*

*Non ibi terrarum motus, non imber abundat.  
Sed requies perfecta diem, pax vera redundat.*

*Est ibi splendor, sed non materialis;*

*Sed lux et lumen, Deus est lux spiritualis:*

*Non lux ista capit occasum, nebula nulla*

*Nescit, et eclipsois vestigia non timet ulla.*

(Fól. 49 v.)

Cap. X.

ción que presupone largos estudios y aspirándose igualmente al lauro de teólogo, filósofo y poeta. Al considerarle bajo este último punto de vista, observa el único escritor que ha examinado antes de ahora tan singular monumento, no dado todavía á la estampa, que era digno de lástima el que apareciesen envueltos los versos, que exornan ambos libros, en el pueril y embarazoso género de rimas que dejamos subrayadas; pero sobre ser estas un ornato característico de la poesía latina en la época en que escribe Pedro Compostelano, señalan el desarrollo que habia tenido el arte métrica en manos de los eruditos, y por aumentar notablemente las dificultades de la expresión, hacen más estimables los aciertos de su musa.—Entre otros muchos pasajes que pudieran citarse, creemos suficiente para ilustración de estos asertos, el en que explica la concepción de la Virgen. Dice así:

Ut propriis solis radiis lux vitra subintrat,  
 Sic uterum Rector Superum mox Virginis intrat;  
 Ut dominus clausis foribus loca discipularum  
 Ingreditur, sic Rex oritur de Matre bonorum.  
 Ut rubus ardens, non tamen uritur igne,  
 Sic igitur Christus oritur de Virgine digne.  
 Arca Dei similis fit ei, dum manna tenebat,  
 Et tabulas pro lege datas, virgamque ferebat:  
 Virgo parens, sed peste carens, fit filia tandem;  
 Sic Deitas, sed levitas habitavit eandem.

Debe por último notarse que en esta manera de libro ó poemá didascálico, consagrado principalmente al esclarecimiento del dogma católico, se hace frecuente uso de los nombres mitológicos, no sin que se mencionen y celebren las doctrinas de los filósofos de la antigüedad, cuyas obras eran tenidas en grande estima por los cristianos <sup>1</sup>. Prueba es esta clara y terminante

<sup>1</sup> Tal sucede con las de Aristóteles: las alusiones mitológicas se hallan desde los primeros versos. Así principia el primer libro:

Cum vitio nuper proprio caro victa pararet  
 Iratum, nec mente ratum, cor ad ima moraret.  
 Et levitas in mente situs excedere metas  
 Auderet, nec res sinceret reprehendere cretas.

el largo trascurso de doce siglos los caracteres fundamentales del ingenio ibero, tan grata como difícil tarea. Mas séanos antes permitido abrazar de una sola mirada el extenso cuadro que demos bosquejado, á fin de obtener por completo el legítimo fruto de nuestras largas vigili as, probando así con cuánta razón, obediendo al pensamiento trascendental de reconocer bajo todas las fases al ingenio español, uno, íntegro é idéntico desde que dá las primeras señales de existencia hasta nuestros días, hemos asado á bosquejar toda su historia, para corresponder dignamente á las exigencias de la filosofía y de la crítica.

---



nándose, aunque por distinto cauce, á fecundar las dilatadas marcas, donde arraiga y florece el árbol corpulento y frondoso á cuya sombra majestuosa debían cobijarse el rey Conquistador, el rey Sábio, Ausias March y Juan de Mena, Lope de Vega y Cervantes. Varia, complicada y no fácil de trazar, pero interesante por extremo es la historia de las diferentes edades y transformaciones sucesivas, que en ellas experimenta la literatura nacional, destinada por la Providencia á enriquecerse con el concurso y múltiple tributo de otras literaturas desde el momento que, dotada de vida propia, aspira á representar dignamente todos los intereses y todas las aspiraciones de la nación española. Dispongámonos pues á emprender, echando cimiento al indestructible edificio de nuestra cultura, y rec

casio, primer abad de dicha casa. Guárdase este raro monumento en la Academia de la Historia entre otros códices, traídos de Benevívere de principio, tratándose en el cuerpo del poema de las virtudes de don Diego, su valia, su poder, y su piedad; y narrándose la fundación, dotación y confirmación apostólica, amonéstase por último á seguir la santa vida, dándose noticia de la cristiana muerte de don Diego, y de la visión que hace Alfonso VIII del monasterio y de la visita, con que el monarca favorece. Termina así:

Permaneat sancti, qui loca sancta colunt.  
Quam meruit terris Didaco sit gloria cultis;  
Cum Xpo. vivat, cui pia vita fuit—Explicit.

También merece especial recuerdo la *Relación* de los desórdenes cometidos por los monjes en el monasterio de Serrateix en 1251, inserta por primera vez en el tomo VIII de su *Viaje*, pág. 274, ap. XXIX. Es notable que en el *Poema de Benevívere* apenas se hace uso de las rimas, se emplean los versos llamados leoninos, tales como en la mayor parte de las poesías del siglo XII se encuentran. Pero estas obras no salían ya del círculo de los clérigos, siendo muy escasa su influencia en el movimiento general de las letras, si bien no deja de reflejarse, como en su lugar notaremos, en las obras populares. Oportuno juzgamos manifestar finalmente que los poetas cultivaron por estos tiempos cierto género de poesía satírica, la que contribuyó en algún modo al desarrollo de los *cantares y dictados* de los reyes y de los *rimos de deshonra*, de que en siglos posteriores hacen tradición las crónicas y aun los monumentos poéticos. Véase con este propósito la *Introducción* I.<sup>a</sup>, núm. XXV de sus documentos literarios.

•

© 2004 Blackwell Publishing Ltd *Journal of Internal Medicine* 255: 111–117

•



## CAPITULO XV.

### CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA MANIFESTACION LATINA.

---

#### APARICION DE LA LITERATURA VULGAR.

---

Rápida ojeada sobre la literatura hispano-latina.—Principales caracteres del ingenio español en todas sus edades.—Aparicion del elemento hebreico-oriental.—Su introduccion en la elocuencia y poesia cristiana.—Reflejo en la hispano-latina.—Varia suerte de las letras despues de la invasion sarracena.—Contribuyen algunos varones respetables á su restauracion en Italia y Francia.—Acuden á nuestras antiguas escuelas doctos extranjeros.—Efectos de este comercio literario.—Restablecimiento de las disciplinas clericales y de la nocion aristotélica.—Antagonismo entre la civilizacion y poesia arábica y la española.—Desarrollo de la poesia latino-elesiástica en todas sus fases.—Aspiran las hablas vulgares al dominio de la poesia popular.—Redúcese el latin á la categoria de lengua muerta.—Espontaneidad de los cantos populares.—Errores de los críticos sobre este punto.—Influencia arábica é influencia franco-provenzal: verdadera época en que una y otra pueden insinuarse.—Progresos de las poesias populares hasta ser escritas.—Su divorcio con la latino-elesiástica.—Su propension á representar nuestra nacionalidad literaria.—Unidad del ingenio español en sus diferentes manifestaciones.

Llevamos recorrido el dilatado espacio de doce siglos, periodo en que hemos visto consumarse las más grandes revoluciones políticas y sociales, percibiendo en medio de tan memorables trastornos los peregrinos ecos de la musa española, que ya lamenta la

pérdida de la libertad y ruina del mundo antiguo, ya solemniza el triunfo del cristianismo, santificando el valor y la sublime eza de los mártires; ora defiende la integridad y pureza del d contra los embates de la herejía; ora limpia y purifica de contagio de gentilidad las costumbres públicas y privadas, tando el entusiasmo religioso bajo las bóvedas del templo; en fin reanima y fortifica el espíritu de independencia, fund en uno los dos grandes sentimientos que servían de base regeneración total de la nación española. Abrazando ese la difícil período la historia de una sola lengua escrita, compr sin embargo, la de dos diferentes literaturas. La literatura g lica (clásica) y la literatura cristiana (romántica) tienen por co medio de expresión en el suelo de la Península Ibérica la gua del Lacio, que perdiendo sucesivamente su magnífico esplendor en medio de la oscuridad de los siglos, no pue sostener su imperio sobre la muchedumbre, reducida al ca dominio de la Iglesia y siendo exclusivo patrimonio de los de Este momento solemne, en que, amasados con sus ricos desq aparecen los idiomas vulgares para disputar á la lengua lati antigua supremacía, interpretando con mayor ingenuidad l gozgos y dolores, los deseos y esperanzas de grandes y p ños<sup>1</sup>, es indudablemente de suma importancia en la histor arte moderno, porque dándonos el primer testimonio de su tenencia, nos advierte al par que ha dejado de ser popular e bía de Cicerón y de Virgilio, para merecer el significativo de lengua muerta.

Mas si domina, mientras vive, en ambas literaturas, men la omnipotencia de la República y del Imperio romano y veneran las tradiciones del cristianismo, no se olvida que la toria de la literatura latina, propiamente hablando, no fu pudo ser completa en las Españas, bien que no por esto hub de aparecer menos sensibles las consecuencias que en ellas

<sup>1</sup> Véanse las *Ilustraciones* tomo III, donde, según dejamos adve porar a toda la extensión que realmente cabe a la investigación de origen y formación de las lenguas romances, cuya aparición ha bre se recordado ya en los capítulos precedentes.

jo. Cuando, vencidos en desastrosa y porfiada lucha los antiguos moradores de Iberia, logró atarlos á su coyunda de hierro Senado de Roma, largo era el trecho andado por aquella literatura, que al enriquecerse con los envidiados tesoros del Ática, recibía no pequeña parte de su nativo vigor é independencia. Ninguna muestra de su lozania y frescura habian dado hasta entonces los ingenios españoles en el cultivo de las letras latinas: oprimidos, ahogados bajo el peso de una dominacion militar, cuyos celebrados y virtuosos caudillos hacian alarde de crueldad y ejemplo<sup>1</sup>, faltóles ánimo para protestar siquiera contra las lencías que los aniquilaban; y enojados profundamente contra el nombre romano, negáronse á modular, así sus himnos de victoria como sus cantos de dolor, en aquella lengua que les imponía, con la dureza de las armas, la política del Senado. Reparadas tanto por la mano de los Césares las graves ofensas que exhibaban su espíritu, halagados por los dones de la paz (ya lo hemos visto en lugar oportuno), brotaron por todas partes cultivadores de la poesía y de la elocuencia, y á los toscos y desaliñados versos de Metelo, ludibrio de la culta Roma, vinieron á reemplazarlos en breve generosos cantores, cuyas sublimes y desusadas armonías atraen sobre España, si no el respeto, la estimacion al menos de la Señora de las gentes.

Pero al verificarse este cambio, importantísimo como trascendental en la historia de la civilizacion española, no solamente habia perdido el arte romano la viril energia de sus primitivos himnos guerreros, no solamente se habia confesado mero imitador de las letras helénicas, sino que decaida ya la tribuna, con la destruccion de la República, y abandonada la poesía en brazos de la sátira con la corrupcion de las costumbres, estaba ya herido de muerte<sup>2</sup>. Sólo alcanzaron pues los ingenios españoles á lamentar

<sup>1</sup> Recuérdese cuanto sobre este punto dijimos en el cap. I, y con especialidad desde la pág. 13 en adelante.

<sup>2</sup> Mr. W. F. Hegel, coincidiendo en estas ideas, dice: «El arte clásico termina con la sátira: no pudiendo ya dominar la idea, la combate... La sátira es la forma de transicion, con que dá fin el arte latino» (*Curso de estética*, tomo II).

la postracion moral y política del pueblo, cuya grandeza los admiraba, doliéndose de la esclavitud de aquella literatura, cuyas bellezas saboreaban tal vez demasiado tarde: oradores, aspiraron á dar nueva vida á la tribuna: poetas, pensaron restituir su antiguo vigor al sentimiento de la libertad, enervado por los deleites y embotado por los crímenes <sup>1</sup>: historiadores, procuraron despertar, con las severas y magníficas tradiciones de la República, el amortiguado patriotismo: preceptistas, acudieron á conjurar la ruina del arte, que fiel reflejo de la sociedad, se precipitaba, como ella, en insondable abismo: filósofos, contemplaron, vacilantes entre los caducos sistemas que aceptan y reprueban al par, la horrible ansiedad que devoraba al antiguo mundo, y aspiraron, más generosos que discretos, á concertarlos y hermanarlos, presintiendo acaso la universal trasformacion que habia comenzado á realizar la doctrina del Crucificado.

No otro parecia ser el empeño contraído por los ingenios españoles desde el punto en que Porcio Latron abre en Roma su celebrada escuela de retórica, siendo aclamado cual digno maestro de la juventud dorada, hasta que dadas ya á luz por Quintiliano sus aplaudidas *Instituciones*, ejerce el magisterio en la misma capital Antonio Juliano. Mas así como al arrimar el hombro para sostener el vacilante edificio de la literatura greco-latina, no vieron que, apoyándose principalmente en el sentimiento de su propia nacionalidad, sólo podian contribuir á su más pronto fracaso, tampoco advirtieron que desplomado ya, no habia fuerzas humanas para restituirle su antigua majestad y su pristina belleza. Dióles sin embargo la misma independendencia de su carácter alta significacion en la historia de aquella literatura, que falta de fuerzas para defender sus conquistas, y combatida al propio tiempo por incontrastables elementos, cedió al impulso de su fogosidad, olvidada al estruendo de los aplausos, con que saludaba la capital del mundo los nombres de Porcio Latron y Marco Anneo, Lucio Anneo y Lucano, la gloria de Ciceron y de Virgilio.

De exiguuo valor serian para nosotros semejantes hechos, si al examinar las obras de tan renombrados ingenios, sólo bellezas

1 Téngase presente la causa del súplicio de Séneca y de Lucano.

hubiéramos encontrado en ellas, dejándonos llevar de la corriente de los que canonizan sus extravíos para sacarlos limpios de toda culpa en la decadencia de las letras latinas <sup>1</sup>. Esta manera de juzgar podía únicamente producir lamentables contradicciones, renunciando á los medios de explicar la índole propia de aquella elocuencia y de aquella poesía, destinadas á trasmitir á las generaciones futuras sus peregrinos ecos, por entre las grandes revoluciones y trastornos que estaban amenazando la existencia del antiguo mundo, fin principalísimo de nuestras vigiliás. Porque ni la aspereza y arrebatada facundia de Porcio Latron, ni la fogosa osadía é hiperbólica exuberancia de Lucio Anneo Séneca, ni la pintoresca y encendida grandilocuencia de Lucano eran en ellos prendas absolutamente personales, dando por el contrario inequívoco testimonio de la enérgica nacionalidad española, que sólo había podido manifestar de esta forma su vitalidad y su fuerza en el gran concurso de los pueblos, sujetos por Roma al carro de sus triunfos. Aquellas cualidades intrínsecas, connaturales é inherentes á la vida de la musa ibérica; aquellas dotes especiales que aparecen á la contemplación de la crítica, independientes de toda influencia momentánea; en una palabra, cuanto constituye y dá fisonomía á la originalidad oratoria y poética de los ingenios cordobeses, al ser comparados con los aragoneses y aun con los sevillanos, digno era por cierto de madura consideración, pues que, revelando aquella manera de orientalismo, que había echado raíces en el suelo de la Bética <sup>2</sup>, y sobreviviendo á las transformaciones de la sociedad, debía reproducirse, después de muchos siglos, con igual energía, tanto en los cantores latinos del cristianismo como en los poetas castellanos, constituyendo así la unidad

<sup>1</sup> Tal sucede principalmente con los eruditos Mohedanós y con el diligente abate Lampillas; pero ni la acrimonia de Tiraboschi, á quien el último impugna, ni la insistencia de Mr. Nisard, que sigue, aunque bajo distinto aspecto al historiador italiano, han podido apartarnos de la imparcialidad que nos sirve de norte: *quien todo lo niega* (dice el proverbio), *todo lo concede*, despojándose además de los medios de hallar la verdad, á que debe aspirar toda crítica ilustrada y filosófica.

<sup>2</sup> Véanse el cap. I, pág. 8, y el cap. III, pág. 121 del anterior volumen.



interna del arte español, amplísima é indestructible base de la nacionalidad literaria de la Península Ibérica.

Prueba y justifica la exactitud y oportunidad de estas observaciones, el breve paralelo que en su lugar hicimos, de las principales dotes que resplandecen en tan señalados escritores con las que brillan en el célebre Juan de Mena, preciado ornato de la erudita corte de don Juan II, y en el esclarecido don Luis de Góngora, padre de la escuela culterana <sup>1</sup>; paralelo que tendremos también ocasion de establecer respecto de otros ingenios en el proceso de la historia, y que han podido hacer con poco esfuerzo los lectores, al reconocer la indole y genial fisonomía de los escritores cristianos del Califato.—Y es lo notable que no sólo respecto de los ingenios que nacen en el suelo de Córdoba, llamados á ejercer cierta influencia revolucionaria en la historia de la elocuencia y de la poesía española, existe esa prodigiosa semejanza, cualesquiera que sean el tiempo y las circunstancias que los separen: la comparacion establecida entre Marcial y Lupercio Leonardo de Argensola, Columela y Rioja, Silio Itálico y Pedro de Quirós, presentando á estos cultivadores de la poesía latina y castellana cual celosos partidarios de las tradiciones artísticas, y devotos imitadores de la belleza de las formas clásicas, enseña de una manera clara y distinta que no alcanzan los cambios religiosos, sociales y políticos á borrar los rasgos peculiares que animan en cada comarca de las Españas al ingenio español, cuyas diferentes cualidades constituyen en maravilloso conjunto el gran carácter de nuestra literatura <sup>2</sup>.

Estos lazos secretos, que dan á su historia un fondo de admirable unidad, en medio de la variedad extraordinaria de elementos que van sucesivamente acaudalándola, no se rompen ni debilitan, al dejar de ser la lengua latina intérprete del arte gentilicio, para servir de instrumento á la nueva elocuencia y poesía, que iban á recibir el nombre de *cristianas*. Predicada la doctrina católica en el idioma hablado de uno á otro confin del Imperio, debía ser este el medio más adecuado de que se valieran los Pa-

1 Cap. III, pág. 140 y siguientes.—V. el cap. IX de la III.ª Parte.

2 Cap. IV, pág. 162 y siguientes.

dres de Occidente para defensa de la misma doctrina, al emprenderse aquella lucha gigantesca entre el politeísmo y la sublime enseñanza del Crucificado; lucha que exaltando la fé de los confesores y los mártires, no solamente levanta la elocuencia á las desconocidas regiones, adonde jamás habia llevado su vuelo, sino que en el día del triunfo produce tambien los primeros cantos de la musa sagrada. Halló esta legitimada la lengua de Horacio, y consagróla tambien en cien y cien himnos, que reflejando viva y poderosamente el amor y la esperanza del mundo cristiano, se revistieron de las formas artísticas creadas por la gentilidad, bien que purificándolas de la repugnante groseria y torpeza con que las habia manchado el monstruo del sensualismo <sup>1</sup>.

Cupo entonces á los ingenios de Iberia la gloria de ser los primeros á tomar parte en el nuevo y maravilloso concierto, levantado en todos los ángulos de la tierra, para solemnizar la gran victoria del Evangelio; y al respetuoso y grave acento de C. Vecio Aquilino siguiéronse en breve los apasionados cantos de Aurelio Prudencio, que ya ensalzando la virtud de los mártires, ya pintando las luchas interiores del alma, venian á demostrar que no se habia apagado la luz que ilumina los simpáticos versos de Marco Valerio, cuando, lejano de las liviandades de los hombres, hablan en sus labios la verdad y la filosofía <sup>2</sup>. Inflamada más tarde la elocuencia de Orosio por las calumnias del paganismo, y exaltada la musa de Draconcio por la crueldad de los bárbaros y la pertinacia de la herejía, mientras son acusados por los retóricos modernos de afectada hinchazon y oscuridad, dándoles el mote de *africanos*, revelaban en sus *Historias* y en sus *Poemas* que habian sobrevivido á la gran catástrofe del mundo gentilico el genio impetuoso y la rica imaginacion de los Sénecas y de los Floros <sup>3</sup>.

Mas esta ardiente cuanto generosa inclinacion de los ingenios españoles á lo grande y lo maravilloso, debia aparecer en los cultivadores del arte cristiano, nuevamente excitada por un elemen-

<sup>1</sup> Recordamos aquí el lastimoso cuadro que en el cap. V bosquejamos, valiéndonos para ello de las declaraciones de los Padres.

<sup>2</sup> Véase el cap. III, citado arriba.

<sup>3</sup> Cap. VI, pág. 264 y siguientes.

to, de todo punto desconocido de los poetas y oradores de la gentilidad, que alegando legítimos títulos á la estimacion de doctos é ignorantes, estaba llamado á ejercer no escasa influencia en el desarrollo de las modernas literaturas <sup>1</sup>. Tal era el elemento hebráico-oriental, traído al seno de las naciones occidentales por los apóstoles del cristianismo. Iniciado ya en la elocuencia sagrada desde el primer instante de la predicacion evangélica, habíase generalizado con el asíduo estudio y contemplacion de las *Santas Escrituras*; y penetrando al cabo en el terreno de la poesia, llegaba á imprimir determinado carácter á los himnos religiosos.— Un pontífice y poeta español del siglo IV, á quien debió la Iglesia señalados servicios, fué el primero, segun en su lugar advertimos, que introduciendo en la liturgia el canto de los salmos, abrió de lleno las puertas de la literatura latino-elesiástica á las inspiraciones orientales, dando egemplo en sus numerosas poesias, inauguradas con una oda en alabanza de David [*in laudem Davidis*], de aquel linaje de imitacion, que debia refrescar y aun dar nueva vida á los caducos elementos del arte gentilico. Recibida pues esta legítima y saludable influencia por el cantor de la *Virginidad* <sup>2</sup>, por el virtuoso San Dámaso, cundia naturalmente á todos los escritores cristianos, que contemplando en el *Nuevo y Viejo Testamento* las verdaderas fuentes de la elocuencia y de la poesia sagrada, acudieron á ellas para beber la luz que ambicionaban. Este nuevo faro, que brilla de lejos á los ojos de Yuvenco, cuya musa procura empapar sus alas en las corrientes del Jordán <sup>3</sup>, resplandece con mayor fuerza á vista de Aurelio Clemente, ilumina las patéticas pinturas de Draconcio, y anima por último la vigorosa frase de Orosio, infundiendo nueva fuerza á la peregrina llama del orientalismo, que habia brillado en las regiones

<sup>1</sup> Cap. IX, juicio sobre las obras de San Julian, pág. 404.

<sup>2</sup> Este poema de San Dámaso no se halla entre sus obras: cítole San Gerónimo en el núm. XII de su *Epistola ad Eustochium* (que es la XXII.<sup>a</sup> de la edicion de Verona), recomendando enarecidamente su lectura.

<sup>3</sup>

....Puro mentem riget anime sanentis  
Dulcis Iordania, ut Christo digna loquamur.

(In *prae-fatione Hist. Christi*, vs. 34 y 35.)

de la Bética desde la más remota antigüedad, é iluminado, cual vá oportunamente advertido, el genio de los Sénecas y Lucanos.

Pero si sorprendemos ya en las obras de estos cultivadores de las letras cristianas, al lado de aquellas dotes características del ingenio español, esos decisivos rasgos del genio oriental, que fecundan ó imprimen nuevo sello á las formas exteriores del arte gentilico, más sensible se muestra aun este interesantísimo maridaje, al fijar la vista en las producciones del episcopado hispanovisigodo. Sólo el estudio de las *Sagradas Escrituras* habia podido sostener en su mayor pureza el dogma católico contra los combates y persecuciones del arrianismo; y sólo en el estudio del Evangelio y de la Biblia halló la elocuencia las armas de fino temple que habia menester para alcanzar la gran victoria, solemnizada en el teroer concilio Toledano. Preparada esta por los nobles esfuerzos de Justo Urgelitano, Apringio Pacense y tantos otros como en tan memorable lid defendieron la integridad de la creencia <sup>1</sup>, adquiria el elemento bíblico entera supremacia en la literatura hispano-eclésiástica, que reanimada al par con los estudios griegos, traídos al centro de la Península por la autoridad y egemplo del gran Leandro, aparece á los ojos de la crítica en cierta manera de renacimiento. Hermanados, fundidos por la religion el genio español y el genio hebráico oriental, asociáronse estrechamente la hipérbole de David y la hipérbole de Lucano, y comunicaron á la entonacion poética y oratoria especial fisonomía, que á pesar del decidido empeño del grande Isidoro, para restablecer la nocion pura del arte y de la ciencia del antiguo mundo, no solamente llegó á reflejarse en sus propias obras, sino que trascendió con extraordinaria fuerza á las de sus discípulos <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cap. VII, pág. 304 y siguientes.

<sup>2</sup> Sobre todas las obras de San Isidoro que por el propósito didáctico que las guia, tienen más exactitud que gala de lenguaje, resalta el libro titulado *Synonima*, cuyo argumento y cuyo mérito reconocimos oportunamente (capítulo X). Escrito con cierto intento oratorio, pareció este servir, como antes notamos, de modelo al libro *de Virginitate*, debido á San Ildefonso, cuya vehemencia y extraordinario arrebato estan revelando la influencia bíblica, á que en este lugar nos referimos.—Ya saben los lectores que San Ildefonso dió, como su maestro, el título *De Synonimis* á este peregrino tratado.

No otros son en verdad los fundamentos de la elocuencia de Idefonso, Julian y Valerio, cuya fogosa imaginación se derrama en frecuentes antítesis, osadas metáforas y exagerados y aun violentos símiles, excediendo los límites de la pasión y del sentimiento, y ostentando, especialmente los dos primeros, exuberancia tal de voces y conceptos, que no sin alguna razón han merecido la nota de verbosos, hinchados y declamatorios <sup>1</sup>.

No alcanza la posteridad á comprender cómo se manifestó en las poesías de estos ilustres varones la doble huella del genio español y del arte oriental, pues que sus versos no han llegado desgraciadamente á nuestros días, según en su lugar propio advertimos: los de Eugenio III, así como los numerosos himnos cantados por Iglesia y pueblo desde Narbona á Cádiz y desde Finisterre á Barcelona <sup>2</sup>, enseñan sin embargo á conocer cómo amalgamados perfectamente aquellos importantísimos elementos bajo las formas exteriores de la poesía greco-latina, constituyen el fondo principal de su carácter, y cómo solemnizando todos los actos de la vida pública y llorando todas las calamidades de la grey católica, prometían transmitirse á las edades futuras con nuevo y más popular desarrollo.

En esta manera se iba consolidando el arte cristiano-latino, cuya esfera de actividad se ensanchaba notablemente, merced á los fecundos esfuerzos del doctor de las Españas, cuando extrañado tan generoso impulso por la escandalosa corrupción de la monarquía visigoda, vino la invasión mahometana á paralizarlo un punto, bien que recobrara muy en breve sus antiguos senderos. No se interrumpió en efecto, ni pudo interrumpirse la tradición bíblica de los estudios, como no se borraron tampoco los recuerdos del arte greco-latino, atesoradas las sublimes enseñanzas de las Sagradas Escrituras, y consignados los cánones de Horacio y Quintiliano en el gran libro de las *Etimologías*. Quebrantóse la unidad de aquella literatura, así como fué despedazado el territorio; pero los dolorosos ecos de Isidoro Pacense, de Etherio y de

<sup>1</sup> Cap. IX, pág. 396 y siguientes.

<sup>2</sup> Véase la disposición, que sobre la unidad del canto religioso y de los himnos dictó el IV concilio de Toledo, en las *Ilustraciones* del tomo I.

**Beato**, mostraron en medio de la conturbacion que el peso de la **gran** catástrofe de Guadalete no habia sido bastante á sofocar el sentimiento patriótico, ni el sentimiento religioso, brillando más tarde con toda pureza en la arrebatada elocuencia de Esperaindeo, Eulogio y Paulo Álvaro, padres y maestros de aquellas escuelas cristianas <sup>1</sup>, cuya evangélica sencillez contrastaba por extremo con la pompa mundanal de las escuelas del Califato.

Digno es por cierto de toda consideracion y estudio: el arte cristiano-latino, nacido para difundir, exaltar y defender la doctrina evangélica, personificando, digámoslo así, la gran revolucion moral operada en el mundo, sostenia en el suelo de Córdoba á mediados del siglo IX la más porflada lucha para sacar limpia de toda mancha su antigua independencia, apoyándose al par en el elemento hebraico y en el elemento greco-romano, y presentando en sus cultivadores las mismas cualidades intrínsecas que habian resplandecido en los Latrones y los Sénecas. Y para que resaltara más aquella semejanza, el patético y varonil acento de los discípulos de Esperaindeo parecia anunciar el total aniquilamiento de las letras *mozárabes*, así como los cantos de Lucio Anneo y de Lucano mostraron al mundo que la gran literatura del siglo de Augusto se precipitaba en espantosa decadencia <sup>2</sup>.

Lenta y difícilmente se reponian las letras entre los cristianos independientes, entregados al ejercicio de la guerra, necesidad

<sup>1</sup> Como tuvimos ocasion de indicar en el cap. XII (pág. 78 y siguientes), existian estas escuelas en las basílicas y monasterios, ya dentro de la ciudad de Córdoba, ya en sus alrededores. Las más celebradas fueron las de San Cipriano, San Acisclo, San Zoilo y los santos Fausto, Yanuario y Marcial, repetidamente citadas por San Eulogio, Álvaro y Leovigildo (*Memor. Sanct.*, lib. II, caps. I, V, VIII, IX y XII; *Vita B. Martyr., Eulog.*, núm. II; *De Habitu clericorum, España Sagrada*, tomo XI, pág. 522). No merecieron menor aplauso los monasterios Tabanense, Cateclarense y Peñamelariense, donde no sólo florecieron doctos varones (*Memor. Sanct.*, sacpe), sino que brillaron tambien en el cultivo de las sagradas escrituras insignes vírgenes, tales como Aurea y Columba, Digna y Pomposa, siguiendo el noble egemplo de Florentina. Sus nombres, gloria de las escuelas que immortalizan Esperaindeo, Álvaro y Eulogio, ilustraron tambien los anales del martirio (Véase la nota 1 de la pág. 92).

<sup>2</sup> Cap. XII, pág. 119 y siguientes.

suprema del Estío lo mas ni se extinguió en la muchedumbre el ardor poético que hemos reconocido, al bosquejar la historia del arte latino-popolular bajo el imperio visigodo<sup>1</sup>, ni se olvidaron tampoco los eruditos de las enseñanzas de las escuelas esolales. Evaluaba la primera por las hazañas de sus caudillos, las celebró en sus himnos guerreros, a la antigua usanza de españoles y visigodos, celebrizándolas al par con aquella manera de *danza belica*, a que habia dado Isidoro el nombre de *chorea*<sup>2</sup>; forrados los segundos a conservar la tradición de las letras latinos-eclesiásticas, trasladaban los estudios históricos bajo los auspicios de los principes, aspirando a restablecer el decado influjo de las nociones clásicas conservadas en el memorable libro de los *Origenes*.

Pero es lo notable que al propio tiempo que aparecían fuertemente eslabonados en el suelo de la Peninsula Ibérica los elementos de cultura, a tanta costa allegados, contribuían nuestros ingenios a comentar del lado allá de los Pirineos el cultivo de las disciplinas liberales, no sin mostrar que alentaba todavía en ellos la musa de los Prudencios y Draconios. Ni puede causarnos ma-

1 Cap. X, pag. 447 y siguientes.

2 El docto obispo de Sevilla observaba, estableciendo la diferencia que existe entre el coro y la *chorea*, «el chorus est multitudo in sacris collectis, ductus chorea quod dicitur in modum chororum circa aras stant et ita psallunt. Nam chorea habet cum cantibus et saltationibus clauam cantu» (*Liturgicon*, lib. VI, cap. XVIII, *de Officiis*). Digno es de consignarse que esta manera de saltaciones guardan estrecha analogía con la denominada *danza prima* de los asturianos, cuya origen se remonta, en sentir de respetables anticuarios a las más remotas edades. Acompañada del canto, que interrumpe a menudo en el saltar, se repite como característica del *haya*, prolongado hasta perdorearse en la voz de la música, y revela su origen en su pausada y sencillo *contrapunto* cuando antaño tal y como ahora lo es, siendo reputada como el *habituado ensayo* de una danza de *choreas* o *choreas*, muy conforme a la manera de jugar de los pellos primitivos. Dato de la especie, ha sido ocasión a que se juzgue, no sin fundamento, que tal y como la que hemos reconocido en Asturias, tal y como se representaba en el pasado, y a una demostración de la misma en el presente, tal y como se representa en la *danza prima* de Asturias, tal y como se representa en la mano izquierda su pequeña *peripya* o *peripya*, y así sucesivamente en otras de las *peripyas*, y que, al mismo tiempo, y en la *chorea*, tal y como la *chorea*, *decreta* por San Isidoro, no ya no es enteramente la misma.

ravilla esta influencia, cuando recordamos que sujeta no exígu parte de las Galias á la dominacion visigoda, habia fructificado en ella la doctrina de Leandro y de Isidoro, sometidas á una misma ley política y religiosa las dilatadas regiones que se extienden desde el Loira al Estrecho Gaditano. Unidas por estos antecedentes históricos, á que no eran del todo ajenos los orígenes de los moradores de una y otra vertiente del Pirineo, orígenes que debian reflejarse en breve en las esferas de la literatura vulgar <sup>1</sup>, no podia ser en modo alguno repugnante el que perpetuadas las escuelas isidorianas en las ciudades hurtadas al yugo sarraceno, cundiese de nuevo á las vecinas comarcas de la Galia Narbonense, y de allí á las demás naciones de Europa, la ciencia atesorada por los sucesores de los Tajones y los Bráulios.

Sin apartar la vista del siglo IX, ilustrado por la ciencia y la virtud de los mozárabes de Córdoba, registramos ya en la historia literaria de Francia y de Italia nombres de insignes españoles, cuyo saber era en una y otra nacion grandemente admirado, haciendo mayor su merecida nombradía la misma oscuridad é ignorancia, en que yacia á la sazón casi toda Europa. Tales son entre otros Teodulfo, obispo de Orleans, cátedra á que lo eleva Carlo-Magno, al llamarle á su corte para dar cima con el celebrado Alcuino á los grandes proyectos científicos y literarios concebidos por aquel príncipe <sup>2</sup>; Claudio, maestro del palacio impe-

<sup>1</sup> Es digno de tomarse en cuenta el estudio que respecto de este punto expone Mr. Fauriel en su *Histoire de la Poesie provençale* (tomo I, cap. VI), porque explica de un modo satisfactorio, ya que no concluyente, la estrecha analogia que existe entre la lengua y poesia provenzal y la lengua y literatura catalana. Al reconocer los orígenes de los romances hablados en la Peninsula, nos haremos cargo de esta racional teoria con mayor espacio.

<sup>2</sup> Tiraboschi, apartándose del respetable Mabillon (*Analect.*, tomo I, página 426), del erudito Quadrio (*Stor. ogni poesia*, tomo II, pág. 86), y del diligentísimo Pagi (*In not. ad Ann. Baron.*, anno 835), asienta y sostiene con grande ahínco que fué Teodulfo italiano (*Storia della Letter. ital.*, tomo III, lib. III, pág. 201). Síguele en este punto Ginguéné, asegurando que era de origen godo (*Hist. litter. d'Italie*, tomo I, cap. II); mas las investigaciones hechas por el abate Lampillas no dejan lugar á la duda sobre la patria de Teodulfo, pues que se apoyan en datos irrecusables, sacados de sus propias obras (*Saggio Stor. apolog. della letter. spagn.*, tomo II, Disertac. VI, § III).



rial, enviado por Ludovico Pio al obispado de Turin, para derramase entre los italianos la luz de las letras sagradas. Prudencio Galindo, elevado á la silla de Troyes por su vir su sabiduría<sup>2</sup>. Ejercieron todos tres señalada influencia en

Lampillas alega también la autoridad de autores respetables y nada chosos, quienes de la misma suerte que Mabillon, Quadrio y Pagi, así que vió Teodolfo la luz del día en España: entre otros cita á los autores *Gallia Christiana*, que se expresan del siguiente modo: «Theodolphus Septimaniam, aut partes Hispaniae, Septimaniae vicinas incolentibus» (tomo VIII, pág. 1419). Recordando pues que la Septimania con día desde los confines de Francia hasta el Llobregat, se deduce que Teodolfo fué natural de Cataluña ó de otra region de España confinante con ella. Los autores de la *Gallia Christiana* publicaron también el siguiente epíteto de Teodolfo:

Non noster genitus, noster habebatur alumnus.  
Protulit hunc Hesperia, Gallia sed nutrit.

1 El abate Tiraboschi dice sobre este punto: «Claudio..., come ragiona Vescovo di Orleans (*Praefat. ad lit. de cultu Imaginum*) e successore immediato de Teodolfo, nato in Ispagna è vissuto qualche tempo á la corte di Lodovico, ove dicesi ancora ch'egli tenesse scuola, sembrando, che per perizia avesse nella sposizione delle sacre scritture, fu per opera dello Imperatore consacrato vescovo di Torino, affinché potesse nelle scienze istruire i popoli Italiani, che in esse parevano allora assai rozzi» (*Stor. Lett. ital.*, tomo III, lib. III, pág. 210). No muy amigo de las cosas de España, procuró el mismo Tiraboschi atenuar esta confesion, alegando que el error de Claudio, respecto del culto de las imágenes (ut supra) docto Juan Alberto Fabricio lamentaba en su *Biblioth. mediae et infimae aetatis* el que no se hubieran dado á luz todas las obras de este español, conservadas en las Bibliotecas Vaticana, Colbertina, Parisiense, e en efecto sensible, segun se deduce del P. Felipe Labbé (*Dissert. hist. ecclesiast.*), Ricardo Simon (*Hist. crit. Novi Testamenti*), Mabillon (*Annal.* tomo I), Le Long (*Biblioth. exeget.*), y otros, que no se haya podido el número de las obras debidas á Claudio. Las más notables, fuera de *logeticus adversus cultum imaginum* que le dió triste celebridad, son: *Expositiones in Evangelium Sancti Mathaei*, libri tres; *Commentarium in Epistolas Romanas et in duas ad Corinthios*; *Expositio in Pentateuchum*; *Id in librum dicum, Ruth*, etc.; y finalmente *Commentaria in Psalmos et concordantiam gelistarum*. También se le atribuye una *Chronica* con el título *De saeculorum aetatibus*, si ya no es, como algunos quieren, que sea esta obra mero pendio de la misma crónica, abrazando hasta el nacimiento del Salvador driguez de Castro, *Bibl. de escrit. españoles*, tomo II, pág. 434).

2 El diligente Andrés Du-Saussay, obispo de Ful, se expresa de

sajero restablecimiento de los estudios latino-eclesiásticos, olvidados de nuevo en medio de las discordias que despedazaron el imperio de Cárlo-Magno; pero mientras se agostaban, antes de florecer, aquellas precoces plantas que parecían haber brotado llenas de vida, patrocinaba la Iglesia los piadosos acentos de Teodulfo y de Galindo; y desaprobando los errores de Claudio, á quien las supersticiones paganas de los italianos condujeron al extravío de los iconoclastas, guardaba entre sus más preciados tesoros los himnos de los dos primeros, introduciéndolos al cabo en la liturgia <sup>1</sup>.

guiente modo, hablando de Prudencio Galindo: «Este español, condecorado con las vestiduras sagradas é ilustre principalmente por el celo de la religion y por su ciencia en las Santas Escrituras, refugiado en Francia para evitar la saña de los sarracenos, cautivó el amor y la admiracion universal al punto de que fallecido Adalberto, obispo de Troyes, fué elegido por clero y pueblo prelado de la misma ciudad, ilustrando, como luz colocada en candelero, no sólo esta Iglesia, sino toda la Francia, con el egemplo de su santidad y con los rayos de su divina sabiduria. Fué honra y delicia de los obispos de su tiempo, defensor de la pureza de la fé y único oráculo de la sabiduria sagrada» (*Martyr. Francor.*, día XVI de abril). Nicolás Camuzat (*Sacrar. antiquitat. Tricasinæ diocesis*), y despues Barthio (*Advers.*, lib. XVIII, cap. II), dieron á luz las pocas poesías que se conservan de Prudencio Galindo, habiéndose perdido parte de los himnos religiosos, á que parece referirse el obispo de Ful en el elogio de que tomamos las líneas que anteceden, si bien el abate Le Boeuf, al final del tomo I de su *Crítica de los anales Bertinianos*, puso algunos breves extractos de ellos. Los versos dados á luz por Camuzat fueron puestos por el mismo Prudencio al frente de un *Libro de Evangelios*, regalado por él á su Iglesia (*Histoire littéraire de la France*, tomo V, pág. 253).

<sup>1</sup> Entre las numerosas poesías de Teodulfo, mencionadas por Tiraboschi y ordenadas en dos libros diferentes por el celebrado obispo de Orleans, se cuenta el himno que entona la Iglesia en la procesion del Domingo de Ramos, escrito durante la prision en que le tuvo Ludovico Pio en el castillo de Angers. Principia así:

Gloria, laus et honor tibi sit, Rex Christe Redemptor,  
Cui pulchre decus prompsit Hosanna piam:  
Israel es tu Rex, Davidis et inclyta proles:  
Nomine qui in Domini, Rex benedicte, venis.

(Lib. II, carm. III.)

Ginguené dice que en este himno, compuesto en la primera mitad del si-

Y no solamente llevando á otras regiones la ciencia acaudalada en sus escuelas daba España claras señales de que aun agobiada bajo el peso de la morisma, no se habia extinguido en ella la peregrina civilizacion, iluminada por el genio de los Leandros é Isidoros. Llamado de la fama de aquellos celebrados gimnasios, estatuidos por el IV concilio de Toledo, acudia, durante el mismo siglo IX, el benedictino Usuardo á recibir en ellos fructuosa enseñanza, y doblaban los Pirineos con igual propósito en el siguiente el italiano Gualtero y el francés Gerberto, á quien elevaba la Iglesia en 999 al gremio de sus pontífices, con el nombre de Silvestre II. Osado y tal vez censurable parecerá sin duda en nosotros el que, separándonos de la comun creencia, nacida en las leyendas de la edad media, y acariciada hasta nuestros dias por los que se precian de más doctos y competentes en materias de critica, pongamos aqui en duda que las escuelas arábicas tuvieron la gloria de haber formado la educacion literaria de Gerberto. Pero ni la verdad histórica nos consiente patrocinar tan aventurado aserto, ni fuera tampoco ya cordura, realizados los precedentes estudios, el confundir las disciplinas liberales, cultivadas en las basílicas, monasterios y catedrales cristianas, con las artes enseñadas en Córdoba y Sevilla por los sarracenos hasta el siglo XII.

Bueno será advertir desde luego que no existe documento alguno coetáneo que justifique plenamente la suposicion que combatimos; y no es para olvidado el saber ante todo que en ninguna parte de sus numerosas epístolas, ni en las demás producciones que se han trasmitido á nuestros dias del mismo Silvestre, se hace mencion alguna de su permanencia y vida escolástica entre los árabes. Fué el primero que entre sus coetáneos apuntó la sospecha de que habia cultivado las artes mágicas, Sigeberto Gemblacense; y reconocida la superioridad científica que le lleva al pontificado, cundió en medio de la ignorancia que lloraba Europa,

glo IX, se encuentran las *rimas*; pero no con entera exactitud, pues sólo en el primer verso se comete la figura homoeptoton (Véase la *Ilustración 1.ª* de este volumen). Los himnos eclesiásticos de Prudencio Galindo no llegaron á ser tan generalmente adoptados.

lla singular creencia, dando origen á las fantásticas narraciones que al mediar del siglo XIII toman plaza en las historias litas <sup>1</sup>, y que aun consideradas cual simples leyendas, logran vida en las obras de los doctos, contribuyendo á extraviar nuestros dias los fallos de la crítica, adulterada la verdad histórica <sup>2</sup>.

Cierto es por desgracia que no ha carecido este error de raíces nuestro suelo, reconocida por autores muy autorizados la venida de Silvestre á la Península, y tenida por cosa indubitada desde el siglo XVI su educacion científica en las escuelas mahometanas. pusieronlo así distinguidos historiadores del pontificado, asentado con extremada certenidad que habia salido de ellas «conmadísimo en todas las artes de humanidad y en muchos secretos de naturaleza» <sup>3</sup>; y á tal punto llegaba el imaginar, que

1 Aludimos al *Speculum historiale* del celebrado maestro de San Luis, Gerberto Beauvais, libro ya citado y que fué remitido por el mismo rey de Francia á don Alfonso el Sabio, y conservado con grande estima en la librería de la Reina Católica, segun en lugar oportuno consignaremos.—Beauvais narra, entre otras maravillas relativas á los secretos aprendidos por Gerberto de los sabios musulmanes, la expedicion subterránea que hizo en Roma, donde halló magníficos salones, iluminados de infinitas lámparas y llenos de estatuas de mármoles y oro, en cuyas sienes brillaban coronas de oro y rica drapería, manifestando que murió á poco, no sin que en su fin influyera el efecto de su propia magia. Dos siglos despues se afirma y repite sin género de rebozo que Gerberto «ambitione et diabolica dominandi cupiditate impulsus... Pontificatum..., adiuvante diabolo, consecutus est» (Platina, *Hist. Pontif.*, *Vita Silvestris II*).

2 Villemain, *Tableau de la Litterature du Moyen age*, tomo I, págs. 122 y 123 de la edicion de 1852. Véanse las notas siguientes.

3 Á Platina, que florece de 1440 á 1481, siguió Antonio de Florencia, afirmando que venido Gerberto á España, permaneció entre los mahometanos, estudiando en sus escuelas por espacio de cuatro años, con estas palabras: «quadriennium etiam ita imbibit ut illas artes, quas liberales vocant, iam dum oblectas, in Galliam revocaret» (*Pars. hist.*, tit. XVI, cap. I). Recibida esta noticia entre los eruditos del siglo XVI, que vieron á Antonio Florentino como infalible oráculo, extendióse en breve con grandes aumentos. Gonzalo de Illescas, autor por otra parte digno de respeto, llegaba en efecto á afirmar los asertos que en el texto acotamos (*Hist. Pontif.*, lib. V, cap. I). En él se abroquelaron otros muchos historiadores, copiando casi al pie de la letra sus palabras.

sólo faltó ya decir los nombres de los maestros y los libros sirvieron de texto en la enseñanza, para que tuviese digna la leyenda.

Pero ¿en qué escuelas árabes estudió Gerberto? Detenerse era empresa difícil; y divididos los intereses, ya se adjudicó gloria á Sevilla, ya se atribuyó á Córdoba, ya en fin se dió á Toledo; perplejidad que manifestaba sin más provechoso resultado de cualquiera de las expresadas afirmaciones cambio documentos auténticos y autores coetáneos declara ocasión, el momento, y el patrocinio bajo que había pasado el Pontífice los Pirineos, y daban á conocer dónde, cómo y en compañía de quién había hecho sus estudios calificándolos al propio tiempo.—Gerberto, iniciado en el arte de las letras en el monasterio de Aurillac, fué enviado después por el abad Geraldo de San Sereno á Borrel II, conde de B

1 El más antiguo de los cronistas de la edad media que apuntó lo que tan extraordinario incremento recibe después, fué el monje Alberto que este trajo á Gerberto desde Francia á Córdoba: «causa sophiae priusquam deinde Cordubam, lustrans», etc. (Labbé, *Bibliot. nova, Mss. Hbr. gina 151*): desconociendo tan singular testimonio, afirmaba el ya citado na, y con él Antonio de Florencia, Estella y otros, que vino á Sevilla palim civitatem Hispaniae, bonarum artium causa pervenit;»—«Ut artium operam daret, primo ad Hispalim, Hispaniae urbem, accessit, et paniam petiit, veniensque Hispalim, quae nunc Sibia vocabatur, ibi mansit», etc. Divididos los escritores del siglo XVI en dos bandos, dilargamente sobre este punto: Bravo, y los cordobeses insistieron en patria esta gloria (*Catál. de los obispos de Córdoba*, pág. 214): Illescas, do, Caro y otros la adjudicaron á Sevilla (loco citado; *Historia de Sevilla* I, cap. XIII; *Antigüedades de Sevilla*, lib. I, cap. XIV). Y como si ya bastante esta divergencia de pareceres, el docto Villemain, que sin duda comprobada la pretension de cordobeses y sevillanos, escribió intento que «voulant [Gerberto] étendre ses connaissances et s'enfoncer les arts profonds de l'Orient, se rend à Tolède. Là (prosigue) pendant ans, il étudia les mathématiques, l'astrologie judiciaire et la magie, docteurs arabes» (*Tableau de la littérature au moyen age*, t. I, pág. 1) la siguiente página, no satisfecho de los tres años de Toledo, añadió hombre qui était allé étudier à Cordoue les merveilles de l'Orient», qué escuelas árabes estudió pues el honrado Gerberto?... Dejemos la discusión á los filo-arabistas, y prosigamos nuestro estudio.

na, para que estudiase en sus dominios las disciplinas liberales <sup>1</sup>: encomendábale el conde al obispo Hatto, que lo era de Ausona (Vich) desde 960, gozando merecida reputacion por su talento y por su doctrina <sup>2</sup>; y hermanado en su escuela con Joseph, Lupito y Bonfillo, á quienes guarda toda su yida entrañable afecto, mostrábase grandemente aprovechado en las artes ingénuas, y muy principalmente en las ciencias matemáticas <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Hugo, abad del monasterio Flaviacense, de quien afirma el docto Mabillon que ninguno de los antiguos escribió con mayor esmero de Gerberto, (*Nullus veterum acuratus de eo scripsisse*) decia al propósito: «Hic in coenobio sancti Geraldii, apud Aureliacum, nutritus fuit, grammaticaque est eruditus, et ab abbate loci Borrello, Citerioni Hispaniae Duci, commissus ut in artibus erudiretur,» etc. (Labbé, *Bibliot. nova Mss. librorum*, t. I, pág. 157). Otro escritor francés, no menos sabio que el referido Mabillon, el celebrado abad de Loc-Dieu, valiéndose del testimonio del *Chronicon Aureliacense*, que como tan doméstico lo es de excepcion, observaba igualmente que «después de estudiar en Aurillac la gramática, fué enviado Gerberto por Geraldo de San Sereno al conde Borrell de Barcelona», etc. (*Hist. Ecclesiast.*, lib. LVII, párrafo XX). Mabillon refiere este hecho al año de 964.

<sup>2</sup> El referido Hugo decia, prosiguiendo la narracion indicada: Et ab eo [Duce Borrello] Haittoni, cuidam episcopo, traditus est instituentus (loco citado): lo mismo repite el *Chronicon Aureliacense* alegado por Fleury (idem, idem). Respecto del año en que Hatto fué elegido obispo y de cuál fué su silla, remitimos á los lectores al t. XXVIII de la *España Sagrada*, obra póstuma del sabio Florez, donde con abundante copia de datos se fijan de una manera irrecusable (pág. 92 y siguientes). Hatto, segun el doctísimo testimonio de Mabillon arriba indicado, llevaba ya cuatro años de gobernar la silla de Ausona, cuando el conde Borrell II le encomendó la educacion científica de Gerberto.

<sup>3</sup> Hugo Flaviacense decia en el referido Cronicon Viridunense: «Apud quem [Haittonem] plurimum mathesi studuit» [Gerbertus]. Y el abad de Loc-Dieu, repetia, siguiendo siempre al *Chronicon Aureliacense*: «El conde Borrell de Barcelona, le dió por maestro un obispo, llamado Halton (Hatto), con el cual aprendió las matemáticas, en cuya ciencia salió docto» (ut supra). Desconociendo el caballero Tiraboschi todos estos testimonios, y poco benévolo con los españoles, ya fuesen árabes ya cristianos, afirmó que Gerberto se habia ejercitado sólo en el monasterio de Aurillac *ne buoni studi*; y perdida así toda brújula, añadía al mismo tiempo que deseoso de tratar y conocer los hombres más famosos por su ciencia, fué á Roma «con Borrello conte di Barcellona, e con Aitone, vescovo di Ausona in Catalogna», que eran «due, di essi» (*Stor. della litter. ital.*, t. III, lib. III, cap. IV). Fijados los hechos,

Permaneció en aquel gimnasio hasta el año 970, en que puesto á pasar á Roma Borrel II, llevó consigo al obispo I como prelado tan principal, y este al monje Gerberto, com de sus más ilustrados discípulos <sup>1</sup>.—Conocióle allí y tuvo o de admirar su ciencia Adalbero, obispo de Reims, quien de de hacer partícipe á su clero de la doctrina por Gerberto <sup>2</sup> rala, brindándole con la escuela catedral de su diócesi <sup>3</sup>, lograba tener por discípulo, entre otros distinguidos varo-

no puede mostrarse mas claro el extravío de Tirabouchu, á cuya *erudici* pudieron ocultarse sin duda las mismas fuentes históricas, adonde habi dolo los respetables Maurinos, cuando al tratar de la educación litera Salvastre II, escribían: «Is, teste Hugone Flaviacense, in *Chronicon Ver* ui, in conventu S. Geraldii apud Aureliacum nutritus, grammaticusq ue, et ab eodem abbate commissus Borrellio, Cisteriensi Hispaniae D in artibus eruditus, atque ab eo Anttoni Ausonensi episcopo tradi apud quem plurimum mathematici studuit (*Recueil des Historiens des Ca de la France*, t. IX, pag. 271) Conste sin embargo que el autor de la *ris literaria de Italia* no dijo que Gerberto estuviese en Córdoba, ni villa, ni en Toledo.

1. Veram prædicti Duce [Borrelli] cum episcopo [Haithone] Romae te, item [Gerberti] cum profectus [est] (Hugo Flaviacense, *largo* est este hecho en época, como en la nota, dificultad alguna Tirabouchu p de que no Gerberto habia, como el al fondo, ni al obispo, y dejan tanto en los otros esta parte de la historia, que tan doctamente ilustra f. central, que no se han curado de estas circunstancias, y sin embargo tanto en que Gerberto pasase á Platania bajo los auspicios de Borre 968, y que en el año de 970 estaba ya en Roma con los expresados *magis Hispana Sagrada*, tomo XXVIII, pag. 96), es evidente que así mismo en España por los espacios de seis años. Si atendiendo á es talia los des de de estos escritores, señalásemos tres años para los *des arts profonds* de Eusebio Vallemant, cuatro para los *arts liberales* vol. 1. Platania, Antonio de Eusebio, etc.), y tres por lo mismo para la que estudiaban en Córdoba (Abstemio, Heay, etc.), resultaria como de ex-parte de. Pero únicamente más el embarazo de los que así se han de de la veridical historia, contentándose únicamente en fijar los hec

2. Monacho fuit, et apud Romanam, teste Hugone Flaviacense, «El proq ue, en su misma obra, 970, se regala al italiano, et cum Adalberto, B episcopo, Reimsensi, etc.» «Estaba Gerberto ya en Roma con el por al fin, cuando ya tan interesante para nuestra investigación ha ra, y el principio de la vida.

príncipe Roberto de Francia; gloria que alcanzó también más adelante respecto de Othon III, no sin propio engrandecimiento. Las sillas arzobispales de Reims y de Ravena fueron premio á los desvelos del esclarecido discípulo de Hatto, abriéndole al cabo el camino de la tiara.

Hé aquí pues lo que respecto de la educacion y vida literaria de Silvestre II nos advierten los únicos documentos dignos de crédito que han llegado á nuestros dias: por su propia declaracion, consignada en sus cartas, nos es dado también añadir que ya en la escuela de Reims, ya en la corte de Hugo Capeto, ya en el consejo de Teofania, recordaba el discípulo de Hatto con noble gratitud la memoria de aquel ilustre obispo, que animado de meritorio celo, le habia mostrado el camino de la ciencia; y mientras era tenido en medio de la barbarie de su siglo por encantador y hechicero, dirigia una y otra vez notables epístolas á Bonfilio y Lupito, elevados ya á las sillas de Gerona y de Barcelona, pidiéndoles diferentes tratados, así de *aritmética* como de *astrologia*<sup>1</sup>. Cansado de guerras y trastornos en el suelo de Italia, echaba de menos la tranquilidad gozada al lado de aquellos varones en el

1 En la Epístola XXV, dirigida á Bonfilio, decia en efecto: «De multiplicatione et divisione numerorum Iosephus Hispanus sapiens, sententias quasdam edidit; eas pater meus Adalbero Remorum archiepiscopus vestro studio habere cupit» (*Hist. Franc. Script.*, tomo II, pág. 794). En otra Epístola (la XVII) á Geraldo, abad de Aurillac, le habla del mismo libro, adquirido ya por el abad Guarnerio (pág. 792). En la XXIV escribia á Lupito entre otras cosas: «Itaque librum de Astrologia, traslatum a te, mihi petenti, dirige» (página 793). Conviene advertir en este lugar que la palabra *astrologia* aun determinaba entonces principalmente la ciencia astronómica, pues aunque existia ya entre una y otra la diferencia que señala San Isidoro en el cap. XXVI del libro III de los *Orígenes*, no tenia aun la primera la supersticiosa importancia que recibe de manos de los orientales desde el momento en que toma el nombre de *judiciaria*. Silvestre II dá razon del género de astrologia que cultivaba, cuando en la Epístola CXLVIII promete á Remigio, monje de Tréveris, un libro que escribia á la sazón sobre la esfera (*Sphaerae librum*), en cambio de una copia de la *Achileida*. Es importante advertir que en ninguna de sus numerosas cartas alude al *arte notoria* ó de adivinanza, que era tenuta entre los musulmanes por *ars et scientia sancta* (cap. XIV, nota 1 de la pág. 195), ni menos á la *alquimia*, en que sin autoridad ni buen consejo, se ha pretendido suponerle también iniciado.



tiempo de sus estudios; é incitado por los amistosos ruegos de abad Guarín, llegaba á pensar seriamente en restituirse á España para consagrarse de lleno, en el seno de sus antiguos amigos y condiscípulos, al cultivo de las ciencias <sup>1</sup>.

Si pues estas, y no otras, son las enseñanzas que nos ministran los más autorizados testimonios y las mismas cartas de Gerberto; si en ningún pasaje de ellas se hace mención, no ya de las escuelas arábigas de Toledo, Córdoba ó Sevilla, en que indeterminada y vagamente se dice haber estudiado, pero ni aun de los libros y doctrinas más celebrados de los sarracenos; si en cambio de esta oscuridad absoluta sabemos positivamente quién le envía á la Península, quién le instruye en el conocimiento de las matemáticas y de las demás disciplinas liberales, dónde reside, con quién se hermana en sus estudios, inclinados antes y después á la erudición clásica <sup>2</sup>, y con quién y cuándo sale de España, ¿cómo hemos de suponerle literariamente educado por los árabes, arrebatando ciegamente esta legítima gloria á las escue-

1 Sobre estos últimos hechos pueden consultarse las Epístolas XLV LXXII y XCI.—En ninguna de cuantas escribe se hace mención, ni aun remotamente, de los árabes ni de sus escuelas, lo cual no se comprendería á no cierta la suposición que desvanecemos, sin atribuir á Silvestre II ingratitud inaudita.

2 Téngase en efecto muy presente que, hablando en diferentes epístolas de las artes liberales y de las letras, lejos de hacer mención de las arábigas pagó el tributo de su admiración á las clásicas: entre otros pasajes que pudiéramos citar, recordamos el siguiente, tomado de la Epístola LXXXVII en que califica dignamente á Cicerón. Dice á Constantino, escolar Floriacense, como lo fué Hugo, su más autorizado cronista: «Comittentur iter taurulliana opuscula et *De Republica* et *In Verrem*, et quae pro defensione multorum plurima *Romanae eloquentiae parens* conscripsit» (pág. 809 de los *Hispan. Franc. Script.*). Quien de esta manera juzga á Marco Tulio, pudo dar atina das lecciones de *Rethorica*, de que escribió en efecto un breve tratado, según manifiesta á Bermudo, monje de Aurillac (*Rec. des Hist. des Gaul. et de la Franc.*, epist. XXII del tomo IX, pág. 279). Mas no se pierda de vista que la superioridad alcanzada por Silvestre sobre sus coetáneos, aquella que le hizo ser tenido como sócio de Satanás (*diabolum secutus*), consistía principalmente en el conocimiento de las matemáticas, ciencia que, según vá demostrado estudió bajo el magisterio de Hatto, obispo de Ausona (*apud quem plurimum mathesi studuit*).

las cristianas? ¿Cómo hemos de olvidar que al adoptar, sin el debido exámen, semejante opinion, se ha perdido de vista lo que eran entre los musulimes las disciplinas liberales?...

Cuando el monje Gerberto atraviesa los Pirineos, para buscar la luz que ambicionaba (ya lo hemos insinuado y conviene aquí repetirlo), no solamente se habia doblado entre los musulmanes la filosofia aristotélica á las exigencias de una teologia sistemática y enmarañada, como lo fué desde su cuna la de los sectarios de Mahoma <sup>1</sup>, sino que alteradas las mismas artes que le servian de fundamento, habian tomado plaza entre ellas la nigromancia, la piromancia y la geomancia, á que servia de corona el *arte notoria*, adulterando más y más la nocion pura de la filosofia del Estagirita <sup>2</sup>. Conservada esta en cambio en los libros de Casiodoro, y trasmitida despues á los del celebrado doctor de las Españas, hallábase connaturalizada en las escuelas clericales, que sobreviviendo á la destruccion de la monarquia visigoda, habian resplandecido en las regiones orientales de la Península á vista del mozárabe San Eulogio <sup>3</sup>. Hermanados allí los estudios de las siete disciplinas con los de la literatura greco-romana (por más degenerada que se la suponga), de la misma suerte que

<sup>1</sup> Véase lo que sobre este punto expusimos en el cap. XII, págs. 78 y 79.

<sup>2</sup> Al examinar en el siguiente volúmen la memorable época de don Alfonso el Sabio, tendremos nueva y más oportuna ocasion de explanar estos asertos: conveniente nos parece sin embargo recordar lo expuesto en la nota 1 de la pág. 193, en el capítulo precedente.

<sup>3</sup> Para comprender hasta qué punto es exacta esta observacion, bastará recordar la *Vida de San Eulogio*, debida á Álvaro Cordobés, y la *Epistola á Wiliesindo*, escrita por el mismo santo en 851. De uno y otro documento, que en lugar oportuno quedan citados (cap. XII), se deduce claramente que así los monasterios como las iglesias de la España oriental eran otros tantos centros de cultura. Paulo Álvaro, despues de indicar, con el testimonio de Eulogio, la acogida que tuvo este en dichos monasterios, añade: «In quibus multa volumina librorum reperiens, abstrusa, et pene a multis remota, huc [Cordubam] remeans, suo nobis regresu adduxit» (*Vit. B. Mart. Eulog.*, número IX). Los principales monasterios fueron: el de Leire [Legerense], el de Cillas [Celense], el de Urdax [Hurdaspalense], y el de Igal [Igalense] (*Epistola ad Wiliesidum*, núm. XIII). Eulogio recordaba con extraordinario entusiasmo estos asilos de la virtud y de la ciencia, donde habia hallado en toda su pureza la ciencia y la tradicion isidorianas.

á mediados del siglo IX enriquecía el discípulo de F á sus compatriotas con las obras de los historiadores de la antigüedad clásica, llevaba Gerberto en el cío del siguiente al centro de Europa aquella olvidada, que introducida de nuevo en los estudios latino-ecvenia á compartir el dominio de la inteligencia con católica, propagándose de edad en edad á los tiempos. Así pues, no á la España árabe, que no podía dar p sólo había podido alcanzar adulterado, sino á la Españ é independiente debió la Europa del siglo X la restaur filosofía aristotélica; empresa que mientras era acusad el gramático Vilgardo de hereje, por rendir el tributo d racion á las obras inmortales de Horacio y de Virgi reaba á su autor, como hemos advertido, el título de n de que apenas pudieron libertarle ni la cogulla ni la pú

1 Los escritores eclesiásticos ponen el nombre de Vilgardo de los herejes, asegurando «que se dejó engañar del demonio »Virgilio y de Horacio, persuadiéndole, y creyéndolo el infeliz, »quanto se hallaba en sus obras» (Florez, *Clave Hist.*, siglo XI. Esta curiosa anécdota basta para dar á conocer el estado de ign se hallaba á la sazón el suelo clásico de las letras; no siendo que aun en los mismos instantes en que Cárlo-Magno había y glos precedentes restaurarlas, prohibía Alcuino que se leyes de Tours, una de las más florecientes creadas por aquel Emp de Virgilio, por el temor de que su lectura corrompiera e discípulos de Sigulfo (*Hist. litter. de la France*, tomo IV. D lettres au VIII.<sup>e</sup> siècle). Pueden compararse estos hechos c reconocidos, así respecto de los mozárabes como de los c dientes.

2 La posteridad ha hecho justicia á Silvestre II, troc afecto la fanática aversion, de que nos habla Sigiberto imitadores; y en lugar del dictado denigrante de *hechicero* roso título de *restaurador de los estudios filosóficos y ecle* cia á que estos habían venido en Roma, no podía ser n principios del siglo IX: Eugenio II ordenaba en el conc reparar la ignorancia general, y sabedor de que «non n inveniri pro studio litterarum», se estableciesen oportu tros y doctores «qui studia litterarum liberaliumque a mata asidue doceant» (*Collect. Concil.*, tomo XIV, pág

Hacia pues España, al declinar del siglo X á las demás naciones este inestimable presente; que en el constante flujo y reflujo de las ideas y de los estudios debia recibir cien años adelante, no sin algunas creces, de manos de los monjes de Cluny, merced á los afortunados esfuerzos de Fulberto de Chartres, Lupo de Ferrieres, Lanfranco, Anselmo y tantos otros esclarecidos varones como ya en el episcopado, ya en el retiro del claustro, se

firmado en 853 los decretos del sínodo precedente, atendia, viendo ya imposible la restauracion de las siete disciplinas, á que «si liberalium artium praeceptores, ut assolet raro inveniantur, tamen divinae Scripturae magistri et institutores ecclesiastici officii nullatenus desint» (Id. id., pág. 4014). Semjante olvido de los estudios, creible sólo por la autoridad de los documentos en que se encuentra consignado, creció durante el siglo X hasta el vergonzoso extremo de declararse en el concilio de 992 que «apenas se hallaba en la capital del mundo quien tuviera noticia de los primeros rudimentos de las letras» (Baronio, *Annal. Ecclesiast.*, año referido). Contra esta incalificable postracion, hija de la afrentosa corrupcion del clero romano en el citado siglo, pareció pues protestar el ilustrado Silvestre II, introduciendo en la Iglesia un nuevo método escolástico, segun el sistema de Aristóteles ó de sus intérpretes, método que varió el aspecto de los estudios (*Ful. Laur. Selvagio*, Part. IV, ad initium). Los que han pretendido que esta restauracion fué debida al egemplo y á la doctrina de los árabes, perdieron sin duda de vista, ó no tuvieron noticia de la absoluta ignorancia de las artes liberales en que yacia Europa, al acometer Gerberto la noble empresa de restaurarlas: la doctrina y ciencia de las escuelas clérico-monacales de España, siendo la ciencia y la doctrina de las *Etimologías*, debió ser y fué, en efecto, una gran novedad en el mundo de la inteligencia; y sin necesidad de acudir á la adulterada filosofía de los mahometanos, restituyó á los estudios eclesiásticos la luz de la filosofía aristotélica, con la nocion pura de la ciencia de la antigüedad, olvidada del todo en medio de la repugnante simonia y de las torpes liviandades del siglo X. Desde la época de Silvestre II no se interrumpe ya por fortuna la tradicion de las artes liberales, pareciéndonos exacta y luminosa la aseveracion de un crítico de nuestros dias, quien no vacila en asegurar, como hemos apuntado, que dominaron desde entonces exclusivamente el pensamiento humano dos libros: la *Biblia* y *Aristóteles*.—Que el nombre de San Isidoro alcanzó en Italia desde la época de Silvestre II celebridad extraordinaria, lo prueba la honrosísima mencion que de él hace el inmortal Dante, diciendo en el canto X del *Paradiso*:

Vedi oltre fiammeggiar l'ardente spiro  
D'Isidoro, etc., etc...

consagraron al culto de las artes liberales, siguiendo las I de Silvestre II.

Mas si custodiaban los cristianos independientes, cual j dos tesoros, las reliquias de la literatura hispano-latina, rando fortalecer cada dia su no interrumpida tradicion, no empeño parecian poner en rechazar toda influencia mahor que la adulterase ó corrompiera. La repulsion, el antago de ambas razas, de ambas creencias y de ambas civilizaciones ha sido completo: la guerra llevaba consigo el exterminio vencidos, siendo la esclavitud ó la muerte la dura alternativa que uno y otro pueblo se habian colocado, al acometerse i portada contienda, que sólo podia tener fin con el aniquila de uno de ellos <sup>1</sup>. Y tan grande, tan profunda era la av con que miraban los descendientes de Pelayo cuanto se re los sectarios de Mahoma, que no solamente talaban sus ca asolaban sus ciudades y reducian á escombros sus fortaleza que destruyendo con igual saña sus mezquitas, degollaba sacerdotes y doctores de su ley, entregando á las llamas e libros arábigos les caian en las manos <sup>2</sup>. Bárbaro era sin

1. Apenas hallamos cláusula en los primitivos cronicones, donde s fije vivamente este singular estado de ambos pueblos; y casi todos le los narrados por los cristianos, ya se hayan obtenido en campo abo en las ciudades arrebatadas al Islam, se solemnizan con esta ó a fraus atroxes quoque arabes occupatores supradictarum civitatum rones,—omnes expugnatos interfecit [Rea,—arabes gladio interemit carens detruncantur.—omnes viros bellatores gladio interfecit, ipsoa vitem usque ad fundamenta destruxit.—bellatores eorum omnes in reliquum vero vulgus, cum uxoribus et filijs sub corona vendidit. Sebast. Chron. Alfeld. Chron. Samp., etc.)

2. Entre otros testimonios que pudieramos alegar en comprobación tra aertio, preferimos los siguientes, tomados de la *Chronica latina d de VII*, porque refiriéndose a una época posterior a la conquista de prueban que aun iniciada la política de tolerancia, de que hemos he rito relativa a los mahometanos que se sometian al poder del cristo prouiguo siendo irreconciliable respecto de los que vivian bajo el li cuto primitivo de ambas razas. Hablando pues de la expedicion que l h, el indicado monarca á las tierras de Andalucía, se lee «Omnes egeas e r m [maurorum], quas inveniebant, destruxerunt sicut Sacerdoti et leges suas doctores quocumque inveniebant gladio trucidabant

mejante proceder, que hallando egemplo en la extraviada piedad Recaredo, tenia por desgracia dẽspues de muchos siglos au-  
 izados y contagiosos imitadores <sup>1</sup>; pero cualquiera que sea el  
 o de la crítica histórica sobre esta conducta de nuestros ante-  
 ados, siempre aparecerá probado que esa misma intolerancia de  
 religion y de la política excluia en aquella edad toda influen-  
 literaria, punto principalísimo de las presentes investigacio-  
 s: siempre resultará que odiando los cristianos tan profunda-  
 te á los sarracenos, ni pudieron apreciar entonces los elemen-  
 s de cultura, con tanta laboriosidad acopiados por los Beni-  
 neyas de Córdoba, ni menos recibir para ornamento de los can-  
 populares las complicadas formas de un arte, tan antipático  
 ra ellos, como les era aborrecida la civilizacion que represen-  
 a. Hé aquí por qué, al hallar generalmente admitida por es-  
 tores nacionales y extranjeros esa influencia *a priori*, que de-  
 en este concepto dar vida al arte vulgar español, hemos visto  
 neradas todas las leyes de la sana crítica, juzgando indispen-  
 de el renovar estos estudios y darles toda la amplitud nece-  
 ia para obtener la luz apetecida <sup>2</sup>.

*legis suae in Synagogis igne combusti sunt*» (núm. XIV).—Y refiriendo  
 entrada hecha en 1138, dice: «*Et miserunt ignem in omnibus villis quas-  
 que inveniebant et Synagogas eorum destruxerunt et libros legis Maho-  
 i combuserunt igne... Omnes viri doctores legis, quicumque inventi sunt,  
 dio trucidati sunt*» (núm. LX). En cambio los árabes apellidaban á los  
 tianos «hijos de perros,» *fili canum* (Id., núm. LXXVIII). Téngase pre-  
 te que esto sucedia ya en el segundo tercio del siglo XII.

1 Los lectores ilustrados recordarán aquí cuanto dejamos expuesto en ór-  
 á la conducta de Recaredo, al mandar entregar á las llamas los libros ar-  
 ios, escritos en el idioma de Ulfilas (tomo I, cap. VIII, pág. 339). En  
 nto á los imitadores, no se ha menester grande esfuerzo para adivinar que  
 dimos al acto deplorable que presenció Granada en 1499, siendo reducidos  
 enizas por mandato del cardenal Cisneros todos los Mss. arábigos halla-  
 en poder de los moriscos. Los hechos que nos refieren las crónicas primi-  
 as se explican por el odio de musulmanes y cristianos, cuando ardía más  
 a la guerra de religion y de libertad, y arreciaban cada dia los peligros:  
 iquistada la última metrópoli de los Beni-Naser, no se comprende aquel  
 o de crueldad, sino por un espíritu de fanatismo que deslustra no poco la  
 dadera gloria de Cisneros.

2 Cap. XII, pág. 80 y siguientes

Estériles hubieran sido todo linaje de tareas que no se fundaran directamente en la tradición histórica del arte latino-eclesiástico, absolutamente desconocido ó despreciado por los que se pagaban de entendidos. Porque no sólo debía descubrirse en sus peregrinos monumentos la índole y carácter propio de aquella sociedad, doblemente agitada por el anhelo de la religión y de la independencia, y objeto primordial de nuestras vigiliass: en ellos se hallaba también consignada la nueva fisonomía que iban tomando las formas exteriores del arte, aun considerado en manos de los eruditos, sorprendiéndose al par las modificaciones que admitía sucesivamente la lengua latina en el último período de su existencia, como idioma hablado. Los nuevos elementos, laboriosa y lentamente desarrollados por el arte cristiano, parecían llegar á completa granazón, prontos ya á desprenderse del árbol que los alimentaba, para fecundar nuevos terrenos.

Tal sucedía en efecto con el *metro* y la *rima*: la existencia del primero había sido una necesidad de la poesía cristiana desde el momento en que, pidiendo esta sus preceas al arte gentilicio, anunciaba á los hombres el triunfo de la Iglesia: la aparición de la segunda era un hecho espontáneo, hijo igualmente del olvido de las armonías prosódicas de Cicerón y de Horacio, y del frecuente recuerdo de dos prerogativas de la gran literatura greco-romana <sup>1</sup>. No puede el primero sustraerse en modo alguno á las condiciones que dominan á la segunda; y sujeto como ella á las leyes del canto, se altera y modifica conforme á las variaciones locales y sucesivas de la música, bien que conservando siempre el sello de aquel arte, de donde traía su procedencia. La *rima*, vaga, imperfecta y poco armónica al principio, penetra del mismo modo en la poesía y en la prosa; y organizándose poco á poco, se ostenta al cabo perfecta y rica de consonancias, que multiplicadas en los hemistiquios y finales de los versos, dá á la poesía latino-eclesiástica extraordinario brillo exterior, exornando sus cien combinaciones métricas, ya en los

<sup>1</sup> Véase la *Ilustración* I.<sup>a</sup> del presente volumen.

himnos religiosos y místicas leyendas, ya en los poemas heroicos, ya en los didácticos y morales <sup>1</sup>.

Semejantes observaciones, que abrazan el largo período que media desde la época de Draconcio <sup>2</sup> hasta fines del siglo XII, prueban de una manera inequívoca que el desarrollo artístico de la poesía y literatura cristiana fué en España, lo mismo que en todas las regiones meridionales, consecuencia natural é inevitable de los distintos elementos asociados en ella antes de la formacion de las lenguas romances. Y si en su manifestacion exterior daba palpable testimonio del género de obstáculos que habia necesitado vencer, mostrando al par la senda recorrida para llegar al estado en que la vemos durante el referido siglo XII, enséñanos el estudio de los elementos interiores que la constituyen, cuán profundamente se habia conmovido aquella sociedad y cómo se habia operado su trasformacion social y política, merced á la exaltacion, ya que no á la renovacion completa, del sentimiento patriótico y del sentimiento religioso.

Punto es este á cuya ilustracion hemos consagrado nuestros esfuerzos, dándole en el capítulo precedente toda la importancia que realmente tiene: la poesia religioso-popular de los Isidoros y Eugenios se habia encaminado principalmente á la reforma y purificacion de las costumbres gentílicas, que sobrevivian á la ruina del mundo pagano: alguna vez dirigia tambien sus benéficos acentos á despertar en el pecho de visigodos é hispano-latinos el amortiguado fuego del patriotismo; pero emanando siempre de la Iglesia, si revelaba el consorcio celebrado entre esta y los poderes de la tierra, si aspiraba á reflejar los intereses generales del catolicismo, no le habia sido posible interpretar los deseos de la nacion entera, ni formular tampoco sus legítimas esperanzas, en medio de sus grandes tribulaciones y desastres; pues que ni se habia consumado aun la catástrofe de Guadalete, ahogándose en sus ondas la tiránica division de razas, ni habia resonado en las montañas de Astúrias el grito salvador de los guerreros de Pe-

1 Véase el capítulo anterior y la *Ilustracion* 1.<sup>a</sup>

2 *Ilustracion* 1.<sup>a</sup>



layo, que fundaba un solo pueblo con una sola familia <sup>1</sup>.

La poesía de los cristianos independientes, sin que dejara de cobijarse bajo el manto del sacerdocio, recibía directamente el impulso de la muchedumbre, y traía en todos sus cantos el profundo estigma de aquella nacionalidad político-religiosa, fundada en Covadonga: ya impetrando el favor del cielo con públicas y solemnes rogativas <sup>2</sup>, ya bendiciendo al Dios de los ejércitos por las victorias recibidas de su mano, ya celebrando el valor de los soldados y caudillos que rescataban del poder mahometano el perdido territorio, siempre se mostraba en completa consonancia con la sociedad, cuyo espíritu fortalecía y exaltaba. Adherida en el templo á la doble idea de la religión y de la guerra, simbolizaba el amor y la piedad del pueblo en la bellísima figura de la Madre del Salvador, fuente inextinguible de salud y de gracia; y como dejamos advertido, hallaba en el venerado patron de las Españas brillante representación del entusiasmo bélico, é impenetrable escudo contra la morisma. Del templo salía de nuevo aquella peregrina musa á encender en mitad de los campamentos la hoguera de la fé y del patriotismo; y si perdía, al dar este paso, alguna parte de sus preceas, cobraba sin duda mayor fuerza y energía en brazos de la muchedumbre, que al tributarle universal aplauso, la recibía cual digno intérprete de sus afectos y

1 Recuérdese el estudio que hicimos en el cap. X de la poesía latino-popular durante la monarquía visigoda: véanse igualmente las *Ilustraciones* del tomo I.

2 De las empleadas por la Iglesia visigoda tienen ya conocimiento los lectores: respecto de la reconquista es en verdad doloroso que no se haya transmitido á nuestros días ninguno de estos cantos suplicatorios (al menos que nosotros sepamos): la costumbre quedó no obstante arraigada profundamente en la Iglesia, que al cabo llegó á establecer la siguiente fórmula: «Deus qui beatum Iacobum Apostolum tuum, Hispaniae patronum misericorditer contulisti; et saepe, illo visibiliter apparente, infidelium superbiam potentissime superasti; concede Clemens famulo tuo Regi nostro... et exercitui catholico, sub eo militanti, optatam victoriam et triumphum ad laudem et gloriam tuam» (Bibl. Ecur., cód. á, IV, 7. fól. 49 y 50). Esta oración que se hacía en los dominios cristianos desde el momento de declararse la guerra santa, prueba también cuanto dijimos en el último capítulo respecto de la idealización poética del patron de las Españas, que á continuación recordamos.

creencias. Así pues, descansando primero en el seno de la Iglesia, y halagada despues por los ejércitos cristianos, extendia su imperio á las plazas públicas; y de meramente *religiosa* que fué en otra edad, llegaba á merecer el título de *heróico-religiosa*, ostentándose por último (lejana ya del templo, mas dentro siempre de la religion) con el nombre de *heróica* <sup>1</sup>.

Á tal grado llegaba la poesia latino-popular entre los cristianos independientes, cuando, efecto natural de la ley del progreso que impulsaba en su desarrollo las nuevas hablas que hemos sentido germinar bajo las rudas y descompuestas cláusulas, ora de los narradores, ora de los mismos poetas, se levantaban aquellas á pedir una representacion escrita en los diferentes ángulos de la Península Ibérica, donde habia tomado ya especial fisonomia cada una de las lenguas romances. No es vulgar empresa la de fijar ahora el momento en que este singular fenómeno viene á realizarse, dada la difícil y lenta elaboracion de las referidas hablas, hija al par de largos siglos, de innumerables vicisitudes y de multiplicados elementos <sup>2</sup>. Cúmplenos observar no obstante, respecto de la elaboracion indicada, que habia seguido en el suelo español este desenvolvimiento de las lenguas romances la misma ley superior de la reconquista, y que dividida la Península, segun dejamos ya notado <sup>3</sup>, en tres grandes fajas, donde van alterándose y modificándose, conforme á las diversas influencias que reciben, llega para aquellas el instante supremo en la historia de la civilizaci3n ibérica, en que separándose por diferente sendero, parecen todas proclamar su mútua independendia.

Tan memorable suceso, que á no estar comprobado por la historia habria de ser admitido como hipotético por la filologia, debió señalar en la creciente de las monarquias cristianas de Oriente, Norte y Ocaso, uno de aquellos acontecimientos decisivos, que fijando para siempre el predominio de sus armas, imprimieran tambien peculiar fisonomia á la nacionalidad de cada uno de los pueblos mencionados. ¿Pudo consumarse esta manera de trasforma-

1 Véase el cap. XIV.

2 *Ilustracion* II.<sup>a</sup>

3 Cap. XIII. Véase la *Ilustracion* II.<sup>a</sup> del presente volumen

cion al pié de los muros de Toledo?... Sin duda aquella famosa cruzada, que se componia de soldados de toda España, y que llevando en sus huestes numerosos aventureros de las naciones del mediodia de Europa, reconocia por cabeza al rey de Castilla, era una de las más altas ocasiones que se habian menester para que ostentaran las referidas lenguas, habladas en un mismo recinto, sus varios y genuinos caractéres; pero si pudo haber un momento en que, acercándose y confundiéndose entre sí, trocaran mutuamente sus galas y preseas, ni pudieron desnaturalizarse hasta el punto de perder su individualidad, por más que venido el instante de la separacion, resultaran recíprocamente acaudaladas, ni les fué tampoco hacedero borrar el sello de los especiales elementos que en cada nacion y comarca habian contribuido á descomponer la lengua latina, por más que todas girasen dentro de un mismo círculo, como hijas de una misma madre. Pero lejos de ser estéril tan ansiado como memorable suceso (ya lo dejamos consignado), apresuró el no dudoso y visible desenvolvimiento de los romances hablados en la Península, impulsándolos tal vez á solicitar la ya indicada representacion por medio de la escritura.

Tres habian sido entre tanto los principales romances nacidos en el suelo español de aquella larga, constante y progresiva elaboracion, cuyo primer momento fuera por extremo temerario señalar en el cuadrante de los siglos: brotó en la España central el que ha merecido por excelencia nombre de *castellano*; mostróse en la oriental el que lleva título de *catalan*, y alguna vez ha sido, aunque impropriamente, designado con el de *lemosino*; y surgió en la occidental el determinado con el de *gallego*. Tuvieron todós diversas ramificaciones <sup>1</sup>, y todos aspiraron á lograr desde su infancia representacion verdaderamente literaria. ¿Mas era esto posible en aquellos instantes? ¿Podian las hablas vulgares aplicarse directamente á la poesia de los eruditos, sin que fueran antes instrumento de la esencialmente popular, nacida en los campamentos, en los mercados y en las plazas públicas?... Cuestion es esta de suma importancia, que dejan ya resuelta los hechos his-

<sup>1</sup> Ilustracion II.<sup>a</sup> del tomo presente.

tóricos <sup>1</sup>, y que, aun careciendo de tan preciosos datos, podría ser convenientemente ilustrada por la crítica.

Poco se ha menester meditar en efecto para comprender que las hablas vulgares, formadas á despecho de la tradicion latina, necesitaban pasar, antes de merecer la estimacion de los doctos, por dos distintos períodos, en que sosteniendo la competencia con el idioma que habia sido en tantos siglos depositario de las ciencias é intérprete de los sentimientos de la muchedumbre, bajo las alas de la Iglesia, no sólo alcanzasen á borrar de aquella su omnímodo predominio, sino á desvanecer en los hombres entendidos la repugnancia con que hubieron de ser vistas por ellos en los primeros dias de su existencia. Oportuno juzgamos repetirlo con un respetable crítico de nuestros dias: «Los hábitos del culto hacian al latin la lengua natural del clero: los magistrados le demandaban el conocimiento de las leyes y la inteligencia de sus facultades, y comenzada por su estudio la educacion de todos los literatos, conservábanle el involuntario amor que se tiene á las ideas y á las cosas que forman la primera ocupacion de la vida» <sup>2</sup>, constituyendo en tal manera cierto linaje de antagonismo, de que sólo podian triunfar con el tiempo los nacientes idiomas. La poesia popular, que sólo pudo hablar desde su cuna el lenguajê del vulgo, hallaba en ellos por el contrario nuevo y adecuado instrumento para formular sus ingénuos y sencillos cantares; y una vez apoderada de aquel medio por todos admitido, ni se curaba de reconocer su legitimidad ó belleza, ni anhelaba otra cosa sino el ser entendida de todos, por más ruda y grosera que apareciese. Apasionada, sin embargo, del mismo instrumento que estaba llamada á perfeccionar con su frecuente cultivo, se adhiere á él de una manera franca y decidida, y al propio tiempo que procura enriquecerlo con nuevas conquistas, aspira á darle duradera preponderancia sobre la lengua de los discretos.

Reducida esta de dia en dia á más estrecho círculo, ya por efecto de la ignorancia de unos, ya como consecuencia de los es-

1 Véase en el capítulo anterior la pág. 228 y siguientes.

2 Du Meril, *Poesies populaires latines*, Introd.

fuerzas hechos por otros para resucitar los estudios clásicos, eran cada día oídos con mayor aplauso los cantos populares, llegando la hora en que despertaran el afecto, ya que no la admiración de los semidocos, quienes deseando transmitirlos á la posteridad, acudían por último á fijarlos por medio de la escritura. Era este en verdad el primer paso que daban las lenguas romances para vincularse en el aprecio de las generaciones venideras, conservando las inspiraciones espontáneas de la religión y del patriotismo, como era también el primer esfuerzo que hacía el arte de los vulgares <sup>1</sup> para remontarse á las esferas eruditas. Entraba sin propia conciencia en una segunda edad, que debía por cierto ser poco duradera, pues que pretendiendo ya desde aquel punto poseer más preciadas joyas, volvía de nuevo sus miradas á la tradición latino-eclesiástica, no extinguida entre los discretos, la cual le conducía en breve á larga distancia del terreno en que debía ostentar sus nativas galas. Pero como acontece de continuo en las esferas de artes y de letras, cuanto perdía el arte vulgar de su primitiva ingenuidad y entereza, lo iba ganando en el atildamiento de las formas, recabando al cabo para las lenguas romances, y muy principalmente para la hablada en la España central, el título de *lengua literaria*.

No era en consecuencia posible que desecharan los doctos el natural despegue con que veían la lengua y poesía de los populares, hasta que, consagrados también á su cultivo, les fué ya dado alcanzar el aplauso que ambicionaban. Pero no porque existiera semejante divorcio dejó de apoyarse la poesía de la muchedumbre en las tradiciones que habían servido de fundamento, así respecto del fondo como de las formas, al arte latino-elesiás-

<sup>1</sup> Oportuno parece advertir que hemos usado hasta aquí y usamos ahora de esta denominación en el mismo sentido que generalmente se le ha dado por los doctos, y para contraponerla á la de *literatura latina*; pero abarcando en este primer momento del nuevo arte todos los gérmenes que debían fecundarse más tarde en distintos campos (el popular y el erudito). Día llegará en la historia de las letras patrias, en que la expresada denominación signifique la última degeneración de la poesía popular, correspondiendo á las transformaciones políticas y sociales operadas en nuestro suelo. Véase la *Ilustración* IV.<sup>a</sup> de este tomo.

1. Oportunamente examinamos cómo la poesía *heródico-religiosa* escrita en la lengua de la Iglesia, llevando desde el templo al tro de los ejércitos cristianos los elementos artísticos, se ha ofrecido cual vínculo visible entre los himnos de aquella y cantos meramente vulgares <sup>1</sup>. Esta manera de trasmision, to más natural y sencilla cuanto era mayor la identidad de la encia y de las esperanzas de grandes y pequeños, hallaba nuevas sendas en todas las manifestaciones de la literatura erudita: orpaciones públicas, epitáfios, refranes (ya lo hemos dicho ande ahora), todo servia de egeemplo sensible á los poetas del go para modelar sus cantares, recogiendo en estos monumentos abundantes lecciones de piedad y de patriotismo; bases indestructibles de la civilizacion de nuestros abuelos y clarísimas fuentes del arte creado para representarla <sup>2</sup>. Ni podia tampoco ser más ítima tan peregrina herencia: la poesía, que reconoce sus verdaderos orígenes en el continuo comercio, sostenido por tantos los entre la Iglesia y los fieles, recibiendo los degenerados *metros* latinos con la imperfeccion propia de quien sólo podia quiarlos y trasmitirlos por medio del canto, sorprendia las *rimas* la literatura eclesiástica en el instante en que parecian tomar extraordinario incremento; y aceptándolas cual presea de buena fe, ya conservaba el primer ornato de las sílabas finales, que ede tal vez mirarse como principio y raiz de las *asonancias*, seguia el curso natural de aquel desarrollo artístico, que daba r resultado, tanto en ella como en la poesía latina, el perfecto *asonante* <sup>3</sup>.

Así pues, teniendo por instrumento las lenguas romances, nallas de la última descomposicion del idioma del Lacio, y revisandose de formas artísticas, que eran tambien última degeneracion de la métrica greco-latina, mostrábase la poesía vulgar en mpleta armonia con el estado de aquella civilizacion, amasada

1 Caps. XIII y XIV.

2 Véanse sobre estos asertos las *Ilustraciones*.

3 Este desarrollo se comprende con toda claridad examinando las tablas rimicas que hemos puesto en la *Ilustracion* 1.<sup>a</sup> de este volúmen, haciendo aplicacion de ellas á los monumentos poéticos recogidos en la misma.

con los magníficos despojos del antiguo mundo; y aunque derivada, en sus términos de expresión, de un arte que había florecido en remotos tiempos, no carecía del envidiable galardón de la originalidad, pues que no sólo eran las mencionadas formas patrimonio de la literatura cristiana desde la época memorable de Yuvenco, sino que fecundadas segunda vez por el espíritu de libertad é independencia que anidaba en nuestros mayores, revelaban en su misma tosquedad que habían echado profundas raíces en el suelo de España, para vivir con nueva y no menos gloriosa vida. Hé aquí cómo, al quedar reducida á la categoría de lengua muerta, perdía la latina el imperio antes ejercido sobre la muchedumbre, cediéndolo á los nuevos idiomas formados de sus propias reliquias; y cómo al reconcentrarse otra vez en las escuelas de monasterios y catedrales, para reponerse de semejante pérdida con el recuerdo de la tradición greco-romana, dejaba la literatura eclesiástica en completa holgura á la poesía popular, que ensanchando de día en día la esfera de sus triunfos, hacia alarde de enérgica vitalidad é independencia.

Cuando reconocidos con verdadero espíritu filosófico todos estos pasos, nos paramos á considerar el empeño con que la mayor parte de los críticos, así nacionales como extranjeros, procuran hacerla tributaria de otras literaturas, aun antes de tener vida, no sólo nos juzgamos obligados á rechazar tan erróneos asertos, sino que es para nosotros un misterio obcecación tan lastimosa. Concede la historia á los pueblos más incultos de la antigüedad cantos primitivos, inspirados únicamente por el instinto poético: los aborígenes de Italia ensalzan las victorias de sus candillos en multiplicados himnos guerreros <sup>1</sup>; los bardos celebran en versos heroicos las proezas de sus más ilustres varones al dulce compás de la lira <sup>2</sup>; los antiguos pobladores de Iberia conservan la memoria de sus padres en largos y seculares poemas <sup>3</sup>; y en más cer-

1 Niebhur, *Hist. Rom.*, tomo I de la version francesa.

2 Bardi quidem fortia virorum illustrium facta heroicis composita versibus cum dulcibus lyrae modulis cantitarunt (Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum*, lib. XV, cap. IX, núm. 8).

3 Téngase presente lo que en el cap. I de esta I.<sup>a</sup> Parte observamos so-

canos tiempos, bien que en un estado todavía más agreste, consignan los moradores del Nuevo Mundo los hechos notables de sus caciques y señores en sus belicosos *mitotes* y funerales *areyfos*<sup>1</sup>, ó ya transmiten de padres á hijos los habitantes del archipiélago Filipino en sus fogosos *tagumpays* la historia de sus más afamados capitanes, recordando al par en sus *dalaos* los trofeos alcanzados sobre sus enemigos<sup>2</sup>. Y mientras á nadie es permitido, sin pasar plaza de indiscreto, poner en duda la originalidad de todos estos cantos,—al tratar de los orígenes de la poesía española, perdiendo la senda de la verdadera investigación, llega el extravío de los críticos hasta el punto de hacerla forzosamente derivada de otras poesías coetáneas, señalándole diversas y encontradas fuentes, y cayendo por tanto en lamentables contradicciones.

Dos son no obstante las opiniones más generalmente propaladas: pretende la primera encontrar en la poesía de los árabes el modelo, á que respecto del metro y de la rima se ajustaron los cantores vulgares para componer aquella suerte de himnos religiosos y guerreros, que tomando al cabo por medio de expresión los nacientes idiomas, han llevado por excelencia el título de *romances*: intenta la segunda hallar en la poesía provenzal el tipo

bre el particular con la autoridad de Estrabon: véase también la *Ilustración* II.<sup>a</sup> del presente volumen.

1 Oviedo, *Historia general y natural de Indias*, I.<sup>a</sup> Parte, lib. V, cap. I; Parte II.<sup>a</sup>, lib. XXV, cap. IX, y en otros lugares en que explica las costumbres primitivas de los americanos. Véase la edición de la Academia de la Historia, hecha bajo nuestro cuidado (1851 á 1855).

2 Digna es de tenerse presente la clasificación que los indios tagalos hacían de sus diversos cantares, única expresión de su naciente cultura. El nombre genérico de toda canción era *avit*; las relaciones poéticas, en que se consignaban los hechos históricos, se denominaban *pamatbat*; el canto de los remeros *daguiray*; el de las fiestas y borracheras *hilirao*; el de las bodas *diona*; el de los funerales *sambit*, *ombayi*, ó *sambitan*; el religioso *divang*; el de la cuna *hilina* ó *hinli*; el acordado de varias voces *yndolanin*; el desordenado *balalong*; el melodioso y suave *caguinguing*; y finalmente el desacordado, á que mezclaban terribles aullidos, *tangloyan*. Los himnos de guerra y de victoria llevaban los nombres notados en el texto, señalándose todo cantar antiguo con el título de *talindax* (*Vocab. de la leng. tagala* de los PP. Juan de Noreña y Pedro de San Lúcar, Manila, 1754).



inmediato de la versificación empleada por los primeros poetas eruditos ó *yoglares de péñola*, adelantándose á resolver, que no sólo «adoptaron la medida, sino hasta la colocacion de sus versos»<sup>1</sup>; opinion que ha tomado no há mucho grandes creces, haciéndose extensiva á toda la poesía ultramontana<sup>2</sup>. Los que han seguido la filiacion arábica, parecen haberse fundado en la vulgar creencia de que sólo con la invasion sarracena volvieron á ser gratos para los pueblos occidentales los encantos de las musas, ahogados del todo por los gritos de la escuela y por el estruendo de las armas los generosos instintos de la sociedad es-

1 Moratin, *Orígenes del teatro español*, nota 6.<sup>a</sup>.

2 Como habrán comprendido sin duda los lectores, nos referimos á la teoria sustentada en la *Introduccion* á la traduccion francesa del *Poema del Cid*, por el muy erudito Damás-Hinard (§ V, pág. XXXIII y siguientes). Con tanto acopio de erudicion como ingenio, pero sin que logre traer la conviccion á ningun lector realmente iniciado en el estudio de la métrica y de la prosodia española, intenta el distinguido traductor manifestar, tomando por ejemplo el *Poema del Cid*, que su versificación es derivada de las canciones de *gesta* francesas, adelantándose á sentar estos asertos: «Consacré par les romans carlovingiens de la France du midi et du nord, avant de passer dans notre Poème [du Cid], le mot *gesta* ou *geste* (narration historique en vers) indique aux critiques espagnols que, pour voir d'où vient leur versification, au lieu de tourner un regard superstitieux vers l'Orient, ils feraient mieux de regarder de ce coté des Pyrénées» (pág. XXXIV). Ni al Oriente ni al otro lado de los Pirineos han menester volver sus miradas los criticos españoles que en algo tengan la historia, para hallar las verdaderas fuentes de la metrificación, adoptada por los cantores vulgares y recibida más tarde por los eruditos. Como los provenzales (de quienes especialmente trataremos), los italianos y los mismos franceses, gozan nuestros padres por derecho propio la herencia legítima de la gran civilizacion romana, guardando acaso el tesoro de la tradicion con más fidelidad que otros pueblos, merced á los nobles instituidores que siguen las huellas del grande Isidoro, llevando una y otra vez su influencia del lado allá de los Pirineos. Acaudalados con todos los metros latinos, guardados por la Iglesia en sus riquísimos *Himnarios*, ¿qué necesidad tenían los españoles de mendigar fuera lo que tenían en casa con tanta abundancia? Pero al estudio especial de todos estos puntos hemos consagrado las *Illustraciones* del presente volúmen, y no hay para qué alterar el plan de nuestros trabajos, por más que las nuevas teorías que diariamente se anuncian sobre la historia de la Península Ibérica, en todas sus manifestaciones, nos fueren alguna vez á ser insistentes.

pañola: los que han abrazado la genealogia franco-provenzal, procuran apoyarse principalmente en la prioridad de esta poesia sobre todas las modernas; y al mismo tiempo que niegan á las demás naciones la facultad del canto, concedida aun á los pueblos más bárbaros, condenan á nuestros padres á ser los últimos que despiertan del pretendido letargo, en que todas yacian <sup>1</sup>.

Mas no se han menester hercúleos esfuerzos para probar lo aventurado, injusto y arbitrario de semejantes asertos, si bien por lo arraigados y extendidos piden de suyo ser tomados en cuenta, y por lo contrarios á la verdad y ofensivos al sentido histórico de la nacion española merecen ser ámpliamente refutados y dignamente desvanecidos; tarea que adelante realizamos para completar los presentes estudios <sup>2</sup>. Bueno será, no obstante, manifestar desde luego que ambas opiniones flaquean por su base, cuando se fija la vista en los estudios que llevamos hechos; pues que los monumentos, en su lugar examinados, prueban que lejos de haber caido España durante la monarquia visigoda en el doloroso cuanto inverosímil estupor que suponen los arabistas, nunca habia recibido la poesia tan ardiente culto, llegando á degenerar este en verdadero frenesí <sup>3</sup>: prueban asimismo con no menor evidencia que no interrumpida, al derrocarase aquel Imperio, la tradicion de eruditos y populares, si pudo la musa cristiana dirigir su vuelo á distintas esferas, en vez de enmudecer con el estruendo de las armas, recobraba en mitad de las lides más vigoroso acento <sup>4</sup>. Los pueblos que, como el español, descansan en un pasado lleno de gloria ó iluminado por la antorcha de la religion, en cuya defensa militan; que han logrado una manifestacion literaria tan rica, varia y majestuosa como la que ilustran en tantos siglos los nombres de Séneca y Lucano, Mar-

<sup>1</sup> Villemain, *Tableau de la litter. du Moyen Age*, tomo II de la ed. de 1852, loc. XV.

<sup>2</sup> Véanse en toda su extension las *Ilustraciones* IV.<sup>a</sup> y V.<sup>a</sup>, donde ayudados de la historia y de la filosofia, procuramos ilustrar estas importantes cuestiones, relativas á los origenes de la literatura vulgar española.

<sup>3</sup> Cap. X, pág. 147 y siguientes.

<sup>4</sup> Cap. XIV, pág. 202 y siguientes.



cantos nacionales, contrarios, interior y exteriormente considerados, al genio peculiar de ambas musas, sin caer en reprehensible error, y sin olvido manifiesto de todo fundamento histórico.

Dia llega por cierto en que esa doble influencia, generalmente presentida, mas no determinada todavia cronológicamente por ninguno, de una manera incuestionable, en la historia de nuestras letras <sup>1</sup>, se insinúa en ellas clara y distintamente; y mengua seria entonces de la sana crítica el desconocerla ó rechazarla, despojándose de los medios de explicar uno de los más sorprendentes y fecundos desarrollos de la civilizacion española. Pero cuando esto se verifica, sobre haber experimentado ya la *poesía escrita* de los vulgares una trasformacion importante, lleva andado largo camino, despues de merecer el nombre de *erudita*; única situacion en que le era dado recibir toda influencia esencialmente literaria ó filosófica. La del arte indo-oriental, que como la de los trovadores provenzales, sólo pudo penetrar en la literatura castellana á mediados del siglo XIII <sup>2</sup>, se habia ya indicado á principios del XII en la latino-eclesiástica con los doctos trabajos del celebrado converso Pero Alfonso, quien atento á ser útil al gremio católico, en que se habia inscrito, puso en la lengua de la Iglesia la peregrina coleccion de apólogos que procuramos quila-

<sup>1</sup> Terminados teníamos estos estudios, cuando Mr. Adolfo de Puibusque dió á luz su docta y elegante traduccion del *Conde Lucanor*, precedida de un excelente discurso sobre la introduccion del apólogo de Oriente en Occidente (Paris, 1854). En ella, si bien no llega á establecer bajo todas sus relaciones la tradicion literaria de la forma simbólica, resuelve acertada y magistralmente muy interesantes cuestiones, abriendo el camino á la verdadera investigacion critica. Mr. de Puibusque no vacila en adjudicar á España la gloria de haber traído al seno de Europa el apólogo oriental; justicia que si no se nos habia rehusado antes de ahora, tampoco se nos habia hecho noble y paladinamente. Mientras prosiguiendo nuestros estudios, llega el momento de mencionar con mayor espacio el erudito discurso de Mr. Puibusque, juzgamos conveniente rendirle el homenaje de nuestra gratitud, por el loable celo con que ha procurado tratar punto de tanta importancia en la historia de nuestras letras.

<sup>2</sup> Véase el cap. IX del siguiente volúmen.



tar en el capítulo precedente, distinguiéndola con el título de *Disciplina Clericalis* <sup>1</sup>.

Siglo y medio transcurre sin que hallemos en las letras españolas, cultivadas por los que se pagaban de entendidos, huella alguna del arte oriental ó simbólico, siendo necesario avanzar todavía hasta la segunda mitad del XIV para encontrar en el idioma castellano las estimadas fábulas de Pero Alfonso <sup>2</sup>. Mas este apartamiento que esteriliza por tantos años respecto de la literatura vulgar los laudables esfuerzos de aquel diligente cultivador de la oriental y de la eclesiástica, tenía origen en el mismo estado á que había venido la última, con el nacimiento y natural progreso de las lenguas romances, que aspiraban desde la cuna á ser las únicas que representaran la nacionalidad literaria de nuestros abuelos. Ya lo dejamos apuntado y conviene aquí repetirlo: la Iglesia española, que inmutable como el dogma sobre que su constitucion estribaba, no podía admitir las referidas lenguas por intérpretes de la liturgia, se había visto forzada desde mediados del siglo XI á usar de toda su autoridad, para que se conservara por ambos cleros el degenerado latin de las escuelas <sup>3</sup>: sus repetidos mandatos, segundados por las colonias cluniacenses, que pasan los Pirineos bajo los auspicios de Alfonso VI, producian al cabo una reaccion favorable á los estudios, renovándose en ellos las

<sup>1</sup> Decimos que puso en la lengua de la Iglesia, porque al comenzar el prólogo parece dar á entender que escribió antes en otra este peregrino libro, con las siguientes palabras: «Deus in hoc opusculo mihi sit in auxilium, qui mihi librum hunc componere et in latinum convertere compulit.» Aunque algunos sospechan que pudo ser el romance vulgar, tenemos por más fundado que fuera esta su lengua materna la hebrea, cultivada á la sazón con sumo esmero por los más doctos rabinos de Aragon y de Castilla.

<sup>2</sup> La traduccion castellana del precioso libro de Pero Alfonso es absolutamente desconocida en la república literaria. Descubierta por nosotros, así como otros muchos monumentos de la poesía y de la elocuencia española, nos reservamos darla á conocer en lugar oportuno de la presente *Historia crítica*.

<sup>3</sup> Entre otras disposiciones que pudiéramos alegar, debe recordarse el cánon ya citado antes de ahora, en que los Padres del concilio de Santiago ordenaron que no se eligiesen abades, sin que antes probaran que sabian explicar las Santas Escrituras [1056].



nociones de la antigüedad clásica en la forma que hemos reconocido, al examinar los libros de Pedro Compostelano <sup>1</sup>. Pero á medida que los estudios eclesiásticos se reponen y cobra con ellos mayor lustre la ya muerta lengua latina, se estrecha el círculo de sus cultivadores, creciendo la distancia que los separa de los poetas vulgares, desdeñándose, ya que no repeliéndose mutuamente; y este aislamiento, que sólo podía cesar cuando llegaran las nuevas literaturas á ser patrimonio de los doctos,—poniendo cierto limite y valladar entre discretos y populares, hacia infecundas y frustráneas todas sus recíprocas conquistas.

No otras son las principales causas que contribuyen á encerrar por tanto tiempo dentro de la esfera de las letras latino-eclesiásticas los elementos indo-orientales, traídos al seno de la civilización española por el converso Pero Alfonso: la poesía vulgar, todavía en su cuna, cuando la *Disciplina Clericalis* se escribe, sólo podía alimentarse del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico que le habian dado vida. Eran la piedad y la guerra las únicas fuentes de sus inspiraciones; y atenta sólo á fortificar la creencia y á preconizar las victorias alcanzadas en su nombre sobre la morisma, ni cumplia á su alto ministerio el desvanecerse con extrañas conquistas y preseas, ni le era dable tampoco mudar de índole y naturaleza, sin perder en un solo día aquella enérgica vitalidad, que aun despues de hecha erudita, debía ca-

<sup>1</sup> Cap. XIV. Una observacion general, relativa á la poesía latina, comprueba con mayor exactitud estas observaciones. Mientras decae y se pierde cada dia más, en las obras escritas en prosa, el uso del hiperbaton, segun hemos repetidamente advertido, se esfuerzan los metrificadores en hacer galá de su empleo, no pareciendo sino que restaurada esta nocion con el estudio de los clásicos, fiaban todo el éxito de sus poemas á su más frecuente ejercicio. Una diferencia capital se descubre no obstante entre las producciones de los clásicos y las obras de que tratamos: en aquellas cede el hiperbaton á la naturaleza musical de la prosódia, aumentando en consecuencia las bellezas del lenguaje: en estas satisface sólo á la realizacion de un precepto, más respetado que comprendido, produciendo á veces oscuridad y enmarañando casi siempre la frase. De cualquier modo la observacion es digna de consignarse, y su comprobacion tan fácil y sencilla, como que basta sólo para producir la lectura de algunos versos (Véanse los citados en el capítulo anterior y los más de la *Ilustracion* I.<sup>a</sup>).

racterizarla, sometiendo á su imperio cuantas ideas y formas literarias y artísticas vinieran al suelo de la Península.

Bajo estas condiciones y auspicios llegaban pues á fijarse por medio de la escritura los cantos de la musa popular, dando principio á la inextimable série de monumentos, que reflejando vivamente la cultura de nuestros mayores, forman la historia de la manifestacion del genio español en las lenguas romances, sobre las cuales predomina al cabo la castellana, hablada en las regiones centrales de la Península <sup>1</sup>. Con su exámen emprendemos tambien nosotros la difícil y larga tarea, á que sirven de indispensable y naturalísimo cimiento cuantos estudios llevamos hechos, abrigando la seguridad de que, así como lo hemos realizado respecto de las latinas, hallaremos plenamente confirmadas en la exposicion crítica de las obras escritas en lenguas vulgares, las observaciones y principios fundamentales que dejamos asentados en orden á la índole del ingenio español, uno siempre en su esencia, bien que vario en sus accidentes exteriores. Ni pudiéramos en esta parte temer la nota de inconsecuentes, cuando al recorrer con investigadora solicitud las diferentes edades, por que vá pasando desde que dá señales de vida bajo la protectora salvaguardia de los Césares, hasta que toma por instrumento los idiomas vulgares, le hemos visto siempre consecuente con los principales caractéres, de que hace gala al aparecer en medio de los antiguos pueblos, mostrándose al par en absoluta consonancia con las distintas necesidades experimentadas por la sociedad y en estrecha armonia con las manifestaciones de las demás artes <sup>2</sup>.

Sin renunciar por tanto á su propia esencia, sin abjurar pobre

1 Introduccion, págs. C y siguientes.

2 Este aserto tiene su más completa confirmacion en la historia de las bellas artes, que como la poesía, estan llamadas á revelar con toda fuerza y exactitud el progresivo estado de la cultura de cada pueblo. Á falta de una historia tan completa como sin duda exige nuestra patria, remitimos á nuestros lectores al ya citado *Ensayo Histórico sobre los diversos géneros de Arquitectura empleados en España*, donde bajo el aspecto de esta arte hace el docto académico, don José Caveda, importantes observaciones (Caps. II, III, IV, V, VI y VII, Madrid, 1848).

y mezquinamente de su originalidad en todas partes consignada, imposible era que interrumpiese el ingenio español su curso grave y majestuoso, arrastrando por el contrario en su impetuosa corriente cuantos ricos y extraños veneros llegaron á acaudalarlo. No olvidemos tampoco respecto de esta ley suprema de la literatura española, que siendo una misma la ocupacion de la sociedad entera, antes y despues del triunfo alcanzado en la forma ya indicada por las lenguas romances, ocupacion en que estribaba grandemente su felicidad futura, uno debió ser tambien el interés que dominara en las creaciones del arte, llamado á representar la vida intelectual del pueblo, por más que entrando en las vias del verdadero progreso científico y literario, pudieran aquellas modificarse en ciertos y determinados accidentes. Esta unidad y consecuencia del ingenio y del arte español, si es lícito llamarlo así, forman pues la más ámplia base de sus producciones, y deben servir de seguro norte á los fallos de la crítica, si ha de merecer el título de filosófica, logrando al propio tiempo llegar al término de tantos ambicionado, si bien de nadie hasta ahora conseguido.

Tal ha sido en verdad nuestro constante anhelo, al examinar en el largo espacio que llevamos andado las obras producidas por las letras hispano-latinas en medio de tantos contratiempos y vicisitudes. Ni el vano propósito de ostentar una erudicion laboriosamente allegada, ni el infecundo afan de establecer inverosímiles teorías, nos han movido por ventura á dar á las presentes investigaciones la extension que han recibido de nuestra pluma. Para apreciar dignamente lo que habia sido, era y debia ser el ingenio español, parecianos de todo punto necesario el conocerlo por entero, evitando así el peligro en que han caído casi todos cuantos dentro y fuera de España han escrito de nuestra literatura, dejando por resolver multiplicados problemas, y su historia lastimosamente acéfala <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Notable es en verdad que el último escritor extranjero que ha procurado trazar la *Historia de la literatura española*, el muy erudito Mr. George Ticknor, arrastrado en la general corriente, haya incidido en este censurable error de crítica. Al aparecer su obra en la república de las letras, decíamos,



Que hemos alcanzado alguna parte del fin propuesto lo prueba con la posible evidencia la série de observaciones que constituyen estos estudios: de ellos se desprende sin género alguno de dudas ni perplejidades, que si han sido varios y encontrados los intereses que agitan durante muchos siglos el suelo de la Península; si han conturbado profundamente grandes conflictos y afrentosas catástrofes á sus moradores; si, en una palabra, se han visto sus hijos sometidos por la mano de la Providencia á todo linaje de infortunios, siempre se ha reflejado en las creaciones del arte esa unidad interna, esa entidad especialísima, ese *quid hispanum*, que dando perenne testimonio de la enérgica vitalidad del sentimiento, debía trasmitirse con igual fuerza á las generaciones futuras, para infundir su genuina y vigorosa fisonomía á nuestra nacionalidad literaria.

Demostrar la forma en que este hecho se verifica respecto de los primeros monumentos escritos de la poesía vulgar; descubrir esas relaciones interiores del arte y de la idea que domina en las más apartadas épocas, objeto es ya de los siguientes volúmenes, donde aspiraremos, como hasta aquí, á seguir fielmente bajo todas sus fases el vario y complicado desarrollo de la civilización española. No hay para qué detenernos á manifestar sin embargo, que preferiremos constantemente á todas las demás la manifestación literaria, y que sólo acudiremos á las ciencias ó á las artes para demandarles auxilio, cuando no alcancemos á ex-

acerca de su plan, lo siguiente: «Mr. George Ticknor, desentendiéndose de »la averiguación filosófica de los orígenes de la literatura española, no ha »preparado en que iba su historia á carecer de verdaderos cimientos, apare- »ciendo á la vista de los hombres entendidos como una obra *lastimosa- ment* »*vacífla*. Desprovisto del poderoso auxilio que habria encontrado sin duda »en semejantes especulaciones, ni le es dado explicar de una manera sen- »cilla y satisfactoria el nacimiento de la poesía española, ni acierta á fijar sus »primeros pasos, ni sospecha siquiera sus primitivas trasformaciones, de- »jando en las tinieblas y oscuridad en que yacian, aquellos preciosos monu- »mentos de nuestra cultura» (*Revista Universal*, tomo II, pág. 282). Al cen- »surar pues el plan adoptado por Ticknor, claro y evidente era que nosotros »habíamos intentado echar más ancha base á las investigaciones crítico-lite- »rias, sin que por esto abrigáramos la vana presunción de haber logrado com- »pleto acierto.

licar de otra manera lo que son, lo que valen y lo que representan por sí las obras del ingenio, cuando tienen por instrumento término de expresion la palabra.

Cómprenos hacer, antes de terminar, una declaracion importante: hasta ahora hemos considerado en conjunto las producciones del ingenio español, ya hayan sido fruto de los hijos de la tigua Bética, ya de la Lusitania, y ora hayan florecido orillas del Jalon, ora á las márgenes del Túrta: todas lograban en la lengua latina, así en los dias de su mayor grandeza como en su lenta y sucesiva decadencia, un solo medio de manifestacion, caminando en consecuencia por el mismo sendero; mas esta unidad anterior no podia menos de alterarse con la aparicion de las lenguas vulgares, llegando á quebrantarse enteramente, luego que tienen las mismas el lauro de ser escritas. Todas habian alegado esta entonces iguales títulos para alcanzar la preferencia como lenguas literarias; pero erigida Castilla por larga serie de acontecimientos en centro del Imperio cristiano, y conforme ó semejante á todo su viril y armonioso idioma al hablado en la mayor parte de las regiones centrales de la Península <sup>1</sup>, ostentábase al cabo como el más digno intérprete de la nueva literatura, ya cultivada por eruditos y populares, dejando á los demás romances reducidos, con el trascurso de los siglos, á la simple categoria de *dialectos*. Así que, sin despojar á Galicia y Cataluña de la gloria que justamente les corresponde en el desenvolvimiento de la poesia nacional <sup>2</sup>; sin condenar tampoco á sus más señalados ingenios á

<sup>1</sup> Véase la *Ilustracion II.*<sup>a</sup>, donde procuramos señalar las comarcas donde fué hablada desde su cuna la lengua que lleva por excelencia título de *castellana*.

<sup>2</sup> No juzgamos ocioso el notar aquí que al mencionar á Galicia, tenemos tambien en cuenta á Portugal, cuya literatura, por más que el ciego espíritu de bastardos intereses ose contradecirlo, reconoce las mismas leyes fundamentales que la española, como nacida en su propia cuna y alimentada de su propio sangre. Ni puede con más razon desgajarse del árbol de la nacionalidad española la poesia catalana, cualquiera que sea el empeño de separar sus desechos del resto de la Península. Lo que la Providencia ha consentido y la historia revela con luz clarísima, no ha de someterse al capricho de interesados culos, ni permanecer envuelto en el error, aunque haya este nacido entre

un ostracismo injusto y arbitrario, dirigiremos principalmente nuestras fuerzas á examinar y quilatar toda suerte de obras escritas en el habla de Lain Calvo y Nuño Rasura, como que en ellas contemplamos el firme y duradero cimiento del magnífico é inmortal edificio, en cuya cúpula resplandecen las figuras de Garcilaso y de Herrera, de Lope de Vega y de Calderon, de Mariana y de Cervantes.

La exposicion histórica, á cuyo término llegamos, ha menester por último, como natural complemento, el desarrollo de ciertas cuestiones que hemos tocado de pasada, atentos á no producir oscuridad ni embarazo, ya al verificar la análisis de las obras, ya al deducir de ella la doctrina. Naciendo todas de la materia misma que tratamos, encamínanse todas directamente á su ilustracion, formando en consecuencia parte principalísima de la *Historia crítica*. Refiérense, no sólo á la poesia escrita durante los siglos VIII, IX, X, XI y XII, tomando en cuenta los orígenes latinos de las formas artísticas; no sólo á la derivacion y moldeamiento, si es dado decirlo así, de las lenguas romances, y con ellos al estudio y quilatacion de los medios expositivos de la poesia vulgar escrita,—sino tambien á la investigacion de las formas que reviste la verdadera poesia popular, cuya nocion anda entre los doctos por demás desnaturalizada, considerando al par como elementos del arte, en cuya elaboracion alcanzan parte muy activa todas las clases de la sociedad, los refranes ó proverbios vulgares, reliquias de la antigua sabiduria y piedra de toque de la moral práctica de los pueblos.

Entrañadas estas cuestiones en cuantos estudios llevamos realizados, solicitaban naturalmente completa ilustracion, tanto para desenvolver las teorías indicadas respecto de los referidos puntos,

sabios. La literatura portuguesa y la catalana, enlazadas estrechamente con la que nace, crece y se desarrolla durante la edad media en el centro de las Españas, no pueden ser olvidadas por nosotros, sin renunciar á sabidas á los fines trascendentales á que aspiramos: justo es asignar por el contrario en el flujo y reflujo de las ideas y de los sentimientos, ya de las extremidades al centro, ya del centro á las extremidades, el lugar que realmente alcanzan en el desenvolvimiento de la civilizacion española; y á este propósito nos encaminaremos cada vez que lo exija el desarrollo histórico.

cuanto para abrir y dejar del todo llano y libre de obstáculos el camino que debemos seguir en la investigacion y examen de los monumentos de la literatura vulgar, al estudiarlos en relacion con todos los elementos de cultura atesorados por nuestros mayores. Á uno y otro fin trascendental atendemos pues en las siguientes *Ilustraciones*, que siguiendo la comun corriente y en el general lenguaje de los eruditos podríamos designar bajo el título de *Orígenes*, si no penetrasen más profundamente en el campo de la antigua civilizacion las raices de la gran nacionalidad literaria, que tiene por legítimos intérpretes en tan apartadas edades á Séneca y Lucano, á Isidoro é Ildefonso, á Mena y Santillana, á Calieron y Quevedo.

Ni dejaremos tampoco la pluma sin consagrar algunas líneas á levantar los errores ó templar al menos las pretensiones por extremo ambiciosas de los que, desconociendo la generosa idea que el pueblo ibero abrigaba respecto de su noble origen <sup>1</sup>, y ol-

1 Si bien tendremos ocasion de ampliar adelante este aserto, parecemos oportuno llamar aquí la atencion de nuestros lectores respecto de su importancia, en orden á los primeros tiempos de la reconquista y á las obras literarias hasta ahora examinadas. Mientras todos los historiadores modernos han apurado el diccionario de sus respectivas lenguas para calificar de *barbaros* y suponer hundidos en el mayor embrutecimiento á los paladines de la religion y de la patria, que heredan la inclita empresa de Covadonga; mientras desdeñando las producciones literarias que revelan el angustioso, pero no despreciable estado de su cultura, han exagerado los críticos de nuestros dias la pobreza y ruda ingenuidad de sus cronistas y poetas, hasta declararlos indignos de toda consideracion y estudio,—aquellos paladines, aquellos historiadores y cantores sagrados y profanos, que han yacido en absoluto menoscabo, daban claro y elocuentísimo testimonio de abrigar el noble sentimiento de su origen, declarándose una y otra vez como representantes y herederos de la raza latina y de la civilizacion que su nombre revelaba. Dominados por este anhelo y llevados del incontrastable imperio de la tradicion clásica, cuyo profundo sello hemos descubierto en todas partes, designaban los discipulos del grande Isidoro, como lo habia hecho este al comenzar del siglo VII, con título de *barbaros* á cuantos no pertenecian á su raza ni á su civilizacion, sin exceptuar á los mismos Califas que mayor impulso dieron en su suelo de Córdoba á la tan celebrada de los árabes. Este hecho constantemente reproducido, así en los cronistas como en los poetas y aun en los documentos cancelarios, contribuye pues eficazmente á formar concepto del

vidando tal vez que «bajo el aspecto de la nacionalidad ocupa la »literatura española el primer puesto» <sup>1</sup>, la condenan desde antes de nacer á ser derivada y tributaria; y como ha tenido y tiene todavia entre los doctos excesivo predominio la creencia, ya por nosotros contradicha, de que es la poesía de los trovadores primera fuente de la castellana, justo nos ha parecido dar fin y remate á las indicadas *Ilustraciones*, tratando de propósito esta cuestion para averiguar lo que es, vale y significa en nuestro suelo la influencia de la poesía provenzal, no sin que en los momentos oportunos y cuando lo pide el desarrollo de la historia la admitamos con imparcial espíritu y procuremos determinarla y reducirla á sus justos y verdaderos límites.

Entremos pues en el particular estudio de los puntos mencionados.

que nuestros mayores tenian de su propia significacion é importancia, manifestando una vez más la aversion con que veian cuanto podia ofender la antigua nacionalidad por ellos inmediatamente representada. Véanse en la *Ilustracion* II.<sup>a</sup> del presente volúmen los oportunos comprobantes, al estudiar la formacion de las hablas vulgares.

<sup>1</sup> Federico Schlegel, *Historia de la literatura antigua y moderna*, tomo I, cap. XI. Véase nuestra Introduc., pág. II.

---

# ILUSTRACIONES.

---

## I.

### SOBRE LA POESIA ESCRITA EN LOS SIGLOS VIII, IX, X, XI Y XII.

---

#### ORIGENES LATINOS DEL METRO Y DE LA RIMA.

## I.

Cuestion intrincadísima ha sido para los eruditos la averiguacion de los orígenes de las formas poéticas de las modernas literaturas; y no menos que los críticos extranjeros han disputado los españoles sobre este punto. Mas ¿ha surgido en medio de tanta controversia la luz apetecida por los verdaderos investigadores?... Las teorías preconcebidas por una parte, la diversidad de estudios por otra, y las preocupaciones de escuela, obstáculo insuperable á toda razonada discusion, han sido causa bastante á que, lejos de ilustrarse semejante materia, hayan aparecido tantas opiniones, sistemas y teorías como escritores la han tratado, olvidado á la continua el desarrollo natural de la civilizacion, y menospreciadas por tanto las enseñanzas de la historia.

Fué por otra parte empeño comun de los críticos del pasado si-

glo el rechazar, como cosa vana y contraria á las bellezas de la poesía, el ornamento de la *rima*, no curándose más de reconocer las sendas verdaderas, por donde se había derivado á los cantos vulgares la *metrificación*, empleada durante la edad media y trasmitida á los siglos modernos. Teníase por servil sujecion el uso de aquella: calificábasele de pueril, insípida, frívola é inarmónica; tildábasele de bárbara, y en medio de este universal desprecio, dábale por cierto que, así como los feudos y los duelos, debía su origen á los pueblos del Norte <sup>1</sup>. Esta aversion, hija al par de la intolerancia y del exclusivismo de los eruditos, haciéndose extensiva á la antigua metrificación, ya desdeñada desde la época del *Renacimiento* greco-latino (siglo XV al XVI), lanzando el desprecio sobre las formas poéticas del arte nacido en la edad media, debía llevar y llevó en efecto á los que en España se preciaban de doctos hasta las lindes del mismo absurdo, dando á la *metrificación* y á la *rima* bastardos orígenes, y perdiéndose con los escritores extranjeros en mil encontradas hipótesis <sup>2</sup>.

No negaremos nosotros que en el cúmulo de opiniones asentadas con el referido propósito, se descubre alguna parte de verdad, principalmente respecto de las literaturas orientales, designadas en general como únicas fuentes de la *rima*, punto que así como el de la *metrificación*, tocaremos en lugar oportuno con el detenimiento que en nuestro sentir requiere <sup>3</sup>. Pero concretándonos ahora á la investigación de los orígenes latinos del *metro* y de la *rima*, base principal y verdaderamente histórica de estos ornamentos artísticos de las poesías vulgares, cúmplenos ante todo recordar cuantos hechos dejamos reconocidos en el estudio de la manifestación latina del genio español, siendo estos el más se-

<sup>1</sup> Mr. Du Bos, *Reflexions critiques sur la poesie et la peinture*, Part. I.<sup>re</sup>, sect. XXXVI.

<sup>2</sup> Aludimos á las contradictorias teorías de los eruditos Bembo, Massieu, Huet, Fauchet, Quadrio, Pasquier, Marvèsin, la Ravallier y tantos otros como han tratado de los orígenes de la rima, al considerarla en las modernas literaturas. Estas teorías fueron seguidas en nuestro suelo por los escritores del pasado siglo, entre quienes pueden citarse por su autoridad Sanchez, Luyando, Sedano y aun el benedictino Sarmiento. Véase la *Ilustración* III.<sup>a</sup>

<sup>3</sup> Véase la ya indicada *Ilustración* núm. III.

uro comprobante y guía de la verdad, que sinceramente anhelamos.

La análisis de las obras de Séneca y Lucano, Marcial y Columela nos ha enseñado que fué cultivada por los españoles la literatura romana, ejerciendo en ella no escasa influencia: las formas poéticas adoptadas por tan celebrados vates eran las mismas empleadas por Horacio y Virgilio, sin que intentaran un solo momento sustituirlas con otras, por más grande que fuese el instinto de independencia que los animaba. Ni hemos perdido de vista, al examinar las producciones de Yuvenco y Prudencio, de Juvencio y Draconcio, honra de las letras cristianas, que desde el instante en que la doctrina del Crucificado triunfa de la gentilidad, aquella dulce y melancólica musa que buscaba su inspiración entre los gemidos de las vírgenes llevadas cruelmente al martirio, ora en las soledades misteriosas del yermo, exhaló sus insatisfechos ayes en versos latinos, donde no pudiendo ya tener entero cumplimiento las leyes de la antigua métrica, hubieron de introducirse tales alteraciones, que fueron bastantes á revelar el portentoso cambio operado en el mundo.

Caminaba en esto la poesía de acuerdo con las demás bellas artes, según hemos advertido antes de ahora <sup>1</sup>: la arquitectura, destinada á escribir en monumentos de piedra la historia de los pueblos, fué acaso la primera que en este movimiento trazó la nueva senda que debían seguir sus hermanas. No pudiendo satisfacer en modo alguno los templos del paganismo las necesidades del culto cristiano, que por tan diferentes caminos se apartaba de la ecogonia griega y latina, menester era que se empleasen nuevos medios para llenar cumplidamente aquellas condiciones de la religión y de la creencia. Perseguida primero la Iglesia de Cristo, buscó asilo en los lúgubres subterráneos de las *catacumbas*: libre al fin y triunfante de sus perseguidores, halló en las *basílicas* seguro albergue, hasta que desplomados sobre el Imperio romano los pueblos del Norte, y envueltos en la comun ruina los antiguos templos del paganismo, comenzó á levantarse de entre sus escombros un nuevo arte, nacido para trasmitir á las generaciones

<sup>1</sup> Cap. V del presente volumen.  
TOMO II.



futuras el vacilante estado de aquella sociedad, donde caducaban las costumbres, las leyes y las creencias ante el sublime símbolo del Gólgota.

Destruídos ya los templos de las falsas deidades, y despedazados sus mentidos simulacros, huyóse cuidadosamente de toda imitación interna y ritual de los primeros, empleándose sin embargo en las nuevas basílicas sus ornamentos y despojos. No era en verdad posible que los cristianos, vistos antes con aborrecimiento y entregados con frecuencia á la saña de los verdugos y de las fieras, pudiesen improvisar una arquitectura, distinta de todo punto de la cultivada por los gentiles, al ser declarado el cristianismo como religion del Imperio. Las columnas, los capiteles, los frisos y molduras que exornaban ya el templo de Júpiter, ya el de Saturno, ora el de Minerva, ora el de Diana, formaron pues el caudal de aquel peregrino arte, que aspiraba á ser original, acomodando los referidos ornatos á sus religiosas creaciones. Todo lo cambió, en efecto: la planta y distribucion se sometieron al órden gerárquico de la Iglesia y á la solemnidad de sus ceremonias: las columnas se agruparon para recibir los arcos que dividian entre sí las naves, símbolos de la de San Pedro; los frisos y molduras que habian decorado los suntuosos pórticos de los ídólatras, se distribuyeron y derramaron por el edificio; encerrándose finalmente dentro de sus muros todas las galas, de que en el exterior habian hecho fastuoso alarde los templos paganos. Así, aunque valiéndose de otros elementos, hijos de otra religion, y creados para satisfacer otras necesidades, logró el arte cristiano ser altamente original, llenando cumplidamente todas las condiciones de su existencia, y abrigando desde aquellos primeros dias los fecundos gérmenes que debian desarrollarse en siglos venideros.

No de otra suerte conquistaba la literatura latino-elesiástica las formas poéticas del arte clásico, que habian de atravesar las tinieblas de la edad media, para servir de ornato á las poesías vulgares. Los versos exámetros y pentámetros, que á tan alto punto se habian sublimado en la lira de los romanos; los sáficos y alónicos, los trocáicos, los yámicos, los dímetros y tetrametros yámicos, los octonarios y tantos otros metros como respo-

on ya á los acentos del patriotismo, ya á los dulces écos del  
r, durante el siglo de oro de las artes y de las letras latinas,  
an pues someterse á la imperiosa ley que reducía todos los  
entos de cultura del mundo antiguo á un centro comun, para  
aminarlos, modificados ya, por nuevos senderos. Aquellos  
las del cristianismo, nacidos despues de la gran ruina de las  
as, tan doctamente lamentada por Quintiliano, sin curarse de  
ntar nuevos sistemas métricos, sin aspirar tampoco á resti-  
su perdido esplendor á la musa de la gentilidad, acudieron,  
o los arquitectos cristianos, á demandarle sus galas y suntuo-  
atavios, para acomodarlos á sus *místicos* himnos y fervorosos  
tares, hijos de la más pura fé y ardoroso entusiasmo.

¿hé aquí cómo sobreviven á la destruccion del arte clásico y  
transmiten á los futuros siglos sus formas poéticas: porque así  
no en las basílicas y templos cristianos se habian incrustado  
gallardos frisos y graciosas molduras de la arquitectura ro-  
na; así como sus columnas y capiteles se habian acomodado  
distintos usos, ora perdiendo algunos de sus más airosos perfi-  
ora siendo reducidas á unas mismas dimensiones, así tambien  
versos greco-latinos encuentran en los monumentos de la poe-  
cristiana asilo y sagrado, sin que sean parte á adulterar su  
ncia, como no habian sido bastantes á desnaturalizar los tem-  
s del Dios único las joyas y preseas de los templos, donde re-  
lieron culto las mentidas deidades. Las formas, la ornamenta-  
n, digámoslo así, de que una y otra arte se valen, son hasta  
rto punto gentílicas: la esencia, el espíritu de ambas es alta-  
nte cristiano.

Apoderados los poetas cristianos de la metrificación latina,  
e habia ya perdido gran parte de su cadencia y armonia, no  
itaron para halagar ni deleitar á los menos, como lo habian  
cho la mayor parte de los poetas gentílicos: sus acentos, que  
ramaban sobre todos el bálsamo de la paz y de la esperanza,  
demandaban el pasajero aplauso de los doctos: repetidos por el  
blo bajo las misteriosas bóvedas de las basílicas, propagában-  
le generacion en generacion en mil y mil himnos; y purifica-  
así las formas de la musa profana en el crisol de la Iglesia,  
piábanse por último de toda sospecha de gentilismo. Ningun

documento puede ofrecerse en comprobacion de esta verdad claro y luminoso que el inextimable *Himnario-latino-visigodo* cuyo estudio y quilatacion consagramos el capitulo X del volumen y sus *Ilustraciones*. Apenas se hallará en la métrica visigoda una combinacion que no tenga allí uno y otro ejemplo; se guardan todas las leyes de la prosódia y del ritmo, y en casi todas las veces que se citan los cánones de la lengua, muéstrase tal como se conservan en la tradicion del arte, que no sin razon puede el *Himnario* ser considerado, respecto de las formas poéticas, como la realizacion de la doctrina expuesta por el doctor de la lengua en sus *Orígenes* <sup>1</sup>. No ha menester afortunadamente la conservacion de nuevas comprobaciones, sobre la lectura de los himnos conocidos por nuestros lectores, quienes no tendrán poca admiración á maravilla que se trasmitan esas mismas formas á los siglos siguientes, examinadas ya las vias por donde se deriva á la literatura latino-ecclesiástica de los siglos VIII, IX, X, XI y XII. El conocimiento vago, indeciso y lejano, pero respetuoso, de la literatura del antiguo mundo. Esta enseñanza, tenida en cuenta por nuestros eruditos, hasta el punto de perderse en estériles y absurdas investigaciones, de que adelante trataremos, se manifiesta de una manera indestructible con los documentos literarios que á continuacion incluimos, si bien debemos declarar que al recogerlos, hemos atendido principalmente á su importancia histórica.

Notable es sin embargo la variedad de metros que oímos emanados todos de la antigüedad clásica, y todos cultivados en siglos posteriores, así por los que se precian de doctos y empleando la lengua latina, como por los que desposeídos de aquellos estudios se contentan con expresar sus ideas en formas vulgares. De lo primero es claro testimonio la *Hymnographia Hispanica*, dada á luz por el diligentísimo Arévalo, y con ella en su mayor parte de cantos religiosos, escritos no solo despues de la invasion sarracena, sino aun despues del siglo XII. De lo segundo testifican las primitivas poesías, así castellanas como catalanas y gallegas, que han llegado á los tiempos modernos.

<sup>1</sup> Lib. I, cap. XVI.

hecho debemos consignar sin embargo: mientras la Iglesia, al ver el uso de los metros latinos, parece dar la preferencia á los metros octosílabos para los himnos sagrados, valiéndose igualmente de los *sáficos-adónicos* y *propios endecasílabos*, reciben éstos gran estimación de manos de los latino-populares; y dedicados casi exclusivamente á los históricos, son distinguidos con el título de *heróicos*, considerando la principal riqueza de la versificación en los siglos, á los que vamos refiriendo. De versos exámetros ó pentámetros se usaron, en efecto, la mayor parte de los poemas religiosos antiguos, que tenían por base la narración histórica: en exámetros y pentámetros se habían escrito y siguieron escribiéndose también las inscripciones públicas y los epitáfios, é iguales formas representaron en general los proloquios, adagios ó refranes, usados á andar de boca en boca, ya como expresión de pensamientos morales, ya de avisos higiénicos, ya de preceptos reli-

giosos. Se utilizaba y extendíase en tal manera la metrificación latino-popular entre los eruditos, comunicándose por último á los vulgares, que no conociendo por principios las leyes á que se ajustaba, aprendieron apoderarse de ella de un modo incompleto, empleándola como medio de manifestación, autorizado con el ejemplo de los doctos y ya universalmente aceptado. Atendióse sobre todo á satisfacer las necesidades del canto rudo, como las costumbres de aquellos siglos de hierro, y sujeto á tantas modificaciones como diversidad de inflexiones y de tonos recibía la voz en la vida popular, siendo el oído el único vehículo que existía entre los doctos y populares, no escritos todavía los nacientes idiomas. La razón filosófica que explica satisfactoriamente la vaguedad, informalidad y rudeza de los metros empleados en los primeros monumentos escritos de la poesía vulgar, donde los *yoglars* ó *troubadours* (poetas que escribían sus versos) debieron sin embargo esforzarse á perfeccionar, en cuanto la oscuridad del tiempo lo permitía, aquellos elementos artísticos, ya recibidos directamente

de los doctos, ya trasmitidos por los *yoglares de boca* (cantores del vulgo).

Iguales sendas habia recorrido la *rima*, que solamente llega a regularizarse y perfeccionarse en la segunda mitad del siglo XII, como consecuencia legítima del estado de cultura de los pueblos meridionales. Ni griegos ni romanos necesitaron de este singular ornamento para dar á sus versos cadencia y armonia, ya durante el siglo de oro de las letras helénicas, ya de las latinas. Habían al parecer admitido las últimas en los primeros dias de su existencia, conservándose algunos vestigios en las obras de Quinto Ennio, respetado por unos como fundador de la poesia romana, y acusado por otros como destructor de sus primitivos cantos nacionales <sup>1</sup>. El padre de la elocuencia latina recogió en su *Turculana* I.<sup>a</sup> los siguientes versos, en que se reconoce esta gala, heredada tal vez de los antiguos *aborígenes*:

Coelum nitescere, arbores frondescere,  
Vites laetifíce pampanis pubescere,  
Rami baccarum ubertate incurvescere.

Y estos, insertos en la misma obra de Marco Tulio:

Haec omnia vidi inflamari,  
Priamo vi vitam evitari,  
Iovis aram sanguine turpari.

Mas si la imitacion helénica hizo olvidar estas preceas de la primitiva poesia del Lacio, quedó al arte (representado ya en la tribuna, ya en la lira) el uso de estos ornamentos, autorizados por los que aspiraron al título de legisladores con los nombres griegos de *ὁμοιοπύκτων*, *homoyoptoton*, y *ὁμοιοτέλειον*, *homoyoteleuton*, figuras que más generalizadas despues, recibían entre los latinos las denominaciones de *similiter cadens* y *similiter desinens*. Fue su influencia en la antigüedad reconocida respecto de la elocuencia y la poesia, no desdeñándose los más elevados ingenios de emplear un primor de arte, que parecia añadir nuevos quilates á sus producciones. Citanse de Ciceron algunos pasajes, donde se vale

<sup>1</sup> Niebhur, *Historia Romana*, tomo I, pág. 241, ed. de Bruselas.

de esta licencia, y reproducense tambien algunos versos de Horacio, Virgilio, Propercio y Ovidio, en que se comete: el preceptor de los Pisones, usando en la oda I.<sup>a</sup> del libro I (*Ad Maecenatem*) del *similiter desinens*, escribia:

. . . . . Metaque fervidis  
Evitata rotis, palmaque nobilis,  
Terrarum dominos evehit ad Deos:  
Hunc si nobilium turba quirikum.  
.  
.  
.  
Illum si proprio condidit horreo,  
Quidquid de lybicis verritur areis.

Y empleada despues en varias composiciones y pasajes la misma figura, hallamos:

Trahuntque siccas machinae carinas..  
Nec prata canis albicant pruinis..  
Aut flore terrae quem ferunt solutae..  
Tu pias laetis animas reponis..  
Aut in umbrosis Heliconis oris,  
Aut super Pindo, gelidove Haemo.

Valiéndose del *similiter cadens*, decia en la celebrada *Epistola ad Pissones*:

Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunt  
Et quocumque volent, animum auditoris agunt.

El celebrado cantor de Eneas sembraba sus inmortales producciones de versos, en que aparece uno y otro primor, autorizándolos por tanto con su egemplo, en esta forma:

Poculaque inventis acheloia miscuit uvis.  
Totaque thuriferis Panchaia pinguis arenis.  
Hic vero subitum, ac dictu mirabile monstrum,  
Confluere et lentis uvam demittere ramis, etc., etc.

y produciendo á veces la rima perfecta en los hemistiquios, como en

I nunc et verbis virtutem illude superbis.  
Cornua velatarum obvertimus antennarum.

Propercio, en sus *Elegias* y en otros lugares de sus obras, ha-

cia igual muestra, ya en los finales, ya en los hemistiquios de los versos; tales son:

Non humani sunt partus talia *dona*,  
Ita novem menses non peperere *bona*.  
Nec tibi Thirrens solvatur funis *arena*.  
Quin etiam *absenti* prosint tibi, Cinthia, *venti*.  
Dulci ad hesternus fuerat mihi risa *lucernas*.

Y Ovidio, finalmente, en su *Ars amandi*:

Quod coelum *stellas* tot habet Roma *puellas*, etc.

Observan algunos críticos que estos poetas se recrearon con semejantes exornaciones <sup>1</sup>; pero es indudable que no llegaron á formar un completo *sistema rimico* durante la edad de oro de las letras latinas, de lo cual nos convence la sobriedad con que aparecen usadas ambas figuras en los más famosos poetas. No así ya bajo el imperio de Neron, época de visible decadencia, en que se trueca aquel primor del *similiter desinens* y *similiter cadens* en licencioso abuso, despertando el cáustico humor de Persio <sup>2</sup>; abuso que vá en aumento con la progresiva corrupcion de las letras, ora entre los doctos, ora entre los populares, siendo excesivo en los tiempos de Adriano [117 a 138] y de Aureliano [270 á 275], segun testifican en las *Vidas* de estos Césares el diligente Esparciano y el no menos estimable Flavio Vopisco <sup>3</sup>. Y no era dable

1 Juan Wandaer Doës, *Notae in Propertium*, lib. I, cap. III; Lefranc de Pompignan, *Mélanges des traductions*, lettre sur l'art des vers; Ginguené, *Hist. Litter. d'Italie*, tomo I, págs. 238 y 480.

2 Sát. I.<sup>a</sup>

3 Esparciano, después de dar razon de los *libros ocerrissimos* (catacrinon), que Adriano escribe «*Antimachum imitando*», inserta los versos que el mismo Cesar dirige a Floro (Véase el tomo I, pág. 187), donde muy respetables críticos han considerado, con la no dudosa decadencia de las letras latinas, el crecimiento de las rimas (*Historiae Augustae Scriptores*, Paris, 1603, pág. 11). Vopisco recogió, entre otros documentos muy notables, dos cantares de baile (balistea, -santatiunculae), que segun el testimonio de Théoclio, cantaban los muchachos en sus juegos bélicos: la primera se referia á la guerra contra los sármatas, diciendo (Id., id., id., págs. 310 y 311):

Mille, mille, mille, mille, mille, mille decollavimus,  
Unus homo mille, mille, mille, mille decollavimus:

sa en el desvanecimiento general de los estudios y el olvido en que iba cayendo la musical prosodia de aquella, que habia llegado á ser idioma universal de todas las na-

Sobre los escombros de tan colosal Imperio se habia le-  
o, en la forma que en su lugar notamos <sup>1</sup>, el astro bri-  
l del cristianismo; y dueños sus cantores de la metrificación  
y de la prosa, engalanada asimismo con el atavio de las  
(que no otro resultado vino á dar el uso frecuente de aque-  
s figuras), dejáronse llevar en la corriente, no curándose  
olver á la lengua de Ciceron y de Virgilio el noble y san-  
tificio que habia sublimado sus graves y majestuosas ar-  
t.

ordes andan los criticos al trazar la senda seguida por este  
ino ornamento, que debia al cabo aparecer como una ne-  
l imperiosa de las modernas literaturas: opinan unos que se  
ó á las letras cristianas con el egeemplo de los poetas que  
órte de Adriano florecieron: piensan otros que halló mo-  
la prosa de Apuleyo, imitada por San Cipriano; y asien-  
os, finalmente, que no se introdujo en la literatura ecle-  
hasta el pontificado de Gregorio Magno, á quien se atri-  
o con gran fundamento la composicion de las *Sequentia*.  
e han sustentado la última opinion, desconocieron sin duda  
id de hechos anteriores á la época de San Gregorio, que  
rueban la existencia de la *rima* en la literatura cristiana

Mille, mille, mille, bibat qui mille mille occidit;  
Tantum vini habet nemo quantum sanguinis fudit:

da aludia á la de los francos y persas, recordando la anterior del si-  
modo:

Mille Francos, mille Sarmatas semel occidimus;  
Mille, mille, mille, mille, mille Persas querimus.

olvide que Aureliano muere á manos de Mnesteo, cuando se prepa-  
ra la guerra pérsica.—Entre los citados documentos se hallan algunas  
s del mismo Aureliano, y con otras la que dirige á su Vicario en el  
, para que refrene la soltura de los soldados (*manus militum*), donde  
es líneas contamos hasta diez y seis *rimas*. Adelante volveremos á to-  
cuenta estos peregrinos cantares.

ap. VI.



ya desde el siglo IV de la Iglesia. Prescindiendo de los numerosos egemplos que nos ministran las obras en prosa de San Agustín, traeremos á este sitio un testimonio debido á su docta pluma, el cual es de sumo peso para nuestras investigaciones. Tal sucede al primer canto ó himno *Contra Donatistas*, que empieza del siguiente modo:

Omnes qui gaudetis pace—modo verum iudicate:  
Abundantia peccatorum—solet fratres conturbare;  
Propter hoc Dominus noster—voluit nos premonere,  
Comparans regnum coelorum—reticulo misso in mare.  
Congregati multi pisces—omne genus hinc et inde,  
Quos cum traxissent ad littus,—tunc coeperunt separare:  
Bonos in vasa miserunt,—reliques malos in mare, etc.

No queda pues duda alguna de que en este cántico aparece ya aquella nueva joya de la poesía eclesiástica, que exornaba tal vez las *Sequentia*<sup>1</sup>; debiendo observarse (con la particular estructura de los versos y la division uniforme de los hemistiquios propia para facilitar el canto) la manera en que se emplean las *rimas* y el carácter que las mismas ofrecen, como aplicacion y consecuencia del *similiter cadens* y del *similiter desinens* de los latinos. Igual fisonomia siguieron presentando en siglos posteriores.

Así pues, destinada á cantarse desde sus primeros dias; desposeida de la enérgica y variada prosódia latina, é hija al par del

1 Adelante daremos á conocer algunas *Sequentia* de la Iglesia española.—Mr. Philariète Chasles, en sus *Études sur le premiers temps du Christianisme et sur le Moyen-Age*, al tratar de estos primitivos cantos de la Iglesia, opina que el celebrado canto del *Dies irae* representa la protesta de los cristianos contra las persecuciones, de que frecuentemente eran victimas en una época en que no se habian desarraigado aun entre los católicos las preocupaciones del gentilismo. De esta manera se explica en efecto la confusion de la historia sagrada y de la profana que en este himno se advierte, y que como tambien ya los lectores se propaga á las siguientes edades, así respecto de la poesía como de la historia. El indicado himno comienza así:

Dies iræ, dies illa  
Solvat sæculum in favilla,  
Teste David cum Sibylla, etc.

África, del Asia y de la Europa, apoderóse la poesía cristiana de aquel raro ornato, ostentándolo como una de sus más vistosas preseas. Que hubo de cundir á nuestra España por aquellos dias, no hay para qué ponerlo en tela de juicio, cuando existian en la Península las mismas causas que iban desarrollando en todas partes este elemento artistico, y cuando enseñándonos la historia que dió abrigo nuestro suelo á predilectos discípulos de San Agustín, sus imitadores, hallamos empleadas las *rimas* por historiadores y poetas, elevado á cánón el principio de que emanaban. No otra cosa puede deducirse al examinar el gran libro de las *Etimologías*, donde explicado con egemplos el uso de las figuras *homoeptoton* y *homoepteleuton*, segun advertimos al tratar de las poesías de San Eugenio y de las obras del monje Valerio <sup>1</sup>, se autoriza y recomienda con el egemplo á la juventud dedicada á los estudios, quien lejos de ver un defecto en la repetición periódica y compasada de las desinencias y cadencias, la consideró sin duda cual último ápice de la perfección literaria. Sólo de esta manera puede comprenderse cómo se encuentran tantos vestigios de las *rimas* en las obras en prosa, escritas en España durante la dominación visigoda, y cómo usadas ambas figuras por los vates cristianos, que ilustran nuestra patria ya desde la época de Dracuncio <sup>2</sup>, llegan á ser una necesidad de la *prosa* y de la *poesía*,

<sup>1</sup> Véase el cap. IX.

<sup>2</sup> Para prueba de esta observación, bastará pasar la vista por el poema *De Deo*, donde por efecto de la aplicación de las referidas figuras se hallan no pocos versos rimados. Pondremos aquí algunos egemplos de rimas perfectas, desde los primeros del poema:

Lux opus auctoris primum, candorque poderis.  
 In corpus solidantur aquee, nervique ligantur.  
 Non semper fuit unda maris, non semper adurit.  
 Mors mundanorum requies est certa laborum,  
 Continuans quo deumque nocet pravamque bonamque.  
 Ut se poeniteant sceleris mala vota reorum  
 Et nova succedant animorum cordia piorum, etc.  
 Rex aeternus Deus, auctor rectorque serenus,  
 Quem tremunt omnes solum, qui regis igne potum.  
 Posthac semper eris, qui est modo, vel fueris.

Fácil nos sería multiplicarlas: las rimas imperfectas son todavía más frecuentes, pareciendo oportuno citar algunas:

Prima dies lux est tertia, mors una tenebris.

reflejándose vivamente en los himnos populares, segun dejamos declarado en el cap. X y las *Ilustraciones* del anterior volumen.\*

No eran por tanto las *rimas* que hallamos en las producciones de San Isidoro, San Ildefonso y San Julian, efecto del acaso, segun se ha sospechado por algunos eruditos: éranlo sí de la aplicacion de un principio de arte, asentado y reconocido en la antigüedad, principio que habia tomado gran precio con la decadencia de las letras latinas y necesario olvido de la eufonia y prosódia de la lengua, y que respetado por los maestros de las disciplinas liberales, debia elevarse á sistema, caracterizando muy principalmente las inspiraciones de las musas <sup>1</sup>. Á este fin se encaminaba el arte en casi todos los pueblos meridionales, cuando escribió el monje Valerio sus notables opúsculos, mostrando tal insistencia en este propósito, que llegó á cometer en un párrafo, no muy extenso, veintidos veces la figura *homoeptoton* ó *similiter desinens*, empleando en no escaso número la designada con el nombre de *homoepteleuton* <sup>2</sup>.

Lux fulgor coeli, lux et primordia mundi.  
Lux honor agricolis, requies lux omnibus agris.  
Ac dominatur aqua glomeratis fontibus alma  
Ipsa dies terram meruit de fluctibus auctam.  
Flammis ornatas coeli per sidera fulsit:  
Officia stellis, numeros et nomina lussit,  
Tempora distribuit, loca contulit, ignibus egit,  
Limitibus fixit, iubar induit, axe rotavit,  
Cursibus aptavit, coeli regionibus addit, etc.

1 Cuando tomados en consideracion los peregrinos vestigios de los primitivos cantos romanos, tales como los de Ennio, trascritos arriba, y reconocidos al par otros cantares del pueblo latino, ya en la época del Imperio, hallamos en unos y otros, respecto de las *rimas*, muy semejantes caracteres, no estamos lejos de suponer que este singular ornato sigue siendo en Roma patrimonio de la poesia popular, mientras no lo desecha del todo la erudita: á lo cual nos induce la existencia de las cantilenas de Aureliano, no menos que la irresistible inclinacion que descubrimos en las letras clásicas á adoptar semejantes atavios desde el instante en que, perdida su majestuosa sencillez, se precipitan en lastimosa decadencia. De cualquier modo, queda probada la natural procedencia de las *rimas*, que antes del siglo VIII acaudalan ya la poesia y encadenan la prosa de los escritores cristianos en el suelo de la Peninsula Ibérica.

2 *De vana sacculi sapientia*, X.

Y no es otra la situación en que se halla la literatura latino-eclesiástica, al caer sobre la Península Ibérica las falanges de Tariq y de Muza: los únicos ingenios que osan tomar la pluma en aquella desventurada edad, Isidoro Pacense y Cixila, Etherio y Beato, admiten aquellas figuras retóricas, respetando la tradición de los estudios en la forma que dejamos probado en el capítulo XI. Lo mismo sucede á los mozárabes de Córdoba: San Eulogio y Álvaro Cordobés, Samson y Leovigildo, exornan sus acompañados períodos de terminaciones rimadas, encontrándose en los versos de Álvaro no pocos egemplos de *rimas* perfectas, tales como debían fijarse con el trascurso de los años y como habían aparecido en las obras de los poetas de la antigüedad clásica, por él estudiadas y seguidas <sup>1</sup>. La prosa del predilecto amigo de San Eulogio es sin duda la más recargada de este linaje de ornatos entre cuanto se escribe en el siglo IX <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véase el cap. XII y en él la nota 1 de la pág. 111.

<sup>2</sup> Examínese entre otros tratados, según antes indicamos, la Epist. II.<sup>a</sup>, y más principalmente la V.<sup>a</sup>, *ad Iohannem Hispalensem*: ni una sola cláusula aparece en este escrito exenta de las rimas. En el núm. II hallamos hasta cincuenta y seis en el órden siguiente: *dulcorem, dolorem, summitur, voluitur, dicitur, nuncupatur, finitur, terminatur, proficiunt, deficiunt, eloquium, nodosum, emanat, exhalat, proficit, deficit, virescit, putrescit, secuturis, persistentis, impendit, implodit, crescit, calescit, suos, diversos, faelos, iuventutis, indisruptis, salutis, exemplum, gestum, intellectum, gestum, indivisa, pugna, frater, pater, fudi, confesi, adsit, absit, elicita, confecta, infudit, fuit, conscriptae, confectae, edictio, affectio, omissa, admissa, mystica, clementia, saeculi, flagelli*. Obsérvese que algunas rimas van cruzadas, y lo que es más importante, que merced á la estructura especial de las cláusulas, parecen otras determinar cierta manera de versos. Veamos por egemplo, hablando de sabios é ignorantes:

Isti contendendo, ad meliora proficiunt;  
 Illi rixando, ad peiora deficiunt.  
 Istis charitas ministrat eloquium;  
 Illis rixa sustum defert nodosum.  
 Ab istis pax et odor emanat;  
 Ab illis odium et foetor exhalat.  
 Sapientium memoria posteris proficit;  
 Stultorum error cum ipsis deficit.  
 Moritur sapiens, et post mortem virescit;  
 Moritur stultus, et post mortem putrescit, etc.

(*España Sagrada*, tomo XI, pág. 131.)

Ni olvidaron los primitivos historiadores de la monarquía asturiana y leonesa este primor del arte, que vieron acreditado por la teoría y por la práctica de los siglos precedentes: el obispo Sebastian y el autor de la *Crónica* denominada *Albeldense*, Sampiro y don Pelayo, el autor de la *Gesta Roderici Campidocti*<sup>4</sup>, y en una palabra, cuantos se consagran al cultivo de las letras durante los siglos IX, X, XI, admiten en la prosa el atavio de las *rimas*, que iban sin embargo haciéndose patrimonio de las obras poéticas á medida que tomaban aquellas mayor fijeza. Esta observación, que se desprende naturalmente del estudio de las *Crónicas*, realizado en nuestro capítulo XIII, tiene cumplido comprobante en el XIV, á que sirven principalmente de ilustración estos renglones, en cuanto concierne á la historia de la poesía durante aquel considerable período. Recogidos en la presente *Ilustración* no escaso número de documentos, cuyo juicio expusimos en el capítulo citado, fácil cosa será para los lectores el seguir con su exámen el desarrollo de las formas poéticas, comprendiendo cómo se establece y perfecciona aquella manera de *rimas*, que cifradas primero en la mera terminación y última sílaba de nombres y verbos, acaba por exigir entera consonancia, dando por resultado un sistema constante y completo.

Bastarán sin duda estas consideraciones históricas para precavernos del error en que han caído los que sostienen que es el consonante la primera forma de las *rimas* en la literatura latinoeclesiástica, y nos apartarán igualmente de la común y extraviada opinión de que los versos rimados en uno y otro hemistiquio tie-

4 Notamos oportunamente que á pesar de ir escaseando en la prosa el uso de las rimas á medida que tomaban mayor incremento en la poesía latinoeclesiástica, era la *Gesta Roderici* el monumento literario del siglo XII en que más abundaban; y para que tengan nuestros lectores entera prueba de esta observación, bastará notar las siguientes, tomadas de los primeros números: *Nutrivit, cinxit, perrexit, pugnavit, devicit, occidit, duxit, habuit, prevaluit, vulneravit, postravit, fugavit, noluerunt, spreverunt, amplificaret, debelleret, pacificaret, venerunt, irruerunt, acceperunt, audierunt, dixerunt, abstulit, attulit, invidentes, obicentes, habitantes, depraedantes, interficeremur, moreremur*, etc., etc.—De Sebastian, la *Chronica Albeldense*, Sampiro, etc., ofrecemos abundantes testimonios en su exámen respectivo.

den origen y nacimiento en el siglo XII. La *rima* no aparece, cual Minerva, armada y resplandeciente, al salir de la cabeza de Júpiter: hija de la necesidad de sustituir en alguna manera la musical prosodia de los latinos, desempeñando el oficio del *ritmo*; fruto natural de un arte que busca en la tradicion y en la autoridad el modo de rehabilitarse y reconquistar sus armonías, crece con lentitud y parsimonia en medio de la oscuridad de las letras, y sólo llega á sazón con la madurez de los siglos. Cuando esto sucede, son ya tan palpables los caracteres que la distinguen y tan sensible el efecto que produce, especialmente en los versos *clámnetros* ó heróicos y en los apellidados vulgarmente *leoninos*<sup>1</sup>,

1 Mucho se ha escrito y discutido sobre el origen de estos versos: los doctos Daniel Papebrochio (*Apud Lelscrum., Hist. poet. medii ævi*), Alberto Fabricio (*Bibl. Lat. med. ævi*, lib. II), Sixto de Siena (*Bibl. sacra*, lib. III), Gil Menage (*Menaglan.*, tomo II), y otros eruditos juzgan que son invencion del siglo X: Morof (*De lingua germana*, part. III, cap. IX) y el autor del *Meclon. des beaux arts* (voz *leoninus*) los atribuyen á Leon ó Leoncio, canónigo de San Victor, en lo cual no conviene Mr. de Ginguéné, quien afirma que solamente logró aquel perfeccionarlos (*Hist. Litt. d'Italie*), Cristóbal Augusto Heumann (*Conspect. reipub. litter.*, cap. VI) creyó que tomaron el nombre del pontífice Leon IV, quien habiendo restaurado en el siglo IX una parte de Roma, la apellidó *Urbs Leonina*, poniendo en su puerta unos versos de este género; Mariano Victor (*Apud Heumann*), llevando su origen á más remota antigüedad, opina, no sabemos con qué fundamento, que lo tienen en el *Cantar de los Cantares*; el español Trigueros sospecha que pudieron nacer en el siglo VII, tomando su nombre de Leon II, reformador de los cantos eclesiásticos (*Disert. sob. el ver. suelto y la rima*, inédita); otros juzgan finalmente que haciendo Sidonio Apolinar frecuente mencion de un poeta llamado Leoncio que floreció en el siglo V, á este debe atribuirse la invencion de semejantes versos. La contrariedad é incertidumbre de todos estos asertos prueban cuán distantes estan los eruditos de hallar la verdad en tan debatida controversia: para nosotros es no obstante un hecho demostrado que los versos intitulados *leoninos*, cuya existencia reconoce Du Meril desde el siglo VI (*Poes. pop. lat.*, introd., pág. 12), son una consecuencia natural de la aplicacion de las figuras *homoeploton* y *homoeoteuton*, tal como la hallamos en los versos de Horacio, Virgilio, Propercio y Ovidio, citados arriba, y se encuentra igualmente en los de Draconcio que dejamos mencionados en nota anterior. Si recibieron ó nó el nombre de quien logró reducirlos á sistema en el siglo XII, sobre ser cuestion ya secundaria, ofrece no menores dificultades, por cuanto el desarrollo de esta forma rimica se opera al propio tiempo y de igual modo en todas las naciones meridionales.

que apenas puede reconocerse el camino hecho desde que aparece, por ejemplo, en el himno *Ihesus refulsit omnium* de San Hilario, ó en el *Martyris ecce dies* de San Dámaso. Y sin embargo los monumentos que siguen á estas líneas, así como los pasajes ya citados en el capítulo XIV, aunque no nos enseñen de una manera clara y distinta, conforme á nuestra pronunciación latina, el valor fónico de las sílabas finales, que determinan las rimas imperfectas, son guía segura para descubrir la verdad, confirmando la exactitud de nuestras investigaciones.

## II.

Á fin pues de que no sea dable abrigar duda alguna sobre el progresivo, aunque pausado, desenvolvimiento de las rimas, como consecuencia legítima de la constante aplicación de las figuras *homoeptoton* y *homoteleuton*, tantas veces mencionadas, será bien que pongamos aquí el cuadro que hasta fines del siglo XII ofrecen, ateniéndonos estrictamente á los poemas debidos á nuestros ingenios, y concretándonos, para no ser interminables, á determinado número de desinencias y de cadencias.

Rimas latinas, empleadas según la figura *homoeptoton*, ó similitér cadencias.

SIGLOS VIII, IX, X, XI Y XII.

En a.	En e.	En i.	En o.	En u.
sacra	Christe	isti	Christo	comitata
sacra ta	virgine	Calixti	Kirio	metu
provocata	cardine	optandi	Deo	dicta
nata	levitae	Alviti	Virgo	reatu
plena	vitae	Fernandi	gladio	amictu
longa	impune	almi	humo	genu
porrecta	ante	chari	famulo	aditu
sexta	laude	anni	tuo	exercita
urna	AEnae	ducenti	sidereo	equitata
egregia	prole	leti	solio	fructu
condita	Pilose	claudi	tumulo	fretu
filia	mille	fulgenti	duro	auditu
funera	canente	electri	misero	spiritu
ultima	labore	circinni	sceptifero	volutu
tecta	catervae	hispani	divo	nata tu
lyra	ope	regni	sepulchro	artu

terrae	cuncti	homo	visu
saluo	tuli	merito	grauata
hoste	mauri	dempto	parentata
Herdae	pavefacti	perempto	porta
Barchinonae	iuvilli	mundo	fructa
aeque	Martini	origo	usu
dieque	armati	domino	spiritu
Castellae	nacti	caro	exoretta
mare	parati	claro	apparata.
ordine	regali	eque	
aave	pacti	filio	
Ibonatae	famulanti	bello	
ipse	crimini	modo	
virtute	homini	auro	
tutamine	corpori	draco	
chare	amori	sinistro	
nomine	decori	afflictio	
crimine	inclyti	intercessio	
agmine	illi	supplicatio	
sanguine.	parvi.	mixto.	

En es.

En is.

En os.

En us.

comes	votis	malos	servas
dies	sacris	bonos	filias
cives	crucis	superos	pignus
astures	revolutis	suos	plus
plebes	mortis	stimulos	clarus
fideles	quaerellis	malignos	secundus
paries	aethereis	mansuros	Raymundus
requies	chorois	beatos	linus
fratres	supplicis	viros	corpus
ovantes	bonis	istos	tumulus
ingentes	fortis	magnos	celsus
grates	armis	pulchros	primus
perpes	suis	ephebos	locus
superstes	reprobis	cunctos	edificatus
pares	Paris	dominos	dates
equales	armis	equos	factus
partes	tenebris	miseros	Deus
omnes	lucis	longos	trinus
timentes	factis	amaros	decus
solventes	astris	aptos	locutus
potentes	versatis	avidos	virtus
viros	benignis	hispanos	rectus
rebelles	lacrymas	sanctos	curvas
tales	laudis	parvos	castos
enses	multis	francos	cautus
turres	triumphus	largos	strictus
fortes	egrotis	iratos	solitus
piures	salutis	coctos	instans
equites	immundus	populos	facundus
dives	leprosis	multos	iratos
dnces	horris	mauros	claros
fontes	abyss.	agros.	aptos.



<i>En am.</i>	<i>En em.</i>	<i>En ens.</i>	<i>En um.</i>	<i>En or.</i>
scholam	gerentem	omnipotens	loetum	lector
totam	amorem	clemens	Ovetum	redemptor
terram	urbem	potens	Toletum	Imperator
aridam	hominem	manens	tronum	conditor
peractam	dolorem	referens	praemium	rector
Castellam	hostem	ingens	mutum	Campi-doctor
factam	prolem	sapiens	tributum	amor
dolatam	virtutem	patiens	famulum	langor
humatam	fulgentem	placens	tuum	charior
rectam	rigorem	capiens	regnum	fulgor
nebulam	prolem	audiens	aevum	bellator
vitam	nubentem	merens	morum	clarior
pugnam	regem	audens	monachorum	Hector
propriam	nuntiantem	gaudens	speculum	Salvator
dementiam	praesentem	pollens	honestum	victor
gratiam	ensem	fulgens	blandum	ardor
plenam	mentem	ardens	militum	clangor
remotam	carnem	tenens	perversum	habitor
nautam	consortem	videns	mundum	templator
armatam	salutem	iungens	nocivum	seductor
Mariam	gentem	gens	bonum	consolator
natam	deficientem	diffugiens	visum	auctor
impiam	cohortem	veniens	sursum	pastor
sectam	uxorem	terrens	bellum	viator
supernam	fortem	premens	navarum	dolor
hastam	fulgorem	seriens	maiorum	stridor
agarenam	ensem	metuens	virorum	peior.
turram	Imperatorem	retinens	superbum	
malam	mortem	indigens	triumphum	
tertilam	comitem	praesens	dominum	
Illedam.	montem.	clemens.	servum.	

## Rimas cometidas por la figura homoetelenton ó similiter desinens.

<i>En a.</i>	<i>En e.</i>	<i>En i.</i>	<i>En o.</i>	<i>En am.</i>
adama	iudicate	dari	properando	describam
saluta	debellare	duci	dolendo	prorumpam
iura	vastare	vidi	pollendo	mittam
superanda	ferre	auderi	rapio	cernam
timenda	superare	dixi	laudando	iungam
lauda	posse	posui	confitendo	dicam
concina	velle	ornari	vindicando	veniam
ferienda	invadere	missi	procedendo	teneam
corona	plorare	sepeliri	superando	merebam
serva	referre	indignari	bellando	fuera
ovanda	retexere	plausi	valet	fugiam
glorifica	subire	feci	taceo	videbam
agenda	dare	possidendi	duco	tribnam
gesta	invidere	glorificari	ovando	terrebam
decora	exulare	psalul	sectando	ducam
capienda	venire	imperavi	libero	moveam

ponere	coepi	colendo	depellendam
fore	preparavi	predicando	mittam
convenere	fulgi	referendo	scribam
periere	fui	damnando	movendam
cognovere	credidi	tribuendo	pergam
numerare	depelli	cavendo	hauriam
facere	studui	ignoro	linquam
valere	vexi	obsecrando	posillam
satiare	tribui	intelligo	tradam
stare	novi	mirando	vadam
retinere	tacui	optando	caveam
nutrire	sevi	dico	possideam
studuere.	concinavi.	congrego.	promittam.

i.	En ima.	En ant.	En emf.	En inf.
	adsum	vindicant	lacrimant	deleverint
	dixerim	rogitant	essent	sint
	praellaverim	mutant	lacent	fuertint
	concesserim	dant	carent	proint
	revocaverim	debellant	compleant	damnaverint
	fecerim	rapiant	sedent	convitaverint
	accederim	coronant	plaudent	praetulerint
	obtulerim	cantant	audient	insurrexerint
	tradiderim	laudent	fugient	pugna verint
	ostenderim	intonant	tradent	reduxerint
	gravaverim	putant	dispicent	intelleverint
	debuerim	dormiant	possident	democraverint
	reddiderim	turbant	pervenissent	descenderint
	fuertim	faciant	detulissent	destraverint
	conturbaverim	nuntiant	absconderent	damnaverint
	discesserim	invitant	glorificent	deturbaverint
	evenerim	resonant	ostenderent	devoverint
	dedicaverim	liberant	deessent	devitaverint
	potuerim	superant	placerent	intulerint
	placuerim	servant	vident	infestaverint
	recusaverim	exuperant	tribuent	locaverint
	obtemperaverim	trucidant	noscent	metuerint
	permanserim	dilatant	decollarent	percusserint
m	voluerim	existant	desiderent	measserint
	minuerim	decorant	comburerent	percepiverint
	indulcaverim	iurant	vastarent	commigraverint
	sim	intrans	oblicerent	fatigaverint
	vitaverim	confortant	obstinarent	fuertint
	rapuerim	lacerant	personent	spoliaverint
	acceperim.	psallant.	plangerent.	reparaverint.

nt.	En nt.	En et.	En it.	En tur.
	parat	fulget	luavit	ditatur
	propinat	temperet	imperavit	dicitur
	amat	valet	valuit	cantatur
	linquat	nosset	fuit	noscitur
	terrebat	manet	plangit	erigitur
	erat	urget	vidit	sequitur

vadunt	fuerat	gaudet	ferit	properatur
sunt	resonat	meret	fugit	conciatur
gerunt	mutat	prestat	vertit	agnoscitur
spernunt	tenebat	delet	cedit	tolilitur
ferunt	dat	damnet	domuit	gratulatur
gliscunt	dicat	posset	accepit	traditur
fugiant	rutilat	remanet	cogitavit	circundatur
noscunt	imperat	habet	amavit	fatur
ducunt	fulgeat	pararet	coepit	conficetur
fuerunt	extat	salutet	vexit	preferitur
quaerunt	micat	speret	carrit	probatum
descendant	portat	promittet	salit	delectatur
reponunt	properat	nunciet	ruit	testatur
pergunt	beatificat	armet	deseruit	nascetur
conscendunt	poterat	veniet	despexit	depravatur
requirunt	recondebatur	lubet	subegit	sordidatur
dederunt	laborat	videt	plangit	invenitur
poscunt	congratulatur	studet	reservavit	molitur
redeunt	vocat	amittet	procedit	dilatatur
certabunt	recusat	reddet	dormitavit	creditor
dicunt	sepultat	indiget	evenit	vocatur
tacuerunt	iudicat	caret	deserit	mutatur
flebunt	mundat	duceret	regit	plangitur
credunt.	credat.	santificaret.	despicit.	praedatur.

### Varias rimas perfectas que resultan del uso de ambas figuras.

<i>En ago.</i>	ovantes	<i>En ari.</i>	sacrata	miratur
virago	famulantes.	debellari	beata	reseratur
propago	<i>En antia.</i>	exaltari	fata	honoratur
imago	tutantia	operari	properata	praedatur
vorago	infantia	ignari	damnata	<i>En m.</i>
compago.	fragrantia	saciari	provocata	praefatus
<i>En ale.</i>	temperantia.	delectari	inviolata	laudatus
tale	<i>En ara.</i>	sublimari.	dolata	ratus
inmortale	amara	<i>En aris.</i>	limata	prolatus
fatale	ignara	varius	galeata	patratu
ferale	avara	clarius	armata.	praeno
vale	chara	contrarius	<i>En atia.</i>	ornatu
aequale	praeclara.	funerarius	pietatis	decori
conjugale	<i>En are.</i>	sagittarius	honestatis	datus
amicale	mare	adversarius.	sacris	digne
carnale	chare	<i>En arum.</i>	natis	cruci
spirituale	avare	carum	bonitatis	<i>E</i>
vitale.	amare	catenarum	satis	gau
<i>En antes.</i>	sociare	amarum	probatu	lau
hortantes	soeculare	praeclarum	praelatis	pla
pigrantes	exulare	moabiturum	castitatis.	fra
laudantes	expiare	charum	<i>En atur.</i>	au
glorificantes	supperare	ismaelitarum	cantatur	
lacrymantes	vastare	praedarum	superatur	fe
trepidantes	parare	frangendarum.	famulatur	le
confortantes	altare	<i>En ata.</i>	moderatur	r
dantes	familia.	nata	praecatur	e



venusta	<i>En unám.</i>	locuta	virtuti	muti
arbusta	nuta	tuta.	uti	nati, etc.
vetusta	arguta	<i>En unám.</i>	persecuti	
onusta.	diruta	saluti	acuti	

Hé aquí pues cómo aquellas figuras que, ya demandaban la repetida semejanza de las sílabas ó letras finales de varias palabras, ya exigían la terminación de las cláusulas en una misma desinencia (*per unum casum*), producen al cabo las rimas, llegando á ser olvidadas de los eruditos luego que se obtiene el completo resultado que el arte ambicionaba. Las fuentes, los orígenes de la *rima*, tal como aparece en la segunda mitad del siglo XII, estaban por consecuencia en la literatura latina, así como lo estaban también los orígenes del *metro*: una y otro nacen de la decadencia y ruina del grande arte, immortalizado por Horacio y Virgilio; y dotados ambos de nuevos elementos de vida, se comunican á las poesías vulgares como legítima herencia. Mas este fenómeno literario, comun á todas las literaturas que surgen de los escombros del Imperio romano <sup>1</sup>, llamará más especialmente nues-

1 Los críticos modernos, y entre ellos el renombrado Mr. Philarète Charles, opinan en efecto que es la rima en los tiempos medios el carácter distintivo de las literaturas del Mediodía, mientras lo fué la *alliteration* de las del Norte; pareciendo dar á este raro ornamento un origen propiamente germánico. Bueno será observar, no obstante, que si bien apareció la *alliteration* como vinculada en las poesías septentrionales, era ya un primor de arte conocido en la antigüedad por griegos y romanos. Diéronle unos y otros el nombre de *Paromoyon* (παρόμοιον), ó *Paromaton* como la apellida San Isidoro (*Ethym.*, lib. I, cap. XXXV), empleándola con alguna frecuencia. Entre otros egemplos citaremos este:

Machina multa, minax minatur maxima moris;

ó este, no menos conocido de los latinistas:

O Tite, tute Tati tibi tanta tyranne tolísti.

San Isidoro observó también que se usó en principio, medio y fin de los versos, como en:

Saeva sedens, super arma...

Quaeque lacus, late liquidos quaeque espera damis.

Sola mihi tales casus Cassandra canebat.

Empleada pues en la antigüedad, derivóse á las literaturas eclesiásticas, que ofrecen por cierto notabilísimos egemplos de su uso, tales como el poe-

tra atencion, estudiados ya en la *Ilustracion* siguiente los orígenes y formacion de las *lenguas romances* que se hablan en la Península Ibérica <sup>1</sup>.

Réstanos sólo decir algunas palabras respecto de las poesías que á continuacion insertamos. Varios son los objetos que nos proponemos al reunir las en este sitio, explanadas algun tanto por medio de oportunas notas las observaciones que sobre la poesia de los siglos VIII, IX, X, XI y XII hicimos en el capítulo XIV. Es el más importante ministrar á los lectores, con monumentos de una antigüedad tan respetable y reconocida, eficaces pruebas de los pasos dados por el arte en aquellas remotas edades, confirmando al par cuanto dejamos dicho respecto del espíritu que le animaba. Tras esta consideracion crítica, relativa al fondo, surgen naturalmente otras no menos interesantes, que se refieren exclusivamente á las formas; y desde la *inscripcion* sepulcral de Cádiz, ó la monumental puesta por don Favila en el templo de Santa Cruz de Cangas, hasta la *suscripcion* métrica de las escrituras y los *versos de escarnio* del siglo XIII, hallarán los hombres ilustrados tácitamente escrita la historia de la *metrificación* y de la *rima*, de la misma manera que hemos procurado trazarla en la exposicion histórica y ampliarla en estas *Ilustraciones*. Así, las poesías que siguen á estas líneas, ya bajo el aspecto religioso, ya bajo el histórico, ya en fin bajo el artístico y literario, son la medida del estado intelectual de nuestros abuelos en los tiempos en que se componen, y abriendo á las investigaciones de la crítica ancha y segura senda, conducen como por la mano á la apreciacion de los orígenes y nacimiento de las poesías populares.

No cumple á nuestro propósito exhibir en este lugar ciertos monumentos peregrinos de la poesia castellana, porque esto atañe ya directamente á su historia, tarea reservada para otro volumen; mas á fin de que se comprenda cómo tiene desde luego cultivadores la poesia popular en los diferentes dialectos hablados en España, y en especial en el *catalan* y en el *gallego*, que des-

ma titulado *Pugna Porcorum* y la *Égloga* de Hugo Elnonense, dirigida á Carlos el Calvo.

<sup>1</sup> Véase la *Ilustracion* núm. II.

pues de haber alcanzado, ya en el suelo donde se desarrollan, ya en las comarcas á que se propagan, verdaderas épocas literarias, se han trasmitido á nuestros días, nos ha parecido oportuno poner al final las dos composiciones señaladas con los núms. XXXV y XXXVI, escritas sin duda en la segunda mitad del siglo XII.

Respecto de la autenticidad de los monumentos referidos, convendrá observar que no hemos dado plaza á ninguno que pueda inspirar fundado recelo: muchos centenares de inscripciones y epitáfios hemos allegado y examinado con este intento; pero demás de no sernos posible pasar de un número prudencial, para no hacer interminable esta *Ilustracion*, sólo debíamos comprender aquellos que estan reputados como otros tantos monumentos históricos. Algunos hemos copiado nosotros mismos de lápidas originales; otros han sido tomados de antiquísimos códices, y todos llevan á la cabeza la fecha en que hubieron de escribirse, y al pié la obra ú obras en que se han publicado antes de ahora. En el orden de la colocacion nos hemos atendido enteramente á la cronologia, si bien hubiéramos podido seguir, no con mal acuerdo, el que dimos á la exposicion crítica en el ya mencionado capítulo XIV.

### III.

Hé aquí ya estos apreciables monumentos:

#### I.

SIGLO VII (año 639).

Inscripcion sepulcral de Cádiz.

Parva dicata Deo, permansit corpore Virgo:  
Hic sursum rapta caelesti migrat in aula.  
Obiit iunias decimo quartove calendis:  
Hic et querulis Æra de tempore mortis  
DCLXXXVII.

II.

SIGLO VIII (720 á 730).

erupcion monumental de la ermita de San Juan, en Santibañez,  
restaurada por Ambrosio de Morales <sup>1</sup>.

Omnipotens ingressum clemens respice nostrum  
Quisquis servus cenesserit, abeat filius,  
Meus pia iuvavit, ibi quod poposcerit, impetrabit <sup>2</sup>.

III.

(737.)

erupcion de la iglesia de Santa Cruz de Cangas, fundada por  
don Favila <sup>3</sup>.

Resurgit ex preceptis divinis haec macina sacra,  
Opere suo comptum fidelibus votis.  
Perspicue clareat hoc templum obtutibus sacris,  
Demonstrans figuraliter signaculum almae Crucis.  
Sit Christo placens haec aula ob Crucis trophæo sacras  
Quam famulus Favila sic condidit fide provocata,  
Cum Froiliuba coniuge ac suorum prolium pignera nata,  
Quibus Christe tuis muneribus sit gratia plena,  
Ac post huius vitae decursum perveniat misericordia longa.  
Hic valeas Kirio sacras ut altaria Christo.  
Diei revolutis temporis annis CCC.

*Corónica general*, lib. XIII, cap. XVI.

Ambrosio de Morales atribuyó esta lápida al conde Teobaldo, perseguido por Carlos Martel; pero el diligente Pellicer (*Anal. de Esp.*, lib. VI, 1. XXIII y siguientes), juzga que pertenece á Grimaldo, el joven, hijo de Teobaldo, y desterrado tal vez por Carlo-Magno: la inscripcion seria en consecuencia del año 813, opinion que sigue Masdeu (*Hist. crit.*, tomo XII, número CII).

<sup>1</sup> Morales, *Corónica general*, lib. XIII, cap. IX; *España Sagrada*, tomo XVII, págs. 86 y 87.



Seculi etate porrecta per ordinem sexta

Currente Era septingentessima septuagessima quinta <sup>1</sup>.

#### IV.

(774 á 783.)

Inscripcion monumental de San Juan Evangelista, en Pravia <sup>2</sup>.

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T  
 I C E F S P E C N I N C E P S F E C I  
 C E F S P E C N I R I N C E P S F E C  
 E F S P E C N I R P R I N C E P S F E  
 F S P E C N I R P O P R I N C E P S F  
 S P E C N I R P O L O P R I N C E P S  
 P E C N I R P O L I L O P R I N C E P  
 E C N I R P O L I S I L O P R I N C E  
 P E C N I R P O L I L O P R I N C E P  
 S P E C N I R P O L O P R I N C E P S  
 F S P E C N I R P O P R I N C E P S F  
 E F S P E C N I R P R I N C E P S F E  
 C E F S P E C N I R I N C E P S F E C  
 I C E F S P E C N I N C E P S F E C I  
 T I C E F S P E C N C E P S F E C I T <sup>3</sup>

<sup>1</sup> Entre la copia de Morales y la de Risco hay algunas variantes, bien que de poca importancia: ambos vieron no obstante la lápida original.

<sup>2</sup> Morales, *Corónica general*, lib. XIII, cap. XXIV; *España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 417.

<sup>3</sup> Demás de este peregrino laberinto, donde con multiplicada repetición leemos *Silo Princeps fecit*, comenzando la lección en la S central, parecen bien trasladar aquí el que hallamos en un precioso códice de la Biblioteca Escorialense (IJ. Q. 25), copiado en 1763 por el diligente Palomares (*Acad. de la Hist.*, A. 2. lám. 46), el cual, siguiendo el mismo orden, dice: *Adesfusi*

V.

SIGLO IX (893).

Descripción dedicatoria de la primitiva iglesia de Valde-Dios, en el concejo de Villaviciosa <sup>1</sup>.

*Larga tus pietas Deus clareat ubique,  
Salvatque saepe impios larga tus pietas.*

*Principis librum*, manifestando haber pertenecido dicho códice á Alfonso el Casto, ó tal vez al Magno. Hélo aquí:

m u r b i l s i p i c n c i p i s l i b r u m  
u r b i l s i p i c n i n c i p i s l i b r u  
r b i l s i p i c n i r i n c i p i s l i b r  
b i l s i p i c n i r p r i n c i p i s l i b  
i l s i p i c n i r p i p r i n c i p i s l i  
l s i p i c n i r p i s i p r i n c i p i s l  
s i p i c n i r p i s n s i p r i n c i p i s  
i p i c n i r p i s n o n s i p r i n c i p i  
p i c n i r p i s n o f o n s i p r i n c i p  
i c n i r p i s n o f e f o n s i p r i n c i  
c n i r p i s n o f e d e f o n s i p r i n c  
n i r p i s n o f e d A d e f o n s i p r i n  
c n i r p i s n o f e d e f o n s i p r i n c  
i c n i r p i s n o f e f o n s i p r i n c i  
p i c n i r p i s n o f o n s i p r i n c i p  
i p i c n i r p i s n o n s i p r i n c i p i  
s i p i c n i r p i s n s i p r i n c i p i s  
l s i p i c n i r p i s i p r i n c i p i s l  
i l s i p i c n i r p i p r i n c i p i s l i  
b i l s i p i c n i r p r i n c i p i s l i b  
r b i l s i p i c n i r i n c i p i s l i b r  
u r b i l s i p i c n i n c i p i s l i b r u  
m u r b i l s i p i c n c i p i s l i b r u m

<sup>1</sup> Moral, *Corón. gen.*, lib. XIV, cap. XXIII; *España Sagrada*, t. XXXVII,

*Fatentur ista viri, dant plausus agmina passim,  
 Extinta quod vivices, fatentur ista viri.  
 Sis favens misero, parcas citra merito bono,  
 Clementia qua superas, esto favens misero.  
 Memet nempe dira collidunt funera mentis,  
 Sanciaturque culpa memet nempe dira.  
 Clareat nunc tua fructuosa gratia clemens,  
 Quae sublevet elisum, clareat nunc tua.  
 Pietas adsit, fovensque tegmine cunctos  
 Coelico salvificans, pietas adsit.*

## VI.

(898).

Epitáfio y losa funeral de Wifredo, el Velloso <sup>1</sup>.

## 1.

Hic dux cum prole situs est Guifrede Pilose,

pág. 219. Oportuno juzgamos advertir, como una nueva prueba de la fuerza que conserva la tradicion de los estudios, que el poeta á quien Alfonso el Magno encomienda la redaccion de esta inscripcion votiva, tuvo presente al escribirla el egemplo de los vates, que florecen durante la monarquia visigoda. San Eugenio, que era en el mismo siglo IX dechado de los poetas cordobeses, segun hemos demostrado tratando del celebrado Alvaro (cap. XII. pág. 110), habia empleado en el epitáfio de su padre el mismo artificio que hallamos en la *Inscripcion de Valdedios*, del siguiente modo:

*Ecce patet aditus, et sacri ianua templi:  
 Reddite vota Deo, ecce patet aditus.  
 Hanc in honore Dei, supplex Evantius aulam  
 Sacram fabricans hanc in honore Dei;  
 Hic patrios cineres praeciso marmore clausit,  
 Servet ut Omnipotens hic patrios cineres.  
 Nicolae genitor, pro te devotio summa est,  
 Hic tibi fractus erit Nicolae genitor.  
 Iure mea tua sunt, quo non serente, nec essem,  
 Sed qui sum fateor, iure mea tua sunt.*

Los caracteres de la inscripcion votiva de Valdedios, grabada en una hermosa tabla de mármol blanco, y examinada por nosotros en nuestro viaje arqueológico de Astúrias, son verdaderamente latinos y por extremo gallardos y bien trazados, lo cual no es indiferente para la historia de las letras. como tampoco para la de las artes.

1 Bofarrull dice haber copiado estos epitáfios, parte de la losa que existe

A quo *dotatus* locus est hic, et *edificatus*.

2.

Conditur hic primus Guifredus Marchio celsus,  
Qui comes atque potens fulsit in orbe manens,  
Hancque domum struxit, et structam sumptibus auxit,  
Vivere dum valuit, semper ad alta tulit.  
Quem Deus *etheris* nexum sine fine *corais*  
Annuat in solio vivere *sidereis*.

VII.

SIGLO X (940 á 942).

ñño de Armengol, conde de Ausona (Vich), hijo del conde  
Sunario <sup>1</sup>.

Hic Ermengandus Sunierii nobile pignus  
Perditus ¡heu! gladio hac requiescit humo.  
Hunc fera mors rapuit, quae nullo parcere novit,  
Parce Deus famulo, conditor almae, tuæ.

VIII.

(957 á 962.)

ñño de Wifredo, conde de Besalú, hijo del conde Miron, enter-  
rado en Santa Maria de Ripoll <sup>2</sup>.

Post quoque Guifredus crudeli morte redemptus,  
Nobilis atque comes, quem tulit atra dies.  
Hoc iacet in tumulo compressus cespite duro,  
Confert opem misero Christe Deus famulo.

en el sepulcro, y parte de un código del archivo de Ripoll, escrito en el si-  
XII, donde se lee este epigrafe: «Haec sunt metra domini Guifredi, co-  
s, scripta super tumulum ipsius.» Ambas leyendas se contienen en este  
(Bofarrull, *Condes de Barcelona vindicados*, tomo I, pág. 42).

Tomado del *Necrologio* de Ripoll, así como los dos siguientes, que ha-  
bofarrull en el *Cartulario Verde*, perteneciente al mismo monasterio (Bo-  
all, *Cond. de Barc. vind.*, tomo I, pág. 116).

Bofarrull, *Cond. de Barc. vind.*, tomo I, pág. 94.

## IX.

Epitafio del conde Sunifredo de Urgel, compuesto por Oliva,  
obispo de Ausona (Vich) <sup>1</sup>.

Contegit hic tumulus Sunifredi nobile corpus,  
Qui comes egregius splenduit atque pias.  
Bellipotens fortis, metuendus et acer in armis,  
Terribilis reprobis et decus omne suis.  
Quisquis ades, lector, supplex dic: parce, Redemptor.  
Hunc miseris famulum, fer super astra tuum.

## X.

(976.)

Lápida sepulcral de la iglesia de San Andrés de Córdoba <sup>2</sup>.

Hic Speciosa condita	Quintaque sexagesimo
Simul cubat cum filia,	Era subivit funere,
Tranquilla sacra virgine,	Post quam mater millesimo
Quae novies centesimo	Quarta recessit ultimo

## XI.

SIGLO XI (1018).

Epitafio y canto elegíaco de don Ramon Borrel III <sup>3</sup>.

I.

Marchio Raymundus nulli probitate secundu

<sup>1</sup> Bofarrull, *Cond. de Barcelona*, tom. I, pag. 93.

<sup>2</sup> Esta inscripción, como acredita su fecha, pertenece a los cristianos moraban, probando que no se había extinguido aun a fines del siglo X en los alrededores de p. r. Elogio y Alvarus Morales, *Coronaca gen.*, lib. XVI, cap. 12. XVI.

<sup>3</sup> Fue enterrado en el antiguo claustro de la catedral de Barcelona (Pag. 12. *Crón. de Catal.*, lib. XV, cap. XLII Bofarrull, *Cond. de Barcelona*, tom. I, pag. 221).

Quem lapis iste *legit*, Agarenos Marte *subegit*,  
 Ad cuius *natum* semper solvere *tributum*;  
 Huic requies *detur*, moriturus quisque *precetur*.

2<sup>a</sup>.

- Ad carmen populi flebile cuncti  
 Aures nunc animo ferte benigno,  
 Quot pangit meritis vivere laudes  
 Raimundi proceris patris et almi.
- 5 Bellis terra potens ubere gaudens,  
 Quo nunc Hesperiae vulnere languens,  
 Cui turris patriae est lapsa repente  
 Raimundus procer, hunc morte *premente*,  
 Clari progenies pulcra Borrelli,
- 10 Raimundus teneris cepit ab anis  
 Dux insigne patris ius moderandum,  
 Christi praecipuus munere factus.  
 Dum celsus procerum culmine staret,  
 Cervicemque patris flecteret orbis,
- 15 Extolli timuit dulcis amator  
 Et rector populi ceu pater omnis.  
 Effulsit fidei luce fidelis  
 Princeps egregius semper in orbe,  
 Iustus iudicio, famine verus,
- 20 Hostis falsiloquis hic erat acer.  
 Fultus praesidio numinis alti  
 Ducens castra sibi fortia Christi,  
 Stravit barbariem, fanaque trivis,  
 Culturaeque Dei templa dicavit.
- 25 Gestis praeposuit cuncta potenter:  
 Sic pulsus tenebris orbe profanis,  
 Struxit Christicolis castra salutis,  
 Barchinona potens, te renovavit.  
 Hic per iustitiae limina cedens
- 30 Credebat populis iussa salutis,

Don Próspero Bofarrull deduce, históricamente hablando, que estos versos se escribieron poco después de la muerte de don Ramon. Masdeu los ha-  
 giado, diciendo que son los únicos del siglo XI que merecen algun  
 (Hist. Crít., tomo XIII, núm. CXXII). Publicaron este canto elegíaco  
 ), Marca Hisp., lib. IV, pág. 427; y el citado Bofarrull Cond. de  
 ind., tomo I, pág. 217.

- Ut vivendo pie regna subirent  
 Coelestis patriae post sine fine.  
 Illi cura fuit maxima regni,  
 Scissuras placido stringere pacto  
 35 Discordesque sibi nectere mentes,  
 Primo nequitiae fraude repulsa.  
 Carus hic populis extitit orbis,  
 Qui famam meriti transtulit astra,  
 Et celso micuit nomine terris  
 40 Ut sol in radiis orbe refusus.  
 Lux ingens patriae gloria terrae,  
 O Raimunde, tuis quam pius olim  
 Dominus more patris cuncte fuisti,  
 Qui scalam emeras tristibus omnem.  
 45 Miro vos inopes fovit amore:  
 Vestri tutor erat dulcis et altor;  
 Nam quod saeva manus sontis ademit,  
 Vovis restituit, iure peregit.  
 Nam sacrata Dei templa beavit  
 50 Donis eximiis et decoravit,  
 Et clerum patriae fovit honeste,  
 O Borrelle magis inclite praesul <sup>1</sup>.  
 O quae Christicolis urbs sat Olimpī  
 Terragona piis clara stetisti,  
 55 Te prisco statui ferre parabat,  
 Hinc ornare tuam praesule plebem.  
 Pro quantis fieres clarus in actu,  
 O Raimunde, tuis lux patriaeque,  
 Ne te saeva tuis mors rapuisset.  
 60 At flatus petiit regna quietis.  
 Quam post regifico ductus honore,  
 Quorum certa pio pignora Papa  
 Bernardi comitis pacem tulisset,  
 Invidet properans mors remeanti.  
 65 Revera patriae tam decus ingens  
 Ut migrasse ferunt, fluxit ad immas  
 Plebs omnis lacrimas. Undique vultus (luctus?)  
 Multus sit patrium cernere funus.  
 Se dant praecipites vulnere cordis;  
 70 Pars scindunt facies flebile visu:  
 Dant luctus variae milia plebis

<sup>1</sup> Se refiere al obispo Borrell, que lo era á la sazón de Ausona (Vich) -

- Et clamore truci sidera pulsanť.  
 Te, Raimunde procer, quam cito, pulcher,  
 Nobis mors rapuit saeva misellis:  
 75 Quis tam dulcis erat rector in orbe  
 Extans, qui dominus ceu pater adsit?...  
 Vae tellus tenebris mersa doloris!...  
 Te liquit patriae gloria fulgens.  
 Barchinona, tibi quis dolor haesit,  
 80 Qua defuncta patris membra putrescunt?  
 Sero mane pium plange patronum  
 Barchinona potens, urbeque Gerunda,  
 Usque Ausona, simul Urgella tellus,  
 Hinc quadrata fleant climata mundi.  
 85 Hymnum ferte Deo dulciter almo,  
 Qui pro patre dedit pignus in aruis.  
 Huic parete, viri, corde fideli,  
 Iussis, vosque piaae subdire matris.  
 Zelo nunc fidei poscite cuncti:  
 90 Lucis summe pater, cede quietem  
 Raimundo propiae prolis amore,  
 Quae tecum Deus et flamine regnat.

XII.

(1057.)

cion sepulcral del monasterio de San Zoyl, en Carrion de los Condes <sup>1</sup>.

Foemina chara Deo iacet hoc tumulata sepulchro.  
 Quae Cometissa fuit nomine Teresia.  
 Haec mensis iunii sub quinto transiit Idus:  
 Omnis eam merito plangere debet homo.  
 Ecclesiam, pontem, peregrinis optima tecta  
 Parca sibi struxit, largaque pauperibus.  
 Donet ei regnum, quod permanet omne per aevum,  
 Qui manens Trinus regnat ubique Deus.  
 Obiit era MXCV.

orales, *Corónica general*, lib. XV, cap. VII.



## XIII.

(1057 á 1060.)

Lápida sepulcral de Guillermo Berenguer <sup>1</sup>.

Hic Wielme iaces Paris alter et alter Achilles,  
 Non impar specie, non probitate minor:  
 Et tua nobilitas, probitas tua gloria forma  
 Invidiosa tuos sustulit ante dies:  
 Ergo decus tumulo pia solvere vota sepulto,  
 O iuvenes, quorum gloria lausque fui.

## XIV.

(1063.)

Lápida sepulcral de don Ordoño, obispo de Astorga <sup>2</sup>.

Tolle precor lacrimas, cessent suspiria, lector;  
 Non iacet in tumulo res lacrimanda diu.  
 Hic raptus recubat felici sorte sacerdos,  
 Quem laetum caelis intulit alma fides.  
 Ordonius cui nomen erat, sed Episcopus, alta  
 Doctrina pollens, virginitate nitens:  
 Corde pius, vultu placidus, et mente benignus,  
 Prudenter simplex, simplicitate sapiens.  
 Omnibus in studiis tantum celebratus, ut illi  
 Cederet eloquio Roma diserta suo.  
 Non aliquem verbo, non facto laesit iniquo:  
 Cum bonitate pius, cum pietate bonus,  
 Non qui multiplices auri conguessit acervos,  
 Sed dando miseris? largus ubique fuit.  
 Ut breviter dicam, tenuit sic corpore mundum  
 Ut corde, atque animo cerneret ille Deum.

<sup>1</sup> Hijo de don Berenguer Ramon, el Curvo: existe esta lápida en el santuario de San Miguel del Fay ó Desfall, junto á Caldas de Mombuy (Bofarull, *Cond. de Barc. vind.*, tomo I, pág. 246; Villanueva, *Viaje literario*, tomo XIX, pág. 14).

<sup>2</sup> Este prelado es el que acompañó á *Alvito*, para traer de Sevilla el cuerpo de San Isidoro (Véase el *Cronicon Silense*, núm. XCV y siguientes; *España Sagrada*, tomo XVI, pág. 182).

## XV.

(1072.)

Inscripcion sepulcral de don Sancho, el Fuerte <sup>1</sup>.

Sanctius, forma *Paris* et ferox Hector in armis,  
 Clauditur hac tumba iam factus pulvis et umbra.  
 Foemina mente dura, soror, hunc vita expoliavit.  
 Iure quidem dempto, non flevit fratre perempto.

## XVI.

(1082.)

Versus ad Pueros <sup>2</sup>.

- Fistula, pange melos puero meditante camena:  
 —Regia Pipino, fistula, pange melos.  
 Optime carpe, puer, salicis de frondibus uvas;  
 —Celica dona libens, optime carpe, puer.  
 5 Psittacus infit ave merulis pia carmina mea:  
 —Quaeque Sophia docet optime disce, puer.  
 India mittit ebur per mare, turas ab ea:  
 —Celica dona libens, optime carpe, puer.  
 Anxia dum eremula resonat Philomela sub umbra,  
 10 —Quaeque Sophia docet optime disce, puer.  
 Balsama Iordanis rivuli, refluyente papiro.  
 —Celica dona libens, optime carpe, puer.  
 Pervigil oro legas cecinit, quod musa Maronis,  
 —Quaeque Sophia docet, optime disce, puer.  
 15 Cerne libens sonipedes, volucresque canesque ferasque.  
 —Celica dona libens, optime carpe, puer.  
 Neglige ne iuvenis relegas pia facta Catonis.  
 —Quaeque Sophia docet, optime disce, puer.  
 Attica fert aethiopes, et arabs nittet inclitus auro.  
 20 —Celica dona libens, optime carpe, puer.  
 Organa centigenis resonant, dum letas miscentur,  
 —Quaeque Sophia docet, optime disce, puer.

Existe en el monasterio de Oña (Florez, *España Sagrada*, tomo XXVII, 133).

Real Academia de la Historia, código 44 de San Millán de la Cogulla.

:

Aurea Roma tonat, vario constructa metallo:

—Celica dona libens, optime carpe, puer.

25 Omnia disce canens cecinit, quod carmine psalmum:

—Quaeque Sophia docet, optime disce, puer.

Francia curvat equos procerum, stipata triumpho:

—Celica dona libens, optime carpe, puer.

Omnia vincit Amor; tibi sit sapientiae ardor dulcis;

Amorque Xristi [semper] personet ore tuo.

Era ICXX.

## XVII.

(1085 á 1090.)

Epitáfio de Santo Domingo de Silos <sup>1</sup>.

Hac tumba tegitur diva qui luce beatur

Dictus Dominicus, nomine conspicuus.

Orbi quem speculum Christus concessit honestum,

Exortando bonos, corripiendo malos.

Solsticium mundo dum dat brumalis origo,

Subtrahitur mundo, iungitur et Domino:

Protegat hic plebes sibi fida mente fideles,

Nuncque tuendo suos, post trahat ad Superos.

## XVIII.

(1085 á 1100).

Himnos In natale Sancti Dominici (de Silos) et in Nocturno <sup>2</sup>.

1.

Dominici Christi militis

Micat corona nobilis,

Quem supera Ierusalem

Christo pretendit nobilem.

Dominice, consors felicium,

Accepta preces supplicam:

Hoc tuum gregem visita,

Cuncta pellens fantasmata.

Membra tua felicia

Haec retinet Basilica:

Te venerantes sublevis,

Impetrando celestia.

Hoc da, pater ingenite,

<sup>1</sup> El autor de este epitáfio es Grimaldo, quien lo puso al final del libro I de la *Vida de Santo Domingo Mauo* (Ed. de Vergara, pág. 372; Florez, *España Sagrada*, tomo XXVII, pág. 229).

<sup>2</sup> Cód. del mismo monasterio: Vergara, *Vida de Santo Domingo Mauo*, págs. 457 y 458.

presta, fili genite,  
tribue, paraclite,  
mans perenni culmine.

2.

ili, ex patre genite,  
n coequali neupmate,  
tris adesto precibus,  
is in hoc festo fundimus.  
uorum pia carmina  
esti dita gloria,

Exorante Dominice  
Nostro patrono optime.  
Cuius nos salva meritis,  
Iras ac frange demonis;  
Nullus nostrorum pereat  
Sed semper sospes valeat.  
Sit tibi alma Trinitas  
Vere regnans et Unitas  
Honor laus perpes usis  
Per secula finis neceis.

### XIX.

(1086 á 1100.)

fios de la Reina doña Constanza, mujer de Alfonso VI <sup>1</sup>.

1.

Si generis formaeque decus, si gloria mundi  
Non bene fida, darent, ne moraretur homo,  
Regum sanguis ego Constantia, Regis et uxor  
His ornata satis, credito viva forem.  
At neque dant aliis, mihi nec potuere dedisse,  
Quin genus humanum sorte pari sequer.  
Ergo precor quicumque vides epitaphia nostra,  
In me ne quaeras nobilitatis opes,  
Sed prece dulciloqua pius exorare memento,  
Quo mihi culparum det veniam Dominus.

2.

Si pretium pro morte dari novus ordo petisset,  
Et Deus Omnipotens, qui cuncta iuvet, voluisset,  
Non Regum soboles Constantia morte perissem,  
Omnia nam mundi pro me pretiosa dedissem <sup>2</sup>.  
Nunc ergo quia non potuit sors haec generatis  
Non venisse mihi, supplex peto quo specialis

mpuestos por Alfon Gramático, de quien hicimos mencion en el  
7 (Bibliot. Tolet., caj. IV, núms. XIV y XXII; Florez, *Reinas Cató-*  
10 I, págs. 506 y 507; don Nicolás Antonio, *Bibliot. Vetus*, lib. VII,  
)

tenemos por ineportuno el advertir aquí que estos cuatro versos son

Cordis in altare mea commemoratio *digne*  
 Fiat, ut inferni penitus non langar ab *igne*,  
 Ac procul effugiam, ne dirae tortio *poenae*  
 Stringere me possit, sed visio pacis *amoenae*:  
 In me splendescens concedat gaudia *Coeli*,  
 Atque frui vita secum per saecula *saecli*.

## 3.

Francia me genuit, Aldefonsus Rex sibi duxit,  
 Gloria magna mihi multaque pompa fuit.  
 Forte rogas nomen: Constantia noveris esse,  
 Quod docet hic *tumulus*, et notat hic *titulus*.  
 Felix valde forem, nisi me cita mors rapuisset:  
 Nam Regina *fui*, vivere dum *potui*.  
 Sex liberos genui, mox quatuor hic sepelivi:  
 Ipsa sequor statim, claustraque iam *tumuli*  
 Contineo. Sed vivo Deo; cui supplice voto  
 Ut supplices rogitó, id que rogans *repeto*.

## 4.

Dormit in augusto post gaudia vana sepulcro  
 Uxor Adefonsi, Constantia nomine Regis,  
 Regalis proles Francorum germine florens,  
 Consiliis pollens, fuit huic sapientia *sollers*,  
 Constans, facunda *viguit* bene *religiosa*  
 Omnibus et *grata* .....ba fuit, et *veneranda*.  
 Sex liberos *genuit*, generatos hic *sepelivit*.  
 Quatuor hos *nempe*, quos conspicis ipse *iacere*.  
 ..... haec *gravidos*, moriendo, clausit *ocellos*,  
 Ac *sepel*..... *silencia* *parca* .....

visible imitacion del epitáfio de Recibergera, esposa de Chindasvinto, el cual empieza de este modo:

Si dare pro morte gemmas licuisset et aurum  
 Nulla mala poterant regum dissolvere vitam, etc.

El pensamiento sigue en ambos epigramas de análogo modo, manifestando cuán grande es, según llevamos tantas veces notado, la fuerza de la tradición literaria que los doctos suponen del todo interrumpida. Lo que en letras sucede también en artes, conforme advertimos antes de ahora (página 49, nota 2, de este volumen).

XX.

SIGLO XII (1104).

Lápida sepulcral de la Infanta doña Urraca <sup>1</sup>.

Nobilis Urraca iacet hoc tumulo tumulata;  
Hesperiaeque decus heu! tenet hic locus.  
Haec fuit optandi proles Regis Ferdinandi,  
Ast Regina fuit Sancia, quae genuit.

XXI.

(1118 á 1133.)

Cantar del Campeador <sup>2</sup>.

- Eia! gestorum possumus referre  
Paris et Pirr(h)i, nec non et AEnas,  
Multi poetae (poetae) plurimum (in?) laude  
Quae conscripsere.  
5 Sed paganorum quid iuvabunt acta,  
Dum iam vil(l)escant vetustate multa?  
Modo canamus Roderici nova  
Principis bella.  
Tanti victoris nam si retexere  
0 Coeperim cun(c)ta, non haec libri mille  
Capere possent, (Il)omero canente,  
Sum(m)o labore.  
Verum et ego, parum (parvus?) de doctrina,  
Quamquam aurissem (haussisem?) e pluribus paucis.  
5 Rihtmice (rhythmic) tamen dabo mentis vela,  
Pavidus nauta.  
Eia!.. laetando, populi catervae,  
Campi doctoris hoc carmen audite:  
Magis qui eius freti estis ope,  
0 Cuncti venite!  
Nobiliori de genere ortus,  
Quod in Castilla non est illo maius:

iste en San Isidro de Leon (*España Sagrada*, tomo XXXV, pági-

<sup>1</sup> Meril, *Poesies Populaires latines du Moyen Age*, pág. 308 y sigs.

Hispalis novit et Iberum (Iberi?) litus  
Quis Rodericus.

- 25 Hoc fuit primum singulare bellum,  
Cum adolescens devicit Navarrum:  
Hinc Campi-Doctor dictus est maiorum  
Ore virorum.

- Iam portendebat quid esset facturum,  
30 Comitum lites nam superatu[r]um,  
Regias opes pede calcaturum,  
Ense capturum.

- Quem sic dilexit Sancius, rex terrae,  
Iuvenem cernens adlata subire,  
35 Quod principatum velit illi primae  
Cohortis dare.

- Illo nolente, Sancius honorem  
Dare volebat ei meliorem,  
Nisi tan cito subiret rex mortem,  
40 Nulli parcentem.

Post cuius necem dolose peractam,  
Rex Eldefonsus obtinuit terram;  
Cui, quod frater voverat, per totam  
Dedit Castellam.

- 45 Certi nec minus coepit hunc amare,  
Caeteris plusquam volens exaltare,  
Donec coeperunt ei invidere  
Compares aulae.

- Dicentes regi: Domine, quid facis?  
50 Contra te ipsum malum operaris:  
Cum Rodericum sublimari sinis,  
Displicet nobis.

- Sit tibi notum; te nunquam amabit,  
Quod tui fratris curialis fuit;  
55 Semper contra te mala cogitabit,  
Et praeparabit.

- Quibus auditis susurronum dictis,  
Rex Eldefonsus, tactus zelo cordis,  
Perdere timens solium honoris,  
60 Causa timoris;

Omnem amorem in iram convertit;  
Occasionem contra eum quaerit,  
Obiiciendo per pauca quae novit,  
Plura quae nescit.

- 65 Iubet e terra virum exulare:  
Hinc coepit ipse Mauros debellare,

Hispaniarum patrias vastare,  
Urbes delere.

- Fama pervenit in curiam Regis  
70 Quod Campi-Doctor, agaricae gentis  
Optima sumens, adhuc parat eis  
Laqueum mortis.  
Nimis iratus, iungit equitatus:  
Illi parat mortem, nisi sit cautus,  
75 Praecipiendo quod si foret captus,  
Sit iugulatus.  
Ad quem, Garsiam, comitem superbum,  
Rex praenotatus misit debellandum:  
Tunc Campi-Doctor duplicat triumphum,  
80 Retinens campum.  
Haec namque pugna fuerat secunda,  
In qua cum multis captus est Garsia;  
Capream vocant locum ubi castris  
Simul sunt captae.  
85 Unde per cunctas [H]ispaniae partes,  
Celebre nomen eius inter omnes  
Reges habetur, pariter timentes,  
Munus solventes.  
Tertium quoque praelium com[m]isit  
90 Quod Deus illi vicere permisit,  
Alios fugans, aliosque coepit,  
Castra subvertit.  
Marchio namque comes Barchinonae,  
Cui tributa dant Madianitae,  
95 Simul cum eo Alfigib, Ilerdae  
Iunctus cum hoste,  
Caesaraugustae obsidebant castrum,  
Quod adhuc Mauri vocant Almenarum;  
Quos rogat victor sibi dari locum,  
100 Mit[t]ere victum.  
Cumque precanti cedere nequirent,  
Nec transeundi facultatem darent,  
Subito mandat ut sui se arment,  
Cito, ne tardent.  
105 Primus et ipse indutus lorica,  
Nec meliorem homo videt illa;  
Romphea cinctus, auro fabrefacta,  
Manu magistra,  
Accipit hastam mirifice factam,  
110 Nobilis silvae fraxino dolatam,



Quam ferro fortem fecerat limatam,  
Cuspide rectam.

- Clypeum gestat brachio sinistro,  
Qui totus erat figuratus auro;  
115 In quo depictus ferus erat draco  
Lucido modo.

Caput munivit galeum (galea) fulgenti,  
Quam decoravit laminis argenti  
Faber, et opus aptavit electri

- 120 Giro circinni.

Equum ascendit, quem trans mare vexit  
Barbarus quidam, nec ne comm[ut]avit  
Aureis mille; qui plus vento currit,  
Plus cervoi (cervo) sallit.

- 125 Talibus armis ornatus et equo,  
Paris vel Hector melioris (meliores) illo  
Nunquam fuerunt in troiano bello,  
Sunt neque modo.

Tunc deprecatur... (*Destrantur cetera*).

## XXII.

(1132.)

Lápida sepulcral de Estevan, abad del monasterio de Santiago de Peñalva (Bierzo) <sup>1</sup>.

Clauditur in Christo sub marmore Sthefanus isto,  
Abbas egregius moribus eximius,  
Vir domini verus, rectusque tenore severus,  
Discretus, sapiens, sobrius, ac patiens.  
Grandis honestatis, magnaëque vir pietatis,  
Dum sibi posse fuit, vivere dum licuit.  
Quem nobis clarum genuit gens francigenarum,  
Rectorem iuvenum, dogma, decusque senum,  
Gervassii festo cessit fragilique senectæ.  
Virtus celsa Dei propitietur ei.  
Annum centessimum duo, septies addito denum.  
Mille quibus socius, quæ fuit Era scies.  
XIII Klds iulii obiit Stephanus, Era MCLXX:  
Pelagius Fernandez iussit fieri, Petrusque notavit.

<sup>1</sup> *España Sagrada*, tomo XV, pág. 41.

XXIII.

(4439.)

Versos laudatorios en honra de Ramon Berenguer IV <sup>1</sup>.

Fulgent nova per orben gaudia  
 Nova mundum replet letitia,  
 Unde Christo Regi sit gloria.  
 Novus solis emicat radius,  
 5 Nitens omni sidere clarus,  
 Cui non est similis alter.  
 Cedunt ecce falanges hostium  
 Nullus pavet hostilem [gladium],  
 Tempnit quisque sibi contrarium.  
 10 Tracta cadunt septies (septa) gentiliam,  
 Solidantur signa fidelium  
 Per te, Comes Barchinonensium.  
 Idem princeps Aragonensium  
 Dux Tortossae, Rex Illerdensium  
 15 Penetrasti regale solium.  
 Psallat Deo celi milicia  
 Quod nequid humana facundia  
 Solvat Christo celestis curia.  
 O quam mira Dei... (Desirantur cetera).

XXIV.

(4453.)

Lápida sepulcral del historiador y obispo don Pelayo <sup>2</sup>.

Hoc sepulchrum est Pelagii ovetensis Episcopi:  
 Hunc quicumque vides tumulum, qui florere vides  
 Celestis fiducie prospice mira Dei.  
 Es quod qui ipse fuit, quod sum cito, credo futurus;  
 Nam sicut vita brevis, labitur aqua levis:  
 Unde Dominum tota queso mente precare  
 Ut mihi det requiem, quam valet ipse dare:  
 Dic de profundis pro me simul et miserere.

<sup>1</sup> Villanueva, tomo XV, pág. 173.

<sup>2</sup> Parece haber sido escrito por él mismo, y existe en uno de los muros claustro de la catedral de Oviedo, donde lo hemos examinado (*España irada*, tomo XXXVIII, pág. 109).

## XXV.

(1150 á 1154.)

Lápida sepulcral de Gimeno, obispo de Astorga <sup>1</sup>.

Presul Xemenus  
 Probitatis luce serenus;  
 Qui iacet hoc tumulo  
 Gratus erat populo;  
 Constans, discretus,  
 Largus, pius, atque facetus.  
 Clarus progenie,  
 Presidium patriae.  
 Luceat in celis  
 Precibus sct. Michaelis,  
 Cuius luce ruit  
 Arvaque deseruit <sup>2</sup>.

## XXVI.

(1156.)

Lápida sepulcral del converso Zabalab <sup>3</sup>.

†XPicole : cultum : spectans : memoransque : sepultum :  
 Dum : memorando : capis : quem : tegat : iste : lapis :  
 Occurrunt : pulcri : tibi : scripta : legenda : sepulcri :  
 Nam : patet : ex : titulo : quis : tegitur : tumulo :  
 Moribus : et : vita : brevis : fuit : israelita :  
 Presbiter : egregius : vir : bonus : atque : pius :

<sup>1</sup> Conservada en la iglesia de Santa Marta de la misma ciudad hasta el siglo último (*España Sagrada*, tomo XVI, pág. 204).

<sup>2</sup> Ponemos este epitáfio tal como se halla escrito en el original, cuyo facsímile publicó Florez, apareciendo los versos partidos por sus hemistiquios, lo cual, lejos de ser indiferente para los estudios que vamos realizando, allana grandemente el camino para comprender cómo se dividen ó pueden ser divididos por los populares, al imitarlos y ser escritos por los semidoctos. Adelante recordaremos esta circunstancia, que no es única en nuestra historia literaria.

<sup>3</sup> Existe en la iglesia parroquial de San Miguel, en Toledo (*Toledo Pittoresca*, página 168).

Clarus : stirpe : *satis* : notusque : nota : *bonitatis* :  
 Hic : Zabalab : *dictus* , cum : morte : ensis : fuit : *ictus* :  
 Pulvis : et : ossa : iacent : tumulto : quem cernis : *humata* :  
 Spiritus : ad : celos : migravit : sorte : *beata* :  
 Sex : tantum : *demptis* : anno<sup>1</sup> : de : mil : et : *ducentis* :  
 Inspice : quod : *restant* : erant : quod : *manifestant* .

## XXVII.

(1160 á 1191.)

Himno en la fiesta del Beato Raimundo de Rueda <sup>1</sup>.

Confessor Domini, gemma luciflua,  
 Raimundus renitet arce politica:  
 Cantemus socii dulcia cantica:  
 Letentur simul omnia.

Coelesti solio civibus etheris  
 Stat coram Domino in vice sideris:  
 Quod sparsit recepit semen in ethere,  
 Concesso sibi foenore.

Sic vivens viruit, non sibi subditus:  
 Mundanus hic fuit labilis habitus:  
 Dispexit penitus ista superflua,  
 Nec dantur lucra debita.

Ad cuius tumulum morbida corpora  
 Curantur subito, visio reddita,  
 Caecos clarificat, nexaque lingua  
 Sermonem stupet editum.

Auditum reparat, membraque languida  
 Confractos elevat, carceris ostia  
 Frangit, et aperit ferrea vincula,  
 Captivos reddit ad sua.

Haec ergo modulis festa sacerrima  
 Per mundum celebret plebs pia sedula:  
 Nos huius praecibus coelica gaudia  
 Poscimus simul ingredi.

O simplex Deitas annue poscimus,  
 Da nobis veniam, nam male viximus,  
 Purgatos viciis transfer ab ethera,  
 Vivamus tibi per (in?) saecula.

<sup>1</sup> Del breviario Ms. de la iglesia Rotense, copiado en 1191 (Villanueva, mo XV, pág. 321).

## XXVIII.

Himno In anuntiatione Sanctae Mariae <sup>1</sup>.

Ave Maria gratia plena;  
 Dominus tecum, Virgo serena.  
 Benedicta tu in mulieribus,  
 Qui [quae] peperisti pacem hominibus  
 Et angelis gloriam:  
 Et benedictus fructus ventris tui,  
 Qui coheredes, ut essemus tui;  
 Nos fecit per gratiam.

Per hoc autem aue mundo  
 Tam suave contra carnis iura;  
 Genuisti prolem nouum,  
 Stella solem noua genitura.

Tu parui et magni  
 Leonis et agni,  
 Saluatoris Xristi,  
 Templum excicisti,  
 Sed Virgo intacta.

Tu roris et floris,  
 Panis et pastoris,  
 Virginum regina,  
 Rosa sine spina  
 Genitrix es facta.

Tu ciuitas regis iustitiae,  
 Tu mater es misericordiae;  
 De lacu fecis et miseriam  
 Teophilum reformas gratiae.

Te celestis collaudat curia,  
 Que es Dei mater et filia,  
 Per te reis donatur venia,  
 Per te bonis fulget gloria.

Virgo, maris stella;  
 Verbi Dei cella,  
 Et solis aurora;  
 Paradisi porta,  
 Ex qua lux est orta,  
 Natum tuum ora.

<sup>1</sup> Himnario de Santa Clara de Allariz, en Galicia, Ms.; Real Academia de la Historia.

Ut nos saluet a peccatis  
Et in regno castitatis  
Cum eterna festula  
Collocet per secula—Amen <sup>1</sup>.

XXIX.

(1164.)

Lápida sepulcral del obispo Alvito de Leon <sup>2</sup>.

Hac patris Alvití Legionis praesulis almi  
Condedit in theca Fernandus pignora sacra.  
Erae tunc anni duo praeter mille ducenti.  
O sacre Alvite, memor esto gentis avitae,  
Et da Laevitae Fernando gaudia vitae. Amen.

XXX.

(1187.)

de la consagracion del monasterio de Santa Maria de  
Belmonté <sup>3</sup>.

Hoc in honore Dei templum, Sanctaeque Mariae  
Virginis et Matris, Abbas Garsia peregit;  
Abbas insignis, prudens, discretus, honestus  
Exstitit, in cunctis larga probitate modestus,  
Dedicat Ecclesiam Rodericus Pastor Oveti;  
Ad cuius veniunt populi solemnina laeti.  
Abbates, clerus, saeculares, sexus uterque  
Conveniunt sacri celebrantes gaudia templi.  
Era ducentena post mille XXV.

imnario de Allariz fué dolorosamente destruido por los mismos  
estinadas sus fojas á servir de cubiertas á los documentos de su  
lgunas de estas cubiertas han llegado á poder de la Real Acade-  
Historia, y de ellas hemos sacado este precioso himno y su facsí-  
menos estimable para la historia de la música. Otros himnos igual-  
ciables conservamos del referido Ms.  
rróse en la catedral de la misma diócesi (*España Sagrada*, tomo  
g. 94).  
*ña Sagrada*, tomo XXXVIII, pág. 154.

## XXXI.

Lápida sepulcral del arquitecto Viviano <sup>1</sup>.

Quem tegit hic *paries* dictus fuit hic *Vivianus*:  
 Sic Deus huic *requies*, angeliceque *manus*,  
 Iste magister *erat* et conditor *Eclesiarum*.  
 Nunc in eis *sperat*, qui preces poscit *eorum*.

## XXXII.

SIGLO XIII (1241).

Lápida sepulcral de Berenguer de Paciolo, obispo de Barcel 

Laudibus *immensis* hic Praesul Barchinonensis  
 Fulsit in hoc *mundo*; sic fulgeat orbe *secundo*.  
 Mane duadenos hic omni pascit *egenos*:  
 Fecit et hanc *edem*, ditavit et hanc bene *sedem*.  
 Post haec in *fine* Damiani seu *Caterinae*  
 Hac *captivorum* domum fecitque *Minorum*.  
 Sepius hic *cetum* duxit contra *Machumetum*.  
 De nece commota fuit hac *Ispania tota*,  
 Et nos grex *eius*, dum tanto patre *caremus*,  
 Qui nos *dilexit*, et cum dulcedine *rexit*,  
 Dans lac, non *escam*: iam plura referre *quiescam*.  
 Sic dispensavit, quod adhuc reliquos *superavit*.  
 Adsit ei *flamen*: dic, qui versus legis: *Amen*.

## XXXIII.

Inscripcion de una escritura otorgada en el siglo XIII <sup>2</sup>.

Hoc Ricardus *ita* sig<sup>†</sup>num trahit archilevita.  
 Hoc fecit *signum* † Radulfus, idest quia *dignum*.  
 Non est *indignum* Ricardum ponere *sig<sup>†</sup>num*.

<sup>1</sup> Existe en el monasterio de Montes (Bierzo) (*España Sagrada*, t. XV <sup>1</sup>, pág. 62).

<sup>2</sup> Existe en la capilla de San Miguel de aquella catedral (Villanueva <sup>2</sup>, tomo XVII, pág. 211).

<sup>1</sup> Villanueva, *Viaje literario*, tomo VII, pág. 198.

Signum Guidonis † confirmat vis rationis.  
 His faves A. sig-~~no~~ Rubea de Turre Benigno  
 Hic ea quae laudat, Guillelmus carmine firmat.  
 Gregorius scriptis favet archidiaconus istis.  
 Bernardus paraphonista hic adsunt sua scripta.  
 Istis iocundus favet archilevita Reimundus.  
 Haec primicherius firmavit nomine Petrus.  
 Ista superscripta Bernardus firmo sacrista.  
 Gaufredus tandem causam confirmat eandem.  
 G. de Comellis probat haec chirographa polles.  
 Ut res manifestavi, sic ego Poncius † in ista carta notavi<sup>1</sup>.

#### XXXIV.

Versos jocosos y de escarnio<sup>2</sup>.

1.

*Proloquios.—Adagios.—Epigramas.*

Plus me laetificat, qui dat, quam si mihi dicat:  
 ras veni, cras reveni, cras iterabo tibi.

Res, animam, mores, sensus, corpus et honores,  
 quod perdidit vere bonus clericus in muliere.

In pede sunt porci viginti quatuor ossa,  
 bene si numeres, viginti quinque requires.

Sollicitus studio, pius in templo, puer, esto:

se los errores gramaticales, á que dá lugar esta manera de freno-  
 te tanto cunde en los siglos XII y XIII. También es digno de ob-  
 e entre las rimas perfectas se hallan todavía algunas, tales como  
 mat, primicherius y Petrus, cometidas conforme al primitivo uso  
 as homoepoton y homoeteleton, tantas veces citadas; prueba evi-  
 ígen que traían aquellas, según queda advertido.  
 rvados en un códice de la Biblioteca toletana, Plut. XVII, núme-  
 piados por don Francisco Javier Santiago Palomares en 1753 (Bi-  
 cional, S. 164, ad finem).



Hilaris in mensa maneat, et inde facetus.

---

Salve caro *Christi*, quae pro me passa fuisti:  
Intus me *inunda* Christi caro, sanguis et *unda*.

---

Disce, puer, dum tempus habes, dum sufficit aetas;  
Tempus enim transit more fluentis aquae.

---

Rustice, quid *quaeris*, ut mecum versificeris?  
Rustice, vade *procul* . . . . .

---

In taberna bibo *solus*, ubi non es *fraus* neque *dolus*;  
Quando sum in *hospitio*, ibi es *fraus* et *confusio*.  
Bibit ille, bibit *illa*, bibit servus et *ancilla*;  
Bibit hinc, bibit inde; mihi videtur esse mille.

---

Rocine *trotans* tu comedens, et ego *potans*;  
Cras solves *totum*, tibi *pastum* et mihi *potum*.

---

Porta licet pateat, pudor est intrare tacendo;  
Ac non licet intrare, nisi prius dixeris: *Ave*.

---

Laudo Deum *verum*, plebem voco, congrego *Clerum*;  
Defunctos *ploro*, pestem fugo, festa *decoro*:  
Vox mea *cunctorum* sit terror *daemoniorum*.

---

Sorbendo brodia, gaudet Aragonia tota.

---

Cantat *ingratus*, qui non vult cantare *rogatus*:  
Cantare decet *lene*, dum homo prandet *amene*.

---

Salve, puer, *salve*; Falueris Episcopo, *salve*:  
Sunt tua, vel *cuius*? Non mea; sed pauperis *huius*.

---

Qui dare vult aliquid, non debet dicere: vultis?

Salvia, sarpillum, piper, allia, sals, petrosillum,  
 Estis cassatis; sit bona sal satis:  
 Si bene terantur, et aceto conficeantur,  
 His bona sit salsa, non est sententia falsa.

## 2.

## Sátira del dinero.

- In terra summus Rex est hoc tempore nummus,  
 Nummi mirantur, Regesque et ei famulantur.  
 Nummo venalis favet ordo pontificalis.  
 Nummus in Abbatum cameris retinet dominatum.
- 5 Nummum egrorum veneratur turba Priorum.  
 Nummus magnorum iudex est consiliorum.  
 Nummus bella gerit, et si vult, pax sibi erit.  
 Nummus agit lites, quia vult deponere diles.  
 Erigit ad plenum de stercore nummus egenum.
- 10 Omnia nummus emit, venditque, dat, et data demit.  
 Nummus adulatur, nummus post blanda minatur.  
 Nummus mentitur, nummus verax reperitur.  
 Nummus periuros miseros facit et perituros.  
 Nummus avarorum Deus est et spes cupidorum.
- 15 Nummus in errorem mulierum ducit amorem.  
 Nummus venales dominas facit imperiales.  
 Nummus raptores facit ipso nobiliores.  
 Nummus habet plures, quam coelum sidera, fures.  
 Nummus securus placitat quod vult habiturus.
- 20 Nummus iter coeli clausit, reseratque fideli.  
 Nummus emit villas, struit urbes, destruit illas.  
 Nummus donatus dat honorem pontificatus.  
 Nummus perverse secreta facit sua per se.  
 Nummus enim loquitur, pauper tacet ac bene scitur.
- 25 Nummus minores reprimat, relevatque labores.  
 Nummus corda necat, sapienti lumina caecat.  
 Nummus nam est certum stultum facit esse disertum.  
 Nummus habet medicos, fictos acquirit amicos.  
 Nummus famosas vestes gerit et pretiosas.
- 30 Nummus explendorem dant vestes exteriorem.  
 Nummus eos gestat lapides, quos India prestat.  
 Nummus dulce putat quod eum gens tota salutat.

:

- Nummus ubique *cadit* et quae vult, oppida *trahit*.  
 Nummus *adoratur* quia virtutes *operatur*.  
 35 Nummus aegros *sanat*, secat, urit, et aspera *sanat*.  
 Nummus *laudatos* pisces comedit *piperatos*.  
 In merita *immensa* sunt fercula *splendida mensa*.  
 Francorum *vinum* nummus bibit atque *Martinum*;  
 Vile facit *clarum*, quod dulce est reddit *amarum*.  
 40 Et facit *audire* surdum, claudumque *salire*.  
 De nummo *quaedam* maiora prioribus *edam*.  
 Vidi *cantantem* nummum, missas *celebrantem*;  
 Nummus *cantabat*, nummus *responsa parabat*.  
 Vidi quod *flebat* dum sermonem *faciebat*,  
 45 Et *subridebat*, populum quia *despiciebat*.  
 Nullus *honoratur*, sine nummo nullus *amatur*.  
 Quae genus *infamat*, nummus probus est homo *clamat*.  
 Ecce patet *cuique* quod nummus regnat *ubique*.  
 Sed quia *consummi* poterit cito gloria *nummi*,  
 50 Ex hac esse *schola* non vult sapientia *sola*.

## 3.

*Sátira de las mujeres.*

- Arbore sub *quadam* dictavit clericus *Adam* <sup>1</sup>  
 Quomodo peccavit primus *Adam* in arbore *quadam*.  
 Foemina vicit *Adam*, victus fuit arbore *quadam*.  
 Foemina serpenti mox credit alta loquenti:  
 5 Foemina *serpentis* est visus nos *capiensis*.  
 Foemina *deceptos* serpentes reddit *ineptos*.  
 Foemina te *David*, et te Salomon *superavit*.  
 Foemina *deiecit* te Samson, et haec tua *fecit*.  
 Foemina Iob *vicit* Genesis quae quomodo *dicit*.  
 10 Foemina *damnari* fecit Nabaoth et *lapidari*.  
 Foemina, tu Christi *Bautistae* colla *petisti*.  
 Foemina *regit*, iuvenum sibi colla *subegit*.  
 Foemina corda *ferarum* necat, inspirando *venenum*.  
 Foemina *Praelatis* adimit nomen *probitatis*.  
 15 Foemina *ditatur* cum *presbiteris* *dominatur*.  
 Foemina *multorum* claustrum subit *Monachorum*.

<sup>1</sup> Este parece ser el autor de ambas sátiras contra el dinero y las mujeres, unidas como una sola en el Ms. original: una y otra revelan ya el humor cáustico del archipreste de Hita, según volveremos a notar oportunamente.

- Foemina nihil merito vix est bene fida marito.*  
*Foemina tunc gaudet, cum perficit omne quod audet.*  
*Foemina ditavit quod infernum nuntiavit.*  
 1 *Foemina quae non est fallax, haec foemina non est.*  
*Foemina bella gerit, vix pacto foedera quaerit.*  
*Foemina senescit, quia foemina nulla fenescit.*  
*Foemina nemo furit numquam tua flamma perurit.*  
*Foemina vel raro, vel nunquam credit avaro.*  
 5 *Foemina multa dicet: promittas non amo, dicet.*  
*Foemina pro dote nummorum dicet: O amo te.*  
*Foeminae donare cessa, cessabit amare.*  
*Foemina dum plorat lacrymarum fraude laborat.*  
*Foemina quae pungi, ut scorpius ora perungi.*  
 10 *Foemina vult pungi sua, quem vult ora perungi.*  
*Foemina, mors iuvenum, portat sub melle venenum.*  
*Foemina praedatur, et ab hoc iure lupa vocatur.*  
*Foemina, multorum flammis extinguis amorem.*  
*Foemina, te quare multi nequeunt saciare?*  
 15 *Foemina, tu iuras, sed non periuria curas.*  
*Foemina, nec curas quod mortis iura figuras.*  
*Foemina, te pulcra signant sub pelle sepulcra.*  
*Foemina, tu leporem facis aptum propter amorem.*  
*Foemina, vir mutus loquar tua signa secutus.*  
 20 *Foemina mutescit, per te lupo agna timescit.*  
*Foemina, tu flante, mox cera fit ex adamantis.*  
*Foemina, vir certe fit amando foemina per te.*  
*Foemina, tu verbis et reple rege superbia.*  
*Foemina, pro quaestu quasi portus publicus es tu.*  
 25 *Foemina, venalis portus tuus officialis.*  
*Foemina, nullus ita gladius nocet ut tua vita.*  
*Foemina, Troia satis dat signum tuae bonitatis.*  
*Foemina, pro tristi causa inedia finisti.*  
*Foemina, sola vale, quae nomen habes Petræale<sup>1</sup>.*  
 30 *Foemina, stella maris, sic Virgo Maria vocaris;*  
*Foemina sola bona, data, iam tibi, da mihi bona.*

eria esta acaso la dama querida del poeta, pues que sólo ella es ser exceptuada, entre las vivientes, de los anatemas é injurias que re todas en comun?—La terminacion de la sátira, invocando el nombre de Virgen Maria, no puede estar más conforme con el espíritu que he o dominar en los cánticos consagrados á la Madre del Verbo.

## XXXV.

Fragmento de la Vida de Santa Fides de Agen <sup>1</sup>.

Canson audi q'es bell'antresca,  
 Que fó de razo espanesca,  
 Non fó de paraulla grezesca  
 Ne de lengua serrazinesca:  
 Dolz'e suave es plus que bresca,  
 E plus que nuls piments q'omm esca.  
 Qui ben la diz á lei francesca,  
 Cuig m'en q'e sos grauz pros l'en cresca  
 E q'en est segle l'en paresca.  
 Tota Basconn' et Aragons  
 E l'encontrada dels Gascons  
 Saben quals est aquest cançons,  
 E s'es ben vera sta razons.  
 Eu l'audi legir á clerezons,  
 Et á gramadis á molt bons  
 Si q'on ó mostra'l passions  
 En que om lig esta leicçons;  
 E si vos plaz est' nostre sons,  
 Aissi col guida'l primers tons,  
 Eu la vos cantarei en dons.

(Falta lo demás.)

## XXXVI.

Cancion de Gonzalo Hermiguez, dirigida á su esposa <sup>2</sup>.

Tinhérabos, nam tinhérabos  
 Tal á tal ca monta!...  
 Tinhéradesme, nom tinhéradesme.  
 De là vinhérades, de cà filhárades.

1 Esta poesia fué conservada por Mr. Fauchet (*De la langue et de la littérature française*), y ha sido reproducida por Raynouard (*Choix des poésies*), y por otros escritores de nuestros días.

2 Brito, *Historia del Cister*, lib. VI, cap. I; Sarmiento, *Memorias de la poesía y poetas españoles*, pág. 223.

- 5 Ca aniahia tudo en soma.  
 Per mil goivos trebelhando  
 Oy, oy vos Lombrego  
 Algo rem sê cada folganca  
 Asmei eu: perque do terreno  
 0 Nom ahí tal percheço.  
 Ouroana, Ouroana, oy tem per certo  
 Que minha vida é viver  
 Se alvidrôu per teu alvidro, perque em cabo  
 O que eu ei de la Chebone, sem referta  
 5 Mas naom hé perque se ver.

### XXXVII.

Himno en loor de San Ildefonso <sup>1</sup>.

elsi confessoris	Ildefonso dandum.
um venerandum	Urbs Toleti, gaude
is, ut est moris	Prole gloriosa,
st celebrandum.	Tanta patris laude
dibus canoris	Ubique famos.
is est instandum,	Patrono applaude,
itum honoris	Urbs imperiosa,

ario antiguo de la iglesia de Toledo; Tamayo de Vargas, *Mar-*  
*n.*, tomo I, pág. 258. Este himno debió componerse por los años  
 que se instituyó solemnemente la festividad de San Ildefonso,  
 enseña el cánón XI del concilio de Peñafiel, habido en dicho año  
 idencia del arzobispo don Gil de Toledo. Termina así el referido  
 tuimus et ordinamus ut per totam Toletanam provinciam eius (S.  
 festivitas tamquam praecipue, seu dupplici officio solemniter ce-  
 Aguirre, tomo III, pág. 540). Tanto en este como en el himno *Ad*  
 que empieza:

Laude devota  
 Himnos decantemus  
 Et mente tota  
 Festum celebremus, etc..

an ya completamente desarrolladas las rimas, y dispuestas de tal  
 : exceden en el artificio á cuanto ha llegado á nuestras manos es-  
 gua vulgar, razon por que nos ha parecido conveniente cerrar con  
 sicion el presente estudio sobre los orígenes latinos del *metro* y de  
 ndo principalmente nuestras miradas, desde el siglo VIII, en las  
 la poesía latino-eclesiástica.

Et pro cunctis *aude*  
Esse pretiosa.

Ildefonse, *tuos*  
Iuva prece *pia*:  
Fat iuvet, ut *suos*,  
Nos Virgo *Maria*.  
Ildefonse, *Christe*

Decus tuae *laudi*,  
Instat charus *iste*

Pie hunc *exaudi*.  
Sit laus Patri, *decus*  
Nato, par his *unus*  
Spiritus, his *aequus*  
Ferat, ut his *unus*. Amen.

## ILUSTRACION II.

### SOBRE LOS ORÍGENES Y FORMACION DE LAS LENGUAS ROMANCES.

#### LENGUA CASTELLANA.

#### I.

Muchas son y harto contradictorias las teorías sustentadas por escritores, así propios como extraños, que han procurado investigar los orígenes de las lenguas habladas en nuestro suelo, principalmente de la castellana. Cediendo acaso más de lo justo a afición de estudios especiales, háse dado excesiva importancia á ciertos y determinados elementos que, si contribuyeron en un modo á enriquecer nuestro idioma, no ejercieron en su formación tal ni tan directa influencia como se ha pretendido.— Aquellos que debieron su educación literaria á los estudios clásicos, llevados del profundo respeto que les inspiraba la antigüedad griega y romana, nada ó muy poco hallaron en nuestro romance, donde no se ostentara el sello de las lenguas de Demóstenes ó de Marco Tulio: los que lograron el conocimiento del árabe ó del hebreo, creyeron por lo contrario reconocer en todas partes vestigios de estos ricos idiomas, que han merecido ser clasificados entre las lenguas sábias <sup>1</sup>. Ni faltaron tampoco críticos que,

<sup>1</sup> Una y otra manera de considerar los orígenes de la lengua española sigue dominando entre los doctos que en nuestros días han tratado tan importante materia. Son fiadores de esta verdad, entre otros discursos leídos en las juntas públicas celebradas por la Real Academia de la Lengua, muy notables debidos á don Pedro Felipe Monlau y á don Severo Catalá del Amo, profesor el primero de latin y lenguas romances en la escuela



atribuyendo antigüedad no fácil de justificar á la vascuence, la presentaran como autorizada y única fuente de la española, cerrando así los ojos á la razon y á la historia <sup>1</sup>. Autores ha habido finalmente, que trayendo de las lenguas llamadas teutónicas los orígenes de nuestro romance, dieron ya por resuelta tan árdua cuestion, cuando se habian colocado á incalculable distancia del acierto <sup>2</sup>.

Esta manera de proceder en la averiguacion de los orígenes de la lengua española ha dado pues márgen á diferentes sistemas, ninguno de los cuales puede llenar plenamente los fines de la sana crítica, pues que reconociéndose al par en el romance castellano vestigios de multiplicados idiomas, natural parecia que se hubieran llamado á juicio los diversos pueblos, á que pertenecian aquellos, lográndose tal vez de este modo penetrar en el oscuro laberinto que se ofrece á nuestra vista, aun despues de consumadas las referidas tareas. Y no sea esto decir que escri-

de Diplomática, y catedrático el segundo de lengua y literatura hebrea en la Facultad de Letras de la Universidad Central. Sostiene aquel la tesis de que «sólo del latin nació el romance castellano»: propónese demostrar este que «si el diccionario de la lengua castellana tiene más de latino que de semítico, la gramática de la lengua castellana tiene más de semítica que de latina». Leyó Monlau su discurso en 27 de junio de 1859: hizolo Catalina en 25 de marzo de 1861, apareciendo en consecuencia los trabajos de uno y otro muchos años despues de realizados estos nuestros estudios. Dan ambas obras motivo no escaso á la meditacion, mostrando en sus autores esquisita erudicion y perspicuidad nada comunes aun entre los doctos; pero caminando cada cual por opuesto sendero, si ilustran con oportunas observaciones y sostienen con alto ingenio sus respectivas tesis, justo es tambien reconocer que ceden á veces más de lo que el interés de la ciencia filológica pide, al imperio de sus predilectos estudios, halagados sin duda por el anhelo de arrojar nueva luz sobre el difícil punto, de que tratan.

<sup>1</sup> Huerta, *España primitiva*; Salcedo, *Memoria Ms. sobre el origen de la lengua castellana*; Larramendi, *Imposible vencido*, dedicat.—Estas opiniones son no obstante muy antiguas. Uno de los más diligentes literatos del siglo XV. traduciendo al castellano la *Divina Commedia* del Dante, escribia: «Algunos dicen que la lengua que primero los regnos de Castilla tenian, era vyzcaína; pero yo nunca lo ví en lugar abtenco» (Bibl. Escur., S. 13, fól. 49).

<sup>2</sup> Munarriz, *Trad. de la Retórica de Blair*. tomo I, lecc. IX, pág. 225 y siguientes: Sismondi, *Histoire de la littérature du Midi*, tomo III, cap. XXIII.

tores tan doctos como Aldrete, Valdés, Morales, Cobarrubias, Herrera, Saavedra y tantos otros como en los últimos siglos procuraron ilustrar el importantísimo punto de que tratamos, carecieran de erudicion ni de talento para dar cima á este género de investigaciones: toda la dificultad ha consistido en que, acariciando sobremanera ciertas ideas dominantes en sus respectivas épocas, olvidaron las vicisitudes y contradicciones que experimentó la nacion española hasta formar su lengua, y no tuvieron presente que siendo toda lengua hablada el molde vivo y progresivo de una civilizacion, sólo comparando los elementos que se congregaron en la Península Ibérica para producir la cultura que lleva nombre de española, era posible llegar á la ansiada meta. Así, aunque en cada una de las obras de los autores, que ya de paso, ya deliberadamente, intentaron dilucidar cuestion tan árdua, se encuentren á menudo luminosas doctrinas y oportunas observaciones, necesario es, sobre quilatarlas y reducirlas á sus justos límites, probarlas en la piedra de toque de la historia, si ha de obtenerse de tan opuestos y contradictorios sistemas la luz que ahora apeteecemos.

Nuestro sistema no puede en esta parte ser dudoso: reconocida en la exposicion histórica la venida á nuestro suelo de las colonias célticas y siro-fenicias, representantes aquellas de la raza jafética y estas de la semítica; examinada la influencia política y literaria que, vencida ya Cartago, ejerció en la Península Ibérica así la Roma republicana como la Roma imperial; bosquejado el cuadro de la dominacion visigoda; delineado el de la invasion sarracena, y examinado el nuevo desarrollo de la cultura que recibe salvador impulso de la diestra de Pelayo, hasta el momento en que empiezan á ser escritas las poesías vulgares,—creemos dejar ya echados sólidos cimientos á estas no despreciables investigaciones.—Mas reconocida la dificultad de señalar á cada una de las gentes mencionadas el lugar que realmente le corresponde en la formacion de lenguas que, como los romances españoles, aparecen compuestos de tan allegadizos elementos, fuerza será que procedamos en estas no fáciles tareas con la mayor templanza y circunspeccion, á fin de procurar por este camino el acierto.

Pruébase con la autoridad de Estrabon, en lugar oportuno ale-

gada, que no sólo hablaron diferentes idiomas los primitivos moradores de España (lo cual parece fuera de toda duda, atendida la situación geográfica de la Península), sino que debieron llegar á cierto grado de cultura, cuando tenían para cada uno de aquellos lenguajes distinto orden de reglas gramaticales y aun diversos caracteres <sup>1</sup>.—La pintura que los primitivos historiadores hicieron de la antigua Iberia, presentando á los restantes moradores como gente rústica, feroz é insociable con los extraños, discordes entre sí, sin artes, ciencia ni policía alguna, y en una palabra, derramados por selvas y montes, como fieras, muévenos sin embargo á sospechar, que no serian de cierto los idiomas por ellos hablados ricos ni abundantes con exceso, viéndose en contrario reducidos al estrecho círculo de ideas, á que se extendian los escasos conocimientos, por dichos moradores adquiridos, y á las más apremiantes necesidades de la vida.

Como quiera, y ya se siga el testimonio de Estrabon, ya se adopten las opiniones de los doctos anticuarios don Antonio Agustín, Franco, Lastanosa, Albiano de Rojas, Ustarroz, Dormer, Huerta y tantos otros como creyeron descubrir en las monedas autónomas irrecusables testimonios de las primitivas lenguas, habladas en la Península durante aquellas remotas edades, no puede caber duda en que poseyeron los españoles, antes de que penetraran en nuestro suelo colonias griegas y siro-fenicias, uno ó más idiomas, bastantes á satisfacer las necesidades de la sociedad en que vivian. Negar esto, seria, sobre temerario, absurdo y ofensivo á la razon y al buen sentido. Lo que no es posible determinar tan fácilmente (y ha dado no obstante ocasion á largas tareas) son los caracteres é índole especial de estas lenguas; pues que no solamente no se ha trasmitido hasta nosotros monumento alguno literario de aquellos tiempos, sino que establecidas ya las colonias célticas, griegas, sirias y fenicias, que fueron sucesivamente aportando á nuestro territorio, hubiéronse de adulterar necesariamente dichos lenguajes, admitiendo la racional influencia de los que hablaban aquellos nuevos y más ilustrados pobladores.

<sup>1</sup> Tomo I, cap. I, pág. 40, nota 1 y otras siguientes.

Y no menos difícil es, en nuestro concepto, el resolver cuál de estos idiomas llegó á sobreponerse y dominar los demás traídos á España, estableciéndose como único vínculo entre todos sus moradores. Asientan el erudito Juan de Valdés y el diligente don Gregorio Mayans y Siscar de una manera concluyente que debió ser el *griego*; y fundan esta opinion, admitida por el erudito Velazquez, en la exstructura léxica de los nombres primitivos, que ostentan y guardan todavia en parte muchos pueblos, ciudades, regiones, montes, rios y promontorios de la Península <sup>1</sup>. Mas por digno de respeto que nos parezca el juicio de estos eruditos, no prueba todo lo que intentan; porque para demostrar que dominó «en la antigua Iberia la lengua griega, del mismo modo que el romance dominaba en la España de Carlos V», como aseguraba Juan de Valdés en dicha época, necesario era probar antes que las colonias milesias, zacyntias y focenses habian penetrado é imperado sin rivales en el interior de las Españas, única manera de extender y derramar por todas partes su idioma. Pues aun cuando pueda y deba admitirse la influencia de aquellas colonias, como un hecho histórico, todavia ha de tenerse en cuenta que tomaron asiento y dominaron solamente en el litoral de Levante, con parte del Mediodia, de las costas occidentales y de Galicia, donde tal vez llegaron á hacer larga morada. Así pues, no será descaminado propósito el de reducir á las expresadas comarcas el general predominio, atribuido á la lengua griega sobre la Península; predominio que hubo de compartir, como á pesar de todo observa Velazquez, con la tyria ó fenicia, la cual se refresca y robustece más adelante con la púnica ó cartaginesa.

<sup>1</sup> *Didlogo de las lenguas; Orígenes de la lengua española; Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas*, etc. Aunque la primera de estas obras se ha publicado repetidamente como anónima, debemos hoy á la diligencia del entendido académico don Pedro José Pidal el descubrimiento de su autor, no quedando duda de que lo fué Juan de Valdés, segun dejamos indicado (*Revista Hispano-Americana*, Madrid, 1848). El erudito don Rafael Floranes la atribuyó en el siglo pasado á Juan de Vergara, á quien se adjudica tambien la *Historia de Toledo*, que anda con nombre de Pedro de Alcocer (Real Acad. de la Hist., Colecc. Ms. de Floranes, tomo IX).

Otros diversos idiomas debieron hablarse en lo restante del territorio español, donde se reflejaría sin duda la influencia de los pueblos celtas que doblaron los Pirineos, estableciéndose á una y otra márgen del Ebro, y derramándose despues á otras diferentes regiones de la Península. Pero todas estas parciales influencias hubieron de someterse á la más activa y general de Cartago, que daba, cual vá indicado, nueva fuerza al elemento oriental ya iniciado en la Península, provocando por último larga y tenaz lucha, de que salía vencedora la raza de Jafet, postrados una y otra vez los descendientes de Siqueo y de Asdrubal ante las águilas romanas.

Fué España en consecuencia de aquella gran lucha una provincia latina. Mas no sin resistir el yugo de sus dominadores, pues que segun dejamos consignado <sup>1</sup>, se hubieron menester doscientos años para señorear la antigua Iberia, que ofrecia abundante incentivo al pueblo rey, rico de gloria y avaro de placeres, para correr en busca de ellos al suelo de la Península pirenaica: fijando su asiento multitud de familias patricias, ya en la Tarraconense, ya en la Bética, multiplicaron en breve los municipios y colonias de las dos Españas, conforme queda en otro lugar advertido <sup>2</sup>; y al cabo la religion, las costumbres, las leyes, las artes y las letras de los dominadores eran patrimonio de los vencidos, dulcificando al par sus costumbres é inclinándolos á su adopcion y cultivo. La arquitectura y la estatuaria, barómetro infalible del estado de cultura de los pueblos, escribieron en elocuentes páginas de piedra el portentoso cambio que se habia verificado ya en las dos Españas con tan íntimo y largo comercio; y aun cuando careciéramos del claro é irrecusable testimonio de las obras debidas á los oradores, historiadores y poetas que produjeron ambas en esta época <sup>3</sup>, bastarian sin duda aquellos monumentos, así como las innumerables inscripciones públicas, los epitáfios y monedas que han llegado á nuestros días, para demostrar cuán grande fué en la Iberia la influencia de Roma y de su cultura.

<sup>1</sup> Tomo I, cap. I, pág. 12.

<sup>2</sup> Véase el cap. I, pág. 20.

<sup>3</sup> Véanse los caps. I, II, III y IV.

Natural parece, dada esta general influencia, que así alcanzaba á la esfera de las artes como á la de las letras, el que se reflejara igualmente en la de la lengua, hablada por los moradores de las Españas; y demás de la observacion filosófica, nacida de los hechos indicados, existen las terminantes declaraciones de los historiadores. Aserto es de Estrabon, á quien hemos citado ya en diferentes pasajes, que celtas y turdetanos (en especial los que moraban orillas del Bétis) «tomaron enteramente las costumbres romanas, no acordándose ya del primitivo lenguaje, y apellidándose *estolados* ó *togados*, denominacion que se hizo tambien extensiva á los celtiberos, tenidos otro tiempo por los más fieros é inhumanos» <sup>1</sup>. Y narrando la division de las provincias ibéricas entre el Senado y el Emperador Augusto, aseguraba más adelante, al determinar el territorio señalado al último de los tres legados consulares: «Regía el tercero y comprendia las comarcas mediterráneas, pueblos ya pacíficos y de mansas costumbres, los cuales se habian vestido con la toga la manera y forma de Italia: tales son los celtiberos y los que junto á ellos moran de la una y otra parte del Ebro hasta la marina.» Es pues innegable, recibido tan veraz testimonio, que cuando este célebre geógrafo visitó las Españas, vivian ya *more romano* y hablaban la lengua latina la mayor parte de sus pueblos. Comprendíanse efectivamente en dicha relacion toda la Bética, parte de la Lusitania y toda la Celtiberia, incluso el antiguo reino de Murcia; pero digno es de advertirse que se resistian aun á recibir las costumbres y la lengua de sus dominadores algunas provincias septentrionales.

Confirmase la manifestacion del docto geógrafo de Augusto con el dicho no menos fehaciente de Julio César: asentaba este afortunado caudillo y eminente historiador en sus doctos *Comentarios*, que habiendo celebrado en Córdoba una asamblea, á la cual

<sup>1</sup> Turdetani autem, maxime qui ad Boetim sunt, plane romanos mores assumpserunt, ne sermonis quidem vernaculi memores, ac plerique facti sunt latini, et colonos acceperunt romanos: parumve abest quin omnino romani sunt facti... et qui hanc formam sequuntur hispani, *stolati* seu *togati* appellantur, in quibus sunt celtiberi, quondam omnium maxime feri inhumani habitati (*De Rerum Geographiarum*, lib. III, pág. 224 de la ed. lat. de Amsterdam).

llamó á los moradores de la Bética, dió á todos *en general* (generatim) las gracias: «á los ciudadanos romanos (dice) porque »habian procurado conservar en su poder la ciudadela; á los es- »pañoles porque habian expulsado las guarniciones [enemigas]; »á los gaditanos porque habian frustrado los intentos de sus ad- »versarios» <sup>1</sup>. Semejante confesion de aquel grande hombre que manifestó haberse valido de intérpretes siempre que arengó á los moradores de las Galias <sup>2</sup>, sobre ser de mucho peso y autoridad en estas investigaciones, se halla confirmada por su lugarteniente y continuador, Aulo Hircio Pansa, quien inserta parte de la arenga, con que César (concione advocata) reprehendió públicamente la volubilidad y punibles excesos de los sevillanos <sup>3</sup>. Enseñaba Hircio en este memorable documento que no solamente comprendian sin intérpretes los moradores de aquella comarca la lengua latina, sino que habian quebrantado á sabiendas las leyes romanas, poniendo sus manos «en los sacrosantos magistrados del pueblo» y atentando en el mismo for contra la vida de Casio, lo cual les afeaba Cayo Julio, comparando su conducta con la de los pueblos bárbaros, que ni hablaban la lengua del Lacio, ni seguian las costumbres de Italia.

Parecen pues demostrar estos y otros muchos testimonios que fácilmente pudieran aducirse, que llegó á ser en la antigua Iberia constante y general el uso de la lengua latina, como indeclinable consecuencia de la política inalterable del Senado, antes de ahora examinada <sup>5</sup>. Mas para que no se nos tilde de parcos en las pruebas, bien será añadir otras que no son en verdad menos auténticas.

<sup>1</sup> Caesar, concione habita Cordubae, omnibus generatim gratias agit: civibus romanis, quod oppidum in sua potestate studuissent habere; Hispani quod praesidia expulissent; Gaditanis, quod conatus adversariorum infregissent, seseque in libertatem vindicassent (*De Bello civili*, lib. II, cap. XXI).

<sup>2</sup> *De Bello Gallico*, saepe.

<sup>3</sup> Cap. XLII, ad finem.

<sup>4</sup> Vos, iure gentium et civium romanorum institutis cognitis, more barbarorum Populi Romani magistratibus sacrosantis manus semel et saepius attulistis: et luce clara Cassium in medio foro nefarie interficere voluistis, et (Id., id.).

<sup>5</sup> Tomo I, cap. I, pág. 13 y siguientes.

cas. Escribiendo á Marco Tulio desde Córdoba el ilustre Asinio Polion, gobernador de la Bética, expresábase respecto de su reemplazo del siguiente modo: «Lo que dije en Córdoba *por medio de una arenga*, nadie lo pondrá en duda: que yo á ninguno había de entregar la Provincia, sino á quien viniese provehido por la autoridad del Senado» <sup>1</sup>. Bosquejando Amiano Marcelino las costumbres de los antiguos españoles, y condenando las tropelías, cometidas en las provincias por los agentes imperiales, escribía, narradas ya algunas vejaciones de gran bulto: «Con igual maldad cierto agente público de España, convidado á cenar, habiendo oído que unos muchachos que ya de noche introducían luces, exclaman, según costumbre: *Venzamos*, é interpretándolo formal y siniestramente, exterminó la noble familia» <sup>2</sup>. Á estos testimonios, dados por escritores de la antigüedad, puede añadirse también la autoridad de los modernos: entre todos seráno lo lícito mencionar al docto cuanto severo Mariana, quien al apreciar las consecuencias que en la Península produjo la victoria alcanzada por César sobre los hijos de Pompeyo, observaba por último, narrado ya el allanamiento de toda la Península: «En conclusion, los de Ampurias, quitada la diferencia que tenían de griegos y españoles, recibieron las costumbres, lengua y leyes romanas, con título que se les dió de colonia» <sup>3</sup>.

La filosofía, la literatura, la arqueología y la historia prueban con sus especulaciones y monumentos, que al establecerse el Imperio romano era en España generalmente hablada la lengua latina: fácil cosa será por tanto el comprender hasta qué punto debió propagarse y extenderse durante el espacio de cuatrocientos y más años, en que las artes de la paz florecieron bajo los auspicios de aquellos celebérrimos conquistadores.—¿Pero fué uni-

<sup>1</sup> Illud me Cordubae pro concione dixisse, nemo vocabit in dubio, Provinciam me nulli, nisi qui a Senatu missus venisset, traditurum (*Epist. ad diversos*, lib. X, epist. XXXII, núm. V, pág. 326 de la edicion Tauchnitz).

<sup>2</sup> Malignitate simili quidam agens in rebus in Hispania, ad coenam item invitatus, cum inferentes vespertina lumina pueros exclamasse audisset usu, Vincamus... sollemne interpretatus atrociter, delevit nobilem domum (*Rerum Gestarum*, lib. XVI, cap. VIII; Constantius et Iulianus, núm. VIII).

<sup>3</sup> *Hist. gen.*, lib. III, cap. XXIII.



versal en todas las regiones de la Península, y entre todas las clases sociales?... Causa ha sido sin duda la claridad de las observaciones ya expuestas, de que escritores muy eruditos asienten que fué en efecto aquella lengua la única hablada por nuestros mayores, durante el Imperio romano. Señálase entre todos y es digno de tenerse en cuenta, por su autoridad, el docto académico de la Historia don Francisco Martínez Marina, quien esforzando dicha opinion exclamaba: «¿Qué razon se puede alegar para suponer una lengua nacional, distinta de la latina, en tiempo de la dominacion romana?... Cuantos monumentos se han descubierto y conservado hasta nuestros dias, ¿no prueban lo contrario?... Lápidas, inscripciones, tratados, leyes, monedas, escritos de todas clases, todo anuncia y predica que la lengua latina era la lengua comun de España; ¿y cómo es posible que si hubiera un lenguaje nacional, diferente de aquel, se dejasen de encontrar algunos monumentos de su existencia?»<sup>1</sup>.

Á la verdad no carecen de fundamento las razones de Marina; mas no son tales que anulen toda réplica y desbaraten toda observacion filosófica respecto de la existencia en ambas Españas de otros idiomas, hablados si no escritos, al propio tiempo que imperaba generalmente la lengua del Lacio. Muévenos en efecto á contradecir la opinion del sabio académico, el considerar por una parte las frecuentes alusiones que hacen ya los poetas, ya los oradores, ora los historiadores, ora los geógrafos y demás escritores latinos á ciertos lenguajes hablados en la Iberia, durante el largo período á que nos referimos, y el reparar por otra en que no era empresa cumplidera al humano poder la de erradicar absolutamente, con la fuerza de las armas y la tiranía de la política, tantos lenguajes hablados de antiguo en tan varias regiones, por más que la política y la fuerza lograsen desnaturalizarlos. Y que eran los lenguajes existentes en España, aun en los dias del Imperio, distintos del latino, bastará á demostrarlo la manera indirecta, y por tanto ingénua y eficaz, con que dichos escritores los mencionan.

<sup>1</sup> *Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo IV, pág. 14.

asificando C. Plinio Segundo las piedras preciosas que se em-  
 ban en los anillos, presea grandemente estimada de los ro-  
 os, observaba: «*Viriolae* Celticae dicuntur [annuli]; *viriae*  
*beriae*» <sup>1</sup>. Tratando de las diferentes especies de oro, cono-  
 ; por la antigüedad y aplicadas á la industria y á las artes,  
 bia: «Hispania *strigiles* vocat auri parvulas massas, quod su-  
 omnia solum in massa, aut ramento capitur» <sup>2</sup>. Hablando de  
 iversas sales apreciadas por los naturalistas, habia asentado:  
 paniae quadam sui parte e puteis hauriunt *muriam* appellant,  
 i quidam etiam referre arbitrantur» <sup>3</sup>. Y refiriéndose á la an-  
 a Beturia (hoy Castilla), pueblo formado por los celtas iberos  
 s celtas lusitanos, se habia expresado por último del sin-  
 te modo: «Celticos a celiberis, ex Lusitania advenisse ma-  
 tum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis, quae cognomi-  
 s in Boetica distinguntur» <sup>4</sup>.

as declaraciones del naturalista, que se repiten con harta fre-  
 cia en todo el proceso de sus investigaciones, hallan confir-  
 on, no menos fehaciente, en la historia. Casi en el mismo  
 po á que Plinio se refiere, consignaba en efecto C. Tácito un  
 o memorable y de no escasa importancia para las investiga-  
 es que vamos realizando. Oprimia el pretor Lucio Pison [año  
 de Roma, 23 de J. C.] con vejaciones y excesivas violencias  
 gion de los arevacos, postrera parte de la Celtiberia; y can-  
 s ya de sufrir su rapacidad y desmanes, conjuráronse con-  
 el, dándole muerte un labrador de Termesto (hoy Lerma),  
 ad famosa por el brio y valor de sus hijos en las anteriores  
 ras de Numancia. Puesto el matador de Lucio en el tormen-  
 para que declarase sus cómplices, «clamó, diciendo con  
 undes voces *en la lengua patria* que en vano se lo pregun-  
 an» <sup>5</sup>. Casi un siglo adelante decia tambien Silio Itálico, ha-

*Naturalis Historia*. lib. XXXIII, cap. XII.

Id., id., cap. XIX.

Id., lib. XXXI, cap. XL.

Id., lib. III, cap. II.

«Et... cum tormentis edere conscios adigeretur, voce magna, *ser-  
 e patria* frustra se interrogari, clamitavit» (*Anales*, libro IV, anno A. U.  
 LXXVIII).

blando de los diversos pueblos que acompañaron á Anibal en su expedicion contra Italia:

. . . . . Misit dives Gallaecia pubem, .  
Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis <sup>1</sup>.

Estos testimonios de Plinio, Tácito y Silio, cuya veracidad no admite duda alguna, refiriéndose por sus autores á la época del Imperio, y abarcando por su aplicacion tan largo periodo de la historia de España, ponen de manifiesto que ni se habia podido desarraigar en el espacio de dos siglos y medio la primitiva lengua de los españoles, ni de los celtíberos; ni se habian olvidado en el suelo de Galicia los dialectos, en que habian sido compuestos los *versos bárbaros*, cantados con extraña armonia por la juventud indígena. No otra cosa nos muestra el *Hispania vocat* y el *Hispaniae appellant* de Plinio, el *sermone patrio* del gran historiador latino y el *patriis linguis* de Itálico, denotando el *barbara carmina* del último la total diferencia que habia entre dichos dialectos y la lengua latina.

Y no son estos los únicos datos que determinan la diferencia de lenguajes que vamos reconociendo. El celebrado Quinto Ennio, que florecia por los años 150 antes de J. C., escribia:

Hispane, non romane, memoretis loqui me <sup>2</sup>.

Marco Tulio, que en su oracion *pro Archia* calificó de groseros los versos de los poetas cordobeses, llevados á Roma por el vencedor de Sertorio <sup>3</sup>, observaba en el año 682 de la fundacion de aquella metrópoli, que si los españoles hablaran en el Senado sin intérpretes, no serian entendidos <sup>4</sup>; y aunque pudiera decirse que esto consistia principalmente en la inflexion y acento especial con que eran pronunciadas las palabras, todavia debe notarse que esta misma dificultad y aspereza constituian, cuando menos, tantas especies de dialectos cuantas eran las regiones en que una y

<sup>1</sup> *Bella Punica*, lib. III.

<sup>2</sup> *Apud Carisium*, lib. II.

<sup>3</sup> Véase el cap. I.

<sup>4</sup> *De divinatione*, lib. II.

otra España estaban divididas. Á esta rudeza aludió sin duda Marco Valerio Marcial, cuando escribía:

Nos Celtis genitos, et ex Iberis,  
Nostrae nomina, duriora terrae,  
Grato non pudeat referre versu <sup>1</sup>.

Pero aun cuando nos faltaran todos estos importantes datos; aunque no se hubieran trasmitido hasta nuestros días testimonios y documentos relativos á la existencia de aquellos lenguajes <sup>2</sup>;

<sup>1</sup> Lib. IV, epig. LV.

<sup>2</sup> Digno es de advertirse que, demás de los terminantes dichos é inequívocas alusiones de historiadores, oradores y poetas coetáneos, que testifican no ser solo en ambas Españas, durante la dominacion romana, el uso de la lengua latina, existen notabilísimos monumentos arqueológicos que lo comprueban, manifestando al par la influencia que las hablas populares alcanzaban sobre la lengua oficial, contribuyendo no poco á adulterarla y descomponerla. Entre otras varias inscripciones, que han extraviado más de una vez, por las razones expresadas, á muy perspicuos numismáticos y epigrafistas, será bien citar, con el entendido académico don Juan Eugenio Hartzenbusch, tres medallas ó grandes bronce del Emperador Tiberio, acuñados en Emerita Augusta, los cuales ofrecen en torno al busto la siguiente leyenda: DIVS. AVGVSTVS. PATER. PATRIA. «Demos (dice Hartzenbusch) por bien escrita la palabra PATER, que se nos presenta en abreviatura con las tres primeras letras «PAT.; concedamos que la palabra DIVS está en abreviatura tambien, en lugar de DIVVS: para el sustantivo PATRIA, que debia estar en caso de genitivo, no se halla disculpa. En Mérida no sabian todos las declinaciones «latinas despues de la muerte de Augusto» (*Discursos de la Real Acad. de la Lengua*, tomo II, pág. 350). Si á esta consideracion se añade la de ser oficial la expresada inscripcion, llamará sin duda con mayor razon la atencion de los doctos, como la llaman por haber sido labrados en Cádiz, colonia que gozó de antiguo el *ius Urbis*, los *Vasos Apolinarie*s, descubiertos en 1852 en los baños medicinales de Vicarello, y muy conocidos ya de los anticuarios, merced á la diligencia del sabio P. G. Marchi, que los estudió y publicó en el referido año. Contienen el *Itinerario* de Antonino, y en ellos leemos: ITINERARIUM A GADES ROMAM—; AB CADES USQUE ROMA ITINERARE, en vez de *Itinerarium a Gadibus usque Romam*,—*A Gadibus usque Romam Itinerarium*, como observa el referido Marchi. «Cádiz (añade nuestro amigo) fué siempre «una ciudad muy culta; pero á juzgar por los vasos de camino trabajados allí, los oficiales de plateria de Cádiz no andaban en el segundo siglo de la «Era cristiana muy escrupulosos en el uso del idioma latino» (*Discursos cita-*

aunque, borradas todas las hablas populares, hubiese desaparecido también el vascuence en las regiones pirenaicas bajo el yugo de los Césares, todavía tendríamos razón para creer que hubieron de usarse en la Península Ibérica distintos lenguajes, durante el Imperio romano. Porque si en la misma Roma hallaba motivo el doctísimo Quintiliano para decir que le parecía el lenguaje del vulgo de otra naturaleza que el hablado por los eruditos <sup>1</sup>, dando así clara idea de aquella lengua apellidada por sabios filólogos con el título de *romano-rústica*; si es un hecho reconocido por la crítica que no sólo en las obras dramáticas de Plauto, escritas para la muchedumbre popular, sino también en las de los más elocuentes historiadores y oradores se refleja vivamente la influencia del *sermo vulgaris*, tenido en cuenta por Marco Fabio, ¿qué mucho que en regiones tan apartadas de Roma y entre tan varias gentes no se lograra esa unidad de lenguaje, aun no conseguida tampoco entre las naciones modernas?... «Los hombres doctos» (repite un respetable español, y esto vemos de continuo) hablan »y escriben con más elegancia y propiedad que el vulgo, y á veces con tanta diferencia que parecen diversas lenguas» <sup>2</sup>.

Así que, la pretension de los latinistas, abanderada en el digno académico don Francisco Martínez Marina, no sólo puede ser combatida con los hechos que nos ministra la historia, sino también con las razones, de que nos arma la filosofía. Creemos, como este erudito, que la lengua del Lacio fué generalmente hablada en la antigua Iberia: creemos más; fué, en nuestro concepto, la única empleada durante la dominación romana en toda clase de negocios públicos; ante los tribunales subalternos, ante los conventos jurídicos; en los instrumentos civiles y criminales; en las escuelas públicas; en las asambleas populares; en las inscripciones y memorias de todos géneros; en las monedas de los municipios y

dos, pág. id.). Los monumentos litológicos nos ministran las mismas pruebas, leyéndose á menudo: *Diis manes* por *Diis manibus*; *Curante Mater* por *Curante Matre*, etc., como han observado muy diligentes epigrafistas.

<sup>1</sup> Aliam quamdam videtur habere naturam *sermo vulgaris*, aliam viri eloquentis oratio (*Instit. Orator.*, lib. XII, cap. X, núm. 43).

<sup>2</sup> Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*.

colonias; en una palabra, en cuantos actos y documentos se referian á la administracion y al gobierno, á la religion y á la política. Sólo de esta manera puede explicarse cómo produjo España tantos varones ilustres en el cultivo de la literatura latina, segun dejamos ámpliamente manifestado.

Pero aun concedido todo, y tenidas en cuenta las observaciones arriba indicadas respecto de la arquitectura y de la estatuaría, todavia deducimos, como natural consecuencia de cuanto vá expuesto, que la lengua de aquellos poderosos conquistadores no llegó á hacerse *universal* ni *popular* en todas las regiones de Iberia. *Universal*, no; porque no se habló igualmente en las comarcas del Mediodia y del Norte, del Oriente y del Occidente, conservándose en el centro de los valles y montañas los primitivos idiomas, bien que adulterados de antiguo por las colonias que preceden á la invasion romana, y modificados lentamente con el comercio de las ciudades, que deben su engrandecimiento ya á la República, ya al Imperio: *popular*, no; porque no pudo lograrse la unidad entre el lenguaje de los discretos y el hablado por el vulgo, apegado siempre á sus antiguos hábitos, y contrario á toda innovacion que modifique ó aduldere las costumbres, recibidas con supersticioso y aun santo respeto de sus mayores. Prueba irrecusable de estas verdades es sin duda, sobre los testimonios arriba presentados, la lengua vascuence, donde si bien se han reconocido, aun por sus más apasionados encomiadores, no pocos vestigios del latin, triunfó el genio de la independencia, tan preciada de aquellos feroces montañeses, que rechazaban, con la coyunda romana, la cultura de sus ilustrados conquistadores.

## II.

La irrupcion de los pueblos del Norte vino á trocar el aspecto de la nacion española en la forma que expusimos en el capítulo VI. Dueños al cabo los visigodos de la mayor parte del territorio, y divididos de los naturales por la ley expoliatoria de la *propiedad* y por la no menos tiránica de *raza*, cuyos deletéreos

efectos alcanzan hasta el desastre universal de Guadalete <sup>1</sup>, sosteniéndose entre ambos pueblos larga y costosa lucha, de que sale por último triunfante la grey hispano-latina en el terreno de la inteligencia. Esta gran victoria, cuya fórmula fué la unidad religiosa, proclamada en el III concilio toledano, debilitando grandemente las costumbres traídas del Septentrion por los visigodos, inclinaba del todo la balanza á favor de la antigua civilización, que aun decaída de su pristina grandeza iluminaba el mundo con la luz de sus portentosas ruinas. La voz sublime de Leandro, cuya prodigiosa actividad y sublime celo habian preparado en la persecucion y en el destierro aquella gran trasformacion, proclamaba á la faz del mundo católico la unidad del lenguaje hablado por la Iglesia <sup>2</sup>: la ciencia de Isidoro recogia en un libro las tradiciones de la antigua civilización, fijándolas en aquel mismo lenguaje adoptado por la Iglesia y destinado á la enseñanza de las disciplinas liberales <sup>3</sup>. Desde entonces todo testimonio público, ya en el órden civil, ya en el religioso, aparece en lengua latina: breviarios, libros litúrgicos, obras polémicas, dogmáticas y místicas, códigos eclesiásticos, rituales, himnos, inscripciones, epitáfios, todo monumento público y privado de esta edad se halla formulado en aquel venerado idioma: hasta las leyes militares y civiles, dictadas por los monarcas bajo los mismos auspicios, se redactaron en la mencionada lengua, que á pesar de su visible decadencia y corrupcion, se mostraba aun iluminada por la brillante aureola de la literatura romana.

Pero estos hechos, que es necesario reconocer y fijar convenientemente para obtener el acierto, han llevado sin duda más allá de lo justo á algunos de nuestros más señalados críticos. «Los españoles (dicen) en todos los siglos de la monarquía gótica hablaron del mismo modo que en los de la dominacion romana: no hubo entonces otra lengua vulgar y comun al pueblo que la lengua latina, y esta conservó su propiedad en España hasta la

1 Véanse los caps. IX y X.

2 Véase el cap. VII.

3 Véase el cap. VIII

»total ruina del imperio gótico» <sup>1</sup>. A la verdad, cuando se han asentado tales proposiciones, sobre haberse perdido de vista los hechos ya alegados respecto de la época romana, olvidándose al par la especial constitucion del pueblo visigodo y del pueblo hispano-latino, no se ha reparado en lo que significa y vale la declaracion hecha sobre este punto por San Leandro en el III concilio, ni se ha fijado tampoco la consideracion en los frecuentes testimonios que ofrece San Isidoro en su gran libro de las *Etimologias* sobre la existencia por lo menos de otro idioma, distinto del empleado por la Iglesia y del adoptado finalmente por la corte visigoda. «Justo es (exclamaba el apóstol de los visigodos) que los »que tenemos un Dios y un mismo origen y padre, de quien todos procedemos, quitada la diversidad de las lenguas (linguarum diversitate), con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazon y estemos entre nosotros »atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa que entre »los hombres hay más suave, más saludable y más honesta» <sup>2</sup>.

Claro aparece por tanto que al celebrarse el memorable concilio, en que se abjura la herejia de Arrio, no solamente habia diferencia de idiomas entre el pueblo hispano-latino y el pueblo visigodo, que conservaba el alfabeto ulfilano, á que nos referimos en lugar oportuno <sup>3</sup>, sino tambien entre el clero arriano y el católico, cuya union y fraternidad solemnizaba la voz autorizada del virtuoso metropolitano de Sevilla. Entregó á las llamas la intolancia, que desde aquellos dias comienza á germinar en el suelo español, todos los libros contaminados con la doctrina arriana, sentencia que se ejecuta en la misma corte de Leovigildo <sup>4</sup>; y este lamentable suceso despojó á la critica de los medios de conocer por completo y de apreciar aquella lengua, que proscrita ya, con los errores en ella consignados por los sucesores de Arrio, dejó sin duda de ser escrita en adelante.

Mas no porque el pueblo visigodo, traído al conocimiento de la

<sup>1</sup> Marina, *Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo IV, pág. 15.

<sup>2</sup> *Homilia de S. Leandro*, Mariana, lib. V, cap. XV, tomo I, cap. VII.

<sup>3</sup> Tomo I, cap. VII, pág. 331, y cap. VIII, pág. 339.

<sup>4</sup> *España Sagrada*, tomo V, pág. 194.



verdad por la elocuencia de Leandro y de Eutropio, de Juan de Valclara y de Isidoro, adoptase la lengua latina, como intérprete de aquella misma verdad, para todos los actos religiosos y civiles, se ha de entender que renunciara al habla de sus mayores, aprendiendo en un solo día y por virtud de la abjuración el idioma de los hispano-latinos. Antes bien la misma luz de la historia manifiesta que así como conservaron dentro de su raza la dominación política, y negaron una y otra vez la diadema real á los que no hubieran nacido de la nobleza visigoda, debieron seguir hablando la lengua perfeccionada por Ulfilas, que sobre haber sido depositaria de las sagradas escrituras, encerraba también (y en esta parte la pérdida de los libros ulfilanos es irreparable) las tradiciones bélicas de sus mayores. Sólo al hundirse orillas del Guadalete el trono de Rodrigo, pudo caer envuelto en aquella universal ruina el idioma propiamente visigodo, como cayó la ley expoliatoria de la *propiedad*, y la más intolerable é inhumana de *raza*, entregando sus ya menospreciadas reliquias á las generaciones que se levantaron, no sin portentoso esfuerzo, sobre tan desusada catástrofe <sup>1</sup>.

Ahora bien: si al asentar los visigodos su dominación en la Península no habían desaparecido en modo alguno los restos de

<sup>1</sup> No es posible concebir estos hechos de otro modo, después de meditar larga y maduramente sobre la naturaleza de los mismos. En cuanto á los caracteres ulfilanos, no desconocidos de los discípulos de Isidoro, como persuade la frase de San Eugenio, al tratar *De Inventoribus litterarum* (quea videntur ultimas), conviene advertir que no siendo los que señalan nuestros paleógrafos con nombre de góticos, mal pudieron llegar, según con visible error supone algun historiador moderno, al año de 1091, en que fué abolida la letra *isidoriana* ó *toletana*. Los referidos caracteres, con que Ulfilas sustituyó en el siglo IV de la Iglesia la antigua escritura *rúnica*, á fin de preservar los Sagrados Libros de toda mancha de idolatría y de magia (Favre, *Mélanges d'Histoire littéraire*, pág. 240), no pueden en modo alguno confundirse con los que nos ofrecen cuantos códices se escribieron hasta fines del siglo XI en la Península Ibérica. Ulfilas al componer su alfabeto, que según el famoso *Códice Argenteo* consta de veinticinco signos, acudió á las fuentes más autorizadas que á la sazón existían, y suplió con nuevas letras las que para llenar su intento faltaban. Así, restaurado dicho alfabeto por los más doctos filólogos, que han procurado ilustrar esta difícil materia, observamos que existen en él cinco caracteres puramente griegos, seis puramente latinos.

antiguos idiomas hablados por los españoles; si durante el largo periodo de dos siglos y medio habia existido entre uno y otro un insuperable barrera, teniendo los vencidos cerradas todas las vías para conquistar la representacion política, de que esta-

greco-latinos, y cuatro originales ó derivados en algun modo de la antigua escritura *runica*, en la manera siguiente:

Signos griegos. . . . . Γ. Α. Β. Χ. Ϛ.

Signos latinos. . . . . d. F. G. h. R. S.

Signos griegos y latinos. . A. B. E. I. K. M. N. S. T. Z.

Signos nuevos. . . . . Θ. Ϙ. Ψ. Ϝ.

sonido y valor de los caracteres, ya griegos, ya latinos, eran en sentir Wetstein, Knittel y otros, del todo análogos al que tenían respecto de sus lenguas; los cuatro restantes equivalían á los de *wh, qu, th* y *w*, no reñados por ninguno de los signos clásicos. Mezclados todos estos caracteres la escritura, conforme á la naturaleza fónica de cada dicción, es evidente aparte de la consideracion de emplearse sólo en la lengua visigoda, tanta de la latina, ofrecían muy diverso aspecto material en la escritura, siendo posible á ningun paleógrafo, medianamente versado en el estudio de antiguos códices, el confundir los propiamente *ulfianos* ó *visigodos* (dado hubiesen llegado al siglo XI en la abundancia que se supone) con los ideramente *isidorianos*, *toledanos* ó *latinos*. Como indicamos en otro lugar (pág. 170, nota 2), el error ha procedido de las palabras del arzobispo Rodrigo, quien á su vez pareció copiar las del concilio de Leon (1099), en odio á la antigua independencia de la Iglesia española, pudo acaso que era la letra toledana *quam Gulflas, gothorum episcopus, adinvenit*, si no se conservan los cánones originales y en el extracto publicado por Freyre no se menciona al referido obispo, segun adelante advertimos (Aguirre III, pág. 298; don Rodrigo, *Rerum Hisp. Gest.*, lib. VI, cap. XXIX). Lo notable de estas aseveraciones, que mal nuestro grado nos vemos for- á combatir, es que se ha desconocido lo que San Isidoro manifestó á lo en que la letra ulfilana se escribía aun por los arrianos, respecto de origen, asentando que Ulfilas *ad instar graecarum gothicas reperit litteras* (*Chron.*, anno 5576), y que se ha desconocido igualmente la declaracion de su discípulo San Eugenio, ya alegada por nosotros, cuando escribe hablando de las letras latinas: *latini scriptitamus quas edidit Nicostrata*. Apañes á todas luces manifiesto que la escritura, como la lengua visigodas, en y no pueden confundirse con la escritura y lengua latinas; y si aun ra haber duda, tomados en cuenta los datos expuestos, valdria consultar la *Gramática* de Grimm, y con ella la obra notabilísima de los doctos H. Gabelentz y J. Loebe, publicada en Leipsik en 1843, con el título de: *Ulfila, Veteris et Novi Testamenti versionis gothicae fragmenta quae supersunt*.

ban despojados, y no pudiendo formar parte, por medio del matrimonio, de la comunión visigoda; si por el espacio de ciento sesenta y seis años los había también separado el espíritu de secta, que llegó á ensangrentar el mismo trono ¿cómo ha de concederse que pudiera el latín ser hablado por visigodos y romanos del mismo modo que en los días del Imperio, conservando su integridad y su pureza?... Desde el III concilio toledano, ya lo hemos probado con el exámen de los monumentos escritos <sup>1</sup>, se desarrolla en el clero católico extraordinaria predilección á los estudios clásicos, que se refleja por último en príncipes y magnates, acrecentando la gloria de Sisebuto, Receswinto y Chindaswinto. Esta predilección fomenta por algún tiempo y sostiene el lustre que recibe la decadente lengua latina de manos de los Leandros, Eugenios é Ildefonsos; pero aunque de mucho efecto para restablecer aquella literatura y aquella lengua, doblemente oficial, bajo los auspicios de la Iglesia y del gobierno, no por esto alcanza á borrar todo vestigio de antiguo españolismo y de moderno goticismo, ni aun después del citado concilio, según nos enseña el respetabilísimo testimonio del grande Isidoro.

Abramos, en efecto, las obras de este doctor celebrísimo, que tan alta y duradera influencia ejerce en la civilización española. ¿Qué nos enseña su libro magistral de las *Ethymologías*, cuando se refiere al uso común de multitud de voces, corrientes en su tiempo, cuyo origen ya puede ser griego, ya púnico, ya celtibérico, ora latino, ora visigodo? Las frases más frecuentes, con que procura San Isidoro dar á conocer el valor de dichas palabras, no pueden por cierto ser más explícitas: *Vulgus vocat; dicitur vulgo; hispani vocant; quod nos corrupte; corrupte vulgo dicitur; quod vulgo vocatur*, etc.; y con estas singulares advertencias, que fijan la distancia existente entre el latín de los que se pagaban de doctos y la lengua hablada por la muchedumbre, nos dá á conocer el ilustre maestro de Bráulio y de Ildefonso que apellidaban los españoles *cuculos* á los *coccyges* (cuculillos); *mustiones* á los mosquitos (bibiones); *suillos* (sollos) á los puerocos marinos; *burgos* á los edificios (habitacula) derramados por los campos;

<sup>1</sup> Véase el cap. IX, al final.

*campanas* á las chozas de guardas y campesinos; *camisias* á cierta especie de túnica usada para dormir; *armelausa* á la veste que asentaba sobre la armadura; *tubruco* á cierto modo de gregüescos, que cubrían las tibias y las bragas; *libitonarium* al *colobium* ó saco sin mangas de los latinos (levita); *reclinatoria* al pié ó tarima que servía de sostén y ornato á los lechos (camae); *mantelia* á los lienzos con que se cubrían las mesas; *vela* á los toldos que cerraban la parte superior é interior de los habitáculos; *capitulare* á la mitra de dos puntas (a cappa); *bracile* á la faja que ligaba el cuello, bajando á revolverse en el seno (redimiculum); *folleatos* á las sandalias que habían determinado los latinos con nombre de *lingulatae*; *ventilabrum* á la pala para aventar la mies; *ciconia* y *telo* á cierto instrumento de agricultura. Innumerables eran las voces que llevaban este mismo sello, cuando Isidoro escribía, y muy digno de advertirse que procuraba este ajustar siempre sus terminaciones á las desinencias latinas <sup>1</sup>.

No es por tanto prudente, conocidos tan claros testimonios, como no es verosímil siquiera, dados los hechos que nos revela la historia, el dudar de que demás del latín cultivado por los doctos, que el mismo Isidoro anhela restaurar cuando traza sus *Etimologías*, se habló durante la dominación visigoda otro idioma, cuyo carácter señaló tal vez el docto metropolitano de Sevilla, cuando al tratar de la versión de algunas palabras hebreas, añadía: «Duo verba *amen* et *alleluia* nec graecis, nec latinis, nec *barbaris* in suam linguam omnino transferre, vel alia lingua annuntiare» <sup>2</sup>. Siendo para nosotros indudable que quien se preciaba de pertenecer á la grey hispano-latina, y tanto hizo para resucitar las letras y las ciencias del antiguo mundo, dió á la palabra *barbaris* su genuino y primitivo valor, comprendiendo en esta denominación á los visigodos, peregrinos á la civilización antigua, no es posible desconocer que aludía en esta y otras oca-

<sup>1</sup> Lib. XII, caps. VII y VIII; lib. XV, caps. IX y XII; lib. XVI, cap. IV; lib. XVII, caps. VII, IX y X; lib. XIX, caps. I y XXIV; lib. XX, caps. XVI y XXIII, etc., etc. Véase también el *Glosario* del mismo santo, incluso en el libro IX.

<sup>2</sup> Lib. VI, cap. XVIII, *De officiis*.

siones á la lengua generalmente hablada por los visigodos, así como en otras varias se refirió á la vulgar de la raza latina <sup>1</sup>.

Todos estos datos debió tener sin duda presentes el esclarecido español Juan Luis Vives, cuando al tratar de la cultura de los visigodos y de su influencia en las Españas, se expresaba, con alguna hipérbole, en los siguientes términos: «Los que servian »(y ciertamente á señores muy soberbios y crueles) admitieron su »lenguaje y en él se ejercitaron, para poderlo usar con sus due- »ños. Así á la lengua verdadera y puramente latina sucedió cierto »mixto de latin y de bárbaro» <sup>2</sup>. Siguióle el diligente Aldrete, dando mayores proporciones á esta opinion, que se apoyaba, cual vá indicado, en el estado político de la raza hispano-latina; y fijando la corrupcion de la lengua durante el Imperio visigodo: «Á »este modo de hablar (observaba) se acomodaron los... españo- »les, como en el que hablaban los que tenian el gobierno y se- »ñorio de la tierra y á quien por su crueldad y soberbia temian »y querian, si no de grado, á lo menos para lisonjearlos, darles »gusto y contento» <sup>3</sup>.

Cualquiera que sea la exageracion de estos asertos, resultará siempre que si bien era la lengua latina la preferida y dominante, sobre todo despues del referido concilio III, se hablaba tambien en España, como iba sucediendo en Italia y demás regiones meridionales <sup>4</sup>, otro ú otros idiomas, que ya fuesen hijos del antiguo greco-celtibérico, ya producto de este, del latin y del visigo-

<sup>1</sup> De notar es que el mismo Santo mencionó terminantemente esa lengua bárbara, cuando refiriéndose á los mauritanos, que pertenecian al Imperio visigodo, dijo: *Barbara lingua mauros appellantur* (apellantes) (*Ethym.*, libro IX, cap. II, *Gentium vocabulis*).

<sup>2</sup> Ita sermoni vere latino ac pure succedit mixtus quidam ex latino et peregrino (*De causis corruptionis artium*, lib. I, Basilea, 1555).

<sup>3</sup> *Orígenes de la lengua castellana*.

<sup>4</sup> Adelante volveremos á tocar este punto: no debe ignorarse sin embargo que el mismo Isidoro de Sevilla nos dá alguna noticia de la descomposicion que iba teniendo el latin en el antiguo Lacio, señalando con nombre de *itala lingua* á la que se hablaba en aquella península, y añadiendo respecto de la pronunciacion de algunas voces, que habian trocado el valor de ciertas letras, tales como la *z* por la *d*, «sicut solent itali (escribe) dicere *ozzie* pro *hodie*» (*Ethym.*, lib. XII, cap. VII, lib. XX, cap. IX).

do, debieron influir, aunque sin escribirse, en la corrupción de la misma lengua romana, por más que la Iglesia y los doctos trabajaran para conservarla. Ni es dable suponer otra cosa, cuando se considera que aquellos indómitos conquistadores que habían trastornado los destinos del mundo y de quienes se dice que trajeron á las regiones occidentales de Europa el sentimiento de la independencia individual, no podían respetar en común ni recibir leyes gramaticales, cuyo valor ni estimaban ni comprendían, apareciendo á su vista como despreciables é insignificantes trabas. Aquel empeño que pusieron los príncipes ostrogodos y visigodos en remedar la majestad romana, si tuvo en las costumbres el decisivo efecto que dejamos probado <sup>1</sup>, y pareció consagrar, con el aplauso de las artes escénicas, la degenerada lengua del Lacio, ni fué bastante á salvar su pureza del naufragio y universal ruina del Imperio, ni pudo tampoco obligar del todo á la muchedumbre, trasformándola de improviso y haciéndole gustar las elegancias de Horacio y de Virgilio, de Cicerón y de Tácito. El tiempo, que había dado extraordinario triunfo á las tradiciones clásicas por mano de San Isidoro, consumaba por último aquella inevitable y natural fusión y mezcla de lenguajes, presupuesta por nuestros eruditos; fusión en que predominaban constantemente la riqueza y vigorosa vitalidad del latín, que absorbiendo los antiguos restos de los idiomas celtibéricos, originariamente hermanos, era hablado exclusivamente en los concilios, en las escuelas clericales y monásticas, y universalmente escrito en todos los ángulos de la monarquía.

Tal es la enseñanza que debemos á la filosofía y á la historia, pareciéndonos tan arbitraria é insostenible la opinión de los que suponen haberse conservado por la muchedumbre, durante la dominación visigoda, la integridad y pureza de la lengua latina, como la de los que despojan á esta de la influencia legítima que tuvo y debió tener en aquella época, cual núcleo principal del idioma hablado, y como única lengua escrita.

<sup>1</sup> Véase el cap. X.

## III.

Experimentaba entre tanto la Península Ibérica un cambio trascendental, que debía reflejarse naturalmente en las esferas de la lengua. Ya hemos visto el universal trastorno que produjo la invasión sarracena, y cómo las antiguas razas de visigodos y romanos, á quienes habian separado leyes opresoras y arbitrarias, ora obligadas del comun peligro y unidas por una sola creencia, constituian un solo pueblo bajo las enseñas de don Pelayo, ora sojuzgadas por la fuerza, conservaban en el centro del Islamismo la religion de sus mayores <sup>1</sup>. No otra fué la suerte de los cristianos *libres* y de los cristianos *mozárabes*. Apelando los primeros al juicio de las armas, y negándose, en aquellos dias, á todo comercio con los sarracenos, robustecieron en el centro de las montañas, con el amor de la patria sojuzgada, el cariño á las costumbres y á la lengua hablada y escrita por sus padres; único resto de su anterior grandeza, que halagaba los orígenes de la raza hispano-latina, no desplaciendo ni contrariando ya las tradiciones de la raza visigoda. Reducidos á un estrecho círculo, ni comprendieron siquiera la necesidad de reconocer la lengua de los invasores, rechazando, como cosa contaminada y peligrosa, cuanto provenia de los enemigos de su Dios y de su patria. Sobrevivia de esta manera la lengua del Lacio, aun en medio de su corrupcion, á la ruína del Imperio visigodo; y destinada á perpetuar las veneradas tradiciones de la Iglesia, continuaba siendo cultivada por los eruditos en la forma que hemos probado con irrecusables documentos <sup>2</sup>.

Ni dejaron los reyes y magnates de la monarquía asturiana, entre quienes nace muy luego el no cumplidero intento de restaurar la grandeza de los visigodos <sup>3</sup>, de emplear aquel degenerado idioma en todo linaje de documentos públicos: fundaciones de basílicas y monasterios, privilegios de cabildos y abadías, donacio-

<sup>1</sup> Véase el cap. XI.

<sup>2</sup> Cap. XII, al principio, y la *Ilustracion* I.<sup>a</sup> de este volúmen.

<sup>3</sup> Cap. XIII.

nes y ofrendas, exenciones y aforamientos, cuanto se refiere en una palabra al ejercicio de la potestad real y al de la piedad cristiana, todo se halla consignado en la única lengua hasta entonces escrita: sirviendo igualmente de intérprete á las transacciones de la muchedumbre, mostraba en reyes, magnates, pueblo é historiadores, obrada ya la fusion en vano intentada por Receswinto, cuán arraigado estaba en su seno el respeto á la antigüedad y cuán alto era el aprecio en que tenia la nacion su origen latino. Espectáculo es en verdad digno de contemplarse, y hecho de imponderable trascendencia en la historia de España: mientras, agobiados por la guerra y rodeados donde quiera de poderosos enemigos, hacen los descendientes de Pelayo prodigiosos esfuerzos para cimentar en los valles de Astúrias la independencia proclamada en Covadonga; mientras, ensanchado algun tanto el horizonte de su inseguro imperio, ven levantarse en Córdoba el califato de Occidente, cuya grandeza se eclipsa al cabo en el Cerro de los Buitres (Calatañazor), señalan aquellos guerreros y aquellos historiadores con nombre de *bárbaros* á cuantos son ajenos á su cultura y á su raza, heredando en este, como en otros muchos conceptos, la idea de la majestad romana, por ellos representada <sup>1</sup>.

1 Las pruebas de este aserto son innumerables, si bien menudean principalmente en los cronistas y poetas. Los primeros, por ejemplo, desde que empiezan á tratar de los árabes, escriben: «Ulit fortissimus rex *barbarorum*; terrebant *barbarum* regem laqueosi doli Tingitani comitis; ad praelium *barbarus* [Muza] arguere coepit; a *barbarorum* dominatione; Alchaman *barbarus*; tantam *barbarorum* stragem; foedus *barbarus* [Iuzeph-ben-Lopia] servans; Aldefonsus [III] ad demandas *barbaras* gentes, sobolem multiplicavit; Compostella a *barbaris* destructa est; postratis *barbaris* [a rege Garsia]; a maximo *barbaro* rege; totius Mauritaniae *barbari*; inter christianos et *barbaros* pro limite habebatur [flumen Dorium]; *Barbarus* [Almanzor] recepit se in patria; in expugnandos *barbaros*; *barbarae* gentes; gens *barbarorum*, etc. Lo mismo nos dicen los poetas: el cantor de Borell III, conde de Barcelona, exclama:

Stravit barbariem, fanaque trivit

Culturaeque Del templi dicavit:

pintando el autor del *Cantar del Campeador* á este héroe popular, escribe:

Equum ascendit, quem trans mare vexit

Barbarus quidam, nec ne commutavit

Anreis mille, etc.



Natural parecía sin embargo, respecto de la lengua, que hubiera considerable distancia entre la de los clérigos y prelados, quienes aspiraban á conservar con el cultivo de la historia la tradicion de los estudios y el lenguaje cancilleresco, término medio entre la lengua escrita por los eruditos y la hablada por el vulgo; y esta diferencia, que se reconoce con la simple comparacion de *cronicones* é instrumentos *cancelarios*, viene á dar cuenta, aun en aquella primera época de la reconquista, de la inevitable y nueva fusion que iba ya operándose entre todos los elementos de expresion, existentes al verificarse la invasion sarracena. De esta nueva é inevitable fusion debian irremisiblemente surgir las lenguas, que han recibido por antonomasia título de *romances*, brillando entre todos el *castellano*.

Inundada en tanto la mayor parte de España de ejércitos mahometanos, engrosados por diversos linajes de gentes <sup>1</sup>, no habia sido posible á los *mozárabes* contrastar su pujanza; y si merced á las circunstancias especiales que concurrieron en la conquista, pudieron conservar la religion de sus mayores en la forma que antes de ahora hemos manifestado <sup>2</sup>, viéronse al fin contrariados por la política de los Califas, que ya emplea la seduccion, ya usa de la fuerza, para lograr sus intentos. Cuando examinamos la situacion de mozárabes y sarracenos, respecto del estudio que vamos haciendo, conviene sin embargo tener muy en cuenta un hecho, no alegado todavia por la crítica, y cuya exposicion hemos dejado de propósito para este sitio. Admiranse los historiadores de que por los años de 750 pusiera Juan Hispalense la *Biblia* en lengua arábica, sin alegar prueba alguna de la aventurada consecuencia que intentan deducir de este suceso, asegurando que ya el idioma de los Leandros, Isidoros é Ildefonsos «ni se usaba ni se entendia» <sup>3</sup>. Dimos al final del capítulo XI, arriba mencionado, la explicacion más racional é histórica que puede tener este hecho, de cuya posible existencia deponen los documentos en dicho lugar exhibidos: cúmplenos ahora manifestar en sentido opuesto,

1 Véase el cap. XI.

2 Ibidem.

3 Mariana, lib. VII, cap. II.

que ya catorce años antes se habian visto los amires en la necesidad de admitir la lengua latina, no solamente para celebrar todo género de transacciones con los vencidos, lo cual se continuó en siglos posteriores respecto de los príncipes cristianos, sino tambien para acuñar las monedas, que daban testimonio de su dominacion en España.

Al año 98 de la hégira, que abraza desde 24 de agosto de 716 á 12 de igual mes de 717, pertenecen en efecto varias monedas *arábico-latinas*, cuya importancia nos mueve á poner su descripcion en el *Apéndice I* de este segundo tomo. De ellas se deduce pues, que lejos de la pretendida oscuridad en que se supone envuelta á la raza mozárabe, hasta el punto de abandonar al primer amago el habla de sus abuelos, hubieron los vencedores de respetar su lengua, adoptándola para los instrumentos públicos, prueba evidente de que la política reconoció la inmensa dificultad y aun el peligro de intentar desarraigarla en aquellos primeros momentos de la conquista. Este difícil cuanto arriesgado empeño no llega á formularse hasta el califado de Hixem II, segun dejamos ya advertido <sup>1</sup>; pero si los efectos producidos por la ley que prohibe á los mozárabes el uso de su nativo idioma, obligándolos á educar sus hijos en las escuelas musulmanas, son considerables respecto de la muchedumbre, ya hemos visto cuán terrible fué la reaccion engendrada por ella en el sacerdocio; reaccion que terminando en el martirio, dá nuevo aliento á los estudios latinos durante el siglo IX.

Sólo despues de reconocidos los nobles y fecundos esfuerzos de Esperandeo, Eulogio y Álvaro, puede comprenderse cómo en medio de aquella espantosa persecucion se cultivó la lengua del Lacio, tal vez con mayor esmero y elegancia que en las comarcas dominadas por los cristianos independientes; y sin embargo las patéticas declaraciones de Álvaro á mediados de aquel siglo, y los cáusticos epigramas del abad Samson, lanzados contra el obispo Hostegesis á fines del mismo <sup>2</sup>, no dejan duda alguna de que, despreciada por la juventud el habla de sus antepasa-

<sup>1</sup> Cap. XII.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

dos, y olvidados los buenos estudios por el clero, debió caer el latín en triste corrupcion y abandono. De ello parece darnos certidumbre el testimonio del filósofo Virgilio, que florece en Córdoba entrado ya el siglo X, el cual menciona en sus aforismos ó máximas disciplinarias dos maneras de lenguajes latinos, empleado el uno por los doctos y hablado el otro por los legos (laicos), segun la traduccion latina de su *Philosophia* <sup>1</sup>.

Todas estas consideraciones nos convencen de que siendo más numerosas y de mayor bulto las causas que debilitaban de día en día la sociedad de los mozárabes, debieron ir en aumento la corrupcion y el olvido de la lengua, cultivada con tanto amor por los discípulos de Esperaindeo hasta el casi universal destierro de aquella infeliz raza, acaecido, segun oportunamente advertimos, en 1124 <sup>2</sup>.

Mientras por estas sendas desaparecia del califato cordobés la lengua escrita por tan ilustres varones como produce el cautiverio, no quedando á la postre vestigio alguno de aquel idioma, nacido de la confusion y mezcla del latín y del árabe, ¿qué influencia pudo tener el último en el idioma usado por los cristianos, que descendiendo al cabo de las montañas, procuraban dar cima á la grande obra de la reconquista?... Punto es este que ofrece todavia algun aliciente al estudio, por haberse confundido con sobrada frecuencia el estado de los mozárabes con el de los cristianos libres, dando origen semejante error á lastimosas contradiccio-

1 La traduccion latina del libro de Virgilio Cordobés, hecha en 1290, segun leemos al final del códice toledano, dice: *ille est vituperandus, qui loquitur latinum circa romançium, maxime coram laicis, ita quod ipsimet intelligunt totum; et ille est laudandus, qui semper loquitur latinum obscure, ita quod nullus intelligat eum nisi clericus; et ita debent omnes clerici loqui latinum suum obscure in quantum possunt, et non circa romançium* (Biblioteca Nacional, cód. S. 164, fól. 65 v.). Sarmiento, que insertó estas palabras en sus *Memorias para la historia de la poesia* (págs. 104 y 105), no advirtió que fueron traducidas del árabe, acaso cuatro siglos despues de haberse escrito en esta lengua, lo cual pudo contribuir sin duda á darles sentido distinto del que en el original tuvieron. Sin poseer este, seria aventurado el atribuirles inteligencia más decisiva, segun lo hizo el indicado Sarmiento.

2 Ibidem, al final.

nes. Mas seguidos ya por nosotros los pasos de aquel pueblo, armado en masa en defensa de su libertad y sus altares; examinada la manera laboriosa en que vá recobrando el territorio y asegurando en él su dominacion, fácilmente se comprenderá lo que significa esa influencia, reconocida á bulto y no determinada todavía ni en la historia de la lengua, ni en la de la literatura española. «Los cristianos (decia el sabio Lista) reconquistaron la España del mismo modo que muchos siglos antes la habian conquistado los romanos: á saber, exterminando la poblacion enemiga y fundando colonias en los pueblos, que se sometieron ó construian de nuevo. Eran guerreros y colonos: con una mano guiaban la yunta y con otra aseguraban la empuñadura de la espada, dispuesta siempre contra cualquier ataque imprevisto de los moros» <sup>1</sup>. Esta situacion política, que no encontrará acaso otra igual en los tiempos antiguos ni modernos, manteniendo la division profunda de religion y de raza entre moros y cristianos, no podia menos de abrir insondable abismo entre ambas naciones. Ya lo hemos dicho y conviene recordarlo <sup>2</sup>: mientras temieron los cristianos ver desbaratada por la morisma la obra que tantas lágrimas y tan grandes sacrificios les habia costado; mientras no pudieron abrigar la confianza de sus propias fuerzas (todos los monumentos lo publican), no solamente no admitieron el trato y comunicacion de los sarracenos, sino que se vieron forzados á rechazarlos, como único medio de no caer nuevamente bajo su dominio. Sólo cuando no inspiran ya los ejércitos musulmanes aquellos temores y sobresaltos; cuando el poderio de los cristianos contrasta y tiene á raya sus asoladoras invasiones; cuando se ven ya pobladas y defendidas las comarcas arrancadas á su imperio, comienza á extinguirse algun tanto el odio de los primitivos tiempos de la reconquista. Entonces se admite en las villas y ciudades cristianas un linaje de vasallos, hasta aquella época no conocidos, que son designados en la historia con el nombre de *mudejares*.

<sup>1</sup> Memoria sobre el carácter del feudalismo en España, Revista Universal, tomo II, pág. 1.

<sup>2</sup> Véase el cap. XIII.

Pero cuando esto sucede, las lenguas que han recibido título de *romances*, si no estaban completamente desarrolladas, iban llegando á tal estado de robustez, que no dejaban ya duda de los diferentes caracteres que debían ostentar en breve. Razon cumplida de su existencia habían dado también desde los primeros días de la reconquista: persuádelo así en primer lugar el exámen de los documentos diplomáticos, cuya significacion dejamos apuntada, y pruébalo en segundo el estudio de los primitivos cronicones. Prescindiendo de la notabilísima inscripcion de Santa Cruz de Cangas [739], en que se advierten ya, como en otras muchas posteriores, solecismos é idiotismos que revelan la influencia popular <sup>1</sup>, será nos lícito fijar en efecto nuestras miradas en los privilegios otorgados por Alfonso el Católico á Santa Maria de Covadonga [740, 741], que son los documentos más antiguos de la monarquía asturiana, llegados á nuestros días: en ellos, notada la angustia literaria de Avito, presbítero de raza latina que los redacta, leemos estas frases: «*Edificamus Ecclesiam Sancte Marie de Covadefonga et transtulimus in ipsam imaginem Beate Marie de Monte Sacro: damus... duas campanas de ferro... tres casullas de sirgo: donamus vobis Ecclesiam Sancte Marie de Ponferrato et Ecclesiam Sancti Andree de Benavente et... Sancti Pantaleonis de Onís... Sancte Marie de Covadefonga*» <sup>2</sup>. Más adelante hallamos el privilegio de fundacion del monasterio de Obona [780], otorgado por el príncipe Adelgastro, hijo del rey

<sup>1</sup> Tenemos verdadera satisfaccion en hallar confirmado este aserto en la *Contestacion* dirigida por el docto don Juan Eugenio Hartzenbusch al académico Monlau: «En la iglesia de Santa Cruz de Cangas (observa), dedicada al culto por el rey don Favila en el año de 739, leyó y copió Ambrosio de Morales una inscripcion grabada allí en piedra, donde se decia *ob crucis trophæo* en lugar de *ob crucis trophæum*, y *cum pignora* en vez de *cum pignori-bus*, amen de otras locuciones sin concierto ninguno» (*Discursos de la Real Academia de la Lengua*, tomo II, pág. 342). Esto mismo sucede en escrituras coetáneas: en una de concierto entre Fromistano y ciertos monjes, que fundan con él y amplian la basílica de San Vicente en lo que despues fué Oviedo, leemos: «In istum locum veniens *cum haberet suos...*, istum locum quem dicunt *Oveto...* prius erexisti et aplanasti illum una *cum servos tuos*» (*España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 310).

<sup>2</sup> Id., id., pág. 303.

, y en él las siguientes cláusulas: «Concedimus in ipso monasterio Sancte Marie de *Obona* per suos terminos antiquos, per *rio* qui vadit inter *Sabadel et villa Luz*, et inde ad illam *molde illa strada de Patrunel*, et inde per *illa via que vadit ad castro de Pozo* et per *illa via que vadit ad Petra tecta*; et *Petra* et deinde per *illa strata de Guardia* et inde per *illa lia de Brañas*; et per *illa Braña de Ordial* et per *illas mesde Fresnedo* et per *Conforquellos*, et inde ad illo *rio de Ría* et ad illo *Pozo de Trave* et per *Peña Malore* et per *Peña nosa* et per illo *moion* (molon) de inter *ambos rios* et per *nbillas* et per *Peña de Felgueros* et per *Fontanel* et per *illas as* inter *Villaluz et Sabadel* et ad illo *rio*, quod prius dixi-...» Y añade: «Damus siquidem in ipsa domus Dei... viginti *lios de pane* et duas equas et *uno rocino* et *una mulla* et *tres ias...* et *una capa serica*, et *tres calices*, duo *de argento*, et *in de petra...* et *una cruce de argento* et duas *de ligno* et *tuor frontales de serico* et duas *campanas de ferro*», etc. El coípe suscribía este documento, diciendo: «Et ego iam dicto *elgaster Siliz*, una cum uxore mea Brunildi., confirma-», etc. <sup>1</sup>. No cabe pues dudar un solo instante, al leer es- cláusulas, que ni régimen, ni concordancia, ni desinencias, reposiciones reconocían ya las leyes gramaticales aun en ma- de los áulicos, mostrando en contrario fuerza tan irresistible abla de la muchedumbre, que no sólo destruye la sintáxis, o también la forma de la dición, la cual había respetado cierto San Isidoro. Y es de advertir que fechado el testa- to de Aldelgastro <sup>2</sup> en 780, aparece ya en él formado el pa- tímico, característico de nuestra España; recuerdo de indu- ble, aunque remota, influencia helénica y circunstancia bas- te á revelarnos, con otras no menos significativas, que no em-

Id., id., pág. 306 y siguientes.

De notar es que la voz *testamentum* tiene en todas estas escrituras el or de *donacion* ó PRIVILEGIO de *concesion*, que sólo pierde cuando las ex- adas donaciones se van haciendo en la hora de la muerte. Sobre este pun- uede consultarse á Florez (*España Sagrada*, saepe).

pezaba en el siglo VIII la descomposicion del latin, trayendo el *romance* más lejana procedencia <sup>1</sup>.

Las pruebas de su natural desarrollo no escasean en el referido siglo VIII, ni en los siguientes IX y X, examinados con este propósito los documentos diplomáticos que á todos tres se refieren <sup>2</sup>; y merecen en verdad llamar la atencion las declaraciones

1 Esta observacion, relativa al nombre patronímico, es de no escasa importancia, cuando pueden fijarse perfectamente las fechas; y abundan por cierto los testimonios en que esto se verifica. Para no dar excesivo bulto á esta parte de nuestras tareas, nos limitaremos ahora á notar que no se interrumpe el uso del indicado nombre en el siglo VIII, y así leemos, mediado ya el IX (853), aplicándolo hasta para designar villas ó castros: «*Per illam viam de termino de Amaia Roiz, et... terminos de Fortunco et de Vela et per terminum de Gutierrez, cum azoreras*», etc. (*España Sagrada*, tomo XXXVII, página 321).

2 Á pesar de que juzgamos suficientes para la demostracion histórica que vamos haciendo, las citas expuestas, no tenemos por impertinente el añadir algunas, que amplien, si es posible, nuestras observaciones. Don Alfonso el Casto decia en su testamento (818): «*Witericum cum filiis suis, quos adquisimus de Sisenando vel de suis germanos*»; Alfonso el Magno, en 903, refiriéndose en su testamento á la misma iglesia de San Salvador de Oviedo, declaraba que le concedia «*usque ad exitum montis Naranci ab integro cum braneas prenomintas Portales, Gramonelo, Cogullos, Obrtas*»; y despues daba relacion de las poblaciones ó parroquias de *Luco, Andorga, Nora, Quileño, Domela, Villa Magostel, Kelienes, Orealiz, Petrafla, Bellina, Bustello, Cros, Silvatosa, Petroso, Pinieras, Arco, Ambas, Bárcena*, etc. Don Fruela II asentaba en 912 estas donaciones, haciendo propiedad de San Salvador la iglesia de Santa Maria «*de Mañozes, Deganeza*, quae dicitur *Villar*, ecclesiam Sancte Marie de la Barca, etc., con las de los pueblos y posesiones de *Arnas, Tablato, Moral, Covas, Colinas, Vallebonas, Notimas, Batelas, Braba Marín, Vallemia, Valle Salceto, Regaria de Ponton, Linares, Peñaiba, Petrosella, Vallemalo, Carvallo, Portella, Forca de Liniata, Villamaier, Gárgula*, etc.; y finalmente don Ramiro, hijo de Alfonso III, donaba en 926 á San Salvador Santa Maria de *Ovaña, rio Caon, Elmon*, Santa Maria de *Zazo*, y de *Nim*, Santa Eulalia de *Velamio, villa de Castello per prado, villa Lebia, villa quae dicitur Rio, villa Margollas*, Santa Maria de *Meldes*, San Juan de *Ola*, Santa Maria de *Leia*, con los rios *Tocon, Navia y Medo* (*España Sagrada*, tomo XXXVII, págs. 314, 330, y 348 y siguientes). Como se vé habia desaparecido ya de la lengua popular todo vestigio de desinencia, y las preposiciones habian tomado el valor que todavia conservan, apareciendo ya clara y distintamente el uso del artículo castellano.

que no sin frecuencia hallamos en algunos de estos auténticos testimonios. Severino y Ariulfo, obispos que lloran sus sillas en el cautiverio mahometano, al donar á la iglesia de San Salvador de Oviedo en 853 el monasterio de Hermo, decian por egemplo: «Facimus cartulam testamenti, NOSTRO VOCÁBULO, *Santa Maria de Hermo*, quod fundavimus in Asturias *territorio de Camesa* in valle qui dicitur Quo.» Y despues: «Donamus... in territorio *de Campo Braneas* pascua, quas vulgus dicit SELES... et altera ubi dicitur PITELLA et alteram ubi dicitur FONTEFRIGIDA», etc. <sup>1</sup>. Ampliando Ordoño I las donaciones hechas por sus predecesores á la iglesia de Oviedo, observaba en el privilegio, otorgado á la misma en 857: «Donamus... in latere Nauranci villam quae dicitur LINO et aliam quae dicitur SUEGO... in rivulo qui dicitur MERA ecclesiam Sancti Michaelis *de Conforcos* et *Bustos* PRAENOMINATOS LOARRIO et LONGE-BRAÑAS... loca etiam designata in terra quae dicitur QUIROS... terra quae VOCATUR MERUEGO... villa quae dicitur MENGOR... monasterium Sancti Petri *de Asperella, carnice-rias*», etc. <sup>2</sup>. La existencia de la lengua romance era por tanto un hecho no solamente consentido, sino reconocido y confesado espontáneamente durante el siglo IX, como lo habia sido en el VIII, viéndose forzados los notarios, cancilleres y donadores á darle entrada en los documentos oficiales, para que tuviesen estos la debida firmeza respecto de las tierras, muebles y animales por los mismos mencionados.

Mas no sólo debia mostrar su creciente vitalidad en los documentos diplomáticos, cuya misma naturaleza parecia acercarlos á la muchedumbre: su influencia, conforme repetidamente insinuamos, al estudiar los primitivos historiadores de la reconquista, sube tambien hasta los más doctos cultivadores de las letras, contraponiéndose de un modo peregrino á la tradicion clásica por ellos constantemente respetada. Sebastian, primero de los referidos cronistas, decia una y otra vez, movido de aquella inevitable fuerza: «Prae rumptum montis, qui vulgo APPELLATUR AMOSA; iuxta praedium quod dicitur CASEGADIA; in territorio de CANGAS, in

1 *España Sagrada*, vol. citat., pág. 319 y siguientes.

2 *Id.*, *id.*, pág. 323 y siguientes.



Ecclesia Sanctae Eulaliae *de Velapnio*; Bardulia quae nunc appellatur CASTELLA; in loco qui vocatur LUTOS», etc. En la *Chronica Albeldense*, escrita con mayores pretensiones latinas, leemos asimismo: «in locum LIGNO DICTO; in locum CANICAS APELLATUM», hallándose escritos muchos nombres propios de ciudades y castros de igual forma que la muchedumbre los pronunciaba, tales como *Cordoba*, *Valterra*, *Pontecorvo*, etc. Sampiro, más explícito y popular en esta parte, observaba á menudo: «Sublancium, quod nunc a POPULIS SUBLANCIA DICITUR; urbes... *Zemora*, *Septimancas*, *et Domnas*; castellum, quod DICITUR QUINTIA LUBEL; locum qui DICITUR ALTREMULO; locum, qui DICITUR MINDONIA; valle quae DICTUR YUNCARIA; rivulo, qui DICITUR CARRION; loco DICTO TEJIARE; Nageram, quae ab antiquo TRICIO VOCABATUR; loco qui DICTUR DONNOS SANTOS; civitatem... quae nunc TALAVERA a *populis* VOCITATUR», etc. ¿Cómo podrá apartarse la vista de tan claros testimonios, cuya eficacia histórica debe ser mayor á medida que consideremos el esfuerzo hecho por los doctos para conservar la ya imposible pureza de la lengua latina?... Las declaraciones de los cronistas que suceden á Sebastian, la *Crónica Albeldense* y Sampiro, son todavía más frecuentes, y si cabe más expresivas <sup>1</sup>, lo

<sup>1</sup> Pelayo, por ejemplo, menciona al Vierzo, Viseo y otras ciudades y comarcas con los nombres de *Berizo*, Viseo, etc., cuando antes se había escrito *Bergidum*, *Veseum*, etc.; y en el Silense se lee *Cangas* por *Canicac*, *Najara* por *Tricio*, *Ledesma* por *Letesma*, *Tudela* por *Tutela*, etc. Y para mayor comprobación de los progresos de las lenguas romances en esta edad, decía el mismo monje, hablando de un peregrino: «*Quum nostra loquella iam paulisper uteretur*»; y citando la antigua Cómpluto declaraba: «*Civitatem complutensem, quae nunc Alcala vocatur*», etc. Entrado el siglo XII, son todavía más terminantes y expresas estas menciones: en la *Historia Compostellana*, de que tratamos ya, se hallan con alguna frecuencia las frases *vulgari appellatione, latine ventilavit, nostro vocabulo vocatur*, etc., las cuales aluden sin duda al dialecto gallego, ya existente, pues que en las primeras páginas de dicha *Historia* leemos: *Quod gallaico vocabulo nuncupatur* (núm. V). En la *Gesta Roderici Campidocti*, demás de las frecuentes declaraciones de: «*castrum qui dicitur Almanara*; *castrum qui vocatur Alcala*; *locum qui dicitur Calamoxa*; *in montana de Alpont*; *locum qui dicitur Hortimana*; *in montana de Morella*, etc., daba claro testimonio del estado de la lengua castellana, cuando al desafiar el conde Ramon Berenguer al Campeador, le dice: «*Eris talis*

cual ratifica en nosotros el convencimiento de la preponderancia que el habla vulgar iba obteniendo, hasta que llega por último á ser escrita.

Sin violencia es pues lícito deducir, hecho el exámen de estos documentos, que aquellos lenguajes, no extirpados en el suelo español por la omnipotencia de la República y del Imperio romanos; reconocidos terminantemente por el inmortal Isidoro, y acaudalados en vario sentido desde la invasion de los bárbaros,—amasados ahora nuevamente en medio del gran conflicto de las Españas, comenzaron á producir su legítimo fruto desde el momento en que lanzó Pelayo el grito de independencía, apareciendo ya con la especial fisonomía que debían ostentar en siglos posteriores. Legítima nos parece bajo este punto de vista, aunque no del todo aceptable, la consecuencia obtenida por los latinistas, quienes miran como accesoría y muy secundaria en la formación de los romances españoles, y en especial del castellano, toda influencia que no provenga de los tiempos antiguos. Las lenguas vulgares se formaban en efecto, como natural y precisa consecuencia de los elementos congregados durante muchas centurias en el suelo español, del mismo modo que iban tomando cuerpo en las demás naciones meridionales. Mas no porque reconozcamos esta verdad, será lícito rechazar la parte que pudo tener la presencia de los pueblos orientales en el desenvolvimiento y futura perfección de dichos idiomas.

Moraba entre los cristianos desde los primeros tiempos de la Iglesia la raza hebrea, depositaria de la industria y del comercio,

*qualem dicunt in vulgo castellani ALXVOSO... Tandem vero faciemus de te alboroz.*» Al replicarle Rodrigo, añadía: «Falsissime... dixisti quod feci ALXVZ ad forum Castellae», etc. (págs. XXXVII y XXXIX de la ed. de Risco). La *Chronica de Alfonso VII*, de que también hemos hablado, ofrece aun mayor número de testimonios: en ella, sobre hallarse, como en todas las crónicas precedentes, multitud de giros puramente castellanos, se encuentran estas cláusulas: «*Quod nostra lingua dicimus algaras, nostra lingua Xerez; turres quae nostra lingua alcázares vocantur; insidias, quas nostra lingua dicit celadas*», etc. Y á fines del siglo XI presentaba la historia religiosa en la *Vida de Santo Domingo de Silos* los mismos comprobantes, diciéndose en ella: «*vulgarí loquutione; vulgo... dici solet; dicitur vulgari loquutione*», etc.

durante la dominacion visigoda: su abyeccion y servidumbre política antes y despues de la invasion sarracena, alejando de los cristianos independientes todo temor y desconfianza respecto de la seguridad de la patria, estrechaban la comunicacion y trato de uno y otro pueblo, siendo las artes de los judios verdaderamente necesarias á leoneses, castellanos, aragoneses y navarros, segun latamente probamos antes de ahora <sup>1</sup>. Por este camino la lengua hebrea, madre y raiz de todas las semíticas, conservada en su antigua pureza por los Aben Hezras y Mayemonides, aunque adulterada por la muchedumbre, debió ejercer no poco influjo, si no en el nacimiento, en el desarrollo al menos de las lenguas *romances*; influjo que se hace grandemente sensible cuando, llamando á sí en las Academias de Toledo á los más doctos rabinos de toda España, consagra el Rey Sabio la lengua de Castilla al cultivo de las ciencias, ensanchando sobremanera, cual notaremos luego, los horizontes del ya acaudalado idioma de Berceo y de San Fernando.

Y si al hacer estos estudios, no es posible desentenderse del pueblo hebreo, tampoco nos parece justo negar á los árabes lo que de derecho pueda corresponderles. No les concederemos la irreflexiva supremacia que les atribuyen los filo-arábigos, reconocido el apartamiento, ó más bien el irreconciliable antagonismo que separa la civilizacion mahometana de la representada por los Alfonsos y Ramiros, durante los cuatro primeros siglos de la reconquista. Una de las puertas, por donde hubo de entrar la influencia de su lengua en las *romances*, fué sin embargo la raza mozárabe, destinada á engrosar el número de los vasallos de los reyes cristianos, á medida que iban ensanchándose las fronteras de las nuevas monarquias y salia aquella del cautiverio. Millares de familias, apagado ya el fuego del martirio, eran trasladadas desde el suelo de Córdoba al de Aragon y Navarra en 1124 por don Alfonso el Batallador, despues de malograda su expedicion contra los almoravides <sup>2</sup>; y recibidos en el seno del cristianismo

<sup>1</sup> *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judios de España*, ensayo I, capítulo II.

<sup>2</sup> Garibay, *Comp. hist.*, tomo III, lib. XXIII, cap. VIII.

mozárabes de Toledo á fines del siglo XI, pasaban en 1147 esta parte del Mediterráneo, y se guarecian en la misma ciudad, crecido número de los cautivos llevados á las costas del África por la venganza de Aly-ben-Yuzeph, y perseguidos de nuevo la crueldad de los *muzmotos* <sup>1</sup>.

Andaban entre tanto los vasallos *mudejares*, merced al espíritu de tolerancia que sucedia por intervalos á la exasperacion del odio sostenido entre cristianos y sarracenos; y á la sombra de aquella ilustrada proteccion, que daba asiento en nuestras ciudades á sectarios de Mahoma, nacia cierta manera de lenguaje, querente al par del árabe y del castellano, era designado con el nombre de *aljama*.—Muchos son en verdad los documentos que confirman este aserto, trascendiendo la influencia de los mudejares á las esferas de las artes, donde llegan á producir una manifestacion arquitectónica, digna de ser maduramente estudiada <sup>2</sup>. Entre los testimonios escritos que pudiéramos traer al propósito, tenemos conveniente preferir por su especial condicion y naturaleza la llamada *Crónica poética de Alfonso XI*: enviando el referido monarca un mensajero al rey moro Albohacen, pone el poeta en su boca estos versos:

. . . . . Vos, escudero,  
Sabedes bien la *arabia*:  
Seredes bien verdadero  
De tornarla en *aljama*.  
Departierdes el lenguaje  
Por *castellano* muy bien:  
Levat delante mensajero  
Al rey moro Albohacen <sup>3</sup>.

Así pues, justo nos parece reconocer, que viviendo nuestros

*Cron. de Alfonso VII*, núm. CI, y nuestro cap. XII.

<sup>1</sup> Cuando escribíamos estas líneas, no habíamos realizado el estudio hecho en nuestro *Discurso de recepcion en la Real Academia de San Fernando, sobre el estilo mudejar en arquitectura* (Madrid, 19 de junio 1839). Los lectores que desearan mayor ilustracion sobre este punto, pueden consultar el referido trabajo, dado á luz en dicho año.

<sup>2</sup> *Bibl. Escur.*, cód. Y. III, 9.

mayores por largos siglos en contacto con ambos pueblos orientales, ambos debieron acaudalar con los despojos de sus lenguas las que se forman y desarrollan en la Península. Mas oportuno es repetirlo: ni el hebreo ni el árabe pudieron, en los primeros días de su existencia, cambiar la fisonomía de aquellos idiomas que, teniendo por base la gran riqueza de la lengua romana, debían mostrar (aun ya formados y cultivados en siglos posteriores por los doctos) el estrecho parentesco que con aquella los ligaba.—Ni debe tampoco perderse de vista que ostentando en tales momentos las lenguas romances, sobre toda otra influencia, el vigoroso estigma de la latina, según vamos reconociendo, hubieron por el contrario de contribuir á malear y desnaturalizar en parte á las orientales, principalmente á la hebrea, llegando la corrupción al punto de excitar el patriotismo de rabinos tan doctos como Jonah ben Ganaj y David Quinji, quienes hicieron en el siglo XII los mayores esfuerzos para restituirla á su antigua pureza <sup>1</sup>. Y no dejaba por último de cundir el conocimiento de las indicadas lenguas romances á las comarcas dominadas por la morisma: entre otros documentos que nos sería fácil alegar, citaremos el pasaje del *Poema del Cid*, en que los infantes de Carrión, pagando torpemente la hospitalidad que les brindaba el rey moro de Molina, intentan darle muerte y son descubiertos por uno de sus familiares:

2676 Un moro *latinado* bien ge lo entendió:  
Non tiene en poridat, díxolo á Aben Galvon:  
Acaíaz, curiate destos, cá eres mio sennor:  
Tu muerte oy conseiar á los Infantes de Carrion.

Ni sucedía cosa diferente, bien que en opuesto sentido, respecto de los cristianos: narrando el Rey Sábido la conquista de Córdoba, decía por ejemplo, en boca de Diego Martínez, el adalid que dirige la sorpresa de la antigua silla del califato: «Si non »podiermos echar las escaleras de cuerda, echaremos estas de »fuste; et punemos de sobir por ellas, et sean los primeros los »meiores *algarauidos* que fueren entre nos, et vayan vestidos como moros, por tal que si fallaren con los moros, que los non

<sup>1</sup> *Estud. hist., polít. y liter. sobre los judíos de España*, Eus. II, cap. II

«conozcan» <sup>1</sup>. Dos siglos adelante nos dicen las crónicas, que llegado el condestable Ruy Lopez Dávalos á vista de Setenil, «fabló «arábigo et llamó al cadí, que era alcayde de la villa, é él fabló «al condestable», etc. <sup>2</sup>. Por manera que así mahometanos como cristianos entendian y hablaban mutuamente el *romance* y el *árabe*, cosa harto natural en el trascurso de tantos siglos de lucha y de frecuente comercio.

Pero estas observaciones, conveniente nos parece repetirlo, no bastan para establecer una teoria, más ó menos favorable al desarrollo de los idiomas vulgares, siguiendo estos el curso de los grandes sucesos, que vienen á fijarlos, labrando su sucesivo perfeccionamiento <sup>3</sup>.

#### IV.

Hay en efecto una época en las naciones, que fundan su civilizacion sobre las ruinas del mundo romano, en que á pesar de haberse adulterado la preciosa herencia de la lengua latina, tanto por el trascurso de los tiempos como por los elementos contrarios

<sup>1</sup> *Crónica general de España* (Estoria de Espanna), III.<sup>a</sup> Parte, fól. 409 de la edicion de Zamora.

<sup>2</sup> *Crónica del conde don Pero Niño*, II.<sup>a</sup> Parte, cap. XLII.

<sup>3</sup> Importante juzgamos consignar aquí, para manifestar hasta qué punto pudo influir la lengua arábica en la formacion de los romances españoles, que en los *Predámbulos* de la ya citada traduccion de la *Divina Commedia*, obra que en su lugar examinaremos, manifiesta su autor que todas las palabras que empiezan con el artículo *al*, tales como *alcuza*, *alfajor*, *aljamel*, *albahal*, *alcacel*, *albarran*, *alcoba*, *alcor*, *alfolt*, *algibe*, etc., eran usadas al comenzar del siglo XV, en que la expresada traduccion se hace, allende el puerto de Muradal, siendo desconocidas para todos los castellanos que no hubiesen penetrado en Andalucía (Bibl. Ecur., II. S. 13, fól. 40 y siguientes). No debe olvidarse sin embargo que en los primitivos cronicones se hallan algunas palabras de origen arábigo, así como *azeipha* (ejército), *algara*, *alcaide* y *alcázar*, si bien pudiera, no sin fundamento, tenerse la última por originaria del *arx* latino. Notable es por último que en el *Poema del Cid* sólo se hallen veintiseis palabras de indudable estirpe arábica, lo cual prueba el poco efecto de la tan decantada influencia mahometana en la civilizacion y lengua españolas. Cuatro largos siglos contaba ya en España la dominacion del Islam, cuando el poema se escribe, conforme en su lugar probaremos.

ó desemejantes que en cada pueblo se habían ido congregando, aparecen los citados idiomas casi con unos mismos caracteres, sin que se adviertan entre ellos capitales diferencias. Durante este período, que comprende los siglos VIII y IX, y tal vez parte del X, contémpanse únicamente en el lenguaje empleado por los cultivadores de la literatura eclesiástica y en el usado por las chancillerías, ya en Italia, ya en Francia, ya en España, los desfigurados despojos de aquella armoniosa lengua y magnífica literatura. *Latt*, *latin* y *lingua romana* llamaron los provenzales, y después los italianos, á lo que más adelante apellidaron *roman* los franceses, y designaban ya nuestros mayores con nombre de *romancium* (romance). Faltaba sólo que llegase un momento determinado para que, cediendo á influencias locales, más ó menos enérgicas, conquistase cada uno de los referidos dialectos el título de lengua nacional, y separándose para siempre de sus hermanos, ostentara especial fisonomía y apareciese dotado de propia índole, bien que pregonaran todos su comun origen, cualquiera que fuese su ulterior grandeza y hermosura <sup>1</sup>. Interesante, bien que difícil, sería el examinar la manera cómo se verifica esta transformación, altamente trascendental, en cada una de las indicadas naciones y comarcas; mas baste observar ahora para nuestro propósito que en cada cual se modifica aquel *latt* ó *lingua romana*, conforme á la distinta influencia que sucesivamente recibe, y que su fruto se recoge en un momento dado. Cómo esta modificación se realiza podrá más fácilmente comprenderse, respecto de los *romances españoles*, fijando la vista en las divisiones que experimenta el antiguo Imperio visigodo, al inaugurarse é irse consumando la obra de la reconquista, y considerando al par las alianzas que se efectúan sucesivamente para llevarla á cabo.

Apoyada en las montañas del Norte desde el instante en que responden al grito de Pelayo los salvadores acentos de otros héroes, habíase iniciado la reconquista, formando tres grandes fajas, que comprendían la España Oriental, la España Central y la España Occidental; sentido en que llega efectivamente á feliz realización la empresa inmortal de Covadonga. Cataluña, en cuyas

<sup>1</sup> Raynouard, *Lexique Roman*, tomo I, pág. 16 y siguientes.

montañas no se había apagado la luz de las escuelas isidorianas, era arrancada al poder del Islam por la espada de Cárlo-Magno: país fronterizo de la Provenza, donde imperan también sus condes soberanos, luego que logran sacudir el yugo de los reyes carlovingios, estrecha con ella íntimas relaciones comerciales y políticas, recordando su comun origen y la paridad de vicisitudes que habían experimentado ambas comarcas desde los tiempos más remotos. Como las regiones que se extienden sobre la costa del Mediterráneo desde el cabo oriental de los Pirineos hasta las bocas del Ródano, había sido poblado el suelo de Cataluña muy principalmente por los antiguos iberos, conservando estrecha semejanza, así por su lengua como por su figura, con los aquitanos, que según testifican César y Estrabon, ocupaban también á una y otra vertiente del Pirineo no escaso territorio, hasta acercarse á los vascones, del todo desemejantes á ellos en origen, lengua y costumbres <sup>1</sup>. Como las costas mediterráneas de las Galias, vieron las de España aportar á sus puertos orientales las colonias focenses, que si del lado allá fundaban á Marsella, llamando á la civilización griega las tribus circunvecinas, echaban del lado acá de las montañas los fundamentos á Rosas y Ampúrias, ejerciendo en todo aquel litoral no despreciable influencia. La España que recibe nombre de Tarraconense, reconoce después, como la Galia sujeta al gobierno de Narbona, el dominio de los romanos; y cual ella forma al cabo parte del Imperio visigodo, libertándose de la servidumbre mahometana, merced al noble esfuerzo y la fortuna de Cárlos Martel. Esta comunidad de orígenes, esta semejanza de accidentes históricos, y este maridaje del señorío de ambas regiones en la ilustre casa de los Condes de Barcelona, no podían menos de producir análogos resultados respecto de la cultura y de la lengua de entrambas; y nació en efecto semejante al provenzal, si no del todo idéntico, el tan renombrado *romance catalan*, que cobrando con el tiempo mayor fuerza y energía, estaba destinado á servir de intérprete á un gran pueblo, trasmitiéndose hasta los tiempos modernos.

<sup>1</sup> Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, cap. VI.



Formado el reino pirenaico y nacido el aragonés de la suerte antes de ahora indicada, fortalecíanse mutuamente y fomentaban su cultura, apoyándose en la gran tradicion isidoriana, que tan viva y poderosa se habia mostrado en aquellas partes á los ojos del ilustre discípulo de Esperaindeo; y mientras apegados los vascones que moraban á entrambas faldas de los Pirineos, á su primitivo lenguaje, lo trasmitian á la posteridad, bien que no tan puro y libre de influencias extrañas como han pretendido sus nativos escritores,—sujetas las comarcas que llevan en uno y otro antiguo reino nombre de *ribereñas*, á todos los accidentes nacidos de los grandes acontecimientos históricos ya señalados, formábase en ellas un *romance* sonoro, lleno, amplio y abierto, animado de tal vitalidad y energia que resiste y triunfa en siglos posteriores, así de las influencias catalanas como de las francesas, ora impere en Aragon la dinastia de los Berenguer, ora domine en Navarra la de los Teobaldos <sup>1</sup>, incorporándose al fin y haciéndose uno con el hablado en el centro de la Península <sup>2</sup>.

1 Véase el núm. II del oportuno *Apéndice*.

2 Villemain y otros varios críticos modernos asientan que «se habló en Navarra y parte de Aragon la lengua catalana ó provenzal» como lengua nativa (*Tableau de la litterature du moyen âge*, tomo II, pág. 65). Sin perjuicio de examinar los documentos que ponemos en el *Apéndice* I, será bien advertir que este error no puede sostenerse hoy, sin grave descrédito de quien lo propale. «Los documentos aragoneses (ha escrito un entendido profesor de «litteratura) ofrecen igual comprobacion [que los castellanos en los orígenes de la lengua española], y dan además á entender desde su cuna su total identidad con la formacion del castellano... No puede dudarse que se habló en «Aragon un idioma del todo conforme, cuando no más rico que el castellano» (Borao, *Diccionario de voces aragonesas*, Intr., págs. 12 y 16). Estas conclusiones, obtenidas despues de largo estudio de documentos diplomáticos, tienen igual fuerza respecto de Navarra; pero para que el docto Villemain y los que le siguen puedan desde luego apreciar la diferencia que en toda la edad media existió entre el *catalan* y el *navarro*, citaremos aqui un precioso libro del siglo XV, en que por confesion de su traductor aparece aquella plenamente determinada. Lleva dicho libro el título de *Regimiento de Hombres*; fué escrito en catalan por En Pere Moles, y al final de la version se lee: «Este tractado fué romançado de lengua catalana en esta «navarra por el honrado Bartholomé de Aguinariz... é fué acabado XVI.<sup>o</sup> «dia de Jullio anyo mil CCCCLXVI» (Villanueva, *Viaje Literario*, tomo XII.

Igual ley reconoce la monarquía asturiana y leonesa, en cuanto á la España Central se refiere. De la confusión y mezcla del rústico idioma hablado por sus antiguos moradores, y de la lengua más culta de los refugiados en sus montañas tras la dolorosa catástrofe del Guadalete, mira Astúrias brotar en sus valles el *romance* que guarda todavía entre los eruditos nombre de *bable*, sin que haya podido resistir el civilizador impulso de los tiempos <sup>1</sup>. Silla más tarde del Imperio cristiano, produce Leon, así en sus montañas como en sus llanuras, aquel idioma que reflejaba en sí todos los elementos de antiguo atesorados en el suelo ibérico; y hermanándose este en breve con el habla de Castilla, grave y sonora desde los primeros instantes de su existencia, como el sonido de la trompeta [quasi tympano tuba], reconoce en ella cierta supremacía, que se extiende muy luego á las demás regiones centrales.

Más apartada del comercio de la España Central, refugio un día y asilo de los suevos, sometidos al Imperio visigodo por la fortuna de Leovigildo, conservaba Galicia en su degenerado latín el sello de aquella raza septentrional, no olvidada del todo la primi-

pág. 95). Puede verse el indicado *Apéndice*; y respecto de la propagación del catalán á las tierras de Valencia, cúmplenos observar por último que existen alrededor de esta capital algunas poblaciones, compuestas originariamente de aragoneses, donde se habla hoy (y se habló siempre) el romance aragonés (castellano).

<sup>1</sup> Puede consultarse respecto del carácter del romance ó dialecto *bable* el *Discurso preliminar* que puso don José Caveda á la *Colección de Poetas Asturianos*, dadas á luz en Oviedo el año de 1839.—Lástima es no obstante que sus observaciones no tengan aplicación á poesías de la edad media, compuestas en aquel dialecto, de las cuales no puede asegurarse que se haya transmitido alguna á los tiempos modernos, conforme manifestamos en carta dirigida á don Fernando José de Wolf sobre los *Romances tradicionales de Astúrias*, dada á luz en la revista berlinesa *Jahrbuch für Romanische und Englische Literatur* (1861), y en la *Revista Ibérica*. Sobre el dialecto *bable* debemos no obstante á la fineza del distinguido escritor don Gumersindo Laverde Ruiz un numeroso glosario de las voces pertenecientes al mismo romance, que va á todo andar desapareciendo en los valles de Astúrias, donde impera desde la edad media en las canciones populares el habla de Castilla. Adelante tendremos ocasión de tocar de nuevo este punto.

tiva influencia de las colonias helénicas que toman asiento en sus costas; y daba al cabo origen al dialecto dulce y enfático que lleva todavía su nombre.

Tres eran por tanto los principales romances que resultaban de todos estos lenguajes, exceptuado siempre el antiguo *cuscaro*, de todos desemejante, según arriba insinuamos: tales son en efecto el *catalan*, el *castellano* y el *gallego*, destinados por la Providencia á tener representacion é importancia en la historia de las letras españolas. Nacidos todos casi á un mismo tiempo, si bien no puede disputarse la prioridad al que se habla en los valles de Asturias, de cuya existencia deponen los ya citados documentos del siglo VIII, iban á tomar todos estos *romances*, antes que declinase el XI, mayor fuerza y colorido, merced al extraordinario incremento que recibe desde fines de la anterior centuria el Imperio cristiano, erigida en el primer tercio de la XI.<sup>a</sup> la monarquía castellana, y acatada como señora por los reyes mahometanos, que se habían levantado en Toledo, Córdoba y Sevilla sobre las ruinas del califato. Un hecho en verdad de suma trascendencia en la civilización de nuestros padres venia entre tanto á dar mayor impulso á los referidos *romances*, conforme en lugar propio apuntamos<sup>1</sup>. Volaban en efecto los pendones victoriosos de Alfonso VI sobre el alcázar de Toledo, y aquel suceso trascendental, que trocaba el aspecto de la política cristiana, era el instante supremo, en que poniéndose en combustion todos los elementos de cultura abrigados de antiguo en nuestro suelo, y fundidos con otros elementos extraños, tomaban más segura y decisiva fisonomía los *romances* hablados en el suelo de Iberia, apareciendo ya dotados de suficiente vigor para dominar sin rivales. Florecia el primero en las regiones orientales del Pirineo, propagándose adelante á las islas Baleares y al litoral del Mediterráneo y dando vida al *mallorquin* y al *valenciano*: señoreaba en toda la España Central el segundo, absorbiendo al cabo, si bien con la lentitud y por las causas que en la exposicion histórica iremos apuntando, los dialectos de Asturias y Leon, de Aragon y Navarra, é imponiendo su nombre á la

<sup>1</sup> Cap. XIII, págs. 168 y 172.

lengua española; y fructificaba en las comarcas norte-occidentales el tercero, derramándose al condado de Portugal, erigido á poco en monarquía, y teniendo la gloria de prestar nacimiento á la lengua ilustrada por el genio inmortal de Camoens <sup>1</sup>.

Aspiraron desde aquel momento todos estos romances á la consideración de lengua literaria, mientras procuraba conservar el latín escrito su antiguo imperio, según hemos notado al estudiar el desarrollo de la poesía durante los siglos IX, X, XI y XII. Nacidas las lenguas vulgares para alcanzar dominio absoluto entre doctos é ignorantes, empeñan efectivamente en cada región generosa lucha hasta lograr el ambicionado triunfo, consignando al cabo por medio de la escritura los deseos y esperanzas de la muchedumbre.—Desdicha ha sido no sólo de la poesía popular, cuya existencia vá indefectiblemente unida á la de la lengua, mas también de la semi-erudita, que determina el primer paso dado por los vulgares hácia las esferas literarias, pero desdicha extensiva á todas las literaturas modernas, el que no se haya transmitido á nuestros días ninguno de los monumentos de aquel primero y laborioso período; pues que desdeñados por los que se pagaban de doctos, únicos poseedores á la sazón de la escritura, no

1 El diligente Duarte Nuñez, que dió á luz en 1606 (Lisboa) sus *Orígenes de la lengua portuguesa*, asignó á esta los mismos que dió el doctor Bernardo de Aldrete á la castellana; y aunque es palpable la semejanza de uno y otro idioma, debe advertirse que las diferencias que entre ambos se notan, provienen sin duda de los distintos elementos que los modificaron en su formación y desarrollo. Conquistado Portugal y poblado por gallegos, natural fué que se hablara en aquellas comarcas un mismo idioma, lo cual se comprueba por las escrituras y demás documentos diplomáticos de una y otra comarca, y aun por las poesías debidas á la edad media. Cultivada no obstante la lengua portuguesa con mayor empeño durante el siglo XVI; consagrada al estudio de letras y ciencias, y declarada nacional, fué acaudalándose de día en día hasta llegar al estado de virilidad y riqueza en que la pusieron los Saa de Miranda, Figueroa, y sobre todos el esclarecido Camoens; riqueza que ostenta hoy en ambos mundos. La gallega, que, según advertiremos en su día, fué un tiempo intérprete de las musas, quedó entre tanto reducida á la esfera de *dialecto*. Pero no por eso debe perder la gloria de haber sido madre de la portuguesa, de que pareció querer despojarla el entendido Duarte Nuñez.

llegaron desgraciadamente á fijarse. Son no obstante las primeras obras que parecen obtener esta honra, claro testimonio de los notables, bien que espontáneos, esfuerzos hechos durante aquellos dias para venir al término apetecido, aun á pesar de las contrariedades de la política y de los cambios introducidos por la curia romana en la Iglesia española, á que se siguió en breve, segun dejamos insinuado, la arbitraria abolicion de la letra gótica, reemplazada por la galicana en los dominios de Castilla, si bien animara á los PP. del Concilio de Leon el noble anhelo de que no hubiese division entre los ministros de la Iglesia <sup>1</sup>. Mas por efecto mismo de estas novedades, hubieron sin duda de hallar más fácil desarrollo las *lenguas romances*, salvados inopinadamente los antiguos obstáculos que á su acrecimiento se oponian.

Apareció entre todas la castellana, si no con más vitalidad y fuerza, enriquecida al menos con mayores acopios, pues que de

<sup>1</sup> Statuerunt ut scriptores de cetero gallicam litteram scriberent et pratermitterent toletanam in officiis ecclesiasticis, ut nulla esset divisio inter ministros Ecclesiae Dei (Conc. de Leon, *Aguirre*, tomo III, pág. 228; Lucas Tudense, *Chron. mund.*, P. IV.<sup>a</sup>; el arzobispo don Rodrigo, *De reb. Hispan.*, lib. VI, cap. XXX; Burriel, *Paleografía española*). Debe advertirse sin embargo que este decreto del concilio legionense no produjo el efecto instantáneo que se ha supuesto por algunos historiadores y aun criticos. Sarmiento, por egemplo, afirma, y lo copian y exageran algunos doctos, que «todo instrumento escrito en carácter gótico (isidoriano ó toledano debió decir) es anterior á 1091, ó lo más á 1100» (*Mem. para la hist. de la poes. esp.*, núms. 281 y 282). El estudio que hasta ahora llevamos hecho, y sobre todo las fechas que hallamos en muchos códices, realmente isidorianos, examinados por Florez, Palomares, Villanueva y otros, nos autorizan para creer que el resultado de aquel cánón fué más lento de lo que se ha pensado, porque no era posible que en toda España aprendiesen á escribir la letra *gallica* en un solo dia jóvenes, adultos y ancianos. Esta observacion se confirma con documentos litológicos importantes: en Toledo existe, por egemplo, una lápida escrita en 1156 (epitáfio de Zabalab, núm. XXVI de la anterior *Illustración*) con los antiguos caracteres isidorianos, bien que ya desfigurados; y en una *Memoria cronológica dos Condes de Castella*, inserta en el tomo I, Parte I.<sup>a</sup> de las *de la Real Academia de Ciencias de Lisboa*, se copia otro epitáfio del Maestre Galdino, que lleva la Era de 1208 (1170), escrito en caracteres *romano-rusticos*, que son realmente los isidorianos. Estos egemplos pueden multiplicarse, en apoyo de las razones alegadas.

la cooperacion de tan diversas gentes habia recibido el extraordinario impulso, que le comunicaba determináda y propia fisonomía. Mas á pesar de aquella larga série de sacudimientos que se habian necesitado en el trascurso de los siglos para producir estos resultados (fuerza es reconocerlo), resplandecía en ella principalmente el genio de la lengua latina, por más que descompuesta de antiguo por los elementos indígenas ó derivados de los primitivos pobladores, se conceda tambien á la hebrea y aun á la arábica alguna influencia, en aquellos primeros dias, y se convenga asimismo en que los idiomas, traídos á España por los pobladores francos<sup>1</sup>, contribuyeron á acaudalarla, reconociéndose al par las huellas de otros diferentes lenguajes, más ó menos dignos de respeto por su antigüedad y belleza. Descúbranse en efecto vestigios de unos y otros en los primeros monumentos escritos que han llegado á los tiempos modernos, hallándose en ellos voces, bien derivadas de los visigodos, ó bien recibidas de los alemanes que vinieron á España, animados del espíritu aventurero; pero su corto número no es suficiente para asignar al elemento puro germánico la influencia que algunos desacertadamente le han atribuido. Tal vez el vascuence contribuye tambien á enriquecer aquella naciente lengua; mas ni todo el empeño de sus encomiadores, ni toda la diligencia de los etimologistas lograrán dar importancia al inventario de las voces, que por aquellos tiempos se derivaron á la España Central del *euscaro*.

Hay finalmente palabras que traen su procedencia del griego, de las cuales pone Aldrete, y reproduce Mayans en sus *Orígenes*, razonable catálogo; pero aunque no pueda negarse que los zacynthios y focenses usaron en la antigua Iberia su propio lenguaje, y que los últimos lo conservaron hasta la época de Augusto; aunque, por la semejanza de ambas lenguas, sea verosímil el que los latinos conservaran en España la *griega*; aunque parezca probable que el estudio de la misma, hecho por los prelados de los siglos V, VI y VII mantuviera viva aquella tradicion clásica; aunque encontremos por último entre los cruzados que vienen á la

<sup>1</sup> Es de notarse que bajo este título se comprendieron todos los extranjeros, de que hicimos mencion en el cap. XIII, pág. 172, y aun los catalanes.

conquista de Toledo algunos soldados griegos <sup>1</sup>, todavía conviene advertir que el gran caudal de voces helénicas, con que se ha ilustrado la lengua española, es fruto de tiempos más adelantados en el cultivo de las letras y de las ciencias, debiéndose, en nuestro concepto, la mayor parte de ellas á los estudios clásicos del siglo XVI. El principal fundamento, el verdadero núcleo del idioma castellano es por tanto la lengua del Lacio; privilegio reservado solamente á aquella prodigiosa civilización, cuyos resplandores no llegan á desaparecer en medio de la barbarie misma, y que después de tantos siglos admira al mundo con la magnificencia de los despedazados monumentos de sus artes y con la gloria de su literatura.

Estas observaciones debemos á las primeras producciones escritas del arte español, no menos que á los documentos diplomáticos de la misma época. Cuando examinemos las respetables primicias de nuestra literatura, tendremos ocasion oportuna de señalar los caracteres, con que aparecen así el dialecto catalán como el gallego, enriquecido el primero por la brillante pluma de don Jaime el Conquistador, é ilustrado el segundo por la musa de Alfonso el Sabio. Será este estudio más esmerado y tal vez más provechoso respecto de la lengua castellana, que extendiendo de día en día su dominación, acaba por erigirse en lengua nacional: cúmplenos ahora sin embargo observar, que desde los albores de su infancia revela ya este rico y generoso idioma los hábitos, los sentimientos y las creencias de la muchedumbre que lo cultiva. Áspero, enérgico y vigoroso, aparece como digno instrumento de una nación arrullada en su cuna por el estruendo de las armas: sencillo, inexperto y vago, pregonar la simplicidad, la candidez é inofensiva ignorancia de un pueblo que no ha podido todavía asegurar su planta en el camino de la ilustración, presentida por él como un bien lejano. Desdeñado acaso de los doctos, que procuran en vano sostener el brillo y la supremacía de la literatura eclesiástica, lucha por el espacio de largos siglos con su rudeza é inexperiencia; y de embrion informe y grosero, llega por último á revestirse de vistosas galas, suplantando del todo aquella

1 Mariana, *Hist. gen.*, lib. IX, cap. XVI.

corrompida gerga, que para escarnio del nombre romano llevaba aun entre los sémidoctos y en las chancillerías el de lengua latina.

Fácilmente se advertirá que nos referimos á los reinados de Fernando III y de Alfonso X, glorioso el primero por las rápidas conquistas que llevan á cabo las armas cristianas; venturoso el segundo por las maravillosas, á que dan cima las ciencias y las letras. Aquel rey santo, cuya cultura igualaba á la grandeza de su esfuerzo, comprendiendo que debía existir entre los castellanos como vínculo de fraternidad un solo idioma, prenda segura de la buena fé en los contratos celebrados entre doctos é ignorantes, y no perdiendo por otra parte de vista que habian de ser inútiles todas las tentativas hechas para cimentar la unidad del derecho, sin lograr antes la unidad del lenguaje, levantó á la categoría de lengua oficial el idioma del vulgo, que elevado ya por los poetas á la condicion de lengua literaria, se habia introducido desde los tiempos de Alfonso VII en la régia chancillería <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Fácilmente comprenderán los lectores que nos referimos al *Fuero de Avilés*, confirmado por el conquistador de Almería en 1155, del cual dimos ya alguna muestra en nuestros *Estudios sobre los judíos de España* (Ensayo II, cap. I. pág. 237). Conviene advertir sin embargo que el referido fuero hubo de redactarse por los cancilleres de Alfonso VI en la misma forma que hoy se ofrece ó poco menos, pues que en los demás documentos debidos al conquistador de Toledo hallamos el mismo ó muy parecido lenguaje: en el *Fuero de Burgos*, otorgado en 1073, leemos trozos como este: «Nomina autem vistarum villarum hec sunt, scilicet: Ambasos, Sobanescas, Quintanilla que »cerca Vera est, Uta, Castrillum de Vega, Castrillum de Verroque, Villabaston, Castannares, Revilla, Vilosielum, Perdenales, Villa-Mesnalia, Villa- »Gonçaluo, Villa-Averosa, Ranuna, Plantada, Villa-Vicenti, Roalla, Villa- »Avella, Estobars, Villa-Gonçalvo de Rio de Estierva, Villola, Espinosa, »lllas, Morillas, Faunete, etc.» En el fuero original de Sepúlveda (1076): «Qui escodrinar voluerit pro furto, vadat ad iudicem, et petat el sayon de »conceio, et escodrinet, et si lo illo fallaret, vel se no a... (hay laguna) »furto et novenas a palacio: et si nihil invenerit, illos de illa casa non fa- »ciant magis iudicio.» En el fuero de Valle, concedido por el conde don Ramon, marido de doña Urraca, en 1094, se hallan por último pasajes como este: «Barones de Valle faciant illa serna de palacio, II dies ad relvare, et »bimalla et seminala et secalla, et carreala ad illa era, et trillala et lexalla. »Illa serna sedeat in Salmas, et dent ad illos laboratores pan et vino et carne »qui xantar» (Muñoz, *Coleccion de Fueros*, etc., págs. 257, 283 y 332). Aho-





uaciente idioma á un alto grado de esplendor, presentándole, no  
 a como indócil y grosero instrumento, sino como lenguaje culto  
 le las ciencias. Gloria es esta en verdad, de que sólo puede hacer  
 ala la nacion española, en medio de las tinieblas que envolvian  
 l resto de Europa; fenómeno extraordinario que no se ofrecerá  
 al vez á la contemplacion de la crítica en la historia de la civi-  
 izacion de los demás pueblos. Aparecia en efecto el castellano  
 nriqueciendo las nociones científicas heredadas de la Iglesia, con  
 a ciencia de hebreos y árabes, naciones ambas adelantadas en  
 as especulaciones filosóficas; y empleaba para conseguirlo el idio-  
 ia vulgar, apenas ensayado en el cultivo de la prosa, elevándolo  
 l terreno de las abstracciones metafísicas <sup>1</sup>.

Este empeño del Rey Sabio, colmado de sazonados y abundan-  
 es frutos, no podia dejar de imprimir á la lengua castellana nue-  
 o carácter: abriéndole de lleno los tesoros de la hebrea y de la  
 rábiga, cuyos más ilustres cultivadores congregó en Toledo, lle-  
 aba aquel momento (que han pretendido reconocer los orienta-  
 stas en cada paso de nuestra cultura), en que puede fijarse do-  
 umentalmente la influencia de ambas lenguas en la *española*.  
 Todas las voces que componian el lenguaje científico de aquellos  
 os pueblos, todas las fórmulas de ideas hasta entonces no cono-  
 idas por los castellanos, vinieron pues á engrosar los veneros del  
 idioma vulgar, que en las traducciones y comentarios de los más  
 abios filósofos y expertos naturalistas cultivaban hebreos y ára-  
 es, bajo los auspicios de aquel gran rey. Pero como si no fuera  
 astante la proteccion y estímulo que hallaban en él las ciencias  
 las letras; como si no le contentaran los esfuerzos de tan en-  
 endidos filólogos, dirigia y enmendaba don Alonso todos aque-  
 los trabajos, quitando de ellos «las raçones que entendie eran  
 obeianas et dobladas et que non eran en castellano derecho, et  
 poniendo las otras que entendie que complia; et quanto el len-  
 guaie, endereçábalo él por si» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Estudiaremos todos estos libros, de que dimos alguna cuenta en nues-  
 ros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judios de España*, en los  
 apítulos X, XI y XII de nuestra II.<sup>a</sup> Parte, últimos del tomo III.

<sup>2</sup> *Libro de la Esphera*, prohemio. Don Alfonso no solamente ofrecia esta

De este modo llega pues la lengua castellana á conquistar en el siglo XIII la propiedad enérgica, la sencillez decorosa y las graciosas y pintorescas maneras de decir que tanto la avaloran; de este modo comienza á mostrar «su majestad y sus fuerzas», valiéndonos de la frase del docto Antonio de Nebrija <sup>1</sup>, y se presta igualmente á la narracion histórica y á la discusion filosófica, á la descripcion poética y á la expresion didáctica. Pero ya narre, ya discuta, ya describa, ya enseñe, siempre se palpa en ella, desde entonces, la influencia de los orientales, que se insinúa al mismo tiempo y por la misma senda en la literatura y en las artes, contribuyendo poderosamente á caracterizarlas <sup>2</sup>. Tan grandes, tan extraordinarios fueron los progresos que hizo durante el imperio del Rey Sabio la lengua española, que respetables críticos han abrigado vehementes dudas sobre la autenticidad de las producciones literarias á este monarca atribuidas. Mas los que así han pensado, olvidaron que el inmortal código de las *Partidas* era obra del rey don Alfonso; «obra admirable en cuanto á la manera de tratarla, si se considera la época en que se escribió; más admirable aun en cuanto al lenguaje, superior en gracia y energía á todo lo que se publicó despues hasta mediados del siglo XV <sup>3</sup>.

insigne muestra de respeto á la lengua nacional de Castilla, declarándose primero de sus cultivadores: obedeciendo el pensamiento político de su padre, que se refleja al par en todas las esferas, exigia en la ley de *Partida*, en que define *qual deve seer el Chanciller del rey et qué cosas pertenescon al su officio* que supiese *leer et escrebir tambien en latin como en romance, ... et leer et escrebir conviene que sepa* (añadía) *en latin et en romance, porque las cartas quel mandare fazer, sean dictadas et escriptas bien et apuestamente* (*Partida* II, tit. IX, ley IV). Obsérvese no obstante que don Alfonso, como tan ilustrado, si bien daba al *romance* la preferencia en todo lo que se referia á la vida interior de su pueblo, no se olvidaba de que era el latin la lengua de la Iglesia y el único medio de comunicacion con las demás naciones.

<sup>1</sup> *Arte de la lengua castellana*, pról., Salamanca, 1492.

<sup>2</sup> Remitimos á nuestros lectores al estudio del *arte simbólico y didáctico-simbólico*, que caracteriza uno de los más importantes subcielos de nuestra historia literaria (Caps. IX al XIX de la II.<sup>a</sup> Parte, y principalmente el X).

<sup>3</sup> Lista, *Discurso sobre la utilidad del estudio de la lengua latina* (Sevilla, 1846).

Tales son pues los orígenes de los romances hablados en la Península Ibérica, y tal la formación de la lengua castellana, que va por excelencia nombre de *española*: semejante á un río de andalosa corriente, donde se congregan lejanos y gruesos manantiales, ostenta durante la dominación romana, á pesar de los feroces lenguajes que á su lado germinan, la majestad de estos rios conquistadores; enturbiada despues por las avenidas del septentrion, comienza á decaer de su grandeza y brillo literario, pero que sean bastantes á conservar su integridad ni la predilección de la Iglesia, ni el respeto de los doctos; adulterada con la mezcla de las distintas gentes que acuden á poner su piedra en la gran obra de la reconquista; revuelta por las inundaciones orientales, contemplase al fin como lengua propia; y fruto de tan contrarios elementos, se muestra animada por el genio de todos, sin que reconocza no obstante sus mismas leyes.—Acariciada ya por los doctos, acaudalada con nuevos y copiosos raudales, y empleada en el cultivo de las ciencias, llega por último á constituirse bajo sagrados cánones, para competir en las edades venideras y vencer con energía las más cultas, siendo, como decia al terminar del siglo XV un doctísimo italiano, la más elegante y fecunda de todas las modernas <sup>1</sup>; y apareciendo grave, religiosa, honesta, alta, magnífica, suave, tierna, afectuosísima y llena de sentimientos, y tan copiosa y abundante, que ninguna otra puede gloriarse de esta riqueza y fertilidad más justamente. «No sufre (añade el elocuente Hernando de Herrera) ni permite vocablos extraños y bajos, ni regalos lascivos: es más recatada y observante [que la toscana]: que ninguno tiene autoridad para osar innovar alguna cosa con libertad; porque ni corta ni añade sílabas á las dicciones, ni trueca ni altera forma; antes entera y perpétua, muestra su castidad y cultura y admirable grandeza y espíritu, con que excede sin proporcion á todas las vulgares» <sup>2</sup>.

Á tan alto punto llega pues aquel embrion informe que, elaborado por tantos siglos, hemos visto surgir de entre las nieblas

1 Marineo Siculo, *De Rebus Hisp. mem.*, lib. V, cap. de lingua qua nunc tuntur hispani.

2 *Anotaciones de Garcilaso*, Sevilla, 1580.

de la edad media, centro de tantas y tan grandes contradicciones. Investigados sus orígenes, ponderada con toda circunspección la influencia que en su formación tuvieron las diversas gentes y naciones que dejaron en el suelo de la Península Ibérica huellas de su cultura; reconocidos por fin sus caracteres en la época en que es elevado á idioma oficial y considerado como instrumento y lenguaje propio de las ciencias, réstanos sólo bosquejar su historia. Pero como no pudiera esta trazarse, sin el exámen de los monumentos que han de formar la de nuestra literatura, fuerza es suspender aquí esta no fácil tarea, para ir la desempeñando á medida que lo exijan los estudios que nos proponemos llevar á cabo en los siguientes volúmenes. No dejaremos sin embargo de añadir en este, para mayor esclarecimiento de cuanto vá dicho, las ilustraciones que hallarán los lectores en el *Apéndice I*.

---

## ILUSTRACION III.

### SOBRE LAS FORMAS ARTÍSTICAS DE LA POESÍA VULGAR ESCRITA.

---

#### METROS Y RIMAS VULGARES.

---

#### I.

Notamos en la I.<sup>a</sup> *Ilustracion* del presente volúmen el empeño con que los críticos y poetas del pasado siglo desecharon, cual vano y de bastardo origen, el ornamento de las rimas. Mas no se crea que semejante aversion, hija acaso del exclusivismo ó intolerancia con que veian los doctos cuanto se apartaba de la imitacion greco-romana, tenia sólo raíces entre el vulgo de los erulitos: escritores de altas prendas y claro talento tronaron tambien contra este característico ornato de las poesías vulgares, asentando que el *ritmo* y la *armonia* son luz que brilla siempre, mientras que la *rima* es sólo un relámpago pasajero, y llevando ras si con el peso de su autoridad el asentimiento de la muchedumbre. Para justificar tan aventurada pretension, sacaron á plaza los egemplos que la historia de la literatura presentaba; y ogrado con esto el aparente triunfo, olvidóse, como en otro lugar dijimos, que la misma historia, así invocada, era la más contraria prueba de tan peligrosa doctrina. *La Sophonisba* y la *Italia liberata* del Trissino, la *Aminta* del Tasso, el *Pastor Fido* de Guarino, la *Mérope* de Maffei, con otras selectas producciones del arte italiano, fueron invocadas por los encomiadores del *verso suelto*, quienes acudiendo á buscar en las demás literaturas de Europa nuevos egemplos en que apoyarse, manifestaron en el afan con que acometieron esta singular tarea, el poco funda-

mento de sus razones. Las obras de Juan Antonio Baif, nacido á fines del primer tercio del siglo XVI; las de Estéban Jodelle y Nicolás Rapin, sus coetáneos, y finalmente las traducciones de la *Iliada* y la *Odisea*, debidas á Mousset, que habia precedido á los mismos <sup>1</sup>, llamaron la atencion de los eruditos, por el mero hecho de estar escritas en *verso libre*, lo cual no ha sido, sin embargo, suficiente á rescatarlas del olvido en que han vuelto á caer con sobrada justicia. Más afortunados, al poner en contribucion la literatura inglesa, lograron los enemigos de la *rima* escudarse con el *Paraíso perdido* de Milton, célebre poeta que floreció á mediados del siglo XVII, y cuyas gloriosas huellas siguieron más adelante, respecto del *verso blanco*, el ilustre Addison y los no menos celebrados vates Tompson, Dryden, Ayre, Roscommon y Hume. El verdadero triunfo, alcanzado por Klopstok en su inmortal *Messiada*, cuyos diez primeros cantos vieron la luz pública en 1762, vino tambien á fortalecer la creencia de los adversarios de la *rima*, quienes en las bellas poesías de Bodmer, Wieland, Rost, Schmidt, Gellert, Gesner y Kleist hallaron motivos para condenarla con mayor ahinco. Despreciada en tal manera por los críticos, y desechada al par por tan insignes poetas, habria tal vez quedado reducida al dominio de los copleros esta preciada joya de la poesia moderna, si hubiera podido caducar en Italia la gloria del Dante, Petrarca, Ariosto y Tasso; si los nombres de Racine, Corneille, Crebillon y Voltaire hubieran desaparecido de la historia literaria de Francia; y si en Inglaterra y Alemania no hubieran brillado tan esclarecidos ingenios como los Oppitz, Schedss, Pope, Neukirch, Gunther, Hagedorn, Ganitz y otros de igual fama, que escribieron sus poesías en *versos rimados*.

La influencia de la crítica ultramontana hubo tambien de sentirse en nuestro suelo; y como no era dado ni á la poesia ni á la literatura desasirse del yugo en que las habian puesto los galo-clásicos, no sólo encontró esta moda del *verso blanco* eruditos apóstoles, sino tambien ardientes cultivadores. Distinguióse en

<sup>1</sup> Saint Aubigné, *Traité de l'opinion*, tomo I, pág. 279.

tre los más autorizados, según ya advertimos <sup>1</sup>, el docto don Agustín Montiano y Luyando, quien para evitar la nota de innovador, invocó los nombres de Garcilaso, Bermúdez, Virués, Jáuregui, Padilla, Quevedo y otros, manifestando con el traductor de la *Aminta* «que el *porrazo del consonante* desanimaba y endurecía el metro, precisándole y atándole; por lo cual seguía la *«respetable práctica de los latinos, que tan pasmosamente escribieron, sin necesitar de la rima, que nació después entre los africanos, en sentir de algunos, y se derivó á nosotros con su «trato»* <sup>2</sup>. Así se pretendía anudar el arte de los Horacios y Virgilio, respecto de esta forma exterior, con el arte doblemente imitador del siglo XVIII, perdiéndose dolorosamente de vista la historia del espíritu humano; así se olvidaban los costosos triunfos alcanzados por los más grandes poetas españoles, quienes desde la cuna de nuestra literatura habían usado siempre el instrumento de la *rima*.

Pero si en Montiano y Luyando es reprehensible la facilidad con que se dejó avasallar por la moda de los eruditos extranjeros, intentando con la doctrina y el ejemplo introducir en nuestro Parnaso una libertad, disfrutada sólo con justo título de griegos y latinos,—merecedores de más alta censura aparecen todavía aquellos que, debiendo su fama al arte nacional, desdénaron, con el ornato de la rima, los mismos aciertos que preconizaban. Entre los escritores que de tal modo se contradijeron, digno es por cierto de especial mención don Juan López Sedano, quien obedeciendo en su *Parnaso Español* al sentimiento patriótico, ofendido sobremanera por los galicistas, procuró vindicarnos de acusaciones poco justas, y restaurar al propio tiempo la gloria de nuestros antiguos vates. Este escritor, que al dar cima á la colección referida fué objeto de agrias y punzantes diatribas, fulminadas por los ultra-clásicos <sup>3</sup>, llevado del torrente de la moda, decía en el prólogo de la *Jahel*, tragedia muy celebrada en el pasado siglo: «No se me ofreció dificultad en la elección del *verso libre*,

<sup>1</sup> Ilustración I.<sup>a</sup>, pág. 304 de este volumen.

<sup>2</sup> Discurso I sobre las tragedias españolas, pág. 111.

<sup>3</sup> Véase la Introducción, pág. LII y siguientes.



«como el más proporcionado, más conveniente y más natural, para la imitacion del lenguaje comun de los grandes personajes; porque efectivamente él solo puede explicar con libertad la fuerza de las pasiones, que es casi imposible y absurdo sujetar á ligaduras y precisiones de la *rima*.—Bien conozco que aquellos, á quien la inteligencia en esta parte no les pasa de los oídos, ó que tienen hecho su oído al *cascabel de la consonancia*, desprecian este género de versificación, reputándola por extravagante y desabrida; pero los que penetran el fondo de las cosas y tienen radicada su inteligencia sobre más sólidos y muy diversos principios, conocen que el espíritu, belleza y demás calidades de la poesía no estan constituidos en la material puerilidad de las *silabas consonantes*, que afianzan con la sola razon general de que los famosos griegos y latinos, que fueron los mayores poetas del mundo, no tuvieron necesidad ni aun *conocimiento de la rima, que no tiene ni tan noble ni tan autorizado origen*»<sup>1</sup>. No puede en verdad darse mayor decision ni en la

1 Los mismos escritores que así procuraban romper las ligaduras de la *rima*, despojando sus obras de este ornato, exigian con toda severidad el cumplimiento de las reglas clásicas, logrando á fuerza de preceptos hacer aquellas descoloridas. Para que esta observacion resalte más á vista de nuestros lectores, trasladaremos aquí lo que el estudioso don Cándido Maria Trigueros escribía por los años de 1766, respecto de la *Virginia*, el *Athaulfo* y la *Jahel*: «Las dos excelentes tragedias de nuestro ilustre académico, el señor don Agustín Montiano y Luyando, justísimamente alabadas de propios y extraños, que le valieron su admision en la Arcadia de Roma, y que aun en Francia se han dignado traducir, no obstante ser obra dramática de España, há dias que han comenzado á parecer insípidas á algunos de nuestros eruditos. Uno de estos puso en tercetos una escena de la *Virginia*, convencido de que la causa de esta frialdad era la falta de la consonancia, y el efecto lo convenció. Cuando la lei me pareció oír á Voltaire ó Racine, hablando en castellano. La misma prueba he hecho yo con la segunda escena del acto IV de la *Jahel*, que se puede contar entre las mejores tragedias españolas por su regularidad. Esta escena es un razonamiento de Dévorra, lleno de fuego, invencion y entusiasmo profético... No obstante esto, me parecia el razonamiento desfallecido, moribundo y yerto. Sólo mudé en él las precisas palabras para acomodarle un asonante seguido, y con esto hizo tan distinta impresion en mí, que admirándole, me llenó de lástima: porque formé desde entonces juicio de que la *Jahel* que hoy leen muy po-

manera de exponer la doctrina, ni en la adopción del *verso suelto*, como el único capaz de expresar las pasiones; pero á pesar de esta seguridad aparente de Sedano, rechaza hoy el buen gusto como aventuradas, cuando menos, la mayor parte de las proposiciones contenidas en las precedentes líneas, bastando en nuestro suelo, en cuanto á la poesía trágica, los nombres de Calderón y de Rojas, para desvanecerlas.

Descaminada pues la crítica, y avasallados por ella los hombres más doctos, no se trató siquiera, en medio de la reacción galo-clásica de investigar los verdaderos orígenes de las *rimas vulgares*; y despreciados igualmente los del *metro*, cuando se aludió á ellos como de pasada, cometieronse no pequeños errores. Que estos son palpables respecto de los orígenes latinos, no hay para qué demostrarlo de nuevo, leído el estudio verificado en la *Ilustración* I.<sup>a</sup> del presente volumen. Que hay necesidad de fijar la vista en lo que pudieron recibir de las poesías orientales las formas poéticas de la literatura española, á fin de completar el estudio, hecho por nosotros en la exposición histórica, nadie habrá tampoco que ose ponerlo en tela de juicio, cuando se tengan presentes las importantes consideraciones apuntadas ya respecto de los orígenes de las lenguas romances, habladas en nuestro suelo. Así que, antes de presentar ejemplos de la *metrificación* y de la *rima*, tales como son adoptadas en las literaturas que tienen por instrumento dichas lenguas, serános permitido reconocer los caracteres con que desde la más remota antigüedad se muestran aquellas poesías, examinando al par los que ofrecen durante la edad media, época en que hubieron de tener algún contacto con la poesía de nuestros padres.

«cos, adornada de consonantes ó asonantes no cedería á la *Dévers* de Martello, ni á la de Mr. Duché de Vanci, ó cualquiera otra tragedia de las más «célebres» (*Discurso en defensa de la rima*, Ms., 1788). Véase cómo por confesión de un escritor del pasado siglo, amigo por cierto de Luyando y de Sedano, ni es absurdo el sujetar las pasiones á las ligaduras de la *rima*, ni el *cascabel de la consonancia* halaga solamente los oídos de los ignorantes.

## II.

La *rima*, han observado algunos doctos orientalistas, es conatural á la poesía hebrea y tan antigua en ella como el *metro*; y esta proposicion, que acaso pudo parecer en algun tiempo aventurada, ha tomado grande autoridad con los estudios hechos recientemente sobre la escritura y lenguaje de los profetas.

Desde que Mr. Fourmont escribió su erudita memoria sobre el arte poética y los versos de los antiguos hebreos <sup>1</sup>, resolviendo de una manera concluyente las dudas manifestadas por los eruditos respecto de la existencia de la *rima* en los libros sagrados, aplicáronse aquellos con mayor empeño á la investigacion y examen de esta cuestion importante, llegando á recoger de tales rigilias no escaso ni despreciable fruto. Mr. Contant de la Molette en Francia <sup>2</sup>, y Antonio Mussi en Italia <sup>3</sup>, segundaron pues con laudable éxito los esfuerzos de Mr. Fourmont, y los no menos dignos del celebrado Roberto Low <sup>4</sup>; y penetrando con animosa planta en los misterios de la poesía hebrea, no dejaron ya duda alguna de que fué la *rima* uno de sus característicos ornamentos. Cualquiera que se halle iniciado en el conocimiento de aquella lengua tan vigorosa y elíptica como dulce y apacible, sabrá apreciar en efecto los esmerados trabajos de estos respetables filólogos: segun ellos, tanto en los *libros de Job* como en las *Profecias* y en los *Salmos* abundan los versos rimados. Pero sin perder de vista los numerosos egemplos que presentan, todavia podemos añadir nosotros nuevos fundamentos á la opinion arriba indicada de que la *rima* es tan antigua como el *metro*. El primer vestigio de poesía que los libros sagrados ofrecen, se encuentra en el capítulo IV del *Génesis* y aparece ya adornado de la *rima*. Lamech, desvanecido acaso, segun observa el enten-

<sup>1</sup> *Mem. de la Acad. des Inscript. et belles lett.*, tomo IV, pág. 147

<sup>2</sup> *Traité sur la poesie et la musique des hebreux*, Paris, 1781.

<sup>3</sup> *Dissenno de lizione diserche su la lingua hebraica*, 1792.

<sup>4</sup> *De Sacra Poesi hebraeorum*.

dido Herder <sup>1</sup>, por el triunfo alcanzado con el auxilio del hierro que habia usado el primero de los hombres, ó ya pesaroso de los efectos que el mismo hierro habia producido, se dirige á sus mujeres del siguiente modo:

עֲדָה וְצִלָּה שְׂמַעַן קוֹלִי  
נָשִׁי לְבֶן הָאִמָּה אֲמֵרָתִי  
כִּי אִישׁ הִרְגָתִי לְפָצְעִי  
וְיִלְד לְחִבְרָתִי

Esta especie de invocacion, que está manifestando la existencia de un himno ú otro poema, conservado tradicionalmente por el pueblo hebreo hasta la época de Moisés, en que se incrusta, digámoslo así, en la narracion histórica <sup>2</sup>, no deja en nuestro juicio duda alguna de cuanto vamos exponiendo. Mas no sólo advertimos en este pasaje del *Genesis* que fué en aquellos remotísimos tiempos empleada la *rima* como una de las galas de la poesia hebráica: notamos en él al mismo tiempo que se propendió desde luego al *monorímo*, forma especial de todas las poesías primitivas y en alto grado característica de las orientales.—Muchos pasajes de los *Salmos* podríamos tambien citar en apoyo de este aserto: bastarán sin embargo el siguiente, tomado del CIV de la Biblia Hebrea, CIII de la Vulgata, en el cual se pinta con brillantísimo colorido la sublime munificencia de Dios:

כֹּלֶם אֵלֶיךָ יִשְׁבְּרוּן  
רֶתֶת אֶכְלֶם בַּעֲתוֹ:

<sup>1</sup> *Hist. de la poesia hebrea.*

<sup>2</sup> Hé aquí lo que sucede tambien con los primeros monumentos de la poesia española. Segun indicamos ya (pág. 492) y tendremos ocasion de explicar oportunamente, son los cantos populares el primer fundamento de la historia, ya sirviendo de apoyo á la narracion, ya constituyendo, aunque desfigurados y acomodados por los cronistas, la narracion misma. Tales son pues los elementos que en todos los pueblos se han congregado para desarrollar su progresiva cultura.

תָּתֵן לָהֶם יִלְכָּטוּן  
 תִּפְתַּח יָדְךָ יִשְׁבְּעוּן...  
 תִּסְתִּיר פָּנֶיךָ יִבְהִלּוּן  
 תִּסָּף רוּחָם יִנְעוּן  
 וְאֵל-עֲפֹרִם יִשׁוּבוּן:  
 תִּשְׁלַח רוּחְךָ יִבְרָאוּן  
 וְתַחֲדַשׁ פָּנָי אֲדָמָה: <sup>1</sup>

Mas no se crea que es esta la única forma en que aparece la *rima* en los sagrados libros: son tantas y tan diversas las combinaciones que de ella encontramos, y empleáronla los hebreos con tanta libertad, que no sin razon ha asentado uno de los más entendidos hebraístas contemporáneos, al quilatar este ornato de la poesía bíblica, que si bien es incontestable su cadencia para todo oído medianamente organizado, no puede designarse su correspondencia con la seguridad y fijeza que en las modernas literaturas <sup>1</sup>. Usáronla á veces en versos ó periodos tan cortos y desiguales, que hallamos con frecuencia una estancia entera traducida en un versículo de la Vulgata. Isaías decia en su cap. XXIV, vers. III:

הִבִּיךָ  
 תִּבִּיךָ

<sup>1</sup> La traduccion de estos versos, conformándonos en lo posible con la verdad hebráica, es la siguiente:

Todos de tí, Señor!... todos esperan  
 Que benéfico envíes el sustento;  
 Y tus altos decretos, no se alteran!...  
 Les das, cobran aliento;  
 Abres tus largas manos  
 Y se hartan de tus bienes soberanos.  
 Encubres tu semblante y se estremecen  
 Y giran en el antro conturbados!...  
 Su espíritu recoges, y perecen  
 A su polvo tornados!...  
 Mas si tu soplo envías,  
 Viveu, y el ancha tierra á nuevos días.

<sup>2</sup> Garcia Blanco, en su דְּקָדוּק, tomo II, trat. IV, núm. 249.

הָאֵרֶץ

וְהַבּוֹד

תְּבוֹד

lo mismo se observa en el salmo XXXIV de la Biblia hebrea, XIV:

נָצַר לְשׁוֹנֶךָ

מִרְעַ

וּשְׁפָתֶיךָ

מִדְּבַר מִרְמָה

muchos egemplos análogos podriamos citar fácilmente; pues en los Sagrados Libros semejantes estrofas. Los hebreos usaron la *rima* otras veces en versos de mayor número de sílabas (donde críticos menos circunspectos que nosotros podrían encontrar el origen de nuestros versos octosílabos); y disponíala de tal modo, que dista bien poco de la redondilla castellana: tal sucede en la magnífica invocación del salmo CIV, que ya citamos ya citado, donde leemos:

בְּרַכֵּי נַפְשִׁי אֱתֵיכֶיָּה

יְהוָה אֱלֹהֵי גְדֻלָּתְךָ

מֵאֵד הוֹד וְהֶדֶר לְבָשֶׁתְךָ

עֲמִי אִוֵּר כְּשִׁלְמָה:

pero lo más digno de notarse es la analogía que se encuentra en la estructura de estos versos (por más que no se hayan podido todavía fijar todos sus caracteres), y la de los escritos por los árabes de la edad-media: respecto de los dos primeros versos arriba transcribimos del capítulo IV del *Genesis*, no puede ser por su semejanza con los empleados por Aben-Hezra en su *Libro del Ajedrez*, tanto en el número de sílabas como en la métrica y disposición de la *rima*. Esto prueba, en nuestro con-

cepto, la fuerza incontrastable de la tradición en un pueblo. De la religión y el culto debían a aquella todo su esplendor y potencia. Comparémos, pues, los siguientes versos del *menorah* rabino español con los del canto de Lamech ya copiados:

[illegible]

Cuya traducción artística y gramatical hicimos antes de dar del siguiente modo:

Tal vez quien revueltas ¡ los dos campos vea  
que son plumos y cuscus, crea  
Muevan cuscus : en guerra sus manos,  
Y en las plumas se ostentan jorcan :

Inútil nos parece el detenernos a exponer otras pruebas, de las presentadas se deduce naturalmente, que siendo la *poesía* hebraica la más antigua de cuantas conocemos, y apareciendo en ella a *rima* desde sus primeros albores, no sin fundamento se le ha atribuido la misma antigüedad que al metro.

La poesía hebrea influye y se derrama entre los demás poetas orientales, como influye y se derrama aquella lengua, madre común de todas las semitas. Los moradores de una y otra orilla del Tigris, los fenicios, los sirios, los persas y los arábigos empiezan todos la *lirica* y el *epico* de los hebreos, conservando por mucho de tiempo su religión, sus leyes, sus costumbres, y no haciendo de sus príncipes y sus reyes. Sin apartarnos de los sagrados libros, encontramos ya en el de *Job*, donde creyó descubrir Sin testamentos versos hexámetros greco-latinos<sup>1</sup>, donde

1. Point A est point d'intersection des droites de Laplace des II (cas 1).

[illegible]

trada la exactitud de este aserto. Júzgase generalmente que fué aquel libro escrito en lengua arábica ó siriaca; y aunque no ha sido posible averiguar ni el tiempo en que fué compuesto, ni quién lo tradujo, es indudable que así su lengua como su poesía y rimas tuvieron origen en la lengua hebrea, primitiva de los patriarcas <sup>1</sup>.

Estas consideraciones nos llevan por la mano á comprender cómo debiendo á la hebrea su formacion y perfeccionamiento la lengua y literatura arábicas, no podia menos de ostentar la poesía de este pueblo los mismos caractéres que brillaron desde sus primeros dias en aquella. Sin detenernos aquí á mencionar cuanto dicen los historiadores que han procurado investigar tan importante materia, será bien recordar que los árabes, nacion errante y dada en su cuna al pastoreo y vida de la cabaña, hubieron de consignar los avisos de la experiencia de sus ancianos de una manera fácil de conservarse en la memoria y trasmitirse de edad en edad, valiéndose para alcanzarlo de la poesía, elemento altamente civilizador en todos los tiempos y latitudes. Así comienzan á formularse entre ellos las ciencias astronómicas, así se consignan las primeras nociones de la medicina, y así por último fijan la moral y la religion sus enseñanzas. Más tarde, cuando saboreados ya algun tanto por estos pueblos los placeres de la civilizacion, son llamados por Mahoma á imponer el yugo de sus armas y de sus creencias á las antiguas naciones de Asia, África y Europa; cuando logra reunir aquel mentido profeta bajo un mismo centro el imperio de la religion y de la política, distinguiense ya numerosos cultivadores de la poesía, cuyas obras eran públicamente coronadas y conservadas en los templos, como venerandas reliquias. Famosos son en efecto en la historia de las letras los siete poemas que halló Mahoma colgados en la Meca, cual dignos trofeos del ingenio; siendo tambien constante que todos estos monumentos aparecian enriquecidos por el ornato de las *rimas*. Iguales caractéres presentó en consecuencia el libro, en que este renombrado impostor recogia su doctrina: destinado el

<sup>1</sup> Sarmiento, *Memorias para la Historia de la Poesía*, trat. IV, págs. 64 y 65.



Koram á ser recitado dia y noche por los que abrazaran la nueva creencia, adoptó en él Mahoma las formas tradicionales de la poesía, tal como fué de antiguo cultivada por su pueblo, canonizándolas en cierta manera y trasmitiéndolas á los siglos futuros.

Enriquecidos sus sucesores, no obstante, con los despojos del Oriente, y acaudalados con las conquistas hechas por ellos sobre las demás naciones <sup>1</sup>, lleváronse las formas poéticas á un grado de sorprendente complicacion artistica; y sometidas á multiplicadas, bien que invariables leyes, mostraron que se hallaban ya á larga distancia de su cuna. Tales las encontró sin duda el docto Jalil-Enb-Ahmed-el-Farahidi, que ilustra la corte de Arun-al-Raschid, segun oportunamente observamos <sup>2</sup>; y no en otro estado se encontraban, cuando aplacado el primer furor de la conquista, comenzaron á brotar en el suelo de España las flores de la poesía árabe. No es de este lugar el hacer ostentosa muestra de los ingenios que, siguiendo el arte de Jalil, honraron en España la musa del desierto: Abul-Walid-enb-Alkortobi y Ozman-ben-Rabiah-al-Andalusi consignaban, sin embargo, á principios del siglo X (922) en dos diferentes historias de los poetas arábico-hispanos, que era ya en dicho tiempo muy crecido el número de estos; y los historiadores cristianos que escribieron en más cercanos dias <sup>3</sup> nos manifiestan de una manera palmaria que no se apagó en nuestro suelo, si bien hubo de modificarse notablemente, el genio poético de los descendientes de Mahoma.

No es para nosotros un misterio la forma en que aspira la civilizacion arábica á imponer en Córdoba su yugo á la raza mozárabe, obedeciendo los intentos de la política de los Califas, inaugurada por Abd-er-Rhaman, asegurado este ya en el trono <sup>4</sup>. Tam-

<sup>1</sup> Véase el cap. XI.

<sup>2</sup> Cap. XII, pág. 80, etc.

<sup>3</sup> Casiri, *Biblioth. Hisp.-arabica*; Hammer Purgstall, *Historia de la literatura drabe*. Como indicamos en la Introduccion se esperan ya por los amantes de las letras los *Estudios criticos y literarios sobre los drabes de España*, que tiene anunciados el profesor de literatura de Granada, nuestro amado discípulo, don Francisco Fernandez y Gonzalez.

<sup>4</sup> Véanse los caps. XI y XII.

poco desconocemos los estragos que semejante propósito llega á producir en la juventud cristiana, arrancada violentamente al hogar paterno, para ser educada en las escuelas mahometanas. Pero si al escuchar los lamentos de Álvaro Cordobés y al recorrer las páginas dolorosamente célebres de San Eulogio, nos es dado comprender el punto adonde se enderezaba la política sarracena y el camino que llevaba esta hecho, al recibir la muerte el fogoso discípulo de Esperaindeo,—también nos muestra la historia del martirio la reaccion profunda consumada en los mozárabes á mediados del siglo IX; reaccion que hace ineficaz toda influencia en la masa inteligente y noble de aquellos moradores.

No acometeremos, sin embargo, la vana empresa de sacar al pueblo cristiano que gime en el cautiverio de Córdoba, limpio de toda influencia sarracena, ni tratándose de los orígenes de las formas poéticas, podremos olvidar tampoco el testimonio del referido Álvaro, quien declara en las últimas líneas, hoy existentes, del *Indículo luminoso*, en su lugar correspondiente examinado <sup>1</sup>, que era el comun de sus jóvenes compatriotas diestro en el uso de la *metrificación* y de las *rimas* arábigas <sup>2</sup>. Mas luego que, siguiendo el curso de los desastrosos acontecimientos que arrastran á su total ruina aquella grey desventurada, nos advierte la historia que esa misma influencia quedó encerrada y circunscrita á los muros de Córdoba, y que cuando á principios del siglo XII pudo propagarse al territorio independiente de los cristianos, tenían estos formadas ya sus lenguas romances, guardando en sus monumentos históricos la memoria de sus cantos populares <sup>3</sup>, natural y lógico nos parece el asegurar que no fué la poesía de los maho-

<sup>1</sup> Véase el cap. XII.

<sup>2</sup> Álvaro Cordobés decia, despues de lamentar el estrago que hizo en la juventud mozárabe la forzada imitacion y aprendizaje de la literatura sarracena: «Ita ut metrice eruditioni ab ipsis gentibus carmine et sublimiori pulchritudine, *Anales clausulas* unius litterae coarctatione decorent, et iuxta quod linguae ipsius requirit idioma, quae omnes vocales apices commata claudit et cola, rythmice, imo uti ipsis competit, metrice universi alphabeti litterae per varias dictiones plurimas variantes uno fine constringuntur, vel simili apice» (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 275).

<sup>3</sup> Véase el cap. XIV.

metanos tan influyente como se ha pretendido en el nacimiento de las formas de las vulgares, si ya no pudiera sustentarse con buena fortuna que nada le debieron estas en los primeros días de su existencia.

Mayor pudo sin duda ser el efecto de la literatura y poesía hebráicas en los cristianos independientes, como que era en verdad más inmediato el contacto y roce de ambos pueblos. Ya antes de ahora hemos manifestado que establecido en Persia el Senado rabínico, después de la ruina de Jerusalem y dispersion de los judíos, fueron creadas las célebres Academias de Mehasiáh y Pumbeditáh, adonde enviaron los que habian tomado asiento en la Península Ibérica sus propios hijos, á fin de que se instruyesen en la ciencia talmúdica <sup>1</sup>. Las persecuciones de que fueron victimas los hebreos en aquellas partes del Oriente, hubieron al cabo de obligarlos á buscar nuevo asilo, donde guardar el depósito de sus venerandas tradiciones; y llamados del poderio y prosperidad de los árabes andaluces, trasladaron á Córdoba los restos de sus respetadas Academias por los años de 948.

Mas aunque desde esta época fuese España depositaria de las tradiciones rabínicas; aunque las decisiones religiosas de las *Y-siboth* de Córdoba obligaran ó ilustraran igualmente á los hebreos de los dominios árabes y cristianos, justo parece observar con los más doctos escritores que han tocado esta materia, que no habiendo dado los judíos españoles hasta mediados del siglo XI claro testimonio de que renacia entre ellos el amor á ciencias y letras, no era tampoco imaginable el que pudieran tener influencia en los cristianos respecto de este punto, antes de dicho tiempo. Cuando siguiendo la triste suerte que los cobija en todas partes, cultivan en Córdoba las letras profanas, y contribuyen con los tesoros de su lengua al desarrollo de la arábica, existian en el suelo independiente de Leon y Castilla, de Aragon y Navarra, de Galicia y Cataluña las *hablas* ó *romances vulgares*, que pugnaban ya por hacerse lenguas literarias, y que acaudaladas de ciertas formas poéticas acariciadas por el pueblo, debian rechazar naturalmente toda influencia contraria á las leyes de su existencia, alas-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de Esp.*, Introduccion, pág. XIV.

pirar á tan señalado triunfo. Ciertó es que en el expresado siglo florecen poetas hebreos que como Rabbi Isahák ben Reuben, Rabbi Selemóh-ben Gabirol y Rabbi Mosséh Aben Hezra conquistaron con su *Coleccion de Rubíes*, sus *Exhortaciones* y su *Patio del Aroma* <sup>1</sup> el título envidiable de clarísimos ingenios; cierto que más adelante adquieren igual celebridad Abraham ben Mair aben Hezra, Mosséh ben Mayemon y Jehudáh Levi ben Saul, cuyas *rimas* ponían los rabinos de más cercanos días sobre sus cabezas; pero también lo es que sus obras no pudieron en modo alguno ser conocidas, ni menos apreciadas, de los que á fines del siglo XI y principios del XII se aplicaban, sin otro estudio ni arte más que el de la inspiración y del sentimiento, á dotar á su patria de una poesía tan espontánea y libre como la inspiración y el sentimiento que le daban vida.

No fué, no pudo ser en consecuencia tan decisiva como se ha juzgado la influencia de la *metrificación* y de las *rimas* orientales en el nacimiento y desarrollo de las formas poéticas de la literatura española, tales como las hallamos en los primeros monumentos poéticos que han llegado á la edad moderna. Esa influencia, que se ha presentado más bien que analizado, sólo debe reconocerse en otros momentos y otras circunstancias, pues que tan grande es la necesidad en que se ha puesto la crítica de reconocerla y proclamarla. Las literaturas orientales (ya lo dejamos asentado) hacen gala en la metrificación, con que revisten su poesía, del atavío de las *rimas*; mas no porque se confiese esta verdad ha de contraerse el compromiso de deducir inmediatamente que impusieron *rimas* y *metrificación* á las literaturas vulgares, y muy especialmente á la española. Las fuentes del arte verdaderamente popular, aunque ya escrito, deben buscarse en otro más fecundo terreno.

### III.

En efecto: sólo volviendo la vista á los estudios que llevamos hechos en este volumen, es dable enlazar de una manera indes-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. II, cap. I.

tructible la historia de las formas poéticas, y explicar satisfactoriamente cómo deben ser consideradas, no cual servil imitación ó préstamo de otros pueblos, sino cual legítima é indeclinable herencia de los siglos. Pruebas abundantes de esta verdad nos ofrece la exposicion histórica que llevamos hecha, y no menores testimonios hemos recogido en las *Ilustraciones* l.<sup>as</sup> del I y de este tomo, al estudiar el desarrollo y progreso de las formas poéticas de la literatura latino-eclesiástica: allí hemos visto adoptados los *metros* de la antigüedad clásica con tanto respeto como imperfeccion y rudeza, efecto natural de los grandes trastornos por que habia ido pasando la tradicion viva del arte: allí hemos visto nacer las *rimas* como inmediata consecuencia del olvido de las armonias prosódicas de la lengua del Lacio, y como espontáneo fruto de la aplicacion de dos figuras creadas por el arte homérico, figuras cuyo uso es comun á todas las naciones meridionales, produciendo en todas análogos, si no idénticos resultados: allí finalmente hemos apuntado la manera en que *metro* y *rimas* pudieron transmitirse de los doctos á los populares, siendo la misma Iglesia, depositaria y conservadora de toda nocion artística, el más poderoso y eficaz vehículo de aquella trasmission, tan natural como poco estudiada y menos comprendida. Muchas veces lo llevamos dicho: el pueblo que ama y respeta al más alto punto cuanto aman y respetan la Iglesia y sus ministros; que tributa igual veneracion que sus reyes y sus próceres á los objetos que excitan la veneracion del clero, *cum clericis voces modulando in Dei laude*, para valernos de la expresion del cronista <sup>1</sup>, no pue-

<sup>1</sup> *Crón. Sil.*, núm. CIII. Tan grande y trascendental es en efecto la participacion que dá la Iglesia á los fieles en la liturgia, durante toda la edad media, que el autor de la *Estrella del Cielo*, precioso Ms. de principios del siglo XVI, decia hablando de la educacion de los niños:

«Quando son niños ó moçachos no ha de aver entre ellos diferencia en la doctrina: quiero decir que no mires entonçes cuál ha de ser clérigo ó qual casado, porque en todo estado y condicion se deve precurar el leer y escrevir y mediano entendimiento de lo que en la Iglesia se canta» (Bibl. Escur., IV, b. 27, cap. 41).

Obsérvese que esta enseñanza del canto sigue siendo elemento educador respecto del pueblo, y que su influencia fué por tanto activa y directa.

no modo alguno rechazar las enseñanzas que recibe en comun las bóvedas del templo, si bien al sacarlas al mundo las al- y desfigure. Semejantes conquistas son para él de tan buena que no le es dado vacilar en hacer de ellas pública ostenta- asimilándoselas por completo, al considerarlas cual digno prete de sus alegrías y de sus dolores.

aro es y evidente que esta «difícil inquisicion y trabajosa pes-», según apellidaba el celebrado Marqués de Santillana á la stigacion de los orígenes de los metros empleados por los ro- zistas <sup>1</sup>, ha menester comprobarse con el estudio compara- de los monumentos latino-elesiásticos y de los primeros mo- entos escritos de las poesías vulgares. Mas cuando tomados llos en cuenta, de la manera que pueden hacerlo nuestros res <sup>2</sup>, fijamos la vista en las más antiguas poesías castella- que han salvado las tinieblas del tiempo, esta misma compa- n nos abre camino para llegar sin grave fatiga al término do. Aun anticipando algunas ideas y noticias propias del si- nte volúmen, conforme al plan que en nuestros estudios se- os, dirigiremos pues nuestras miradas á los cinco monumen- le más respetable antigüedad que tienen por instrumento el na del Rey Sábio. Tales son los dos libros de *Los Reyes Ma-* <sup>3</sup>, la *Vida de Santa Maria Egipciaca*, la *Crónica ó Le-* <sup>4</sup> *la* y el *Poema del Cid*, venerables primicias de un arte,

*Carta al Condestable*, núm. IX.

*Ilustracion* 1.<sup>a</sup> de este volúmen.

Refiriéndonos ahora únicamente á las formas artísticas, no creemos tuno dar aquí descripcion alguna del poema descubierto por nosotros en blioteca Toletana, que tiene por asunto el viaje y presentacion á Hero- e los Reyes Magos. Cuando expongamos nuestro juicio critico sobre tan rino monumento de la primitiva poesía escrita, no sólo advertiremos la ncia que existe entre él y el dado á luz por don Pedro José Pidal con el o de: *Los tres Reys d'Oriente*, sino que procuraremos presentar un exac- *stímile*, con particular noticia del códice que lo contiene.

Hablamos de un raro monumento literario, dado á conocer por don Eu- o de Ochoa, publicado en Paris por el diligente Mr. Michel, y reprodu- en Alemania por el docto critico don Fernando José de Wolf con el tí- le: *Crónica rimada de las aventuras del Cid*, y más tarde por el diligentí- don Agustín Duran en su *Romancero*. Al tratar de los primeros monu-

que recibiendo generoso impulso de manos del clérigo de Berceo, debía hallar inusitado desarrollo de sus formas en la corte del tercer Fernando, y muy principalmente bajo los auspicios de su primogénito el décimo Alfonso.

Veamos en efecto cuál es la enseñanza que respecto de sus formas artísticas debemos á estos monumentos. El *metro* y la *rima* aparecen en ellos informes, toscos y groseros, luchando al par con la rudeza de la naciente lengua y con su inexperiencia propia; pero dando cuenta de sus verdaderas fuentes y descubriendo en su ingénua tosquedad las leyes á que únicamente podían estar sujetos. Dos son las formas principales del *metro* en tan peregrinas poestías; formas que fueron en todas las naciones meridionales consagradas á celebrar los hechos dignos de eterna fama durante el lento desarrollo del arte latino-eclesiástico, constituyendo al nacer las lenguas vulgares todo el caudal artístico de la epopeya. Sin otra norma que la del canto, ó de una recitación semejante á la de las oraciones, *sequentia* y prosas de la Iglesia <sup>1</sup>; sin otra medida que la determinada por el aire musical, á que se ajustaron; sin otro juez que el oído, sujeto siempre á los varios accidentes de la educación y de una organización más ó menos privilegiada, pasaron dichas formas á ser patrimonio de los populares, fijándose despues en alguna manera por los semidocos, y recibiendo por último cierta perfección de mano

mentos escritos de la poesía española, estudiaremos detenidamente este, que es sin duda uno de los más peregrinos que han llegado á nuestras manos.

1 Aunque se ofrecerá adelante ocasión de hablar de la influencia de las *prosas* eclesiásticas en la poesía erudita, y de consignar lo que este nombre significa entre nuestros metrificadores de la edad media, no juzgamos fuera de sazón el dar aquí algun ejemplo de estas singulares composiciones rimicas, que abundan por cierto en nuestros rituales de los referidos tiempos. Oigamos pues cómo principia la del oficio del Beato Raimundo Rotense (de Rueda):

Corus iste tibi, Christe, adsit cum letitia,  
Cordis, oris melos promat dulci cum melodia.  
Gratulari et letari nunc debet Ecclesia.  
Sic Beati Raimundi celebrent solemnía,  
Cuius vita redimita spiritali gratia,  
Praesulatum sibi datum rexit hac custodia, etc.

(Villanueva, tomo XV, pág. 329.)

de los eruditos, quienes para imprimirles el sello de sus estudios, apelaron de nuevo á la imitacion de los modelos latinos.

Tres son en consecuencia las edades que importa observar en su historia para comprender dignamente este desarrollo. 1.ª La en que hermanadas con las hablas vulgares, sirven de instrumento á la muchedumbre (ajena á toda aspiracion literaria) para acomodar al canto sus ideas y sentimientos. 2.ª La en que formadas ya las referidas hablas, cautivan, así como estas, la atencion de los que han aprendido á escribir sin deliberado intento erudito, mereciendo ser reducidas á escritura, ora como tales metros, ora como simple prosa, sin otro deseo que el de conservar de una manera más estable lo que sólo se habia hasta entonces fiado á la memoria. 3.ª La en que generalizadas ya las lenguas romances á todas las clases de la sociedad, deponen los doctos el desden natural con que hasta allí las consideraron, adoptando con ellas los *metros populares*, que en cierto modo habian canonicado, con el mismo empeño que ponian en el cultivo de los indicados idiomas.

- Formas poéticas é idiomas caminaban pues por idéntico sendero, no pudiendo ser ahora propiamente conocidos sus peculiares caracteres hasta el segundo período de su existencia, que empezaba precisamente en el instante de ser escritos. Á tal momento nos llevan los poemas arriba mencionados, siendo la confirmacion más satisfactoria de estas observaciones: sus *metros*, derivacion palmaria de los *exámetros* y *pentámetros* latinos, así como tambien de los *tetrámetros yámbicos* ú *octonarios*, segun nos prueba el sapientísimo Antonio de Nebrija <sup>1</sup>, tienen desde diez hasta diez y ocho sílabas, manifestando así la inseguridad y falta de fijeza de los medios de apreciacion, de que los cantores del pueblo disponian, aun llegada esta segunda edad del arte. Pero tan extraor-

<sup>1</sup> No solamente hablando de los versos de diez y seis sílabas, halló Nebrija razon para buscar su origen en la antigüedad latina: «Todos los versos (decia), cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana, se pueden reducir á seys géneros; porque ó son monómetros ó dímetros ó compuestos de dímetros é monómetros, ó trímetros ó tetrámetros ó adónicos sencillos ó adónicos doblados» (*Arte de la lengua castellana*, lib. II, capítulo VIII).



dinaria variedad, si bien puede reputarse capricho del mal educado oído de aquellos cantores, no carece de cierta ley que viene á dar razón del especial origen de los citados metros, agrupándose á cada tipo un número determinado de los castellanos, conforme á la naturaleza misma de sus hemistiquios. No debe negarse que muchos versos no siguen en los poemas de que tratamos esta disposición general; mas siendo ella la única relación que puede establecerse con cualesquiera otros versos, ajenos de nuestra poesía, claro es y evidente que bastará á legitimar la filiación de aquellos metros que ofrecen mayor regularidad y más constante semejanza en los mencionados monumentos.

Á tres principales tipos se reducen los que en ellos encontramos, fijándose en sílabas pares, como más adecuadas á la recitación musical y más propias del canto, insistiendo casi siempre en hemistiquios de diferente naturaleza. Tales son los metros de diez y ocho sílabas, cuyo hemistiquio de nueve se ha confundido por algún crítico moderno con los versos de ocho <sup>1</sup>, los de diez y seis, á que el gran canciller Pero López de Ayala apellida, en la forma que en la siguiente *Ilustración* notamos, *versetes de antiguo rimar*, recibiendo en el siglo XV el nombre de *piés de romance* <sup>2</sup>; y los de catorce, que divididos por un hemistiquio de siete, lograron en la poesía erudita de Castilla mayor fortuna que los demás, así como la habían tenido en la latino-eclesiástica, y la alcanzaron al par en la provenzal y la francesa, y poco tiempo después en la italiana <sup>3</sup>. Oportuno juzgamos observar que estos metros.

1 Mr. George Ticknor escribe sobre la *Vida de Santa María Egipciaca*: «El autor usa de versos cortos de ocho sílabas, aunque con alguna irregularidad,» etc. (*Hist. de la literatura Españ.* époc. I, cap. II). Prescindiendo de que Ticknor sólo ha podido conocer este poema en la forma en que se ha publicado, observaremos que aun así midió únicamente los cuatro primeros versos por él citados, sin advertir que por terminar en agudo, tenían una sílaba menos. De este error pudo salir con haber medido algunos más versos.

2 Nebrija dice: «El tetrámetro iámbico que llaman los latinos octonario ó nuestros poetas piés de romances, tiene regularmente diez y seys sílabas. É llamáronlo *tetrámetro*, porque tiene cuatro asientos; *octonario*, porque tiene ocho piés» (*Arte de la lengua castellana*, cap. VIII).

3 No creemos desacertado advertir que este es el metro, en que se halla

imitacion de los *pentámetros*, se asocian con los de diez as, ya emanados de los *exámetros*, ya de los *octonarios*, tiendo al par el consorcio con los de quince, trece y doce, y

os los poemas del ciclo carlovingio, que se han conservado en la lengua ; trovadores. La literatura francesa no se ha desprendido todavia del metro, que, como la española, acogió en su cuna. Digno es de tenerse enta que el primer poeta vulgar que florece en Sicilia, lo emplea también en la única obra suya que ha llegado á nosotros: Ciuillo d'Alcamo, á aludimos, decia:

Rosa fresca auientissima | capari in ver l'estate,  
Le donne te desliano | palcelle e maritate;  
Trahemo dante focora; | só teste à bolontate, etc.

(Allacci, *Poeti Antiqui*, pág. 408).

ignoramos que algunos escritores, tales como Mr. Ginguené (*Histoire l'Hel.*, tomo I, cap. VI), quieren dividir estos versos por su primer he- quio, para obtener metros de siete sílabas, como lo han hecho con el *rato* de Bruneto Latino; pero esto mismo puede hacerse con todos los s pentámetros de cualquiera lengua y edad, por consentirlo así su ex- ira, pues que constan de dos partes absolutamente iguales. Así se vé por en los versos de Pietro Jacobo Martelli, quien procuró introducir de o en la literatura italiana los pentámetros, los cuales recibieron entonces re de *martelianos*. Este poeta decia en su tragedia titulada *Perseides*:

Siete voi care mura | dove fui prigionero,  
Senza bramár fra lacci | la libertà primera.

s esfuerzos de Marteli fueron ineficaces, pues que ya habia llegado á su r perfeccion la métrica italiana.—Muchos años despues de trazadas estas s, se dá á luz en Paris la traduccion del *Poema del Cid*, debida al docto is-Hinard y ya antes citada. En su *Introduccion*, escrita con sumo inge- nta probar que los metros castellanos son hijos de los franceses, lo intenta respecto de la lengua, del arte y de la civilizacion; pero con fortuna. Damás-Hinard pretende, fijándose principalmente en los versos *torce sílabas*, que son imitacion de los alejandrinos franceses, á los cua- á sólo *doce*; y como para obtener el forzadísimo resultado á que aspira, sita quitar y poner sílabas en los hemistiquios, segun mejor le place, acar- desnaturalizar la poética y la lengua castellana, dándonos vocales mu- declarándolas á su arbitrio. Pero eso no puede consentirlo ningun oido iol; en nuestro parnaso tienen todas las voces graves entero valor al fi- e uno ú otro hemistiquio: las agudas ganan generalmente en esta situa- una sílaba, y las esdrújulas la pierden; mas sin alterar la naturaleza del

;



en esta primera época de la poesía escrita no es posible determinar con todo acierto la ley seguida por los vulgares para colocar la rima, tampoco nos es dado señalar la norma que adoptaron en el uso de *consonancias* y *asonancias*; pues que ambas galas aparecen á nuestros ojos de una manera promiscua. Juicioso creemos apuntar sin embargo, que en una y otra se nota cierta progresion, semejante á la que llevaban los modelos *latino-eclesiásticos* y *latino-populares*<sup>1</sup>; progresion inequívoca, en cuanto á la exornacion de los metros, que ostentando primero la rima en finales y hemistiquios, acaban por tenerla únicamente en los finales. Tan adelante se llegó en esta parte, que ya en la *Crónica* ó *Leyenda de las Mocedades del Cid* se hallan muy raros versos rimados, como los leoninos, contándose en todo el *Poema* dos sólo<sup>2</sup>. Pero todas estas observaciones recibirán mayor ilustracion, exponiendo algunas breves muestras de la metrificación y de la rima, empleadas en los referidos poemas. Veamos, en efecto, cómo empieza el descubierto por nosotros en la Biblioteca Toletana, que hemos designado con el título *de los Reyes Magos*:

Deus Criador quál marauela!... non sé quál es achesta strela:  
 Agora primas la e ueida: poco tiempo á que es nacida.  
 Nacido es el Criador, que es de las gentes Senior...  
 Non es uerdad, nin sé qué digo: todo esto non ual uno figo, etc.

1 Véanse el cap. XIV y la *Ilustracion* citada arriba.

2 Sobre ser muy reducido el número de los versos rimados *more leonino* en la *Crónica* ó *Leyenda de las Mocedades del Cid*, debemos observar que dichas rimas insisten principalmente en la asonancia. Así leemos:

Lleua un caualllo preciado é un asor en la mano.  
 Mucho plogo á castellanos, que oyeron este mandado.  
 É traen los uasallos é quanto tiene en las manos.  
 É traen los ganados é quantos andan por el campo.

Los únicos versos del *Poema*, donde la rima se halla dispuesta en esta forma, dicen:

Vos que por mi dexades | casas et heredades.  
 Los que el debdo auedes | veremos cómo la acorredes.

Para nosotros aparece indudable que era este un progreso del arte poética, por más que todavía se muestre en el estado de rudeza, en que la vemos en el *Poema* y en la llamada *Crónica*. Los versos llamados leoninos son ya en uno y otro monumento vestigios más casuales que deliberados.



cion del canto, como en los monumentos anteriores, sino ajustándose inmediatamente á los modelos de la literatura eclesiástica, que habia pugnado siempre por conservar la tradicion del arte isico, como en diversos pasajes dejamos probado <sup>1</sup>. Gonzalo de Berceo, que alcanza la gloria de ser el primero de los poetas vulgares, cuyo nombre ha llegado á la posteridad unido á sus obras, no logró dar cima á esta importante trasformacion, nos dejó al menos en aquellas inequívocas señales de que se habia ya librado del todo en los primeros dias del siglo XIII. Aparecen en las reducidas *metro* y *rima* á un sistema fijo, separándose del *morimo*, empleándose constantemente la consonancia <sup>2</sup>, y agrupándose uno y otra en estrofas de cuatro versos, designados más tarde con el título de *quaderna via*. Berceo usaba así esta combinacion métrica:

En el nombre del Padre | que fizo toda cosa

1 El erudito Mr. Jorge Ticknor dice sobre el origen del pentámetro castellano: «Trasladado este metro de la Provenza á España, su historia es muy sencilla: preséntase por vez primera en el *Poema de Apollonio*, adquiere en manos de Berceo una fecha conocida, que es la de 1230, y sigue en uso hasta fines del siglo XIV» (*Hist. de la liter. españ.*, tomo I, cap. II). De todos estos asertos (decíamos al publicarse la obra de Ticknor) sólo puede admitirse el último. Los versos pentámetros empleados primero toscamente en *Poema del Cid*, y perfeccionados por Berceo á principios del siglo XIII, no trasladaron á la española de ninguna literatura moderna: propios de la lengua, conservados por la Iglesia y transmitidos por esta á vulgares y eruditos, son comunes á todas las naciones que surgen de las ruinas del Imperio romano, sin que haya necesidad alguna de que para aplicar esta forma poética acudiesen á mendigarla, cuando las poseian todas como legítima herencia. Sobre la época en que se escribe el *Poema de Apollonio*, remitimos á nuestros lectores á la II.<sup>a</sup> Parte, cap. VI: respecto de Berceo, nos atenemos lo dicho en este lugar, escrito mucho antes de darse á luz la obra de Ticknor.

2 Algunas veces, muy pocas, se hallan usadas las rimas imperfectas, circunstancia casual, que ha dado ocasion á que el ya citado Mr. Ticknor asiente e «podrian en rigor ser consideradas como el origen del asonante» (tomo I, p. II). Reservándonos ampliar estas indicaciones en la siguiente *Ilustracion*, destinada exclusivamente á tratar de las formas de la poesia popular no castellana, notaremos aquí solamente que la rareza de dichas rimas, lejos de destruir las observaciones que vamos exponiendo, demuestra el esmero que se nia en evitarlas.



l; ora en fin volviendo de nuevo la vista á los cánticos de la  
ia, ricos por la variedad de sus *metros* y de sus *rimas*, lo-  
i don Alfonso ensayar todas las combinaciones posibles des-  
s rimos de cuatro hasta los de diez y siete sílabas, distribu-  
olos en multitud de estrofas, y dando en ellas claras señas  
s privilegiadas dotes, con que le habia adornado la Provi-  
ia.

cumple ahora á nuestro propósito desarrollar el cuadro que  
nta la civilizacion española, y con ella la literatura, en aque-  
fortunados dias: conviene no obstante advertir que al tomar  
estia castellana aquel inusitado vuelo, ostentó con el juvenil  
de poseer todas las formas y sistemas de versificacion, la le-  
a gloria de las recientes conquistas, hechas por tan digno mo-  
a en bien de su pueblo. Entre los varios metros mayores por  
pleados, despertará sin duda la atencion de los eruditos el ha-  
los linajes de *piés*, cuya existencia sólo se ha querido recono-  
ntrado ya el siglo XV. Hablamos de los versos de *maestria*,  
*mayor* ó de cuatro cadencias, y de los *endecasílabos*, que  
la época de Boscan y Garcilaso forman el principal tesoro  
uestra versificacion erudita. Han sido los metros de *maestria*  
or la piedra filosofal de los que, siguiendo el cómodo sistema  
argarlo todo, por no consagrarse á largos estudios, han nega-  
mbien que escribió el Rey Sabio los libros poéticos de las  
*ellas* y del *Tesoro*, porque no era en el siglo XIII conocido  
tema de metrificacion en que ambas obras fueron compues-  
Mas prescindiendo ahora de la legitimidad de estos poemas,  
o que en su lugar dejaremos plenamente ventilado, lícito nos  
e observar que hubiera sido mayor el asombro de los referi-  
scritores, si por ventura hubiese alguno asentado que el rey  
Alfonso cultivó ya en aquel mismo siglo los versos endecasi-  
s. Acaso la incredulidad ó el desden habria sido el único ga-  
on de esta verdad irrecusable. Y decimos irrecusable, porque  
admitiendo las legítimas dudas que existen respecto de los li-  
citados, y en especial sobre el del *Tesoro*, no será en modo  
no posible el rechazar la autenticidad del monumento, donde  
alla aquella verdad consignada. Hablamos pues del *Libro de*  
*Cantigas*, escrito en dialecto gallego, obra de muchos citada,





nos artificiosas las empleadas en las *Cantigas*. Pero si no que-  
pretexto alguno á la duda respecto de la *maestria mayor*,  
poco lo consienten, en órden á los *endecasilabos*, estos bien  
istruidos versos:

Sancta Maria os enfermos sana  
Et os sanos tira de la via vana.  
Dest'un miragre quero contar ora,  
Que dos outros non deue seer fora,  
Que Sancta Maria, que por nos ora,  
Grande fiz na çidade toledana, etc.

Ó estos otros, donde se emplea el *agudo*, los cuales forman el  
ribillo del prólogo de la *Cantiga de los siete gozos de la Virgen*:

Porque trobar e cousa en que ias  
Entendimento, poren quen o fas  
A o dauer et de rason assas;  
Perque entenda et sabrá diser  
O que enten et de diser lle pras,  
Ca bien trobar assi s'á de faser.

Todo el que tenga el oído literariamente educado, concederá al  
y Sabio el justo galardón de versificador entendido, así como  
de osará negarle el de estimable poeta. Mas ¿de dónde recibió  
as dos combinaciones métricas? El docto Antonio de Nebrija y  
diligente Juan del Enzina dan por sentado que los versos de  
*te mayor* traen su origen de la poesía latina: designalos el  
mero con el título de *adónicos doblados*, y asimilándolos al  
pio tiempo á los *trímetros yámbicos* ó *senarios*, presenta para  
probar su doctrina el siguiente ejemplo:

No quiero negaros | señor tal demanda  
Pues vuestro rogar | me es quien me lo manda;  
Mas quien sólo anda, | qual veis que io ando,  
Non puede, aunque quiere, | sufrir vuestro mando <sup>1</sup>.

1 El mismo Antonio de Nebrija dá razón de otro género de metros de do-  
silabas, diciendo: «Hacemos algunas veces versos, compuestos de dímetros  
monómetros (de ocho y cuatro) como en aquella pregunta:

Pues tantos son los que siguen | la passion  
1 sentimiento, penados | por amores.

No pareció convenir con este dictámen el segundo, hallando en los *asclepiadeos* el tipo que buscaba para señalar la fuente de los metros referidos, y citando la oda de Horacio dirigida a Mecenas, que empieza:

Mecenas atavis edite regibus <sup>1</sup>.

Mas respetando en gran manera la autoridad de estos escritores del siglo XV, y aun reconociendo en la poesía latina la fuente y raíz de la mayor parte de nuestros metros, serán lícito observar que hallamos no poca analogía entre los versos de *maestria mayor* y los hebraicos del *Poema del Ajedrez*, debido al celebrado Aben-Hezra, según antes de ahora hemos advertido <sup>2</sup>, y puede notarse en la lectura de los que, al hablar de las rimas orientales, citamos <sup>3</sup>. Esta opinión, que se funda en la prodigiosa

A todos los enamorados | trovadores  
Presentándoles, demandó | tal question.  
Que cada uno provando | su entencion,  
Me diga que cuál primero | de estos fué:  
Si amor, ó si esperanza, | ó si fe,  
Fundando la respuesta | por rason.

*Arte de la leng. cast.*, lib. II, cap. VIII.

Es notable que ni este escritor ni Juan del Enzina hagan memoria alguna de los *pentámetros* ó versos de catorce sílabas, tan cultivados por nuestros poetas en los siglos XIII y XIV.

<sup>1</sup> *Arte poética*, cap. V.

<sup>2</sup> *Est. hist. polit. y lit. sobre los judíos*, Ens. II, cap. I.

<sup>3</sup> El doctísimo don Fernando Josef de Wolf, cuyo voto es siempre de gran peso en toda cuestión de crítica literaria, tomando en cuenta esta indicación, expuesta en los citados *Estudios sobre los judíos*, observa que «si Amador de los Ríos quiere derivar los versos de arte mayor del hebreo, esto no pasa de ser un capricho erudito» (*Studien zur geschichte der Spanischen und portugieschen nationalliteratur*, pág. 427). No por capricho, sino porque importa mucho notar estas analogías, para no ser víctimas de teorías arbitrarias, señalamos en los referidos *Estudios*, y recordamos ahora la expresada semejanza, sin que aspirásemos allí, ni aspiremos aquí, á dar á nuestra observación mayor importancia de la que realmente tiene. No se olviden sin embargo, los hechos de no pequeño bulto en la cuestión: 1.º Que apenas hay poema hebreo de la edad media, donde no se hallen dichos versos: 2.º Que sólo se introducen en nuestro parnaso, cuando florecen en Toledo bajo las alas del Rey Sabio las *Yesiboth* rabínicas.

antigüedad de los indicados versos hebraicos, pues que hemos descubierto en el *Genesis* indubitables vestigios de ellos, y en la proteccion dispensada por don Alfonso á los principales rabinos que florecen en España, así en ciencias como en letras, toma no pequeña fuerza, cuando se considera que siendo tambien empleados por los árabes <sup>1</sup>, es el Rey Sabio el primer poeta español que los cultiva. El beneditino Sarmiento los hace, tal vez porque don Alfonso escribió en aquel dialecto, oriundos de Galicia <sup>2</sup>.

Más sencillo nos parece determinar el camino de los versos *endecasílabos*, ya sean propiamente tales, ya *sáficos*; pues no sólo en los himnos de la Iglesia tenia don Alfonso copiosos é inmediatos modelos, sino tambien en la poesía lírica de los trovadores provenzales, que hallaron en él la misma acogida que en el rey don Fernando, como tendremos ocasion de comprobar en sazón oportuna. De cualquier modo que esto sea, nadie puede hasta ahora disputar al Rey Sabio la gloria de haber empleado antes que él en el suelo de Castilla unos y otros metros, disponiéndolos en diversas estrofas, á que se dió el nombre de coplas (*copulae*), tanto respecto del *arte mayor* como de los versos *de maestría menor* ó *real*, denominacion que conservan hasta el siglo XVI <sup>3</sup>.

Ni son menos dignos de nuestro estudio los diversos *metros* de las *Cantigas*, comprendidos bajo esta denominacion, por darnos á conocer que ya á mediados del siglo XIII exornaban nuestro parnaso las mismas combinaciones, que tienen en el siguiente señalado desarrollo y llegan á su perfeccion en la erudita corte de don Juan II. Pongamos aquí algunas muestras de estos peregrinos rimos: el prólogo general de las *Cantigas*, escrito en versos octosílabos, á que dá Antonio de Nebrija el título de *dímetros*

<sup>1</sup> Argote de Molina, *Discurso sobre la poesia cast.*, núm. XIII.

<sup>2</sup> *Mem. para la Hist. de la poes.*, núm. 537.

<sup>3</sup> En el *Arte* de Nebrija leemos: «El dímetro iámbico que los latinos llaman quaternario é nuestros poetas pié de arte menor é algunos de arte real, regularmente tiene ocho sílabas» (lib. II, cap. XIII). En la *Poética* de Juan del Enzina: «quando el pié consta de ocho sílabas ó su equivalencia, se llama *arte real*» (Cap. V).

and

que, en el momento de la escritura, el autor se encontraba en un estado de gran agitación, y que, por lo tanto, el texto no es una obra de arte, sino una obra de necesidad.

... to the ... of the ...

Luna dos santos fremosa  
Et dos çeos via, etc.

ovando en versos de siete sílabas, equivalentes á los he-  
ios de los *pentámetros*, decía :

Beneito foi ó dia  
Et benaventurada  
A ora que a Virgen,  
Madre de Deus foi nada, etc.

ensayando los de seis sílabas, que el preceptista de los  
Católicos deriva de los *adónicos* latinos, se expresaba así:

Quen dona fremosa  
Et boa quiser amar,  
Am'a gloriosa  
Et non podrá errar, etc. <sup>1</sup>.

s nuestro intento hacer aquí ostentacion de todos los me-  
litivados por el Rey Sabio, quando en la *Ilustracion* si-  
mencionaremos algunos, y al considerarle como poeta,  
nos más oportuna ocasion de estudiar por completo el sis-  
tístico por él adoptado, así en la manera de asociar los  
como en la de exornarlos de multiplicadas *rimas*.—Consig-  
la historia de las formas de la poesía erudita el extraor-  
impulso y acrecentamiento que estas reciben de sus ma-  
il es de comprender que debió ser y fué su egemplo de  
efecto para los poetas que le sucedieron, distinguiéndose

uatro sílabas, aunque la última sea aguda é valga por dos. Como  
ués [de Santillana] en la mesma obra [*los Proverbios*]:

Sólo por aumentación  
de umanidad.

*nanidad* tiene quatro sílabas ó valor dellas, porque entró con una per-  
Cap. VIII).

s razones expuestas por Nebrija tocante á los piés quebrados, tenían  
n á estos de seis sílabas en tiempo del Rey Sabio, y la tuvieron des-  
s de doce ó arte mayor, segun en su dia prácticamente advertire-  
i los versos agudos de esta cantiga tienen generalmente seis sílabas,  
segun ley del metro, debieran ser cinco; y esto sucedia sin duda por  
los graves la primera sílaba de los agudos, acabando aquellos en  
empezando estos de la misma manera, por lo cual se asimilaban am-  
bas en la recitacion fácilmente.

entre todos su sobrino don Juan Manuel, quien procuró seguir por más de un sendero sus gloriosas huellas, y el renombrado archipreste de Hita.

Ambos florecen, no obstante, entrado ya el siglo XIV. Dotado el primero de aquel amor á las letras que habia resplandecido en don Alfonso, cultivó á egemplo de este ilustrado monarca, la mayor parte, si no todos, los metros empleados en las *Cantigas*; y aunque desgraciadamente no ha llegado á nuestras manos el *Libro de los Cantares* que don Juan compuso, las coplas, disticos ó vicios (y no versos, como equivocadamente imprimió Argote de Molina), que pone en el *Conde Lucanor*, bastan para revelarnos así el estado en que don Juan Manuel halló la metrificación castellana, como las dotes poéticas que en él brillaban. Ya antes de ahora se han tenido presentes sus *rimos* para reconocer el desenvolvimiento de la métrica española en el referido siglo; siendo Argote de Molina el primero que procuró fundar su historia sobre los cantares de aquel príncipe, cantares que como el *Conde Lucanor* pensó dar á la estampa<sup>1</sup>. Citados repetidamente sus multiplicados metros, hasta en los *Manuales de literatura*, sólo nos cumple notar que aparece en ellos continuada la tradicion de los *endecasílabos* y de la *maestria mayor*, combinacion destinada á formar durante el siglo XV el principal ornato de nuestras musas. No sucedió otro tanto en orden á los endecasílabos, los cuales no vuelven á ser en Castilla cultivados con deliberado propósito hasta la época del marqués de Santillana, si bien las poesías de Micer Francisco Imperial, notabilísimas por más de un concepto, ofrecen pruebas abundantes de que no fueron desconocidos en la segunda mitad del siglo XIV, lo cual, ó se ha ignorado ó se ha puesto en duda, con poco fundamento, por algunos escritores. Sin embargo, nada es más cierto, ni está más conforme con los

1 Así lo expresa al comenzar su discurso sobre la poesía castellana, diciendo: «Tenia acordado de poner las animadvertencias siguientes en la *Poesía Castellana*, en el libro que don Juan Manuel escribió en coplas y rimas de aquel tiempo, el qual placiendo á Dios, sacaré despues á luz, etc.» Lástima que Argote no realizara este propósito, aun cuando lo hubiese hecho con la poca fidelidad con que publicó el *Conde Lucanor*, respecto de la integridad del lenguaje: la critica no lloraria hoy como perdido aquel precioso monumento

antecedentes literarios de un poeta nacido en Italia, donde habian sido los *endecasílabos*, desde la época de Federico II y Pedro de las Viñas, el metro predilecto de los cantores eruditos. Mas para que no se nos crea por nuestra palabra, pondremos aquí algunos versos, tomados del entonces celebrado *Dexir de las siete Virtudes* <sup>1</sup>:

Cerca la ora qu'el planeta enclara  
Al oriente, que es llamada Aurora,  
Fuime á una fuente por lavar la cara  
En (un) prado verde, que un rrosal enflora:  
É ansy andando vynome á esa ora  
Un grave sueño, magñer non dormia,  
Mas contemplando la mi fantasia  
En lo que el alma dulce s'assabora.

. . . . .  
O suma luz, que tanto te alcaste  
Del concepto mortal, á mi memoria  
Represta un poco lo que me mostraste  
É fas mi lengua tanto meritoria,  
Que una centella, sol de la tu gloria,  
Pueda mostrar al pueblo [aquí?] presente, etc:

Cincuenta y ocho son las octavas de que esta composicion consta, donde en medio de los italianismos, defectos métricos y prosódicos y errores de los copistas, poco acostumbrados á semejante cadencia, abundan los versos perfectamente contruidos, recordándonos el artificio, ya del flexible *sáfico*, ya del propio *endecasílabo*. Medio siglo pasa no obstante sin que el egemplo de Imperial halle imitadores, lo cual dió sin duda márgen á que ni Juan del Enzina ni Antonio de Nebrija mencionen, aquel en su *Poética* y este en su *Gramática*, los expresados metros. Mas no por esto merece disculpa la arriesgada costumbre de ciertos eruditos, quienes niegan ó desdeñan cuanto excede de los límites de sus perezosas investigaciones.

Verdad es que lo mismo podemos decir tocante á los versos de *arte mayor*, cuya existencia no quiso reconocer el docto don Tomás Antonio Sanchez en las obras del archipreste de Hita <sup>2</sup>. Pero

1 Lleva en el *Cancionero de Baena* el núm. 250, pág. 243 de la edicion de Madrid, 1851.

2 *Colec. de poes. cast.*, tomo IV, pág. VIII.



no solamente compusieron en este metro Pero Lopez de Ayala, Rabbí Don-Sem-Tob (si fuere realmente suya la *Danza de la Muerte*), Juan Álvarez Villasandino, el mencionado Micer Francisco Imperial, don Pablo de Santa Maria y otros muchos poetas de la corte de don Enrique III, sino que el mismo Juan Ruiz escribió también coplas de arte mayor, exornándolas de nuevos é ingeniosos primores. Véase en prueba de esto el *Dictado de la Pasion de nuestro Señor Jesu Christo*, ofrecido por el archipreste á Santa Maria del Vado: comienza de este modo:

- 1023 Miércoles á terçia | el cuerpo de Christo  
 Judea lo apreçia, | essa hora fué visto  
 Quán poco lo preçia | al tu fijo quisto  
 Judas qu' l vendió, | su discípulo traidor.
- 1024 Por treynta dineros | fué el vendimiento  
 Quel' caen senneros | del noble ungüento:  
 Fueron plaçenteros | del pleyteamiento;  
 Diéronle algo al | falso vendedor.

No juzgamos necesario seguir copiando para demostrar que «se hallan entre las poesias del archipreste metros de *arte mayor*», y que «habiendo querido poner en su libro todos los que se conocian, segun lo dá á entender en su prólogo», no pudo olvidar aquel linaje de rimos.—Mucha es la variedad de los usados, demás de estos, por el archipreste, cuyo cáustico y festivo ingenio así se despuntó en los de la primitiva poesia castellana como en los nuevamente introducidos en nuestro parnaso por el Rey Poeta. Traigamos aquí algunas muestras, comenzando por los versos *octonarios* ó *piés de romances*, sometidos por él á la ley de la *quaderna via*:

- 630 Hablar con muger en plaza | es cosa muy descubierta:  
 Á veces mal perro anda | tras de mala puerta abierta;  
 Bueno es en logar fermoso | echar alguna cobierta;  
 Á do es logar seguro | es bien hablar cosa cierta.

Así cultivó los *pentámetros*:

Lunes antes del alua | comenzé mi camino,  
 Fallé çerca el Cornejo | do tallaba un pino,  
 Una serçana lerda; | direuos qué me auino:  
 Cuidos' cassar conmigo, | como con su uesino.

Y de esta manera los *quaternarios* ó de ocho sílabas:

Siempre se me uerná miente  
Desta serrana ualiente,  
Gadea de Rio-frio, etc.

Y con pié quebrado:

Graçia plena sin manciella,  
Auogada,  
Por la tu merçed, señora,  
Faz esta marauiella  
Señalada, etc.

Ni olvidó tampoco los eptasílabos:

Del ángel que á tí uino,  
Gabriel sancto é dino,  
Truxot' mensag diuino:  
Dixote: Ave Maria.

Ensayando finalmente los versos de seis sílabas, con un bordoncillo de cuatro, en esta forma:

Todos bendigamos  
Á la Virgen Sancta:  
Sus gosos digamos,  
Et su vida, quanta  
Fué, segund fallamos  
Que la estoria canta,  
Vida tanta.

El archipreste de Hita contribuyó pues eficazmente á enriquecer las musas castellanas <sup>1</sup>; y casi todos los poetas del siglo XIV

1 Debemos notar aquí que el archipreste de Hita mostró alguna vez deseos de ensayar los metros de once sílabas; pero tan infelizmente como se vé en la *Cantiga de loores de Santa Maria*, inserta en la pág. 277 de la edicion de Sanchez. Esta composicion, que empieza con estos graciosos versos:

Quiero seguir á tí, flor de las flores;  
Siempre desir cantar de tus loores,

sólo ofrece otros dos, que consten, ya en la última estrofa, si bien el segundo es de los que los eruditos llaman por fissa *de gaita gallega*.

Sufro grand mal, sin merescer atuerto:  
Escribo tal, porque pienso ser muerto.

adoptaron los mismos metros, segun demostraremos al trazar la historia de las letras en el expresado siglo. No apartaremos de él la vista sin comprobar la observacion que al mencionar al canciller Pero Lopez de Ayala dejamos expuesta, respecto de los rimos de *arte mayor* ó de cuatro cadencias. Este poeta que, como el archipreste, emplea los versos de diez y seis y catorce sílabas en su *Rimado del Palacio*, exornándolos en los hemistiquios, dispone los mencionados versos de doce en este linaje de coplas:

Quando enoiado | é flaco me siento  
 Tomo grand espaçio | mi tiempo pasar  
 En faser mis rimos, | si quier fasta çiento;  
 Ca tiran de mí | enoio é pesar:  
 Pues pasa mi uida | así como uiento,  
 Oy si non crás, | sin más y tardar  
 Por me consolar, | este es fundamento,  
 Non esponder tiempo | en oçio é uagar.  
 Á la mi Señora, | la Virgen Maria  
 Saludé siempre | con grand deuocion,  
 Ca esta me uale, | ualió é ualdria,  
 É si yo le fuesse | deuoto uaron,  
 Que non me enboluiese | en uida tan fria  
 Como fasta aquí, | por mi ocasion  
 Veuí en este mundo, | do más peoria  
 Por ende sentí | con tribulaçion, etc.

Debe tenerse presente que el canciller Ayala alude aquí á su prision en Inglaterra, de resultas de la batalla de Nájera, donde cayó en poder del príncipe de Alencastre, ayudador del rey don Pedro. Su egemplo en el cultivo de estos rimos debió ser de mucho peso para los poetas de la córte de don Juan I y Enrique III, por la autoridad que el canciller alcanzaba entre los eruditos. Medio siglo despues apenas habia en la córte de Castilla quien no se preciara de atildado poeta, á egemplo de don Juan II y de su privado don Álvaro de Luna. Todos los metros y combinaciones rímicass cultivadas por el Rey Sabio y sus imitadores fueron, á excepcion del endecasílabo, empleados por los versificadores de aquel tiempo, quienes les añadieron otras nuevas galas tomadas de los lemosines, imitados á la sazón y protegidos por los reyes de Aragon y por don Enrique de Villena. Sólo Fernan Perez de Guzman y el marqués de Santillana hacian grandes esfuerzos para intro-

lucir en el parnaso castellano los versos de once sílabas, dis-  
puestos al *itálico modo* <sup>1</sup>, lo cual reconocieron ya Hernando de  
Ierrera <sup>2</sup> y el erudito Argote de Molina <sup>3</sup>. Mas á pesar de los  
leseos de aquel ilustre magnate y del anterior egemplo del rey  
lon Alfonso, del infante don Juan Manuel y de Micer Francisco  
mperial, no lograron estos suplantar los de *maestria mayor*,  
plaudidos por el doctor Lopez Pinciano, á fines ya del siglo XVI,  
omo el verdadero metro heróico de Castilla <sup>4</sup>.

Y no fué de mayor consecuencia en este punto el continuo co-  
nercio literario que durante el siglo XV tuvieron nuestros eru-  
litos con los poetas catalanes, quienes desde la época de Alfon-  
so II [1162 á 1196] conocian y ejercitaban el arte lírico de los  
rovadores, cuya más usual y preciada forma eran los endecasi-  
abos <sup>5</sup>: ni entre los poetas de la córte de don Enrique III y don  
Juan II, cuyas obras compiló Juan Alfonso de Baena, ni en los  
ancioneros de Hernando del Castillo, Juan del Enzina, Ramon  
le Llavía, don Pedro de Urrea, Fray Íñigo Lopez de Mendoza y  
otros muchos dados á la estampa á fines del siglo XV ó princi-  
pios del siguiente, se encuentran los versos endecasilabos, orde-  
nados á la manera italiana. Esta metrificacion con todo su cor-  
tejo de estanzas, liras, silvas, octavas, sonetos y sextinas, etc.,  
sólo llega á tomar verdadera carta de naturaleza en España,  
cuando consumado ya el renacimiento formal de las letras y de  
las artes, son en toda Europa admiradas y dignamente quilatadas  
las bellezas de la literatura clásica, y deslumbrados los eruditos  
por sus brillantes resplandores, se acomete la titánica empresa  
de atar la civilizacion moderna á la civilizacion del mundo anti-  
guo, perdiéndose de vista, ó más bien desdeñándose del todo,  
cuantos elementos de cultura habia abrigado en su seno la edad  
media <sup>6</sup>.

1 *Prohemio de la Comedieta de Ponça.*

2 *Anotaciones de Garcilaso*, pág. 75, Sevilla, 1580.

3 *Discurso sobre la antigua poesia castellana*, núm. XX.

4 *Filosofía Antigua*, epíst. VII, Madrid, 1596.

5 Millot, *Histoire littéraire des troubadours*, tomo I, pág. 131.

6 Remitimos á nuestros lectores á la *Introduccion*, donde bajo el aspecto  
de la crítica tocamos ya este punto. En su lugar tendrá el debido desarrollo.

En este momento aparecen pues en la arena literaria Juan Boscan de Almogaver y Garcilaso de la Vega. Mas sin el segundo, hubieran tal vez fracasado los intentos del primero, que ni poseía el ingenio ni la autoridad del marqués de Santillana, cuyos esfuerzos habian sido de poco efecto en este empeño. El superior talento de Garcilaso, auxiliado de Mendoza, Centina, y otros no menos celebrados poetas, triunfó al cabo de la resistencia de Cristóbal de Castillejo y de sus numerosos partidarios, admitiendo la poesía española los *metros* de la toscana. Desde esta época se inauguraba en el suelo de Castilla un nuevo sistema de metrificación, sin que se olvidaran tampoco las bellísimas combinaciones de la *maestria real*, bajo cuya bandera se habian filiado desde los tiempos de don Juan, hijo del Infante don Manuel, las quintillas, las redondillas, décimas <sup>1</sup> y letrillas, que pasan despues con el *romance* á constituir la mayor riqueza métrica del teatro español. La decadencia en que se precipitan las letras á mediados y fines del siglo XVII, produce por último aquel revuelto caos de versos felicianos, encadenados, retrógrados, políglotos, forzados, laberintos, ecos, centones, ovillejos y otros mil juegos de mal gusto, consignados por Caramuel en su *Rithmica* y propios sólo para patentizar la corrupcion y ruina del arte.

## V.

Cuanto llevamos expuesto basta, en nuestro juicio, para dar á conocer, así las formas de que se reviste la poesía española, teniendo por base principal y medio comun de expresion la lengua que lleva por excelencia título de castellana, como los elementos artísticos que sucesivamente la van acaudalando. Detenemos á señalar menudamente las causas de estas diversas transformaciones, indicando al par los caractéres especiales de cada uno de los metros adoptados por nuestra literatura en sus respec-

<sup>1</sup> Aunque la *décima*, tal como hoy se escribe, no se perfeccionó hasta la época de Vicente de Espinel (mediado ya el siglo XVI), debemos advertir aquí que existe desde el siglo XIV, segun en su día notaremos. Era el agrupamiento de dos *quintillas*, unidas con cierto artificio.

tivas edades, sobre ser ya asunto propio de la historia, tal como la comprendemos, sólo contribuiría á dar excesivo bulto á estas *Ilustraciones*, perjudicando al órden y claridad de los estudios. Nosotros, si bien damos cierta preferencia á la idea y al sentimiento sobre las formas exteriores, no podemos en modo alguno olvidar el estrecho consorcio que existe entre uno y otro elemento del arte, plenamente convencidos de que la aparicion de una nueva forma es sintoma inequívoco de alguna modificacion más ó menos fundamental y profunda en su historia. Así que, reconocidos los orígenes y bosquejado ya el desarrollo artistico de la poesía vulgar desde el instante en que se escribe hasta la época de su decadencia, consumada en el siglo XVII, conveniente juzgamos dejar aquí la pluma, no sin que en vista de la enseñanza que debemos á estas investigaciones, volvamos á lamentar la desleñosa indiferencia de los que pagados sólo de las bellezas clásicas, condenaron á olvido y menosprecio las formas de la literatura patria, perdiendo así el camino en la investigacion de sus orígenes.

Indignados acaso contra los extravíos y licencia del mal gusto, intentaron los eruditos del pasado siglo proscribir la *rima* para salvar el *metro*; pero no advirtieron que era imposible alcanzar con las prosódias modernas aquella musical y armoniosa cadencia de los versos griegos y latinos que se proponian por modelos. Los que en España acogieron esta idea, perdian al propio tiempo de vista que, sobre carecer de la cantidad silábica, poseyendo sólo el acento, contaba únicamente la lengua castellana para compensar aquella falta, las terminaciones uniformes, cuya prodigiosa abundancia la hacen aparecer sin embargo como una de las más ricas y propias para la poesía, de cuantas debieron su nacimiento á la latina. Lo infecundo de los ensayos hechos por los Montianos, Sedanos y Gravinás, prueba más que todo cuanto pudiera añadirse, que no era aquella la senda por donde podía el *metro* reconquistar sus bellezas. La *rima* que, según dejamos manifestado, es su inseparable compañera desde los primeros albores de la poesía, y que reaparece en la literatura latino-eclesiástica como una de las condiciones á que esta se somete en su decadencia, continúa siendo, del mismo modo que en la edad media, una de



## ILUSTRACION IV.

### SOBRE LAS FORMAS DE LA POESÍA POPULAR.

#### LOS ROMANCES <sup>1</sup>.

---

#### I.

«Ínfimos son aquellos trovadores que sin ningunt orden, regla nin cuento façen estos romances é cantares, de que las gentes de »baja é de servil condiçion se alegran» <sup>2</sup>. De esta manera calificaba el erudito don Íñigo Lopez de Mendoza á los poetas popu-

<sup>1</sup> En febrero de 1840 presentamos á la Real Academia Sevillana de Buenas Letras un largo discurso sobre los *Romances castellanos*, el cual tenia por objeto investigar sus orígenes y trazar su historia hasta nuestros días. En aquel ensayo seguíamos el mismo plan que hemos adoptado en las presentes tareas; mas como por formar escrito separado no puede adaptarse enteramente al sistema que requiere una obra como la historia de nuestra literatura, no nos es dado reproducirlo por completo. La misma diferencia de propósito, los estudios posteriormente realizados por nosotros y los trabajos sacados á luz desde aquel tiempo, especialmente por nuestros doctos amigos don Agustín Durán y don Fernando José de Wolf, nos han obligado también á modificar algunas doctrinas, dando más importancia á ciertos elementos que en nuestro primer ensayo se tocaban de pasada, mientras hemos abreviado y resumido ciertos puntos, allí tratados extensamente. Y como pudiera ser que la Real Academia determinase algún día dar á luz dicho discurso, hemos creído conveniente el hacer aquí esta advertencia, á fin de que no aparezca veleidad ni contradicción entre lo que hoy imprimimos y escribíamos en 1840.

<sup>2</sup> *Carta al Condest.*, núm. IX.



lares, después de haber dado el título de *sublimes* á los griegos y latinos, y designado con el de *mediocres* á los que procuraban seguir sus huellas, cultivando las lenguas modernas. Nótese por las palabras trascritas, que siendo á principios del siglo XV vistos con entero desden de los eruditos los cantores del vulgo, ninguna ley de las impuestas á las poesías de los primeros era por los segundos acatada, contentándose únicamente con llenar las condiciones del canto, halagando los instintos de la muchedumbre ignorante, y teniendo en poco los refinados primores artísticos del *metro* y de la *rima*. Mostrábase el marqués de Santillana poco afecto á este género de *romances* y *cantares*, nacidos sólo para las gentes de baja condición, siendo tal vez semejante desdoro causa inmediata de que no tratara aquel magnate de investigar sus orígenes con la diligencia que empleó respecto de otros puntos de nuestra poesía. Á la verdad no era posible á los trovadores de la corte de don Juan II el empeñarse en este linaje de tareas, cuando aspiraban por todos caminos á conquistar así las galas de otras literaturas como la erudición de los antiguos tiempos.

Quedaba solamente consignado en la famosa *Carta al Condestable* el divorcio que existía entre vulgares y discretos, habiendo menester la crítica penetrar en las nieblas de siglos anteriores para desvanecerlas con su antorcha. Muchos y brillantes eran los vestigios que por todas partes descubría: leyes, poesías y crónicas, mostraban á cada paso la existencia de aquellos *cantares* y *romances*, única historia de la muchedumbre, que los repetía entusiasmada y que los guardaba en su memoria como inapreciable tesoro. Árdua era sin embargo la empresa: los primeros comentadores del marqués ó la esquivaron ó la acometieron desmayadamente. Nada decía don Tomás Antonio Sánchez sobre la poesía lírico-popular, no creyéndola acaso digna de fijar sus miradas: todas sus investigaciones se encaminaron exclusivamente á ilustrar la historia de los poetas doctos. Contentándose el diligente Sarmiento con apuntar la antigüedad á que se remontaban, en su concepto, los cantos referidos, sólo advirtió que habían sido aquellos más de una vez dañosos á la verdad histórica, señalando de paso la época en que en su entender se fijaron los que han llegado á

estros días <sup>1</sup>. La cuestion histórico-artística permanecía pues acta, desconociéndose los orígenes de aquella forma tan peregrina y espontánea como característica de los primitivos cantos populares; mas los estudios de los orientalistas vinieron al pare- á derramar alguna luz sobre tan importante materia, resol- ando, en sentir de aquellos, todas las dudas y dificultades que dieran ocurrirse.

Recibióse como opinion más autorizada la del entendido don sé Antonio Conde, quien en el prólogo de su *Dominacion de los abes* dió á los romances origen puramente musulman, ha- andolos nacer de la division por sus primeros hemistiquios de versos de diez y seis sílabas, que aquellos cultivaban <sup>2</sup>. Conde uducia los metros compuestos por Abd-er-Rahman I y dirigidos una palmera, del siguiente modo:

Tú tambien, insigne palma, | eres aquí forastera;  
De Algarve las dulces auras | tu pompa halagan y besan:  
En fecundo suelo arraigas | y al cielo tu frente elevas,  
Tristes lágrimas lloraras, | si cual yo, llorar pudieras, etc. <sup>3</sup>

En estos versos, donde pareció conservar la estructura y la na de los árabes, creyó encontrar dicho orientalista la fuente ica de la forma métrica más popular entre los españoles. Si- nióle en los *Orígenes del teatro español* don Leandro Fernan- z Moratin, manifestando que sólo se sabia «que los castella- s tomaron de los árabes» esta combinacion métrica, y confe- ndo al par que se perdía su principio en la oscuridad del mpo <sup>4</sup>. La autoridad de Conde y de Moratin, y sobre todo la guridad con que el primero exponia aquella doctrina, fué sin ida causa de que la abrazaran, sin más discusion, la mayor rte de los literatos: contáronse entre ellos los eruditos tra- ictores de Boutterwek <sup>5</sup>, y signiólos tambien el ilustre poeta, uestro querido amigo y maestro don Ángel de Saavedra, duque

<sup>1</sup> *Mem. para la hist. de la poesia*, núm. DCLVII y siguientes.

<sup>2</sup> Edicion de 1820, pág. 48

<sup>3</sup> Id. id., pág. 469

<sup>4</sup> Edic. de la Academia de la Hist., tomo I, pág. 83.

<sup>5</sup> *Historia de la literatura española*, tomo I y único, págs. 409 y 461.

de Rivas, quien en el prólogo de sus *Romances históricos* fué del mismo dictámen, perdiendo lastimosamente de vista que despojaba así de la originalidad, que con razon le atribuía, á la forma métrica más libre y menos artificiosa de cuantas enriquecen la poesía española <sup>1</sup>.

En efecto: si la crítica de nuestros tiempos aceptara, sin otro exámen, la teoria de Conde, ¿cómo podria sostenerse que es el *romance castellano*, aun respecto de las formas, el género de poesia más espontáneo del parnaso español?... ¿Qué espontaneidad, qué originalidad habria en un *metro* y una *rima*, no ya trasmitidos por medio del oído, vehículo natural de las poesías vulgares, sino tomados absolutamente, con todas sus galas y perfiles, de otra literatura? Por cierto que cuando así se ha discurredo, no solamente se han olvidado las condiciones especiales de toda poesia popular, sino que se ha perdido tambien de vista que la misma facilidad de exponer estas peregrinas teorías, habria de dar márgen á su propio descrédito.

Y no sea esto decir que nosotros neguemos el que existan en la literatura arábica versos de diez y seis sílabas que divididos por sus primeros hemistiquios den por resultado los de ocho: admitido este hecho, que sólo ha podido reconocerse *a posteriori*, hay todavia muchas y muy poderosas razones para dudar de que los castellanos tomaran de los musulmanes semejante combinacion, cuya sencillez y notable frescura estan revelando que no ha podido derivarse de ninguna poesia tan complicada en su extructura métrica, como la árabe.—Para imitar con tanta exactitud y sujecion como se pretende, y dada ya la necesidad de esta imitacion, lo cual no puede conceder buenamente la crítica del siglo XIX, necesario es tener presente que se hubiera acudido á otras formas de mayor estima; pues que imitacion tan esmerada y exacta supone ya un gusto adelantado, cualidad que nadie ha atribuido todavia á los primeros cantores que emplean en sus *romances* las hablas del vulgo. Dotados por el contrario de aquella rusticidad de quien sólo atiende á revelar en su infancia un sentimiento íntimo y profundo,

1 Madrid, 1841.

pareciendo para ello de medios fáciles y adecuados, racional parece al estudiar estos primitivos cantares, poner en tela de juicio la pretendida procedencia arábiga, con tanta más razón cuanto que sobre no presentarnos huella alguna de esa imitación inteligente, de quien sigue ya en edad adulta la pauta de extraños modelos, tampoco descubren en las ideas, creencias y costumbres que los caracterizan, más directa influencia oriental que la que legítimamente emanaba de los sagrados libros, base indestructible de la religión cristiana <sup>1</sup>.

Para buscar pues el fundamento de esa unidad artístico-filosófica que en los referidos cantos encuentra la crítica, necesario es tener en cuenta los estudios que hasta ahora llevamos hechos, los cuales, lejos de ser favorables á la teoría de los arabistas, la contradicen y rechazan de todo punto. Olvidando estos los orígenes del pueblo cristiano, desdeñando tal vez sus costumbres guerreras y religiosas, teniendo en poco la energía y vigor de sus creencias, y desconociendo por último el antagonismo de ambas razas y civilizaciones, no advirtieron que se ponían en abierta contradicción con la historia, despeñándose en el abismo de la negación, al cerrar los ojos á la luz que por todas partes destellaba.— Mas sólo con traer á la memoria el estrecho consorcio celebrado entre el pueblo español y la Iglesia católica, durante el último siglo de la dominación visigoda <sup>2</sup>; sólo con recordar cómo la grey caudillada por Pelayo y sus sucesores acude al templo para dar gracias al Dios de sus padres por las victorias logradas sobre la morisma <sup>3</sup>; sólo con fijar la vista en las relaciones que hemos descubierto y señalado oportunamente entre los cantos religiosos y populares, siguiendo al par el lento desarrollo de las formas artísticas, ya respecto de las poesías latino-eclesiásticas, ya de la vulgar escrita <sup>4</sup>, puede y debe alejarse todo temor de incurrir en nuevas contradicciones, caminando con firme planta á la deseada meta.

<sup>1</sup> Véase el cap. XV.

<sup>2</sup> Cap. X.

<sup>3</sup> Caps. XI y XV.

<sup>4</sup> Cap. XIV é *Ilustración* I.<sup>a</sup> y III.<sup>a</sup> de este volumen.



demasiado en el canto de San Agustín *Contra donatistas*, modelo de versos *octonarios*, altamente popular en las regiones occidentales <sup>1</sup>,—todavía sobran en el *Himnario hispano-visigodo* ejemplos que nos autorizan para creer que siendo todos sus cánticos patrimonio de la muchedumbre, aprendió esta en ellos á modular ya los versos de diez y seis, ya los de ocho sílabas, que se hacen tan connaturales á nuestra lengua, como han observado antes de ahora doctos investigadores <sup>2</sup>. Ni tampoco faltan las pruebas de esta verdad en los himnos compuestos despues de la invasion mahometana: antes bien, segun pueden notar por sí los lectores, prosigue en esos cantos, con la misma fuerza que hemos reconocido en todas partes, la tradicion del arte latino; y ora sean empleados para repetir las alabanzas de la Madre del Verbo y la piedad de los Santos, ora para celebrar las victorias de la Cruz y el heroismo de los caudillos cristianos, ofrecen el sello ya del verso *quatenario*, ya del *octonario*, revelando en

lo exornen pasajes dignos del siglo de oro de las letras latinas, insiste en el siguiente bordon ó estribillo:

Cras amet qui nunquam amavit.  
Quique amavit, cras amet.

Y comienza así:

Ver novum, ver iam canendum:  
Ver renatus nobis est.  
Vere concordant amores,  
Vere nubunt elites;  
Et nemus comam resolvit  
Ex maritis imbribus, etc.

En los momentos en que imprimimos estos estudios, se dá á luz una elegante version parafrástica del *Pervigillum*, debida al erudito académico don Juan Valera. Hála incluido en su apreciable *Historia Universal* el entendido cuanto laborioso don Salvador Constanzo (tomo V, pág. 128), haciendo ambos un verdadero servicio á las letras.

<sup>1</sup> Estúdiase no obstante su extructura (pág. 314), y dígase de buena fé si se ha menester mucho esfuerzo para llegar desde este canto á los metros de romance, aun tenida en cuenta la disposicion de las rimas, que obedecen á las leyes constantemente seguidas por los cultivadores de la poesía latina, y una y otra vez mencionadas por nosotros.

<sup>2</sup> Sarmiento, *Memorias para la historia de la poesia y poetas españoles*, número 422.

uno ú otro sentido el movimiento de los metros de *maestría real*, tales como en la anterior *Ilustracion* quedan considerados <sup>1</sup>. Conveniente juzgamos, demás de los egemplos que hallarán nuestros lectores en la exposicion histórica <sup>2</sup>, el trasladar aquí otros nuevos, á fin de completar en lo posible estas observaciones; y como abundan por extremo en los himnos consagrados á la Virgen, bien será recordar alguna de las saluciones que el devoto amor de nuestros padres le dirige. Así empieza en efecto una de las más populares en toda la edad media:

Ave, Regina coelorum,  
Ave, Domina angelorum;  
Salve, radix; salve porta,  
Ex qua mundo lux est orta:  
Gaude, Virgo gloriosa,  
Super omnes speciosa, etc.

En este himno, esencialmente español pues que pertenece al *Himnario mozárabe*, satisfecha la necesidad del canto <sup>3</sup>, resulta pues dispuesto el verso de ocho sílabas en la forma que se cultiva de muy antiguo en nuestro parnaso.

Conveniente es añadir que escritos por lo general estos metros

1 Página 447 y siguientes.

2 Véanse en las *Ilustraciones* del tomo I, los himnos *In Restauratione Basilicae*, *In Ordinatione Regis*, *Generalis de Infirmis* con otros muchos de igual naturaleza que van acotados en el índice del *Himnario* allí incluso, y en el presente volúmen los mencionados en las págs. 200, 211; debiendo notarse muy especialmente los caracteres que ofrece el segundo de estos dos últimos, que es en suma un canto popular-histórico.

3 *Missa gothica seu mozdrabe*, Angelopoli, 1770.—Tenemos verdadero placer en manifestar aquí que, ya en la imprenta esta *Ilustracion*, llega á nuestras manos el muy erudito é ingeniosísimo discurso leído ante la Real Academia de la Lengua, al tomar posesion de su plaza de número, por el aplaudido autor de *El Trovador* y de *Simon Bocanegra*. Tratando de la poesia popular, se buscan los orígenes de sus metros en la poesia latina, acudiendo al primitivo *Himnario visigodo* respecto de los versos de ocho sílabas (págs. 16 y 17 del expresado *Discurso*). No hay para qué decir que, si bien se apartan en algunos accidentes de nuestro sistema, nos parecen las razones alegadas por el autor de este discurso de gran peso y consistencia.

como *octonarios*, nos acercan por sí solos á la idea que nos ofrecen los *piés de romances*, tales como los describe el renombrado Antonio de Nebrija. La rima aparece en ellos, cuándo concertada en pareados, como en el himno transcrito; cuándo repetida hasta seis ó más veces; cuándo agrupada de seis en seis ó de ocho en ocho versos *quaternarios*, ó cuatro *octonarios*, que es lo más frecuente. De esta manera ofrecen por una parte cabal razon de su origen, y muestran por otra cuán activa y eficaz (como tan natural y legítima) debió ser la influencia de estos himnos, respecto de los metros castellanos <sup>1</sup>.

Y lo mismo decimos de las rimas: hermanada por algun tiempo, ó con mayor exactitud, siendo una misma la poesía *cantada* y la poesía *escrita*, hasta el punto en que comienza esta á despertar la estimacion de los eruditos, unas debían ser tambien en ambas las formas de la *rima*, usándose al par *asonantes* y *consonantes*, segun anteriormente vá demostrado. Mas luego que se opera el primer divorcio entre vulgares y discretos, y llega la poesía latino-elesiástica

<sup>1</sup> No es fuera de propósito notar que los literatos extranjeros Ad. Helfferich y G. Clermont en un breve *Aperçu de l'histoire des langues néo-latines en Espagne* que dieron á luz en 1857, durante su permanencia en Madrid, dominados por la fuerza de los hechos, se apartaron de la comun corriente de los criticos extraños, confesando paladinamente que «la romance espagnole derive de l'hexamètre latin, qu'elle a modifié à sa maniere» (pág. 50). Esta conclusion, aunque no conforme con nuestro sistema, es muy importante y la recomendamos á los criticos que se obstinan en traer los metros de que ahora tratamos, de otras literaturas neo-latinas. Ni es tampoco de menor efecto para desvanecer el error de los que por buscarlo todo fuera de España, suponen que no se cultivaron en la literatura eclesiástica los metros *octonarios*, el recordar aquí el epigrama ó cantar picaresco ó de escarnio que hemos copiado entre los refranes latino-populares, recogidos en la *Ilustracion I.<sup>a</sup>* (pág. 351), el cual empieza: *In taberna bibo solus*, etc. Estos versos, contruidos ya *more hispano*, manifiestan hasta qué punto habia desaparecido de las esferas populares la idea de la musical prosodia greco-latina, y cómo pudo influir la poesía eclesiástica, nacida para el canto y acentuada conforme á esta ley suprema, en la formacion de los metros populares, probando que los *octonarios* eclesiásticos fueron sin duda el modelo más directo é inmediato de los romances.



al estado de perfeccion que nos enseñan los monumentos del siglo XII en orden á las rimas, queda el *asonante* como forma propia de la poesía vulgar, mientras se hace el *consonante* gala exclusiva de la erudita, que sólo por acaso admite ya la *asonancia*.

Cierto es que no faltan críticos que, al encontrar esta rara excepcion en las poesías de Berceo, pretendan deducir de ella un principio general, asentando que las referidas rimas imperfectas podian ser en rigor consideradas como origen del *asonante* <sup>1</sup>; pero sobre haber cerrado los ojos al estudio de las formas artísticas, tales como aparecen en los poemas anteriores á Berceo, y principalmente en la *Crónica* ó *Leyenda de las Mocedades* y en el *Poema del Cid*, donde constituye la *asonancia* la regla y es la excepcion el *consonante*, no puede ser más peregrina la idea de buscar los orígenes de una forma imperfecta precisamente en las obras, en que hace el arte los mayores esfuerzos para perfeccionar esa misma forma. La razon y la historia, contrarias de todo punto á esta originalísima teoria, enseñan lo contrario, bastando algunos egemplos para comprender la diferencia, que realmente existe entre las rimas anteriores á la época del clérigo de Berceo, y las que se emplean por él y los que siguen sus huellas. La comparacion se referirá ahora únicamente á los versos de diez y seis sílabas ú *octonarios*, objeto de estos estudios: en la *Crónica* ó *Leyenda de las Mocedades del Cid*, leemos:

Et dixo Diego Laynes: | Sennor, pláseme de *grado*.  
 Ármanle mucho apriessa | el cuerpo et el cauall<sup>o</sup>:  
 Quando guiso caualgar, | assomó el castellano;  
 Á reçibirle sale el rey | con muchos fijosdalgo:  
 Adelant, dixo á Rodrigo: | ¿por qué detardades *tanto*?

Iguales caractéres presenta todo el *Poema*, segun hemos notado en otro lugar y se volverá á advertir en su exámen.—Berceo empleaba este metro del siguiente modo, exornándolo ya de perfectas consonancias:

1 Véase la pág. 441, nota 2, de la *Ilustracion* anterior.

Só esta pedra que vedes, | yace el cuerpo de Sant'Oria  
Et el de su madre Amunna, | fembra de buena memoria:  
Fueron de grant abstinencia | nesta vida transitoria,  
Por que son con los angeles | las sus almas en gloria.

El Rey Sabio en una de sus más interesantes *elegias*, escribia á fuer de poeta erudito, los mismos metros, bien que rimados en *agudos* :

Los obispos et perlados | cuydó que metian paz  
Entre mi et el mio fio, | como en su decreto yaz:  
Ellos dexaron aquesto | et metieron mal assaz,  
Non á escuso, mas á voces, | bien commo el annafil faz <sup>1</sup>.

Y en sus celebradas *Cantigas de la Virgen* los usa tambien, aunque alternándolos á veces con los de trece sílabas, en esta forma :

Et d'aquest un grand miragre | uos quer en ora contar  
Que a Réyna do ceo | quis en Toledo mostrar  
En o dia que á Deus | foi coronar  
Na sa festa, que no mes | d'Agosto iaz <sup>2</sup>.

El canceller Pero Lopez de Ayala, que en una requêsta sostenida contra fray Diego de Valencia, poeta como él del siglo XIV, calificaba los octonarios *de versetes de antiguo rimar*, los escribia en esta forma :

Desirte he una cosa | de que tengo grand espanto.  
Los juicios de Dios alto | ¿quién podria saber cuánto  
Son oscuros de pensar, | nin saber dellos un tanto?  
Quien cuydamos que vá mal, | despues nos pareaçe sancto <sup>3</sup>.

1 Véase el cap. IX de la II.ª Parte.

2 Cód. Ecur., *Cantiga* XII.

3 Los referidos versos dicen:

Dexado el estylo | assy començado,  
Quierovos, amigo, | de mi confessar  
Que quand vuestro escripto | me fue presentado,  
Leyera en un libro, | do fuera fallar  
Versetes algunos | de antiguo rimar,  
De los quales luego | mucho me pagué;  
E sy rudos son | á vos rrogaré  
Que con paciencia | vos plega escuchar.

Los *versetes* que cita, son los comprendidos en la copla 1291 y siete siguientes del *Rimado del Palacio*, que en su lugar examinamos.

Ya hemos visto cómo el archipreste de Hita cultivó también esta suerte de *rîmos*, deduciéndose sin violencia alguna, dados estos irrecusables testimonios, cuán frágil es la referida opinion sobre los orîgenes de la *asonancia*.

Esta, que por su propia naturaleza bastaba á satisfacer, en estrecho maridaje con el metro, las necesidades del canto, continuó pues siendo el único ornamento de la poesía popular, como lo es de la vulgar en nuestros días. Cuando observamos los cantares que la gente inculta, las mujeres y aun los niños hacen y entonan, sin más doctrina que el instinto apoyado en la tradicion, sin más segura ley que la del oido, vago, caprichoso é indeciso como la tradicion misma, advertimos casi siempre que es el *asonante* el único artificio rîmico de estos cantos, en donde, segun la expresion ya alegada de don Íñigo López de Mendoza, «no se guarda otro órden, regla ni cuento». Para los referidos compositores sólo existe la precision de acomodar las coplillas que espontáneamente inventan á las modulaciones más ó menos sencillas del aire nacional, á que intentan adaptarlas: bástales que el oido señale de un modo perceptible, aunque imperfecto, las pausas y flexiones que debe hacer la voz; y para lograrlo, emplean las terminaciones más abundantes y fáciles, sin curarse de notar si son ó no perfectas.—Y si hoy, despues de tantas vicisitudes y progresos, cuando llegan por todas partes los écos de la poesía erudita hasta las últimas clases de la sociedad, procede el vulgo de este modo, ¿qué otra cosa debió suceder en aquellos siglos de rudeza á los que, separados ya de los doctos, prosiguieron componiendo aquellos *romances é cantares, de que las gentes de baja é servil condiçion se alegraban*? La inexperiencia, la irregularidad y el desórden que, así respecto del metro como de la rima, encontramos en los primeros monumentos escritos de nuestra poesía, dicen más en este punto de cuanto pudiéramos añadir nosotros.

## II.

Arraigadas aquellas formas en la poesía de la muchedumbre, familiarizada desde tiempos antiguos con las tradiciones del arte

latino-eclesiástico <sup>1</sup>, no solamente fueron vistas como herencia legítima, sino que llegaron también á ser en cierto modo originales respecto de nuestros primitivos cantores. Á la verdad, cuando reparamos en la sencillez y espontaneidad de los *romances*, forma poética tal vez la más popular de aquellos días entre cuantas, resistiendo el embate de los siglos, se han transmitido hasta nosotros; cuando consideramos la natural rudeza de sus cultivadores, ayunos de toda noción artística y de todo aprendizaje escrito, no juzgamos desacertado el suponer que aquella no interrumpida enseñanza de la Iglesia, transmitida de padres á hijos, llega á hacerse connatural en el pueblo cristiano, apareciendo en consecuencia la expresada combinación como fruto propio de su ingenio, en la estimación de nuestros padres. Y no sin causa ciertamente: porque sólo negándoles el sentimiento poético y el sentimiento musical <sup>2</sup>; sólo despojándolos del entusiasmo religioso y del entusiasmo patriótico, alma de nuestra cultura, sería posible suponer que enmudecieron por largas edades, sin que diesen señales de vida intelectual, y hundidos por tanto en la última de las postraciones. Mas como esto no puede concederse por un solo momento; como la misma historia nos advierte que lejos de haberse extinguido entre nuestros mayores el sentimiento del arte, inherente á todo pueblo en cualquier estado de civilización, fué cultivada por ellos la poesía con cierta manera de frenesí, antes y después de la invasión musulmana, poco se aventuraria al asentar que creado el *romance* para solemnizar las victorias ob-

1 Caps. X y XIX; *Ilustraciones* del tomo I y I.<sup>a</sup> del presente.

2 No creemos desacertado el recordar aquí lo que el docto Caramuel dice respecto de estos metros octosílabos: «*Aliae versuum mensurae sunt ab arte: HAEC A NATURA FORTE EXORTA: nam illa etiam animalia rationis expertia concitantur*» (pág. 98 de su *Rithmica*). El ya citado Argote de Molina había dicho al mismo propósito: «El [verso de ocho sílabas] es propio y »natural de España, en cuya lengua se halla más antiguo que en ninguna »otra de las vulgares» (*Conde Lucanor*, pág. 127 de la ed. primera). No se olvide que sobre contar ocho sílabas el verso de *romance*, tiene á su favor para ser más popular y espontáneo en nuestro suelo, las *asonancias*, determinando perfectamente el momento en que hubo de recibir vida, como después notaremos.



cia, constituye en breve la base de las tradiciones heroicas del pueblo español; y recibiendo el nombre de *cantar de gesta* de la misma fuente de donde partían sus formas <sup>1</sup>, trasmite á la historia la relacion de grandes hazañas ó maravillosos sucesos, estrechando más y más el consorcio de uno y otro elemento de cultura <sup>2</sup>. Hemos dicho que lleva el nombre de *cantar de gesta* en aquella edad apartada, debiendo añadir que sólo desde mitad del siglo XIII se halla empleada la voz *romances* para determinar este

<sup>1</sup> Esto es, de la literatura latino-eclesiástica, y no de otra alguna de las vulgares, como intentan probar muy doctos y respetables escritores de nuestros días. La palabra *gesta*, ya se considere como sustantivo, ya como adjetivo, es esencialmente latina: determinó en el primer caso los hechos públicos (acta pública): en el segundo fué empleada con el sustantivo *res*, tomando siempre el valor de hechos, hazañas, empresas acometidas y realizadas por algun héroe ó caudillo. *Imperatorum [acta] res gestae dicuntur*, observan los más doctos latinistas, y el celebrado Quintiliano decia: *Sunt enim velut res gestae in hos commentarios* (lib. II, cap. VIII). Quinto Curcio llegó á intitular su historia: *De rebus gestis Alexandri Magni*: Amiano Marcelino apellidó sus escritos: *Rerum gestarum libri*; y más adelante se denominaron las historias de Constantino: *De gestis Constantini*, etc. San Agustín determinaba los hechos proconsulares, prefectorios, municipales, eclesiásticos y episcopales, diciendo: *gesta proconsularia, gesta praefectoria, gesta municipalia, gesta ecclesiastica, gesta episcopalia*: por manera que apareciendo ya en tiempo de Constantino la voz *gesta* cual título de excelencia, para denotar la naturaleza de las historias, y siendo San Agustín grandemente conocido de los españoles, y muy respetado de los eruditos que cultivaban las letras latinas, no es inverosímil el que admitiesen y usasen dicha palabra en el mismo sentido, conservándole el valor histórico que de antiguo presentaba. Usada por los eclesiásticos, connatural á la lengua latina, madre y maestra de la española, ¿por qué no se ha de creer que de ella se deriva al habla vulgar, así de este como del otro lado de los Pirineos? Teniéndola por de buena ley, la aplicó sin duda á su historia el autor de la *Gesta Roderici Campidocti*, y de igual manera declara el cronista de Alfonso VII que escribía *Gesta Aldefonsi Imperatoris, sicut ab illis* (dice) *qui viderunt didici et audiui*. Siendo pues todas estas narraciones históricas *en prosa*, no es posible afirmar que sólo de las escritas *en verso* fuera de España, vino á los *romances* ó cantos bélicos de los españoles esa denominación peregrina. La literatura eclesiástica en Francia, en España y en otras naciones meridionales, dijo igualmente: *Gesta Christi, Gesta Romanorum, Gesta danorum*, etc., etc., manifestando en todas partes la misma aplicación y procedencia.

<sup>2</sup> Véase el cap. XIII.

lenguaje de narraciones poéticas. Esta observación, que tendrá a precaverlos de notables errores, merece ser ilustrada con algunos datos históricos, de cuya apreciación resulta naturalmente demostrado que la voz *romance* significó en España por todo tiempo todo escrito en lengua vulgar, aplicándose también de entera propiedad á las obras eruditas. No por otra razón vemos que dice Boreau:

Aun merced te pido por el tu trahador  
Que este romance tuyo fue tu entendedor, etc.<sup>1</sup>

Y lo mismo sucede en el *Poema de Apolonio*:

En el nombre de Dios et de Santa Maria,  
Suellos me guasen, estudiar querra  
Componer un romance de nueva maestra, etc.<sup>2</sup>

Siendo pues evidente que ni la esencia ni las formas de estas poesías tienen punto alguno de contacto, á excepción de la rima, con las poesías populares, de que vamos tratando, no por eso que el género de la lengua que la palabra *romance* alcanzaba toda suerte de composiciones poéticas en idioma vulgar. Don Alonso el Sabio, que tanto aprecio hizo de los cantos populares dándoles una y otra vez entrada en sus historias, según es de gran oportuna oportunidad, decia al definir en las *Partidas* que calidades debe usar el rey á las vegadas, para tomar acorrote en los pesares et en los cobeladosse, lo siguiente: «Alegras y lo otro», en las que dexamos en las leyes ante todo que fueren felices para tomar como corrote en los cobelados et en lo que viene quando nos oremos et estas son *our cantares de amor*, los instrumentos, cantar, exultar, á tablas o otros ruego y mandantes de otros, como mesmo decimos de las estornas et de los *romances* et de los otros libros que fablan de aquellas cosas, de ver los como se oten en alegría et por et...<sup>3</sup> Solo quando es guerra y ello que es en el pavor et en el dolor la muller de extranjer...

<sup>1</sup> *Tratado de Armería*, cap. XXXV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Partidas*, lib. VII, c. VII.

sías, merced al ilustrado anhelo del Rey Sabio, y comienzan á generalizarse entre los eruditos los nombres de *dictado*, *faccion*, *cantiga*, etc., á que se agregan más tarde los de *decir*, *requesita*, *esparza* y otros varios, tomados asimismo de ajenas literaturas, ostentan los antiguos *cantares de gesta*, como única y exclusiva, la denominacion de *romances* <sup>1</sup>, con que á fines del primer tercio del siglo XV eran designados por el marqués de Santillana. Antonio de Nebrija y Juan del Enzina les conservan la misma denominacion ya al mediar el reinado de los Reyes Católicos, bien que diferenciando en la manera de escribirlos. Atento el primero á sus orígenes latinos, despues de definir el metro de diez y seis sílabas del modo que manifestamos en la anterior *Ilustracion* <sup>2</sup> decia: «Como en este romance antiguo:

Digas tú, el ermitaño, | que façes la santa vida,  
Aquel çieruo del pié blanco | ¿dónde façe su manida? <sup>3</sup>

Hablando el segundo de las diversas especies de coplas conocidas en el parnaso castellano, observaba: «É si es de quatro piés »puede ser cancion, é ya se puede llamar copla; é aun los *romances* suelen yr de quatro en quatro piés, aunque no van en »consonantes sino el segundo y el quarto pié» <sup>4</sup>. De esta contra-

<sup>1</sup> De observar es que á pesar de la declaracion de Alfonso X prosiguieron los doctos empleando esta voz para designar sus poemas, escritos en castellano. El beneficiado de Úbeda, en el que escribió sobre la *Vida de San Iñdefonso*, á fines sin duda del siglo XIII, del cual daremos oportuna razon en el siguiente volúmen, decia en una de sus primeras coplas:

Déuelo creer el que el romance resare.

El archipreste de Hita, casi un siglo despues de escribir el Rey Sabio [1330], observaba tambien:

Era de mill et treçientos é sesenta et ocho años  
Fué compuesto el romance por muchos males é daños, etc.

(Copl. 1608; véase el cap. XVI de la II.<sup>a</sup> Parte.)

Don Alfonso seguia usando en cambio la denominacion de *cantar de gesta* en el mismo sentido que antes expresaba, segun veremos luego con la autoridad de las *Partidas*.

<sup>2</sup> Pág. 434, nota 2.

<sup>3</sup> *Arte de la leng. cast.*, lib. II, cap. VIII.

<sup>4</sup> *Arte de poesta castellana*, cap. VIII.



dicción puede racionalmente deducirse que en la segunda mitad del siglo XV se habían ya dividido los versos octonarios por sus hemistiquios, produciendo cada dos una cuarteta de *romance*, tal como hoy se escribe, sin que por esto deba rechazarse, respecto á época anterior, el aserto de Nebrija. El erudito Mr. Jacobo Grim, en su *Silva de Romances viejos* <sup>1</sup>, y el entendido Mr. Dozy, en sus *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen âge* <sup>2</sup>, han adoptado la misma teoría, aun desconociendo tal vez la autorizada opinión del ilustre maestro de la Reina Católica. Por nuestra parte no hallamos dificultad alguna en recibirla bajo el punto de vista meramente histórico, pues que nos abre expedito camino para resolver la tan debatida cuestión de los orígenes de esta forma métrica, popular por excelencia.

El egeemplo de Antonio de Nebrija y la declaración de Juan del Enzina nos indican, demás de lo dicho, que cuando uno y otro escribieron era el *consonante* la forma única de este linaje de cantares, de que las *gentes de baja é servil condicion se alegraban*, comenzando á ser ya cultivados por los eruditos, circunstancia que no han querido reconocer algunos escritores de nuestros días <sup>3</sup>. Otros deducen, tocante al primer punto, que todos los ro-

1 Viena, 1815.

2 Leyden, 1849.

3 En efecto, es vulgar la suposición de que durante el siglo XV ningún poeta erudito cultivó esta forma lírico-popular; pero contra dicha opinión citaremos aquí tres poetas castellanos y uno aragonés, que convencen de su exactitud. Diego de San Pedro, que se educa en los reinados de Juan II y Enrique IV, floreciendo en el de los Reyes Católicos, aludía á los muchos que había hecho en su juventud, del modo siguiente (Faber, *Flóresta*, tomo I. pág. 152):

É aquellos romances, fechos  
Por mostrar el mal allí,  
Para llorar mis despechos,  
¿Qué serán sino partrechos  
Con que tireu contra mí?...

Más expíicito, y empleando ya dichos metros, decía Fray Íñigo Lopez de Mendoza, en su *Vida de Cristo*, al pintar el *júbilo de la novena órden celestial* (que son los *serafines*) en el nacimiento del Salvador:

Goyo muestren en la tierra,

mances de la edad media estaban rimados en *consonantes* rigurosos, teniendo por seguro que sólo en el siglo XVI se introdujo en ellos la *asonancia*. Mas contra esta errada opinión podemos alegar el triple testimonio de los citados Antonio de Nebrija, Juan del Enzina y el magnífico caballero Alonso de Fuentes, poeta y escritor que florece en la primera mitad del expresado siglo XVI. El autor del *Arte de la lengua castellana* decia sobre este punto: «Nuestros mayores no eran tan ambiciosos en tassar los consonantes; y harto les parecía que bastaba la semejanza de las vocales, aunque non se consiguiese la de las consonantes. É assi fazian consonar estas palabras *santa, morada, alva*, etc., como en aquel romance antiguo:

Digas tú, el hermitaño, | que faças la vida santa,  
Aquel ciervo del pié blanco | ¿dónde façe su morada?  
Por aquí passó esta noche | una ora antes del alua <sup>1</sup>.

Juan del Enzina, despues de manifestar cómo se rimaban los romances, añadía que *los del tiempo viejo non yvan por verdaderos consonantes* <sup>2</sup>; y Alonso de Fuentes, dando á la asonancia en la epístola dedicatoria de su *Libro de los quarenta cantos* el nombre de *consonantes mal dolados*, declaraba que habian sido

Et en el limbo alegría:  
Fiesta fagan en el cielo  
Por el parto de Maria, etc.

Juan del Enzina escribía y publicaba en 1496 varios romances, siendo muy de notar el que dedica á la conquista de Granada, que empieza:

¿Qué es de tí, desconsolado,  
Qué es de tí, rey de Granada? etc.

Don Pedro Manuel de Urrea lloraba al condestable de Navarra de este modo:

El famoso en todas cosas,  
Magnífico et esforçado,  
Esforçado Condestable,  
De Navarra intitulado, etc.  
(*Cancionero*, fól. 30.)

En su lugar aduciremos nuevas pruebas para desvanecer este rancio error. Véase entre tanto el *Cancionero general* (Valencia, 1511), donde existen treinta y siete romances de poetas eruditos del referido siglo.

<sup>1</sup> Cap. VI.

<sup>2</sup> Cap. VII.

estos empleados en dichos cantos, para que se semejasen más á los romances antiguos. «Resta agora, decia por el autor destos »cantos, satisfacer á algunos que son más amigos del *consonante* »con sayo y capa que les hiriera los oidos que no del propósito »de la historia, que no dexan de poner objectos en ellos, diciendo »que fuera mejor compostura seguir el hilo de sus consonantes »limados ó trabados (y algunos, segun V. S. apunta, lo' han ya »dicho). Y á estos digo que el intento deste auctor fué querer »mostrar estas historias con el origen destos cantos viejos; y que »toda aquella cosa que se contrahace y asimila á otra, será más »perfecta quanto más se llegase ó paresciese á aquella, de quien »se saca. Y assi imitando estos cantos de los nuestros antiguos, »aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dolados <sup>1</sup>, les »dá la auctoridad y léxos que les quitan los consonantes tra- »vados ó limados» <sup>2</sup>. No es ya posible abrigar dudas legítimas sobre la forma primitiva de las rimas populares, debiendo por tanto ser considerado el empeño que ponen los eruditos del siglo XVI en el uso de las *asonancias*, no como una faz nueva, y sí como una restauracion de las indicadas formas.

Mas si todavia cupiese algun recelo sobre cuanto arriba manifestamos respecto de los primeros instantes de la poesía popular, nos bastaria, para disiparlo, el traer aquí la autoridad de un monumento literario del siglo XIII, en donde explicándose la diferencia que existe entre la prosa y la poesía, se dá cabal idea de las rimas imperfectas. Hablamos del *Libro del Tesoro*, obra notabilísima que procuraremos examinar en lugar oportuno, y que ya fuese debida al Rey Sabio, ya á su hijo don Sancho, en lo cual andan discordes los pareceres, no puede ser de más peso en la

<sup>1</sup> Dozy, que usa extremada severidad en materia de crítica (*Recherches sur l'histoire pol. et litt. d'Espagne*, pág. 695), y despues Wolf (*Studien der Spanischen und portugiesischen nationalliteratur*, pág. 325), leyeron equivocadamente *consonantes mal dotados*; y aunque esta leccion no es enteramente absurda, debieron reparar tan doctos escritores en que teniendo la voz *dolado* la significacion de *perfeccionado*, *limado*, quiso decir y dijo Alonso de Fuentes que los consonantes *mal dolados* eran los no limados, los no perfectos, esto es: los *asonantes*.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*, ad *Anem*. Sevilla. 1550.

materia: «La carrera de hablar en *prosa* (dice) es larga et llana, »asy como es la comunal manera del hablar de las gentes; mas el »sendero de hablar en *rima* es más estrecho et más fuerte, asy »como que es cercado et encerrado de muros et de setos; que »quiere desir de puntos et de cuento et de cierta medida, de que »ome non puede nin deue traspasar; ca el que bien quiere rimar, »conviene contar los puntos et sus dichos en tal manera que sean »acordados en cuento et que los unos non ayan más que los »otros: et conviénele mesurar que las dos postreras syllabas sean »semeiantes, et al menos la vocal de la syllaba que vá ante la »postrimera; et conviene que contrapasen los acentos et las voces, asy que en las rimas se acuerden en sus acentos, ca *ma- »güer que las letras se acuerden, syn facer las syllabas cortas, »la rima non será derecha, si el acento desacuerda*»<sup>1</sup>. Claro aparece en esta breve y exactísima teoria de la metrificación moderna, que aun reducido el uso de las semi-desinencias ó asonantes á los *yoglares de boca*, eran sus cantos conocidos de los doctos, no esquivando dar noticia de ellos de la misma suerte que lo hizo en las *Partidas* don Alfonso, y dos siglos despues el sapientísimo Nebrija.

Otra enseñanza no menos digna de tenerse en cuenta y relativa á las rimas antiguas, debemos á este varon respetable. Pretenden probar algunos críticos extranjeros, y entre ellos el renombrado Wolf y el diligente Dozy, que ignorando los primeros editores de los *Romanceros* que era rasgo característico de toda la antigua poesía romana ó neo-latina el considerar la asonancia femenina (grave) como masculina (aguda); en lugar de conservar las segundas, las convirtieron en femeninas por medio «del procedimiento tan sencillo como ridículo de añadir en todas partes una e muda. De esta manera (añade Dozy) se escribió: *amare, »male, pane, hane, Juane*, y otras mil formas que jamás existieron fuera del caletre de editores ignorantes»<sup>2</sup>. Por más respetable que sea para nosotros la opinion de estos doctísimos escritores, y en especial la de don Fernando José de Wolf, que fué el

<sup>1</sup> Parte III, cap. X.

<sup>2</sup> *Recherches sur l'histoire, etc.*, pág. 645.

primero en enunciarla <sup>1</sup>, nos será lícito manifestar que anduvieron sobradamente duros con los primeros editores de nuestros *Romanceros*, perdiendo de vista que alguna razón debían tener para proceder en tal manera, oyendo cantar frecuentemente los mismos *romances* que daban á la estampa. Á la verdad nosotros, que percibimos las armonías de la lengua castellana por lo menos tan distintamente como estos escritores, no concebimos cómo pudieron ajustarse á la misma canturía y llenar de igual suerte el contrapás ó ritmo de la música las voces *ván, usaié, delant, traen, más, naturales, ó varon, montes, nos, ciclatones, sol, taia-dores*, etc., sin que hubiera necesidad de suplir en algún modo lo que faltaba á las dicciones agudas. Y de que esto era así, prescindiendo ahora de la formación de multitud de palabras, que con el tiempo dejaron de ser graves, demás de las preciosas declaraciones del *libro del Tesoro* ya alegadas, depones el docto Antonio de Nebrija, como irrecusable testigo, cuando después de explicar los orígenes de los *piés de romances*, añadía, dados ya á conocer con oportuno ejemplo: «Puede tener este verso una sílaba menos, »quando la final es aguda, como en el otro romance:»

Morir se quiere Alexandre | de dolor del coraçon:  
Embió por sus maestros | quantos en el mundo son.

«Los que lo cantan, porque hallan corto y escaso aquel último espondeo, suplen, ó rehacen lo que falta por aquella figura »que los gramáticos llaman *paragoge*, la qual... es añadidura de »sílaba en fin de palabra; é por *coraçon é son*, dizen *corazone é »sone*» <sup>2</sup>. No fué pues simple ni ridículo capricho de los primeros editores de los *Romanceros*, sino deseo de ser fieles á la tradición musical de estos cantares, lo que los movió y aun obligó á transmitirlos á la posteridad, tales como llegaron á su tiempo, siendo evidente que bajo este punto de vista son merecedores de galardón, en vez de vituperio. La *e* que ha parecido á Dozy «falta grosera,» lejos de ser *muda* y por tanto de mero adorno, tiene en la historia de esta forma de la poesía popular una significación im-

<sup>1</sup> *Wiener Jahrbücher*, tomo 117, págs. 118 y 119.

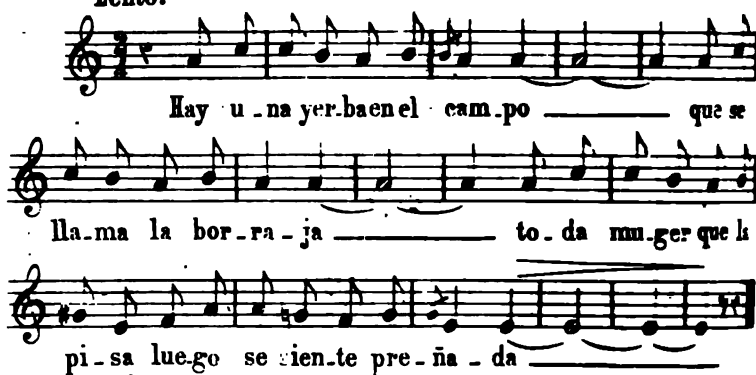
<sup>2</sup> *Art. de la leng. cast.*, lib. II, cap. VIII.



# HISTORIA CRITICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

## ASTURIANO.

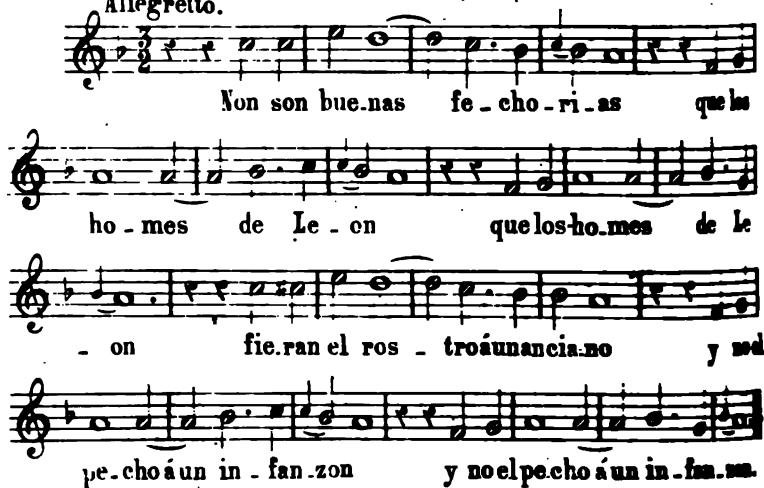
Lento.



Hay u - na yer.ba en el cam.po — que se  
lla.ma la bor.ra - ja — to.da mu.ger que li  
pi.sa lue.go se sien.te pre - ña - da —

## ANDALUZ Y CASTELLANO.

Allegretto.



Non son bue.nas fe - cho - ri - as que ho  
ho - mes de Le - on que los ho.mes de le  
- on fie.ran el ros - tro a un cia.no y no  
pe.cho a un in - fan.zon y no el pe.cho a un in - fan.ma.

## CATALAN.

Moderato.



A la vi - la de To - lo.sa n'hi ha tres es.tu.di.  
- ants Qu'ense.gueixen els es.tu.dis pe.ra ser ne.ca.pe.  
- llans pe ra ser ne ca - pe - llans —

portante, la cual ha conservado respecto de los dialectos *gallego y bable*, hablados todavía en las comarcas norte-occidentales de la Península <sup>1</sup>.

Tal es en suma el desarrollo que ofrece á los ojos de la crítica el metro que guarda aun en el parnaso español el título de *romance*, metro que derivándose por iguales sendas á las poesías populares de Cataluña y Portugal, ó ya propagándose á uno y otro extremo desde el centro de España, sirvió en una y otra parte de adecuado instrumento á los cantos de la muchedumbre. Lástima que al comenzarse á fijar los castellanos, fuesen vistos con absoluto desden los catalanes y portugueses, habiendo sido necesario llegar á nuestros días para que estos peregrinos romances, hasta ahora desconocidos, hayan despertado la curiosidad y

1 Por las causas que verán los lectores en el *Apéndice II*, y para no repetirnos, sin necesidad, suprimimos aquí toda la explicación que teníamos dada á esta parte del presente estudio, remitiéndonos al lugar indicado. En cuanto á la razón que durante la edad media, obligaba á los cantores de nuestros romances á completar el número de sílabas de los pies ó hemistiquios agudos, parécenos bien observar no obstante que estribaba en la naturaleza misma del canto. La voz insistía siempre en los finales de cada frase musical, que se determinaba precisamente en las rimas ó *asonancias*, y prolongándose á placer de los cantores, daba á este primitivo aire, canturía ó tonada un movimiento uniforme y aun monótono. Conservado tanto en las montañas de Asturias, en las llanuras de Castilla, en las campiñas de Andalucía (país donde tienen todavía profundas raíces las tradiciones heroico-caballerescas), como en las regiones orientales y occidentales de la Península, digno es sin duda de ser conocido por su agreste melodía y nativa frescura el expresado *aire*, de cuantos aprecien la poesía popular española, con las singulares variantes que ofrece en cada comarca, comprobante inequívoco de las que experimentó la *letra* al fijarse en cada región. Á la amabilidad del maestro Saldoni, que se ha prestado á poner en la escritura musical corriente la tonada que más de una vez hemos oído en los campos de Andalucía y de Castilla, y á la inteligencia del profesor del Conservatorio, don José Inzenga y Castellanos, que há largos años se ocupó en formar, no sin fortuna, preciosa *Colección de cantos y bailes populares de España*, y que nos ha facilitado los de Asturias y Cataluña, debemos pues la satisfacción de ofrecer á nuestros lectores en lámina especial estimables muestras de dichos cantos tradicionales, tales como hoy se entonan. Esto sin perjuicio de dar á conocer oportunamente la música, con que se cantaron en los siglos XV y XVI.



promovido los estudios de doctos investigadores <sup>1</sup>. El hecho, sin embargo, es de suma importancia, confirmando la espontaneidad de esta forma en toda la Península Ibérica y ministrando nuevos argumentos contra los que por el vano anhelo de dar á luz nuevas teorías, han acudido ya á esta, ya aquella literatura, para buscar los orígenes de los *romances castellanos*. Pero no solamente hubieron de renunciar al verdadero estudio de la forma los que así procedieron, deslumbrados sin duda por algunas analogías más ó menos directas: dando por resuelta de un modo tan decisivo la cuestión artística, propiamente hablando, no se cura-

1 El diligente cuanto malogrado Almeida Garret, honra de la moderna literatura portuguesa, formó y dió á luz un copioso *Romanceiro*, en que recogió la mayor parte de estas poesías populares, hasta ahora despreciadas de los doctos. Lo mismo ha hecho respecto de Cataluña don Mariano Aguiló, con tanto amor á las letras como perseverancia en su estudio, habiendo allegado copia notable de romances *catalanes y mallorquines*, algunos de los cuales llevan el sello de una antigüedad respetable. El digno profesor de la Universidad de Barcelona don Manuel Milá y Fontanals, previniendo en parte tan patriótico pensamiento, ha publicado algunas muestras de este género de poesías en lengua catalana, si bien no se descubre en todas ellas la antigüedad que en las recogidas por el señor Aguiló (*Observaciones sobre la poesía popular*. 1854). También nosotros, largo tiempo después de hechos estos estudios, hemos recogido en los valles y montañas de Asturias no escaso ramillete de estas flores populares, dando á luz una parte, para que sean gozadas de los doctos, según en otro lugar advertimos. Y tan popular y espontánea fué esta forma en el suelo español que no la esquivaron tampoco nuestros vascos: Argote de Molina cita en efecto (*Discurso sobre la poesía castellana*, núm. V), un romance en euscaro, relativo á un acontecimiento acaecido en 1321: y aunque sólo se remonte en su forma actual al siglo XVI, en que lo recogió Esteban de Garibay, todavía este ejemplo nos induce á creer que no fué esta combinación métrica de la poesía popular española extraña á la lengua vizcaína. Comienza así:

Milla arte igarota:  
Ura bere videan,  
Guipuzcotarrae sartudira:  
Gastelucoc echean, etc.

Copiolo, con otros muchos cantares vascuences, en su peregrino libro titulado *Guipuzcoaco Dantza* don Juan Ignacio de Iztueta, pág. 103, y dió también en otros *zorcicos* inequívocas pruebas de que no es sólo el citado por Argote el romance, que tiene por medio de manifestación la lengua euscara.

ron ya de la filosófica. Y sin embargo, sólo siguiendo este racional sistema, y quilatando los diversos elementos que se congregan y funden en nuestro suelo, durante la época de la reconquista, y dan por resultado la España de los siglos XVI y XVII, era posible bosquejar el magnífico é interesante cuadro histórico de este linaje de poesía popular, señalando los diferentes matices, que llegan á constituir bajo una misma forma otros tantos géneros.

### III.

En *históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles, y vulgares*, pueden principalmente dividirse aquellos notables cantos, que sirviendo de constante base á la musa de la muchedumbre, revelan en su vario y maravilloso conjunto el carácter nacional, y constituyen, conforme se ha repetido muchas veces, nuestra verdadera epopeya.

Dos son las bases sobre que giran los *romances históricos*: el sentimiento religioso, y el sentimiento patriótico. Partiendo de tan purísimas fuentes, ni se descubre en ellos la amarga duda que revelan las poesías de otros pueblos <sup>1</sup>, ni se admite tampoco la más ligera discusión sobre los venerandos objetos que constituyen la creencia. Aquellos rústicos poetas, que llenos de noble entusiasmo, ya cantaban en el campo de batalla los triunfos de los héroes, ya en el hogar doméstico las milagrosas apariciones de los Santos, creían firmísimamente, y hubieran caminado resueltos al martirio, como sus hermanos de Córdoba, para sellar de nuevo la fé recibida de sus padres, que sustentaban con las armas. Obligados á rechazar con ellas las frecuentes invasiones del enemigo de su Dios y de su patria, rechazaban también con igual tesón cuanto podia ofender la pureza de este doble dogma; y mirando con religioso desden, ya que no con odio profundo, los supersticiosos ritos y falsas creencias de los musulmanes, se acogieron bajo el misterioso manto de la Iglesia y se fortalecieron con

<sup>1</sup> Véase la *Ilustración* VI.



ria. Y no porque nosotros supongamos que todos los hechos, todas las tradiciones que narran sean realmente ciertas; sino porque habiendo formado, digámoslo así, el catecismo histórico-político de la nacion por siglos enteros, tienen todos una existencia relativa en el asentimiento universal, llegando á ser por semejante camino verdaderamente históricos.

Mas nosolamente tienen este valor en la apreciacion filosófica: incrustados en los anales y los cronicones (segun notamos arriba y explicaremos en el siguiente volúmen), ya son el más fiel comprobante de los acontecimientos en aquellos narrados, ya sirven de guia al historiador, no menos poeta que los cantores populares, en la narracion y explicacion espontánea de los hechos. Al cabo dichas crónicas y antiguos anales llegan á ser tambien origen y fundamento de los *romances históricos*<sup>1</sup>; pero esto sólo se verifica cuando han dejado ya virtualmente de existir, porque se han escrito: entonces renacen los antiguos *cantares*, como el fénix de sus propias cenizas; mas renacen para prepararse á experimentar la trasformacion más importante que presenta la literatura española, trasformacion que procuraremos quilatar cumplidamente al bosquejar la historia del arte en el siglo XVI.

Volviendo ahora á lo que más estrechamente se enlaza con los orígenes de nuestros *cantares de gesta*, filosóficamente considerados, tócanos observar que advertidos capitanes, magnates y reyes de la influencia que ejercian aquellos romances en la imaginacion de la muchedumbre, pronta siempre á exaltarse al estímulo de la

1 Nuestro distinguido amigo, el muy erudito don Agustin Duran, trata de los romances castellanos, comenzando por los *moriscos*, colocando despues los *caballerescos* y los *históricos*, y terminando por los *vulgares*, á que añade los *doctrinales*, *amatorios*, *satíricos* y *burlescos*, etc. Apartian algun tanto de esta clasificacion el perspicuo don Fernando José de Wolf en su *Primavera y Flor de Romances* (Berlin, 1836). Nosotros nos atenemos ahora al orden severamente histórico, debiendo consignar aquí, como testimonio publico del respeto que nos inspiran ambos críticos, que si bien en este como en algunos otros puntos nos apartamos de su dictámen, con sus tareas altamente dignas de todo aprecio y alabanza; habiendo contribuido á desvanecer tanto dentro como fuera de España la injusta prevencion que contra los romances castellanos despertó en las escuelas á principios del siglo la tiranía ultra-clásica de ciertos preceptistas.

gloria, acariciaron con honras y mercedes á los *juglares de bien*, quienes como otros nuevos Tyrteros, condujeron á la victoria los soldados de la Cruz, ya poniéndoles delante de los ojos las altas proezas de sus mayores, ya ponderándoles la afrenta y servidumbre que amenazaba á la patria con el triunfo de los sarracenos<sup>1</sup>. Pero esta respetable costumbre no sólo fué acatada por los reyes, sino que se vió al cabo canonizada por la ley respecto de los caballeros: el rey don Alfonso decia en su inmortal obra de *Las Partidas*, despues de recomendar á los fijos-dalgo la lectura de los libros de historia: «Et allí, dó no avien tales scripturas, facíanlo retraer á los caballeros buenos é ancianos que se en ello acertaron; et sin todo esto, aun facien más: que los *iuglares non dixiesen antellos cantares sinon de gesta, ó que fablasen de fecho darmas*...—Et esto era por que oyéndolos, les crescian los corazones et esforzábanse, faciendo bien, queriendo legar á lo que los otros fecieran ó pasára por ellos»<sup>2</sup>. Así que, no solamente alcanzaron los romances histórico-políticos grande significacion é importancia entre la muchedumbre, sino que gozaron tambien la estimacion de los fijos-dalgo y de los caballeros en una edad en que se saboreaban ya los primores y se hacia frecuente alarde de las conquistas de la poesía docta.

Nacidos los *romances histórico-religiosos* para solemnizar los triunfos que el Evangelio alcanzaba sobre el Koran, ponen de manifiesto con el mismo vigor que los políticos, las creencias, los sentimientos, y hasta las preocupaciones de nuestros abue-

1 La mayor parte de los que han hablado hasta ahora de la poesía popular, citan los nombres de Pedro Abad y Nicolás de los Romances como de dos cantores que siguiendo los ejércitos de San Fernando, contribuyeron con sus poesías á la empresa memorable de la conquista de Sevilla, recibiendo heredamiento entre los caballeros (Ortiz de Zúñiga, *An. eccl. y seculares de Sevilla*, año de 1248; don Pablo Espinosa, *Hist. de Sevilla*, etc.). Sin contradecir el heredamiento y sin oponernos á que pudieron concurrir á dicha conquista muchos poetas populares, debemos advertir aquí que tal vez no tiene el hecho alegado la significacion que se le atribuye respecto de Domingo Abad y de Nicolás de los Romances. En su lugar atenderemos á esclarecer esta cuestion, curiosa por lo menos en nuestra historia literaria.

2 Partida II, tit. XXII, ley XX.

los. Ora nos transmitan los milagros obrados por las imágenes del Salvador del Mundo y de la Virgen, su madre; ora nos pinten las visiones consoladoras y misteriosas de los prelados y los reyes; ya nos reflejen las apariciones de Santiago y San Millán en medio de los combates, ya en fin nos describan las fervorosas y humildes peregrinaciones de aquellos tiempos, hallamos donde quiera el profundo sello de la más viva devoción, y donde quiera encontramos consignados los maravillosos efectos de aquella fé, que no duda, ni discute, y que iluminando una y otra generación con los rayos de su purísima luz, las conduce en nombre de Dios á la victoria ó al martirio. Ni podía ser de otro modo, cuando el sentimiento religioso, cobijando todos los demás elementos de vida que abrigaba el pueblo español, era el más fuerte y duradero vínculo de aquella sociedad, que en sus grandes peligros y tribulaciones, apelaba ya por medio del fuego, ya por medio del hierro, al juicio divino, no encontrando en la tierra otra más alta y suprema sanción de la justicia humana.

Fueron también los *romances religiosos*, así como respecto de las crónicas los *cantares de gesta*, seguro comprobante y vivo reflejo de las leyendas y vidas de santos, en que los escritores eclesiásticos recogían y acopiaban las tradiciones piadosas de cada villa, ciudad ó comarca, enriqueciendo con estos tesoros sus preciosos *Legendarios* y *Santorales*. Intérpretes del pueblo que se había agrupado alrededor de la cruz para rescatar su libertad y reconquistar sus hogares; herederos de los himnos eclesiásticos nacidos en cada localidad <sup>1</sup>, guardan los *romances histórico-religiosos* la más estrecha armonía con los *histórico-políticos*. dimanaban estos del sentimiento patriótico, y tenían por aspiración y norte la felicidad terrena: eran aquellos hijos del sentimiento religioso, y se encaminaban á preparar, aun á costa de penalidades y sacrificios, la felicidad de la eterna vida. Unos y otros formaban pues la verdadera historia del pueblo español en aquellos días de heroísmo; y ajenos á toda imitación, respecto de las ideas que los animaban, vano hubiera sido el intento de sujetarlos á extraños y aun antipáticos modelos, tocante á las formas de que se revistieron.

1 Véase el cap. XIV, pág. 201 y siguientes.

## IV.

Distintas en gran manera son las fuentes históricas de los *romances caballerescos*: reflejando el espíritu feudal, que tan hondas raíces había echado entre los pueblos septentrionales, proceden de las novelas y libros de caballerías, género de literatura que estribando en la antigua mitología de los germanos, toma grande impulso en la era de las Cruzadas, ya por fundirse con las maravillosas tradiciones del Oriente las no menos peregrinas del Norte, ya por recibir aquella poesía más seductoras y brillantes formas. Existía de tiempo antiguo la teogonía caballerescas: los héroes de fuerzas prodigiosas, los genios de las montañas, las sirenas, los enanos, los magos y encantadores, vestigios eran de aquella especie de mitología, traída á las regiones septentrionales por Sigeeo ú Odino, y derramada en toda Europa por la espada de los normandos, quienes dieron nuevo espíritu de vida á las indicadas tradiciones, refrescando así todos los elementos poéticos de la caballería <sup>1</sup>. En contacto estos con la mitología asiática, que guardaba con ellos estrecha semejanza, merced á su común origen, se arraigan y fortifican entre los paladines del Santo Sepulcro, enriqueciéndose con nuevas ficciones y revistiéndose de fastuosas galas, cuyo extraordinario esplendor deslumbra á la muchedumbre, menoscabando acaso la gravedad del sentimiento caballeresco.

Cuando tracemos la historia del arte en el siglo XIV, tendremos ocasion de explicar con todo el detenimiento que punto de tanta importancia exige, cómo y en qué sazon se introducen en la literatura erudita de los castellanos estos elementos de extraña cultura <sup>2</sup>: respecto de la poesía popular, á que especialmente se refieren las presentes investigaciones, licito nos parece advertir que no logró tener grande significacion el espíritu caballeresco, tal como se había desarrollado en el resto de Europa, hasta la mencionada época. Oponíanse á ello las mismas

<sup>1</sup> Mr. Federico Schlegel, *Hist. de la liter. ant. y mod.*, tomo I, cap. VII.

<sup>2</sup> Cap. XXIV de la II.<sup>a</sup> Parte, I del II Subcielo.

circunstancias que habian concurrido á fundar las nuevas monarquias, impulsándolas en su progresivo engrandecimiento. Mientras que era en las demás naciones la constitucion del feudalismo consecuencia inevitable del estado á que vinieron despues de la invasion y establecimiento en ellas de los bárbaros; mientras despedazadas por la anarquia, se erigia aquel tiránico poder en medio del desórden universal, á nombre de la libertad é independencia de unos pocos, siendo el más duro instrumento de la opresion ejercida por el fuerte sobre el débil y el menesteroso; mientras, en una palabra, era el capricho del hierro la única ley posible, fiadas á ella la seguridad pública y la seguridad doméstica, creábase en España bajo la sombra del trono, regulador constante de todos los elementos sociales, un solo espíritu de nacionalidad, caminando grandes y pequeños á una misma meta, de todos conocida y vista por todos como el término legítimo de sus más elevadas esperanzas.

Recordemos sobre este punto el estudio que llevamos hecho hasta ahora: la literatura que nace en nuestro suelo es enteramente espontánea, como lo es tambien la que surge en mitad de aquel espantoso estado de fuerza y de violencia en que se aniquilaba Europa: los cantores populares de la Península Ibérica solemnizaban al propio tiempo las hazañas de nobles y pecheros, de caballeros y magnates, como que todos contribuian al mismo fin y obraban todos en bien de la independencia y engrandecimiento comun, alentados por un mismo sentimiento religioso: los poetas populares de los demás pueblos celebraban y excitaban con sus cantos la generosa protesta de los que, dotados de nobles y humanitarias ideas, se habian levantado para rechazar con el hierro la opresion del hierro, formando aquella resistencia armada que debia recibir el nombre de *caballeria*. Sus inspiraciones buscaron natural apoyo en las antiguas tradiciones de los septentrionales, que habian canonizado el valor individual de sus primitivos héroes; y la poesia caballeresca se extendió rápidamente á todas las comarcas oprimidas por el feudalismo, como nuncio de la futura libertad y emancipacion de todas.

Mas impreso ya desde la prodigiosa victoria de Covadonga determinado sello á la civilizacion española, sello que no podia me-





tra los sarracenos. Pero los *romances caballerescos*, apareciendo en la época indicada y alimentándose de elementos que nacen directamente del sistema feudal, extraño á nuestro suelo, aunque amoldados ya á las creencias de la muchedumbre, aunque hermanados en parte con sus tradiciones históricas y revestidos de las formas ostentadas por los *cantares de gesta*, representan aquella especie de inacción patriótica, á que viene Castilla durante el imperio de la rama de Enrique II, inacción patriótica, que sólo habia de sacarla el genio inmortal de Isabel I.ª

## V.

El triunfo definitivo alcanzado sobre Granada por esta celebrada reina debia producir en la poesía popular una trasformacion grande bulto y trascendencia. Reanimando aquel hecho memorable el espíritu del pueblo castellano, despertóse con mayor fuerza el entusiasmo patriótico; y apelando á sus antiguos recuerdos comparando las hazañas de sus mayores con las llevadas gloriosamente á cabo durante el largo asedio de aquella poderosísima trópoli, procuró reanudar el hilo de su historia poética, dando origen de este modo al género de *cantares* ó *romances* que han sido despues designados con el nombre de *moriscos*. Justamente orgullecidos los castellanos por haber dado feliz remate á la grande obra de la reconquista, y libres ya de todo recelo respecto á la independencia de España y de la libertad del cristianismo, vieron de prorumpir en mil himnos de victoria, donde quedara siempre consignado el universal alborozo que habia cundido desde el Pirineo á las Columnas de Hércules, desde Finis-Terrae á Barcelona. Los nombres de Hernan Perez del Pulgar, Garcilaso de la Vega, don Alfonso de Aguilar, don Rodrigo Ponce de Leon y otros cien capitanes, no menos valerosos, resonaron por todas partes, emulando la gloria de los antiguos héroes y formando sin embargo un contraste con los de Tarfe, Zaide, Muza y otros esforzados peones de la morisma.

No se miraban ya en aquellos cantos las proezas de estos guerreros con el sobresalto y profundo odio que en siglos anteriores inspiraron los terribles ejércitos de Abd-er-Rahman y

de Almanzor, de Alt-ben-Yuzeph y de Juzeph-Aben-Teschin y Abdu-Melik. Tampoco engendraban sus creencias y costumbres aquella aversion y desdeñoso desprecio de los pasados tiempos: el poderío de los granadíes estaba por tierra; su religion vencida; sus mezquitas trocadas en iglesias; sus afligranados y suntuosos alcázares <sup>1</sup>, sus deleitosos jardines, sus regalados baños... todo habia caído en manos de los soldados de la cruz, é hiriendo todo de improviso su exaltada imaginacion, la deslumbró con tanto fausto y brillo, halagándola voluptuosamente con el recuerdo de las famosas fiestas de Bibarrambla y los bulliciosos saraos de la Alhambra y del Generalife. Así los poetas populares, reflejando esta situacion extraordinaria, celebraron al entonar las alabanzas de los caudillos de Aragon y Castilla á los paladines sarracenos; describieron sus costumbres guerreras y sus artes de paz; pintaron sus justas y torneos, sus cañas y sortijas, y bosquejaron finalmente sus amores, sus celos y sus venganzas.

Pero debajo de las marlotas y almaizares con que vistieron aquellos paladines, germinaban los afectos y las creencias de los mismos poetas, condicion suprema de todas las producciones de la literatura española, ya erudita, ya popular, y que estaba mostrando la irresistible fuerza de los elementos que animaban á la nacion entera. Los antiguos *cantares de gesta* se enriquecieron pues con

<sup>1</sup> Lo mismo se observa respecto de la historia de las artes, y en especial de la arquitectura, pareciéndonos conveniente trasladar aquí lo que decíamos sobre este punto en la introduccion á la segunda parte de nuestra *Toledo Pintoresca*: «Las maravillas de la Alhambra debieron atraer vivamente su atencion (la de los cristianos), y tras la admiracion hubo de venir el deseo de imitar tanta grandeza. Así parecia natural que sucediera, y así sucedió en efecto: los arquitectos cristianos, que iban recibiendo de padres á hijos las máximas de un arte degenerado ya (el arte mudejar), corrieron á Granada á tomar nuevas lecciones; y viéronse al mismo tiempo levantar en diferentes puntos y distintas ciudades palacios y edificios ajustados á las tradiciones antiguas, si bien refrescados con la vista y estudio de los monumentos granadinos.» De esta manera consignaba la arquitectura en la piedra y en el estuco aquel prodigioso triunfo de las armas cristianas que la poesia popular celebraba en sus cantares, manifestándose la unidad del arte en sus diferentes medios de expresion, y revelando así de consuno el sentimiento capital. la vida entera de la nacion en aquel momento solemne.

s galas de la poesía de los árabes andaluces; pero sin perder su primitiva esencia, sin renunciar á su antigua representación respecto del pueblo que los cultivaba. *Históricos*, manifestaron la naz lucha de ambas civilizaciones: *moriscos*, fueron, digámoslo así, el himno de triunfo lanzado por los españoles en el momento de la victoria, y el *adios* que daba la civilización castellana á la *rracena* al dirigirse esta, vencida y desterrada, al centro del Africa para ocultar allí su oprobio y su ruina. Los *romances moriscos*, que nacieron para satisfacer tan nobles instintos <sup>1</sup>, y que parecen á nuestra vista como la fórmula más exacta y completa de la opinion general de España respecto de la conquista de Granada, comenzando á ser cultivados en los últimos dias del siglo XV, llegan hasta mediados del XVII, en que degenerado y afluquecido el sentimiento que les dió vida, y hechos ya patrimonio de los poetas doctos, desaparecen al golpe de la sátira <sup>2</sup>, entre los escombros de la política y el naufragio de las letras.

## VI.

El movimiento que desde los reinados de Juan II y Alfonso V, principalmente desde la floreciente época de los Reyes Católi-

<sup>1</sup> No falta quien haya supuesto que los *romances moriscos* son originalmente árabes; pero este error, que se desvanece con el simple exámen de aquellos preciados cantos, ha sido ya rechazado enérgicamente por críticos contemporáneos, que como don Agustín Durán y don Ángel de Haravedra (duque de Rivas) han visto sólo en semejante opinion notable falta de erudición y de estudio. Véanse los prólogos del *Romancero*, dado á luz de 1828 á 1832, y el de los *Romances históricos*, publicados en 1844.

<sup>2</sup> Uno de los poetas que más se burlaron del abuso de los *romances moriscos* fué don Luis de Góngora, quien tan delicados, bellos y pintorescos los habia escrito. Entre estas sangrientas sátiras es notable la que principia:

Ab' mis señores poetas,  
Descubranse ya esos coros:  
Destruyanse aquellos moros  
Y acabrense ya esos sambros.  
Vayanse con Dios los tal,  
Lance el diablo á Catineyo,  
Y vayanse esos moriscos  
Y quese en los del porredos, etc



ria. Y no porque nosotros supongamos que todos los hechos, todas las tradiciones que narran sean realmente ciertas; sino porque habiendo formado, digámoslo así, el catecismo histórico-político de la nacion por siglos enteros, tienen todos una existencia relativa en el asentimiento universal, llegando á ser por semejante camino verdaderamente históricos.

Mas no solamente tienen este valor en la apreciacion filosófica: incrustados en los anales y los cronicones (segun notamos arriba y explicaremos en el siguiente volúmen), ya son el más fiel comprobante de los acontecimientos en aquellos narrados, ya sirven de guia al historiador, no menos poeta que los cantores populares, en la narracion y explicacion espontánea de los hechos. Al cabo dichas crónicas y antiguos anales llegan á ser tambien origen y fundamento de los *romances históricos*<sup>1</sup>; pero esto sólo se verifica cuando han dejado ya virtualmente de existir, porque se han escrito: entonces renacen los antiguos *cantares*, como el fénix de sus propias cenizas; mas renacen para prepararse á experimentar la trasformacion más importante que presenta la literatura española, trasformacion que procuraremos quilatar cumplidamente al bosquejar la historia del arte en el siglo XVI.

Volviendo ahora á lo que más estrechamente se enlaza con los orígenes de nuestros *cantares de gesta*, filosóficamente considerados, tócanos observar que advertidos capitanes, magnates y reyes de la influencia que ejercian aquellos romances en la imaginacion de la muchedumbre, pronta siempre á exaltarse al estímulo de la

1 Nuestro distinguido amigo, el muy erudito don Agustin Duran, trata de los romances castellanos, comenzando por los *moriscos*, colocando despues los *caballerescos* y los *históricos*, y terminando por los *vulgares*, á que añade los *doctrinales*, *amatorios*, *satíricos* y *burlescos*, etc. Apartióse algun tanto de esta clasificacion el perspicuo don Fernando José de Wolf en su *Primavera y Flor de Romances* (Berlin, 1856). Nosotros nos atenemos ahora al órden severamente histórico, debiendo consignar aquí, como testimonio público del respeto que nos inspiran ambos críticos, que si bien en este como en algunos otros puntos nos apartamos de su dictámen, son sus tareas altamente dignas de todo aprecio y alabanza; habiendo contribuido á desvanecer tanto dentro como fuera de España la injusta prevencion que contra los *romances castellanos* despertó en las escuelas á principios del siglo la tirantez ultra-clásica de ciertos preceptistas.



cribieron, sólo podían renacer en el teatro), hacia la musa popular los últimos esfuerzos para sostener en la literatura castellana su desquiciado imperio. Pero había ya cambiado lastimosamente el aspecto de la nación española, siendo en consecuencia de todo punto inútiles aquellas laudables tentativas: la importancia alcanzada por el pueblo español respecto del Estado, durante la época de la reconquista, merced á la necesidad de su sangre y de su oro; la constitución municipal ganada á costa de inauditos peligros; la facilidad que le dieron las armas para escalar riquezas y gerarquías por el camino del heroísmo; la nobleza misma, que despertando su estímulo y rivalidad, le conducía é impulsaba en la senda de la gloria..., todo había desaparecido ante su vista, cayendo sobre su frente la mano de hierro del despotismo, acariciado y defendido por la teocracia. Aquel pueblo que peleando *pro aris et focis*; es decir, por su Dios y por su patria, logró al cabo de ocho siglos restituir á la última su independencia, arrancando del poder de la morisma los profanados altares de sus padres, sólo tenía ya el triste recurso de correr á extrañas regiones para sacrificarse á la ambición y orgullo de sus reyes, ó el de volar al Nuevo Mundo en busca de oro.

Cerrados todos los caminos que le llevaron al engrandecimiento y poderío; dominado por el fanatismo que alimentaba á sabiendas la opresora sagacidad de la Inquisición; avezado á las escenas de horror y de sangre con los *autos de fé*, tan repetidos en las más nobles ciudades de la monarquía; y por último, apartado para siempre de aquella aristocracia que había en gran parte salido de su propio seno, rompió la antigua alianza establecida con ella en medio de los combates; y reconcentrándose en sí mismo, sólo aspiró á vivir dentro de su propia esfera, desdeñando las hazañas de los nobles, porque no le era dado ya prohijarlas. Entregado en tal manera á sus maleables y torcidos instintos, consagró su amor y su cariño á otro género de héroes, extraños hasta entonces á la poesía castellana; héroes con quienes le ligaron por último las mismas creencias, sentimientos y costumbres; pero cuyo origen era la liviandad, cuya educación el crimen, y cuyo fin el cadalso. Hé aquí pues cómo nacieron á mediados del siglo XVII los *romances* apellidados *vulgares*, postrera degeneración de los históricos,



bien que destinados, como ellos, á revelar el estado de la nacion española.

Hundida esta en ciego fanatismo religioso y dolorosa servidumbre política, no podia por cierto aquel pueblo de generoso aliento y pecho independiente, recordar sin honda pena sus boledas y perdidas libertades, cayendo en fin en la abyeccion más profunda, al contemplar el abismo en que yacian sus antiguas glorias. Sin esperanza alguna de mejorar su fatal suerte, y sin más luz que la de las hogueras del Santo Oficio, cerró sus ojos al grito del fanatismo, y humilló su cerviz á la opresion, única fórmula del estado social, empenándose torpemente en el sendero de la perdicion y del crimen. No otra cosa era dado representar á la poesia, cultivada por un pueblo, convertido ya en ignorante vulgo; y como los *romances* que toman de él su nombre debian, para ser fieles á su propio origen, poner de relieve la postracion moral y política, á que le habia conducido el triunfo omnimodo del elemento teocrático, tuvieron por especiales caracteres el *fanatismo* y la *opresion* y por musas predilectas la *ignorancia*, la *inmoralidad* y el *embrutecimiento*. Era por tanto su principal asunto el *crimen*: sus *héroes* los bandidos y los malhechores: las hijas desnaturalizadas y livianas, que abandonaban el hogar paterno, para provocar por gala toda clase de escándalos, sus *heroínas*. Los ahorcados, los condenados, las almas en pena, las ánimas benditas y hasta los santos formaban, digámoslo así, la máquina y ajuar de estos peregrinos poemas, donde las más irreverentes y absurdas supersticiones aparecian en monstruosa amalgama con los sagrados dogmas del cristianismo. Gozaban de más popularidad los héroes más impíos y sanguinarios; recogian más larga cosecha de aplausos aquellos que más brutalmente escurnecian la ley y la justicia; y sin embargo todos se acogian, ya al atravesar su pecho el acero ó el plomo vengador, ya al poner el pié en el cadalso, á las devociones de su infancia, juzgando lograr de este modo la salvacion eterna.

Tal fué, pues, la poesia popular que tuvo España desde mediados del siglo XVII, poesia que encierra la única protesta que era hacedero formular á la muchedumbre, al doblar el cuello á la opresion sin defensa alguna. Su espíritu penetra al cabo en el

teatro nacional, y encuentra apoyo en la pluma del inmortal Calderón: la *Cruz en la Sepultura*, consagrada por este ingenio á presentar la eficacia de la penitencia (lo cual habia intentado antes Tirso de Molina en *El condenado por desconfiado*), abrió el camino á multitud de producciones, donde como en *La charpa más prodigiosa*, *El Guapo Julian Romero* y otras muchas comedias del mismo corte y jaez, se vieron ensalzados los valentones y perdonavidas, desterrado ya el sentimiento de hidalguía que habia caracterizado los héroes de la escena española. Inficionado así el teatro que debia su existencia á los *romances históricos*, fuente inagotable de grandes inspiraciones, murió á manos del *romance vulgar*, fuente fecundísima de monstruosidades y de crímenes. Y no otra debia ser la suerte de entrambos géneros de poesía: el teatro y los *romances*, barómetros de la vida del pueblo en una edad, en que sólo se habia dejado este camino para manifestar sus sentimientos y sus opiniones, revelaron enérgicamente el estado miserable de la España de Carlos II. Pero los romances y el teatro cumplían, al morir, con la ley que les habia dado existencia <sup>1</sup>.

## VIII.

Resumiendo cuanto llevamos dicho, observaremos: 1.º Que los *romances históricos* constituyen una de las primitivas formas lírico-históricas de la poesía española, apareciendo á nuestra vista como un hecho espontáneo, en que se refleja igualmente la creen-

1 Como han notado los lectores, nos hemos limitado á señalar los principales caracteres de cada uno de los géneros indicados, más bien por comprobar cuanto expusimos respecto de las formas externas de este linaje de poesía popular (y aun á riesgo de anticipar algunas ideas y noticias) que para formalizar aquí el estudio de esta notabilísima parte de nuestra historia literaria. Para los lectores que libres de todo sistema preconcebido, sigan el desarrollo de las aplicaciones que ofrecen dichas formas métricas, no serán indudablemente un misterio sus orígenes y su nacionalidad, y se maravillarán sin duda de que se haya extraviado la crítica de tan doctos varones, como han intentado hacernos tributarios de otras literaturas respecto de estos sencillísimos metros. Adelante fijaremos históricamente su representación sucesiva en el arte y en la civilización española.

a religiosa y la creencia política de nuestros mayores. 1.º) Que los *romances caballerescos*, en apoyo de su heroísmo, 2.º) Que los *romances pastorales*, en apoyo de su sentimentalismo, recibieron sólo una tibia acogida, a pesar de ser más dramáticos y novelescos que los *héroicos*. 3.º) Que los *moriscos* son, digámoslo así, la idealización de los *moriscos*, refrendada por el elemento análogo en la poesía castellana. 4.º) Que los *romances puros* representan en la poesía popular un triunfo y un adelanto por la toscano-latina sobre la rutilante, variada y rica castellana, al paso que pierden no poca parte de su vitalidad y energía. Y 5.º) que los *romances vulgares* entre los cuales pueden comprenderse también los de *germanía*, aparecen como el fruto más sazonado del sistema poético vulgarizado en su provecho por Felipe II, y exalta lo por el autor de la *comendadora* de la nación y vengado del traidor durante el reinado de Carlos II. Por esto los *romances vulgares* son el denominativo la viveza y anquilamiento del pueblo español, desde mediados del siglo XVII en adelante.

Los romances castellanos considerados bajo el aspecto literario, revelan por sí en su grandioso y vario conjunto una riqueza inmensa y una posesión de una religión, porque colgados por el generoso cristianismo, enerran el sagrado depósito de las creencias de un pueblo, que en la tenaz lucha de ocho siglos aguantó a su vez en la salvatibola al cabo de los peligros y avarias de la vida una historia, porque abrazando la grande epopeya de la reconquista y dilatándose hasta el siglo XVIII, son provechosos y oportunos para una infancia, la juventud, la vejez y la educación de la nación española, una poema, porque reúne todos los sentimientos y todas las costumbres de una gran población, manifiesta la ardiente y constante aspiración de los españoles a la libertad, que los conduce a través de la tempestad y la guerra a la eterna bendición.

Notas de los autores: Los artículos romances castellanos la vertimos  
de un par de veces. No los hicimos a las corrientes, lo hicimos a  
la medida de la capacidad de comprensión de la persona que los  
tradujo. No los hicimos a la medida de la capacidad de comprensión de la persona que los  
tradujo. No los hicimos a la medida de la capacidad de comprensión de la persona que los  
tradujo.

que los pueblos, como los niños, necesitan alrededor de su cuna quien los aduerma y consuele en sus congojas y amarguras: más tarde, brillan por medio del *sentimiento* y de la *erudición*, que se muestran en ellos en agradable consorcio, dando á conocer los nuevos adelantamientos y mayor cultura de nuestros antepasados: despues sólo resaltan por las galas externas de la erudición artística, poniendo de relieve la revolución clásica, ya consumada en la literatura española: por último, todo caduca, todo desaparece y muere en ellos, manifestando la gran ruina de las letras, de las artes y de la política. Aquella musa designada hoy por muy distinguidos historiadores con el nombre de «virgen de la poesía castellana»<sup>1</sup>, en su niñez, cree y narra candorosamente; en su juventud siente y pinta; en su edad madura describe y narra con singular artificio; en su ancianidad se hace docta, y sólo describe; en su decrepitud, delira.

Y cuando bajo tantas relaciones logra la poesía popular el privilegio de revelar la vida entera de la nación española, cuando nadie puede disputarle la palma de la originalidad ¿cómo hacerla tributaria de otras literaturas respecto de sus fáciles y sencillas formas?... Repitámoslo, para terminar este estudio: fuera de la natural y lógica imitación de los cantos latino-eclesiásticos, cuyo contacto habitual con el pueblo cristiano hemos reconocido por tantos senderos, sólo descubrimos contradictorias teorías, que por excluirse mutuamente, traen consigo su propio desorédito. Ocasión se ofrecerá adelante de volver la vista á esta importante materia<sup>2</sup>.

1 Puibusque, *Hist. comp. des litt. espagn. et franç.*, tomo I, cap. II.

2 Conveniente juzgamos observar aquí que hemos fijado nuestras miradas con toda preferencia en los *romances* que tienen por instrumento el verso de ocho sílabas (*quaternario*) ó de diez y seis (*octonario*), según lo escribieron Nebrija en el siglo XV, Salinas en el XVI (véase el Apéndice II) y en nuestros días Grimm, Dozy y otros. De advertir es que el asonante sirve también de ornamento á otras combinaciones métricas populares durante la edad media, como forma tan natural y espontánea de nuestro parnaso. Así hallamos por ejemplo en los *romances tradicionales* de Asturias el muy gracioso *de don Bueso*, de que logramos dos diferentes versiones en nuestro viaje á dicho Principado, y empieza (*Poesía popular de España*, págs. 24 y 25):



## ILUSTRACION V <sup>1</sup>.

### SOBRE LOS REFRANES, CONSIDERADOS COMO ELEMENTO DEL ARTE.

#### SU INFLUENCIA EN LA POESIA POPULAR.

---

#### I.

Cuando despues de examinar cómo pierde el idioma del Lacio su antiguo predominio sobre la muchedumbre, quedando reducido á la categoria de lengua muerta, nos paramos á considerar el constante empeño de las hablas vulgares por apoderarse de todos los elementos de cultura preexistentes á las mismas, no puede menos de llamar nuestra atencion lo que fueron y debieron ser en aquella remota edad los *refranes*, *adagios*, *verbos*, *palabras*, *retraeres*, *enxemplos*, *fabliellas*, *proloquios* ó *proverbios* del vulgo (que con todos estos nombres fueron durante la edad media designados). Bajo tres diferentes aspectos se ofrecen al estudio de la critica: 1.º bajo la relacion de la lengua: 2.º bajo la de la forma artística: 3.º bajo la de la doctrina. En todas estas relaciones se halla interesada la historia de las letras, porque en todas descubrimos abundantes vestigios del camino, que estas hicieron desde el momento en que la poesía popular formula los

1 Damos á luz en la revista de Berlin que lleva el título de: *Jahrbuch für Romanische und englische literatur* (número perteneciente á los meses de octubre á diciembre de 1859) el presente estudio, haciendo constar que correspondia á este segundo tomo de la 1.ª Parte de la *Historia Critica*. La expresada revista, grandemente estimada en toda Europa, aparece bajo la direccion del muy entendido don Fernando José de Wolf, tantas veces citado.

cantos del pueblo, ni lo ignorantes, hasta el en que llegamos a patrimonios de los eruditos los medios de expresión, el gusto y la suerte que hemos manifestado ya por el camino va.

Nos venimos nosotros, sin embargo, en la tentación de volver a denotar la influencia común y fuente de las formas poéticas en la rima popular, en el versu popular, ambas cosas, la popular y la moderna, quedando olvidada y tal vez desolada de los escritores modernos la expresión de los hechos. Sarmiento, al presentar el dialecto castellano en que en el *Diálogo de los lenguas* de Juan de Vitoria, el castellano es un verdadero poema, se refiere a la propiedad de la castellana, más o lo mejor que tienen en castellano respecto de este punto, es ser ruidos del vulgo y estar entre las voces tras del fuego, según la expresión del *coronamiento* de San Juan, primero que atiende a recoger aquí el punto de partida, no es de lo que es vulgo y es a veces por su dardando, talmente a un tipo o modelo y que aparece a dar forma a las máximas, avisos y sentencias consagradas en refranes, y que es típico en la tradición, avanzando por a ratos, a la mente y refiriendo una herencia, digamos así, expresión de su mayra. Pero es que, no como uno o principio de a retener, sino de a la vista en este proceso, elemento de cultura como en espejo, donde se refleja y retrata la forma de la poesía popular de la misma suerte y con igual fuerza que se refleja y forma en la poesía y otra de interperce según la experiencia y la tradición del pueblo. Bajo este triple punto de vista, no es un problema de los refranes españoles en a nivel popular, sino de la poesía de la literatura patria, y no es un problema de la poesía.

En el capítulo XIV de nuestra exposición *literaria* que se refiere a la poesía de las literaturas vulgares, hallamos una lista de los refranes populares de los estados de la América, entre los cuales se ven los refranes y relativos a la religión, la

1. *Manuscrito de la Biblioteca de la Universidad de Madrid.*

2. *Manuscrito de la Biblioteca de la Universidad de Córdoba, en la que se ven los refranes populares de los estados de la América, entre los cuales se ven los refranes y relativos a la religión, la*

las ciencias y ya á la moral, ofreciéndose todas estas enseñanzas cual fruto de los estudios de los doctos y como vínculo entre la ciencia de estos y la inclinacion instintiva de los populares á mejorar, aun sin el discernimiento debido, la situacion intelectual en que se hallaban. Bien se nos alcanza que la forma del refran ó del adagio es propia de la humanidad, que la trasmite de generacion en generacion como precioso legado, y no podemos olvidar bajo este concepto que hombres tan eruditos como Juan de Mal Lara refieren su origen á la antigüedad más remota, tratando especialmente de los castellanos <sup>1</sup>; pero si bien convenimos en que debió ser el refran la primera fórmula de la ciencia y de la filosofía de todos los pueblos, porque seria absurdo discurrir de otra manera, conviene advertir que al llegar una edad á otra estas primicias de la observacion y de la experiencia, parece imponerle la obligacion de mejorar y aun perfeccionar su forma, título que únicamente podia legitimar el usufructo. No otra cosa sucede respecto de la antigüedad griega y latina, por más que el autor del *Diálogo de las lenguas* intente sostener que los refranes que tienen por medio de expresion aquellos idiomas «fueron nacidos entre personas doctas y estan celebrados en libros de mucha doctrina».

El refran, siempre popular, nace donde quiera que el instinto de la propia conservacion toma por maestra á la experiencia; crece entre el vulgo, como fórmula natural del raciocinio, en que sustituye la memoria al arte ó hábito de pensar; perpetúase en el pueblo, cual genuina expresion del comun asentimiento, rectificando los errores é ilustrando y dirigiendo la opinion de la muchedumbre, y llega por último á constituir á la ancianidad en cierta manera de sacerdocio y magisterio, rodeándola de la doble aureola de la virtud y de la ciencia. Próxima al sepulcro, obra en la vejez con mayor fuerza el instinto de la conservacion; y ya que no puede resistirse al convencimiento de su fin cercano, aspira á trasmidir á la juventud todo el caudal costosamente allegado en la escuela del mundo, para que mientras bendiga su me-

<sup>1</sup> *Philosophia vulgar*, preámbulo I, Sevilla, 1568.



moria, evite los peligros de la vida ó ponga en práctica las lecciones de su larga experiencia.

Eslabonadas así las primeras nociones adquiridas por la humanidad; confirmado una y otra vez el juicio de cada pueblo sobre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo útil y lo dañoso, lo necesario y lo supérfluo; recogida y conservada la doctrina en la forma que más satisface la razón y se acomoda á la no cultivada memoria, viene el momento en que levantándose las letras y las ciencias á nuevas regiones, revisten de más vistosas galas cuanto se mostraba antes desnudo de artificio y sin otro ornato que la sencillez de la verdad que lo avalora. De esta manera los refranes, á que segun recuerda Juan de Mal-Lara <sup>1</sup>, llamó Aristóteles «reliquias de la antigua sabiduría», nacen, se transmiten y perfeccionan en el suelo de Grecia y Roma, como habian nacido y se habian perfeccionado entre los pueblos orientales, conforme nos enseñan las Sagradas Escrituras <sup>2</sup>.

Pero elevadas las letras de griegos y latinos á la cumbre de su esplendor, acrecentaban los adagios su precio con las presecas de una dición tan esmerada como exacta, y entraban en el comer-

<sup>1</sup> *Philosophia vulgar*, preámb. II.

<sup>2</sup> Esta misma ley reconocen indudablemente los proverbios en todos los pueblos, ya los consideremos en la India, ya entre los hebreos y caldeos, ora entre los persas y los árabes, ora entre los griegos y los romanos. Designados en la Biblia con el nombre de מִשְׁלֵי, *maschál*, apellidados por los árabes con el de مَثَل, *mistlan*; recibiendo entre los moradores del archipiélago helénico el de παροιμία, *paroimia*, y llevando entre los latinos los de *adagium* y *proverbium*, tienen en todas partes el mismo origen y desenvolvimiento. En España, si bien expondremos adelante cómo y por qué senda llegan á apoderarse de las formas, con que han venido á nuestros días, no podían aparecer de distinto modo: así lo demuestra, demás de otras muchas razones filosóficas, el título de *refran*, que ha persistido sobre cuantos llevaron en la edad media. La voz *refran*, que en sentir de doctos humanistas nace inmediatamente del *referant* latino, indica la *relacion*, referencia ó trasmision de una máxima ó dicho que tiene por objeto el provecho inmediato del individuo que lo repite, y que dictado por el anhelo de la propia conservacion busca (refiriendo) en el ejemplo ajeno salutífera enseñanza. Idéntico uso tuvieron el *adagio* latino (quasi circum agium) y los proverbios de los referidos pueblos.

cio de los eruditos, que los celebraron en sus obras, ora exponiendo simplemente su valor, ora ilustrándolos con doctos comentarios. Mas no por haberse alterado las formas exteriores se adultera la esencia de la doctrina atesorada en los refranes, que ilustrados y expuestos ya por los filósofos y poetas, se aplican de nuevo al uso constante de la vida. «Aunque las proposiciones que el vulgo tiene (decia Mal-Lara) sean de lo más íntimo de la *philosophia*, llamáronse vulgares, por dadas ya al vulgo y puestas en vocablos rescebidos y entendidos comunmente, en tal manera que no es menester oír aquello de la boca del mismo maestro»<sup>1</sup>. Así pues, lejos de nacer entre las personas doctas, como el autor del *Diálogo de las lenguas* supone, brotaron los refranes de griegos y romanos en el seno del pueblo, y embellecidos luego por brillantes formas literarias, volvieron á ser patrimonio de la muchedumbre, pasando de edad en edad á las más remotas generaciones.

No por otro sendero se propagan y connaturalizan entre los pueblos de la edad media, hundida ya en lastimosa decadencia la gran literatura que reconocia su tronco y raiz en el cantor de Aquiles. Consérvase entre los doctos la forma, de que llegaron á revestirse en la época de su mayor brillo, como se guarda y comunica de una en otra edad la memoria del arte producido por la antigua civilizacion, cuyos lejanos resplandores se iban debilitando poco á poco hasta perderse absolutamente para el vulgo; pero no concibiéndose por los que se preciaban de eruditos otra autoridad que la conocida por el tiempo, ni otra razon que la esculpada en nombres respetables, llegábase al extremo de poner bajo la égida de la antigüedad todo linaje de sentencias, máximas y aforismos, filiándolos principalmente bajo los nombres de Catón y de Séneca. Los *Disticos* del primero que dejamos ya mencionados<sup>2</sup>, y los *Proverbios* del segundo, de que en lugar oportuno daremos mayor noticia, recogiendo todo lo más notable que en moral, en política y aun en religion poseia la edad media, ya proviniese de griegos y latinos, ya fuera hijo de la civilizacion

<sup>1</sup> *Philosophia vulgar*. preámb. 1.

<sup>2</sup> Cap. XIV.

cristiana, fueron pues el depósito y como el arsenal, adonde los entendidos acudían para tomar lecciones de esa filosofía práctica, hija del natural instinto de la conservación, discípula de la experiencia y maestra de la vida.

Mas llegado el instante en que la literatura latino-eclesiástica desarrolla en un sentido propio las formas artísticas, prohibidas por ella desde la época de Yuvenco y de Prudencio <sup>1</sup>, no solamente aspiran los eruditos á enriquecer con el fruto de su observación y experiencia aquellos estimados repertorios, sino que someten á nueva forma así las máximas y avisos derivados de la antigüedad como los debidos á sus propias especulaciones. Penetraba este deseo en las escuelas, creadas en medio de la oscuridad de aquellos siglos para conservar la tradición de los estudios; y mientras Juan de Milan acopiaba en su *Medicina Salernitana* cuantos principios de aquella ciencia había dado por buenos el común asentimiento de los doctos <sup>2</sup>, compilábanse por todas partes los proverbios y aforismos tomados de las demás ciencias, ó ya exornados con las nuevas galas de la poesía latino-eclesiástica, se fiaban desde la juventud á la memoria como uno de los más preciados tesoros de las letras.

Ni dejaron tampoco los adagios, así ataviados por los discretos, de hallar cabida en las obras históricas, prestándoles no poca autoridad con la fuerza de la doctrina; ejemplo que hubo de ser imitado más adelante por los cronistas que escribieron en las lenguas romances. Su utilidad, universalmente reconocida, era en consecuencia el principal título de la estimación que alcanzaron, y el único vehículo que los llevaba de generación en generación, aclimatándolos en cada comarca con nuevo y especial colorido, conforme á las necesidades de su respectiva cultura y al carácter de sus costumbres.

<sup>1</sup> Véase el cap. V del tomo anterior, y la *Ilustración* II.<sup>a</sup> de este volumen.

<sup>2</sup> Tiraboschi, tomo III, págs. 403 y siguientes; Ginguené, tomo I, página 126.

## II.

Á estas leyes generales aparecen pues sujetos los refranes ó dagios de los doctos en el suelo de la Península Ibérica. No han egado á la posteridad en el crecido número que fuera tal vez ecesario para discernir perfectamente lo que eran y representacion con relacion á las ciencias de que se alimentaban; y á pesar e ello, los que se han trasmitido á nuestros días nos abren exedito camino para reconocer el íntimo enlace de sus formas y as que ostentaba la poesía latina, exornada ya de las rimas, seun dejamos manifestado en la *Ilustracion* antes citada <sup>1</sup>.

Recogia estas venerables reliquias, de que dejamos expuestos notables egemplos, Mossen Pedro Vallés en su copiosa coleccion le refranes aragoneses y castellanos, que volveremos á mencionar nás adelante; y aunque por no haber tenido verdadero propósito artístico, no comprendió en su libro todos los metros empleados en os latinos, bastan sin duda los que nos conserva para comprobar nuestras observaciones. Veamos en efecto los siguientes avisos iigiénicos, formulados en versos de diez y seis, quince, catorce, rece y doce sílabas, los cuales llevan la rima en los hemistiquios:

- I. Post pisces *nuces*, post carnes caseum manduces.
- II. Caseus est *sanus*, si dat avara *manus*.
- III. Post prandium dormire, post coenam mille passus *ire* <sup>2</sup>.
- IV. Stercus et *urina* medici sunt prandia *prima*.
- V. Ubi definit *phisicus*, incipit *medicus*:  
Ubi definit *medicus*, incipit *clericus*.
- VI. Surge, puer, *mane* si vis vivere *sane*;  
Quia per multum dormire, non potes ad alta *subire*.

Ó estos de ocho, nueve y once sílabas, no menos dignos de consideracion por su extructura rímica:

<sup>1</sup> Págs. 353 y siguientes.

<sup>2</sup> Este refran fué convertido al castellano del siguiente modo:

Despues de comer dormir, é de cenar pasos mill.

Recogiólo en su coleccion, de que daremos despues noticia, Lorenzo Palmireno.

- I. *Qualis vita finis ita.*
- II. *Qui vadit plane, vadit sane.*
- III. *Si Papa studeret, Papa indigeret, etc.*

Y no se crea que esta fórmula de los adagios, debida á la literatura latino-eclesiástica, no se desarrolla al mismo tiempo que la metrificación y la rima, cultivada por los que llevaban por excelencia el nombre de *clérigos*: la *Historia Compostelana*, escrita en la primera mitad del siglo XII <sup>1</sup>, nos dá testimonio repetido de que existían ya los proverbios ataviados de metros y consonancias en la misma disposicion que los compilados por Vallés, segun convencen, entre otros que pudiéramos alegar, los dos, concebidos en estos términos:

- I. *Non durat quem mors prosternare curat:*  
*Octo dies durat quod nos dolor eius adurat* <sup>2</sup>.
- II. *Sunt colla fracta multa, propter bona facta* <sup>3</sup>.

Los testimonios en este sentido pueden fácilmente multiplicarse. Parece pues demostrado que las formas artísticas, cultivadas por los eruditos, revistieron con sus galas los adagios y proverbios, creados en estos apartados tiempos, facilitando así su conservacion en la memoria y su trasmision en las escuelas, círculos donde principalmente debían lograr autoridad y aplauso.

Coincidía con este desarrollo y aplicacion del metro y de las rimas eruditas la formacion de las hablas vulgares, que antes de llegar á escribirse, necesitaban ser reconocidas cual legítimo intérprete de la civilizacion que les habia dado existencia. Ningun elemento de cultura podrá hallarse más estrechamente enlazado á la vida intelectual de la muchedumbre: ninguno habia que alcanzára á revelar con más fuerza no sólo sus instintos y afecciones, sino tambien sus ideas y sus creencias respecto de cuantos objetos é instituciones le rodeaban. No habia cambiado el pueblo español de situacion política: sus necesidades, sus ocupaciones, sus esperanzas eran las mismas: la guerra, hecha en nombre de su Dios y de su libertad, continuaba siendo, cual en siglos ante-

<sup>1</sup> Véase el cap. XIII.

<sup>2</sup> Lib. I, cap. VI.

<sup>3</sup> Lib. II, cap. LXXXVI.

riores, el más noble oficio de los reyes y de los magnates, de los hidalgos y de los pecheros; y sin embargo los idiomas hablados en los dominios de Aragon y Cataluña, Castilla y Navarra, Leon y Galicia no eran ya la lengua del Lacio, cuya dominacion conservada por tantos siglos, á pesar de la barbarie, caducaba casi al propio tiempo en todos los pueblos del mediodia de Europa.

Necesitó, pues, manifestarse aquella moral práctica, que reglaba las acciones de los cristianos ya en los dias de la prosperidad, ya en los del infortunio, y así respecto de la religion como de la política, con las nuevas formas de lenguaje que iban labrándose en cada uno de los Estados que constituian el imperio del cristianismo; y aunque no es posible suponer en modo alguno que durante el laborioso período que trascurre desde el instante en que comienza á ser olvidada por la muchedumbre la lengua latina hasta el en que se escriben las hablas vulgares, careciera el pueblo español de este linaje de filosofía, natural creemos que sólo al fijarse de una manera inequívoca la fisonomía de los nacientes idiomas, se alterase radicalmente la expresion de los proverbios y refranes del vulgo, para ejercer sobre el mismo la saludable influencia que habian alcanzado en todos siglos y naciones.

Sin duda no hubieron menester acomodarse desde luego, como la poesía popular, al artificio que imponia á esta la necesidad absoluta del canto; pero nacidos para servir de instrumento á la religion, cuando exhorta y consuela; á la política, cuando previene; á la moral, cuando enseña y avisa; á la razon, cuando reconoce y quilata; á la higiene, cuando aconseja y precave; á la administracion, cuando consulta; á la economia, cuando discierne y acepta; destinados, en una palabra, á reflejar de lleno el estado intelectual de la nacion, cual primera fórmula de la experiencia y de la filosofía, atienden desde el punto en que se revisiten de las lenguas romances, á consignar en breves, enérgicos y decisivos términos la suma de un gran concepto, que debe acogerse sin discusion, y á cuyo fallo han de someterse igualmente los hombres de clara inteligencia y los de escaso talento. Esta expresion, que habia de ser elíptica, incisiva y epigramática, para producir sus naturales resultados, tendiendo á perpetuarse y á

imperar exclusivamente en la memoria, buscó los medios de conservarse íntegra; y a fin de satisfacer la ley que la impulsaba a su progresivo perfeccionamiento, acudió al arte imperante de los populares, para demandarle sus sencillas galas, ó ya seguras y ejemplo de los eruditos, como la misma poesía vulgar, ó ya imitadora de las formas, adoptadas por la literatura latino-romana, para consignar, de la manera que dejamos notado, los avisos de la tradición ó las lecciones de la ciencia.

El *metro* y la *rima* vinieron, pues, á formar y á dar entidad á los refranes españoles desde los primeros días de su misma existencia en las hablas del vulgo, siguiendo en su historia el mismo camino que la poesía meramente tradicional, rebasando mas tarde cuantas transformaciones experimenta la poesía. Así es que ya provienen directamente estos ornatos de la imitación latina, ya se comunicaron á los *refrutereros* y *fablilleros* por medio de los cantares de la muchalumbre, que parece lo mas feroz y hacedero, ofrecieron los mismos caracteres, que resucitaron en los primeros monumentos escritos de la poesía castellana, prueba irrefutable de la espontaneidad de una y otra forma y no que todo de la ingenuidad y arbitrariedad con que se ha pretendido atribuir su origen en extranas civilizaciones.

No opone el entendedor Juan de Mal-lara las mercedadas pruebas de la rima y rima, ni habia podido en consecuencia remitirse á la investigación de los orígenes de su metrificacón y de su rima; y es tardo, no obstante, al descubrir una y otra en los refranes. «Querida que los *consonantes* y *asonantes*, ha continuado diciendo en los refranes, no son *omniplacetos*, que se han imitado en otros, como

A prima provada, á merceda en n' castar nada,

Y

A tres consonantes por merceda en el cubre»

«No es la *rima* *omniplacetum*, que es calencia de *omniplacetum* y rima»

A tres consonantes por merceda en el cubre y harte»

En consecuencia, Juan de Mal-lara

«Hay tambien en los refranes *rhythm* (cadencia) que es una manera de cantar... y esta es la novedad con que el refran particularmente queda señalado y apartado de las otras maneras de «dichos» <sup>1</sup>.

Destellos, pues, de una misma cultura la poesía y la filosofía vulgar, debian comunicarse recíprocamente sus formas, é iluminarse con sus mútuos resplandores: aspiraba la poesía á mantener vivo el espíritu nacional, apoyándose en las creencias y sentimientos, y reflejando las costumbres: reflejando las costumbres y apoyándose en los sentimientos y las creencias, atendia tambien la filosofía vulgar á corregir los errores y extravíos del pueblo,teniéndole siempre despierto ante la idea de sus deberes y de sus derechos. Protesta viva de todo lo que contradice ú ofende los generosos instintos de grandes y pequeños, caminaban poesia y moral á un mismo fin, bien que por diferente senda, rechazando con viril energia todo amago de opresion, y condenando todo escándalo.

Pero si era el efecto de la poesía popular más eficaz y activo, por encender en momentos determinados el entusiasmo patriótico, no menos fecundo y trascendental fué por cierto el de los refranes, que llamados á ejercer en la sociedad constante y universal influencia, tomaban todas las formas del raciocinio, apareciendo al propio tiempo matizados con todos los colores de la imaginacion fresca y lozana de la muchedumbre. Ya históricos, apologéticos, sentenciosos y preceptivos; ya didácticos, suasorios, consolatorios y descriptivos (conveniente nos parece recordarlo), mientras acuden á establecer reglas seguras para todas las situaciones de la vida y para todas las categorias del Estado, señalan de una manera clara y luminosa el desarrollo que iba teniendo la lengua, cuya expresion gramatical y aun retórica se acaudalaba en ellos con ricas y multiplicadas presecas, muestran en su indicado consorcio con la poesía popular el progresivo perfeccionamiento de las formas adoptadas por el arte, que contribuye á ennoblecerlos, y dan por último cabal medida de la ilustracion general del pueblo, caracterizándole perfectamente en cada una

<sup>1</sup> *Philosophia Vulgar*, preámb. IV.



## III.

Viniendo ya á dar razon de la extructura de estos, por medio de egemplos, los cuales hagan más sensibles las observaciones que vamos exponiendo, comenzaremos por los versos de diez y siete sílabas, que como los de quince y trece nos recuerdan los exámetros latinos: el primer hemistiquio consta de ocho y el segundo de nueve, en esta manera:

- I. Quando el villano está rico, | nin tiene pariente ni amigo.
- II. Si s'perdieron los aniellos | aqui fincaron los dediellos.
- III. Más quiero asno que me lieve | que cavallo que me derrueque.
- IV. De mala mogier te guarda | et de la buena non fies nada.
- V. Dí tu secreto á tu amigo | é serás siempre su captivo.
- VI. Dos amigos de una bolsa, | el uno canta et el otro llora.
- VII. Al coneio et al villano, | despedáçale con la mano.
- VIII. Quien es farto del ayuno | non tiene coibdado ninguno.
- IX. Más vale flaco en el mato | que gordo en el papo del gato.
- X. Daca el gallo toma el gallo, | fincan las plumas en la mano.
- XI. Camino de Sanctiago | tanto anda el coxo como el sano.
- XII. Non veo maior dolor | que muchas manos en taiador.

Conveniente juzgamos advertir, antes de presentar egemplo de otros metros, que establecida la rima al final de una y otra parte ó hemistiquio, siempre que aquella es *masculina* ó *aguda*, tiene cada pié dos sílabas menos, sin que por esto pierda su valor ni altere su naturaleza; regla general que no sólo comprende á los refranes, sino que abraza igualmente las composiciones de la poesía docta, en cuanto lo consiente la colocacion de las consonancias, y cuya observacion, fundada en el genio mismo de la lengua, ha extraviado respecto de algunos metros á muy distinguidos críticos de nuestros dias <sup>1</sup>.—Los versos de diez y seis sílabas ó *octonarios*, como los apellida el docto Antonio de Nebrija, son en todo iguales á los que se encuentran en el poema de los *Reyes*

<sup>1</sup> Véase lo que dijimos ya en orden á los versos pentámetros ó de catorce sílabas, págs. 441, etc., y más abajo los egemplos que de los mismos nos ofrecen los refranes.

ya emanando de la fuente comun de la Iglesia, cuyos himnos ofrecian multiplicados egemplos, ya derivándose á los vulgares de la misma versificacion autorizada por los eruditos, bien que descomponiéndose ó amoldándose de nuevo á la ley del canto, constituyeron una parte, y no despreciable por cierto, del caudal métrico de la musa castellana.

Estas consideraciones, que sin duda pudieran tener fácil aplicacion á la historia de la poesia popular en todas las naciones, y muy especialmente en las meridionales, robusteciendo los asertos que dejamos asentados, nos llevan como de la mano á fijar la vista en los multiplicados metros de que nuestros mayores revistieron los adagios y refranes, á fin de grabarlos sin fatiga ni dificultad alguna en la memoria, donde debia fructificar espontáneamente su provechosa doctrina. Grande es el número de combinaciones métricas que aun despues de tantos siglos, en que dieron alterarse sucesivamente para irse acomodando al progresivo desarrollo de la cultura y del arte que la representa, encontramos en estos peregrinos monumentos: ningun metro de los cultivados, ya por la poesia tradicional, ya por la erudita, se echa le menos en tan variado repertorio, mostrándose casi siempre adornados de vistosas rimas, dispuestas de la misma suerte que las de los versos llamados *leoninos*, para que sirviendo de cebo y descanso á la memoria, vinieran á ser fladoras del éxito apetecido en tan ingénua enseñanza. Este artificio, que permitia siempre dar á la sentencia una distribucion acertada, colocando la exposicion de la doctrina en el primer hemistiquio de cada verso, y dejando su confirmacion para el segundo, se halla generalmente observado en los refranes que ostentan aquella gala de las poesías modernas, ora rimen en perfecto consonante, ora tengan únicamente la simple asonancia. Y es lo notable que no sólo en los versos de sílabas pares, cuyos hemistiquios son iguales de todo punto, sino que tambien en los de sílabas impares, que difieren en una comunmente, se guarda la misma ley, probando así que admitido una vez este ornato, llega semejante forma poética á hacerse connatural con los refranes.

## 111.

When boys were asked to draw extra lines to complete the drawing, the number of lines drawn was significantly greater than the number of lines drawn when they were asked to complete the drawing by themselves. This suggests that boys are more likely to draw extra lines when they are asked to do so, even if the extra lines are not needed to complete the drawing.

- I. Qu'est-ce qu'un "résumé" ? (définition, importance, etc.)
- II. Pourquoi résumer ? (pourquoi résumer ?)
- III. Méthodes de résumés (méthodes de résumés)
- IV. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- V. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- VI. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- VII. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- VIII. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- IX. Méthodes de résumés (méthodes de résumés)
- X. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- XI. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)
- XII. Définitions et principes de base (définitions et principes de base)

[illegible][illegible]

- IV. Non façe poco | quien se desfiende de otro.
- V. Grano á grano | finche la gallina el papo.
- VI. Entre guerra é paz | el que matan ¿ se yaz.
- VII. Esse pierde feria | que non tiene que venda.
- VIII. Refilat, tortero, | quel fusso es de madero.
- IX. Obras son amores | é non buenas razones.
- X. De ome heredado | non te verás vengado.
- XI. Fijo non avemos | é nombre le ponemos.
- XII. En el aldegüela | más mal ha que non suena.

Los versos de arte mayor ó cuatro cadencias, tales como los emplea el Rey Sabio en sus *Cantigas*, y fueron en los siglos XIV y XV cultivados por los poetas eruditos, aparecen tambien con la rima en el primero y segundo hemistiquio:

- I. Bien sabe la rosa | en que mano posa.
- II. Conseia d'orrella | non vale una arbella.
- III. Onra sin provecho | aniello en el dedo.
- IV. Ama sodes, ama, | mientras el niño mama.
- V. Sirve á señor noble, | magüer sea pobre.
- VI. Tú bamba, yo bamba, | non ay quien nos tanga.
- VII. Tiempo trás tiempo | é agua trás viento.
- VIII. La casa es mohina | que non ha farina.
- IX. Espérame, muerto, | que verzas te cuezco.
- X. Quién te enriqueció? | quien te gobernó.
- XI. Quien yerra et emienda, | á Dios se acomienda.
- XII. Tres maravedis! | quán alto que ys!...

Y lo mismo sucede con los endecasílabos, cuya division no es por cierto tan fácil.—Sin embargo, atendiendo á su especial estructura, insiste la rima, ya en el hemistiquio de cinco sílabas, ya en el de siete, con su respectiva correspondencia al final: en el primer caso el verso es *sáfico*: en el segundo es *propio endecasílabo*, siendo imposible guardar más extrictamente las leyes á que se ajustan estos metros, tan abundantes en los *Himnos* eclesiásticos, antes y despues de la catástrofe del Guadalete. Sirvan de ejemplo:

- I. De luengas mares | pocas son las artes.
- II. Llorarte, abuelo, | agora que non puedo.
- III. Á ome bueno | non busques aholengo.
- IV. Burla burlando | váse el lobo al asno.
- V. Muera Samson | é quantos con él son.

- VI. Á ruyn moçuelo | ruyn capiçayuelo.
- VII. Non hay mejor bocado | quel furtado <sup>1</sup>.
- VIII. Lo que la loba façe | al lobo aplaçe.
- IX. Quien á uno castiga | á çiento hostiga.
- X. Donde no está su dueño | está el su duelo.
- XI. Dueña que mucho mira, | poco fila.
- XII. Bien come el catalan, | si se lo dan.

Los versos de diez sílabas se parten por hemistiquios pares, como los de diez y seis, catorce y doce:

- I. Allá van leyes | do quieren reyes <sup>2</sup>.
- II. Non hay reyna | sin su vesina.
- III. Sofrir cochura | por fermosura.
- IV. Amor de niña | agua en çestilla.
- V. Más vale trague | que Dios vos salve.
- VI. Yo que me callo, | piedras apaño.
- VII. Bien canta Marta, | quando está farta.
- VIII. Amor de monjas | fuego de estopas.
- IX. Ome que presta, | sus barbas messa.
- X. De luengas vias | luengas mentiras.

<sup>1</sup> Este adagio popular, nacido de la aviesa inclinacion á codiciar lo del prójimo, dió sin duda motivo á aquellos felicisimos versos de Garcilaso:

Flérida, para mí dulce y sabrosa  
Más que la fruta del cercado ageno.

La poesía popular ha ministrado en todas edades ideas y sentimientos á la erudita.

<sup>2</sup> Los antiguos cronistas, y entre ellos el arzobispo don Rodrigo (*De Rebus Hispaniae gestis*, lib. VI, cap. XXV), aseguran que este proverbio vulgar tuvo nacimiento de la preferencia dada por Alfonso VI en 1077 á la liturgia gálica (romana) sobre la española, despues de la prueba del fuego y del hierro, en que alcanzó victoria el rito isidoriano, apellidado á la sazón *mozárabe*. Debemos observar que en los *Refranes* del marqués de Santillana, de donde tomamos este, aparece ya modificado el lenguaje, si bien conserva su primitiva forma artística. En la *Crónica general* es un verso endecasílabo de este modo: *Dó quieren reyes | allá van las leyes* (fól. 312 de la ed. de Ocampo, col. 4): en otros Mss. del siglo XIII se lee: *Allá van leys dó quieren reys*. En cuanto á su antigüedad no hallamos dificultad alguna en admitir, dados los estudios en su lugar realizados sobre los orígenes y formacion de las *hablas vulgares*, que existia ya siglos antes de la fecha que la forma actual presupone. No se olvide que reconocida su autenticidad, constituye una prueba de grande importancia para determinar la antigüedad de los metros populares en la poesía meramente tradicional: hecho que en su lugar recordaremos.

No así los de nueve, que siendo menos usuales en el parnaso español, se dividen naturalmente en dos grupos de cuatro y cinco sílabas, alternando en su colocacion, segun nos advierten los que siguen:

- I. Grand tocado | é chico recabdo.
- II. Datle, datle: | peor es furgarle.
- III. Dios é vida | componen villa.
- IV. Cada gorrion | con su espigon.
- V. Non todas veçes | pan é nueçes.
- VI. De padre santo | fiijo diablo.
- VII. Todas las aves | con sus pares.
- VIII. De tales bodas | tales tortas.

Ya se consideren los octosílabos como hemistiquio de los octonarios, ya como dimetros yámbicos, ya como derivacion del segundo hemistiquio de los exámetros de quince sílabas, hállanse en los refranes divididos en dos partes enteramente iguales, exornada una y otra de asonantes ó consonantes, en esta manera:

- I. De ora en ora | Dios meiqra.
- II. Oy venido | é crás garrido.
- III. Jura mala | en piedra caya.
- IV. Parto malo | é fija en cabo.
- V. Muera gata, | é muera farta.
- VI. Á sol puesto | obrero suelto.
- VII. Quien destaxa | non baraxa.
- VIII. Cara en canto | é viña en pago.
- IX. Mula blanca | ó vieja ó manca.
- X. Más dá el duro | que el maduro.

Cuando el consonante es agudo, se pierde naturalmente una sílaba, ora en el primero, ora en el segundo hemistiquio. Así sucede en:

- I. Antes quebrar | que doblar.
- II. Más vale saber | que aver.
- III. Quien juró, | non me engañó.
- IV. Ojo allá, | que feria vá.

Frecuentes son los versos de pié quebrado ó monómetros, que se asocian á los octosílabos, como:

- I. Zorrilla que mucho tarda,  
caza aguarda.
- II. Es tenuta por más casta

- la más cauta.  
 III. Toro, trucha, gallo ó barbo,  
 todo en mayo.  
 IV. Quien de los suyos se alexa,  
 Dios le dexa.  
 V. Entre gabiella et gabiella  
 fambre amariella.

En este último verso se cumple la regla establecida por Nebrija y Enzina en su *Gramática y Poética castellanas*, citadas repetidamente, entrando con una sílaba perdida.—Los *eptasilabos*, menos comunes que los anteriores, llevan la rima, unas veces en un hemistiquio de cuatro y otras en uno de tres, correspondiendo, como en todos los metros citados, al final: por tanto leemos:

- I. Nuestro goço | en el poço.  
 II. Sobre brevas | non bevas.  
 III. De la mala | te guarda.  
 IV. Á rey muerto | rey puesto.  
 V. Non fies | nin porfies.  
 VI. Los fijos | son nascidos.  
 VII. Más vieia, | más pelleia.

Conciértanse estos versos con los de cinco sílabas, formando el pié de esos cantarcillos populares tan graciosos y flexibles que han recibido modernamente el nombre de *seguidillas*:

- I. Cochiello de mugeres,  
 corta si quieres.  
 II. Non sabe la golpeia  
 con quien trebeia.  
 III. Quien s'assaña en la boda,  
 piérdela toda.  
 IV. Dende quieres á tienes,  
 el terço pierdes.  
 V. Pierde el asno los dientes,  
 é non las mientes.  
 VI. Quien mala muger cobra,  
 siervo se torna.

Ni son menos notables los *exasilabos*, que guardan la misma ley general en la colocacion de las rimas, tal como en:

- I. Su alma | en su palma.  
 II. Quál eres, | tal medres.

III. Ó monge, | ó calonge.

IV. Madexa | sin cuenda.

V. Si tuerta, | non vuestra.

Y otros del mismo género.—Á veces los piés de cinco sílabas estan dispuestos de suerte que producen una coplilla entera, encerrando un solo refran ó proverbio. Tal vemos en esta:

Derramadora  
De la farina,  
Allegadora  
De la ceniza.

Y en no pocas ocasiones acontece lo mismo con los monómetros, de que puede servir de ejemplo el siguiente refran:

Fijo fuyste;  
Padre serás:  
Qual feciste,  
Tal avrás <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En la referida coleccion del marqués de Santillana dice este refran:

Fijo ares;  
Padre serás:  
Qual fecieres,  
Tal avrás.

Nosotros lo tomamos del *Valerio de las Historias*, tit. IV, cap. I.—Como ejemplo de otros cantarcillos, citaremos este visiblemente navarro:

Estella, la bella,  
Pamplona, la bona,  
Ollite et Tafalla  
La flor de Navarra.

Ó este, aragonés sin duda, más antiguo:

Amor de fraire  
Non dura guaire:  
Et si dura guaire,  
Mala poral fraire.

Ó este que, si bien mucho más moderno que los trascritos, es una graciosa redondilla:

Ni en invierno viadero,  
Ni en otoño sembrador,  
Ni con nieve seas vaquero,  
Ni de ruyos seas asher.



- I. Las mas cantu  
 III. Toro, trucha, gallo o barbo,  
 todo en mi yo  
 IV. Quien de los sayos se alista,  
 Dios le dexa  
 V. Entre gabiella et gabiella  
 fambre anabiella.

En este último verso se cumple la regla establecida por Voss y Luzina en su *Gramática y Poesía castellanas*, y el verso es, efectivamente, entrando con una sílaba perdida. Los *septasílabos* son los comunes que los anteriores, llevan la rima, unas veces en el hemistiquio de cuatro y otras en uno de tres, correspondiendo como en todos los metros citados, al final: por tanto leemos:

- I. Nuestro gozo en el pozo  
 II. Sobre brevas, non bevas  
 III. De la mala te guarda  
 IV. A rey muerto, rey puesto  
 V. Non fies ¡nun porfies  
 VI. Los fijos son mas pios  
 VII. Mas viera, mas pelleria

Concertamos estos versos con los de cinco sílabas, *hemisílabos*, y podemos cantar ellos populares tan graciosos y flexibles, que han recibido modernamente el nombre de *seguidillas*:

- I. Cochuello de muzeres  
 corta si queres  
 II. Non sabe la golpeta  
 con quien trebera  
 III. Quien clavaña en la toda,  
 perdela toda  
 IV. Den los queros a tienes  
 el teryo pierdes  
 V. Pierde el asno los dientes,  
 e non los mientes  
 VI. Quien mala muger cobra  
 e vese a terna

Nos quedan por nombrar los *octasílabos*, que guardan la rima y se cantan en la sucesión de las rimas, tal como es:

- I. Su alma en su palma  
 II. Quieres, tal medres

Y si estos *adagios, verbos, palabras ó retraeres*, que aun despues de las diversas modificaciones que indudablemente han xperimentado en sus formas gramaticales, conservan tan inequi-

ia, y en su III.<sup>a</sup> Parte, citando otros refranes, escribia el siguiente:

El fijo sabio alegra al padre,  
Mas el loco tristeza es de la madre.

En los *Establimientos de Sancti Jacobi*, códice de mediados ó tal vez de rincipios del mismo siglo XIII, se cita la *fabliella* antigua de:

I. Non podemos ser meiores | de nuestos anteciores.  
(*Real Acad. de la Hist.*, fond. de Bénévivere).

Ya al finar de aquel siglo, componia su *Libro de los Castigos* el rey don encho el Bravo: en este peregrino tratado, conocido apenas de los cru-  
itos, se leen entre otros muchos refranes, calificados tambien de viejos los  
iguientes (Caps. 1, 19, 24 y 33):

- I. Nin á fuego nin á veras | con tu sennor partas pernas.
- II. Las manos en la roca | é los oios en la puerta.
- III. El buen esfuerzo vence | mala ventura.
- IV. Ome aperçibido | medio combatido.

El celebrado don Juan Manuel, que floreçe en la primera mitad del XIV,  
ecia en el libro de los *Castigos á su hijo don Ferrando*: «Palabra é retrayre  
antiguo es de Castiella que:

I. Quien bien sirve, bien desirve: | quien bien desirve bien sirve.»  
(*Cód. S. 34 de la Bibl. nac.*, cap. IV., fól. 35).

Y prescindiendo de los versos, que siguen á los apólogos y egemplos del  
*onde Lucanor*, imitados durante el siglo XIV por los cultivadores del arte  
imbólico, que en su lugar estudiaremos, hallamos en la II.<sup>a</sup> y III.<sup>a</sup> Parte del  
xpresado libro algunos refranes vulgares, entre los ciento cincuenta prover-  
ios eruditos, de que se componen: tales son:

- I. El rey rey, gobierna: | el rey non rey, non gobierna.
- II. Quantos nombran la verdat, | non andan por sus carreras.

No debe tampoco olvidarse el inequívoco testimonio que nos dá el archi-  
reste de Hita respecto de la antigüedad de los refranes metrificados y ri-  
nados: este escritor, que acopia en sus poesías gran número de *proverbios y*  
*abliellas* populares, cuya doctrina sirve de verdadero esmalte á sus peligro-  
as y picantes enseñanzas, nos trasmite, entre otros muchos, los que siguen:

- I. El encantador malo | saca la culebra del forado.
- II. El sabio vencer al loco | con conseio, non es poco.
- III. Quando te dan la cabliella | acorre con la soguella.
- IV. Moço malo, moço malo | más val enfermo que sano.
- V. Fas conseio de amigo; | fuye loor de enemigo.
- VI. Escarba la gallina | é falta su pepita.



Y si estos *adagios, verbos, palabras ó retraeres*, que aun despues de las diversas modificaciones que indudablemente han experimentado en sus formas gramaticales, conservan tan inequi-

ria, y en su III.<sup>a</sup> Parte, citando otros refranes, escribia el siguiente:

El fijo sabio alegra al padre,  
Mas el loco tristeza es de la madre.

En los *Establimientos de Sancti Jacobi*, códice de mediados ó tal vez de principios del mismo siglo XIII, se cita la *fabiella* antigua de:

I. Non podemos seer meiores | de nussos antecesores.  
(*Real Acad. de la Hist.*, fond. de Bénévivere).

Ya al finar de aquel siglo, componia su *Libro de los Castigos* el rey don Sancho el Bravo: en este peregrino tratado, conocido apenas de los eruditos, se leen entre otros muchos refranes, calificados tambien de viejos los siguientes (Caps. 1, 19, 21 y 33):

I. Nín á fuego nin á veras | con tu seónnor partas peras.  
II. Las manos en la rueca | e los oios en la puerta.  
III. El buen esfuerço vençe | mala ventura.  
IV. Ome aperçibido | medio combatido.

El celebrado don Juan Manuel, que florece en la primera mitad del XIV, decia en el libro de los *Castigos á su hijo don Ferrando*: «Palabra é retrayre antiguo es de Castiella que:

I. Quien bien sirve, bien desirve: | quien bien desirve bien sirve.»  
(*Cód. S. 34 de la Bibl. nac.*, cap. IV., fól. 35).

Y prescindiendo de los versos, que siguen á los apólogos y egemplos del *Conde Lucanor*, imitados durante el siglo XIV por los cultivadores del arte simbólico, que en su lugar estudiaremos, hallamos en la II.<sup>a</sup> y III.<sup>a</sup> Parte del expresado libro algunos refranes vulgares, entre los ciento cincuenta proverbios eruditos, de que se componen: tales son:

I. El rey rey, gobierna: | el rey non rey, non gobierna.  
II. Quantos nombran la verdat, | non andan por sus carreras.

No debe tampoco olvidarse el inequívoco testimonio que nos dá el archipreste de Hita respecto de la antigüedad de los refranes metrificados y rimados: este escritor, que acopia en sus poesías gran número de *proverbios* y *fabiellas* populares, cuya doctrina sirve de verdadero esmalte á sus peligrosas y picantes enseñanzas, nos trasmite, entre otros muchos, los que siguen:

I. El encantador malo | saca la culebra del forado.  
II. El sabio vencer al loco | con conseio, non es poco.  
III. Quando te dan la cabiella | acorre con la soguella.  
IV. Moço malo, moço malo | mas val enfermo que sano.  
V. Fas conseio de amigo; | fuye loor de enemigo.  
VI. Escarba la gallina | é falla su pepita.

vocos vestigios de venerable antigüedad, que han sido presentados cual piedra de toque de la lengua castellana, por ser nacidos y criados entre las viejas tras del fuego, hilando sus ruecas ¿cómo no han de ser tomados en cuenta, al estudiar las formas artísticas de nuestra popular poesía? ¿Ni cómo, hecho ya este exámen, puede abrigar la crítica duda alguna respecto del origen de estos elementos poéticos, aventurándose á caer en reprehensibles errores, por apartarse de la senda que en semejante investigacion nos dejan ellos mismos trazada?... Repitémoslo con toda la seguridad que nos inspira el convencimiento histórico: si al quilatar bajo el punto de vista meramente artístico las primicias

VII. Donde te quieren mucho | non vayas á menudo.

VIII. Mas vale suelta estar | la viuda que casar.

IX. Pan é vino jueja | que non camisa nueva.

X. Non hay encobierta | que á mal non revierta.

El refran señalado con el número III se halla en algunos códices del siguiente modo: *Quando te dan la crabiella, | prenlla con la tu soguiella* (Bibl. de Salazar, Acad. de la Hist., cód. A. 2): el X, fué citado ya un siglo antes por Juan Lorenzo de Astorga, segun vá notado. En todos aparecen empleados los primitivos metros de la poesía popular desde los de diez y siete hasta los de doce. Ponia el archipreste de Hita término á su libro en la Era de 1381, año de 1343; y advirtiéndolo, cada vez que cita uno de los preinsertos adagios, que era *antiguo retraere, vieia fabriella, vierbo ó palabra*, lícito nos parece deducir que por lo menos deberian contar medio siglo de existencia en la forma, con que los repite. Mas como por otra parte es indudable que el rey don Sancho, al doctrinar á su hijo, alega la autoridad de los refranes del vulgo, y calificándolos tambien de *antiguos*, presenta repetidos egemplos de versos de catorce, quince y diez y seis sílabas rimados y por rimar; como dándoles igual calificación, los emplean otro medio siglo antes el autor del Poema de *Alexandre* y el Rey Sabio, no creemos desacertado el concluir, que la proposición del entendido Dozy no puede sostenerse. Los refranes castellanos, de que nos dan noticia los monumentos literarios del siglo XIII y principios del XIV, ofrecen en su expresion los mismos caracteres que los recogidos á mediados del XV por el Marqués de Santillana, debiendo observarse por último que en tiempo del mencionado archipreste de Hita se diferenciaban ya los compuestos de versos largos de los formulados en metros de nueve ó menos sílabas, con el nombre de *retraeres grandes é proverbios chicos*. Entre estos menciona-

I. A mal fecho | ruego, ó pecho.

II. Romero fto | saca çatico, etc.

que guardan la misma extructura en la coleccion del Marqués.

de la poesía escrita, contemplamos en ellas el sello de la literatura latino-eclésiástica, que aun degenerada y decaída de su antiguo lustre, revela clara y distintamente su generosa procedencia, al reconocer uno por uno todos los metros que atesoran los refranes castellanos, no solamente hallamos la confirmación palmaria de esa influencia, por tantos títulos legítima, sino que abarcando de una sola mirada la historia exterior del arte, sorprendemos en ellos la admirable unidad que guardan sus metros con los empleados por los eruditos.

Desde los versos octonarios, ó de diez y seis sílabas, usados en los poemas de los *Reyes d'Oriente* y de las *Mocedades del Cid*, hasta los dímetros y monómetros (de ocho y cuatro) cultivados por Jorge Manrique; desde los pies de diez y siete, quince y trece sílabas, que siendo remedo de los exámetros latinos, se hallan en no muy apacible consorcio en el *Poema* del héroe de Vivar <sup>1</sup>,

1 Dejamos ya notado en la *Ilustración* II.<sup>a</sup> que la metrificación de este peregrino poema insiste principalmente en la imitación de los pentámetros, manifestando al par que abundaban en él los pies de diez y siete, quince y trece sílabas, derivados de los exámetros. Para que puedan ser comparados con los versos que en los refranes tienen igual número, pondremos aquí algunos ejemplos. De diez y siete sílabas:

A la exida de Vivar | ovieron la corneia diestra.  
Que perderie los aueros | é más los oios de la cara.  
Mas el Criador vos vala | con todas sus virtudes sanctas.  
Afevos doña Ximena | con sus fijas do vâ legando.  
Las armas sedien prisas | é sedien sobre los cavallos.  
Alâ vava Alvar Fañez | é Alvar Salvadores sin falla, etc.

De quince, que son más numerosos y ofrecen la estructura ya conocida en los refranes:

Burgeses é burgesas | por las finiestras son puestas.  
Valanne tus virtudes, | gloriosa sancta Maria.  
Rezava los matines | á buelta de los albores.  
Por malos mestureros | de tierra sodes echado.  
Con aquestas mis dueñas, | de quien yo so servida.  
Crís á la mannana | pensemos de cavalgar.  
Que de día nin de noche | non les dicen arrebatá, etc.

De trece, con hemistiquios de cinco y seis sílabas, como en los refranes:

Fincó los ynoios | de corazon rogaba.  
De todo conducho | bien los ovo bastidos.  
Ferlo he amidos, | de grado non avrie nada.



un Manuel y de Micer Francisco Imperial, de Fernan Perez de zman y del Marqués de Santillana, cultivadores todos en los los XIII, XIV y XV de dicho linaje de metros.

Esta misma riqueza de formas poéticas y su identidad absoluta las empleadas en los monumentos de nuestra literatura, unidas a venerable antigüedad de las formas gramaticales, hubieron duda de mover al benedictino Sarmiento á dar por sentado, un al comenzar el presente estudio dijimos, que halló la poesia gar el origen de los metros por él reconocidos en los adagios refranes de la muchedumbre. Pero no sólo perdió de vista diligente investigador la tradicion verdaderamente literaria, exponer semejante aserto, sino que incurrió tambien en notaequivocacion, al explicar la manera cómo debieron formarse metros mayores de diez, doce y catorce sílabas, únicos que los de once comprende en sus estudios <sup>1</sup>.

Sostiene por punto general que los referidos metros resultaron la union de dos *redondillos menores*, título que dá á los *verpenta, exa, y eptasílabos*, apelando respecto de los últimos á autoridad de don Nicolás Antonio, quien apellidó á los pentámetros de Berceo con el nombre de *endechas dobladas*. Mas olvidemos por un momento cuanto llevamos advertido y nos enseña historia tocante á la filiacion de los pentámetros y versos de e mayor; apartemos la vista de la absoluta semejanza que iste entre los decasílabos latinos y castellanos <sup>2</sup>, y admitamos e los mencionados metros, por constar de sílabas pares, en vez dividirse naturalmente en iguales hemistiquios, se formen del rupamiento de dos *redondillos menores*. Dado todo esto, preguntaríamos : ¿y cómo se constituyeron los exámetros de diez y ste, quince y trece sílabas?... ¿Cómo los endecasílabos ya pros, ya sáficos, tales cual aparecen en los refranes?... ¿Cómo los nueve, que no por ser poco usados en nuestro parnaso, merecn condenarse al olvido?... Pero concedamos tambien que estos timos, aun con los caracteres especiales que en los proverbios

<sup>1</sup> § VII, de sus citadas *Memorias*.

<sup>2</sup> Aunque sin aplicacion inmediata, véase con este propósito en *Horacio* la a XIV.<sup>a</sup> del libro II, y la I.<sup>a</sup> y II.<sup>a</sup> del III.





la tradicion : suponer que los refranes ostentaron dichas formas antes que la poesia y que se las comunicaron en dia determinado, seria negar la tradicion y la filosofia al propio tiempo. Los pueblos, como los niños, necesitan de cantos alrededor de su cuna: cuando salen de la infancia, sin olvidar esos mismos cantos, aspiran á reglar su vida por medio de máximas sencillas y provechosos avisos, hijos de su experiencia; y aunque no puede rigurosamente considerarse el pueblo español en esta edad como pueblo primitivo, las grandes vicisitudes que le rodean, y sobre todo la peregrina circunstancia de hablar un nuevo idioma, le reducen en cierta manera á aquel estado, sujetando á la misma ley todos los elementos de su heredada cultura. El desarrollo de estos debia ser y fué por tanto lento y gradual, como que venia á satisfacer necesidades sucesivas, no concibiéndose en modo alguno que se apoderasen los adagios y proverbios del vulgo de las formas de la poesia popular, sin que esta las hubiera antes adoptado.

Ni pudiera tampoco explicarse de otra suerte esa unidad de expresion entre poesia y filosofia, que dejamos reconocida, ni menos comprenderse cómo alimentándose los refranes de las enseñanzas de los doctos, acuden estos sin cesar á aquellos inagotables veneros de la moral y de la política, para dar inusitada frescura á sus producciones. Tiene esta observacion eficacísima prueba en las obras ya citadas del Rey Sabio, de su hijo don Sancho, de su sobrino don Juan Manuel, del archipreste de Hita y un siglo más adelante en las no menos celebradas del Marqués de Santillana. Tan ilustre magnate, que tomaba entre otros varios adagios, por tema y ornato de sus composiciones, los refranes: *Las paredes han oydo*; *Uno ptensa el bayo é otro el que lo ensilla*; *Tan lueñe de ojos tanto de corazon*, y *Uso façe maestro*<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Proverbios, cap. II, pág. 38 de las obras del Marqués; *Desir contra los Aragoneses*, que empieza con dicho refran, pág. 255; cancion amorosa, que comienza :

Ha bien errada opinion  
Quien dice: Tan leños d'ojos,

- En tres cuarta  
 III Toro, trucha, gallo o barba,  
 todo en moyo  
 IV Quien de los suyos se alieva  
 Dios le dexa  
 V Entre gabriella et gabriella  
 Cumbre anariella.

En este último verso se cumple la regla establecida por Voz y Luzuri en su *Gramática y Poesía castellanas*, y es la siguiente: «Las *septasílabas* son los comunes que los anteriores, llevan la rima, unas veces en el hemistiquio de cuatro y otras en uno de tres, correspondiendo como en todos los metros citados, al final: por tanto ~~leemos~~»

- I. Nuestro gozo en el pozo  
 II. Sobre brevas, non bevas  
 III. De la mala te guarda  
 IV. A rey muerto, rey puesto  
 V. Non fies ¡ni portes!  
 VI. Los tipos ¡son magos!  
 VII. Mas viera, ¡mas pellea!

Concertar con estos versos con los de cinco sílabas, formando por de sí los canturreos populares tan graciosos y de vivos, han llamado modernamente el nombre de *seguidillas*

- I. Cochello de mugeres  
 corta si queres  
 II. Non sabe la golpiza  
 en quien trebera  
 III. Quien clavaña en la bolsa,  
 pierde la toda  
 IV. Donde queres a toves  
 el toyo, quedes  
 V. Fuerte el asno los dientes,  
 en non los mientes  
 VI. Quien mata a muger cobra  
 sereno la terna

Y con otros muchos *sextasílabos*, que guardan la misma ley, y en que la correspondencia de las rimas, tal como es

- I. Si alina en la palma  
 II. Quati eres tal medres

ragon la misma lengua de Castilla, hacia en Salamanca plausibles esfuerzos el comendador Hernan Nuñez, celebrado ya por sus comentarios á Juan de Mena, y más todavía por su grande autoridad en la enseñanza de las letras humanas, por acopiar los antiguos proverbios del vulgo, comprándolos á subido precio y preurándose á glosarlos, ya en los últimos años de su vida. No le j6 la muerte llevar á cabo su intento: los refranes que andan en su nombre salian á luz en 1555 «con gran copia de lenguas extrañas, como portugueses, gallegos, asturianos, catalanes, valencianos, franceses, toscanos, y asimismo muchos an desnudos como nascieron, harto vergonzosos y de mal exemplo» <sup>1</sup>, quedando á otros eruditos la empresa de las glosas y comentarios.

Acometi6la pocos años despues Juan de Mal-Lara, discípulo del mismo comendador Griego, con no escasa fortuna: su *Philosophia vulgar*, riquísimo repertorio en que debió glosar sobre 32 mil refranes castellanos, cuya interpretacion consultó «con muchos viejos y viejas» <sup>2</sup>, no solamente daba cumplida razon de inmensa lectura que tan respetado humanista habia hecho de poetas, historiadores, oradores, filósofos y cosm6grafos de la tigdud, sino que justificaba plenamente la importancia atribuida en general á los refranes. Apartándose de la senda comun de los compiladores que le habian precedido, sustitua al 6rden alfabético otro más racional y filosófico, separando por materias dividiendo en millares y centurias todo aquel numeroso aparato de proverbios, en los cuales reconocia los más preciosos elementos de la cultura española. Mas no pudo tampoco Mal-Lara terminar su obra, cuya primera parte, dedicada á Felipe II, y dada á la estampa en 1568, es la única que ha llegado á nuestros días. Entre tanto recogia en Valencia «de muchos autores y conversaciones» no despreciable número de «refranes de mesa, salud y buena crianza» el diligente Lorenzo Palmireno, é imprimialos en siguiente año de 1569 <sup>3</sup>.

1 Mal-Lara, *Philosophia vulgar*, preámb. XI.

2 Preámb. XIII.

3 Debemos observar que no fueron estas las únicas colecciones de refra-



que aprovechando en sus *Refranes castellanos y latinos glosados* cuantos trabajos se habían hecho en España, y teniendo á la vista la aplaudida coleccion de Erasmo, lograba prestar señalado servicio al estudio de las lenguas latina y castellana <sup>1</sup>. Cejudo sólo consideraba, sin embargo, los refranes españoles bajo el aspecto de la forma gramatical y retórica, si bien daba algunas explicaciones sobre su inteligencia: la gloria de haberles reconocido su verdadera importancia filosófica seguía perteneciendo al sevillano Juan de Mal-Lara.

Y no sea esto decir que tan respetable humanista desconociera que el estudio filológico de los refranes castellanos era en suma el estudio de la historia de la lengua: respecto de este punto, despues de tratar de su extructura y manifestar las excelencias de los proverbios vulgares, añadía: «Los refranes aprovechan para el ornato de nuestra lengua y escriptura: son como piedras preciosas salteadas por las ropas de gran prescio, que arrebatan los ojos con sus lumbres; y su disposicion dá á los oyantes gran contento; y como son de notar, quédanse en la memoria» <sup>2</sup>. «Los refranes en la oracion concertados (decia en otro lugar) lucen mucho, no como en tablilla de platero adonde no estan las piezas y joyas de oro para hermosura, sino para guarda» <sup>3</sup>. Imposible era en verdad que un escritor consagrado de lleno á la enseñanza de las letras humanas, perdiera de vista la cuestion de forma, punto capitalísimo entre los eruditos del siglo XVI; pero la parte más principal de los adagios españoles, aquella en que «no habemos menester los latinos, griegos ni toscanos» <sup>4</sup>, aquella

1 Madrid, 1695.

2 Preámb. IX.

3 Preámb. X.

4 El erudito Sarmiento intenta demostrar, con el testimonio del famoso Salmasio, cuyas palabras cita, que los refranes españoles «exceden á todos en agudeza» (núm. 419). Nosotros creemos que hay mayor exactitud en el aserto de Mal-Lara, por ser menos ambicioso y porque no ofende la cultura de los demás pueblos. Sobre este punto juzgamos que no puede haber preferencia filosófica: los refranes son fiel espejo del estado intelectual de cada nacion, y serán más perfectos cuando más conformes se hallen con dicho estado, teniendo siempre en cuenta todos los elementos que á su formacion

hasta los sueltos y graciosos bordoncillos de cinco sílabas; desde los pentámetros del referido poema hasta los versos de dos cadencias de Juan del Enzina; todas las combinaciones admitidas y practicadas por el Rey Sabio; todas las ensayadas por el príncipe don Juan Manuel y el archipreste de Hita; todas las más aplaudidas en la corte de Enrique III y don Juan II, aparecen, pues, consignadas en los refranes del vulgo, tomando así carta de naturaleza entre doctos é ignorantes. Hasta los versos endecasílabos, que sólo llegan á triunfar en el terreno de la poesía artística, por excelencia, entrado ya el siglo XVI, tienen abundantísimos ejemplos en los adagios castellanos, no dejando duda alguna la disposición de sus rimas, sujetas al sistema generalmente observado en orden á los demás metros, de que si no pudieron acomodarse fácilmente á los aires nacionales <sup>1</sup>, fueron dignos intérpretes de la moral, de la religion, y aun de la política, dando razon cumplida de los esfuerzos del rey don Alfonso, de su sobrino don

Con vuestro conseio | bastir quiero dos archas.  
 Por Rachel ó Vidas | apríesa demandaba.  
 Las archas aduchas, | prendet seiscientos marchos.  
 Exido es de Burgo | é Arlanzon ha pasado.  
 Muros é moras | avieulos de ganancia, etc.

Y hemos dicho que aparecen en no muy apacible consorcio, porque es en verdad excesiva para la recitación de nuestros días la diferencia que existe entre estos metros y aun los de doce sílabas, por más que reconozcan todos un mismo origen. Tal diversidad de metros provenia sin duda de la diferente índole prosódica de la lengua castellana y de la latina: contaba esta, como todo el mundo sabe, con sílabas largas y breves, que dando toda la flexibilidad imaginable á sus piés métricos, igualaban un verso de doce ó trece con otro de catorce, quince ó diez y siete, siendo todos propiamente exámetros. tenia la castellana únicamente el acento para determinar la flexibilidad y cadencia del verso, siendo de todo punto igual el valor de las sílabas; de donde naturalmente resultaba que la imitación de los exámetros latinos, que sólo podia tener para la muchedumbre el fiador del oído, daba nacimiento á distintos metros, entre los cuales no fué ni podia ser en modo alguno posible la armonia. Hé aquí por qué desde luego tienden todos estos versos á constituir por sí diversas especies, apartándose de dia en dia de su comun principio, segun advertimos en la *Ilustracion* antes citada. Cuando examinemos el *Poema del Cid*, expondremos nuevas observaciones respecto de sus formas artisticas.

<sup>1</sup> Sarmiento, *Mem. para la Hist. de la poes.*, núm. 345.

an Manuel y de Micer Francisco Imperial, de Fernan Perez de Izman y del Marqués de Santillana, cultivadores todos en los siglos XIII, XIV y XV de dicho linaje de metros.

Esta misma riqueza de formas poéticas y su identidad absoluta en las empleadas en los monumentos de nuestra literatura, unidas a la venerable antigüedad de las formas gramaticales, hubieron a duda de mover al benedictino Sarmiento á dar por sentado, aun al comenzar el presente estudio dijimos, que halló la poesía el origen de los metros por él reconocidos en los adagios refranes de la muchedumbre. Pero no sólo perdió de vista el diligente investigador la tradicion verdaderamente literaria, exponer semejante aserto, sino que incurrió tambien en notable equivocacion, al explicar la manera cómo debieron formarse los metros mayores de diez, doce y catorce sílabas, únicos que en los de once comprende en sus estudios <sup>1</sup>.

Sostiene por punto general que los referidos metros resultaron de la union de dos *redondillos menores*, título que dá á los versos *penta*, *hexa*, y *eptasílabos*, apelando respecto de los últimos á la autoridad de don Nicolás Antonio, quien apellidó á los pentámetros de Berceo con el nombre de *endechas dobladas*. Mas olvidemos por un momento cuanto llevamos advertido y nos enseña la historia tocante á la filiacion de los pentámetros y versos de este mayor; apartemos la vista de la absoluta semejanza que existe entre los decasílabos latinos y castellanos <sup>2</sup>, y admitamos que los mencionados metros, por constar de sílabas pares, en vez de dividirse naturalmente en iguales hemistiquios, se formen del agrupamiento de dos *redondillos menores*. Dado todo esto, preguntariámos : ¿y cómo se constituyeron los exámetros de diez y siete, quince y trece sílabas?... ¿Cómo los endecasílabos ya propios, ya sáficos, tales cual aparecen en los refranes?... ¿Cómo los de nueve, que no por ser poco usados en nuestro parnaso, merecen condenarse al olvido?... Pero concedamos tambien que estos últimos, aun con los caracteres especiales que en los proverbios

<sup>1</sup> § VII, de sus citadas *Memorias*.

<sup>2</sup> Aunque sin aplicacion inmediata, véase con este propósito en *Horacio* la oda XIV.<sup>a</sup> del libro II, y la I.<sup>a</sup> y II.<sup>a</sup> del III.



los romances populares, que presupone un mismo y comun origen respecto de las formas métricas adoptadas por las lenguas romances (lo repetimos una y mil veces), rechaza de una manera eficaz toda teoría que sobre este punto no busque su fundamento en la historia. Aun fuera de nuestra España podría tener aplicación tan útil estudio comparativo á los orígenes de las literaturas meridionales; y así respecto de la poesía provenzal como de la italiana y aun de la francesa, es indudable que produciría satisfactorios resultados. Los más antiguos refranes de todas estas lenguas tienen muchos puntos de contacto, en su expresión, con las *fabliellas* y *retracres* españoles.

---

## ILUSTRACION VI.

### SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS TROVADORES PROVENZALES EN LA PRIMITIVA POESÍA CASTELLANA <sup>1</sup>.

#### I.

Cuando los críticos extranjeros, que aspiran á conocer en la presente edad los inapreciables tesoros de la literatura castellana, condenan al ingenio español á ser el último que se levanta de entre las ruinas del mundo antiguo; cuando escritores nacionales de alta y merecida fama, siguiendo el impulso de aquellos, le niegan la espontaneidad y la originalidad al mismo tiempo, derivándola de extrañas naciones, apenas acertamos á explicar la admiración que en nosotros producen la sencillez, la verdad, el vigor y la no ostentada riqueza de los primitivos monumentos de nuestras letras, acusadas desde su cuna de soñolientas é imitadoras. Sube de punto la admiración, cuando al negar la antigüedad de nuestra literatura, poniendo en tela de juicio la legitimidad de sus orígenes, se concede que fué hija la poesía española del entusiasmo bélico y religioso de nuestros mayores, reconociéndose, como títulos brillantes de aprecio, esa misma originalidad y espontaneidad, de lleno rechazadas hasta ahora. Á la verdad no es fácil descubrir las causas de contradicción semejante; mas si al estudiar las primicias del arte español, se hubiese procurado reconocer su procedencia y establecer sus relaciones con los demas

<sup>1</sup> La mayor parte de las ideas y noticias, contenidas en esta *Ilustración*, vieron ya la luz pública en 1830, formando parte de la siguiente tesis: «*La poesía española no debe su nacimiento á la lemosina.*»

elementos de cultura que germinaban de antiguo en nuestro suelo, resultando naturalmente de este exámen que era la poesía la expresion más propia de aquella civilizacion naciente, hallándose de acuerdo con sus artes y sus ciencias, con sus creencias y sus costumbres, sin duda se habrian abstenido tan ilustres pensadores de lanzar sobre ellas este injusto fallo.

Acaso el respeto tributado á eruditos de pasados siglos es en este género de estudios rémora á toda especulacion y obstáculo á todo progreso en el descubrimiento de la verdad, por tantos caminos buscada. Pero si respecto de los nacionales puede admitirse hasta cierto punto esta disculpa, teniendo en cuenta el carácter de los estudios, no militan iguales razones respecto de los críticos extranjeros. Encaminada tiempo ha la crítica literaria á un fin verdaderamente filosófico; auxiliada poderosamente por la historia, no era de esperar por cierto que se contentase fuera de España con las antiguas conquistas, movidas por distinto propósito y dirigidas á diversa meta.

Habíase asentado generalmente que la poesía española debe su origen á la provenzal ó lemosina; y admitida sin contradiccion alguna esta opinion, fácil fué deducir «que no sólo la Provenza, »sino tambien la Picardia y la Normandia, produjeron cantares y »poetas antes que España» <sup>1</sup>. Sin duda Villemain, cuyas palabras transcribimos, tiene en la república de las letras abundantes sec-tarios; pero hasta ahora no se han aducido las pruebas de este que podemos llamar aventurado aserto, no siendo la aquiescencia de los eruditos bastante á tranquilizar la crítica sobre punto de tanta importancia en la historia de la literatura española. Necesario es por tanto refrescar estas tareas, si hemos de obtener el fruto deseado, cuando comienza ya á reconocerse entre nosotros que no el ciego espíritu de escuela, sino la razon y la filosofía deben servirnos de antorcha en este linaje de estudios.

Fué el primero que apuntó en España la opinion de que debiamos los españoles el origen de nuestra poesía á la imitacion provenzal, el mercedamente alabado don Íñigo Lopez de Mendoza, cuando en su celebrada *Carta al Condestable de Portugal* se ex-

<sup>1</sup> Villemain, *Tableau de la litterature du Moyen Age*, leccion XV.

presaba del siguiente modo: «Extendiéronse, creo, de aquellas »tierras é comarcas de los lemosines, estas artes á los gálicos é á »esta postrimera é occidental parte de nuestra España, donde asaz »prudente é fermosamente se han usado» <sup>1</sup>. Siguiéronle en diferentes épocas nuestros eruditos, manifestando su conformidad con la referida opinion bajo distintos aspectos, hasta que don Ignacio Luzan, cuyo crédito literario fué de grande peso en toda clase de cuestiones, pareció resolver la presente en estos términos: «Una de las primeras [artes y ciencias] á renacer fué la »poesía en los brazos de provenzales y sicilianos, que se ejercitaron en ella con mucho aplauso, hasta que desterrada del todo la »barbarie en Europa, y restituidas á su primer lustre las buenas »letras, florecieron muchos y muy excelentes poetas en Italia» <sup>2</sup>,

1 Número X.

2 El lastimoso error de Luzan, respecto de la cuestion que debatimos, le indujo sin duda á dar mayor antigüedad á la literatura italiana que á la española, equivocacion que no podemos dejar sin correctivo. Aun cuando no se conceda á nuestra poesia escrita más antigüedad que la atribuida hasta ahora al *Poema del Cid*, todavia resultará que es con mucho anterior á la italiana. Los primeros versos, escritos por los sicilianos en su lengua nativa, se refieren principalmente al reinado de Federico II, elegido emperador en 1210, y coronado en 1220, si bien puede suponerse algunos años anterior á esta fecha el ensayo poético de Clullo d'Alcamo, en otro lugar citado (*Ilustracion* III.<sup>a</sup>, página 435). En la corte de aquel príncipe, que congregó todos los más brillantes ingenios de su tiempo, tuvo él mismo la honra de hacer los primeros ensayos en el idioma que habian de inmortalizar un siglo despues Dante, Petrarca y Luccaccio. Pedro de las Viñas, inventor del soneto, tal como ha llegado á nuestros dias, y mencionado por el Dante en el canto XIII de su *Inferno*, fué su ministro. Sólo desde esta época comenzó pues á tener vida literaria la lengua italiana que, como observa Tiraboschi (cap. III, lib. III, del tomo IV de su *Storia della Letteratura*), disputó á la provenzal el imperio de la poesia, quedando dueño absoluto del campo de batalla, y eclipsando la gloria pasajera de los trovadores, como oportunamente asienta Ginguené, (*Hist. litt. d'Italie*, tomo I, cap. V), bien que no sigan la misma opinion algunos escritores de nuestros dias (Dozy, *Recherches*, pág. 612). No sabemos por tanto en qué clase de datos pudo fundarse Luzan, á no suponer, en vista de la seguridad con que se expresa, que no pudo lograr noticia alguna de los primeros monumentos de nuestras letras, ó que su amor á la Academia de Palermo, fundada por Federico II, y cuyo título ostentaba en su *Poética*, le llevó al extremo de olvidar la historia de su patria. De cualquier modo, no

«España, Francia y otras partes, que si no excedier en su grandeza y naturalidad a los antiguos, por lo menos en arte, cultura y gobierno los igualaron»<sup>1</sup>.

Esta oración de Luzán, que se derramó entre los doctos de su tiempo, no podía ser alocada por la crítica; pero no se alocó: se hallaba sustentada por los hechos, sino que repugnaba a la razón y al sentimiento del arte, y sin embargo una obra de gran valor, del mismo autor del *Arte de la poesía* y *Arte de la crítica*, venía a poco más del presente siglo a darle, en cierto modo, nueva consecuencia: «No es dudable», dice don Juan Manuel Moratín, que la poesía italiana trae su origen de la griega o veneciana o romana. En cuanto a la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio, luego que abandonó la imitación extranjera»<sup>2</sup>. La aserción de Moratín no era sin embargo, una alusión o rechazo pretendido los que sin examinarla críticamente, han dado a esta afirmación para dar respuesta a cuestiones importantes: Moratín advertía, al determinar la época de la influencia provincial en la poesía castellana, que hubo de ser «ella tan estrecha como ella, luego que abandonó la imitación extranjera», pero advertía de que este escritor, resaca una primera mitad del arte y gran, en que se había alimentado una y exclusivamente de la tradición literaria e histórica, que después no tenía cumplido el deber de ella en todas nuestras investigaciones. Pero el valor del escritor corriente, y dominados sin duda por el prestigio de los escritores extranjeros y de los interesantes, nada le oponía a la erudición de nuestros días a la que no le guerra por tanto que se trata de una atroz contradicción con la historia.

En el presente que dejamos hechos, tanto nos parece de un tiempo que el arte de la poesía se halla de todo punto resaca de la poesía extranjera de los siglos anteriores y populares, que el arte de la poesía se halla de la formación de las lenguas castellana, catalana y valenciana, y de la lengua de los siglos anteriores.

<sup>1</sup> «España, Francia y otras partes, que si no excedier en su grandeza y naturalidad a los antiguos, por lo menos en arte, cultura y gobierno los igualaron» (Luzán, *Arte de la poesía*, cap. I, § 1.º).

<sup>2</sup> «No es dudable», dice don Juan Manuel Moratín, que la poesía italiana trae su origen de la griega o veneciana o romana. En cuanto a la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio, luego que abandonó la imitación extranjera» (Moratín, *Arte de la poesía*, cap. I, § 1.º).

<sup>3</sup> «El arte de la poesía» (Luzán, *Arte de la poesía*, cap. I, § 1.º).

misterio, cuando quedan apreciados y comprobados con todo linaje de documentos, así en la *exposicion histórica* como en las anteriores *Ilustraciones*. La insistencia de los eruditos, más apegados de lo que fuera justo á sus añejos errores, nos mueve, no obstante, á entrar aquí en esta cuestion, deseosos, como siempre, del acierto.—Tráese con frecuencia para sustentarla el testimonio de escritores, que como Juan Nostradamo, Antonio Bastero, Girolano Tiraboschi y otros han pretendido presentar la poesia de los provenzales como única fuente del arte moderno. Mas respecto de Juan Nostradamo ha pronunciado ya su fallo la crítica, reconociéndose que reunió en su historia, sin discernimiento alguno, relaciones absurdas, fabulosas y contradictorias, atropellando de un modo reprehensible la verosimilitud y la cronología <sup>1</sup>. El entusiasmo que presidió á las tareas de Bastero fué causa sin duda de que en su *Crusca provenzal*, obra donde derrama no poca erudicion, se mostrase poco justo respecto de las demás poesías vulgares, concediendo á la lemosina prioridad é influencia omnimoda sobre todas. Tiraboschi, llevado del propósito de investigar los orígenes de la poesia italiana, y hallándolos entre los provenzales, confesaba que todas las poesías modernas reconocian igual nacimiento, si bien no tenia por menos digna de elogio la que habian ilustrado los nombres de Dante y de Petrarca. «Concediam dunque a' provenzali (decia) *il primato di tempo nella poesia volgare*, é mostriamo con ciò, che paghi delle nostre glorie, non invidiamo le altrui» <sup>2</sup>.

Contra estos escritores, que habian tratado en términos generales punto tan importante, y en especial contra Tiraboschi, que se negaba á dar á los españoles parte alguna en el desarrollo de la primitiva poesia siciliana, lanzó el abate Lampillas repetidas

<sup>1</sup> Don Tomás Antonio Sanchez, *Notas á la Carta del Marqués de Santillana*, núm. 102. Á su autoridad podemos añadir el testimonio de Tiraboschi, quien asegura que Juan Nostradamo habia sembrado *d'innnumerabile favole* las vidas de los primeros trovadores (*Storia della letter.*, tomo IV, lib. III, capítulo II). Ginguencé, siguiendo al mismo Tiraboschi, asienta que dicha obra es más bien una novela que una historia (*Hist. litt. d'Italie*, tomo I, cap. V).

<sup>2</sup> *Storia della letter. ital.*, tomo III, lib. IV, cap. IV.

acusaciones, proponiéndose demostrar «que entre los principales auxilios prestados por España á Italia... para contribuir á la restauracion de las buenas letras, debian sin duda alguna contarse el cultivo de la lengua y poesia vulgar, de que fué en gran parte eleccion de los principes catalanes que dominaron la Provenza, así como á varios poetas españoles que se ejercitaron en la poesia llamada provenzal, á quien los provenzales la aprendieron de los españoles»<sup>1</sup>. Dominado tal vez Lampillas de un patriotismo exagerado, llegaba para legitimar sus opiniones frágiles argumentos, que si podian maso borrar el provincialismo de Cataluña, segun se manifestó ya en el pasado siglo<sup>2</sup>, sólo alcanzaron á producir, despues de un maluro exámen, efecto contrario á su arriesgado propósito.

Comprendida en la aseveracion general la poesia castellana, que toma con el transcurso de los tiempos el titulo de *española*, menester era tener en cuenta todos los hechos que dieron vida á la nacionalidad central de España, si habia de tratarse la enunciada cuestion bajo su verdadero punto de vista. Para resolver si esta poesia debió ó no su nacimiento á la provenzal, necesario era considerar todas las relaciones históricas, filosóficas y artísticas de una y otra, siendo este el único medio de obtener la verdad, y evitando así los escollos en que tropezó la crítica de tantos escritores distinguidos, y de que no han logrado libertarse en nuestros dias diligentes filólogos y hábiles historiadores.

## II.

Dos son los más respetables, cuyas opiniones debemos tener presentes tocante á la cuestion histórica: Raynouard, que en su discurso *Des troubadours et des cours d'Amour*, en su *Choix des poesies originales des troubadours* y en su *Lexique Roman* ha ilustrado la historia de la lengua y la poesia provenzal, dando grande autoridad á sus investigaciones; y Fauriel, que en su *Histoire de la poesie provençale* ha segundado con notable éxito

<sup>1</sup> *Saggio Storico Apologetico*, tomo II, disert. VI, § VI.

<sup>2</sup> *Memorias de la Real Academia de Barcelona*, tomo I, Apéndice, pag. 561.

s laudables y propios esfuerzos, al escribir la *Historia de Pronza*. Sostiene el primero con no escaso aparato de erudicion, le «fué la lengua de los trovadores fijada y perfeccionada antes le que hubieran podido fijarse y perfeccionarse las demás lenguas neo-latinas», alegando no obstante débiles testimonios para improbar su existencia á mediados del siglo X, bien que teniendo como positivo que el poema de *Boecio*, por él publicado, existía en antigüedad al primer año del XI. La prueba más fuerte, que en su sentir no consentia duda alguna respecto de la prioridad de la lengua y por consecuencia de la poesía de los trovadores, era sin embargo la existencia no contrariada de las composiciones métricas de Guillermo IX, conde de Poitiers, cuyo es-o «es tan claro, tan correcto, tan armonioso como el de los trovadores que brillaron más adelante... Esta circunstancia (añade) sería tal vez suficiente y decisiva para admitir que desde el siglo XI estaba ya fijada y aun perfeccionada la lengua de los trovadores; pero lo que más fuerza dá á la conviccion es la diversidad de formas poéticas, la variedad de las combinaciones del metro y de la rima, no menos ingeniosas que felizmente armonizadas, que son tan antiguas como los más antiguos monumentos literarios conocidos. Este admirable mecanismo de la versificacion, la division de las piezas en estrofas, el arte de mezclar los versos de diferentes medidas, de enriquecer el ritmo por el enlace y correspondencia de las rimas, ya en la misma estrofa, ya de una en otra; y una porcion de ornamentos que se reproducen en todas sus obras, son finalmente otras tantas pruebas irrecusables del estado de progreso á que la poesía, y por lo tanto la lengua de los trovadores, habia llegado mucho antes que las demás lenguas neo-latinas» <sup>1</sup>.

Siguiendo Fauriel las mismas huellas, afirmaba, despues de bosquejar la vida de Guillermo, que no reconociéndose «en él *instinto poético pronunciado*, eran sus versos prueba irrecusable de que el conde de Poitiers no podia haber sido el primero de los trovadores». Y examinadas las dos únicas composiciones anteriores de aquel príncipe, que entre otras de diverso carácter

<sup>1</sup> *Recherch. philol. sur la lang. Romane*, Lex. Rom., tomo I, pág. 18.



pueden leerse sin repugnancia, continuaba: «Puede asegurarse que en las dos piezas, que acabo de traducir, no expresaba el conde de Poitiers sentimientos que le fuesen propios, ni una manera de concebir el amor que fuera la suya. Hubiera sido el destino de los hombres para imaginar cosa semejante». Así, pues, casi, sólo expresaba sentimientos é ideas generalmente admitidos en su tiempo entre las altas clases de la sociedad, al menos en el Mediodía. Había entonces para pintar estos sentimientos y estas ideas una poesía especial, que era ya la de los trovadores, nueva aun si se quiere, no habiendo tomado todavía todavía su vuelo, pero más antigua sin embargo que el canto de Provença y formando ya un sistema original, fijo en sus puntos esenciales. Raynouard y Bauriel, apartándose del común vicio de los historiadores que le precedieron, remontan pues los orígenes de la poesía provenzal a una época anterior á la en que Guillermo (1090 á 1127), si bien no pueden menos de reconocer que es este el primer trovador, cuyas obras fueron escritas.

A la verdad no seremos nosotros los que nos ocupamos de la deducción lógica del primer poeta que escribe sus contemporáneos, no es, ni puede ser nunca el que crea los primeros sentimientos al arte de la nación á que pertenece el arte, nace espontáneamente entre la multitud y conservado por la tradición, llega entonces á la segunda edad de su existencia, rememorándose para hacerse propiamente erudito, y claro es que en semejante situación debe estrabarse en ciertas y determinadas cosas. Estas cosas son reconocidas en las obras del conde de Poitiers quien como poeta que fue sus cantos por medio de la poesía tiene en los veintidós cantadores, cantados por la potencia de la poesía de Provença y de los magnates que en la sociedad de Francia intentaron emular el canto de su corte. No es por tanto una pequeña parte en este desarrollo de la poesía de los trovadores, la influencia de la cultura por los juglares, el trovador Folc de Barbañga, que se pone los años de 1170 como a propósito de la cultura de poesía de los hombres, cultura que se repartió con el tiempo. Provençase Barbañga de derecho por

ta y versificador esmerado; y tomando parte en el concierto que levantaban sus trovadores <sup>1</sup>, pudo en breve inocular en sus magnates el mismo amor á la poesía, siendo esta sin duda la época en que tomó mayor vuelo la literatura provenzal, según observa César Nostradamo al asentar, con más seguro criterio que Juan, su tío, que por los años de 1162 principió á dar verdaderos frutos: «En este tiempo (escribe) empezó á florecer la poesía provenzal, honrándola con sus producciones infinitos personajes de alta gerarquía, que romanizaron, poetizaron y cantaron sus composiciones con liras é instrumentos; por lo cual fueron llamados »*trovadors* (esto es inventores), *violars*, *juglars*, *musars* y *comics* de las violas, flautas y demás instrumentos musicales» <sup>2</sup>.

En efecto, desde esta época cobran extraordinaria celebridad los nombres de Bernardo de Ventadour, primer modelo de la poesía lírico-erótica de los trovadores, Pedro Rogier, Guido de Guissel, Peirols de Roquefort, Arnaldo de Marveil, Beltran del Born, y tantos otros como durante los siglos XII y XIII pulsaron la lira y usaron la lengua de los provenzales, ya para cantar sus amores, ya para ensalzar las proezas de sus amigos, ó ya en fin para deramar sobre sus enemigos el amargo veneno de la sátira. Mas después de haber exhalado todos los acentos del amor y de la galantería, llegaba aquella arte á fines del siglo XIII decadente y desautorizada, según han observado todos los críticos y confiesan paladinamente Raynouard y Fauriel al trazar su peregrina historia. «La poesía provenzal (dicen generalmente los historiadores »literarios) nació en el siglo XI y se perpetuó hasta el XIII sin

<sup>1</sup> Casi todos los escritores que han tratado de los provenzales copian los versos de este emperador, en los cuales quiso mostrar su aprecio á todas las naciones que le habían favorecido en sus empresas guerreras. Comienzan diciendo:

Pias-mi cavalier francés  
E la donna catalana  
E l'onrar del ginoda  
E la cort de castellana, etc.

Voltaire atribuyó equivocadamente á Federico II esta conocida copla (*Essai sur les Moeurs*, cap. LXXXII).

<sup>2</sup> *Hist. Provenzal*, año 1162.



sa de que no se emprendieran fructuosas investigaciones, tomando cuerpo y consistencia los fáciles errores de otros días. Todos los que se dejaron llevar del aserto del Marqués de Santillana, perdieron sin embargo de vista que tan esclarecido poeta manifestaba de una manera inequívoca, en la misma *Carta al Condestable*, que era el *Libro de Alexandre* el primer monumento literario de que tenía noticia <sup>1</sup>, lo cual observó oportunamente en el prólogo que puso al referido poema don Tomás Antonio Sánchez <sup>2</sup>. Y si el *Libro de Alexandre* pertenece, como se ha demostrado por este docto bibliólogo, á mediados ó tal vez á la primera mitad del siglo XIII; si el lenguaje, la metrificacion y la rima empleados en él manifiestan ya considerable desarrollo de la poesía, ya esencialmente erudita; si aun puesto en parangon con las obras de Berceo, escritor asimismo docto de principios del indicado siglo, se advierte que el lenguaje ha hecho notables adelantos, ¿por qué pues autores, á quienes no es lícito negar ni erudicion ni buen criterio, asientan en nuestros días que la poesía castellana «debe su origen á la lemosina ó provenzal», y toman por base de su creencia el aserto del Marqués de Santillana?

Lamentable es en verdad que así se den por resueltas cuestiones, que no solamente no se han ilustrado cual pide su importancia, sino que, al serlo, pondrán sin duda en evidencia la fragilidad de opiniones hasta ahora no contradichas ó respetadas, ofreciendo resultados enteramente contrarios á las mismas. La crítica, que al darse á luz los monumentos anteriores al *Libro de Alexandre*, pudo explicar la indicacion de don Íñigo Lopez de Mendoza de una manera satisfactoria, rectificando los errores á que hubo de conducir en orden á la cronologia literaria, no debe pues valerse, sin contradiccion manifiesta, de la autoridad de aquel respetable escritor para fijar los orígenes de la poesía castellana.

De más arriba vienen estos, y más legítima procedencia traen, segun demuestran los estudios que dejamos realizados. De ellos resulta que no interrumpida, á pesar de las grandes conturbacio-

<sup>1</sup> Núm. XIV.

<sup>2</sup> *Colec. de poes. cast.*, tomo III, pág. XII.



nos en el cap. XIV respecto de los siglos X y XI, que en todo el XII encontramos en los dominios castellanos cultivadores de las musas, reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual manifiesta de una manera harto significativa que más de un siglo antes de la *Supplicatio* de Riquier eran bien considerados en el suelo leonés y castellano, no causando extrañeza alguna la triple denominación de *juglares*, *trovadores* y *poetas*, que parecían usar, no sin alguna vanagloria. El nombre de *Pallea* JUGLAR aparece, en efecto, entre los confirmadores de dos privilegios dados en Burgos por Alfonso VII en 1136 y 1145 <sup>1</sup>; el de *Gomez* TROVADOR en una escritura de Aguilar de Campoo, cuya data es de 1161 <sup>2</sup>; y finalmente el de *Giliberto* POETA en otra escritura fechada en Uclés, á 3 de marzo de 1203, por la cual el conde don Fernando de Lara, dona á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel y varias haciendas de Escalante y Trasmiera. Este documento fué sin duda escrito por el mismo Giliberto, pues que despues del nombre y la calificación de *poeta*, se lee la palabra *scripsit*, que así lo persuade <sup>3</sup>.

Varias observaciones de no escasa importancia para la cuestion

1 Véase el II.º, *Paleografía Española*, pág. 101.

2 Sota, *Crón. de los príncipes de Asturias y Cantabria*, pág. 447, col. I.º El documento original, que ha sido recogido en los últimos años por la Real Academia de la Historia, es en efecto una carta de venta, otorgada por «don Armigoth, filius dona Maria Dalmenar,» en que vende al abad Andrés, juntamente con su convento de Aguilar, «aquellos prados que habeo en Ermiñanos que mihi pertinent iure hereditario, que tenuit dona Maria, mater mea..... per xx.ª morauetinos. Facta carta Era. m.ª cc.ª xxx.ª v.ª Regnante rege Aldefonso, cum uxore sua Alienor, in Toletto et in Castella. Maiordomus curie regis Petrus Garsias de Lerma. Alferez Didacus Lupez de Faro. Maerinus maior regis Roi petrez. Martinus, burgiensis eps.... Dominante comite Fernando in Aguilar et in el Alfoz. Gil Gomez in Campo et in Asturias. Et hi sunt testes huius uendiciois. Roi Petrez de Mala-uilla. F. Gareí Roiz de Auia. Gomez, trobador. Garci Petrez, maiordomo de Roi Petrez. Alfonso Brauo. Pet.º Petrez, maiordomo de don Armigoth. Don Nunio de Valderrama.» etc. No hay para qué notar que esta misma carta es un comprobante eficacísimo de cuanto observamos (*Ilustración II.ª*, págs. 40 y siguientes), respecto de los documentos bilingües y ya casi castellanos durante el siglo XII.

3 Salazar, *Prueb. de la Hist. de la casa de Lara*, pág. 622.

de que vamos tratando, se desprenden de estos irrecusables testimonios que anulan y transmiten hasta una época ya más conocida la tradición escrita de nuestros primitivos poetas: es la de más bulto la que nos lleva á considerar que ponían estos sus nombres al lado de los caballeros y magnates, confirmando como los ricos-omes los privilegios de los reyes; prueba inequívoca de la representación que en la corte alcanzaban. Y cuando por otra parte los vemos hacer ostentación del título, con que los distinguía su talento, lo cual denota ya entre ellos una clasificación formal, no podemos menos de obtener como naturalísima consecuencia, que esa triple denominación era hija de las costumbres poéticas, cosa que nunca podría haber sucedido sino después de largos años, con lo cual parecen probadas las aseveraciones ya citadas de Giraldo Riquier, cuando aseguraba en su lenguaje de trovador provenzal que:

...Tots temps ioglaria  
É sabers an trobat  
En Castela ab grat  
Captenh é noírimen  
Do et emendamen  
Mais, é cosselh cabal  
Qu'en lunha cort rial  
Ni en outra que sia.

Y no se nos objete que estos poetas eran todos cultivadores de la lengua latina, preciado instrumento de los que pasaban á la sazón por eruditos: los poemas *de los Reyes Magos* y la *Vida de Santa Maria Egipcíaca*, antes referidos, apareciendo á nuestra vista como intermedios entre los primitivos cantos populares no escritos y los poemas *del Cid*, nos autorizan á juzgar que no debió ser peregrina para dichos poetas el habla de Castilla, y á tener por muy verosímil que á ellos, ó á otros acaso de más antigüedad, cuyos nombres todavía ignoramos, pueden pertenecer los primeros monumentos escritos de nuestra poesía escrita, conocidos al presente.

Pero si de la consideración meramente histórica, fundada en testimonios indirectos, aunque fehacientes, pasamos á la apreciación literaria, parándonos á examinar esos primitivos poemas de la musa castellana, nada creeríamos aventurar asegurando que

son prueba palmaria é irrecusable de cuanto vá asentado, testificando de la venerable antigüedad de nuestra poesia escrita y de la más remota de los cantos populares. No otra cosa nos dicen en efecto los dos libros de los *Reyes Magos*, la leyenda de *Sancta Maria Egipciaca* y la Crónica ó *Leyenda de las Mocedades del Cid*, ya mencionados: ofrecen todos estos poemas tales caracteres, ora respecto del lenguaje, ora de las formas artísticas; presentan tantos rasgos de actualidad relativos á las creencias y á las costumbres; encierran (principalmente el último) tantas y tan frecuentes alusiones á personajes poco há fallecidos ó existentes aun, que despues de un estudio detenido y filosófico no es dable dudar que precedieron, cual vá indicado, al *Poema del Cid*; opinion que apunta tocante al libro de *Sancta Maria Egipciaca* y sostiene respecto á las primeras formas de la *Crónica ó Leyenda* un entendido crítico de nuestros dias <sup>1</sup>.

Mas si aun en el estado imperfecto en que han llegado á nuestras manos revelan estos monumentos tal antigüedad, no se olvide que no fueron ni pudieron ser, filosóficamente hablando, los primeros cantares de la musa castellana, por más grandes que sean su ingenuidad y su rudeza: antes de escribirse esos cantos, ya lo hemos repetido, vivieron habla y poesia vulgares en continua lucha con la lengua y la literatura de los eruditos hasta vencer la repugnancia de los semidoctos; fenómeno que se reproduce tambien en todas las literaturas neo-latinas, operándose de una manera clara en la provenzal, que se nos presenta cual modelo. ¿Ni cómo era dable concebir siquiera que un pueblo de tanta vitalidad y energia, como el español, careciera por el espacio de tantos siglos de todo linaje de cantos, condenado al silencio de la abyeccion y de la barbarie?... Sin embargo, casi todos los criticos ultramontanos afirman que hasta mediados del siglo XII no llega á ser expresion del sentimiento poético de nuestros abuelos.

Y esta contradiccion que así resalta en órden á los citados poemas, es mayor todavia cuando se repara en que ha sido el *del Cid*, compuesto sin duda antes de mediar el siglo XII, base y

<sup>1</sup> Dozy, *Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne*, páginas 629 y 630.



motivo de semejantes observaciones. Nada, absolutamente nada dedujeron los críticos de su extraordinaria extensión, ni del propósito que animó al poeta, cualquiera que fuese la fuente de sus *cantares*; y sin embargo una y otra cosa debieron prevérseles ya antes de realizarse y fijarse obra de tales dimensiones, se habrían escrito otras muchas poesías mas cortas y fugaces, dedicadas, no ya á bosquejar la vida entera de un héroe, sino á revelar un sentimiento ó á consignar un hecho digno de imitación y de alabanza.

Todo pues contribuye á darnos por seguro que no se trata de una clara y manifiesta, tan comprobada, como se ha pretendido, la prioridad histórica de la poesía escrita de los provenzales sobre la poesía castellana; siendo indudable que si de la cultivada por los que algo sabían pasamos á la meramente popular, nacida espontáneamente entre la muchedumbre ignorante, son todavía mayores las dificultades para admitirla. Aunque historiadores tan apreciables como Faurler asienten lo contrario, según adelante advertiremos, no puede la poesía indígena de ningún parte sujetarse á extrañas influencias, sin abjurar de su originalidad, o menos considerarse como hija de otra cualquiera, sin tropiezar en el absurdo. Esto sucede sin duda en orden á los romances, nacidos, cual ya dicho, al sembrar los trigos, pues que los primeros cantos heroico-populares que tras las victorias de Pelaje cantaban los cristianos, ya en la descompuesta lengua del Lario, ya en las nuevas hablas que surgen de sus ruinas, se refieren naturalmente á una época en que carecían de comercio y comunicación aun con los árabes sus vecinos.

### III.

Mas demos la prioridad histórica, como sin pruebas ni examen suficiente la han concedido muchos de nuestros literatos <sup>1</sup>, y co-

<sup>1</sup> Es el Sr. D. José Velazquez el que se atreve á afirmar que la poesía heroica es la más antigua de las españolas. Y prueba que las poesías provenzales son posteriores de que tenemos certeza, á la historia del siglo XI. En el capítulo de la vida de Pelai, el autor dice: «y el Pelai al qual debia atribuirse la

remos á considerar el importante asunto de que vamos tratando, bajo su aspecto filosófico, para lo cual será bien que juzguemos comparativamente la poesía provenzal y la castellana. Este examen nos dará sin duda la luz que apetecemos, considerando:

Primero: ¿Cuál es el carácter de la poesía de los trovadores desde los primeros dias de su existencia? ¿Qué elementos la constituyen? ¿Qué principios políticos y religiosos la animan? ¿Cuáles son las costumbres que revela?

Segundo: ¿Cuál es el carácter de la poesía española desde sus primeros bagidos? ¿Cuáles son las fuentes, donde se inspira? ¿Qué principios religiosos y políticos, qué costumbres representa?

Hé aquí, en nuestro concepto, la fórmula natural de esta cuestion en el terreno de la filosofía. Seremos sóbrios en la exposicion de los hechos.

El primer trovador conocido entre los provenzales es, segun ya sabemos, Guillermo IX de Poitiers, cuyas poesias reunidas han dado á luz por la segunda vez los eruditos Guillermo Holland y Adelberto Keller<sup>1</sup>. La mayor parte de estas composiciones tienen

versos provenzales de que habla Guillermo Castel. En el siglo XII los hizo adon Alonso I de Aragonn, etc. (*Orígenes de la poesía castellana*, § IV, pág. 20 de la ed. de Málaga). Sensible es el vernos á cada paso obligados á rectificar los errores, en que han caido nuestros eruditos. Ni el Pedro I ni el II, de quienes habla Velazquez, figuran como tales trovadores en la historia de la literatura provenzal, sino Pedro III, célebre por las *visperas sicilianas*, el cual compuso una sátira contra el rey Felipe, el Atrevido, y el Papa Martin IV, por haberle este excomulgado y aspirar aquel á despojarle del trono. Pedro III murió en 1285, en que pasaron tambien de esta vida el Papa que le descomulgó y el rey que vino á lanzarle del reino en virtud de aquel anatema. Tampoco es Alfonso I el rey trovador de este nombre; error á que indujo Crescembeni á Velazquez, cuando le menciona con este número en su *Giunta alle vite di poeti provenzali*. Fué sí Alfonso II, quien murió en 1196 y compuso varias canciones amorosas, de que sólo se conserva una (Amat, *Mem. de los escritores catalanes*, pág. 13). Ambos monarcas se distinguieron por la proteccion que dispensaron á los poetas provenzales. Véase pues cómo, rectificando los hechos históricos, queda reducida la antigüedad de estos poetas régios á fines ó cuando más á mediados del siglo XII, en que florece Barbarroja.

<sup>1</sup> *Die Lieder Guillelms IX, grafen von Poitiers herzogs von Aquitanien, herausgegeben von Wilhem Holland und Adelbert Keller.*—Zweite ausgabe.—Tü-



Que ben es mutz,  
E ja per el nostre secret  
Non er saubutz.

El efecto le llevan consigo; le dan abundante cena con excesivos vinos; y cuando, solos ya los tres, sospechan que pueda hablarlas, dicen:

Sors, aquest hom es enginhos  
E laissá son parlar per nos:  
Aportatz lo nostre cat ros  
40 Tost e corren,  
Que l'in fara dir veritat,  
Si de res men.

Como lo pensaron así lo hicieron, causándole tal efecto la vista de él, que á poco pierde amores y valor. Resiste, sin embarque, añade:

55 Quan alguem begut é manjat,  
Despulley m'à lur voluntat;  
Derriere m'aportero'l cat  
Mal é felló;  
Et escorgeron me del cap  
Tro al taló.  
60 Per la coa'l pres n'Ermessen  
E tirá el cat escoyssen;  
Plaguas me feyron may's de con  
Aquella ves;  
Coc me, mas ieu per tot aquó  
No'm mogui ges.

La decencia impide seguir copiando. Hecha la prueba á satisfacción de doña Ana y doña Ermesinda, y vuelto Guillermo á su lugar, daba á su paje el siguiente encargo para las mencionadas:

Monet, tu m'iras al mati  
Mo vers portarás al Borssi,  
75 Dreg á la molher d'en Garí  
E d'en Bernart;  
E dignas lor, que por m'amor  
Aucizo'l cat.

El cuadro puede ser en verdad más repugnante, así respecto moral que revela en la sociedad como de los sentimientos

que animan al poeta. «A pesar de los rasgos de trivialidad y de agria que cohesionan algún tanto la obscuridad de estas composiciones», escribe Llanudo, «no representan con mayor fuerza y gravedad una grosera depravación, que puede ser en su propia de la época, pero que tiene también en ésta mucha individualidad».<sup>1</sup>

Sin embargo, el ejemplo del conde de Potosí fue muy peligroso para los trovadores que le sucedieron, pues, por la forma y despreciado el noble sentimiento del amor, mostraron la debilidad humana levantada a la mujer sobre todas las cosas de la tierra, anteponiéndola a veces a las del mismo sexo, a lo menos de producir el desorden y la licencia, arrastrados a los mayores extravagancias y aun a los más repugnantes crímenes. «Ni que otra cosa hiciera de suceder, cuando elevaba a su altura, poniéndolo enteramente fuera de los trabajos la materia de amor», se hallaban en el llamado *Código de Amor* los rasgos y grupos de la familia y aun se atropellaban todos los fueros de piedad y del verdadero honor. Una sociedad, que admitía con repugnancia que no era el matrimonio legítima excusa contra el amor,<sup>2</sup> o sea sin escrúpulo que no era decente amar a aquellas damas que por las llevaban a desear las bellas,<sup>3</sup> que senta los más grandes resaca como excusa que el amor nada podía pagar a amor debido, ser el amante inseparable en los solaces de la vida que entorpecía por último cierto linaje de torpe bagatela, cuando que nada impedía a una dama ser amada por los hombres y a un hombre por dos damas,<sup>4</sup> — expuesta se hallaba en la frecuencia a presentarse manifiestos extravíos, rotos por ende por el fomento del amor a todos los vínculos de la cohesión, de la gratitud y del respeto.<sup>5</sup>

1. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 460.

2. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 461.

3. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 462.

4. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 463.

5. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 464.

6. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 465.

7. *Historia de España*, por Llanudo, t. XIV, pag. 466.

Ábrase en prueba de esta observacion la historia de los trovadores desde el crédulo Juan de Nostradamo hasta MM. Emilio de Laveleye y Fauriel, cuyos trabajos no pueden ser sospechosos para la cuestion presente: Bernardo de Ventadour, el primero y más acabado modelo de los cantores provenzales, aquel cuyas palabras se invocan á menudo como otros tantos axiomas de amor <sup>1</sup>, nacido de condicion servil en el castillo que le dió nombre, y colmado de beneficios por su señor, que le cria en su palacio con el mayor esmero y cariño, paga toda esta ternura y paternal afecto enamorándose locamente de Adelaida de Montpellier, esposa del mismo conde. Y en este ingrato desvario no para hasta verla encarcerada, vigilada y maltratada por los legítimos celos del ofendido prócer, tras lo cual busca el desalmado trovador en la corte de Leonor de Guiena nuevos amores, hallando en esta princesa más favorable acogida de la que podia imaginarse.—Arnaldo de Marveil, consagrado á la carrera eclesiástica, la abandona en busca de aventuras, y llega por último al castillo de Beziers, donde concibe profundo amor por Adelaida, esposa de Roger Tallafiero, siendo correspondido por ella hasta que Alfonso II de Aragon (y no I, ni IV de Castilla, como dicen Fauriel y Millot) se le declara rival afortunado. Peirols de Roquefort se enamora de la hermana del Delfín de Auvernia, atrayéndose, con el cariño de esta dama, el odio de su esposo, la persecucion y el destierro. Beltran del Born, que aparece en el *Infierno* del Dante entre los escandalosos, cismáticos y herejes, llevando su cabeza en la mano <sup>2</sup>, impetuoso, áspero y feroz por naturaleza, consume su vida en torpes liviandades y pendencias, cansándose al cabo de guerras y de amores, y retirándose á un monasterio para purgar sus crímenes; ejemplo que se repitió con excesiva frecuencia entre

glo XII por Maestre Andrés, capellan de la corte real de Francia (*francorum aulae regiae capellanus*) y publicado con el título de *Tractatus amoris et de amoris remedio*, en los primeros años de la imprenta, reimprimiéndose en 1610 y 1614. Mr. Raynouard lo insertó en la obra ya citada *Des troubadours et des cours d'amour*, pág. 105, etc.: despues le han reproducido varios.

1 V. Millot, art. *Guillermo Cavestagny*, tomo I, pág. 143.

2 Cant. XVIII.

que animan al poeta. «Á pesar de los rasgos de truhanesca alegria que cohonestan algun tanto la obscenidad de estas composiciones (escribe Fauriel), no representan con menor franqueza y gravedad una grosera depravacion, que puede ser en parte propia de la época, pero que tiene tambien sin duda mucho de »individual» <sup>1</sup>.

Sin embargo, el egemplo del conde de Poitiers fué muy contagioso para los trovadores que le sucedieron; pues que adulterado y desquiciado el noble sentimiento del amor, mientras con mentida adoracion levantaba á la mujer sobre todas las cosas de la tierra, anteponiéndola á veces á las del mismo cielo, no podia menos de producir el desórden y la licencia, arrastrando á las mayores extravagancias y aun á los más repugnantes crímenes... ¿Ni qué otra cosa habia de suceder, cuando elevada á ley en ese mundo enteramente facticio de los trovadores la manera de amar, se hollaban en el llamado *Código de Amor* los sagrados principios de la familia y aun se atropellaban todos los fueros del pudor y del verdadero decoro? Una sociedad, que admitia sin repugnancia que no era el matrimonio legítima excusa contra el amor <sup>2</sup>; que oia sin escándalo que no era decente amar á aquellas damas, cuyo pudor las llevaba á desear las bodas <sup>3</sup>, que sentados estos preceptos, recibia como axioma que el amor nada podia negar al amor <sup>4</sup>, debiendo ser el amante insaciable en los solaces de la amada <sup>5</sup>, que autorizaba por último cierto linaje de torpe bigamia, estableciendo que nada impedía á una dama ser amada por dos hombres, ni á un hombre por dos damas <sup>6</sup>,—expuesta se hallaba con harta frecuencia á presenciar inauditos extravios, rotos por estos nuevos sacerdotes del amor todos los vínculos de la consideracion, de la gratitud y del respeto <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> *Hist. de la poes. prov.*, tomo I, cap. XIV, pág. 469.

<sup>2</sup> Causa coniugii ab amore non est excusatio recta, lex I.<sup>a</sup>

<sup>3</sup> Non deet amare quarum pudor est nuptias affectare, l. XI.

<sup>4</sup> Amor nichil posset amori denegare, l. XXVI.

<sup>5</sup> Amans coamantis solatiis satiari non potest, l. XXVII.

<sup>6</sup> Unam foeminam nichil prohibet a duobus amari, et a duabus mulieribus unum, l. XXXI.

<sup>7</sup> El libro, en que existe tan curioso código fué escrito á mediados del s.

Ábrase en prueba de esta observacion la historia de los trovadores desde el crédulo Juan de Nostradamo hasta MM. Emilio de Laveleye y Fauriel, cuyos trabajos no pueden ser sospechosos para la cuestion presente: Bernardo de Ventadour, el primero y más acabado modelo de los cantores provenzales, aquel cuyas palabras se invocan á menudo como otros tantos axiomas de amor <sup>1</sup>, nacido de condicion servil en el castillo que le dió nombre, y colmado de beneficios por su señor, que le cria en su palacio con el mayor esmero y cariño, paga toda esta ternura y paternal afecto enamorándose locamente de Adelaida de Montpellier, esposa del mismo conde. Y en este ingrato desvario no para hasta verla encarcerada, vigilada y maltratada por los legítimos celos del ofendido prócer, tras lo cual busca el desalmado trovador en la corte de Leonor de Guiena nuevos amores, hallando en esta princesa más favorable acogida de la que podia imaginarse.—Arnaldo de Marveil, consagrado á la carrera eclesiástica, la abandona en busca de aventuras, y llega por último al castillo de Beziers, donde concibe profundo amor por Adelaida, esposa de Roger Tallafiero, siendo correspondido por ella hasta que Alfonso II de Aragon (y no I, ni IV de Castilla, como dicen Fauriel y Millot) se le declara rival afortunado. Peirols de Roquefort se enamora de la hermana del Delfín de Auvernia, atrayéndose, con el cariño de esta dama, el odio de su esposo, la persecucion y el destierro. Beltran del Born, que aparece en el *Infierno* del Dante entre los escandalosos, cismáticos y herejes, llevando su cabeza en la mano <sup>2</sup>, impetuoso, áspero y feroz por naturaleza, consume su vida en torpes liviandades y pendencias, cansándose al cabo de guerras y de amores, y retirándose á un monasterio para purgar sus crímenes; ejemplo que se repitió con excesiva frecuencia entre

glo XII por Maestre Andrés, capellan de la corte real de Francia (*francorum aulae regiae capellanus*) y publicado con el título de *Tractatus amoris et de amoris remedio*, en los primeros años de la imprenta, reimprimiéndose en 1610 y 1614. Mr. Raynouard lo insertó en la obra ya citada *Des troubadours et des Cours d'amour*, pág. 103, etc.: despues le han reproducido varios.

<sup>1</sup> V. Millot, art. *Guillermo Cavestagny*, tomo I, pág. 143.

<sup>2</sup> Cant. XVIII.



los poetas provenzales durante el siglo XII. Sordelo de Goito, cuyo corazón reparte Blacas á su muerte entre los más celebrados príncipes de su tiempo para infundirles el valor perdido, seduce y roba á la esposa del conde de San Bonifacio, que se había declarado su Mecenaz, abandonándola después y desposándose con la hija del tirano Ezzelino. Pedro Vidal de Tolosa, á quien apellida Millot el *don Quijote de los trovadores* <sup>1</sup>, cae en la donosa locura de juzgarse amado de todas las mujeres, lo cual le acarrea mil desgracias, tomando ya en edad avanzada el nombre de *Lobo*, y siendo cazado como tal en mitad de los montes para complacer á *Loba de Penautier*, ilustre dama de Carcasona.

¿Qué más pruebas se necesitan para comprender cuál era el mundo de los trovadores?... Estas extravagancias y estos crímenes, que se reflejan vivamente en su poesía lírica, y que llenan el primer ciclo de su literatura, ocasionando tan desastrosos sucesos como la famosa tragedia de Guillermo Cabestagny, la siembran de monstruosas impiedades, inverosímiles en todos tiempos y más aun en la época de las cruzadas. Sorpresa nos causa por cierto el ver en aquella edad á Bernardo de Ventadour, comparando los adulterinos besos de su fácil dama con el inefable gozo del paraíso:

É mi balsa la boqu'els hüels amados,  
Don mi sembla le joy de Paradís.

Y no menos admiración nos produce Arnaldo de Marveil, quien llega al más alto punto de la exageración y de la impiedad, cuando exclama:

Que si me lais Dieus s'amor jauzir,  
Semblaria'm tan la dezir,  
Ab lyeis Paradisus desertz.

Observemos, para no amontonar citas, que así se manifiesta en casi todos los trovadores la verdadera falta del sentimiento: el amor que celebran en sus cantos, por más ardiente é hiperbólico que aparezca, no es la pasión noble y sublime, destinada á purificar el corazón humano, santificada por la religión y escudada por el honor, ni se libra de la liviandad y la licencia, que lo man-

<sup>1</sup> Tomo II, pág. 271

an y oscurecen: no es, conforme ha observado un escritor de estos días, la llama viva de la existencia, sino la llama pintada de la moda <sup>1</sup>; y para valernos de la fórmula creada por nuestra literatura, está muy lejos de aparecer á la contemplación de crítica como el *cristal puro, que se empaña del aliento, ó el espejo, que no consiente dos caras* <sup>2</sup>.

Al lado de este falso ídolo aparecen en la poesía de los trovadores otros caracteres no menos decisivos, no menos esenciales. La tira y el epigrama son las principales fuentes, donde aquella se inspira; la duda y el sarcasmo, aun sobre los objetos más santos y sagrados, constituyen su natural alimento, su más poderoso incentivo. Examinense, en prueba de estos asertos, cuantas colecciones se han dado hasta ahora á la estampa; penétrese con espíritu investigador é imparcial en el fondo de esta poesía: ¿qué encontramos pues en la satírica?... Sin duda se revelan en ella no pocas veces las brillantes dotes que bastaron para conquistar al terrible poeta de Aquino y al picante epigramático de Bilbilis señalado primero entre los vates de la antigüedad clásica. Pedro Cardenal, más osado y enérgico de todos los cultivadores de la sátira provenzal, el que se creía nacido para amar á los hombres de bien, combatiendo la maldad y la injusticia, condenaba en sus celebrados *reventesios* (sinvents) la falsedad y la mentira, mortíferas plagas de su tiempo; combatía el orgullo y la vanidad de los poderosos, cuya falta de amor y caridad los hacía

Amicx de tort, e de Dieu enemix;

protestando contra su rapacidad y sus violencias, los presentaba la execración universal como

Trebalh dels bos, e del layros abricx,

<sup>1</sup> F. Schlegel, *Hist. de la lit. ant. y mod.*, tomo I, cap. VII.

<sup>2</sup> Esta es la fórmula que nuestra literatura heroico-popular, trasformada en dramática, dió á la pasión del amor. Así la comprenden Lope, Rojas, Moreto, y sobre todos Calderón, de quien tomamos la primera frase: la segunda pertenece á una obra poco conocida, debida á Antonio Enriquez Gomez, ingenio de raza hebrea, en su comedia: *Á lo que obliga el honor*, dada conocer por nosotros en los *Estudios hist. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. III, cap. VIII.

Cautz de totz far, e de caritat frez,  
Ricx en raubar, et en donar mendicx.

El monje de Montaudon, cuyo nombre se ignora, entrando en el terreno de las costumbres, se mofa de las mujeres que se pintaban el rostro, ideando ingeniosísimo pleito entre estas y los muros y bóvedas de los templos, que se quejan á Dios de la injuria y despojo que les hacen, apoderándose de la pintura que en otro tiempo los decoraban. Ogier de San Donato, con igual vena, si bien no con tanto chiste, se burla de los que prefieren las viejas á las jóvenes, manifestando que eran insufribles las primeras, por tenerse faz, cuello y pecho de blanco y rojo, dándose cierta manera de barniz, con que al par estiraban las arrugas. Siguiendo otros las mismas huellas, descargaban por último el azote de la sátira sobre la soltura de las costumbres de los mismos juglares y trovadores, ridiculizando al par la vana ambicion de gloria y el valor exajerado, y echando en cara á sus enemigos la deslealtad ó la cobardía.

Sin duda, al desempeñar así este ministerio, cumplia la sátira con la necesidad que le daba vida, encaminándose á la reforma de las costumbres, y revelando su corrupcion de una manera eficaz y sorprendente; pero cuando, olvidados del todo los trovadores del idolo convencional de su amor, insultan grosera y torpemente al bello sexo, acusándole, como lo hace Rambaldo de Orange, de fácil, carnal y liviano, y negándole toda clase de consideraciones; cuando ofendidos de la incontinencia del clero, le insultan y maltratan, prodigándole los epítetos de *falso*, *mentiroso* y *perjuro*, acusándole de *simoniaco* ó *hipócrita*, y llegando hasta negarle el poder espiritual—, justo es confesar que la sátira habia roto sus diques naturales, poniéndose en contradiccion con las leyes que servian de fundamento al espíritu de la caballería.

Desprecio tal de todo lo más respetable y sagrado de la tierra, insinuado en la poesía de los trovadores desde la época de Guillermo de Poitiers <sup>1</sup>, movia, pues, la pluma del ya citado Pedro

<sup>1</sup> Al bosquejar la vida del primero de los trovadores, escribia Faurel, despues de contar su desdichada expedicion á la Tierra Santa y su vuelta á Aquitania: «Apenas llegado, se dedicó á componer un poema..., que no po-

Cardenal para lanzar contra el clero repetidos *sirventesios*, en que á vueltas de algunas inculpaciones, tal vez merecidas, declaraba que todo lo ponía en juego para lograr sus torpes fines, ya concediendo á unos el paraíso con sus indulgencias, ya enviando á otros al infierno con sus anatemas. Para Cardenal no había buitre que olfateara de tan lejos la carne muerta como conocían á un hombre rico las gentes de Iglesia, obligándole en el momento supremo á despojar á sus parientes de sus propios bienes con ilegítimas donaciones. Á la impureza de las costumbres que llevaba á los sacerdotes desde los lugares más inmundos al pié del altar, unían el crimen de usurpadores, habiéndose apoderado del gobierno de las naciones con mengua y desdoro de los príncipes y reyes. No contento con apurar en semejante forma el dialecto del odio, dirigía sus tiros contra la corte romana, exclamando en cierta especie de poema, que lleva el título de *Gesta*:

Lo papa veg falhir,  
 Car vol ric enriquesir;  
 E'ls paubres no vol veyre;  
 Lo aver vol reculhir,  
 E fay se gent servir;  
 En draps daurats vol seyre  
 E á'ls bos mercadiers  
 Que dona per deniers  
 Avesquatz e maynada,  
 Tramet nos ranatiers,  
 Quitans am lors letriers  
 Que dono perdo per blada  
 Que pau pojezada.  
 Los cardenals ondratz  
 Estan apparellhatz

»seemos, sobre las aventuras y el éxito de su empresa. No era en verdad el asunto cosa de broma: Guillermo había perdido millares de súbditos, lo más escogido de sus vasallos é inmensas riquezas. La Aquitania entera estaba sumida en duelo profundo; pero Guillermo no poseía la facultad de considerar los acontecimientos humanos bajo su aspecto trágico. Á juzgar del referido poema por el testimonio de los contemporáneos que hablan de él, era una pintura burlesca del asunto, una bufonada indecente, mas sin duda original y alegre, pues que no faltó gente á quien excitó la risa» (*Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. XIV).

Tota la nuog e'l dia  
 Per tost far un mercat:  
 Si voletz avescat,  
 O voletz abadia:  
 Si lor datz gran aver,  
 Els vos faran aver  
 Capel vermell e crossa;  
 Am fort pauc de saber,  
 A tort o a dever  
 Vos auretz renda grossa,  
 May que pauc dar no y noza <sup>1</sup>.

Perdido una vez el respeto, cundió rápidamente el contagio de la impiedad, siendo Roma objeto especial de las más ágras increpaciones. Guillermo Figueira se distinguía entre otros muchos por una terrible sátira en que rogaba á Dios que aniquilara con sus rayos la cabeza del mundo católico. Comienza de este modo:

Mas saynts Esperitz  
 Que recenp carn humana,  
 Entenda mos precx,  
 E franha tos becx,  
 Roma, e no m'en precx,  
 Quar yest falsa e trefana  
 Vas nos e vas grecx, etc. <sup>2</sup>

No juzgamos oportuno seguir copiando. Del clero secular pasaban los trovadores al regular, censurando sus vicios con la misma agrura y encarnizamiento. Raimundo de Castelnau, motejando áspere, bien que agudamente las costumbres monacales, decia:

Si monge nier vol Dieus que sian sal  
 Per pro manjar ni per femnas tenir,  
 Ni monge blanc per boulas a mentir,  
 Ni per erguelt Temple ni Espital,  
 Ni canonge per prestar á renieu,

<sup>1</sup> *Gesta de fra Peire Cardenal*, estr. II.<sup>a</sup> y III. Raynouard recogió casi todas las poesías satíricas de este célebre trovador en el tomo I de su *Lesiqu Roman*, pág. 437 y siguientes. En el tomo IV de su *Choix des Poésies originales des troubadours* puso otras quince sátiras, que se comprenden desde el número XXXV á XLIX ambos inclusive (págs. 337 y siguientes).

<sup>2</sup> Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 310.

Ben tenc per folh sanh Peir e sanh Andrieu  
 Que sofriró per Dieu aital turmen,  
 Si aquest s'en van aissi a salvamen <sup>1</sup>.

Y no solamente eran denostados y escarnecidos en tal manera la Iglesia y sus ministros, sino que arrebatados en aquel torrente de impiedad, trataban los trovadores la religion con repugnante irreverencia, haciendo intervenir á Dios en sus burlas, y profanando con groseros chistes los libros sagrados y con ellos los más sublimes misterios del cristianismo <sup>2</sup>. ¡Cosa extraña!... Los poetas provenzales, que habian corrido en gran número á rescatar el santo sepulcro, no solamente llegan á maldeoir las cruzadas, cuando reciben en las lides algun descalabro; no solamente se desatan en improperios contra el clero, que habia predicado aquellas guerras santas, sino que mueven su lengua sacrilega contra el mismo Dios, porque no les daba siempre la victoria; deseando que los cristianos se tornasen infieles, pues que Dios favorecia á los mahometanos, y celebrando los desastres de aquellos y el triunfo del Ante-Cristo <sup>3</sup>, á quien prometen rendir culto, si les otorga el amor de sus damas <sup>4</sup>. Pero lo que más sorprende y descubre la flaqueza y descarrio de estos cantores descreidos, es el hallar en medio de semejante cúmulo de inmoralidad un fondo de supersticion no menos vergonzosa y reprensible: los poetas que en tal forma contradicen la autoridad de la Iglesia, atreviéndose á profanar el nombre de Dios, mandan decir misas para reconquistar el perdido amor de sus damas, quemando cirios, y encendiendo lámparas con este propósito.—Oigamos entre otros á

<sup>1</sup> Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 383.

<sup>2</sup> Pedro de Corbian afirma, por ejemplo, que todos los cristianos saben y creen lo que el ángel dijo á la Virgen, *cuando recibió por el oído á Dios, á quien partió doncella* (Milot, tomo III, pág. 233): el ya citado Pedro Cardenal declara tambien que en el día del juicio probará á Dios, si se condena, que «*come una gran sinrazon en perdre lo que puede ganar y en no llenar el paraiso de toda la gente que pueda*,» mientras ruega á la Virgen que interceda con su hijo, para que él no se vea en aquel trance (Id., pág. 268).

<sup>3</sup> Milot, *art.*, *Austau d'Orhac*, tomo II, pág. 430.

<sup>4</sup> Id. id., *art.* *Granet*, pág. 135.

Arnaldo Daniel, á quien llama Petrarca *gran maestro d'amor* en sus *Triumphos*:

Mill messas naug en perferi  
En art lum de cer e d'olí,  
Che Dieus me don bon afert.

No necesitamos pasar adelante.—Resumamos: la sátira llevada hasta la mordacidad, el epigrama penetrando con saña en el hogar doméstico y ensangrentándose en todo lo más noble y más santo de la tierra; la duda vertiendo su ponzoña sobre la moral y sobre la religion; el sarcasmo derramando amarga hiel sobre la pura fé de las creencias..... hé aquí los más relevantes caracteres de la poesía de los trovadores desde el momento en que comienza á dar frutos, hasta fines del siglo XIII, en que termina virtualmente su precoz existencia <sup>1</sup>.

Ahora bien: ¿cuál es el carácter de la poesía castellana desde sus primeros albores?... ¿En qué fuentes se inspira?... Ya lo hemos indicado, al reconocer sus orígenes y fijar sus principios constitutivos. La poesía castellana tiene por fundamento la fé política y la fé religiosa, porque la guerra y la religion fueron las primeras fuentes de sus inspiraciones y de su entusiasmo. Ni los poetas eruditos ni los cantores del vulgo, animados de un solo pensamiento é impulsados por la única idea del heroismo, comprendieron siquiera en el suelo español la existencia de la duda; y hubieran considerado como abominable desacato, como verdadero sacrilegio el usar del sarcasmo ó de la sátira respecto de objetos santos, logrando únicamente universal odio y menosprecio los que con manifiesta prevaricacion hubieran osado emplear el chiste del epigrama sobre cosas que merecian veneracion profunda. Así en el largo periodo transcurrido desde que se escriben los primeros

<sup>1</sup> Largos años despues de trazar estas líneas incluíamos la tesis siguiente entre las designadas para el doctorado en Filosofia y Letras. *La sátira en la poesía provenzal.—Representacion de la misma respecto de los sentimientos políticos y religiosos.—Su relacion con las costumbres.—Diversos géneros de sátira cultivada por los trovadores.* Eligióla y tratóla de una manera digna el profesor de retórica del Instituto de Barcelona don José Coll y Vehí (1881), caracterizando perfectamente este género de poesía, quizá el más importante, bajo el aspecto trascendental, de cuantos cultivan los trovadores.

poemas castellanos hasta fines del siglo XIII; período sobre el cual versa exclusivamente la comparacion que vamos estableciendo, para destruir la idea de esa paternidad forzada, no ofrece la poesia castellana ningun egemplo de irreverencia ni de incredulidad, siendo la religion el númen tutelar de nuestros poetas, como lo era de los guerreros en mitad de los combates.

Ni aun cuando llega la hora en que la poesia reprende las costumbres generales, comprendiendo en ellas las del clero, falta á la dignidad ni al decoro, ni asoma á los lábios del vate la sonrisa de la ironia: sólo se descubre entonces en el fondo de su alma un sentimiento de amargura y de tristeza, doliéndose, como cristiano, de que por la fragilidad de los hombres, reciban estos el castigo de sus crímenes. Veamos en prueba de esta verdad, cómo se expresa el autor del *Libro de Alexandre*, al censurar las costumbres de su tiempo:

- 1661 Se los que son ministros de los sanctos altares,  
 Serviessen cada uno dignamiente sos logares,  
 Non serian tan crueles los princepes cabdales,  
 Nen veriamos los otros atantos de pesares.
- 1662 Somos siempre los clérigos errados é viciosos,  
 Los perlados maiores, ricos é poderosos,  
 En tomar son agudos, enno ál pegrizosos;  
 Por'end nos son los dios <sup>1</sup> irados é sannosos.
- 1663 Ennas elecciones anda grant breconia,  
 Unos vienen por premia, otros por simonia:  
 Non demandan edat, nen sen de clerecia,  
 Porend no saben tener nulla derechuria.
- 1664 Cuelmo non han caballeros dulda delos perlados,  
 Casan connas parientas, andan descaminados;  
 Facen malas revueltas casadas con casados...  
 Somos por tales cosas de Dios desasperados!...

Nótese, pues, cuán diferente es el sentimiento que se revela en estos versos, del que resalta en la poesia de los trovadores, teniendo en cuenta que el *Libro de Alexandre* se escribió antes de mediar el siglo XIII, época en que, segun observaremos oportunamente, se habia transformado ya en erudita la poesia castellana,

<sup>1</sup> El uso de este plural está sin duda tomado del *deus* latino, si no es que pudo servir de egemplo el hebreo אלהים.



alterándose algun tanto sus nativos caracteres. Ni en los poemas de los *Reyes Mayos*, ni en la *Vida de Sancta Maria Egipcíaca*, obras absolutamente religiosas, ni en la *Crónica ó Leyenda de las Mocedades*, ni en el *Poema del Cid*, ni en los demás primitivos monumentos de nuestra literatura, se encuentra una sola frase que amancille la pureza del dogma, ni que amengüe la integridad de la creencia: por el contrario, en todas partes se muestra exaltado el sentimiento religioso, que con tan vivos colores se refleja despues en las obras de Berceo, haciéndole prorumpir en el siguiente distico, que encierra el doble dogma del pueblo castellano, tal como lo hemos considerado al trazar los orígenes del arte, que nace y se desarrolla en nuestro suelo:

Un Dios é tres personas, esta es la creencia;  
Un regno, un imperio, un rey, una esencia.

La exposicion histórica de estos poemas, comprobará adelante todas nuestras observaciones. No halla por tanto la critica semejanza alguna entre la poesia provenzal y la castellana, tratada esta cuestion filosóficamente. La primera es incrédula, escandalosa, impía, sarcástica y supersticiosa al mismo tiempo: la segunda es esencialmente religiosa, teniendo por base y norte de sus aspiraciones la fè, y llegando en su exaltacion á revestir las potestades de la tierra de tan profundo respeto, que las levanta á veces á las regiones de la idealidad y de la religion, en vez de hundirlas en el cieno de la flaqueza humana. De esta diferencia capital entre una y otra poesia, resulta naturalmente la distinta manera de considerar el amor uno y otro arte: la galanteria de los provenzales, como hemos indicado ya, sobre ser una exajeracion inverosímil del sentimiento, no se libra de la liviandad ni de la licencia: el amor de los primeros poetas castellanos, no es la pasion desenfrenada y fisiológica que todo lo atropella y amancilla: es el respeto, la adhesion profunda hácia el objeto amado, sin que enturbien deseos livianos su candidez y su pureza.

Así que, cuando se ha querido fijar en la provenzal el origen de la poesia española, se ha perdido lastimosamente de vista el genio particular de cada literatura; error de que ha procurado apartarse, bien que no por completo, el ya mencionado M. Fau-

riel, cuando escribe: «Entre los antiguos monumentos de la  
 »poesía castellana nada hay que pueda ser considerado como imi-  
 »tacion, ni aun vaga, de la poesía amorosa de los trovadores.  
 »Diríase que los nobles castellanos, graves como lo eran natural-  
 »mente, y siempre en guerra con los mahometanos, tuvieron en  
 »poco todas aquellas refinadas convenciones, de que los proven-  
 »zales habian recargado el amor. Cualquiera que sea la causa,  
 »ya el carácter nacional, ya las circunstancias especiales de su  
 »estado social y político, no se inclinó entre ellos la caballería á  
 »la galantería sistemática del mediodía de Francia. Continuó  
 »siendo lo que habia sido al principio; religiosa y guerrera» <sup>1</sup>.  
 Estas observaciones, que no vacilamos en calificar de exactas, y  
 que no pueden ser sospechosas para los partidarios de la omni-  
 moda influencia provenzal, justifican nuestros estudios y prueban  
 que, planteada una vez la cuestion en el terreno de la filosofía,  
 no es fácil seguir la vulgar opinion, sin correr plaza de interesa-  
 dos y parciales.

#### IV.

Veamos si en la cuestion de forma, es decir, respecto de las  
 relaciones artísticas de una y otra poesía, se ha procedido con ma-  
 yor acuerdo.—Cualquiera que haya examinado con madurez los  
 primitivos monumentos del arte provenzal y los del castellano,  
 comprenderá fácilmente cuánto se aventuró don Leandro Fernan-  
 dez Moratin, cuando al determinar los orígenes de la poesía espa-  
 ñola, asentaba: «Los trovadores de Castilla escribieron en su pro-  
 »pia lengua, imitando á los provenzales y adoptando la medida y  
 »colocacion de sus versos» <sup>2</sup>. Sin duda no quiso aludir á los pri-  
 meros tiempos de la poesía castellana, pues que pocas líneas an-  
 tes habia reconocido en esta una edad anterior á la imitacion pro-  
 venzal, edad en que tuvo aquella por norte y modelo el arte la-  
 tino eclesiástico. Pero formulada semejante aseveracion en tér-  
 minos tan absolutos, ha bastado para fomentar la vulgar creen-

<sup>1</sup> *Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. II.

<sup>2</sup> *Orígenes del Teatro Español*, nota 6.

cia, extraviando más de lo justo la opinión de los que se precian de entendidos; y esta circunstancia nos obliga á detenernos tal vez más de lo que deseáramos en punto no desprovisto á la verdad de interés para nuestra historia literaria.

La primera observacion que se ocurre al fijar la vista en la poética de los trovadores, se refiere á la investigacion de sus orígenes. ¿De dónde tomaron el *metro* y la *rima*? ¿Debieron estos elementos artísticos á los árabes, los inventaron ellos, ó los heredaron de la literatura latina? Críticos hay que afirman «no haber debido nada los provenzales á las lecciones y ejemplo de los antiguos», fundándose en que «á pesar de encontrarse en sus poesías frecuentes alusiones é imitaciones numerosas que prueban de un modo incontestable que no les eran del todo desconocidas las obras maestras de las literaturas latina y griega, no tenían el gusto depurado y ejercitado para admirar con utilidad y reproducir con talento las bellezas de los clásicos griegos y latinos» <sup>1</sup>. Apuntan otros, enredados en el laberinto de las influencias literarias, «que traducidos al árabe los himnos de la Iglesia mozárabe española, se reprodujo algunas veces en esta version hasta la forma métrica, que pudo ser fácilmente transportada por los poetas árabe-andaluces á sus composiciones profanas, y particularmente á sus cantos amorosos» <sup>2</sup>.

De estas dos opiniones, que son las más favorecidas entre los escritores franceses, se deduce que unos tienen por originales los *metros* y las *rimas* de los trovadores, mientras otros los traen irremisiblemente de los árabes. Mas ni podemos admitir la primera opinión, por hallarse en desacuerdo con la historia, ni menos conformarnos con la segunda, por ser contraria á la historia y á la razón juntamente. Contra esa absoluta originalidad deponen las mismas obras poéticas de los provenzales, en que además de las frecuentes alusiones, se descubren las huellas del arte latino, bien que degenerado ya y transformado, conforme habia sucedido en nuestra Península: contra la imitación árabe militan los siguientes hechos, fuera de la puerilidad de esta ficción peregrina:

1 Raynouard, *Des troubadours*, pág. II.

2 Fauriel, *Hist. de la poes. provenç.* tomo III, cap. XXXIX.

1.º Que los himnos de la liturgia mozárabe no se tradujeron nunca á la lengua sarracena, conservando constantemente su forma primitiva, segun dejamos comprobado hasta la evidencia <sup>1</sup>: 2.º Que así en el mediodia de Francia (*Gallia Gothica*) como en las dos Españas eran conocidos y cantados los himnos de la liturgia visigoda (donde existen todo linaje de *metros* y aparecen ya las *rimas* con determinados caracteres) un siglo antes de la invasion mahometana, establecida en todas las iglesias de la monarquía la unidad del canto por disposicion del IV concilio toledano, y bajo pena de excomunion á los que se negaran á cantar los mismos himnos <sup>2</sup>: 3.º Que mucho antes de formarse la lengua provenzal, y en consecuencia antes de producir cantos poéticos, eran numerosísimos, conforme se vé obligado á confesar el mismo Fauriel, los himnos eclesiásticos, «rimados con cierta variedad y artificio», los cuales, como sucedia en España, «se cantaban por clero y pueblo en las solemnidades religiosas.»

Si pues nada puede alegarse contra estos hechos, de los cuales resulta que los provenzales poseian por derecho propio los mismos himnos litúrgicos que conservó fielmente en su cantiverio la Iglesia mozárabe, ¿por qué venir á España para traducirlos á lengua árábica sin perder ápice, y ya trasportada su forma á la poesia de los mahometanos, volver á llevar esta misma forma al suelo, donde podia considerarse como indígena? Esto seria en verdad *noctuas Athenas mittere*, ó *enviar hierro á Vizcaya*, maravillándonos de ver cómo el empeño de sustentar lisonjeras teorías, conduce á los hombres más distinguidos con frecuencia á la contradiccion, y no pocas veces al absurdo.

Para nosotros el *metro* y la *rima* de la poesia provenzal tienen el mismo origen que reconoce la española, y con ella todas las poesías que han recibido el nombre de neo-latinas. Sólo de esta manera es posible explicar ese noble parentesco de todas, que tanto ha martirizado á los eruditos, resolviendo al par cuantas dificultades ha sugerido, no tanto lo peregrino del asunto cuanto el afan de decir cosas tan nuevas como inverosímiles. Y todo esto

<sup>1</sup> Caps. X y XII.

<sup>2</sup> Tomo I, cap. X, é *Ilustraciones*, pág. 488.

sin negar aquellas reciprocas y naturales influencias que trae consigo el progreso mismo de la cultura; las cuales pueden modificar, y alguna vez modifican en efecto, las formas tradicionales del arte, si bien no alcancen nunca á trocar las leyes superiores de cada civilización, como sin razón bastante se pretende.

Hechas ya estas advertencias, no extrañaríamos por cierto hallar verdaderos puntos de contacto entre las formas de la primitiva poesía castellana y de la cultivada por los trovadores durante la primera edad de uno y otro parnaso. Mas para que resalte con mayor fuerza el error de los que sostienen que todas las literaturas modernas deben el nacimiento de sus formas artísticas á los expresados trovadores, sólo existe semejanza respecto de los metros heróicos, tomados directamente en una y otra parte de la poesía latino-eclesiástica <sup>1</sup>, no cultivándose en Castilla durante esa primera edad del arte tradicional y ya escrito los metros líricos, que á tanta perfección llevaron los provenzales. Era en efecto la principal cualidad poética de estos el sentimiento de la armonía; y apoderados de la multitud de *metros* que atesoraban desde muy antiguo los himnos litúrgicos, combináronlos de mil variadas maneras, exornándolos al par de armoniosas *rimas*, todo lo cual llegó á constituir muy luego una poética exteriormente rica, dando en consecuencia inusitado vuelo al idioma que le servía de instrumento.

Ni se tenga á maravilla tan prematuro desarrollo, que llevale en su misma precocidad los gérmenes de próxima decadencia. «En Langüedoc (escribe un crítico de nuestros días) no cultivaban solamente la poesía los cantores del vulgo y los juglares:

<sup>1</sup> El entendido Mr. Damás-Hinard, tantas veces citado, quiere sin embargo probar que el pentámetro castellano se deriva del franco-provenzal, haciendo ya una la poesía ultramontana. No nos toca en verdad combatir la última pretensión, que negarán sin duda los discípulos de Fauriel: respecto de la primera nos remitimos á los estudios hasta aquí realizados, que basta en nuestro juicio á destruir la expresada teoría. Añadiremos aquí únicamente que el mismo Fauriel se vió forzado á confesar que los primeros versos provenzales «fueron medidos y cortados sobre el patrón de los versos eclesiásticos, rimados y acentuados» (*Histoire de la poésie provençale*, tomo III, capítulo XL).

»formóse allí por el contrario desde muy temprano una escuela de poetas de corte; escuela que era exclusivamente lírica y artística. Añádase á esto que los más altos varones y las damas de más elevada alcurnia profesaban grande amor á la poesía, y se explicará por qué los trovadores dejaron tan atrás, en todo lo que concierne á la corrección y elegancia de la forma, á todos sus coetáneos, de cualquier pueblo romano [neo-latino] que fuesen» <sup>1</sup>.

Viéronse así ensayar durante el siglo XII todas las combinaciones métricas desde los versos de dos hasta los de doce sílabas, insistiendo principalmente en los de once <sup>2</sup>; y apareciendo las rimas ya pareadas ó cruzadas, ya á menudo enlazadas de unas en otras estrofas, formaron un encadenamiento fastuoso, que tenía por único objeto sorprender y cautivar el oído. Constaban semejantes estanzas desde cuatro hasta veintiocho ó veintinueve versos, admitiendo generalmente diversidad de metros; y cuando se empleaba uno solo en cada estrofa, pasaban pocas veces de diez piés, siendo estos precisamente de cinco á doce sílabas. El conjunto de estrofas, en mayor ó menor número, caracterizaba los diferentes géneros de composiciones, cuya curiosa nomenclatura debemos á la exquisita diligencia de Raynouard, si bien ya antes habían procurado otros críticos ilustrar esta parte de la poética de los

<sup>1</sup> Dozy, *Recherches*, pág. 612.

<sup>2</sup> Al hablar de los metros lemosines, dice el autor de los *Orígenes de la poesía castellana*: «El verso endecasílabo era el que ordinariamente usaban los provenzales». Ahora bien: siendo exacta hasta cierto punto la observación de Velázquez, á quien citaba Moratin al asentar que los castellanos tomaron de la poética lemosina *la medida y colocación de los versos*, ¿por qué no vió que caminaba al error, apartándose de ella?... Á la verdad no sabemos cómo persona de tanta erudición y talento perdió de vista el peligro que había en expresarse en tales términos, ni logramos tampoco explicar cómo aseguró que guardaban nuestros antiguos rimos *la misma colocación* que los provenzales; asertos ambos desmentidos por la autoridad que el mismo Moratin invoca, y más terminante y exactamente por los hechos, aun respecto de los endecasílabos, pues que á pesar de los ensayos del Rey Sabio, de su sobrino don Juan Manuel, de Imperial, de Perez de Guzman y del Marqués de Santillana, no se aclimataron en España hasta la época de Garcilaso (Véase la *Ilustración* III.<sup>a</sup>, pág. 456).

trovadores <sup>1</sup>. Las canciones y las baladas, los sonetos, las albas y serenatas, los rondeles, los discordes, las sextinas, las tensiones ó requestas, los cuentos ó novelas, las pastorelas y los sirventesios, etc... hé aquí el vario conjunto de composiciones usadas por los provenzales desde Guillermo IX hasta Giraldo Riquier, y destinadas cada cual á expresar un orden de afectos distintos. Era la cancion (cansó) la obra por excelencia de los trovadores, equivalente por su generalidad é importancia á la antigua oda de griegos y latinos; glosábase en la *balada* un pensamiento ligero y agradable; acompañábase el *soneto* de armónicos instrumentos, empleándose para cantar determinados asuntos; servían el *alba* y la *serena* para saludar la venida del nuevo día ó despedir sus últimos crepúsculos; obedecía el *rondel*, armado de artificiosas rimas, á la necesidad de consignar un pensamiento pasajero; era la *sextina*, dada á asuntos más graves, el martirio de los versificadores; prestábase la *tenso* á toda lucha poética, tomando á veces la forma del diálogo; revestíase con frecuencia el *cuento* ó la *novela* de la alegoría; recordaba la *pastorela* los idilios de la antigüedad, más bien por su objeto que por su forma; y empleábase finalmente el *sirventesio*, ya en celebrar las proezas de los caballeros, ya en satirizar de la manera que dejamos notado, las costumbres, los sentimientos y las creencias <sup>2</sup>.

Revestida de tantas y tales preseas métricas la poesía lírica de los provenzales, ostentábalas pues en aquel mundo facticio de las córtés de amor y de los castillos feudales, como ostentan las plantas, nacidas en caldeadas estufas y criadas bajo el influjo de una atmósfera artificial, sus bellos y variados colores: mas desarrollados con tan extraordinaria rapidez los gérmenes de su existencia, agotaba en un solo día toda su vitalidad, expuesta, como las mencionadas flores, á morir abrasada por el mismo fuego á que debía su nacimiento, ó á perecer acaso al primer soplo del vend-

<sup>1</sup> Ging., *Hist. litt. d'Italie*, tomo I, sec. II, cap. V.

<sup>2</sup> Para formar idea de la riqueza artística de la poesía provenzal, ora respecto de los metros, ora de las rimas, basta examinar con algun detenimiento la ya citada coleccion de Mr. de Raynouard, donde se hallan clasificadas las composiciones poéticas por géneros.

bal, cuando parecia sonreirle porvenir más duradero. Tal vino á suceder por desgracia, al levantarse sobre el suelo de Provenza la tempestad provocada por los albigenses; tempestad que interrumpiendo el concierto poético de los trovadores, disipaba aquella sociedad, donde el *Código de Amor* habia logrado tanta fortuna, hiriendo de muerte el arte cultivado en su seno.

No puede la poesia castellana, bajo el punto de vista de las formas, competir con esta riqueza, considerada desde sus primeros albores hasta la época de don Alfonso el Sabio, á quien Giraldo Riquier dirige la *Supplicatio* tantas veces mencionada. La metrificacion castellana se halla en completa armonia con la esencia del arte, á que sirve de instrumento: no hubo, no pudo haber en Castilla, ni en otra parte de la España central, aquella sociedad de gente discreta, que se dedicó en las comarcas del Langtiedoc al cultivo de la poesia lírica, precipitando con sus lides amorosas el artificial desarrollo de la provenzal ó lemosina. Eran las musas castellanas graves y severas, como el carácter y las costumbres de nuestros mayores; y apoyadas exclusivamente en el sentimiento patriótico y en el sentimiento religioso, tuvieron por norte único de sus primitivos cantares, segun ya hemos repetido, la religion y la guerra. Así, mientras al estudiar detenidamente la poética interior del arte castellano, enconstramos grandes tesoros de ternura, de generosidad y de amor, reflejando de lleno la heroicidad de aquellos lejanos siglos, luego que fijamos la vista en la poética exterior para apreciar el valor artístico de sus formas, reconocemos en su ingénua rudeza y en su lento desarrollo, que siendo la idea muy superior á los medios de expresion, sólo debia fiarse á los siglos el sucesivo perfeccionamiento de los mismos. No de otra forma nacia, crecia é iba robusteciéndose en sus formas el arte castellano, semejante á las vividoras encinas que brotando en medio de los valles, han menester de largas edades para levantar á las nubes su cabeza, á despecho de cierzos y de aquilones.

Quedan comprobados todos estos asertos en las *Ilustraciones* III.<sup>a</sup> y IV.<sup>a</sup>, donde hemos atendido al estudio de los elementos artísticos de la poesia española, ora con relacion á los doctos, ora á los populares. Los *metros* y las *rimas* de los primeros poemas



escritos en las comarcas que hablan el romance castellano, sin otro objeto que el de satisfacer la necesidad del canto ó de la recitación musical, heredada sin duda de las *prosas litúrgicas*<sup>1</sup>, no ofrecen pues esa variedad de combinaciones, enlaces y cruzamientos que tanto nos sorprenden al examinar la poesía lírica de los provenzales. Ni aun cuando, ya en brazos de Berceo, aparece erudita, se desvanece la castellana en el maravilloso laberinto de *metros, rimas y estrofas*, de que hace aquella ostentosa gala. Sólo se fija entonces, según notamos en otro lugar, en grupos de cuatro, y muy rara vez de cinco versos, rimados en un mismo consonante, y compuestos de catorce sílabas; forma que desdijeron los trovadores como indigna de su refinada cultura, y que sólo conservó en Provenza el imperio de la epopeya, fiel como en Castilla, á sus orígenes latinos.

Dicho hemos también que fueron los versos pentámetros ó de *gran maestría* casi exclusivos entre nuestros poetas eruditos, hasta que ensayó el Rey Sabio todas las combinaciones imaginables, desde los versos de seis hasta los de diez y siete sílabas, dando á la versificación inusitado ensanche; y con observar de nuevo que sólo se refiere el presente estudio á estas dos primeras épocas de nuestra literatura, nos parece dejar demostrado que no se descubre vestigio alguno en la poesía escrita de los castellanos, por donde pueda admitirse el aserto de los que, por no haber comparado los monumentos, y fiados de la autoridad mal comprendida de Moratin, se han dejado llevar entre nosotros de los errores entronizados en el siglo anterior; errores que deben ir desapareciendo de la historia literaria, si ha de producir la crítica el deseado fruto.

Pero si, apartando la vista de la poesía erudita, única en que

1 Conveniente juzgamos indicar que las *prosas litúrgicas* insistieron generalmente en una misma asonancia ó consonancia (véase el ejemplo de la página 432, nota 1, que es extensivo á toda aquella y otras peregrinas composiciones litúrgicas), lo cual nos advierte la senda por donde el *monesterio* se deriva y propaga á las poesías vulgares, contradiciendo decisivamente la teoría de los arabistas, que aun en esta parte tan popular y espontánea han pretendido hacernos imitadores (Fauriel, tomo III, cap. XXXIX, pág. 253).

pudo haberse reflejado cierta influencia extraña, la fijamos en la tradicional, nacida y criada entre la muchedumbre, no acertamos á comprender cómo por el mero hecho de ostentar los *romances* populares la forma narrativa, se ha intentado por un respetable historiador de nuestros días sujetarlos á la pretendida influencia de los provenzales, despues de confesar que no se reconocia esta en nuestros primeros monumentos escritos. «No adoptó (decia »Fauriel, hablando de la poesía castellana) los cantos de amor de »la provenzal, sino las relaciones heróicas, las leyendas, las epopeyas romancescas, en las cuales habia celebrado esta poesía »las guerras de los cristianos contra los infieles, y las peligrosas »aventuras, voluntariamente acometidas. Y todavia no adoptó la »imaginacion castellana aquellas narraciones en su forma original ni por entero: cortándolas y dividiéndolas, desgajó de ellas »las partes más de bulto para formar cantos populares, bastante »breves en general, á fin de que fuesen cantados de una tirada; »en una palabra, los *romances*, como fueron apellidados desde »luego y como son llamados hoy dia» <sup>1</sup>. Prescindiendo de esta última indicacion, que hemos rectificado antes de ahora <sup>2</sup>, y notando de paso que la declaracion de Fauriel anularia, á ser admisible, la teoria de los arabistas relativa á los origenes del *metro* y *rima* de los *romances*, lícito nos parece apuntar que la opinion indicada proviene de no haber estudiado con la madurez necesaria la historia de nuestra literatura. Á preceder el exámen cronológico de las diferentes edades de la poesía española, habria sin duda comprendido crítico de tan señalado talento que no llega á sazón la influencia caballeresca en ninguno de los géneros literarios, cultivados en nuestro suelo, sino al mediar el siglo XIV <sup>3</sup>. Cuando esto sucede, no solamente llevaba la poesía popular largas edades de existencia, sino que asimilada primero á la erudita y divorciada despues de esta, habia representado con su verdadero y propio colorido aquella civilizacion enérgica y viril que le prestó

1 *Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. II, pág. 33.

2 *Ilustracion* IV, págs. 473 y sigs.

3 Véase la *Ilustracion* IV, y en su lugar el cap. I del II subiclo de nuestra II.ª Parte.

su aliento. ¿Ni qué necesidad tenía de buscar en extraños países fingidos héroes, el pueblo, cuyos anales enriquecían los nombres de Bernardo del Carpio y del Cid, con las maravillosas proezas de Fernan Gonzalez, y las interesantes aventuras de los Infantes de Lara?... El insistir en este punto, sobre ofender el buen sentido de los lectores, daría demasiada importancia á una opinion, hija más bien del compromiso en que se puso Fauriel, al proclamar la influencia omnímoda de los provenzales sobre todas las poesías modernas, que de profundo y sazonado estudio. Las formas exteriores de los *romances* tienen en el suelo español y dentro de la sociedad cristiana legítimas fuentes; y nadie habrá que reconocidos los títulos, en que esa legitimidad se funda, pueda negarles la originalidad que, hablando siempre en el sentido tradicional, los distingue y avalora.

## V.

Acabamos de examinar bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas esta importante cuestion, que ofrece tanto más vivo interés, cuanto mayor ha sido la facilidad con que se han admitido los errores, cundiendo de un modo inexplicable aun entre los críticos de más justa nombradía, y es más decidido aun el empeño de hacer la civilizacion española en todos conceptos derivada é hija de sus hermanas, las demás civilizaciones meridionales. En la cuestion histórica hemos probado con auténticos é irrefragables testimonios que la poesía castellana puede rivalizar, cuando menos, en antigüedad con la poesía de los trovadores: en la filosófica, que siendo absolutamente diversos los fundamentos de una y otra literatura, no fué humanamente posible que la provenzal diese nacimiento á la castellana: en la artística no puede quedar ningun género de duda de que, aun reconocida la misma identidad de orígenes en la literatura latino-eclesiástica, son de todo punto distintos los medios de expresion, de que una y otra poesía se valen, conforme á sus fines particulares y á la índole especial de cada una de ellas, durante los siglos XII y XIII.

Si, pues, en ninguno de estos terrenos puede sustentarse con esperanza de buen éxito la opinion que combatimos, ¿en qué clase

de hechos podriamos fundarnos para resolver, sin escrúpulo alguno, que debemos á los trovadores provenzales el precioso don de nuestra poesia?... ¿Por qué el injustificable empeño de hacer pedisécuo y tributario desde su cuna un arte, que nace al grito de libertad é independencia, para santificar á un tiempo el triunfo de la religion y de la patria?... La causa de semejantes contradicciones (sentiríamos equivocarnos) reconoce tres distintas fuentes, á saber: primera, el exclusivismo é intolerancia de las escuelas literarias: segunda, la excesiva autoridad que ciertos nombres han ejercido en el campo de la crítica, siendo hasta nuestros dias verdadera rémora de todo estudio, capaz de menoscabar su absoluto imperio; y tercera, ya en la edad presente el anhelo de singularizarse en el cultivo de la crítica, descubriendo nuevas sendas á la investigacion, ó cediendo más de lo justo al impulso de un exagerado patriotismo.

Quede, pues, asentado en vista de cuanto la filosofia y la historia nos enseñan, que la poesia que lleva el nombre de castellana; no reconoce ni en el fondo ni en las formas la influencia provenzal, hasta el memorable reinado de don Alfonso el Sabio; época en que le era dado aspirar á la posesion de extrañas preseas, enriquecida ya por todas partes nuestra cultura con muy peregrinos tesoros.

Pero el exámen y apreciacion de todas estas conquistas, entre las cuales habrá de contarse tambien la de la metrificacion provenzal, materia es ya de otro linaje de investigaciones, más propias del siguiente volúmen. No dejaremos sin embargo la pluma, sin consignar que de las hechas hasta ahora, no sólo se deduce la legitimidad de los elementos que constituyen la primitiva poética castellana, así interior como exteriormente, sino tambien la injusticia con que se ha procedido, al hacerla en todas sus edades derivada y tornadiza.

---

Sin duda debe suplirse en la fecha *octo*, para que así correspondiera al año de la leyenda árabe, habiendo sido tal vez suprimida la *unidad* por que no cupo en la orla.—Se ve pues que, tanto en el anverso como en el reverso, se expresa una misma idea, variando sólo la lengua. En la misma se cometió el error de escribir *feritos* por *feriti*, trocada ya la terminación del nominativo del plural por la del acusativo en *os*; y como esta forma se trasmite y conserva en las hablas vulgares, especialmente en el *castellano* y el gallego, no sería aventurado el suponer que aquel romance, que se cita decir en Astúrias al monje Fromiliano *con haberes moos, con arros suor* (pag. 390, nota 1), obligase á los grabadores empleados por los señores a escribir *feritos solidos*. Ofrecen estas monedas en el centro del reverso una estrella de ocho rayos, alusiva tal vez al *Hesperus* ó *estrella de Venus*, signo con que intentaron sin duda indicar que se acuñaron en la región más occidental del Imperio.—En el centro del anverso hecen esta leyenda

محمد رسول الله

*Mahommed, enviado de Dios.*

Otras ostentan la siguiente inscripción en caracteres latinos

*Indictione undécima.*

La cual aparece indicada solamente con las siguientes siglas.

—  
(S. D. C. II)

Y á su alrededor se lee

*Ad. Fri. in Spa. anno ICVIII*

Lo cual, en nuestro concepto, significa

*Solidi feriti in Spemia anno quatuor et nonagesimo*

Presenta el reverso una estrella de ocho rayos, como las anteriores; y en torno se halla escrita también en caracteres latinos, de una bella escritura

*Non est Deus nisi Deus*

Hay también otras monedas —variantes de las anteriores, en las cuales en vez de nombre de Mahommed, se ve una columna y sobre ella, si po

# APENDICES.

## I.

### **SOBRE LA FORMACION DE LOS ROMANCES Ò HABLAS VULGARES.**

## I.

#### **MONEDAS ARABICO-LATINAS.**

Varias son las acuñadas, segun en su lugar advertimos, durante los primeros días de la dominacion mahometana. Entre las que han llegado á los tiempos modernos, podemos ofrecer á nuestros lectores la descripcion de las dos notabilisimas, á que hemos aludido arriba (pág. 387). Unas tienen en el anverso esta inscripcion arábica:

بسم الله ضرب هذا الدينار بالاندلس سنة ثمان و تسعين

Cuya traduccion castellana es:

«En el nombre de Dios se acuñó este dinero (dinar) en Andalus en el año 98 de la Egira.»

Este año corresponde, segun notamos en el texto, al que se contó desde el 24 de agosto de 716 á 13 de agosto de 717 de la Era cristiana. En el reverso se lee:

*Feritos sol. in Span. an. XC.*

La leccion de esta leyenda parece ser:

*Feriti solidi in Spania anno nonaginta.*

Sin duda debe suplirse en la fecha *octo*, para que así corresponda al año de la leyenda arábica, habiendo sido tal vez suprimida la unidad, porque no cupo en la orla.—Se vé pues que, tanto en el anverso como en el reverso, se expresa una misma idea, variando sólo la lengua. En la latina se cometió el error de escribir *feritos* por *feriti*, trocada ya la terminación del nominativo del plural por la del acusativo en *os*; y como esta forma se trasmite y conserva en las hablas vulgares, especialmente en el castellano y el gallego, no sería aventurado el suponer que aquel romance, que hacia decir en Astúrias al monje Fromistano *cum haberes suos, cum servos suos* (pág. 390, nota 1), obligase á los grabadores empleados por los Amires á escribir *feritos solidos*. Ofrecen estas monedas en el centro del reverso una estrella de ocho rayos, alusiva tal vez al *Hesperus* ó estrella de Vénus, signo con que intentaron sin duda indicar que se acuñaron en la region más occidental del Imperio.—En el centro del anverso tienen esta leyenda:

محمد رسوا الله

*Mahommad, enviado de Dios.*

Otras ostentan la siguiente inscripcion en caracteres latinos:

*Indictione undécima.*

La cual aparece indicada solamente con las siguientes siglas:

INDIC. XI

Y á su alrededor se lee:

*Sld. Frt. in Spn. anno XCIIII.*

Lo cual, en nuestro concepto, significa:

*Solidi feriti in Spania anno quatuor et nonaginta.*

Presentan el reverso una estrella de ocho rayos, como las anteriores; y en torno se halla escrito tambien en caracteres latinos, de no fácil lectura:

*Non est Deus nisi Deus.....*

Hay tambien otras monedas, variantes de las anteriores, en las cuales en vez del nombre de Mahommad, se vé una columna y sobre ella, al pa-

recer, un globo, signo tal vez usado por los sarracenos para denotar su dominacion sobre los pueblos vencidos.

No olvidaremos por último las monedas del mismo tiempo, tambien bilingües, acuñadas en África, donde imperaban ya de mucho antes los Amires mahometanos. En el un lado tienen escrito en lengua árabe: *No es Dios sino Alá*, y en el otro: *Mahommed profeta de Dios*. En la orla dice en caractéres latinos:

*Sld. prt. in Afrk. an. XCVIII.  
Solidi scripti in Africa anno octo et nonaginta.*

En el opuesto lado ofrecen otra inscripcion latina de muy difícil lectura. Estas monedas, acuñadas en Cartago ó en Cairwan, son de oro, así como las demás descritas.

Pero si tienen grande interés é importancia para el estudio, que vamos haciendo, no lo presentan menos las que en 1194 se acuñaron en la ciudad de Toledo por mandado de Alfonso VIII, pues que bastan para comprobar las observaciones que llevamos hechas respecto del estado relativo que en esta edad presentan ya el pueblo cristiano y el sarraceno. Así como los Amires se vieron obligados á emplear el latin para hacer admisibles sus monedas entre los cristianos, adoptaban ahora los reyes de Leon y Castilla la lengua y escritura de los árabes, para que hallasen acogida entre sus vasallos *mudejares*. La singularidad de este hecho, en uno y otro caso, prueba cuán excepcionales eran ambas situaciones, siendo imposible que se perpetuaran. De la misma forma que los *mudejares* se doblaron en esta parte al yugo de Islam, hubieron de someterse los vasallos *mudejares* al cristianismo, no habiendo necesidad de que se repitiera aquel egemplo, que pudo acaso halagar el orgullo del soberano. Las indicadas monedas que publicamos ya en nuestra *Toledo Pintoresca* (1845) tienen pues las siguientes leyendas: en el área del anverso:

امام البيعة المسيحية باب رومي

ALF.

*El Sumo Pontífice de la Iglesia Cristiana es el Papa romano.*

ALFONSO.

La orla dice así:

بسم الله الاب والابن والروح القدس الاله الواحد من امن  
وتعهد يكن سالما

Cuya traduccion es:

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espritu Santo,  
Dios uno: el que cree y es bautizado, será salvo:*



En el reverso:

امير القتوليين الفنس بن سنجه ايده الله و نصره

*El Príncipe de los Católicos Alfonso, hijo de Sancho,  
ayúdele Dios y protéjale.*

En la orla vá escrito:

عرب هذا ادينر بطليطة عام اثنين و ثلاثين و ومايتين  
و الف بالصر \*

En castellano:

*Se acuñó este dinero [dinar] en Toledo, año de 1232 de la Era española [Sahr].*

Todos estos monumentos deberán formar parte de la obra que sobre las *Monedas árabes de España* escribe nuestro entendido compañero don Antonio Delgado, anticuario de la Real Academia de la Historia, y actual director de la Escuela superior de Diplomática.

## II.

### Romance hablado en los antiguos reinos de Aragón y Navarra.

Asientan algunos escritores, así nacionales como extranjeros, que fué la lengua hablada en Aragón y en Navarra desde los primeros tiempos de la reconquista la *lemosina* ó *atalana*. Pero sobre haberse perdido de vista cuantos antecedentes históricos se refieren á la cultura de una y otra comarca desde la más lejana antigüedad, no se ha tenido presente movimiento alguno de cuantos podían contribuir á ilustrar esta investigación, cortando todo linaje de dudas y ahorrando toda controversia.

Ya por lo que respecta á Aragón dióse á luz el año de 1788 en el *Memo-rial Literario*, periódico no ajeno de interés, cierto discurso anónimo, encaminado á desvanecer este error, probándose que nunca fué el romance *atalan* lengua popular ni universal en las comarcas aragonesas: lo mismo reconocieron despues notables escritores, que se han aplicado, no sin fortuna, á recoger las voces aragonesas que no han logrado aclimatarse en Castilla, constituyendo lo que se entiende por verdaderos *provincialismos*. (D. Mariano Peralta, *Ensayo de un Dicionario aragonés-castellano*, Zaragoza, 1836; don Gerónimo Borao, *Diccionario de voces aragonesas*, Zaragoza, 1859). El romance que por efecto de los hechos ya reconocidos, nace y se desarrolla en el suelo de Aragón, lejos de asemejarse al *atalan*, se herma-

en todo con el castellano, si bien ostenta desde la cuna ciertos matices e dan razon del suelo que lo alimenta, fiel á sus antiguas tradiciones y á los elementos que se congregan para caracterizarlo y acaudalarlo; que ofrece la misma elaboracion, lenta, bien que progresiva, que hemos conocido documentalmente respecto de Astúrias, Leon y Castilla, pruébalo con toda evidencia irrecusables testimonios diplomáticos, desde el instante en que existe aquella monarquia. Notable es entre otros que pudieran traerse al efecto el testamento de Ramiro I, otorgado en 1061: en hallamos cláusulas como estas: «*Dono... de meas armas qui ad varones cavalleros pertinent, sellas de argento et frenos et brumias et espadas et arcas et gelmos et testinias et cinclorios et sporas et caualllos et mules et equas vacas... et uassos dē auro et de argento et de cristalo... et moss nestitos et leras et collectras et almuçellas... et totum vadat, cum corpore meo, ad actun Ioanem.*» Y luego añade: «*Et illos uassos quos Sanctius filius ius, comparaverit et redimerit, peso per peso de plata... illos prendat... abad de San Juan] et in castellos de fronteras de meures qui sunt pro fute, etc., etc.*» (Briz, *Hist. de San Juan de la Peña*, lib. II, cap. XXXVIII). Fácil cosa seria en verdad multiplicar las citas respecto de estos documentos, que siendo verdaderamente bilingües, dan á conocer en Aragon existencia de un romance castellanizado (si es lícito hablar así) antes de tiempos de doña Petronila (1137 á 1164). Pero porque es más principal decisiva respecto de la investigacion que ensayamos, la presentacion de documentos que pertenezcan exclusivamente á la época de la casa de Barcelona, y porque en este linaje de cuestiones sólo ellos pueden y deben hacer parécenos oportuno poner aquí algunos testimonios, que por referirse á transacciones de la vida privada, en que median gentes de *clerezia*, y estar escritos en diversos puntos del indicado reino, no consienten duda de cuál fué la lengua vulgar del mismo.

Conveniente juzgamos añadir que abarcan casi el espacio de un siglo, tiempo en que el idioma de Castilla, aplicado á los instrumentos públicos, é declarado lengua oficial y cancelaria. Ni es menos digno de advertirse el carácter especial de estos documentos explica perfectamente la situacion de los aragoneses, fluctuando, al escribir, entre el habla vulgar y idioma de la corte. Semejante vacilacion, que se insinúa sin duda desde el advenimiento de los condes de Barcelona al trono de los Ramiros y fonsos, y que toma mayor cuerpo y fuerza durante el reinado de don Jaime I, quien sobre dar la preferencia al catalan, escribe en este romance propia *Crónica*, ha podido dar origen á la opinion que combatimos; pero este mismo hecho, demás de las frecuentes declaraciones que hace el rey en la misma *Crónica* sobre la existencia de la lengua aragonesa, al tratar Teruel y otras ciudades de aquel reino, manifiesta que era dicho romance universal y corriente en Aragon, así como el llamado lemosin ó catalan lo era en el principado (Cap. XI de la II.<sup>a</sup> Parte). Veamos, pues, los mencionados instrumentos:

su aliento. ¿Ni qué necesidad tenía de buscar en estrados parvas fingidos héroes, el pueblo, cuyos anales enriquecían los nombres de Bernardo del Carpio y del Cid, con las maravillosas proezas de Fernán González, y las interesantes aventuras de los Infantes de Lara?... El insistir en este punto, sobreofender el buen sentido de los lectores, daría demasiada importancia á una opinión, leja muy bien del compromiso en que se puso Fauriel, al proclamar la influencia omnimoda de los provenzales sobre todas las poetas modernas, que de profundo y sazonado estudio. Las formas exteriores de los *romances* tienen en el suelo español y dentro de la sociedad cristiana legítimas fuentes; y nadie habrá que reconociendo los títulos, en que esa legitimidad se fundía, pueda negarles la originalidad que, hablando siempre en el sentido tradicional, los distingue y avalora.

## V.

Avalamos de examinar bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas esta importante cuestión, que ofrece tanto vivo interés, cuanto mayor ha sido la facilidad con que se han admitido los errores, cediendo de un modo inexplicable aun entre los críticos de mas justa nombradía, y es más dudoso aun el empeño de hacer la civilización española en todos conceptos derivada o hija de sus hermanas, las demás civilizaciones mundiales. En la cuestión histórica hemos probado con auténticos é irrefragables testimonios que la poesía castellana puede rivalizar, cuando menos, en antigüedad con la poesía de los trovadores; en la filosófica, que siendo absolutamente diversos los sentimientos de una y otra literatura, no fue humanamente posible que la provenzal diese nacimiento á la castellana: en la artística no puede quedar ningún género de duda de que, aun reconociendo la misma identidad de orígenes en la literatura latino-occidental, en este punto distintos los medios de expresión, de que una y otra poesía se valen, conforme á sus fines particulares y á la índole especial de cada una de ellas, durante los siglos XII y XIII.

Si, pues, en ninguno de estos terrenos puede sustentarse con esperanza de buen éxito la opinión que combatimos, ¿en qué caso

lic de Jacca notari, mandato praedictorum, esta carta escriue iij Kalendis nouembris, Era.<sup>a</sup> m.<sup>a</sup> ccc.<sup>a</sup> sexta, et esta signal hiesc (*Real Acad. de Hist.*, Archivo del Monasterio de Santa Cristina de Jaca, núm. 33).

## 3.º

*Escritura por la cual el monasterio de Montaragon dá en arrendamiento á don an de Villanueva y á don Justo Forniellos un campo, en el término de Almería 272].*

Manifiesta cosa sia atodos cómo nos don Johan Garceç, por la gracia de ios abbat de Montaragon, con voluntat et otorgamiento de don Johan Donrun, prior del claustre et de don Pedro Xemenec de Pueyo, prebost, et de do el conuento de Montaragon damos, otorgamos et de present deliuramos á rendo á uos don Johan de Villanuava (sic) et á uos don Just de Forniellos, et á uos don Fferriç de Villacampa, vecinos d'Osca, un campo nuestro, que nos auemos et auer deuemos en término d'Almeriç, el qual campo fronta de tres partes con çequia uiçinal é con campo de don Blascho barre et con campo de la Caridat d'Osca et con campo que fué de don Bedeyt de l'Almunia; et assi como las auanditas affrontaciones el dito campo circundan et encloden, assi damos á uos aquell á rendo todo *ab integro* en entradas é con exidas suyas, aguas, dreytos et pertinencias que al dito campo pertenenen ó deuen pertenir por qualquiere raçon. En tal condicon damos á uos á rendo el dito campo: que uos et todos uestros sucesores que por tiempo el dito campo tenrrán ó possedirán, dedes et pades todos annos por rendo á la prebostia de Montaragon en el mes agosto LXX soldos de dineros iaqueses moneda buena. Et queremos mandamos que ayades el dito campo plantado et replantado vinya de uena planta bien et lealment á poder uestro del primer mes janero ue viene entro ad vn anno continuo é cumplido. Et uos et successores uestros dedes todos annos á Montaragon dentro en la dita vinya décima t primicia de las vuas bien et lealmente. Et si por uentura uos ó successores uestros la dita uinya querredes uender, primerament lo fagades saber al prebost que por tiempo será en Montaragon por X dias ante. Et comprar la querrá (hay laguna) de la dita prebostia, que la aya é la puea uer menos X soldos de tanto quanto otra persona alli dará. Et si comprar non la querrá, dalli adelant uendades aquella á qui uos querredes, aluo á caualleros et infançones et Órdenes et omes religiosos; mas uendades aquellas á uestros consemles en los quales ayamos et recibamos el dito rendo con todos los otros dreytos saluos et seguros. Et uos et successores uestros, compliendo et observando las condiciones et cada una e suso, queremos firmement, et otorgamos que daqui adelant ayades ngades et possidades la dita vinya á ppropia hereditat por dar, uender, npenyar et por qualquiere otra manera alienar, et por fer daquella et en

interesados en ellos monjes y abades, pueden calificarse como testigos a excepcion en el proceso que seguimos

## I.

*Carta de venta de una heredad en el término de Tudullen, otorgada por doña Urraca, hija de don Español, a favor del abad y los monjes de Fitero. L. 1250 -A. (1212).*

In dei nomine. Ego dona urraca filla de don espannol con todos sus fijos, con vincent. et con bertolomeu. et con domingo. todos escambian gando. uendemos a uos don maurin abbad de fitero et a todo el convent de fitero al present et al uenidero toda la herodat del termin de tudullen que nos caio en part por herodat entre nuestros escamos. de nuestro padre don espannol. et de nuestra madre dona uidda. hermo et poblado. estis, malauor. entegramiente, laurado et por laurar, uinnas. pieças. montes. fontes. prados. erbas. domos. et tan quanto que en el termino de tudullen auemos de nuestro padre como o deuemos auer. de cielo tro a tierra. con sus entradas et con sus exidas, per CV. M." alfonsis bonos de bon oro et de peso. Dada l'ordat que de suyo auemos dito. es la una pieça en anamaça. o la parr amariella. E a afrontaciones de todas partes los monjes de fitero. La segunda pieça es de las anamaça sobre l'oliuo. E a afrontaciones de todas partes los monjes. La tercera pieça es en el palombar. et es esta parr en dos partidas. Et en la partida de suyo et de juse. a afrontaciones de todas partes los monjes. Et es de las uinnas la una en anamaçuela. E a afrontaciones de todas partes los monjes. La segunda uinna es en anamaçuela. E a afrontaciones de una part don urraca la filla de don maurin. et del otra part los monjes. Et un orto en anamaçuela. E a afrontaciones de todas partes los monjes. Et unas casas cerca las uinnas. Et es afrontaciones de una part los monjes et del otra part la cequia. Et damos en l'auencia de saluedat a foro de tierra. Pedro martinez, uerno de dona urraca. Testimonias per mano postas qui esto uidieron et oideron. Ray Perez et Gonzallo ferrandez, fillu de ferrand diez. Uidiores de los monjes don maurin. Frater bernard qui esta carta escriuó. Frater Marco de alfon. Frater Garcia de lagranno. Frater arnalt zapatero. De los monges. Pedro de don espanol. Sancho de don espanol. Facta carta sub ara M.CC.II. in mense augusti. Regnando el rei don alfons, de leide tro a calansa. Tenor en cerbera quiden gon albez. Tenedor del castello por no mudo don urraca, su mujer. Alcalde por mano del rei don alfonso. Merco by a mura (Carta en pergamino. Real Academia de la Historia; Arch. de Fitero

de Jacca, esta carta escrivie é esta signal ſ feçie (*Acad. de la Hist.*, legajo núm. 33 del monasterio de Santa Cristina;—Jaca—Huesca).

La fecha de los dos últimos documentos convencerá de que no solamente continuó siendo el castellano el habla vulgar de Aragon, á pesar del empeño que pudo tener para introducir el catalan la casa de Barcelona, sino que se iba desarrollando y perfeccionando, si bien con más lentitud que en Castilla, segun probaremos tambien con el exámen de notables escritores de los siglos XIV y XV, todavia desconocidos de los doctos.

Ni son menos satisfactorias las pruebas relativas al reino de Navarra. Escritos sus documentos oficiales en el degenerado latin que hemos reconocido en los de Aragon y Castilla hasta lograr omnimodo triunfo las hablas vulgares, vemos germinar en ellos y dar razon de su existencia al *romance navarro*, que tan estrechamente se ligaba con el hablado en la España Central, como que sobre reconocer un mismo tronco y raiz, debia su aparicion á muy análogas circunstancias políticas y sociales.—Por esto, sin apartar la vista de los fueros, otorgados por la dinastia aragonesa á las principales poblaciones de Navarra, inclusa la ciudad de Pamplona, hallamos en ellos no solamente numerosas voces que pudieran desde luego calificarse de *castellanas*, sino tambien abundantísimos giros y cláusulas enteras que bajo la corteza de un latin extremadamente bárbaro, descubren un idioma nacional, cuyo desarrollo aparecia en verdadero estado de progreso. Leyendo por egemplo los fueros de Carcastillo, Encisa, Caseda y el Barrio de San Cernin (Pamplona) dados por Alfonso el Batallador (1129), tropezamos frecuentemente con fragmentos, concebidos en esta forma: «*Caballeros de Carocastello uaiant illa tercera parte in fonsado cum rege, aut cum seniore: quelque remangat de illa tercera parte, peillet fonsado V solidos.*»—«*Caualcatores de Casseda qui fuerint in terra de moros, de ropas et de armas non dent quinta.*»—«*Ganato de Casseda non det herbatico.*»—«*Regulatores de Casseda, si fuerint alcanzados de V solidos, peitent per illos uno arrobo de trigo et uno arrobo de ordion*», etc. (Muñoz, *Fueros Municipales*, página 470 á 477).

La invasion del *romance* vulgar en los documentos oficiales crece de dia en dia hasta que ya, al comenzar el último tercio del siglo XII, se alza en Navarra con el dominio de la chancilleria, así como estaba sucediendo en Castilla.—Don Sancho el Sabio, que gobierna aquella monarquia de 1150 á 1193, otorgaba á los vecinos de Arguedas en 1171 un fuero escrito en el *romance navarro*, hablado por la muchedumbre (*Yanguas, Diccionario de antigüedades de Navarra*); y desde aquel tiempo menudeaban los documentos redactados en la misma lengua, que segun en lugar oportuno observamos, triunfaba despues de todas las contradicciones, suscitadas naturalmente por la dinastia francesa. Pero estas aseveraciones necesitan comprobacion, y ninguna más eficaz que los documentos diplomáticos. Veamos pues los siguientes, que por pertenecer á diversas localidades y aparecer

carta queran, cómo e don Pero arceiz de arrouiz, estando en su memoria bona, munto et dono aquella heredad de Gernera et de Ande a que en otros tiempos e cuando meua en Navarra de Gernera Gernera por mi alma et la de dos mis porrientos, a los et a sueta miera et al monesterio de fitero. Et est muntamento fizo en, si por ventura de esta enfermedad passare de este siglo al otro, que fijos misos ni misas ni parent ninguno ni en su de siglo non los embargue en estas hereidades que sont delante de su porrientos misos met en mi la noz. Et ninguno fijo miso ni fía mea ni a su muer de este siglo que mala noz quisies meter, sea maldito de dios. Et a por ventura escape de este enfermedad, userme con el abbat et con el convento de la reuerencia que otre de ellos, ferma an dreito. Et est mantentamiento et de esta almuena que manda don Pero arceiz de arrouiz a dios et a sueta miera et al monesterio de fitero son testimonias por misos porrientos don ferno sanz de burzuzret, et don Pero goniz, el moço, don Johan guillem de Estela, et martin lopez de vinque, et Pere, fijo de martin goniz. Remon de los arches, et Pero martinez de Surruslada, et frayre bernart de Toldeia, et domingo de artena, el escriuano qui todo esto escrivio, por mandamiento de don Pero arceiz de arrouiz et estos bonos omes non se mengaron por testemonios. Regente Rege Thibaldo, conde de Champagne et de bria palazin in Navarra. Petrus remigias, episcopus in pampelona. Robert de Segura, tenente castro in stena. Raymundus Theobaldus, propatin. J. J. periz, peder, martina de coydautes, sayon. Facta carta in mense Julio III nonas eiusdem mensis. sub Era M. CC. LXXII.º (Real Academia de la Historia, archivo del monasterio de Fitero).

## 4.

*Donacion de unas milidas de cassa, huerto y uina, situadas en término de Burgo de Arnedo y Viguera, otorgada por dona Felisa a favor del abad y convento de Fitero.* (L. 1275.º A. 1275.)

En nonbre sancte trinitatis. Sepan todos los homines que esta carta otre que fizo don felisa, sueta et a sueta et en una bona memoria estando don felisa et a sueta miera et a los monjes de fitero a los presentes et a los porrientos por donar la mitad de unas misas proprias casas que son en el Burgo de Arnedo et a mitad del huerto et una uina en ualpanosa. la mitad destas proprias casas con el moço del huerto, an allertanosa, de la una part fizo don felisa a misas de la otra, Johan peres, fijo de Pedro dora, de la otra parte el moço. Et a de don felisa una de la una part a albertano de la otra part, et de la otra part a don Remon peres et de la otra part el moço de miera et de la otra la otra que una a quel. Et que aquesto quando son vnos et fijos misos delante de los monjes o de los traheres de su monesterio a don Robert de segura, fijo de don San de mo (hay alguna) en el moço de las proprias casas, non el otro et la de don felisa una a en

## 2.

*Carta de cambio de unas tierras y viñas entre el Prior de San Esteban de Huarte y don P. de Chízaldea y su mujer, de Zamudia (E. 1202—A. 1224).*

In nomine domini nostri ihu. xpi. Notum sit omnibus hominibus tam presentibus quam futuris. Quod ego F. de gueret, Prior sancti Stephani le huart, cum assensu. P. abbas legerensis, dedimus in cambio duas kaffadas de pieças et IIII arienços de uinnas. per parte que habet do. P. de Chízaldea. et. dona S. uxor eius, in Rotis de Çumadia cum uoluntate filiorum suorum. Daquest cambio se touieron por pagados predictos abbas, et lon Fortunio de guerez. et don P. et uxor eius donna S. et filii sui. Set ciendum est quod sant Estevan debet dare el aloquerio magistri maioris, quando dujeren a fer huebras grandes de nueuo. e el comer debent dare le comun. et sant Esteuan debet dare rodio qui las curie sempre per illa parte quam habuit de don P. et de donna S. Desto tiene ferme don F. de gueretz por ad sant Esteuan a don P. chipia. de don P. et de donna S. et le suis filii. como fuero es en la tierra. Insuper tenet fidança de coto de boyes a don Sancho macua de echeuerria que si alguno enbergasse en esta part destas ruedas. o que faga que dar o que peite C. boyes. Similiter don P. et donna. S. et filii sui tenent ferme a don P. chipia destas pieças et le estas vinnas, como fuero es en la tierra et in super tenent fiança de coto le boyes Iuan çuria de iriurri que simul omme quisiesso enbergar en estas pieças et en estas vinnas. o quel fagan o que peite C. boyes. Actum est hoc sub Era M.CC.LXII.<sup>a</sup> in mense madii in die sancti Iohannis ante portam latinam. feria II.<sup>a</sup> Regnante Rege Sancio in Nauarra. Episcopo pampilone Remigio. Testes et auditores huuis rei sunt P. ezquerria pampilonensis canonicus.—S. capellanus de sant Estevan.—don P. Semenez, sacerdos.—S. dordiriz, sacerdos.—S. romeu, sacerdos.—S. orduna, sacerdos.—G. macua.—F. macua.—P. sarrondoa.—don G. de mutiloa.—hyego de iriuaren.—G. migael.—D. de çumadia.—G. arceiz de echeuerria.—F. de echeuerria. et multi alii.

Ego P., abbas legerensis, hoc factum claudio et sigilli mei munimine corroboro et confirmo (*Real Academia de la Historia*, archivo de San Estevan de Huarte).

## 3.

*Carta de donacion, por la cual cede don Pedro de Arceiz de Arreniz varias heredades, en términos de Cervera y Andion, al monasterio de Fitero (E. 1272—A. 1234).*

In Christi nomine amen. Conoysçuda cosa sea a todos omes que esta





nonges de fitero. de qui que la demande. assi como fuero es de Arnedo. Est deuandito donadio. dono con sus entradas. et con sus exidas et con todos los derechos que io fê et deuo auer, de jus tal conuiniença: que si parient mio uiniere a la hora de mi fin qui quiera cobrar esta deuandita heredad, dé XL.<sup>a</sup> morabitos a los monges de fitero. et cobre la deuandita heredad. E io frai migael, cellarero maior de fitero, con otorgamento el abad et del conuent meto aquesta meitad de estas deuanditas casas, on el orto. et con la uina. en comienda de dona felicia que ela la guarde et la milore et la esfrute, esta prenomina da heredad. en todos sus dias. assi que l'Abad et el conuent. que hoi es. nin los otros que uerran en fitero on aian poder de toler esta prenomina da comienda á dona felicia en todos sus dias. et ela que no aia poder de uender. ni de enpenar ni en nenguna manera alienar esta deuandita heredad. del monasterio de fitero. mas desues de sus dias que la lesse solta et quita a los monges de fitero. De todo questo que de suso es scripto. son testimonias por mano puestas. dambas as partidas. Don Rodrigo steuan. et don Gil ortiz. et don Pedro Xemenes e Miraglo. et domingo, filo de Johan cid, et don Urraca steuan. et Johan erçuelas. Facta carta sub era M CC.LXXV.<sup>o</sup> Frater Petrus de Alfaro inecrispsit in mense marcii (*Real Academia de la Historia*, archivo del monasterio de Fitero).

5.<sup>o</sup>

*Confirmacion de una escritura, otorgada entre el Prior del monasterio de Jean los labradores de la misma vecindad, concedida por don Sancho, abad de Leire E. 1301—A. 1269).*

Conoscuda e manifesta cosa sea a todos aqueyllos qui la present carta ueran. Que nos don Sancho, por la gracia de Dios abbad del monesterio de sant Saluador de Leyre, con otorgamiento de don Saluador prior et de todo el conuent de aqueyl mismo lugar, a rogarias et á mandamiento del noble raron don Clement de Launay, Senescal de Nauarra, damos et otorgamos et assignamos a nuestros amados labradores de Jesa et a toda lur posteridad por siempre jamas ata la fin del mundo, que paguen a nos e a todo nuestro mandamiento et a todos nuestros successores que por tiempo seran peyta abuda. LX.<sup>a</sup> katices, meyo trigo meyo auena, de la mesura de Sangüessa cala ayno. assi que mas non sea acreçida esta peyta deuant dita. e quitamos los faixos, los quales acostumpnamos deprender ata agora. E que paguen por Opil arinçada. XII. dineros de Sanchetes, moneda corribre en Nauarra. los quales dineros non puedan acrescer ni mas amenguar por ninguna manera. E a la labor que uengan al mes una ueç como an acostumpnado ata agora. E si por auentura deuenies dalgunos (labradores?) sinies creaturas o se fues a otra part todo el moble et el terrible, segunt el iudicio del abal(?) e del conuent, sea dado al más cercano parient o parienta que

oviene o a todos los otros uecinos, tienient eyillos. en pie todo el dreyto da-  
queylla heredad que lis sera dada. Otrosi que tiengan en pie la puent que  
es en agoa capdal entre torr. e Jesa. et sinon que den su ceña al Abbat ca-  
da ayuo. Et en testimoniança desta carta por a b c partida, Nos don Sancha  
Abbad e el conuent sobre ditos ponemos y nuestros sigieyllos pendientes.  
E io, Saluador monge del dito monasterio, por mandamiento del Abbad  
del conuent escriui esta carta. et en testimoniança de las cosas sobreditas  
pongo y mio signo + acostumpnado. Facta carta in Mense Marcii in die  
sancti Benedicti Abbatis. In era M.CCCL.<sup>a</sup> Regnando el Rey don Tibald en  
Nauarra.—Bispo en pamplona don Pero xemeniç de Gaçolaç.—Merino en  
Nauarra, don Garcia lopiç de Erespuru.—Seynor en Xauier, don Açar de  
Sada.—Datum in monesterio Legerensi (Carta partida por A. B. C., ori-  
ginal en la *Academia de la Historia*, archivo del *monasterio de Leire*).

El anhelo de no dar excesivo bulto á estas demostraciones, nos vela  
seguir copiando documentos no menos interesantes, y como los ya trasla-  
dados, pertenecientes á la época de la dinastía francesa de Navarra. No es  
posible negar, en su vista, sin temeridad vituperable, que lejos de ser el  
*catalán* ó el *francés* el habla nacional de aquel reino, lo fué, como en el  
suelo de Aragón, un *romance* muy análogo y parecido al que en León y  
Castilla se desarrolla, si bien advirtamos al fijar las miradas, así en los  
documentos aragoneses como en los navarros, ciertos cambiantes y matices,  
que debían trascender á las obras literarias, sirviéndonos de guía  
para determinar en ocasion oportuna la comarca, donde cada cual se  
compone ó se escribe. El estudio comparativo de estos documentos sobre  
probar también, sin género ninguno de duda, que era simultáneo y gene-  
ral en toda la Península el predominio alcanzado por los romances vulga-  
res sobre el latín cancilleresco, nos lleva á reconocer los diferentes ele-  
mentos de cultura, que cada uno reflejaba. No para hacer un estudio tan  
completo como sin duda pide de suyo esta materia, sino para confirmar  
las observaciones expuestas, nos será permitido formar aquí un breve  
cuadro, notando desde luego que la comparación se refiere únicamente al  
periodo histórico que abrazan las fechas de los documentos aragoneses y  
navarros arriba trascritos, de los cuales nos valemos exclusivamente res-  
pecto de ambas comarcas:

Romance Aragonés.	Castellano.	Navarro.	Castellano.
destin.....	destino	agoa.....	agua
orto.....	huerto	feito.....	fecho
noite.....	noche	ferme.....	firme
fillo.....	hijo	peyta.....	pecha
escolano.....	escolar	boy.....	buey
fecto.....	fecho	aqueyl.....	aquel
fratre.....	frade	dreyto.....	dicho
muller.....	mogier	meyo.....	medio

Romance Aragonés.	Castellano.	Navarro.	Castellano.
molín.....	molino	corrible.....	corriente
fiesta.....	fiesta	moble.....	mueble
fer.....	facér	eyllo.....	ello
claustra.....	clauastro	dreyto.....	drecho
dito.....	dicho	lis.....	les
femos.....	facemos	lur.....	su
soldos.....	solidos	ceña.....	aceña
mellor.....	meior	anyo.....	anno
possar.....	poner	quanto.....	quanto
senyor.....	sennor	est.....	este
muyto.....	mucho	coyllaço.....	collaço
consembles.....	consimiles	parient.....	pariente
tenrrán.....	ternán	filio.....	fijo
encloden.....	yncloyen	malecto.....	maldicho
anyo.....	anno	alectano.....	aledanno
ven.....	vien ó viene, etc.	aienar.....	alienar, etc.

De observar es también, para confirmar cuanto por punto general vá ligado, en órden á las modificaciones que ofrece la diccion en Aragon y varra, que se mezclan á veces en estos documentos vocablos del todo cananes, tales como *notari*, (notario) *tengut* (tenido), *facials* (fagades), *any* y *ya* (año y años), *daçó* (de esto ó de eso), etc., trascendiendo esta influencia á la sintáxis, si bien la estructura y forma de la frase conserva mayor egridad, contribuyendo así á demostrar el íntimo parentesco que ligaba los romances con el castellano. Y tanta fuerza y vitalidad entrañaban síde su misma cuna estas hablas vulgares, que así como el *catalan* se opagaba á las comarcas de Mallorca y Valencia, merced á la reconquista, andian también, por igual medio, especialmente el romance aragonés, á las regiones que arrancaba de la morisma la espada de don Jaime I, trastiéndose á la posteridad, no sin verdadera enseñanza. Cuando, pasadas las fronteras de Castilla y de Murcia, penetramos en la provincia de Alicante, y escuchamos en Aspe, Elda, Monforte y Callosa de Segura el *romance castellano*; cuando al visitar la de Valencia, lo oímos igualmente en heste, Chiva y Buñol, ó ya dirigiéndonos á Castellon de la Plana lo hacemos en Segorbe, Albocacer y Lucena, sobre reconocer desde luego que eran todas estas villas y lugares poblados en la primera mitad del siglo XIII por aragoneses, acertamos sin esfuerzo á quilatar por una parte el estado de desarrollo en que el indicado *romance* aparecía, al consumar la conquista, y la invencible resistencia que ha opuesto en esas localidades al elemento catalan (ya valenciano), sin que haya logrado este en otros siglos absorberlo ni avasallarlo. De estas observaciones, bastantes á claratar toda teoría, que no tenga por fundamento la historia, fácil es pasar á más altas consideraciones, viendo confirmado cuanto vá en

aquella todas ueststras propias uolutaes, uos et toda ueststra generation por á todos tiempos, assi como mellor et más sanament se puede decir ó entender cosa de pura donation. Et por mayor firmeça é testimoniança de las sobreditas cosas, nuestros signos acostumnados aqui possamos et femos possar. Et nos auanditos Johan de Villanueva é don Just de Forniellos é don Fferriç de Villacampa, con muytas graçias faciendo, recebemos de uos, senyor abbat, et prior et prebost et de todo el convento de Montaragon, el dito campo á rendo con todas et cada unas conditiones de susoditas. Testimonias son desto que fueron presentes et rogados don Johan lenehue et don Bartolomeo de Gavin, vecinos d'Osca. Feyto fué esto XVL dias entrados del mes de março, era MCCCXIII. Signo de Domingo D'arguis not. público d'Osca que de mandamento de todos los sobreditos esta carta scriuió et por *abece* la partió (*Academia de la Hist.*, Legajo 6.º de los documentos del monasterio de Montearagon).

## 4º

*Carta de arrendamiento de un campo y una viña, otorgada á favor de dona Clavaria de la Caballeria por fray Arnaldo Guillen de Davac, clauero del monasterio de Sancta Cristina de Alaver, Jaca [1314].*

Manifiesta cosa sia á todos cómo yo don fray Arnalt Guyllen de Davac, clauero de Jacca de Sancta Xpina. de Alaver dó á vos donna Clauaria de la Caualleria et á Vallés, uro. siervo, vecinos de Jacca l campo et una vynna que son de Sancta Xpina., por de la fiesta de Pasqua florida primera pasada en VIII años continuadamente conplidos et por raçon de vras. labores que vos faredes nel dicto canpo, que resçebades las dos partes de los dictos fruytos et que dedes á mi la terçera parte de los dictos fruytos con la tercera parte de la palla. It: de la dicta vynna que dedes et paguedes á mi en cadun anyo por el tpo. de ssusso dicto IV soldos, dineros jaqueses por la fiesta de todos Santos. Et labrado lo dicto, campo é vynna, bien é lialmente et pagando lo dicto terçio et IV soldos nel dicto tpo., lo dicto campo et vynna tiengades et plantedes et parcededes en la manera de susso dicto. Et nos dictos donna Clavaria et bayles lo dicto campo et vynna d'Alaver resçebimos en la forma et en la manera de susso dicta, et pagaruos bien et lialmente los dictos fruytos et palla et los dictos IV soldos nel tpo. por vos asegurado et á cabo del término d'arrenderuos lo dicto campo et vynna meyllorados et non peyorados, et sines toda carga de rendo. Escara prometemos et convenimos en buena fee d'ir á moler á los molinos de Sancta Xpina. todo el pan que por nos será feyto moler nin se amassar a en nuestra casa. Testimonios fueron dicto don Julyan de Castello, cappellan y Per d'Astivon, viçinos de Jacca. Feyto fué esto XIII kalendas madii, Era.ª m.ª ccc.ª XL.ª dos.—E yo Gil d'Ipas, público notario de la ciudad

de Jacca, esta carta escribie é esta signal ŷ feçie (*Acad. de la Hist.*, legajo núm. 33 del monasterio de Santa Cristina;—Jaca—Huesca).

La fecha de los dos últimos documentos convencerá de que no solamente continuó siendo el castellano el habla vulgar de Aragon, á pesar del empeño que pudo tener para introducir el catalan la casa de Barcelona, sino que se iba desarrollando y perfeccionando, si bien con más lentitud que en Castilla, segun probaremos tambien con el exámen de notables escritores de los siglos XIV y XV, todavia desconocidos de los doctos.

Ni son menos satisfactorias las pruebas relativas al reino de Navarra. Escritos sus documentos oficiales en el degenerado latin que hemos reconocido en los de Aragon y Castilla hasta lograr omnimodo triunfo las hablas vulgares, vemos germinar en ellos y dar razon de su existencia al *romance navarro*, que tan estrechamente se ligaba con el hablado en la España Central, como que sobr reconocer un mismo tronco y raiz, debia su aparicion á muy análogas circunstancias políticas y sociales.—Por esto, sin apartar la vista de los fueros, otorgados por la dinastia aragonesa á las principales poblaciones de Navarra, inclusa la ciudad de Pamplona, hallamos en ellos no solamente numerosas voces que pudieran desde luego calificarse de *castellanas*, sino tambien abundantísimos giros y cláusulas enteras que bajo la corteza de un latin extremadamente bárbaro, descubren un idioma nacional, cuyo desarrollo aparecia en verdadero estado de progreso. Leyendo por egemplo los fueros de Carcastillo, Encisa, Caseda y el Barrio de San Cernin (Pamplona) dados por Alfonso el Batallador (1129), tropezamos frecuentemente con fragmentos, concebidos en esta forma: «*Caballeros de Carocastello uaiant illa tercera parte in fonsado cum rege, aut cum seniore: quelque remangat de illa tercera parte, peitet fonsato V solidos.*»—«*Caualcatores de Casseda qui fuerint in terra de moros, de ropas et de armas non dent quinta.—Canato de Casseda non det herbatico.—Populatores de Casseda, si fuerint alcanzados de V solidos, peitent per illos uno arrobo de trigo et uno arrobo de ordio*», etc. (Muñoz, *Fueros Municipales*, página 470 á 477).

La invasion del *romance* vulgar en los documentos oficiales crece de cada dia hasta que ya, al comenzar el último tercio del siglo XII, se alza en Navarra con el dominio de la chancilleria, así como estaba sucediendo en Castilla.—Don Sancho el Sabio, que gobierna aquella monarquia de 1150 á 1193, otorgaba á los vecinos de Arguedas en 1171 un fuero escrito en el *romance navarro*, hablado por la muchedumbre (Yanguas, *Diccionario de antigüedades de Navarra*); y desde aquel tiempo menudeaban los documentos redactados en la misma lengua, que segun en lugar oportuno observamos, triunfaba despues de todas las contradicciones, suscitadas naturalmente por la dinastia francesa. Pero estas aseveraciones necesitan comprobacion, y ninguna más eficaz que los documentos diplomáticos. Veamos pues los siguientes, que por pertenecer á diversas localidades y aparecer

interesados en ellos monjes y abades, pueden calificarse como testigos de excepcion en el proceso que seguimos:

## 1.

*Carta de venta de una heredad en el término de Tudullen, otorgada por doña Urraca, hija de don Español, á favor del abad y los monjes de Fitero (E. 1250—A. 1212).*

In dei nomine. Ego dona urraca filla de don espannol con todos mis fillos. con vincent. et con Bertolomeu. et con domingo. todos ensemblestorgando. uendemos a uos don maurin abbad de fitero. et a todo el conuent de fitero al present et al uenidero toda la heredad del término de tudullen que nos caio en part por heredad entre nuestros ermanos. de nuestro padre don espannol. et de nuestra madre dona uellida. hermo. et poblado. estis, malauoç. entegramientre, laurado et per laurar, uinnas. pieças. montes. fontes. prados. erbas. domos. et todo quanto que en el termino de tudullen auemos de nuestro padrimonio o deuemos auer. de cielo tro a tierra. con sos entradas et con sos essidas, per CV. M.<sup>o</sup> alfonsis bonos de bon oro et de peso. Desta heredad que de suso auemos dito. es la una pieça en anamaça. o la penna amariella. E a affrontationes de todas partes los monges de fitero. La secunda pieça es de ius anamaça sobre l'oliuo. E a affrontationes de todas partes los monges. La tercera pieça es en el palombar. et es esta pieça en dos partidas. Et en la partida de suso et de juso. a affrontationes de todas partes los monges. Et es de las uinnas la una en anamaçuela. E a affrontationes de todas partes los monges. La secunda uinna es en anamaçuela. E a affrontationes de una part don urraca la filla de don andrea, et del otra part los monges. Et un orto en anamaçuela. E á affrontationes de todas partes los monges. Et unas casas cerca las uinnas. Et an affrontationes de una part los monges. et del otra part la cequia. Et damos en fidancia de saluedat a foro de tierra. Pedro martineç, ierno de dona Sancha. Testimonias per mano postas qui esto uidieron et odieron. Diag Pedrez. et Gonzalbo ferrandez, fillo de ferrand diez. Odidores de los monges. Don marin. Frater bernard qui esta carta escriuió. Frater Marco de albra. Frater Garcia de logronno. Frater arnalt zapatero. De los seglares. Pedro de don espanol. Sancho de don espanol. Facta carta sub era M.<sup>o</sup>CC.<sup>o</sup>L.<sup>o</sup> in mense augusto. Regnando el rei don alfons, de toledo tro a calsera. Señor en cerbera guillen gonçalbez. Tenedor del Castiello por so mano don urraca, so mullier. Alcalde por mano del rei don monio. Merino lop de mues (Carta en pergamino: *Real Academia de la Historia*; Arch. de Fitero).

2.

*ta de cambio de unas tierras y viñas entre el Prior de San Esteban de  
y don P. de Chízaldea y su mujer, de Zamudia (E. 1262—A. 1224).*

nomine domini nostri ihu. xpl. Notum sit omnibus hominibus tam  
ntibus quam futuris. Quod ego F. de gueret, Prior sancti Stephani  
art, cum assensu. P. abbas legerensis, dedimus in cambio duas kafi-  
de pieças et III arienços de uinnas. per parte que habet do. P. de  
lea. et. dona S. uxor eius, in Rotis de Çumadia cum uoluntate filio-  
uorum. Daquest cambio se touieron por pagados predictos abbas, et  
ortunio de guerez. et don P. et uxor eius donna S. et filii sui. Set  
lum est quod sant Estevan debet dare el aloquerio magistri maioris,  
lo dujeren a fer huebras grandes de nueuo. e el comer debent dare  
mun. et sant Esteuan debet dare rodio qui las curie sempre per illa  
quam habuit de don P. et de donna S. Desto tiene ferme don F. de  
tz por ad sant Esteuan a don P. chipia. de don P. et de donna S. et  
is filiis. como fuero es en la tierra. Insuper tenet fidaça de coto de  
a don Sancho macua de echeuerria que si alguno enbergasse en esta  
lesta ruedas. o que faga que dar o que peite C. boyes. Similiter don  
donna. S. et filii sui tenent ferme a don P. chipia destas pieças et  
las vinnas, como fuero es en la tierra et in super tenent fiança de coto  
y es Iuan çuria de iriurri que simul omme quisiesso enbergar en  
pieças et en estas vinnas. o quel fagan o que peite C. boyes. Actum  
ic sub Era M.CC.LXII.<sup>a</sup> in mense madii in die sancti Iohannis ante  
m latinam. feria II.<sup>a</sup> Regnante Rege Sancio in Nauarra. Episcopo  
ilone Remigio. Testes et auditores huus rei sunt P. ezquerria pam-  
nsis canonicus.—S. capellanus de sant Estevan.—don P. Semenez,  
los.—S. dordiriz, sacerdos.—S. romeu, sacerdos.—S. orduna, sacer-  
—G. macua.—F. macua.—P. sarrondoa.—don G. de mutilos.—hye-  
de iriuaren.—G. migael.—D. de çumadia.—G. arceiz de echeuerria.  
de echeuerria. et multi alii.

o P., abbas legerensis, hoc factum claudio et sigilli mei munimine  
boro et confirmo (*Real Academia de la Historia*, archivo de San Estevan  
arte).

3.

*ta de donacion, por la cual cede don Pedro de Arceiz de Arrendiz varias  
ides, en términos de Cervera y Andion, al monasterio de Fitero (E. 1272—  
134).*

Christi nomine amen. Conoyçuda cosa sea a todos omes que esta



carta ueran, cómo io don Pero arceiz de arroniz, estando en mi memoria bona, mando et dono aquella heredad de Ceruera et de Andion con sos coyllaços et coanto uenia en Nauarra de Garcia Ceruera por mi alma et de todos mios parientes, a dios et a sancta maria et al monesterio de fitero. Et est niandamiento fago io, si por uentura de esta enfermedat passare de est sieglo al otro, que filios mios ni filias ni parient ninguno ni omme del sieglo non los embargue en estas heredades que sont delant non penadas, nin lis metan mala uoz. Et ningun filio mio ni filia inea ni ningun ome de est sieglo que mala uoz quisies meter, sea maleito de dios. Et si por uentura escapare de este enfermedat, ueerme con el abbat et con el conuent e de la rencura que auré de eillos, ferme an dreito. De est mandamiento et de esta almosna que manda don Pero arceiz de arroniz a dios et a sancta maria et al monasterio de fitero son testimonias por mano puestas don Sarcho sanz de buzguarret. et don Pero gomiz, el mege. don Johan guillen de Estela. et martin lopiz de vnque. et Pere, filio de martin gomiz. Romeo de los arches. et Pero martinez de Surruslada. et frayre bernart de Tudela. et domingo de artauia, el escriuano qui todo esto escriuio, por mandamiento de don Pero arceiz de arroniz. et estos bonos omes assi se otorgaron por testimonios. Regnante Rege Thibaldo, comite de Campania et de bria palazin in Nauarra. Petrus remigius, episcopus in pampilona. Robert de Seçayna tenente castrum stelle. Raymundus Theobaldus, prepositus. J..... periz iudice. martino de coyllantes, sayon. Facta carta in mense Julio III nonas eiusdem mensis. sub Era M.CCLXXII.<sup>a</sup> (*Real Academia de la Historia*, archivo del monasterio de Fitero).

## 4.

*Donacion de unas mitades de casas, huerto y viñas, situadas en términos del Burgo de Arnedo y Valpina, otorgada por doña Felicia á favor del abad y monjes de Fitero* (E. 1275—A. 1237).

In nomine sancte trinitatis. Sepan todos los hommes qui esta carta ueran. que lo dona felicia, sana et alegre et en mi bona memoria stando, dono a dios et a sancta maria et a los monges de fitero. a los presentes et a los que son por uenir. la meitad de unas mias propias casas que son en el burgo de Arnedo. et la meitad del orto et una uina en ualpinna. la meitad destas prenomiadas casas. con el meio del orto. an allectaneos de la una part dona felicia ela misma de la otra; Johan perez, filo de Pedro doria, de la otra parte el rio. Et la deuandita uina de la una part a allectaneos Pedro Guirald, et de la otra part. don Remir perez et de la otra part el rio de moreta. et de la otra la carrera que ua a quel. Et que aquest donadio sea sano e firme a los deuanditos. monges. doles fiadores de saluedad. a don Roi tarin. et a don Lop. Sanchez, filo de don San de mo (hay laguna) esta meitad de las prenomiadas casas. con el orto et la deuand dita uina. a los

nonges de fitero. de qui que la demande. assi como fuero es de Arnedo. Est deuandito donadio. dono con sus entradas. et con sus exidas et con todos los derechos que io f e et deuo auer, de jus tal conuiniença: que si patient mio uiniere a la hora de mi fin qui quiera cobrar esta deuandita heredad, dé XL.<sup>a</sup> morabitanos a los monges de fitero. et cobre la deuandita heredad. E io frai migael, cellarero maior de fitero, con otorgamento el abad et del conuent meto aquesta meitad de estas deuanditas casas, con el orto. et con la uina. en comienda de dona felicia que ela la guarde et la milore et la esfrute, esta prenomina da heredad. en todos sus dias. assi que l'Abad et el conuent. que hoi es. nin los otros que uerran en fitero con aian poder de toler esta prenomina da comienda á dona felicia en todos sus dias. et ela que no aia poder de uender. ni de enpenar ni en ninguna manera alienar esta deuandita heredad. del monasterio de fitero. mas después de sus dias que la lesse solta et quita a los monges de fitero. De todo questo que de suso es scripto. son testimonias por mano puestas. dambas as partidas. Don Rodrigo steuan. et don Gil ortiz. et don Pedro Xemenex le Miraglo. et domingo, filo de Johan cid, et don Urraca steuan. et Johan merçuelas. Facta carta sub era M CC.LXXV.<sup>o</sup> Frater Petrus de Alfaro me crispit in mense marcii (*Real Academia de la Historia*, archivo del monasterio de Fitero).

5.<sup>o</sup>

*Confirmacion de una escritura, otorgada entre el Prior del monasterio de Jesa y los labradores de la misma vecindad, concedida por don Sancho, abad de Leire E. 1301—A. 1269).*

Conosçuda e manifesta cosa sea a todos aqueyllos qui la present carta ueran. Que nos don Sancho, por la gracia de Dios abbad del monesterio de sant Saluador de Leyre, con otorgamiento de don Saluador prior et de todo el conuent de aqueyl mismo lugar, a rogarias et á mandamiento del noble uaron don Clement de Launay, Senescal de Nauarra, damos et otorgamos et assignamos a nuestros amados labradores de Jesa et a toda lur posteridad por siempre jamas ata la flu del mundo, que paguen a nos e a todo nuestro mandamiento et a todos nuestros successors que por tiempo seran peyta sabuda. LX.<sup>a</sup> kalices, meyo trigo meyo auena, de la mesura de Sangüessa cada ayño. assi que mas non sea acreçida esta peyta deuant dita. e quitamos los faixos, los quales acostumpnamos deprender ata agora. E que paguen por Opil arinçada. XII. dineros de Sanchetes, moneda corrible en Nauarra. los quales dineros non puedan acrescer ni mas amenguar por ninguna manera. E a la labor que uiengan al mes una ueç como an acostumpnado ata agora. E si por auentura deuenies dalgunos (labradores?) sin es creaturas o se fues a otra part todo el moble et el terrible, segunt el juicio del abad?) e del conuent, sea dado al más cercano parient o parienta que



Romance Aragonés.	Castellano.	Navarro.	Castellano.
molín.....	molino	corrible.....	corriente
fiesta.....	fiesta	moble.....	mueble
fer.....	facér	eyllo.....	ello
claustra.....	clauastro	dreyto.....	drecho
dito.....	dicho	lis.....	les
femos.....	facemos	lur.....	su
soldos.....	solidos	ceña.....	aceña
mellor.....	meior	anyo.....	anno
possar.....	poner	quanto.....	quanto
senyor.....	sennor	est.....	este
muyto.....	mucho	coyllaço.....	collaço
consembles.....	consimiles	parient.....	pariente
tenrrán.....	ternán	filio.....	fijo
encloden.....	yncloyen	malecto.....	maldicho
anyo.....	anno	alectano.....	aledanno
ven.....	vien ó viene, etc.	aienar.....	alienar, etc.

De observar es tambien, para confirmar cuanto por punto general vá ligado, en órden á las modificaciones que ofrece la dición en Aragon y vârra, que se mezclan á veces en estos documentos vocablos del todo cananes, tales como *notari*, (notario) *tengut* (tenido), *faciats* (fagades), *any* y *rs* (año y años), *daçó* (de esto ó de eso), etc., trascendiendo esta influencia á la sintáxis, si bien la estructura y forma de la frase conserva mayor egridad, contribuyendo así á demostrar el íntimo parentesco que ligaba os romances con el castellano. Y tanta fuerza y vitalidad entrañaban de su misma cuna estas hablas vulgares, que así como el *catalan* se pagaba á las comarcas de Mallorca y Valencia, merced á la reconquista, adian tambien, por igual medio, especialmente el romance aragonés, á regiones que arrancaba de la morisma la espada de don Jaime I, trasiéndose á la posteridad, no sin verdadera enseñanza. Cuando, pasadas fronteras de Castilla y de Murcia, penetramos en la provincia de Alente, y escuchamos en Aspe, Elda, Monforte y Callosa de Segura el *romance castellano*; cuando al visitar la de Valencia, lo oimos igualmente en este, Chiva y Buñol, ó ya dirigiéndonos á Castellon de la Plana lo hemos en Segorbe, Albocacer y Lucena, sobre reconocer desde luego que ron todas estas villas y lugares poblados en la primera mitad del siglo XIII por aragoneses, acertamos sin esfuerzo á quilatar por una parte estado de desarrollo en que el indicado *romance* aparecia, al consumarla conquista, y la invencible resistencia que ha opuesto en esas localidades al elemento catalan (ya valenciano), sin que haya logrado este en estos siglos absorberlo ni avasallarlo. De estas observaciones, bastantes á sbaratar toda teoria, que no tenga por fundamento la historia, fácil es antarnos á más altas consideraciones, viendo confirmado cuanto vá en



ceder de suprimir en este caso las ees añadidas, puede llamarse en efecto una *restitutio in integrum*. Á largas disquisiciones críticas pudiera dar motivo esta cuestion así formulada, hallándose muchas y muy valiosas razones desde el exámen de los primeros monumentos populares y escritos de nuestra poesía, para demostrar que no al capricho ni á la ignorancia cedieron los editores de los romanceros del siglo XVI, al escribir, por ejemplo, estos versos del modo siguiente:

En Burgos está el buen rey  
asentado á su yantar,  
quando la Ximena Gomez  
se le vino querellare,  
Cubierta toda de luto,  
tocas de negro cendale,  
las rodillas por el suelo,  
comenzara de fablar, etc.

«Pero en gracia de la brevedad, y porque no se entienda que intentamos hacer aquí alarde de estudios formalizados ya há tiempo en obra competente (*Historia crítica de la literatura española*, tomo II), nos limitaremos á invocar tan autorizado y concluyente testimonio que baste él sólo para cortar toda disputa. Hablamos de la *Gramática Castellana* de Antonio de Lebrija (generalmente Nebrija), impresa en la muy noble ciudad de Salamanca en 1492; libro de oro no consultado hasta ahora por los críticos en su relacion literaria.»

Hechas estas indicaciones, exponiamos la declaracion formal del docto maestro de la Reina Católica, tomada ya en cuenta en la *Ilustracion* IV.<sup>a</sup> (pág. 475 y 480); y tocados otros varios puntos en que diferiamos tambien de la opinion de Wolf y de Hofman, tales como los orígenes del metro primitivo de los romances, la primera forma en que dicho metro aparece y la que ostentó asimismo la rima que lo exorna en los primeros dias de su existencia, puntos que resolviamos segun el estudio realizado ya por nosotros en la *Ilustracion* mencionada, añadiamos:

«Tras estas cuestiones, en que sentimos no estar acordes con tan señalados críticos, presentan la clasificacion de los romances ya arriba indicada. Fúndanse en la conocida teoria, expuesta por Hüber en su excelente introduccion á la *Crónica del Cid*, la cual sujeta los romances consagrados á este héroe á tres diferentes clases, á saber: 1.<sup>a</sup> La de los antiguos, propriamente tradicionales y populares: 2.<sup>a</sup> La de los sacados de las viejas crónicas por los eruditos, en imitacion de los primeros; y 3.<sup>a</sup> La de los compuestos por los poetas cortesanos, sin aquel deliberado intento.— Wolf consigna oportunamente la aplicacion hecha por el señor Duran de esta luminosa teoria á todos los cantos que se revisten del metro y rima de los romances, y aplaudiendo los aciertos de nuestro sábio amigo, altera

algun tanto su clasificacion general, considerando á aquellos bajo dos principales aspectos: 1.º En cuanto son verdaderamente objetivos ó se dan por tales: 2.º En cuanto se presentan puramente subjetivos ó líricos. Comprende el primer género las especies siguientes: 1.º Los romances históricos y tradicionales; 2.º Los novelescos y fabulosos; 3.º Los caballerescos; 4.º Los heróicos; 5.º Los moriscos; 6.º Los pastoriles, piscatorios, villanescos, etc. 7.º Los romances de *Germania*, los picarescos ó jácara. El segundo género ó el puramente subjetivo y lírico, se podría dividir en tantas especies cuantas sensaciones y pasiones caben en el corazon humano, etc.—Los Sres. Wolf y Hofman procuran justificar esta clasificacion, desarrollándola en diferentes artículos que guardan el orden sucesivo de la misma. Sus observaciones son prueba indubitable de larga meditacion y de privilegiado talento: sin embargo, lícito nos será exponer algunas indicaciones que nos ha sugerido la lectura de dichos artículos, bien que con la brevedad que exige la extension que vá tomando, á pesar nuestro, el presente.

»Notando ante todo que dicha clasificacion propende á encontrar su más segura base en la historia, como que sin esta principal condicion sera inadmisibile, llámanos la atencion el hallar puestos los romances *noveleros* y *fabulosos* entre los *históricos* y los *caballerescos*, dando á entender que pudo existir, y aun que existió, entre los tiempos heróicos de la civilizacion castellana y los tiempos propiamente caballerescos un desarrollo de la poesia popular, independiente en cierto modo del histórico y del caballeresco ya indicados.

»Plausibles son, en verdad, los esfuerzos que hacen en este artículo los compiladores para dar á su opinion la consistencia y brillantez que ostenta en los restantes; pero ni por su genuina representacion, ni por el momento en que realmente se muestra cada género, es, en nuestro sentir, conveniente alterar la sucesion histórica de los romances castellanos, los cuales cobran toda su estima y valor de reflejar una *poesia* y una *historia* tan dignas de estudio como las españolas, con la mayor fuerza y el más íntimo enlace. Acomodándonos á los grandes y más trascendentales desarrollos de nuestra civilizacion, y considerando siempre á los romances castellanos con un valor verdaderamente histórico, creemos que no hay inexactitud en ordenarlos en cinco grandes grupos, los cuales determinan de una manera clara y distinta, y ya directa ya indirectamente, las más importantes transformaciones de nuestra cultura y aun de nuestras letras. Nosotros, modificando algun tanto, ó mejor dicho, ordenando cronológicamente la clasificacion del señor Duran, dividiríamos los romances que se asocian en la forma indicada al movimiento histórico de nuestra patria, en *históricos*, *caballerescos*, *moriscos*, *pastoriles* y *vulgares*. Los demás géneros que los Sres. Wolf y Hofman comprenden en el primer miembro de su clasificacion, ofrecen ya un interés secundario, y más bien que á señalar épocas y desarrollos determinados de la poesia popular y de la cul-

ura española, con r y en á darnos á conocer, de un modo tambien secundario, las diversas modificaciones y matices de esas mismas transformaciones. Siempre aparecerán, por tanto, en segundo término y como partes de una subdivision menos histórica que literaria. En el segundo miembro de la clasificación hecha por tan doctos críticos, no cabe disputa».

Tres años despues (1839) se daban á la estampa en la misma ciudad de Berlin los estudios sobre las literaturas nacionales española y portuguesa, *Studien zur geschichte der Spanischen und portugiesischen nationalliteratur*, que dejamos repetidamente citados; y al tocar en ellos el referido don Fernando José de Wolf las ya mencionadas materias, esforzaba su opinion respecto de las eee paragógicas de las rimas agudas de la poesia popular, del siguiente modo:

«Entonces (dice) se tomaron por consonantes mal dotados (*doctos* se lee en Fuentes) las rimas asonantes rudas de los antiguos romances populares, consonancias cuya imperfeccion procuraron mejorar los poetas artisticos, y las rimas con sílabas finales sin tono (!), particularmente cuando á la *a* ú *o* aguda seguia una *e* muda (!), se miraban todavia como sordas (!!!), y por lo tanto se encuentran frecuentemente ligadas con ellas. Los romances juglarescos primitivos y populares, y particularmente los del ciclo de leyendas carlowingias, prueban esto con exceso. Tienen generalmente estos últimos, como es sabido, en su mayor parte y hasta los más largos la rima en *a* aguda; pero mezclada muy frecuentemente con palabras rimadas, en las cuales sigue á la *a* acentuada una sílaba final más, con una *e* muda (?), no escaseando aquellas, donde no es posible apocopar etimológicamente esta sílaba final, tales como *padre*, *madre*, etc. De tal manera que los reformadores de la rima y editores posteriores se refugiaron á la salida maravillosa de añadir á las rimas monosílabas y sordas (!) una *e* (y no solamente en los infinitivos en *ar*, nombres en *al* y otros parecidos, donde podia esto justificarse acaso etimológicamente, sino tambien en palabras conjugables, como *estas* y *hane*) para establecer cierta uniformidad en la asonancia, pues que para ellos las rimas disílabas y mudas (!) que se hallan en todas las canciones populares y de la Iglesia, no tenian ya aquel valor, si bien los músicos (?) las consideraban así» (pág. 446).

En nota á este pasaje añadia el mismo Wolf:

«Depping y Alcalá Galiano se fijaron tambien en estas rimas disílabas sordas (!) de los antiguos romances populares y juglarescos; pero las declararon licencia poética ó modo de hablar antiguo; y Alcalá Galiano dice que el romance de *Isabel de Liar* puede servir de ejemplo... Pero este aumento no es licencia poética, ni puede ser tenido cual forma de antiguas palabras (conjugadas), sino que emana simplemente del uso ó de la costumbre propia del canto popular de equiparar la rima disílaba sorda (!) con la monosílaba (?).... Hácese con frecuencia este aumento de rimas sor-





En orden á la clasificacion de los romances decia tambien, teniendo presentes nuestras indicaciones arriba trasladadas:

«El erudito crítico señor Amador de los Rios, en su ya citado juicio sobre la *Primavera*, escrito con harta benevolencia é indulgencia, entre los puntos en que no ha convenido conmigo, ha puesto de relieve la *division de los romances, segun sus materias*; pero su critica tiene sólo por base una mala inteligencia (de que yo efectivamente puedo tener culpa, pues él tomó por eslabon desarrollador correlativo, aunque lógicamente bien separado y genuinamente histórico y sucesivo, lo que podia tenerse como induccion en limites tan abstractos y con frecuencia de origen casualmente coetáneo). Y que su opinion no es más que aparentemente distinta, lo prueba la division que él mismo ha hecho, perteneciente á la primera division principal (con la subdivision, arriba mencionada, en dos grupos principales, y la fijacion de la segunda se declara completamente conforme), diciendo: «Dividiriamos los romances que se asocian en »la forma indicada al movimiento histórico de nuestra patria en *históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles y vulgares*» (Véase la *Ilustracion IV*, página 483 y sigs.). »Pero esto se aviene perfectamente con la ya citada division, repetida en la *Primavera* hasta los *vulgares* (los romances de *germania, picarescos y jácaras* no los ha mencionado especialmente, mas de ninguna manera pueden incondicionalmente contarse entre los vulgares), los cuales yo materialmente no podia citar aquí, donde se trataba de la division, segun las materias, sino que debia mencionarlos arriba en la clasificacion de los romances, segun su carácter principal» (págs. 482 y 83).

Hasta aquí nuestro docto amigo don Fernando José de Wolf en sus nuevos *Estudios*, respecto de las rimas agudas de los romances vulgares y de la clasificacion de los mismos. Manifestando desde luego que, admitida la ordenacion histórica hecha por nosotros, cual base de una clasificacion verdaderamente filosófica, no hay ya realmente diferencia de opiniones en cuanto al segundo punto concierne (pues que los *romances de germania*, los *picarescos* y las *jácaras* escritas en metro de romance, sólo ofrecen interés secundario y no determinan épocas ni desarrollos poéticos independientes en nuestra historia literaria), lícito juzgamos fijar nuestras miradas en la cuestion de las rimas agudas de la poesia popular, punto de alguna importancia, considerado en sí mismo, y de no escaso interés para la critica en el estado á que esta cuestion ha venido.

## II.

Recibidos en efecto por nosotros los ya mencionados estudios del señor Wolf, nos juzgamos obligados á dirigirle la siguiente carta, á la cual trasladamos alguna parte de las investigaciones que teniamos realizadas en la *Ilustracion IV.*ª de este volumen, segun oportunamente dejamos consignado:

Sr. D. Fernando José de Wolf.—Viena.—Muy Sr. mio y estimado amigo:

Como V. se había servido anunciarme repetidamente, han llegado ya á mis manos sus muy deseados *Estudios sobre las literaturas española y portuguesa*, tan llenos de erudicion y de ciencia como yo esperaba. Véolos cual resúmen, y dijera mejor, como el corazon de cuanto V. ha escrito, con tanto aplauso de los doctos, sobre nuestras letras, pues en ellos hallo reproducidos y nuevamente ilustrados sus luminosos trabajos anteriores.

Una falta capital les hallo á primera vista: quisiera yo, y quisieran sin duda conmigo cuantos estiman su crítica perspicaz, sana y profunda. que en lugar de contentarse con tocar algunos puntos, por cierto muy principales é interesantes en extremo, hubiese V. abarcado al menos toda la historia del arte en la edad media, con lo cual, sin hacer ofensa á Clarín ni á otro alguno de los que han tratado tan vital período, tendríamos grande ocasion de estudio y de alabanza los que á este linaje de tareas nos consagramos. Puédole asegurar por mi parte, que si bien han estado algo rehacios, pues vienen cuando tocan mis estudios en las últimas lindes de los tiempos medios, todavia pienso ponerlos en contribucion al llegar la hora de imprimir (si es que esta fortuna ó esta desdicha está deparada á mi *Historia crítica*), y abrigo la esperanza de que no ha de ser sino con abundante fruto. Honra mia será entonces anotar todo servicio que deba á la docta pluma de V., porque nada hay para mí tan sagrado en el comercio de las letras como pagar estas deudas intelectuales, que, habida consideracion á los años que llevo en el trabajo de la *Historia*, van ya siendo de bulto.

Verdad es, amigo mio, que V. me dá de ello insigne egemplo, pues veo que no sólo se ha servido honrar con frecuencia las obras de alguna consideracion, dadas por mí á la estampa en medio de mil desconfianzas y temores, sino que ha llegado su amabilidad hasta el punto de traer á sus doctos *Estudios* la memoria de algunos artículos insertos en los periódicos, de que hablando á V. ingenuamente, apenas conservaba recuerdo. Y si al recibir V. el pobre y desmañado sobre su *Primavera y Flor de Romances*, llevaba su modestia al extremo de atribuir á mi bondadosa inclinacion y amistosa indulgencia las justas alabanzas que yo tributaba á sus excelentes observaciones sobre la poesia popular española, celebrando mucho *laudari a viro laudato*, ¿qué habré yo de decir ahora, cuando me hallo colmado de calificaciones que no merezco, y que en realidad me comprometen?... Muchas consideraciones debí á la crítica extranjera, al sacar á luz los *Estudios sobre los judíos* y las *Obras del marqués de Santillana*: confieso que aunque habia trabajado con el anhelo del acierto, no perdonando vigiliass, me parecieron por demás excesivos los elogios, no siendo por cierto el artículo con que V. quiso favorecer las *Obras del Marqués* el que menor sorpresa hubo de producirme. Pero al mariposear primero y examinar despues con el mayor detenimiento sus *Estudios*, debo manifestarle hoy que he experimentado cierto rubor, llegando á dudar que fuera yo

mismo el *Amador de los Rios*, tan á menudo mencionado en notas y texto.

Dóile, pues, mil y mil gracias por su benevolencia, y no me maravillo de que puesto V. en el empeño de engrandecer mis poquedades, se haya visto alguna vez forzado á contradecir mis opiniones. En ello ha dado V. inequívoco testimonio de la independencia de su juicio, probando que no el afecto más ó menos cariñoso, sino el celo de la verdad y el afán del acierto han movido su pluma. Mas quien de tal manera procede, no podrá negar á otros la buena fé de sus creencias literarias, ni extrañar tampoco que reconocida esta, reputen, como deber de conciencia, la obligación de sustentarlas. De ella me siento impulsado; y considerando al propio tiempo que no sería digno de la distincion que V. me ha concedido en sus *Estudios*, si no me apresurase á exponerle los fundamentos de las opiniones que V. no admite, me atrevo á suplicarle se sirva prestarme algunos momentos de atencion, en gracia siquiera del asunto, que es tan de su agrado.

Bien comprenderá V. que aludo principalmente á la teoria de las rimas disílabas y monosílabas, que V. y Dozy han intentado aplicar á los romances viejos populares de Castilla, desechando como *salida á invencion maravillosa de los reformadores de las rimas vulgares y de los editores posteriores*, el aditamento de las *eee* paragógicas á las rimas monosílabas y sordas. Ignorancia y arbitrariedad de los editores pareció á V., al trazar la *Introduccion de la Primavera* y tal le sigue pareciendo en sus *Estudios* el aumento de dichas *eee* finales en las rimas agudas, aun despues de reconocido el desinteresado y respetable testimonio de Antonio de Lebrija, aducido por mí para demostrarle que no cedieron los referidos editores de los romanceros del siglo XVI al capricho ni á la ignorancia, al transcribir en semejante forma las rimas mencionadas. Recusa V. la autoridad de varon tan esclarecido por su excesiva erudicion clásica, la cual extravió, en concepto de V., «el sentimiento indeterminado que tuvo Lebrija de la verdad del asunto», siendo causa «su amor á la fraseologia escolástica» de «que lo expresara con tal oscuridad que ha podido ser fácilmente mal comprendido por aquellos que más bien juran *in verba magistri*, que juzgan independientemente por la naturaleza del asunto».

Dejando para luego la oscuridad que V. atribuye al maestro de la Reina Católica, quiérole recordar ante todo que mi opinion no se fundaba exclusivamente en el testimonio de aquel sabio, pues como V. puede ver de nuevo en el artículo sobre la *Primavera*, dije allí que existian muchas y muy valiosas razones debidas al exámen de los primitivos monumentos populares y escritos de nuestra poesia (la castellana), para la ilustracion de este punto literario en el sentido que yo lo consideraba. Mostré tambien en gracia de la brevedad, y porque no se entendiera que hacia alarde de estudios formalizados ya en la *Historia Crítica*, me limitaba al referido testimonio, cuya veracidad era para mí incuestionable. De una y otra manifestacion puede holgadamente deducirse que no juraba *in verba*

*magistri*, y que había aspirado de antemano á fundar también mi tanto de teoría sobre las asonancias de los romances viejos populares; y pues V. ahora me estimula á que la exponga, antes de que salga á luz la dicha *Historia*, lícito me será decir cuatro palabras en esta cuestión aun á riesgo de quitar alguna novedad á los indicados estudios.

Bajo dos relaciones importantes debe ser examinado el punto de las rimas simplemente populares ó imperfectas (las asonancias). Primera: bajo la relación de la lengua, de que son características y privativas. Segunda: bajo la relación del canto. Esto es, consideradas en sí mismas conforme al desarrollo sucesivo del idioma, y en orden á su oficio y ministerio respecto de los cantos nacionales, cuya trasmisión de edad en edad se haía única y exclusivamente fiada á la tradición oral y musical, de que es principalmente depositaria la muchedumbre.

Desemejante del catalán y del provenzal en la estructura léxica, punto sobre que no se fijaron, en mi concepto, lo bastante Raynouard ni Dozy, aparece el romance castellano desde su cuna desechando la acumulación de consonantes, y apasionado de las desinencias graves y sonoras, que más que á ningún otro de sus hermanos le acercan á su madre y maestra principal la lengua latina. Obedeciendo á esta ley biológica y constitutiva, vémoslo en toda la edad media en continuo y no dudoso laboreo hasta fijarse definitivamente en el siglo XVI, llegando á ser el más abundante y rico de todos los que á la sazón vivían (Herrera, *Anotaciones de Garcilaso*, pág. 120). Menos elíptico que el provenzal y que el catalán, aspira en todo aquel largo período á mayor dulzura, sin renunciar del todo su nativa energía, acaudalándose sin cesar de vocales, que hacen más variada, armoniosa y llena la dicción, y como natural consecuencia más acentuada y flexible la prosodia. Así, mientras los expresados idiomas ya se contraen á las radicales, ya admiten, demás de las partículas prefijas ó preformativas, algunas de las terminaciones de la lengua madre, ó ya conservan raras vestigios de ellas, tienden constantemente las voces castellanas á asemejarse en su raíz y terminación á su primitivo modelo, teniendo siempre en cuenta el tipo á que se ajustan desde el primer día, cualquiera que sea el oficio, índole ú origen de la dicción, sometida á la elaboración ya indicada. Verbos, calificativos, nombres, adverbios se forman en unos y otros romances de tan diverso modo como vario es el crisol de la nacionalidad que los funde; razón poderosa y bastante á explicar la mayor concisión y sobriedad que en el idioma catalán observamos, aun comparado con la lengua de los trovadores. Para ilustrar algún tanto estas indicaciones, no llevará V. á mal que traiga aquí algunos ejemplos. En la lengua provenzal leemos: *Esperam, clamam, avem, serem, deman, conosc, trobat, mult, redatz, ardit, mal, ardimen, juec, vilan, mesquin, man, caral, gel*, etc. (*Poesías de Guillen*, IX). En el antiguo castellano: *esperamos, clamamos, aremos, queremos, demando, cognosco, trocado, redado, fardido, malo, ardimiento, fugo, villano, mesquin, mmo, canaño, gelo*, etc.: en el catalán: *aurem, guany-*

*rem, amam, callam, pusch, desig, tornat, maravellat, mut, puni, nat, fet, escut, mesquí, má, moll, furt, lin, etc.*: en el habla de Castilla: *avemos, ganaremos, amamos, callamos, puedo, desacio, tornado, maravillado, mudo, punido, nado, fecho, escudo, mesquino, mano, molino, furto, lino, etc.*

Claramente se vé demostrado en tan corto número de voces, que pudieran multiplicarse hasta lo infinito, cómo el idioma de los cantores populares de la España central se amolda y modela por el latino, más que los dos romances indicados, ley á que tambien se sujetan cuantos elementos recibe en su seno durante el tiempo de su desarrollo. Y que este desarrollo, en que gana la lengua majestad, dulzura, fluidex y elegancia, es por demás sensible, haciendo que no pueda confundirse ni en su principio, ni en sus caracteres exteriores con el breve desenvolvimiento del provenzal y el más lento del catalan, nacido á más larga vida, paréceme asimismo fácil de comprobar con el exámen de los monumentos de la poesía castellana que son á V. tan familiares. No quisiera ganar plaza de importuno; pero en esos poemas hay notable copia de demostraciones, las cuales solicitan y traen con tanta holgura el convencimiento á nuestro ánimo, que no puedo menos de llamar la discreta atencion de V. sobre algunas. En el *Poema del Cid*, por egemplo, hallamos estas voces: *faz, plaz, yaz, diz, dix, fiz, traz, val, cal, noch, cort, mont, alcanz, quant, art, nadi, allent, end, delant, part, fart, atant, eston, estonz, etc.*; que en este primitivo estado tienen poca analogia con sus semejantes en el catalan y en la lengua de los trovadores: en nuestros libros poéticos sucesivos hasta el siglo XVI, se van modificando con sujecion á los cánones referidos, resultando ya en esta forma: *face, place, yace, dize, dix, fize y fizo, traze, vale, cale, noche, corte, monte, alcance, quanto, arte, nadie, allende, dó, donde, delante, parte, furto, atanto, estonce, entonces, etc.*—La modificacion principal, la que altera la condicion prosódica de estos vocablos, haciéndolos pasar de agudos á graves, consiste en el aumento de la vocal con que se cierran y terminan, entrando así en la gran familia de las voces castellanas bajo la ley más general de sus desinencias. Y no se aumentaron estas vocales para ser mudas (sordas), ni permanecer ociosas, sino para lograr desde su aparicion el valor real que en la pronunciacion tuvieron y tienen hoy; para dar mayor rotundidad y cadencia á la diccion; para asemejar sus plurales más fácilmente á los de la lengua latina; siendo indudable que á no haberse pronunciado desde luego, en lugar de *noches, artes, cortes; montes; furtos, etc.*, se hubiera escrito *nochs, arts, corts, monts, furts*, como se dijo y se escribió en catalan: *gents, infants, ingrats, delits, etc.* y en provenzal *placens, gens, dolors, jorns, joys, etc.*

En cuanto á los dialectos bable y gallego que se hablaron durante la edad media y viven todavia, cúpleme observar que no sólo se asemejaron al habla castellana, en orden á las desinencias, sino que apasionados desde su cuna de las terminaciones graves, que se forman con el aditamento de la *e* y tienen en la pronunciacion entero sonido, no consintie-



Ahora bien: volvamos la vista á la *Crónica ó Leyenda de las Mocedades* y al *Poema del Cid*, cantares de gesta que no por estar escritos dejaron de ser recitados en las plazas públicas con cierta especie de tonada más ó menos ruda y primitiva, conservando en consecuencia la condicion y el precio de poesías esencial y formalmente populares. Bien sé que es hoy difícil, ó más bien del todo imposible, el determinar á qué género de cantinela se acomodaron, reconocidas las circunstancias con que se han transmitido á nuestros días; pero reparando en la naturaleza del asunto, altamente histórico y nacional, y teniendo en cuenta la gran copia de versos octonarios de diez y seis sílabas que en uno y otro monumento encontramos, no sería, en mi concepto, gran despropósito el sospechar que pudo ser dicha canturía muy parecida á la empleada á la sazón en los romances históricos, con lo cual se conforma cuanto el entendido Dozy escribe sobre la llamada *Crónica Rimada*, opinando que se descubren en ella muy antiguos cantos guerreros (*Rech.*, pág. 628). Modelábanse los romances sobre una canturía gravemente acompasada, dispuesta de tal modo que hallase la voz fácil descanso en el primer hemistiquio de cada octonario, extendiéndose despues notablemente en el segundo que se repetía, como á manera de vuelta, con notable insistencia en el segundo hemistiquio del segundo octonario, ó como pudiéramos decir ahora, en el cuarto verso de cada redondilla ó cuarteta (Véase pág. 484, nota). Era esta canturía uniforme en todo el poema, de donde naturalmente resultaba que siendo en a música siempre iguales los compases, y por tanto uno mismo el tiempo que debía invertirse para recorrerlos y llenarlos, tuvieron necesidad los poetas populares, que hallaron ya las tonadas establecidas, de asimilar sus metros de la suerte que les fué más hacedero (y esto sucede hoy entre nuestros ciegos á vista de todos) á las referidas canturias, supliendo ya con la intercalacion de conjunciones, ya con el aumento de vocales finales la desigualdad de sus versos ó los defectos métricos de sus obras, hijos de su inexperiencia. Y que hubo de ser así, demás de comprobarlo el uso constante de la muchedumbre, pruébalo en mi sentir el exámen de los ya mencionados monumentos; porque una de dos: ó la *Crónica rimada* y el *Poema* se compusieron en un solo linaje de metros, lo cual no puede sustentarse con probabilidades de buen éxito, por las razones que V. ha podido ver en mi trabajo sobre los *Refranes*, ó dada la desigualdad de sus metros y reconocido como hecho histórico el que ambas composiciones fueron públicamente cantadas, es indispensable admitir el que para dar cierta regularidad al canto, hubieron de adoptarse uno ó más medios supletorios que se conformasen con el genio prosódico de la lengua castellana.

Éralo en verdad el aditamento de las vocales al fin de diccion, que haciéndola más llena y sonora facilitaba notablemente el uso de las rimas imperfectas ó populares, estableciendo cierta paridad en el número silábico de los hemistiquios de un solo verso, que de otra manera serian desiguales y, como consecuencia, ineptos para el canto. De aquí emanaba en la práctica



de los poetas de la muchedumbre el que, recibido el principio ó la concepción indicada, tuviesen por rimas propias y de buena ley las que les ofrecían todas aquellas voces, con las cuales se equiparaban las dicciones añadidas, cualquiera que fuese su formación, origen ó circunstancias particulares; práctica seguida con tanta frecuencia y naturalidad en la *Legenda de las Mocedades* y en el *Poema del Cid*, que no es posible desconocer su valor é importancia, para desatar las dudas que sobre el punto en cuestión puedan abrigarse.

Dominan en la *Crónica rimada* los asonantes graves, y sobre todo el de *a o*, que llena la mayor parte del poema. Hállanse, no obstante, varias tiradas en agudo, ó como dijera el perspicuo Dozy, en asonancias *masculinas*; y en las referidas tiradas habrá V. sin duda leído muchas veces el pasaje en que las hijas de don Gomez, muerto este, vienen á pedir la libertad de su hermano, prisionero de Diego Lainez:

Viólas uenir don Diego | et á recebirlas sale:  
 —Dónde son aquestas freyras | que algo me vienen demandar?...  
 —Prisiéstenos los hermanos | et tenedeslos acá;  
 É nos mugieres somos, | que non ay quien nos anpare.  
 —Essas oras dixo don Diego: | Non deuedes á mi culpar.  
 Peditlos á Rodrigo, | si vos los quisiere dar.  
 Prométolo yo á Christus; | á mí non puede pessar.»  
 Aquesto oyó Rodrigo, | comenzó de fablar:  
 «Mal fesistes, Señor, | de vos negar la verdat:  
 Que yo seré vuestro fijo | et seré de mia madre:  
 Parat mientes al mundo, | Señor, por caridat:  
 Non an culpa las fijas | de lo que fiso el padre.

Y al narrar la expedición de Rodrigo á Francia, aquellos versos:

Apellidóse Francia | con gentes en derredor;  
 Apellidóse Lombardía | así como el agua corre, etc.

Y la petición que hace al rey de Castilla el joven de Bivar:

Mas besso vuestras manos, | et píдовos un don:  
 Que los primeros golpes | yo con mis manos los tome.  
 É abrirvos hé los caminos, | por dó entredes vos, etc.

Vénse aquí como rimas concertadas con otras agudas las voces graves por su naturaleza *sale, anpare, madre, padre, corre, tome*; y como las primeras y las últimas son conjugadas, no hay razón para rechazar la forma con que V. mismo las conservó, al reimprimir la llamada «Crónica»; lo cual debe también decirse de las asonancias *matate, mande, matase* y otras

**PARTE I: APÉND. RIMAS AGUDAS DE LOS ANT. ROM. POP. 609**

ilogas existentes en dichas tiradas, que asonan en *a*, conforme su actual ritura. Tal vez juzgará V. la prueba insuficiente, por escasa; mas pre-  
tanos á dicha el *Poema del Cid* tan ancho campo de observacion, que no  
ece sino que todo él fué compuesto al propósito.—Riman en efecto las  
s cuartas partes del *Poema* en los agudos *a* y *o*, leyéndose á cada paso  
las tiradas del primero, que son mucho más frecuentes, estos ó seme-  
tes versos:

Vos que por mi dexades | casas et heredades (302).  
Rogando al Criador | quanto ella meior sabe (329).  
Prisieste encarnacion | en Sancta [Maria] madre (334).  
Pastores te glorificaron, | ovieron de alaudare (336).  
Salvest' á Daniel | con los leones en la mala cárcel (341).  
Á los judios te dexeste prender | do dicen monte Calvári (348).  
Dos ladrones contigo, | estos de senàs partes (350).  
Longinos era ciego | que nunca vió alguandre (353).  
Diot' con la lanza en el | costado, do yxió la sangre (354).  
Abrió sus oios, | cató á todas partes (357).  
Tú eres rey de reyes | et de tod'el mundo padre (362).  
Asis' parten unos d'otros | como la uña de la carne (377).  
Á tan grand sabor | fabló Minaya Albar Fañez (380).  
. . . . . En buen ora naquistes de madre (382).  
Tornado es don Sancho | é fabló Albar Fañez (390).  
Grandes yentes se le acogen | esa noch de todas partes (398).  
Vánsele acogiendo yentes | [á Mio Cid] de todas partes (406).  
Temprano dat cebada, | si el criador vos salve: }  
El que quisier comer | ¿ que non cabalge (sic) } (423 y 24).  
Por tal lo face Mio Cid | que non lo ventasse nádi (436).  
Dicen Casteion, | el que es sobre Fenares (438).  
Mio Cid se echó en celada | con aquellos que él trac (439).  
Como lo conseiaba | Minaya Albar Fañez (441).

Y en las del segundo, menos numerosas, hallamos sin salir de la prime-  
parte del episodio de los Infantes de Carrion, los siguientes:

D'aquestos averes | siempre seremos ricos omes (2561).  
Podremos casar con fijas | de Reys ó de Emperadores (2562).  
Dadnos nuestras mugieres | que avemos á bendiciones (2571).  
En las villas que les diemos | por arras et por honores (2574).  
Cauillos para diestro | fuertes et corredores (2582).  
Et muchas vestiduras | de paños et de ciclatones (2580).  
Aquim' parto de vos | como de malos é de traydores (2690).  
Entrados son los Infantes | al Robredo de Corpes (2707).  
Aqui seredes escarnidas | en estos fieros montes (2725).

Allí las tuellen los mantos | é los pellizones (2730).  
 Páranlas en cuerpos | é en camisas é en ciclatones;  
 Espuelas tienen calzadas | los malos traidores,  
 En manos prenden las cinchas | fuertes et duradores (2733).  
 Dos espadas tenedes | fuertes é taiadores (2736).  
 Retrarcvos lo han | en vistas ó en Córtes (2743).  
 Limpia salie la sangre | sobre los ciclatones (2749).  
 Ya lo sienten ellas | en los sos corazones (2750).  
 Sangrientas en las camisas | et en todos los ciclatones (2751).  
 Ensayado han amos | quál dará meiores golpes (2756).  
 Por muertas las dexan | en el Robredo de Corpes (2758).

Formado me será añadir, tal como existen, algunos de estos pasajes, para que pueda formarse entero juicio del modo cómo los versos *graves* (de rimas masculinas o femeninas) se asocian á los *agudos* (de rimas monosílabas o bisílabas). El Cid se queja en las Córtes de Toledo de los Infantes de Carrion y es éste:

A que m' descubriestes | las telas del corazon?  
 A la salida de Valencia | mis fijas vos di yo  
 Con muy grande onra | et averes á nombre.  
 3273 Quando las non queriedes | ya, canes traydores,  
 Por que las sacabades | de Valencia, sus onores?...  
 A que las feristes | á cinchas et á espolones?  
 Solas las dexastes | en el Robredo de Corpes  
 A las bestias fieras | et á las aves del mont:  
 3280 Por quanto les feciestes, | menos valedes vos;  
 Sinon recadedes, | vealo esta Cort.

Pueden y deben añadirse á las referidas asonancias graves multitud de voces que por el mal estado en que se ha transmitido el *Poema*, no aparecen en la metáfora como verdaderas rimas, resultando otros tantos defectos, que seria erróneo atribuir al poeta y muy cuerdo corregir en una edición crítica, devolviendo á la dición su carácter. Tales son, entre otras, las correspondientes á la asonancia de *oe*; *muert* (v. 2686) por *morte*; *fuert* (v. 2706) por *fuerte*; *aluen* (2706) por *aloñe*; *fué* (2773) por *fuere*; *fuere* (2780) por *fuere*; *puede* y *pueden* (2480, 2931) por *pode* y *poden*, todas las cuales se sujetaban por su naturaleza á la ley común, y correspondían respecto al desenvolvimiento de la lengua castellana.

Bien se me alcanza que, siguiendo la teoría de las *silabas sordas finales*, puede deducirse de esta demostración que dichas palabras conservaron, al pronunciarse en las rimas, la condición de *agudas*; pero sobre no haber español que graciosamente conceda semejante aserto, ministra abundantes razones el mismo *Poema* para probar todo lo contrario. Las voces

graves en cuestion son de diferentes naturalezas: hay entre ellas nombres comunes y adjetivos, en singular y plural; verbos conjugados (palabras de forma), no sólo en los tiempos de indicativo y subjuntivo, sino tambien en el imperativo, como: *tengades, tomades, seades*, etc.; nombres propios, como: *Galve, Santiago*; apellidos, como: *Fanez, Gomez, Ordoñez y Salvadores*; nombres geográficos, como: *Fenares, Corpes*; y cuando todos estos vocablos, que por su especial formacion han sido en España y para los españoles siempre graves, se hallan concertados en una misma tirada de versos con las voces: *aves, tendales, mensales, infantes, naturales, colores, infanzones, Cortes, colpes, corredores*, etc., no hay fundamento alguno para suponer que todas aquellas palabras que tienen en los principios y medios de los versos todo el valor prosódico que representan, hubieron de perderlo con sólo aparecer en los finales. Pero hay más: en tan importante monumento hallamos algunas rimas que sin pronunciarlas *more hispano*, ni son tales rimas ni pueden leerse, lo cual sucede por egemplo en las voces *cárcel* (v. 341) y *auce*, varias veces repetida (v. 153, 2376, 2379): otras muchas más (y esta es observacion de gran bulto en mi concepto), que apareciendo en el principio y medio de los versos en la forma primitiva sincopada (aguda), toman al final la *e* paragógica, pasando á ser graves y concertando con las rimas inmediatas, así como: *plaz, faz, alcanas, apart, delant, part, grant, val, atant, quant*, etc., que para guardar la asonancia se escribieron, leyeron y cantaron: *place, face, alcanzo, aparte, delante, parte, grande, vale, atanto, quanto*, etc.: otras en que se han conservado claros vestigios de haber tenido originariamente el expresado valor rímico, como: *plaz'* (v. 547), *far'* (3393), *casar'* (3394), *sonas'* (2688); y otras finalmente que han llegado íntegras á nuestros dias con la forma que tomaron en el canto, como: *alaudare* (v. 336) y *Trinidad* (2380), á que se une el *otro tale* de la *Crónica rimada* que V. respetó en su edicion de la ríisma (v. 389).

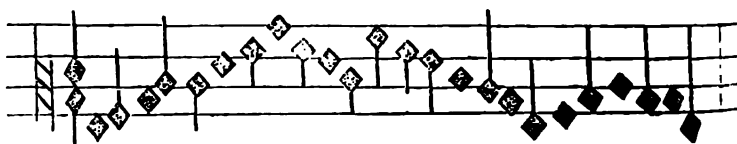
Todos estos hechos, encaminados á un mismo fin, apoyados en una misma ley (la prosódica de la lengua castellana), hijos de una misma necesidad (la del canto, que es decisiva en toda poesía popular); todos estos claros vestigios é indubitables testimonios del aditamento de las *ee* en las asonancias agudas, transmitidas á nuestros dias indeliberadamente, ponen de relieve la exactitud de las observaciones arriba apuntadas, manifestando al par que fué aquella ley comun á toda popular poesía castellana, exornada de rimas imperfectas, contribuyendo eficazmente al progresivo desarrollo de la lengua, tal como su especial genio prosódico lo exigia y demandaba.

Y si esta enseñanza obtenemos del exámen de los primitivos monumentos escritos de la poesía popular castellana, ¿qué habremos de decir de «aquellos romances é cantares, de que la gente baxa é de servil condicion se alegraban?» Por ventura se ha conservado el antiquísimo y sencillísimo aire de los romances y de otras cancioncillas, grandemente acariciadas por la muchedumbre durante la edad media; y á pesar de las *diferencias*, y

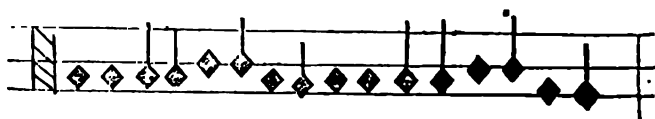
*variaciones* con que los músicos algún tanto eruditos del siglo XVI las adornaron, es hoy cosa fácil y llana discernir perfectamente cuanto el acompañado ritmo de aquellas canturias exigía de los juglares de entonces y exige de los cantores de hoy, que se la acompañaban ó acompañan aun con la vihuela. En orden á las cancioncillas, por lo general olvidadas, de que hago mencion en mi estudio sobre los *Refranes*, quiero recordar á V. con su propia canturia, aquella, cuyo estribillo ó primera copla dice:

Yo me yba, mi madre,  
á Villarreal:  
errara el camino  
en fuerte logare.

Recogióla en su tratado *De Musica* el muy docto Francisco de Salinas, aquel de quien el inmortal fray Luis de Leon dijo tan altas alabanzas, y dióle mayor precio, al conservar su música tradicional, en la siguiente forma:



En cuanto á los romances, por si V. no ha tenido á mano alguno de los escritores de música que dan razon del *aire* primitivo, ya que ni los ha podido oír á nuestros labriegos ni le es dado cantarlos en sus ratos de ocio (cosa en que yo me deleito algunas veces, sin poder resistir á la necesidad de aumentar la *e* final en los agudos), tengo por acertado trasferirle la tonada más antigua y sencilla de cuantas han llegado á mi noticia:



Esta música, tan poco artificiosa como los cantos á que se asociaba, pero acentuada y grave, como el carácter peculiar de la nacion y de la lengua, ofrece tales concordancias y compases de verso á verso ó hemistiquio, por lo cual han bastado para trascribirla las notas de la primera parte de la canturia, equivalentes á un solo verso octonario, ó dos piés de los que cita Juan del Enzina.—Pidió esa igualdad, como ya vá indicado, entera correspondencia en los hemistiquios; y porque «los que cantaban, hallában corto y escaso el segundo del octonario», suplian lo que faltaba, al ceñirse á la canturia, añadiendo la *e* final á los asonantes agudos. Admi-

tido este habitual procedimiento, sucedió á los autores de romances en las centurias XIV y XV lo que habia sucedido siglos atrás á los cantores de *gestas*; usaron asonantes graves en correspondencia con los *agudas*, abrigando la confianza de que no por esto dejarían de ser cantados y tenidos en gran precio por la muchedumbre.

Hé aquí, pues, lo que nos testifica Antonio de Lebrija y nos advierte con singular evidencia el exámen de no pocos romances de los llamados viejos, y aun de los compuestos en la primera mitad del siglo XVI. El ilustre maestro de la Reina Católica no se cura de inventar en este asunto una teoria, más ó menos fundada en la historia del arte y de la lengua: expone lisa y llanamente un hecho, para cuyo conocimiento sólo se habia menester vivir en su edad y tener oídos; y en ley de buena crítica no puede, á mi entender, hacérsele un cargo por haberlo consignado. Aunque tan erudito en las letras clásicas que pasa, no sin fundamento, por ser en España el restaurador de la lengua latina, como sólo aspiraba á explicar la naturaleza y valor de la sílaba final aguda en la construccion del octonario castellano, se limitó á poner el ejemplo del romance de *Alexandre*, y para demostrar el oficio de la asonancia *aguda* respecto de la música propia de aquellos cantos populares, indicó lo que todos sabian en su tiempo, sin el recelo de ser nunca desmentido. Ni fué su amor á la fraseologia escolástica causa entonces, ni lo ha podido ser despues, de oscuridad alguna: Lebrija dice simplemente que se empleaba ó cometía aquella figura que los gramáticos llaman *paragoge*, la cual es añadidura en fin de palabra; y esta nocion, tan verdadera como sencilla, jamás ha podido ser fácilmente mal comprendida por ningun español, porque es una de las primeras que se adquieren al estudiar en la niñez la analogia de la lengua.

Paréceme, pues, mi docto amigo, que no me acusará V. ahora de haber jurado ciegamente *in verba magistri*. Yo concedí al de la Reina Isabel I.<sup>a</sup> lo que se concede á otro cualquier testigo ocular, si bien su calidad de erudito daba á sus palabras extremado valor respecto del hecho consignado, no teniendo Lebrija interés alguno en que los cantores del pueblo suplieran ó no las *eee* paragógicas ó finales. Pero no es sólo Antonio de Lebrija el testigo de excepcion, que en el particular puede alegarse: acaso V. lo declare tambien insuficiente, por ser tan dado á las letras clásicas que escribe en lengua latina; pero así y todo, no lo reputo recusable. Hablo del ya citado Francisco de Salinas, quien en el capítulo VI del título VII, página 384 de su *Musica*, tratando *De modis duo membra quorundam versuum ad aequalitatem reduciendi*, etc., despues de exponer la teoria de los octonarios en la forma que lo hizo Lebrija, añade: «Ut apparet in his hispanis:

Los braços traygo cansados | de los muertos rodear;

Ubi posterius membrum aequivalet priori, quoniam UNUM TEMPUS, QUOD NUNC SILETUR IN FINE, AB ANTIQUIS VOCE CANEBATUR IN HUNC MODUM:

Los braços traigo cansados | de los muertos rodeare,

ó el romance que sigue:

Vide á todos los franceses | é non fallé á don Beltrane, etc.»

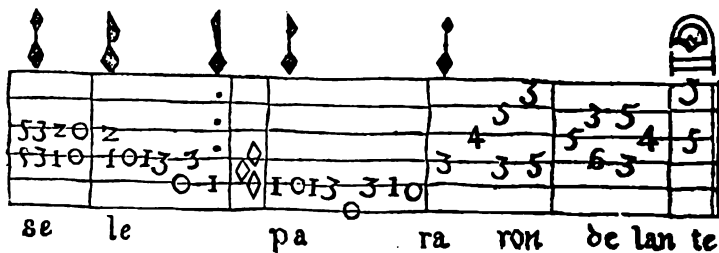
La obra de Salinas salió á luz en 1577 (Salamanca, fólío) y concertando su testimonio en un todo con el de Lebrija, así como su manera de considerar los versos octonarios, no sería posible, sin alguna temeridad, negarle también la competencia. Pero si así fuera, y esto por su condición de erudito, lo cual no le estorbó para recoger más cantarcillos populares que otro alguno, todavía quedan algunos testigos que, por andar muy cerca de la muchedumbre á principios y mediados del siglo XVI, habrán de parecer menos sospechosos. Luis de Narvaez, que en 1538 dá á la estampa en Valladolid *Los seis libros del Delphin de Música, de cifras para tañer vihuela*, dedicándolos al famoso Francisco de los Cobos, ponía desde el fólío 65 los tonos de los romances viejos, con algunas *diferencias*, escogiendo para el primero aquella letra que empieza:

Ya se asienta el rey Ramiro, | ya se asienta á sus yantares:  
Los tres de sus adalides | se le pararon delante, etc.

y siendo este uno de los romances más célebres y populares, y que más han servido para glosas (Duran, tomo II, pág. 214), es muy oportuno observar que Narvaez escribió el primer octonario, diciendo:

Ya se asienta el rey Ramiro, | ya se asienta á su yantar,

y que se parte la composición en dos trozos, en que á las voces graves: *delante, trae, vengades, Palumares*, etc., suceden las agudas: *aca, pan, mas, hablar*, etc., lo cual persuade de que aquí, como en los principales monumentos escritos de la poesía popular, demandó y obtuvo la inevitable necesidad del canto el complemento de las sílabas finales en las rimas agudas, del modo que el referido Narvaez demuestra en el siguiente ejemplo.

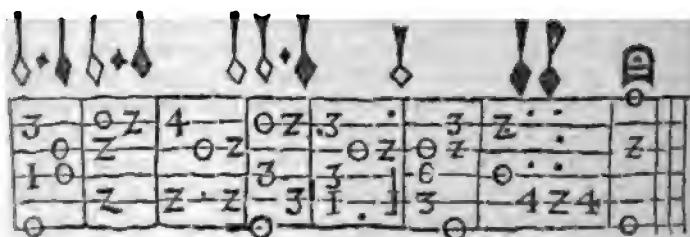


PARTE I. APÉND. RIMAS AGUDAS DE LOS ANT. ROM. POP. 615

Catorce años despues imprimia Diego Pissador y dedicaba al príncipe don Philipe su *Libro de la Música de Vihuela* (Salamanca, 1552), á cuya cabeza colocaba las tonadas de los romances del *Conde Claros* y de los llamados viejos: en el fóllo 4.º insertaba la música de aquel muy popular, una y otra vez puesto por modelo, que empieza:

Á las armas, Moriscoto, | si las has en voluntad;

Y para que V. vea prácticamente como se añadía la *s* paragógica, aun en las voces de forma ó conjugadas, en que V. halla la mayor dificultad y repugnancia, juzgo conveniente trasferirle por *facsimile* el final del segundo octonario ó cuarto verso de la estrofa, que es como sigue:



Los que en roma va ne.

Tengo para mí, señor don Fernando, que en vista de todas estas razones, y de todos estos hechos, no achacaré V. á pueril deseo de pasar por erudito, el no haber admitido en mi artículo sobre la *Primavera* la teoría de las sílabas sordas ó mudas finales de las rimas graves que se asocian á las agudas en los cantos tradicionales de la poesía castellana, teoría por V. nuevamente sustentada con sus *Estudios*. Con estas demostraciones, que tienen en mi juicio no escaso valor histórico, podría también fácilmente explicarse el hecho y desvanecerse la rara contradicción de hallar, según queda apuntado, esa frecuente mezcla de rimas *graves* y *agudas* en un mismo romance, fenómeno prosódico que se reproduce hasta siete ú ocho veces en el breve romance de Isabel de Liar: *Yo me estaba en Giromena*, y treinta y nueve en el de *Gayferos*, tales como V. los reproduce en la *Primavera* (números 104 y 174), lo cual supone una tirada de setenta y ocho octosílabos, sin contar otros muchos cantos de igual índole, que en mayor ó menor extensión ofrecen en sus rimas los mismos caracteres.

En resúmen: el uso de las *ee* paragógicas en los asonantes agudos de las poesías tradicionales «principalmente con relacion al canto» es un hecho histórico, y de no exígua importancia en la de los romances castellanos. Apóyase en la índole especial y en el genio prosódico de la lengua, y tiene confirmación: 1.º En el desarrollo formal de la misma: 2.º En la necesidad





tampoco nuestro docto amigo el señor Duran, por haber reproducido en su rica y preciosa coleccion algunos de los romances viejos con las *es* paragógicas. Veo en esto más bien una prueba de devocion y de respeto á la tradicion popular, que un rasgo de *grosera ignorancia*, y agradezco aquella solicitud como verdadero servicio hecho á las letras. Sin este respeto de los primeros editores seria imposible comprender, y más todavia explicar, con arreglo al genio prosódico de la lengua castellana, lo que era y valia el uso promiscuo de las rimas graves y agudas en los romances, y no hallariamos camino para llegar hasta los primitivos poemas, donde se ofrece exactamente el mismo fenómeno en las rimas de igual naturaleza.

Hubiera deseado decir á V. algunas palabras sobre los versos de *arte mayor*, pues veo que parece á V. un tanto peregrina la indicacion que hice de su semejanza con los empleados por los hebreos en sus poemas heróicos y didácticos. La semejanza no puede ponerse en duda; pero V. se servirá recordar que yo no di opinion concluyente: dije sólo que para quien únicamente se propusiera formar una teoria, no habia duda en que aquel raro egemplo bastaria á dar motivo á extensas investigaciones (*Estudios sobre los Judios*, pág. 354), y algo pudiera añadirse en el partiular que no pareciese del todo *capricho erudito* (V. pág. 446, nota 3). Téngole á V. ya fatigado y no quiero forzarle á exclamar: *Quousque tandem*, etc.—Cuanto vá dicho queda sometido, como todas mis pequenezes, á la correccion de quien más sabe: acójalo V. con su habitual indulgencia, y sobre todo como prueba sincera de mi buen deseo, y aun de la obligacion, en que su bondad me habia puesto, de ampliar algun tanto mis palabras. Aguardo de un momento á otro el número de la *Revista* con mi trabajo sobre los *Refranes*, y reservándome decir á V. algo en otra respecto de los consabidos *Cuentos*, espero sus órdenes como su más devoto y agradecido amigo y servidor Q. B. S. M.—Madrid 20 de octubre de 1859.

### III.

El señor don Fernando José de Wolf, con la benevolencia é ilustracion que le distinguen, nos dirigia en lengua castellana la notabilísima contestacion que trasladamos:

Señor don José Amador de los Rios.—Madrid.—Muy estimado amigo y de mi singular aprecio: Habiendo querido acompañar mi contestacion á sus dos últimas con los ejemplares, impresos por separado, de su artículo sobre los *Refranes castellanos*, y esperando recibirlos de un momento á otro, he tardado en hacerlo hasta ahora. Por eso, ya recibidos, me doy prisa á remitirselos adjuntos, así como un ejemplar del cuaderno de nuestra *Revista* que contiene inserto dicho artículo. Espero pues que V. disculpará mi tardanza, y no la tachará de negligencia.

Mucho holgaria de que á V. hubiera satisfecho la traduccion de su docto trabajo, y su ejecucion tipográfica.

mayor también su influencia en la popular. Estamos de acuerdo. Pero ¿podrá sacarse de aquí el principio histórico absoluto de que hasta el siglo XV no toma carácter propio la prosodia castellana?... Podrá decirse nunca que no predominaban en la lengua desde su formación las acentos finales y no finales, graves, llanos y disílabos?... La *Gramma* o *Leysa de en Moedades de la Ley* y el mismo *Poema* responden, respecto de los géneros y cantos populares escritos; y respecto de los eruditos basta abrir por cualquier lado las obras de Berceo y los poemas de *Alexandre*, *Apollonio*, *Fortun González*, *Luís*, etc., para confesar que el gran caudal poético del romance castellano lo constituyen, en las rimas y fuera de ellas, las *dezenas* femeninas. Pero hay más: fijadas en estos poemas las leyes que constantemente sigue la lengua, no debe olvidarse la atención que los poetas levan muestran a *asonar* sus obras (ponerlas en música) desde los *Tempos* de Alfonso X: este monarca *asonó* todas sus *Cantigas* a la *Verba*; don Juan su sobrino que escribió un *Arte de trovar* (no hallado desdichadamente entre sus obras), dá a estas por prohemio un apólogo, en que se acredita con generalidad la costumbre de *asonar* las poesías líricas con *monos* *astros* (*El Caballero trovador y el Zapatero de Perpinan*); en todo el siglo XIV forma el arte de la música, como el arte de la caza, el de la danza, etc., parte principalísima de la educación de los caballeros, pudiendo asegurarse que apenas habrá cultivador de la poesía, entre los magnates castellanos de la corte de Enrique II, Juan I y Enrique III, que no lo sea también de la música. Ahora bien, si la prosodia aparece ya determinada y aun fijada en los poemas heroico-eruditos del siglo XIII, y si la música formaba en aquella centuria y la siguiente estrecho consorcio con los cantos líricos de que naturaleza, ¿por qué aguardar a la XV.<sup>a</sup> para conceder alguna influencia a música y poesía artísticas en los cantares del vulgo?... Yo no niego necesaria esta influencia para el desarrollo de las *asonancias* en los romances viejos, dada la índole especial de la lengua; pero suponiéndola verdadera, no creo que pueda limitarse a dicha época.

Más conviene así también y venga mos a determinar dentro del citado siglo el instante en que la referida influencia pudo *manejarse*. Bien luego se ve, hecho el propósito de la investigación, que cuando es referido don Juan II la época en que florecen un *Mena* y un *Santillana*, principales cultivadores y maestros de la lengua y *pape* *doctores*, no es baste sacar de este período aquella especie de *ocasion* *necesidad*, en que a punta de las *dezenas* *chansas* pone a los cantores *rudos* (*populares*) de *acomodar* las *dezenas* *chansas* para asumir sus cantares a las *consonas* *de* *los* *cantos* *eruditos*. Por manera que habiendo dado a luz *Lobregón* en 1402, es indudable, resulta la hipotética opinión de V., que *mucho* *antes* *por* *mucho* *antes* estaba ya en uso el *aditamento* de los *acortados* en las rimas, mas *últimas* *razuladas* de los romances viejos de Castilla. Con que resulta así que el *maestro* *preceptor* de la *Reina* *Catalina* no *aprovechó* *esta* *corriente* y le *todos* *habido* a la *razón*; pero *de* *mucho*

«licándolas.»—Y es de notar que en las poesías mencionadas preponían tanto las desinencias agudas *monosílabas*, que se las podía considerar como las *normales*, y las *disílabas* como excepcionales ó licencias; lo que inducido al señor *Damás-Hinard* á asentar (y con razón, teniendo, como ceses los versos masculinos por la pauta de la medida), sobre las rimas *Poema del Cid* (véase su ed., pág. XXXIV), que: «la rime est toujours masculine, ou, en d'autres termes, lorsque la syllabe finale ne porte pas accent, elle vient en surplus, comme dans nos vers féminins.»

Este principio de desinencia masculina, normal en las poesías primitivas populares, concordaba muy bien con la *canturía* usada en ellas; pues la *odía* y el *canto llano* de la Iglesia—según su origen y su índole también mentalmente *populares*, destinados para ser ejecutados por el coro con participación de la comunidad de creyentes, en fin por el pueblo, en conexión con el canto ambrusiano ó *artístico*,—servían de modelo para la *can* de esas poesías. Ahora es conocido y admitido por todos los maestros de *ica*, que el canto llano prefiere y casi pide—conforme á su origen, *índole*—las desinencias *masculinas*.—Así dice por ejemplo *Lobeuf* (*Traité historique et pratique sur le chant ecclésiastique*, Paris 1741, pág. 121): y (dans les Epîtres farcies) remarquera ce que j'ai déjà dit ci—dessus gina 116) que primitivement les rimes françaises qu'on voulait mettre chant, étaient masculines, comme dans l'Épître de Saint Etienne, qui est plus ancienne, toutes les rimes l'étaient. Les rimes féminines ne se virent chargées de chant, que long temps après; parce que malgré la grossièreté des temps, on sentait que le Plainchant n'allait pas si bien dessous.»—De Cayrol dice en su *Essai sur la vie et les ouvrages du P. Daire*..... les Epîtres farcies telles qu'on les chantait dans les églises d'Amiens III.<sup>e</sup> siècle. (Amiens, 1838, pág. 92, en donde habla de las refundiciones de las antiguas *Epistolae farcitas*, hechas en el siglo XVIII.): «Non seulement les rimes sont mélangées; de plus, il y en a de féminines, ce qui contraire aux règles de l'ancienne Plainchant qui s'accordait mal avec ce re de termination.»—En fin *Barbazan* (*Fabliaux*, ed. de Mion, to. III, pág. XII), dice, hablando de los poetas antiguos: «Ils ne distinguent point, comme aujourd'hui, les rimes masculine et féminine. Cette distinction est nouvelle dans notre poésie» (y puede decirse en toda poesía.—Es caso llano también, que los cantos eclesiásticos, destinados al coro ó el pueblo, así como las canciones populares, repetían la *melo* canturía, siempre con alguna que otra variación, sin observar rigurosamente el número de sílabas: lo cual favorecía al uso promiscuo de terminaciones mono y disílabas, especialmente en la poesía castellana, que, como a dicho, se veía forzada, por su índole y genio prosódico, á dar á las *in*aciones agudas el valor de dos sílabas; y así ellas se habían de *pro*rar ó duplicar también en el *canto*, cuando se empezaron á tomar por a en este los versos llanos.

Sobre este modo de proceder de los cantores populares, así eclesiásticos

como láicos, dice, por ejemplo el editor de *Buhez Santes Nonn, ou vie de Sainte Nonne*, etc., *mystère composé en langue bretonne antérieurement au XII.<sup>e</sup> siècle* (Paris, 1837, pág. XXVI): «Le chant (de aquel misterio) devait ressembler à celui qui sert encore en Bretagne pour les légendes versifiées que recitent les pauvres du canton, le jour de la fête patronale» «C'est une manière de recitatif qui varie avec la mesure du vers, sans perdre rien de sa monotonie, parce que la voix du chanteur très élevée en commençant une strophe, s'abaisse insensiblement et finit dans un ton presque sourd.»—Y precisamente respecto de los romances castellanos populares, observa el señor Duran, en la nota puesta al romance del *Conde Arnaldos*, que dice: *Quien hubiese tal ventura*, y en el cual se halla el asonante *Flandes*, al paso que todos los otros son en *aa agudas*: «Aquí en el canto debió pronunciarse *Flan* en vez de *Flandes*, como sucede aun cuando la gente del campo entona esta clase de romances».

Cuando, empero, la poesía y la música artísticas iban desarrollándose, tuvieron siempre más influjo en la poesía y canturía populares; y por eso se introducían también en estas mayor regularidad y observancia más rigurosa del número de sílabas y tiempos (el cual desarrollo é influjo debían realizarse en la poesía castellana durante el siglo XV). Entonces fué, á mi modo de ver, cuando empezaron los poetas artísticos y los maestros de música, atendiendo quizás por primera vez algun tanto á la poesía popular (como el marqués de Santillana), á introducir en las producciones de aquellos ínfimos... que sin ninguna orden, etc...., no sólo la medida regular, el número fijo de sílabas y tiempos, sino también la *uniformidad de las rimas* ó asonancias; y como tenían por pauta las *llanas*, se vieron llevados (para hacerlas observar á los cantores cultos y rudos) á añadir esas *eee* paragógicas en las terminaciones agudas, señas mas bien inventadas por ellos, que fundadas en la etimología, ó justificadas por el uso comun del habla ó la autoridad de documentos anteriores. Este proceder es lo que Salinas (l. c.) ha llamado *ad aequalitatem membra reducere*, y de que, con respecto al canto de los romances, ha dicho: «Ubi posterius membrum *acquirat* priori, quoniam unum tempus, quod nunc siletur in fine, ab antiquis nec *recanebatur*, in hunc modum», etc.

En efecto, de este modo notaron desde entonces los músicos aquellas rimas ó asonancias agudas; de este modo las entendían los eruditos, como Lebrija; de este modo las publicaron á veces los editores posteriores, siempre *con arreglo al canto*, al paso que otros, que *no tenían* este respeto, las publicaron tales como las habían hallado en la boca del pueblo, *i. e.* mezcladas las agudas mono y disílabas, ó como las pretendían las reglas de la gramática y del arte, haciéndolas todas agudas.

Pues sólo de este modo me parece aplicable: 1.º porque tales formas *eee* paragógicas, contrarias á la etimología, á la gramática y al uso, como por ejemplo, *han-e, van-e, vendrá-e allá-e*, no se hallan en los poemas antiguos, ni siquiera en los que llevan la consabida mezcla de terminaciones

PARTE I. APÉND. RIMAS AGUDAS DE LOS ANT. ROM. POP. 621

agudas mono y disílabas; 2.º porque hasta los romances mismos, en que ocurren esas *eee* paragógicas no las ofrecen en *otro* lugar *ninguno* que en las desinencias de los versos alternos; 3.º porque en fin en las poesías *artísticas* anteriores, contemporáneas ó posteriores (exceptuadas siempre las que remedan las formas populares, como los romances, letrillas, etc. de los poetas artísticos) no se encuentra *huella alguna* del uso de esas *eee* paragógicas.

Es cuanto sobre la cuestion de las rimas me ocurre. Al hablar de los romances, cita V. el que dice: *Á las armas, Moriscole*, etc., romance que no he hallado ni siquiera en la gran coleccion del señor Duran. V. me obligaria, si quisiera comunicármelo, ó indicarme el lugar dónde se halla. Las indicaciones que V. me hace sobre su monumental *Historia de la Literatura española*, me hacen esperar con impaciencia el día en que salga á luz. ¡Qué gusto me daria alcanzar su publicacion; poder aun disfrutar los resultados de su profunda erudicion, de su crítica perspicaz... pues tengo canas!...

Esperando obtener su perdon de V., por haber abusado de su paciencia ya con mis exposiciones, ya con mis demandas, y verla probada por una pronta contestacion, tengo la honra de repetirme á las órdenes de V., como su muy devoto agradecido amigo y S. S. Q. B. S. M.—Fernando José Wolf.—Viena y 7 de enero de 1860.

IV.

Por satisfacer los corteses deseos de nuestro sabio amigo, y porque sus muy discretas observaciones demandaban respuesta tan pronta como cumplida, llegada esta carta á nuestras manos, procuramos ampliar algun tanto en la siguiente cuanto en la anterior habiamos apuntado.

Señor don Fernando José de Wolf.—Viena.—Muy estimado amigo y de todo mi aprecio: Gracias á Dios que puedo ya consagrar un momento á contestar la muy apreciada de V. fecha 7 del pasado enero, que fué en mi poder con algun retraso. Enfermo y más ocupado que de costumbre, tampoco he podido pagar igual deuda á otros distinguidos escritores, que me favorecen con su docta correspondencia.

He recibido el número de la *Revista* y con él los diez ejemplares separados de mi artículo sobre los *Refranes castellanos* (*Ilustracion V.ª*). Doy á V. las gracias por el esmero que ha puesto en su traduccion é impresion; pues que salva alguna errata de imprenta, la hallo ajustada y correcta.

Dóiselas tambien, y muy cumplidas, por la benevolencia con que se ha servido acoger mis observaciones sobre las rimas de los romances viejos: que en verdad temia pudieran parecerle impertinentes, ó cuando menos extemporáneas. La amabilidad de V. las ha disculpado y aun hallado no del todo indignas, pues que las ha tomado en consideracion, para añadir nuevos argumentos á la opinion que V. sustenta; y esta circunstancia vuelve hoy á

prestarme aliento para exponerle otras nuevas objeciones, debidas á la lectura de su muy docta carta.

Felicítome ante todo de que V., como tan entendido en nuestra española literatura, haya asentido á la observacion capital de que «la índole especial» y el genio prosódico de la lengua castellana piden las desinencias llanas, «graves ó disílabas, hasta hacerlas las *normales* para la determinacion de la medida de los versos.» Esta es sin duda la piedra fundamental de la cuestion debatida; y partiendo de este principio, apoyado al par en la naturaleza íntima de la lengua, y en su desarrollo histórico, no parecerá á V. mal que yo siga creyendo y sosteniendo lo que la razon y la historia me enseñan, respecto al aditamento de las *eee* paragógicas en las rimas vulgares.

Veo tambien con sincera satisfaccion (que V. sabrá apreciar en lo que vale) que no contradice V. formalmente ninguna de mis indicaciones, ni menos rechaza la autoridad incontrastable de los documentos de todos géneros aducidos por mí para explicar las palabras testimoniales de Lebrija, reconociendo finalmente el hecho que este expone, bien que dándole una explicacion algun tanto análoga y conforme á su anterior negativa.—En todo reconozco el talento y la sinceridad que tanto honran su distinguido carácter, y me apresuro á manifestarle mi gratitud, por ofrecerme la ocasion de ampliar en cierto modo este curioso estudio.

Los nuevos argumentos que V. presenta estriban principalmente: 1.º En que el genio prosódico de toda poesía primitiva y popular, en todas las lenguas conocidas que la tienen rimada ó *asonada*, exige en un principio las rimas ó asonancias agudas (masculinas mono ó disílabas): 2.º En que segun la autoridad de respetables escritores franceses, insistió el *canto llano* (y sus imitaciones) en las rimas masculinas (agudas), de donde parece deducirse que hubieron de sujetarse á igual ley los romances viejos de Castilla: Y 3.º en que sólo cuando la poesía y la música se hacen artísticas, y se refleja su influjo en las poesías populares, se vieron forzados sus autores para asemejarse á los más cultos y eruditos, á añadir las *eee* paragógicas, etc.

Respecto del primer punto abunda mi carta anterior en pruebas que persuaden de que, si es dado admitir aquel principio tocante á otras lenguas y literaturas, no tiene aplicacion directa ni cumplida á la lengua y literatura castellanas. Recházalo primero el mismo genio prosódico del habla, genio que V. reconoce; y niégalo con no menos fuerza la historia, comprobada por los monumentos. Los primeros *escritos* de la poesía castellana son, fuera de otras obras más cortas y no conocidas aun, la *Crónica ó Leyenda del Cid* y el tan memorable *Poema*. En estas obras, que si bien no pueden considerarse como los primeros acentos de la musa ya propiamente española, conservan profundamente el sello popular de su origen, se hallan en verdad las asonancias agudas ó masculinas; pero no por esto escasean las graves ó femeninas. La *Leyenda* que Dozy con buen criterio antepone en antigüedad al *Poema*, ofrece por el contrario mucho mayor número de versos en asonantes graves que agudos; y es tan grande la diferencia y aun la de-

proporcion que, constando todo el poema de 1125 versos, tal como V. lo dió á luz en su *Veber die Romanzen poesie*, resultan 1013 rimados en asonancias graves (de *ao* las más), quedando en consecuencia sólo 112 que lo verifican en agudo. Las indicadas rimas graves aparecen del verso 1 al 68, del 90 al 102, del 112 al 209, del 338 al 371, del 398 al 757, del 799 al 817, del 822 al 894, del 904 al 1093 y del 1098 al 1123, probando esta demostracion aritmética, que sólo en los descansos ó intersticios del poema hubieron de tener lugar las masculinas (agudas). Añadiendo que estas se hallan salpicadas de voces conjugadas, graves por su naturaleza, como *matasse, enpe-re, sale, matare*, y de nombres que provienen íntegros inmediatamente del ablativo latino, como *padre, madre, tale, parte*, y observando que casi todas las restantes asonancias son infinitivos de verbos terminados en *er*, que acusan su próxima derivacion latina *are*, sonido que sin duda conservaron en el canto, es evidente que desaparecen casi del todo las rimas agudas de la *Crémica* ó *Leyenda del Cid*, monumento inapreciable en que más rasgos de poesia original primitiva ha descubierto la crítica. Bien sé que no se guarda en el *Poema* la misma proporcion, y que sujeto á igual prueba, seria el resultado favorable á este linaje de asonancias, tales como fueron fijadas por el trasladador semidocto del códice hoy conocido; pero V., que tantas veces lo ha leído y tanto lo ha estudiado, no puede olvidar que abundan en él las femeninas, sin perder de vista los vestigios de esa manera de afixacion, solicitada por la necesidad inevitable del canto. Sin violencia, y así como un hecho natural y conforme con la índole de la lengua en que ambos poemas fueron compuestos y escritos, se obtiene la conviccion de que el principio que V. ahora invoca, no tuvo (porque era contrario á las leyes de su estructura prosódica) aplicacion absoluta á la poesia popular primitiva de Castilla, como tampoco la tuvo, en todo el rigor del aserto, á la épica provenzal y menos á la lírica de los trovadores.

En cuanto al segundo punto militan otro género de razones, bien que no debe nunca apartarse la consideracion del carácter especial de cada lengua. Doy sin repugnancia que el *canto llano* pudiera en la nacion vecina y otras que se le asemejen en la manera de pronunciar las desinencias (presupuesta la gran corrupcion de la lengua latina y olvidada ya su musical prosodia) apoyarse en terminaciones agudas, entendiendo por tales las de las voces *regibús, dominús, fliús, gladiús, inclitú, reginú, plenú, vobiscúm*, etc., y aun las conjugadas *amát, docét, agít, poscunt, canunt, manent*, etc.: concedo tambien de buen grado que el *canto llano*, al servir de modelo para los cantos más populares franceses, pudo enseñar á los juglares ó truveras á determinar la cantidad y número final del verso por el referido agudo ó rima masculina, que es todo lo que Damás-Hinard puede apetecer, para su teoria de métrica francesa, que V. trae en apoyo de su aserto. De todo esto, si existió en realidad, dá alguna razon la índole característica y tradicional de la lengua *d'Oïl*, tan devota y pagada de los sonidos sordos y de las sílabas inudas, y tan apasionada de las letras consonantes que no concibe soni-





si misma, no tiene aplicacion al *canto llano* entonado por el clero y el pueblo español, ni puede reflejarse, como el hecho lo acredita, en la poesía popular primitiva.

Y no vale decir que en la época de Alfonso VI, impuesto el *breviario galicano*, «mortis suplicia et direptionem minitans resistentibus» (don Rodrigo, lib. VI, cap. XXV), fué tal y tan grande la influencia, que se admitió desde luego con la letra francesa la pronunciacion galo-latina de los monjes cluniacenses. Si esto fué así ¿de dónde provino ese cambio posterior tan radical en la prosódia? ¿Qué otro suceso trastornó aquellas leyes? No debo ocultar á V., porque así lo consigno en la *Historia crítica*, que las colonias de monjes que nos envia Cluny en dicha época tuvieron alguna influencia en los estudios eruditos; pero allí como aquí me opongo á la idea de que dieran nacimiento á la poesía popular de Castilla, cuya musa protesta, precisamente en los poemas del Cid, de aquella extraña influencia, contraria en todos sentidos á los instintos nacionales. Mas dado que la influencia fuese tan omnímoda y decisiva que impusiera universalmente la pronunciacion galo-latina al clero español y que de este se derivara al pueblo, necesario es convenir en que fué despues la explosion del patriotismo tan enérgica y poderosa que produjo una reaccion completa y absoluta, dando así cabal medida del profundo resentimiento que la nacion abrigaba y que formuló desde luego en aquel famoso refran: *Ald van leyes do quieren reyes* (Quo volunt reges vadunt leges, que latinizó don Rodrigo). El hecho no puede rechazarse admitido el supuesto; y en cualquier caso, como la diferencia de la pronunciacion en todo tiempo ha sido palmaria, siempre habria que reconocer que no pudo nunca acomodarse en España el *canto llano* á las mismas prescripciones prosódicas que en Francia. Ni las prosas, ni las *sequentias*, ni las antifonas, ni los himnos cantados por la Iglesia española se someten á esa ley; por lo cual cuanto dicen y afirman los doctos escritores que V. cita en el particular, me parece inaplicable á las rimas vulgares castellanas que por otra parte, como dejo aritméticamente probado, siguen en los poemas populares primitivos la ley suprema de la lengua, predominando siempre en ellas las *desinencias llanas, graves ó distílabas*.

En órden al tercer punto veo que V. señala como momento en que se desarrollan la poesía y la música artística hasta tener influjo en la poesía y canturía populares, el siglo XV. Á la verdad esta declaracion basta á mi propósito, porque con ella se demostraria la exactitud del dicho de Lebrija, que es el principal asunto de nuestra discusion; pero tratándose de leyes prosódicas, quiero exponer á V. las observaciones que de pronto me ocurren. Es para mí demostrado que la prosódia de todas las lenguas se elabora y fija muy principalmente por medio de la poesía, y que alcanzan parte por extremo activa en este trabajo los poetas eruditos. Claro es en consecuencia que logrando en el siglo XV mayor número de combinaciones rítmicas la poesía erudita castellana, debió en esta época ser muy

mayor también su influencia en la popular. Estamos de acuerdo. Pero ¿podrá sacarse de aquí el principio histórico absoluto de que hasta el siglo XV no toma carácter propio la prosodia castellana?... ¿Podrá decirse nunca que no predominaban en la lengua desde su formación los sonidos finales y no finales, graves, llanos y disílabos?... La *Crónica* ó *Leyenda de las Mocedades del Cid* y el mismo *Poema* responden, respecto de los primitivos cantos populares escritos; y respecto de los eruditos basta abrir por cualquier lado las obras de Berceo y los poemas de *Alexandre*, *Apolonio*, *Fernán-González*, *Yusuf*, etc., para confesar que el gran caudal prosódico del romance castellano lo constituyen, en las rimas y fuera de ellas, las desinencias femeninas. Pero hay más: fijadas en estos poemas las leyes que constantemente sigue la lengua, no debe olvidarse la afición que los poetas líricos muestran á *asonar* sus obras (ponerlas en música) desde los tiempos de Alfonso X: este monarca *asonó* todas sus *Cantigas á la Virgen*; don Juan su sobrino que escribió un *Arte de trovar* (no hallado desdichadamente entre sus obras), dá á estas por prohemio un apólogo, en que se acredita cuán general era la costumbre de *asonar* las poesías líricas sus mismos autores (*El Caballero trovador y el Zapatero de Perpiñán*); en todo el siglo XIV forma el arte de la música, como el arte de la caza, el de la danza, etc., parte principalísima de la educación de los caballeros, pudiendo asegurarse que apenas habrá cultivador de la poesía, entre los magnates castellanos de la corte de Enrique II, Juan I y Enrique III, que no lo sea también de la música. Ahora bien: si la prosodia aparece ya determinada y aun fijada en los poemas heróico-eruditos del siglo XIII, y si la música formaba en aquella centuria y la siguiente estrecho consorcio con los cantos líricos de igual naturaleza ¿por qué aguardar á la XV.<sup>a</sup> para conceder alguna influencia á música y poesía artísticas en los cantares del vulgo?... Yo no juzgo necesaria esa influencia para el desarrollo de las asonancias en los romances viejos, dada la índole especial de la lengua; pero suponiéndola verdadera, no creo que puede limitarse á dicha época.

Mas concedámoslo también y vengamos á determinar dentro del expresado siglo el instante en que la referida influencia pudo insinuarse. Desde luego ocurriría, hecho el propósito de la investigación, que siendo el reinado de don Juan II la época en que florecen un Mena y un Santillana, principales cultivadores y maestros de la lengua y *gaya doctrina*, no es lícito sacar de este periodo aquella especie de *ocasion* (necesidad), en que la pauta de las *desinencias* llanas puso á los cantores rudos (populares) de admitir las *eee* paragógicas para asimilar sus cantares á las canciones de los cultos (eruditos). Por manera que habiendo dado á luz Lebrija su *Arte* en 1492, es indudable, recibida la hipotética opinión de V., que medio siglo antes por lo menos estaba ya en uso el aditamento de las *eee* referidas en las rimas masculinas (agudas) de los romances viejos de Castilla. Con que resulta al fin que el ilustre preceptor de la Reina Católica consignó un hecho corriente y de todos sabido á la sazón; pero de importan-

cia no pequeña en la historia de la poesía popular española: hecho que recibieron despues, acataron y consagraron meritoriamente en los *Romanceros* los editores de principios del siglo XVI, tomando las rimas, no de los poetas eruditos (que esto no puede concederse), sino de boca del pueblo, pues que primero Lebrija y despues Salinas dicen terminantemente: *los que los cantan; voce canebatur*. Y téngase muy presente que la principal, tal vez la única piedra de toque de toda poesía popular, primitiva ó no primitiva, fuera del teatro, es el canto.

Tocante al escrúpulo (si es lícito llamarlo así) que á V. resta en lo relativo á las *eee* paragógicas contrarias á la etimología, debe desaparecer en parte, ya que no del todo, al considerar que esas voces son siempre en número muy reducido, cuando las de recta derivacion, cual los infinitivos y palabras verbales ó sustantivales, nacidas del ablativo latino, forman siempre el gran caudal de las rimas masculinas sobre que versan estas observaciones. El hecho sin embargo es cierto, y precisamente la cita de Lebrija lo comprueba, respecto de esas mismas voces. En cuanto á las demás, no sólo es cierto en los siglos XV y XVI, sino que lo es hoy, como ya dije á V. en mi anterior; y si V. pudiese dar un paseo conmigo por las fuentes públicas de Madrid, servidas por asturianos que hablan todavia un romance harto anticuado, ó venir á la *Virgen del Puerto*, donde tienen sus fiestas dominicales todos los hijos de Pelayo de humilde estofa, que viven en la córte, oiria en sus hablas y en sus cantos tradicionales decir y cantar: *amare, criare, plasmare*, como tambien *palmas, cabres, cares*, etc.

Paréceme pues que hemos traído á verdadera luz un punto crítico de alguna importancia en la historia del arte español. Todavía pudiera añadir no pocas reflexiones sobre la naturaleza de los hemistiquios del verso de romance (octonario) y sobre la verdadera consonancia musical de los cantos tradicionales de Castilla, tal como la explica, entre otros escritores de esta especial materia, el entendido Andrés Lorente en su *Por qué de la Música* (Alcalá, 1692); pero conociendo V. ya sobre el primer punto mi teoria, explanada al tratar de los *Refranes*, y siéndole fácil consultar por lo que toca al segundo el expresado autor ú otro que trate de música española, seria impertinente toda insistencia.—Yo me felicito de que se reconozca al fin que no á capricho, no á extravagante ignorancia de los editores de *Romanceros* del siglo XVI, sino al respeto que merecia la tradicion, aunque viniera sólo de los eruditos, como V. sospecha al cabo, fué debida la conservacion de las *eee* paragógicas, pudiendo afortunadamente decir por mi parte que al contemplar el bosque no dejé de ver los varios árboles, arbustos y malezas que lo formaban, lo cual sucedió tambien indubitadamente al doctísimo Lebrija.

Baste pues de rimas agudas y graves. El romance de *Moriscole* no se halla en efecto en las colecciones; pero fué tan popular á principios del siglo XVI, que casi todos los escritores de música de vihuela lo citan entre los demás romances viejos y *pasacalles* que ponen por modelos; mas sólo

copian los cuatro primeros versos, suponiendo sin duda que los cantores de romances y aficionados sabían los siguientes. Dichos versos son:

Á las armas, Moriscote,  
si las has en voluntad: (*voluntad*, escriben algunos)  
ya se acercan los franceses,  
los que en romería vane.

Dispénsese V., amigo mio, tantas impertinencias como lleva esta carta: véalas con indulgencia, y sepa que le tiene siempre en mucho su apasionado admirador y amigo Q. B. S. M.—Madrid 27 de marzo de 1860.

### V.

Á esta nuestra carta, inspirada sólo por el amor de la verdad y de la ciencia, bien que trazada con el temor de aparecer pagados por exceso de nuestras opiniones, se sirvió contestar en 29 de mayo del mismo año el muy respetable Wolf en términos tan satisfactorios para nosotros, que sólo la obligacion en que estamos de hacer partícipes á nuestros lectores de la final opinion de tan sabio crítico, en orden á la cuestion debatida, puede movernos á insertar en este sitio algunas líneas de la referida respuesta. Don Fernando José de Wolf escribía al propósito de las rimas agudas:

«He leído con sumo gusto y provecho la doctísima réplica de usted sobre el punto de nuestra controversia, las consabidas *eee* paragógicas. Y en efecto, no puedo menos de reconocer la importancia de sus argumentos, y de confesarme vencido en gran parte de la fuerza de sus razones y documentos. Réstame—casi mi última arma defensiva—la objecion de que ciertas desinencias anormales, como *van-e*, *han-e*, etc., no se hallan. á lo que yo sepa, fuera de las consabidas rimas, ni en otros lugares de los mismos romances, ni en las composiciones de los poetas artísticos de ninguna época.»

Como notarán sin duda los lectores, la discreta objecion de tan docto crítico halla completa satisfaccion en las ya conocidas palabras de Nebrija, no menos que en los egemplos de los escritores de música popular á principios del siglo XVI. «Los que lo cantan, dice el primero, suplen ó rehan lo que falta... en fin de la palabra... é por *corazon é son* dizen *corzone é sone*.—Los que en romería *vane*, cantan los segundos, prolongando notablemente estos finales de la frase musical, como acredita el facsimile correspondiente.» Siendo pues desinencias anormales las de las palabras *sone* y *vane*, y no acomodadas á ley de recta etimologia, no cabe dudar que en este linaje de voces, así como en las de natural formacion, se cumplió la ley de las *eee* paragógicas; y como esta se refiere exclusivamente á las rimas, es decir, á las sílabas finales de los versos, y no á otras, no es sino muy consecuente y racional, dados todos los antecedentes que llevamos

expuestos, que sólo allí, y no en otros lugares de los romances, ni menos de las composiciones de los poetas propiamente artísticos, los cuales no reconocían la misma necesidad del canto que los populares, se hallen las referidas *ees* paragógicas.

Queda pues esclarecido este punto y sancionado con la autoridad que le presta la ilustrada aquiescencia y confesion de nuestro sabio amigo, cuya noble sinceridad le enaltece tanto como las luminosas y utilísimas investigaciones, debidas á su profundo talento y á su incansable perseverancia en el estudio de la literatura española. —Las *ees* paragógicas de las rimas agudas en los romances y cantares populares, no son fruto de la ignorancia de los editores del siglo XVI, sino hijas de la índole especial de la lengua española (castellana) y de la imperiosa necesidad del canto, que sirve de fundamento y norma constante á la poesía de la muchedumbre.



¶

¶

hic incipit tractatus de viciis campi docti.



Quoniam rerum temporalium gesta. immensa au-  
nos utilitatem preterita. et si subinde hanc  
specie. deuenit. obitum. palatibus aduincit.

Incipit liber primus de viciis de solacio  
ne rationis.

¶ In uicio nup. pro caritate puer.  
¶ Strati si interitum. et ad prauitatem  
¶ et leuitatem. in me sitas. excedit metas.  
¶ Audeat. nescit finem. replendi. etiam.

¶ De puella aspidu pulcherrima.  
¶ Duxit colorem. illius. et uita. et  
¶ interitum. flegit. et uita. et uita.  
¶ Interitum. flegit. et uita. et uita.  
¶ Interitum. flegit. et uita. et uita.  
¶ Interitum. flegit. et uita. et uita.





# **INDICE.**

Páginas.

<b>ADVERTENCIA.....</b>	<b>V</b>
<b>CAPÍTULO XI. ESCRITORES DE LA INVASION MAHOMETANA.—JUAN HISPALENSE.—CIXILA.—ISIDORO PACENSE, etc.—Primeros estragos de la conquista.—Ármanse los judios para oprimir á los espa- ñoles.—Esperanzas defraudadas de estos sobre la permanencia de los árabes en España.—Su establecimiento.—Carácter de la invasion mahometana.—Pueblos que vienen á la Península.— Resultado de la conquista.—Capitulaciones.—Su índole y natu- raleza especial.—Cristianos reducidos á servidumbre: los mozá- rabes.—Cristianos independientes: monarquía asturiana.—Su constitucion.—La nobleza.—La potestad real: don Pelayo.—Rá- pidos progresos de las armas cristianas.—Paralelo entre los mo- zárabes y los cristianos independientes.—Rechazan unos y otros la influencia musulímica.—Califato de Córdoba.—Abd-er-Rah- man.—Carácter de la civilizacion musulmana.—Su ineficacia para infundir su espíritu á la de otros pueblos.—Política de Abd- er-Rahman.—Ingenios españoles del siglo VIII.—Juan Hispa- lense.—Cixila.—Isidoro Pacense: sus obras.—Carácter de estos escritores.—Conturbacion de la Iglesia.—Elipando.—Etherio y Beato.—Resúmen.....</b>	<b>3</b>
<b>CAPÍTULO XII. ESCRITORES CRISTIANOS DEL CALIFATO.—ESPERA- INDEO, ÁLVARO, EULOGIO, SAMSON, etc.—Política de los Califas respecto de los cristianos mozárabes.—Veda Hixem el uso de la lengua latina y obliga á la juventud á educarse en las escuelas arábigas.—Reaccion del sentimiento católico.—La Iglesia, el culto y la liturgia.—Escuelas mahometanas: escuelas cristia- nas.—Su ciencia y literatura respectivas: distintos fines de unas y otras.—El abad Esperaindeo: su <i>Apologético contra Mahoma</i>.—</b>	

erita.....	629
IV.—II. á la poesía erudita de Castilla.....	634
V.—Resumen.....	634
ILUSTRACION IV.—SOBRE LAS FORMAS DE LA POESÍA POPULAR.—	
Los romances.....	635
I.—Contradictorias opiniones sobre su origen.....	636
II.—Fuentes latino-eclesiásticas de los metros de romance.....	639
III.—División histórico-filosófica de los romances populares. Roman- ces históricos.....	642
IV.—Romances caballerescos.....	644
V.—Romances moriscos.....	647
VI.—Romances pastoriles.....	652
VII.—Romances vulgares, etc.....	654
VIII.—Consideraciones generales.....	659
ILUSTRACION V.—SOBRE LOS REFRANES, CONSIDERADOS COMO ELE- MENTO DEL ARTE.—Su influencia en la poesía popular.....	662
I.—Fado y origen de los refranes.....	662
II.—Refranes latinos de la edad media y su derivación á los antiguos romances.....	669
III.—Refranes castellanos: diversidad de metros y rimas en comparacion en los mismos.....	674
IV.—Identidad de sus formas artísticas con las de la poesía vulgar.....	676
V.—Primeras colecciones de refranes castellanos y aragoneses.....	682
ILUSTRACION VI.—SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS TROVADORES FRAN- CESSES EN LA PRIMITIVA POESÍA CASTELLANA.....	689
I.—Diversas opiniones de los doctos sobre este punto.....	691
II.—Cuestion histórica.....	696
III.—Cuestion filosófica.....	700
IV.—Cuestion artística.—Resumen.....	700
APÉNDICE I.—Sobre la formación de los romances ó balades vul- gares.....	707
I.—Metricos árabes y latinos.....	711
II.—Romance hablado en los antiguos reinos de Aragón y Navarra.....	716
APÉNDICE II.—Sobre las rimas agudas de los antiguos romances populares.....	722
II.—Carta á don Fernando José Wolf sobre esta materia.....	727
III.—Contestación del señor Wolf.....	737
IV.—Replicación al mismo señor Wolf.....	752
V.—Conclusiones.....	757

Oliva.—Aparicion del elemento oriental en la literatura latino-elesiástica: el converso Pero Alfonso.—Su <i>Disciplina Clericalis</i> .—Pedro Compostelano.—Su tratado <i>De Consolatione Rationis</i> .—Exposicion de su argumento.—Diferente senda seguida por doctos y vulgares.—La poesia popular aparece dotada de vida propia..	191	
<b>CAPÍTULO XV. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA MANIFESTACION LATINA.—APARICION DE LA LITERATURA VULGAR.</b> —Rápida ojeada sobre la literatura hispano-latina.—Principales caracteres del ingenio español en todas sus edades.—Aparicion del elemento hebráico-oriental.—Su introduccion en la elocuencia y poesia cristiana.—Reflejase en la hispano-latina.—Varia suerte de las letras despues de la invasion sarracena.—Contribuyen algunos varones respetables á su restauracion en Italia y Francia.—Acuden á nuestras antiguas escuelas doctos extranjeros.—Efectos de este comercio literario.—Restablecimiento de las disciplinas clericales y de la nocion aristotélica.—Antagonismo entre la civilizacion y poesia árábica y la española.—Desarrollo de la poesia latino-elesiástica en todas sus fases.—Aspiran las hablas vulgares al dominio de la poesia popular.—Redúcese el latin á la categoria de lengua muerta.—Espontaneidad de los cantos populares.—Errores de los crílicos sobre este punto.—Influencia árbiga é influencia franco-provenzal: verdadera época en que una y otra pueden insinuarse.—Progresos de las poesias populares hasta ser escritas.—Su divorcio con la latino-elesiástica.—Su propension á representar nuestra nacionalidad literaria.—Unidad del ingenio español en sus diferentes manifestaciones.....		253
<b>ILUSTRACIONES I.—SOBRE LA POESÍA ESCRITA EN LOS SIGLOS VIII, IX, X, XI Y XII.</b> —Orígenes latinos del metro y de la rima.....	303	
I.—Derivacion de las formas artísticas á la poesia cristiana.....	id.	
II.—Demostracion sinóptica del desarrollo de las rimas.....	320	
III.—Monumentos poéticos que sirven de fundamento á la investigacion critica desde el siglo VII al XIII.....	328	
<b>ILUSTRACION II.—SOBRE LOS ORÍGENES Y FORMACION DE LAS LENGUAS ROMANCES.</b> —Lengua castellana.....	361	
I.—Primitivos lenguajes españoles.—La lengua latina no es universal ni popular en España.....	id.	
II.—Diversos idiomas hablados durante la monarquia visigoda....	375	
III.—Lengua hablada en los primeros dias de la reconquista.....	384	
IV.—Formacion y carácter de los romances españoles.....	399	
<b>ILUSTRACION III.—SOBRE LAS FORMAS ARTÍSTICAS DE LA POESÍA VULGAR ESCRITA.</b> —Metros y rimas vulgares.....	415	
I.—Errores de la critica en este punto.....	id.	
II.—Rimas orientales—; rimas latino-elesiásticas.....	420	
III.—Derivacion de estas formas artísticas á la poesia vulgar es-		

crita. ....	429
IV.—Id. á la poesía erudita de Castilla. ....	440
V.—Resúmen. ....	456
<b>ILUSTRACION IV.—SOBRE LAS FORMAS DE LA POESÍA POPULAR.—</b>	
Los romances. ....	459
I.—Contradictorias opiniones sobre su origen. ....	id.
II.—Fuentes latino-eclesiásticas de los metros de romance. ....	470
III.—Division histórico-filosófica de los romances populares. Ro- mances históricos. ....	473
IV.—Romances caballerescos. ....	488
V.—Romances moriscos. ....	491
VI.—Romances pastoriles. ....	493
VII.—Romances vulgares, etc. ....	496
VIII.—Consideraciones generales. ....	499
<b>ILUSTRACION V.—SOBRE LOS REFRANES, CONSIDERADOS COMO ELE- MENTO DEL ARTE.—Su influencia en la poesía popular. ....</b>	
I.—Indole y origen de los refranes. ....	id.
II.—Refranes latinos de la edad media y su derivacion á las lenguas romances. ....	509
III.—Refranes castellanos: diversidad de metros y rimas empleados en los mismos. ....	516
IV.—Identidad de sus formas artísticas con las de la poesía vulgar. ....	524
V.—Primeras colecciones de refranes castellanos y aragoneses. ....	532
<b>ILUSTRACION VI.—SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS TROVADORES PRO- VENZALES EN LA PRIMITIVA POESÍA CASTELLANA. ....</b>	
I.—Diversas opiniones de los doctos sobre este punto. ....	id.
II.—Cuestion histórica. ....	544
III.—Cuestion filosófica. ....	554
IV.—Cuestion artística.—Resúmen. ....	569
<b>APÉNDICE I.—Sobre la formacion de los romances ó hablas vul- gares. ....</b>	
I.—Monedas árábico-latinas. ....	id.
II.—Romance hablado en los antiguos reinos de Aragon y Navarra. ....	584
<b>APÉNDICE II.—Sobre las rimas agudas de los antiguos romances populares.—I. ....</b>	
II.—Carta á don Fernando José Wolf sobre esta materia. ....	601
III.—Contestacion del señor Wolf. ....	617
IV.—Réplica al mismo señor. ....	621
V.—Conclusion. ....	628

## ERRATAS QUE SE HAN NOTADO.

---

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
VII	5	estaban.....	estaba
26	últ.	Ebh-Hhayan.....	Ebn-Hhayan
29	26	sobre de.....	sobre don
214	19	eius estis.....	eius freti estis
229	8	Meus pia.....	Mens pia
233	15	ab anuis.....	ab annis
id.	25	hostis falsiloquis.,...	hosti falsiloquo
339	31	dona ibens.....	dona libens
524	16	Nin á fuego.....	Nin á iuego
604	17	catellano.....	castellano

14

1

2

3

4

5

## SEÑORES SUSCRITORES

A LA

## HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

---

S. M. la Reina doña Isabel II.<sup>a</sup>, Protectora.  
S. M. el Rey don Francisco de Asís.  
S. M. la Emperatriz de los Franceses.  
S. A. R. el Sermo. Sr. Duque de Montpensier.  
S. A. R. el Sermo. Sr. D. Sebastian Gabriel.

---

El Congreso de Diputados.  
El Ministerio de Fomento.  
El Ministerio de Gobernacion.

---

Emmo. y Excmo. Sr. Cardenal, arzobispo de Toledo.  
Emmo. y Excmo. Sr. Cardenal, arzobispo de Sevilla.  
Excmo. é Illmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.  
Illmo. Sr. Obispo de Ávila.  
Illmo. Sr. Obispo de Canaria.  
Illmo. Sr. Obispo de Cuenca.  
Illmo. Sr. Obispo de Jaca.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Jaen.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Málaga.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Orihuela.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Plasencia.  
Illmo. Sr. Obispo de Salamanca.  
Illmo. Sr. Obispo de Sigüenza.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Urgel.  
Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Zamora.

### MADRID.

La Real Academia de la Historia.  
La Real Academia de la Lengua.  
La Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.  
La Real Academia de Ciencias morales y políticas.  
Academia de Jurisprudencia y Legislacion.  
Ateneo Científico y Literario.



- Abad de Aparicio, D. Hilario.  
 Abrantes, Excmo. Sr. Duque de.  
 Aguirre, Excmo. Sr. D. Joaquin.  
 Aguirre, D. Leon.  
 Alba, D. Joaquin Maria de.  
 Alcañices, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Alenda, D. Genaro.  
 Alvarez, D. Anibal.  
 Alvarez, D. Manuel Maria.  
 Andilla, Excmo. Sr. Baron de.  
 Andrade, D. José Maria (de Méjico).  
 Andrés, D. Pedro.  
 Antequera, D. José Maria.  
 Ariño, D. Tomás.  
 Arpa y Lopez, D. Salvador.  
 Astuy, D. Tiburcio (de Bilbao).  
 Auñon, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Bachiller, D. Vicente Eduardo.  
 Bailen, Excmo. Sr. Duque de.  
 Barrera, D. Cayetano Alberto de la.  
 Barrié y Agüero, D. Juan.  
 Barea, D. Francisco.  
 B. Bayllier (Sres. de Londres).  
 Benavides, Excmo. Sr. D. Antonio.  
 Benamejí, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Bengoechea, D. Enrique.  
 Benita y Olivares, D. Juan Vicente.  
 Biblioteca del Instituto de S. Isidro.  
 Borao, D. Gerónimo.  
 Blanco, D. Carlos Modesto.  
 Blanco, D. Pedro Pablo.  
 Brachet, Mr. F. (de Paris).  
 Bremon, D. José Maria.  
 Breton de los Herreros, Excmo. Sr.  
     D. Manuel.  
 Caballero, D. Juan Manuel.  
 Cabezas de Herrera, D. José.  
 Calleja, D. Ángel.  
 Campillo y Casamor, D. Toribio.  
 Cañada, Excmo. Sr. Conde de la.  
 Canga Argüelles, Excmo. Sr. Conde de.  
 Cañete, D. Manuel.  
 Carriquiri, Excmo. Sr. D. Nazario.  
 Casabal, D. Zacarias.  
 Casanova, Ilmo. Sr. D. Antonio.  
 Castelar, D. Emilio.  
 Castellanos, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Castro, D. Fernando de.  
 Castro y Serrano, D. José.  
 Cea, D. N.  
 Cerezuela, D. Fernando.  
 Cerro, D. Julian del.  
 Cervino, D. Joaquin José.  
 Charlain y Fernandez (de la Habana.)  
 Ciscar, D. Roman.  
 Clemente, D. Rafael.  
 Colomer, D. Narciso Pascual y.  
 Colomer, D. Juan.  
 Collado, Excmo. Sr. D. José Manuel.  
 Collantes, Excmo. Sr. D. Agustín Esteban.  
 Conde, D. Manuel.  
 Cordero, Sra. Viuda de.  
 Corte Ruano, D. Juan Antonio de la.  
 Cortina, Excmo. Sr. D. Manuel.  
 Corvera, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Cruzada Villa-amil, D. Gregorio.  
 Cuesta, D. José.  
 Cuesta, Sra. Viuda é hijo de.  
 Cutanda, D. Francisco.  
 Dacarrete, D. Ángel Maria.  
 Delgado, D. José.  
 Diaz, Excmo. Sr. D. Ventura.  
 Diaz Jurado, D. Rafael.  
 Diaz Martinez, D. Jorje.  
 Dieguez Reigada, D. Luis.  
 Duran, D. Alfonso.  
 Echevarria, D. Juan Antonio.  
 Egaña, Excmo. Sr. D. Pedro.  
 Enriquez Ferrer, D. Francisco.  
 Escuelas Pias de San Fernando.  
 Escuelas Pias de San Antonio Abad.  
 Escuelas Pias de San Ildefonso de Alcalá de Henares.  
 Escuelas Pias de Úbeda.

# A LA HISTORIA

# A DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. 629

Pias de Granada  
Pias de Guana  
2a).  
Pias de Puerto Principe  
e Cuba.)  
D. Gabriel.  
de jóvenes escolapios de  
ez; D. Rafael.  
ez Espino, D. José.  
ez Ferraz, D. Valeriano.  
ez Navarrete, D. Francisco.  
ez Sanchez, D. José.  
Mena, D. José.  
Cárlos Ramon.  
esana, D. Manuel (de Are-  
.  
D. Jerónimo de la.  
D. Gregorio.  
arzanallana, D. Manuel.  
astañon, D. Antonio.  
allardo, Excmo. Sr. D. Ma-  
rtiz, D. José.  
antisteban, D. Rafael.  
D. Manuel Ramon.  
s, D. Pascual de.  
D. José Maria.  
tea, D. Roman.  
tea, D. Francisco.  
e la Serna, Excmo. Sr. Don  
.  
D. Antonio.  
D. Plácido.  
, D. Manuel.  
mo. Sr. Duque de.  
e, D. Andrés (de la Habana.)  
Jelú, Excmo. Sr. Marqués  
ain, Excmo. Sr. Conde de.  
z de los Rios, Illmo. Sr. Don  
io.  
z de la Vega, D. José.  
, D. Fernando.

. Nazario, Excmo. Sr. D. Manuel  
Maria.  
Hartzenbusch, D. Juan Eugenio.  
Hernandez Calleja, D. Andrés.  
Herrero y Bayona, D. Francisco.  
Hidalgo, D. Bismio.  
Holgado, D. Francisco.  
Huet, Excmo. Sr. D. José Maria.  
Ibañez, D. Teodomiro.  
Infante, Excmo. Sr. D. Pascual.  
Inzenga y Castellanos, D. José.  
Iriarte, Excmo. Sr. D. Fermín José  
Isasi, Excmo. Sr. Marqués de.  
Iuste, D. Pedro (de Santiago de Chi-  
le).  
Janer, D. Florencio.  
Jareño, D. Francisco.  
Junta general de Estadística.  
Lafuente Alcántara, D. Emilio.  
Laguna, D. Máximo.  
Lama, D. Manuel José de.  
Lasala, Excmo. Sr. D. Manuel.  
Lasala, D. Fermín.  
Latour, Excmo. Sr. D. Antonio.  
Laverde Ruiz, D. Gumersindo.  
Leal, D. José Ramon.  
Leming, D. Enrique.  
Linde, Excmo. Sr. Baron de la.  
Lopez Ballesteros, Excmo. Sr. Don  
Diego.  
Lopez, D. Eduardo.  
Lopez Coston, D. José Pascual.  
Lorenzana, Illmo. Sr. D. Juan de.  
Lozano, D. Patricio.  
Lozano, D. Isidoro.  
Madoz, Excmo. Sr. D. Pascual.  
Madrado, D. Pedro de.  
Malats, D. Ramon Leandro.  
Malo de Molina, D. Manuel.  
Marcoartú, D. Antonio de.  
Martinez, D. Juan Pedro.  
Martinez, D. Nicanor.  
Martinez Pison, D. Eduardo.  
Mayans, Excmo. Sr. D. Luis.

- Mendez Alvaro, Illmo. Sr. D. Francisco.  
 Miraflores, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Molina, D. Mariano.  
 Molins, Excmo. señor Marqués de.  
 Moltó, D. José.  
 Monlau, Illmo. Sr. D. Pedro Felipe.  
 Montalban, Illmo. Sr. D. Juan Manuel.  
 Morales, D. Esteban.  
 Morante, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Morayta, D. Miguel.  
 Montenegro, D. Juan.  
 Montesinos, D. Cipriano.  
 Montijo, Excmo. Sra. Condesa del.  
 Moreno Nieto, D. José.  
 Moro, D. Cipriano.  
 Muñoz y Peña, D. Pedro.  
 Muñoz y Romero, D. Tomás.  
 Necedal, Excmo. Sr. D. Cándido.  
 Novaliches, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Ojesto, D. Nicolás Maria de.  
 Oliver y Hurtado, D. José.  
 Oliver y Hurtado, D. Manuel.  
 Olmedo, D. Manuel.  
 Orellana, D. Luis.  
 Orovio, Excmo. Sr. D. Manuel.  
 Ortiz Gallardo Lopez, D. Juan.  
 Oseñalde, D. Pedro Nolasco.  
 Osés, D. Blas.  
 Osuna, Excmo. Sr. Duque de.  
 Pacheco, Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco.  
 Parraverde, D. Tomás.  
 Paz, D. Joaquin Maria.  
 Peñuelas, D. Lino.  
 Perales, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Perez Pujol, D. Eduardo.  
 Pidal, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Piñeiro, D. Enrique.  
 Ponton, Excmo. Sr. Vizconde del.  
 Poves y Quintana, D. Galo.  
 Poupart, D. Luis.  
 Puente Apecechea, D. Fermin de la.  
 Quadrado, Excmo. Sr. D. Francisco de Paula.  
 Quintana, D. N.  
 Quiroga, D. N.  
 Rada y Delgado, D. Juan de Dios de la.  
 Ramirez de Arellano, D. Feliciano.  
 Real y Prado, D. Federico (de Buenos-Aires).  
 Renduelles, D. Estanislao.  
 Retortillo, D. José Luis.  
 Revilla, D. Manuel de la.  
 Rias, Excmo. Sr. Vizconde de.  
 Ribero y Cidraque, Illmo. Sr. D. Antonio.  
 Rodriguez Ferrer, D. Francisco.  
 Rodriguez Cepeda, D. Antonio.  
 Rodriguez, Hijos de (de Valladolid).  
 Rodriguez Bahamonde, Excmo. Sr. D. Florencio.  
 Rodriguez Garcia, D. Vicente.  
 Rodriguez Rubí, Illmo. Sr. D. Tomás.  
 Ruiz Zorrilla, D. Fernando.  
 Sainz Aliso, D. José.  
 Salmeron, D. Francisco.  
 Salmeron, D. Nicolás.  
 Salvatierra, D. Manuel Ignacio (de Bolivia).  
 San Gregorio, Excmo. Sr. Marqués de.  
 San Luis, Excmo. Sr. Conde de.  
 Santisteban, Excmo. Sr. D. Julian.  
 Saulate, D. Salvador.  
 Saavedra, D. Frutos.  
 Serraclara, D. Gonzalo.  
 Serrano, D. Justo.  
 Sevillano, Excmo. Sr. Duque de.  
 Sevillano, D. Agustin.  
 Sierra y Ramirez, D. Rafael.  
 Silva Junior y compañía (Lisboa).  
 Solferino, Excmo. Sr. Duque de.  
 Suarez, D. Estanislao.  
 Suarez, D. Ignacio.  
 Suarez Llanos, D. Ignacio.

, D. Juan.

Excmo. Sr. Conde de.

lillos, D. Angel Maria.

r Tortosa, D. Francisco.

o, Excmo. Sr. Conde de.

ro, D. Santos (de Valparaiso.)

s Aguilar, D. Salvador.

n y Aguirre, D. Federico.

rsidad Central.

rama, D. Agustin de Torres.

D. Manuel Maria del.

, D. José.

ay, D. Fernando.

stil, D. Javier.

ezQueipo, Excmo. Sr. D. Vi-  
te.

t, D. Antonio.

Excmo. Sr. D. Ventura de la

co Santos, D. Miguel.

uas, Excmo. Sr. Duque de.

go Morillas (de Cádiz).

, D. Antonio Domingo.

aa, D. Juan Antonio.

, D. Martin.

D. José.

eca, Excmo. Sr. Marqués de.

sillas y Urrizar, D. Mariano.

rar, Excmo. Sr. Conde de.

del Valle, D. Antonio Remon.

#### ALBACETE.

a Herranz, D. Máximo.

a, D. José Maria (Director del  
tituto)

#### ALICANTE.

a y Manzoni, D. Aureliano  
che).

ite, D. Manuel (Director del  
tituto).

nario Conciliar (Orihuela).

#### ALMERÍA.

Gonzalez Garbin, D. Antonio (Cate-  
drático del Instituto).

Llorente, D. Esteban (Director del  
Instituto).

Molina Capell, D. Gaspar (Catedrá-  
tico de id.).

Zafra, D. Antonio.

#### BARCELONA.

Vidal de Sevillano, D. Cayetano (Vi-  
llafranca del Panadés).

#### BADAJOS.

Botello del Castillo, D. Carlos (Cate-  
drático).

Chacon, D. Manuel Paulino.

Macias y Mendez, D. Luis.

Miguel y Rey, D. Regino.

Molano Martinez, D. Leopoldo.

Ordoñez Adrian, D. Valeriano (Di-  
rector del Instituto).

Torres Moreno, D. Vicente de.

#### BURGOS.

Garcia Rojo, D. Juan (Aranda de  
Duero).

#### CÁCERES.

Sanchez, D. Luis Sergio (Director  
del Instituto).

#### CÁDIZ.

Pardo Figueroa, D. Mariano (Medi-  
na Sidonia).

## CIUDAD REAL.

Garcia Aguado, D. Ramon (catedrático del Instituto).

## CÓRDOBA.

Ariza, D. José Trinidad de (Bacna).  
 Abadia, D. Federico.  
 Academia Provincial.  
 Biblioteca Provincial.  
 Bujalance, D. José Maria (La Rambla).  
 Cabriñana, Excmo. Sr. Marqués de.  
 Fuente de Quinto, Sr. Baron de.  
 Monroy, D. Telesforo (Catedrático del Instituto).  
 Muntada y Andrade (Director del Instituto).  
 Pavon, D. Francisco de Borja.  
 Rector del Seminario Conciliar.  
 Torres Cabrera, Excmo. Sr. Conde de.

## CORUÑA.

Ariñó, D. Francisco de P.  
 Muñoz Barroso, D. Carlos.

## CUENCA.

Biblioteca del Instituto.  
 Sanchez Almonacid, D. Mariano (Catedrático).  
 Seminario Conciliar.

## CANARIAS.

Biblioteca del Instituto (Laguna).  
 Final, D. Fernando (Director de la Escuela Normal).  
 Martin Mendez, D. José (Canónigo de la Santa Iglesia de Canaria).

Trujillo, D. José (Director del Instituto).

## GRANADA.

Afan de Rivera, D. Antonio (Abogado).  
 Alarcon Almohaya, D. Francisco.  
 Alcaráz y Barreda, D. José (Catedrático).  
 Amo, D. Mariano del (Decano de la facultad de farmacia).  
 Arjona, D. Fernando (Director del Hospital provincial).  
 Arroyo, D. Francisco (Catedrático del notariado).  
 Borrego Prados, D. Enrique.  
 Biblioteca del Colegio Real é Instituto provincial.  
 Biblioteca de la Universidad Literaria.  
 Fernandez y Gonzalez, D. Francisco (Catedrático de la Universidad).  
 German, D. Victor (Abogado).  
 Gomez de Cebreros D. Antonio (Abogado).  
 Giner de los Rios, D. Francisco (Abogado).  
 Garcia, D. José.  
 Lopez, D. Francisco (Abogado).  
 Luque, D. José de.  
 Maestre de San Juan, D. Aureliano (Catedrático de la Universidad).  
 Manzano Oliver, D. Francisco (Abogado).  
 Medina, D. Ramon (Catedrático del Instituto).  
 Miranda Godoy, D. Emilio.  
 Ontiveros Romero, D. Pablo (Abogado).  
 Paso y Delgado, D. Nicolás del (Catedrático de la Universidad).  
 Pineda y Escalera, D. Manuel (Magistrado de la Audiencia).

Piñar, D. Blas (Vice-presidente del consejo provincial).

Perez del Pulgar, D. Emilio (Abogado, etc., etc.).

Rios, D. Diego Manuel de los (Catedrático del Instituto).

Roda, D. Nicolás (Abogado).

Ros Suarez, D. Isidro.

Sierra, D. Juan (Director del Colegio Real de San Bartolomé y Santiago).

Sicilia Martinez, D. Manuel (Abogado).

Teruel, D. Leon (Abogado).

Toledo y Muñoz, D. José (Abogado, etc.).

Torres, D. Juan (Rector jubilado de la Universidad).

Vazquez Baños, D. Miguel.

Zamora, D. José Maria.

#### JAEN.

Biblioteca del Instituto.

Lopez Garcia, D. Luis (Catedrático de id.).

Muñoz Garnica, D. Manuel (Director de id.).

#### LEON.

Biblioteca del Instituto de Leon.

Campillo y Rodriguez, D. José (Valderas).

Gutierrez, D. Dionisio (Catedrático del Seminario).

#### LÉRIDA.

Monroy y Benavente, D. Rafael (Inspector de Instrucción primaria).

#### MÁLAGA.

Alarcon Parrao, D. José de.

A. Franquelo, D. Narciso.

Baca, D. Manuel.

Biblioteca del Instituto.

Biblioteca de la Sociedad Económica.

Biblioteca del Liceo.

Carbajal Hué, D. José de.

Casado, D. José Rafael.

Casado y Castilla, D. Manuel.

Casado, D. José Pedro.

Crooke y Navarro, D. Francisco.

Esperavé y Lozano, D. Mamés (Profesor del Instituto.)

Franquelo, D. Ramon.

Galvez, D. José.

Guardia, D. José.

Gumersindo, D. José.

Hurtado y Quintana.

Huelin, D. Eduardo.

Lopez, D. Alejo.

Lopez Guijarro, D. Salvador.

Loring, Excmo. Sr. Marqués de Casa.

Mitjana, D. Francisco.

Moya, D. Francisco.

Navarro y Sierra, Don Juan.

Orueta, D. Domingo Maria.

Orueta, D. Ricardo de.

Parladé, D. Andrés.

Rando, D. Felix.

Reina y Muñoz, D. Miguel.

Rodriguez Berlanga, D. Manuel.

Rosco y Ordoñez, D. Enrique.

Rosco Lopez, D. Manuel (Profesor del Instituto.)

Rueta, D. Antonio

Sanchez Casado, D. José.

Sanmartin, D. Francisco Javier (Profesor de la Universidad de Granada).

Sola, D. Francisco de Paula.  
 Souviron, D. Luis.  
 Souviron, D. Rafael.  
 Uriarte, D. Miguel de.  
 Vilá, D. Benito (Profesor de la Escuela Normal).

## OVIEDO.

Biblioteca de la Universidad.  
 Vigil, D. Ciriaco Miguel.  
 Frassineli, D. Roberto (Corao).

## PONTEVEDRA.

Rodriguez, D. Juan Nolasco.

## SALAMANCA.

Bellestá, D. Tomás (Rector de la Universidad).  
 Biblioteca de la Universidad.  
 Garcia Maceira, D. José (Catedrático).  
 Herrero, D. Manuel (Id.).  
 Maseda Vazquez de Parga, D. Pastor.  
 Vazquez de Parga, D. Gerardo.  
 Villar y Macias, D. Manuel (Catedrático).

## SAN SEBASTIAN (Guipúzcoa).

Aramburu, D. Manuel Antonio.

## SANTIAGO.

Biblioteca de la Universidad.  
 Escribano, D. Bernardo.  
 Viñas, Excmo. Sr. D. Juan José (Rector de la Universidad).

## SEVILLA.

Alava, D. José Maria (Catedrático).

Andérica, D. Manuel (Abogado).  
 Ariza, D. Antonio (Id.).  
 Bueno, D. Juan José (Id.).  
 Campillo, D. Narciso.  
 Castro, D. Federico. (Catedrático).  
 Colom y Colom, D. Antonio (Id.).  
 Collantes, D. Manuel.  
 Diez, D. Jorge (Catedrático).  
 Geofrin, D. José Maria.  
 Lamarque y Novoa, D. José.  
 Ludovic, D. Federico.  
 Palomo, D. Francisco de Borja.  
 Rios, D. Demetrio de los (Catedrático).  
 Rodriguez Zapata, D. Francisco (Id.).  
 Suarez, D. Narciso.

## SIGÜENZA.

Fernandez, D. José (Arcipreste de la Santa Iglesia).  
 Seminario Conciliar.

## TERUEL.

Biblioteca del Instituto.  
 Sanz, D. Ramon (Director).

## TOLEDO.

Alcántara Rodriguez, D. José Pedro (Capellan mayor de mozárabes).  
 Barsí, D. Narciso (Vice-director del Instituto).

## VALENCIA.

Anchóriz, D. José Maria (Catedrático).  
 Asenjo, D. Jacinto (Id.).  
 Nuñez de Prado, D. José (Auditor de Guerra).

VALLADOLID.

Biblioteca de la Universidad.

VITORIA.

Rodríguez Ferrer, D. Miguel.

URGEL.

Seminario Conciliar.

ZAMORA.

Sr. Rector del Seminario.

ZARAGOZA.

Biblioteca de la Universidad.

Heredia, Sra. Viuda de.  
Seminario Conciliar de San Valero  
y San Bráulio.

PARIS.

Circourt, el Conde Alberto de.  
Lecler, Mr. Victor (Decano de la  
Facultad de Letras).  
Magnabal, Mr. Joseph (subjefe del  
Ministerio de Instrucción pública).  
Mme. Denni Smith.  
Saint Hilaire, Mr. Rosaceuw (pro-  
fesor de la Sorbona).

VIENA.

Wolf, D. Fernando José de (Biblio-  
tecario de la Imperial).

---

No habiéndose recibido á tiempo todas las notas de los comisionados de provincias y del extranjero, se proseguirá la lista de Sres. suscritores en los tomos siguientes, reparándose cualquiera omision, involuntariamente cometida.











